

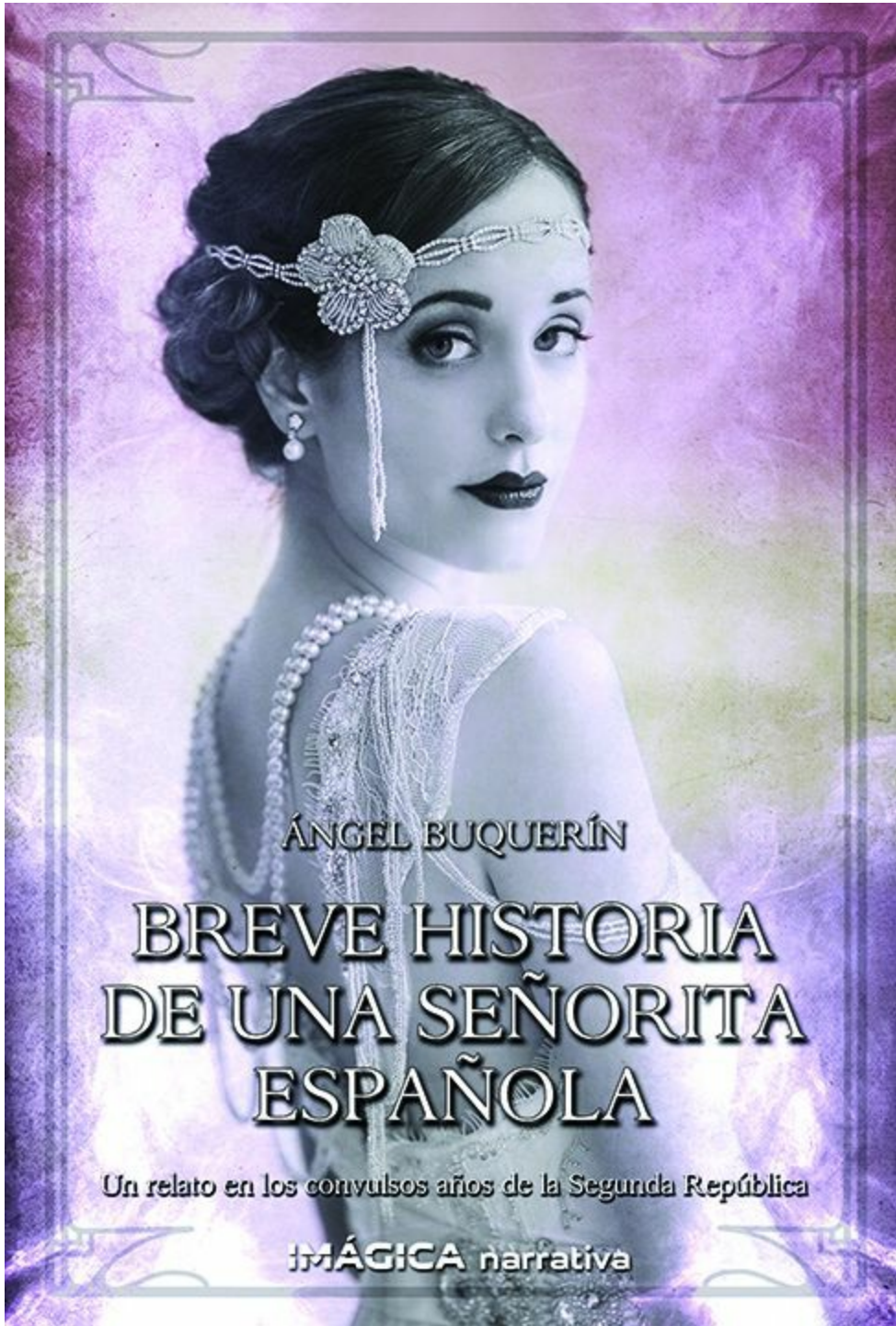


ÁNGEL BUQUERÍN

**BREVE HISTORIA
DE UNA SEÑORITA
ESPAÑOLA**

Un relato en los convulsos años de la Segunda República

IMÁGICA narrativa



ÁNGEL BUQUERÍN

BREVE HISTORIA
DE UNA SEÑORITA
ESPAÑOLA

Un relato en los convulsos años de la Segunda República

IMÁGICA narrativa

BREVE HISTORIA
DE UNA SEÑORITA
ESPAÑOLA

ÁNGEL BUQUERÍN

IMÁGICA narrativa

Alberto Santos, edición.

Carlos L. García-Aranda, correcciones, diseño de cubiertas, diseño y maquetación.

Imágica Ediciones, S. L.: Alberto Santos & Carlos L. García-Aranda,
Llorenç Carbonell y Emilio Gonzalo.

Manager de Internet: Rocío Cuervo (albertosantoseditor@gmail.com)

Copyright ©2018 Ángel Buquerín.

Alberto Santos, Editor. Copyright ©2018 Imágica Ediciones, S. L.

1.ª edición en e-book: febrero, 2018.

Imágica Ediciones, S. L.

Tlf: 619 94 00 62.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ISBN: 978-84-95772-89-3

Tienda virtual: <http://www.albertosantoseditor.com>

Email: santoscastilloa@gmail.com

Blog: albertosantoseditor.blogspot.com

Facebook: <http://www.facebook.com/albertosantoseditor>

Prólogo del autor

Breve historia de una señorita española es una novela ambientada en la época de la Segunda República. La acción transcurre entre 1931 y 1936. Abarca, pues, un periodo de la historia de España sobre el que, curiosamente, se encuentra mucha menos producción literaria de ficción que la escrita sobre periodos posteriores: la guerra civil y la posguerra.

Y resulta especialmente curioso porque, durante esos años, se fraguó todo lo que vendría a continuación. Por pura lógica, debería encontrarse materia prima suficiente como para escribir no unas pocas, sino cientos de novelas. No puedo dar una explicación convincente de que no sea así. En cualquier caso, esa carencia fue uno de los motivos que me animó a escribir esta *Breve historia...*

Paloma, la protagonista de la novela, alcanza la mayoría de edad al poco tiempo de proclamarse la república. La vida de ambas transcurre en paralelo: la de Paloma y la de esa otra señorita, tocada con gorro frigio y sosteniendo en una mano la balanza de la justicia, alegoría de la Segunda República.

El hilo conductor de la primera parte de la novela no es otro que el llamado «escándalo del *Straperlo*». Para hacernos una idea de lo que significó, en la política de la época, dicho escándalo, bastará con decir que los casos de la Gürtel o de los ERE en Andalucía no le han llegado, en cuanto a transcendencia se refiere, a la altura de los talones al *Straperlo*. Ninguno de estos casos, que inundan las portadas de los periódicos en nuestros días, han forzado, hasta ahora, la caída de un gobierno, la desaparición de un partido político importante o unas elecciones anticipadas. Y mucho menos han conseguido dar entrada a un nuevo vocablo en el diccionario de la Real Academia Española: *estraperlo*.

Y, pese a todo, para muchos, estraperlo solo significa lo que dice el diccionario de la Real Academia: «comercio ilegal de artículos intervenidos por el Estado o sujetos a tasa». La memoria colectiva se ha olvidado del origen, la etimología, que también recoge el diccionario de la RAE: «...juego fraudulento de azar, que se intentó implantar en España en 1935». Como veremos en la novela, el *Straperlo* se intentó implantar un año antes, en 1934,

si bien el escándalo estalló en 1935.

Hasta la fecha, solo se ha publicado un monográfico sobre este tema: *El caso Strauss: El escándalo que precipitó el final de la II República*, de José Carlos García Rodríguez, al que debo agradecer su asesoramiento sobre ciertos datos utilizados en la novela.

A partir del momento en que estalla el escándalo, octubre de 1935, los acontecimientos se precipitan. La política lo arrastra definitivamente todo y nadie puede permanecer al margen, aunque lo intente. Paloma no es una excepción. Ni ella ni las personas que tiene a su alrededor, de las más variadas tendencias. Unos y otros participarán en los sucesos que desembocaron en el levantamiento militar del 18 de julio de 1936.

Historia de una señorita española es una obra de ficción y, como tal, en ella me he permitido ciertas licencias con respecto a la Historia (con mayúscula). Sin embargo, he intentado ser lo más respetuoso posible con esta. En la novela aparecen numerosos personajes reales que tuvieron relación, de una u otra forma, con Paloma: Alejandro y Aurelio Lerroux, Daniel Strauss, Jules Perel, Joaquín Gasa, Gumersindo Rico, Paulino Uzcudun, Sigfrido Blasco Ibáñez, Francisco Franco, Joan Pich i Pon, Indalecio Prieto, Manuel Azaña... Los personajes de ficción conviven con ellos y son víctimas de sus actuaciones.

Otro punto que considero importante señalar es que la aparición de personajes reales de una cierta relevancia, sobre todo los políticos, en un determinado lugar y fecha especificados en la novela puede ser comprobada consultando los periódicos de la época.

Lo mismo puede decirse de los eventos deportivos, taurinos, culturales y políticos que se mencionan. Y también de los disturbios, huelgas, enfrentamientos y asesinatos que, tristemente, salpican las páginas de la novela.

He creído necesario hacer estas aclaraciones porque algunos de los comentarios recibidos por las personas que han leído la obra, antes de estar finalizada, y me han ayudado a pulirla (mi agradecimiento a todas ellas) iban en el sentido de considerar como invenciones del autor hechos que ocurrieron en la realidad.

A cualquiera, en nuestros días, le sorprendería, por ejemplo, que un jefe del Estado (el presidente de la República, equiparable al rey actual) acudiese, acompañado por varios ministros, a un concurso de *misses*. Y, sin embargo, ocurrió realmente. No se trata de una licencia de la ficción histórica.

En resumen, cualquier parecido con la realidad no es mera coincidencia en esta *Breve historia de una señorita española*.

Madrid, plaza de toros de Las Ventas del Espíritu Santo.
Miércoles, 17 de junio de 1931.

Faltaban más de dos horas para el comienzo del festejo y nadie lo hubiera dicho. Si la corrida se hubiese celebrado en cualquier otra plaza del mundo, o en circunstancias menos especiales, a una hora tan temprana no habrían aparecido ni los porteros. Sin embargo, aquella soleada y calurosa tarde de junio, todo Madrid pareció ponerse de acuerdo para acercarse hasta la plaza nueva. Muchos —unos veintitrés mil— con entrada en la mano. Otros, que no eran pocos, simplemente por curiosar y no perderse el gran acontecimiento. Por poder decir luego, durante el resto de su vida, en las tertulias de taberna, entre chato y chato de vino: «Yo estuve allí el día que inauguraron la plaza de toros de Las Ventas».

La gran explanada de tierra apisonada que se extendía frente a la puerta principal era un hervidero de personas que iban de acá para allá, mirando hacia el cielo, hacia los arcos mudéjares de la imponente plaza; hacia los azulejos que coronaban la fachada de la entrada principal —la Puerta de Madrid, la Puerta Grande— y luego se preguntaban unos a otros, extrañados, por el motivo de que la fecha que allí figuraba inscrita fuese la de 1929. Sin darse cuenta, el público había formado dos procesiones que giraban, en sentidos contrarios, alrededor del coso. Los que habían completado la vuelta se arremolinaban en grupos e intercambiaban pareceres. Había opiniones para todos los gustos. Los más pensaban que era demasiado grande. Algunos apuntaban que era una copia ampliada de la plaza de la Carretera de Aragón, a la que los más intrépidos ya se atrevían a llamar la plaza vieja. «¡Quia! —exclamaban entonces los defensores del clasicismo—. ¡De vieja, nada! Esta nueva plaza no le llega a la otra ni a la altura de los talones. Será más grande, pero no más torera. ¡Que nadie sueñe con que va a desbancarla!»

Hacía apenas un mes que al alcalde, don Pedro Rico, se le había ocurrido la idea de organizar un festival benéfico para recaudar fondos que irían

destinados a ayudar a los parados de Madrid. Era la razón ideal para inaugurar la plaza, algo que llevaba retrasándose demasiado tiempo. Se había terminado de construir dos años atrás —de ahí la fecha de los azulejos—, pero los alrededores y accesos aún se encontraban en un lamentable estado. Con motivo del festival, a toda prisa, se había procedido al desmonte y acondicionamiento del terreno. Aun así, los terraplenes rodeaban la plaza, el pavimento de la calle de Alcalá terminaba bruscamente al desembocar en la explanada, los medios de transporte eran insuficientes para llegar a un lugar tan alejado... y un sinfín de inconvenientes más. No en vano, sus detractores la llamaban «la plaza de donde da la vuelta el viento». Y es que allí, ciertamente, se acababa Madrid. Más allá, solo huertas, casuchas y el arroyo Abroñigal, cuyo hilo de agua, que se iba estrechando poco a poco a medida que se acercaba el verano, era el hogar ideal para millones de mosquitos.

Pero ese día, a todo el mundo parecía importarle un rábano tamañas incomodidades. El ambiente era de fiesta y el acontecimiento de primera magnitud. Nada menos que ocho toreros iban a salir al ruedo. ¡Y a cuál mejor! Fortuna, Villalta, Marcial Lalanda... La flor y la nata del momento.

Por la calle de Alcalá no paraban de llegar vehículos que, siguiendo las indicaciones de los empleados municipales, iban aparcando ordenadamente, formando un nuevo círculo alrededor de la plaza. Los tranvías y el metro también contribuían lo suyo, descargando más y más público.

Cuando, a las dos y media, se abrieron las puertas, se organizó un gran tumulto en una de las laterales, momento que aprovecharon varias docenas de aficionados para colarse sin pagar. Los guardias a caballo acudieron con prontitud para restablecer el orden.

Poco a poco, las gradas de cemento se fueron poblando de gente. El aspecto interior del recinto lucía magnífico. Había sido decorado con esmero, como la ocasión merecía. Cientos de banderas, cintas y gallardetes, todas ellas luciendo los colores de la recién estrenada república: rojo, amarillo y morado, engalanaban los tendidos.

Para una hora antes del comienzo de la lidia estaba anunciada la actuación de la banda municipal, y ni siquiera eso querían perderse los espectadores, tan deseosos como estaban de fiesta. Cuando hicieron su aparición los músicos, fueron recibidos con una gran ovación. Más de la mitad del aforo ya había sido ocupado.

En aquellos precisos momentos, Paloma entraba en la plaza, cogida del brazo de su tío Curro.

—¡Lo ves, tío! Llegamos tarde, ya han empezado —protestó la muchacha—. Te dije que nos diéramos prisa.

Paloma era muy bonita. Lo era los días normales, vestida con una blusa y una sencilla falda gris. Aquel día estaba sencillamente espectacular. Cuando, cinco años antes, había llegado a la casa del tío Curro desde Badajoz, su aspecto no era tan bueno. Su madre, moribunda a causa de una mala pulmonía, le había entregado un sobre con una carta para su hermano y le había hecho prometer que acudiría a él, único pariente que le quedaba vivo, en caso de que sucediese lo peor. Lo peor sucedió una semana más tarde. La niña era despierta y no se había hecho de rogar. Tampoco era que tuviese muchas más opciones donde elegir. O su tío o el hospicio, siendo la segunda la preferida por las monjitas del colegio. «Tan joven no puedes ir sola a Madrid ¡Válgame Dios!», exclamó sor Teresa. ¡Pero vaya si pudo! A los dos días del entierro, con el poco dinero que también le había dado su madre, sacó un billete de tercera y se plantó ella solita en la capital, todavía, del reino. Más trabajo le costó encontrar el camino desde la estación hasta la casa del tío Curro. Mostraba a todo el mundo las señas escritas en el sobre, pero solo obtenía encogimientos de hombros. Por fin, un guardia reconoció la dirección y le dio indicaciones para que cogiera un par de tranvías, uno que la llevase hasta la Puerta del Sol y, desde allí, otro hasta Las Ventas. «Cuando llegues tendrás que volver a preguntar. Mejor que lo hagas por la Huerta del Catalán. Ya no existe como tal, pero es así como conoce todo el mundo aquella zona. La casa de tu tío debe de estar por los alrededores. Has tenido suerte de que yo haya estado destinado en ese distrito durante un par de meses», le dijo el guardia. Por fin, cuando comenzaba a anochecer, entró en el amplio jardín de la casa de su tío.

—Estate tranquila, que no llegamos tarde —sonrió el tío Curro, dándole palmadas en la mano que sujetaba su brazo—. Esos aplausos deben de ser para la banda de música, pero aún no se les oye tocar.

Él también recordaba el día en que Paloma había aparecido en su puerta, con una pequeña maleta de cartón en la mano. Una niña flacucha con aspecto de estar desnutrida y la tristeza dibujada en el rostro. Antes de coger el sobre que la niña le tendía, ya sabía de quién era hija. Tenía los ojos verdes de las mujeres de la familia. Los mismos que había tenido su madre y los mismos que recordaba en su hermana menor. Paloma era su sobrina, de eso no cabía la menor duda. Al principio le pareció que el destino le había jugado una mala pasada. Desde luego, educar a una niña de doce años era algo que no

había entrado en sus planes hasta aquel momento. No tardó en comprender cuál era su obligación y ahora no le pesaba haberla aceptado. A los pocos días de estar con él y ya algo más animada, con la seguridad de comer caliente tres veces al día, Paloma le había preguntado qué era aquella construcción circular que se veía a lo lejos y en la que se afanaban un buen número de obreros. «Eso, niña, será la nueva plaza de toros de Madrid. Cuando la terminen, que va para largo», le había respondido. «¿Podremos ir a ver los toros?», preguntó ella. «¡Pues claro! Te prometo que la primera corrida que hagan en esa plaza, yo te llevaré a verla».

Y allí estaban ahora, cumpliendo la promesa. Había tirado la casa por la ventana: entradas de las buenas para los dos y vestido nuevo, mantilla blanca, peluquería y maquillaje para su sobrina. ¡Ahí es nada! De esa guisa, los diecisiete años bien aprovechados de la joven parecían algunos más y las cabezas de los hombres se giraban a su paso. Algunos hacían comentarios por lo bajo, preguntándose por la relación que unía a tan desigual pareja. «¿Padre e hija? ¡Ni hablar! Van demasiado acaramelados». Comentarios que pasaban desapercibidos para Paloma y que hacían las delicias de su tío Curro.

Salieron a la plaza por el vomitorio del tendido nueve. No habían hecho más que sentarse en sus localidades de primera fila, cuando la banda municipal, perfectamente formada en el centro del ruedo, atacó *España cañí* y los aplausos volvieron a sonar con fuerza. En las bocas de un buen número de espectadores aparecieron, por ensalmo, puros de todos los tamaños. Fue como si se hubieran puesto de acuerdo en que había llegado el momento de encenderlos. El tío Curro hizo lo propio, con uno enorme que había comprado por la mañana.

—Pero, tío, si tú no fumas —protestó Paloma.

—Una corrida sin un buen veguero no es corrida ni es nada, niña. Las tradiciones están para respetarlas —apostilló el tío Curro.

El humo de los cientos de cigarros encendidos ascendió en el aire. Una suave brisa lo empujó hasta lo alto de la loma que se encontraba a espaldas de la plaza, por la parte de los corrales, donde se iba formando una larga fila de personas al borde del precipicio. En aquella zona, el terraplén bien tendría sus buenos quince metros de altura.

—Si hay algo que me ha gustado siempre de los toros es el olor a puro —afirmó Crescencio el Cojo—, sobre todo desde que el médico me prohibió que los fumara.

Crescencio había perdido la pierna izquierda en la guerra de Cuba y

nunca había aceptado ponerse una ortopédica: «¿Una pata de palo yo? ¡Ni que fuera un pirata!», decía escandalizado. La medalla que le concedieron por su valor en el combate la llevaba puesta siempre. Ahora, con la edad, ya no era capaz de correr y saltar como cuando era joven. Entonces, nadie hubiera podido superarlo en su habilidad con las muletas.

—¿Y qué? ¿Acaso si te dejase fumar el médico, tendrías para comprarte un puro? ¡Pero si no tienes donde caerte muerto!

El de la puya había sido su amigo Melquíades el Panadero. Alguien que no los conociera habría pensado que se llevaban como el perro y el gato. En realidad, eran inseparables. Tendrían más o menos la misma edad, aunque la vida los había tratado de forma muy diferente. Melquíades tenía arrendado un horno de pan no demasiado lejos de la plaza, en la pendiente que descendía hasta el Abroñigal. Su alta chimenea podía divisarse desde el lugar en el que se encontraban. Presumía, porque podía, de gozar de una posición desahogada. Sobre todo si se comparaba con la mayoría de las personas que poblaban aquellos andurriales. No en vano, casi todos sus vecinos se dirigían a él como «don Melquíades». Crescencio, en cambio, no es que fuera pobre de pedir, pero sobrevivía, más mal que bien, gracias a una exigua pensión y lo poco que ganaba su mujer fregando escaleras en unos cuantos portales de la calle de Goya. Melquíades tenía tres hijos, todos varones. Crescencio no había tenido descendencia.

—Yo no tendré dónde caerme muerto, pero sé de uno al que más le valdría morirse antes de que lo maten sus hijos, para cobrar la herencia.

Y es que Melquíades no se llevaba muy bien ni con sus hijos ni con su señora. Todo el mundo lo sabía.

Crescencio se sentaba en la única piedra que había en el borde del terraplén. Se la había cedido un joven, dada su condición de mutilado. Su nombre era Amadeo. Llevaba puesto el uniforme de cartero y su amplia bolsa de cuero reposaba apoyada en la piedra. Hacía poco más de un año que se había mudado a su nueva casa, situada a unos trescientos metros, detrás de donde ahora se encontraban. Conocía, de antes, a los dos viejos gruñones, aunque apenas si había cruzado unas palabras con ellos.

—¿Cómo es que no vas a la corrida? —se interesó Crescencio—. Ninguno de nosotros podría verte —dijo, señalando a su alrededor, donde todos eran vecinos y conocidos—, así es que con sacar una entrada de andanada y luego decir que has estado en barrera, podrías presumir todo lo que te diese la gana.

—¡Bah! —respondió con desdén Melquíades—. Esta corrida es una filfa. Muchos toreros con mucho nombre, pero de lo demás *ná de ná*. ¡Pero si hasta los toros son regalados! ¿Vosotros creéis que alguien iba a regalar un toro que fuese bueno? Serán todos cojos y mansos, ya lo veréis.

Melquíades había hablado en plural, dando a entender que Amadeo estaba invitado a la conversación; una ocasión que el joven no estaba dispuesto a dejar pasar, aunque antes de que pudiera decir palabra, el Panadero añadió:

—Además, ya estuve en los toros ayer. ¡En la plaza de verdad, viendo una corrida de verdad!

—¿En la que se presentaba Domingo Ortega? —intervino finalmente Amadeo—. He oído que va para figura. ¿Qué tal estuvo la cosa?

—¡Hombre! Me alegra encontrar a alguien que entiende de toros. Porque aquí, el amigo Crescencio se quedó anclado en la época de Lagartijo y Frascuelo. —Hizo una pausa por si su amigo quería responder, pero ante la indiferencia de este, prosiguió—: Pues, con respecto a su pregunta, joven, Ortega *ná de ná*. ¡Un fiasco, vamos! Que se había llevado a sus incondicionales a la plaza y ni siquiera ellos fueron capaces de aplaudirlo. El que lo hizo bien fue Villalta, que cortó una oreja. ¡Ese sí que es un torero!

Amadeo no es que fuese un gran aficionado. Más bien ni fu ni fa. Había leído la crónica por la mañana, en los periódicos que llegaban a la estafeta, y, por tanto, ya conocía la respuesta antes de hacer la pregunta.

—¡Villalta! —repitió Amadeo—. También torea hoy, ¿verdad?

—¡Psa! Le van a soltar un morlaco, pero torearlo ya veremos si lo torea.

La música de la banda llegaba hasta donde se encontraban, amortiguada pero reconocible. Poco a poco, el *tendido de los pobres* se iba llenando. Venía gente de las casas de los alrededores y del vecino barrio de la Guindalera. La mayoría se conocían. Otros, algunos de los curiosos que habían llegado sin entrada desde otras zonas de Madrid, se aproximaban con la esperanza de poder ver algo. Esa misma esperanza la habían perdido tiempo atrás los del lugar, a medida que los muros de la plaza en construcción se iban elevando por encima de la altura del terraplén.

En el interior, a Paloma se le iban los pies al ritmo del pasodoble que ahora estaba sonando y se removía feliz en el asiento. No paraba de mirar a su alrededor. Nunca antes había visto tanta gente junta.

—Veremos lo que nos cuenta esta noche el Curro —terció Crescencio, sentado en su piedra—. De los que conozco, es el único que tenía intención

de ir a la corrida.

—Ayer mismo me enseñó las entradas. ¡Treinta y tres pesetas se ha gastado! —confirmó don Melquíades—. Y ya sé que se trata de una buena acción, para ayudar a los parados y todo eso. Pero ¿qué queréis que os diga? Yo, la caridad, prefiero hacerla de otra forma.

Amadeo sabía de quién hablaban: el dueño de la Venta del Curro. La taberna donde se daban cita todas las noches muchos de los que ahora se dejaban ver por el terraplén. Nunca había entrado, aunque a veces, al pasar por delante de la verja al volver del trabajo, le habían dado ganas de sentarse en una de las mesas del jardín y pedir una limonada fresca. Si no lo había hecho hasta entonces había sido por una pura cuestión de economía. Con su mujer encinta de cinco meses y el préstamo de la casa a medio pagar, tenía que ahorrar hasta el último céntimo. Aunque, por otro lado, el no participar en la vida social de sus nuevos vecinos hacía que se sintiese un poco desplazado. Adela, en cambio, se había integrado inmediatamente. Estaba encantada con la casa. No era muy grande, pero tenía jardín y resultaba cálida y acogedora. Cuando, unos años atrás, a Amadeo le habían concedido una plaza en la Cooperativa de Viviendas Baratas, fue como si les hubiese tocado la lotería. Se casaron al poco tiempo y esperaron ansiosos que terminaran las obras para mudarse desde la pequeña habitación que les habían cedido, temporalmente, los padres de ella. Amadeo decidió que aquella noche, después de cenar, haría una excepción y se pasaría por la taberna. La propia Adela se lo había sugerido en más de una ocasión, viendo lo que le costaba relacionarse con los vecinos.

A medida que se acercaba la hora prevista para el comienzo de la corrida, el tráfico que bajaba por la calle de Alcalá se iba haciendo más y más denso. Tanto, que llegó un momento en que los tranvías no pudieron pasar. El atasco era monumental. Los viajeros se bajaban y hacían a pie la última parte del trayecto hasta la plaza. Desde una zona del terraplén, se veía la desembocadura de la calle de Alcalá, y los allí presentes comentaron jocosos los inconvenientes de tener coche. Uno de los que acababan de llegar traía unos prismáticos y pudo ver, con asombro, un remolino de gente que corría, escoltando y abriendo paso ¡a dos toreros en traje de luces! Cuando explicó a gritos lo que había visto, las carcajadas debieron de escucharse dentro de la plaza.

—Parece que esto ya se acaba —aventuró tío Curro, refiriéndose al concierto—. Los alguacillos se están preparando. Cuando la banda se retire,

saldrán los toreros y sus cuadrillas —explicó a Paloma, que no perdía detalle.

Una seña, desde el palco presidencial, indicó al director que debían tocar una más para dar tiempo a que todo estuviese listo. Las notas de *La Dolores*, coreada desde las gradas, sirvieron de despedida a los músicos. Cuando hubieron abandonado la arena, media docena de mozos salió a alisar lo poco que habían removido. Más por ganar tiempo que porque realmente hiciera falta.

Casi enfrente de donde se sentaban Paloma y su tío comenzó a formarse el paseíllo, que hubo de pararse en seco ante la llegada a la plaza de las autoridades. Todo el público se giró hacia el palco real, el que había sido construido para el rey ausente. Por allí se asomó un hombre de pelo y bigote cano que saludó sonriente a la multitud, la cual a su vez prorrumpió en aplausos y vivas a la república.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó Paloma.

—Es don Niceto, el presidente del Gobierno.

—¿Alcalá Zamora? Pues se le ve más joven que en las fotos de los periódicos.

—Y los que salen ahora son los ministros —continuó tío Curro—. A algunos no los conozco todavía.

—El otro de pelo blanco ya sé quién es —exclamó Paloma, señalando a un anciano de porte distinguido y bigote con las puntas giradas hacia arriba—. Es Alejandro Lerroux. Al principio los confundía, así es que si aquel es don Niceto, ese tiene que ser Lerroux.

—Sí —rio tío Curro—. Nuestro flamante Ministro del Estado ¡Valiente putero está hecho!

—¡Tío, no digas esas cosas! —le reprendió, con un azote cariñoso en la pierna.

—¡Si lo sabré yo! —masculló sin que su sobrina pudiera oírle.

Los cuatro alguacillos iniciaron la marcha. Tras ellos, los ocho toreros y sus correspondientes cuadrillas. Por último, los picadores, que montaban caballos blancos a los que habían pintado los cascos de color plata. Se dirigieron hacia el palco real, que era lo más visible que se encontraron, sin darse cuenta de que, situado a la izquierda de este y mucho más modesto, estaba el de la presidencia, lugar al que debían dirigirse, como mandan los cánones, a solicitar permiso para dar comienzo a la lidia. Tuvo que ser un guardia, haciendo grandes aspavientos, el que los sacase de su error.

—¿Qué es lo que ocurre? —se interesó Paloma, sorprendida por las risas

de parte del público que se había apercibido de la metedura de pata.

—Pues ocurre que el que manda en la plaza es el presidente de la corrida, y estos idiotas han ido a saludar al presidente del Gobierno.

—O sea, que siempre hay alguien que manda más que otro, por mucho que mande ese otro —dedujo Paloma, con una lógica un tanto oblicua, haciendo soltar una carcajada a su tío.

—¡No sabes la razón que llevas! —exclamó.

Los palcos se situaban algo a su izquierda, por encima de ellos. Hacia allí estaban girados ambos cuando hizo acto de presencia, por la parte baja del tendido contiguo al suyo, un grupo de hombres y mujeres que ocupó la contrabarrera del diez. Uno de sus integrantes, un hombre que aún no habría cumplido los treinta años, se volvió hacia el palco de autoridades y se estiró todo lo que pudo, agitando las manos para ser visto. Desde el palco, Alejandro Lerroux respondió al saludo. Paloma se percató del hecho y se quedó mirando con interés al recién llegado. Era alto y apuesto; con la tez morena de los que pasan parte de su tiempo al aire libre. «Es guapo», pensó. El hombre se dio cuenta de que estaba siendo observado y sus ojos se encontraron, por unos momentos, con los de Paloma. Fue esta la que primero apartó la mirada. Él la mantuvo durante un buen rato.

—¿Te vas a quedar aquí toda la corrida? —preguntó don Melquíades, que hubiera preferido echar una partida de dominó.

—Si propones algo mejor que hacer... —respondió Crescencio.

—Yo me quedaré solo un ratito —intervino Amadeo—, a escuchar cómo va el ambiente. Si se oyen muchos olés y aplausos será que la corrida está siendo buena.

—Le juego un vaso de vino a que no será buena —le retó don Melquíades.

—¡Hace! Por un vaso de vino no me arruinaré —pensó en voz alta.

Los clarines sonaron y la puerta de toriles se abrió para el primer astado que hollaba el albero de Las Ventas.

Da unas cuantas vueltas, como queriendo también contemplar todos los detalles de la nueva plaza. Después, enfila a un subalterno, que se lo quita de encima de un capotazo, y lo fija el torero Fortuna, con una serie de buenos lances. El público lo agradece con grandes aplausos e, incluso, se escucha algún que otro olé.

—¿Lo ve usted, don Melquíades? No ha hecho más que empezar y ya está el público entusiasmado —comentó Amadeo, muy ufano.

—Por eso, joven, porque no ha hecho más que empezar y el público es como la gaseosa: ha venido con ganas de aplaudir y lo hace con cualquier cosa. Si salgo yo a torear, me aplauden lo mismo. Pero la fuerza se acabará pronto, ya lo verá.

A Paloma no le gustó demasiado ver la sangre del toro chorreando sobre la arena, después del primer puyazo. Miró hacia otro lado y se encontró, de nuevo, con los ojos de aquel hombre que había saludado al ministro Lerroux. Los evitó con rapidez, pero, como sin querer, al poco tiempo volvió a mirar hacia la barrera del diez y allí estaban los ojos, de nuevo observándola. En la cuarta ocasión que sus miradas se encontraron, el hombre la sonrió abiertamente. En la arena, Fortuna había hecho una faena aseada y ahora se disponía a dar la vuelta al ruedo.

No estaba mal para empezar y el público se las prometía felices. Aún faltaban por salir los platos fuertes del festejo. Marcial era el que venía a continuación. Sin embargo, para desesperación de todos los presentes, la profecía de Melquíades el Panadero comenzó a cumplirse inexorablemente. A partir de ese momento, cada toro que salió fue peor que el que le había precedido.

Tío Curro se lo tomaba con resignación. Trataba de mantener entretenida a su sobrina de todas las formas posibles y esta le agradecía el esfuerzo con una radiante sonrisa. De vez en cuando, perdía la mirada hacia el hombre del diez. Él y su grupo no se estaban aburriendo en absoluto. Charlaban animadamente y, de vez en cuando, reían a carcajadas. Paloma contó cinco hombres, todos de traje y corbata, y tres mujeres. Dos de ellas iban elegantemente vestidas y le parecieron muy atractivas. A la tercera se la veía algo incómoda en aquella compañía. Apenas intervenía en la conversación y no participaba del jolgorio de los demás. El modelo que lucía, aunque tenía buen corte, estaba algo pasado de moda. Sin embargo, en un determinado momento, cogió del brazo al hombre en un gesto que quiso ser cariñoso. Él se zafó, como con descuido, de la carantoña. Acto seguido, se giró hacia Paloma y se encontró con que estaba observándolo. Volvió a sonreír.

—Hace rato que parece que se han muerto todos ahí dentro —comentó Melquíades, señalando la plaza—. Han perdido el entusiasmo antes incluso de lo que yo me esperaba.

—Todavía falta mucha corrida —se defendió Amadeo.

Como respondiendo a sus palabras, se comenzaron a escuchar silbidos. Primero aislados y, al poco, formando una tremenda pitada.

—Eso solo ocurre cuando el público pide que un toro sea devuelto a los corrales. Si ya lo decía yo: ¿qué se puede esperar de toros regalados?

Amadeo optó por hacer mutis por el foro y, recogiendo la bolsa, se despidió de los dos viejos gruñones y se dirigió hacia su casa, prometiendo pasarse más tarde por la taberna.

—Ya me dirán ustedes luego cómo ha acabado la cosa. Sigue en pie lo del vaso de vino.

—¡Sigue! Y usted si quiere que sean dos, por mí...

—Deja en paz al joven —le reprendió Crescencio—. ¡No querrás que te pague la borrachera! Amigo mío —continuó, dirigiéndose a Amadeo—, el vaso ya puede darte por perdido. No hay persona en el mundo más gafe que Melquíades. Si ha dicho que la corrida será mala, terminará siendo peor que mala. Figúrese usted, que la última vez que me deseó buena suerte yo tenía las dos piernas.

—¡Eres un jodido mentiroso! Yo nunca te he deseado buena suerte.

Amadeo se alejó de ambos, que siguieron enzarzados en su disputa como si tal cosa. El ronroneo de un motor le hizo levantar la vista al cielo. Un biplano estaba sobrevolando la plaza.

—Ese avión vuela muy bajo, ¿no te parece? —comentó Paloma.

—Estará tomando fotos. Esta imagen hay que conservarla para la posteridad. Habrá más corridas, pero no más inauguraciones.

—Mañana pienso comprar todos los periódicos —afirmó Paloma muy convencida—. Por lo menos, los que traigan fotos.

—¿Y los guardarás para enseñárselos a tus hijos?

—¡Y a mis nietos! Pienso tener muchos nietos.

—¡No te queda nada, Palomita! ¡No te queda nada!

A la que cada vez le quedaba menos era a la corrida. Para alivio de todos, porque la cosa se había convertido, definitivamente, en un tostón. Ni la voluntad de Bienvenida, que cerraba la plaza, fue suficiente para levantar los ánimos. El público había empezado a desfilar en cuanto salió el último toro y se vio que tampoco daría juego. Paloma y su tío aguantaron hasta el final. Curro se sorprendió de que ella no le hubiese pedido macharse antes. Lo cierto era que el hombre, que sonreía desde el diez, seguía estando allí. Ante la proximidad del final de la corrida y la certeza de que difícilmente lo volvería a ver, ya no tenía reparos en sostenerle la mirada. Cuando por fin cayó muerto el último toro, se levantaron para marcharse. El presidente del Gobierno saludó de nuevo y todo el público se giró hacia el palco,

prorrumpiendo en aplausos, a los que también se sumaron tío y sobrina. El hombre del diez se perdió entre el tumulto que se formó a la salida.

La banda municipal estaba interpretando el *Himno de Riego*.

Sus notas llegaron hasta el tendido de los pobres. Crescencio miró a su alrededor. Apenas si quedaban algunos curiosos y desocupados asomados al barranco. El sol se acercaba al ocaso. Sacó un paquete de tabaco que llevaba oculto en el doblado del pantalón de la pierna perdida. Con parsimonia, lio un cigarrillo. El médico y la mujer le tenían prohibido fumar. ¡Y qué si lo hacía! ¿Acaso su vida iba a resultar mucho peor? Miró el reloj para asegurarse de que había calculado bien la hora de finalización de la corrida. Sonrió para sus adentros. Casi clavada. En la explanada frente a la plaza, la multitud se apresuraba para no quedar atrapada en el atasco que de nuevo se formaría. Pese a todo, salían contentos. Una mala corrida no era motivo suficiente como para acabar con la alegría de aquella gente.

A Crescencio le hubiera apetecido unirse a ellos.

2

Madrid, Venta del Curro.
Miércoles, 17 de junio de 1931.

La Venta del Curro, que así era conocida en varios kilómetros a la redonda, aunque ningún cartel lo pregonase en su fachada, era una coqueta edificación con dos plantas más terraza de estilo colonial. La había hecho construir un marqués o un conde, que en esto no se ponían de acuerdo los cronistas, para alojamiento de sus queridas. En lo que sí coincidían todos era en que el noble en cuestión había perdido gran parte de su hacienda, debido a unas inversiones que resultaron ruinosas, y se vio forzado a vender la propiedad. El comprador había sido el tío Curro —muchos lo llamaban «Tío Curro», sin que se conociera muy bien la razón, algo que molestaba un poco a su verdadera sobrina—. Las malas lenguas también afirmaban que la pequeña fortuna necesaria para la compra la había obtenido por medio de negocios, no siempre lícitos, durante la Gran Guerra. Curro prefería no hablar de aquellos temas y lo poco que se sabía había ido corriendo de boca en boca, creando a su alrededor cierta fama de contrabandista y hombre misterioso. Lo cierto es que muchos españoles hicieron dinero a costa de la guerra del 14. Curro fue uno de ellos. Espía e intermediario al mejor postor, había sabido jugar sus cartas con astucia. Otros como él habían dilapidado las ganancias al cabo de poco tiempo. Curro se las ingenió para moverlas con inteligencia. Lo que muy pocos sabían era que solo la mitad de la venta era suya. El secreto de quién era el propietario de la otra mitad únicamente lo conocían él y su socio.

Volviendo a la casa, al frente y a la derecha se abría a un amplio jardín donde crecían frondosas moreras, cuya sombra era una delicia durante los meses de verano. Hasta veinte mesas podían contarse bajo sus ramas. El jardín, a su vez, estaba rodeado de una cerca de ladrillo y verja de hierro, que solo se interrumpía en una puerta de doble hoja, también de hierro, que daba a un descampado. Atravesándolo, se llegaba al terraplén que bajaba hasta la

plaza de toros. A la derecha a unos cien metros, se levantaba un grupo de casas desiguales. Algunas altas y otras bajas. Casi se diría que formaban una pequeña aldea. En la azotea de la segunda casa, según se miraba desde la Venta del Curro, vivía Crescencio. Él aseguraba que si no le gustaba volver a casa, no es porque le estuviese esperando su señora, como decía el Panadero, sino por tener que subir las escaleras a la pata coja.

Si se giraba a la izquierda, al salir de la venta, nada más terminar la cerca, se encontraba uno con la Cooperativa de Viviendas Baratas para Carteros. Era una colonia de unos cuarenta hotelitos, con una sola planta y un pequeño jardín. Amadeo y Adela tenían su hogar en uno de ellos.

El resto de casas que había en los alrededores estaban desperdigadas, sin orden ni concierto; muchas, con una pequeña huerta aneja. De todas ellas y de otros barrios más alejados se nutría la numerosa clientela de la taberna.

A pesar de ser miércoles, a eso de las nueve y media del día que inauguraron la plaza, el jardín de la venta estaba de bote en bote, con todas sus mesas ocupadas y agrupadas en corrillos, según los temas de conversación. Por supuesto, la corrida de aquella tarde era uno de los principales. Los que no se interesaban por la charla preferían pasar el rato jugando a la rana, apostando las consumiciones. La luz era tenue, pero bien repartida. Un buen número de bombillas colgaban de los cables que saltaban de árbol en árbol. Aquella fue la estampa que se encontró Amadeo al franquear la verja del jardín. Respiró hondo, sonrió satisfecho y siguió adelante, disponiéndose a buscar a don Melquíades, al que debía una invitación por la apuesta perdida. Porque las noticias volaban y todo el mundo ya sabía que la corrida había resultado un fiasco, en cuanto a lo que a espectáculo se refiere. Amadeo avanzó entre las mesas, deleitándose con el animado ambiente. El sonido de las voces y de las risas se mezclaba con los golpes metálicos de los tejos lanzados por los jugadores de la rana que, de vez en cuando, gritaban «¡rana!» o «¡changarro!», según la diana que hubiesen alcanzado. No tardó en encontrar a su acreedor. Estaba sentado en el corro más numeroso, junto a su inseparable Crescencio. El Curro también se contaba entre los miembros del grupo y, en aquellos momentos, llevaba la voz cantante.

—La corrida ha sido mala igual que hay otras muchas corridas malas. Yo no creo que tenga nada que ver si los toros y los toreros iban de gratis.

—Te digo yo que sí, Curro. Que el trabajo y las cosas buenas hay que pagarlos —respondió don Melquíades, generando un aluvión de opiniones

encontradas.

Amadeo saludó con la mano tímidamente, por no querer interrumpir.

—¡Caramba, amigo mío! —correspondió don Melquíades—. Venga a sentarse a mi lado, que la conversación está muy animada.

Amadeo se abrió paso entre la concurrencia y aceptó una silla de tijera que le ofrecieron con amabilidad.

—Lo mejor de todo es que, mañana mismo, los que estamos en paro podremos ir a recoger nuestra parte de la recaudación —bromeó Fulgencio, uno que se sentaba a su izquierda, provocando las risas de los demás.

—¡Ya me gustaría a mí estar igual de parado que tú! —exclamó otro del fondo.

Y es que Fulgencio no tenía empleo fijo, pero se ganaba la vida a base de chapuzas. Albañil, carpintero, lampista o plomero. De cualquier cosa podía ejercer con tal de sacarse unas perras.

Don Melquíades dio unas fuertes palmadas y a los pocos momentos apareció, solícito, un joven con el mandil verde de camarero.

—Dígame *usté*, don Melquíades.

—Pon una ronda de mi parte. Que con lo que me ha ahorrado por no ir a la corrida, bien la puedo pagar.

—¡Volando!

La invitación fue recibida con entusiasmo por todos los presentes. Únicamente Amadeo se revolvió inquieto en el asiento y paseó la mirada a su alrededor, contando hasta catorce personas. Algo que no pasó desapercibido para don Melquíades que, dándole unas palmaditas en la rodilla y bajando la voz, para que nadie más pudiera oírle, lo tranquilizó:

—No se apure usted, amigo mío. Conque me invite a mí, será suficiente.

El joven camarero se llamaba Miguel. Tendría unos diecinueve o veinte años. Un buen mozo, según los que lo conocían. Él solo se bastaba para atender a todas las mesas. En el interior de la venta, tras una barra de mármol, su padre, también llamado Miguel, se encargaba de preparar los comandas que le iba pasando. Depositaba los vasos y los platos sobre una redonda bandeja de metal hasta que ya no cabía nada más. Miguel hijo la levantaba entonces sobre su cabeza y la llevaba hasta las mesas de los clientes. En la pequeña cocina, Blasa se afanaba con «las cosas de comer». Los tres trabajaban para el tío Curro y eran los que hacían funcionar el negocio. El propio Curro solo servía las bebidas cuando era él mismo quien invitaba a la ronda, cosa que ocurría con más frecuencia de la que era habitual en otras

tabernas de los alrededores. Sin duda, era ese uno de los motivos de que la suya fuese la más frecuentada. A su sobrina Paloma le permitía ayudar con las mesas de vez en cuando, pero siempre dejando muy claro a todo el mundo que ella lo hacía por diversión, no porque él se lo mandase. Cuando esto ocurría, que Paloma se colgaba el mandil verde y servía vino, limonada y platos de aceitunas, la clientela consumía más. Curro se daba cuenta y sonreía complacido. Miguel hijo echaba chispas por los ojos. No porque ella pusiera en peligro su puesto de trabajo, sino viendo cómo los demás hombres la miraban.

Miguel llegó hasta el corro con la bandeja repleta de vasos y los fue repartiendo por las mesas.

—¡A la salud de don Melquíades! —dijo alguien, y todos los levantaron.

—¡Y a la salud del señor cardenal! —exclamó Fulgencio, levantando de nuevo el suyo y siendo imitado por gran parte de la concurrencia—. Para que le vaya muy bien, cuanto más lejos mejor. —Risas.

Ni Curro ni don Melquíades estaban entre los que rieron. El último torció visiblemente el gesto. El súbito cambio de tema no le había gustado ni una pizca. Sabía que ahora entrarían a hablar de política y que le tocaría defender posiciones contra las que casi todos estaban. El cardenal Segura, al que se refería Fulgencio, acababa de ser expulsado de España por haber criticado abiertamente a la República.

—Ya iba siendo hora de que a los curitas les pusieran los puntos sobre las íes —dijo uno.

—Si es que tenían que haber quemado las iglesias con toda la curia dentro —remachó otro, refiriéndose a la quema de conventos de un mes atrás.

—Bonita manera de empezar una democracia quitándose de encima a los que discrepan —explotó don Melquíades.

Sus palabras fueron seguidas por un espeso silencio. Aunque no estuviesen de acuerdo con él, los asiduos de la taberna sentían un gran respeto por el Panadero. Si bien ahora gozaba de una buena posición, había empezado desde abajo, metiendo las manos en la harina y levantándose, durante muchos años, bastante antes de que saliese el sol. Además, estaban bebiendo a su salud; no era cosa de ponerse a discutir con él. Tío Curro echó un capote:

—¡Y qué más da! Son asuntos de políticos, y con los políticos, ya se sabe: hoy esto es azul, pero mañana puede ser encarnado. Hay cosas peores. ¿Qué me decís del barco ese que se ha hundido en Francia? ¡Más de

quinientos muertos!

—¿Un barco de guerra?

—¡Qué va, hombre! De pasajeros.

—He leído que eran turistas que iban de excursión.

—Fue una ola enorme que lo puso patas arriba.

—Los barcos no tienen patas, ¡animal!

—¿Ah, sí? Será que has visto tú muchos barcos por debajo.

El que más y el que menos se sintió aliviado de que la conversación volviese por sus derroteros habituales: comentando la actualidad entre bromas y chascarrillos, incluso si las noticias eran trágicas.

Paloma hizo acto de presencia en aquel instante. Fueron muchas las miradas que se volvieron hacia ella. Se movió entre las mesas, saludando a los que conocía, y se detuvo unos momentos en las dos únicas en las que había mujeres. Ya no lucía el despampanante aspecto con el que había acudido a la plaza, pero no por ello resultaba menos atractiva. El sábado de la semana siguiente cumpliría los dieciocho años. Por supuesto, no le faltaban pretendientes, pero no hacía el menor caso a ninguno de ellos. Le gustaba recortar las fotos de sus actores favoritos que aparecían en las revistas. Las pegaba en un álbum que guardaba después en una caja bajo llave. Soñaba que algún día ella pasearía cogida del brazo de alguno de aquellos actores.

Los jugadores de la rana seguían con su monótono «¡clong..., clong!», ajenos a todo lo que ocurría a su alrededor. Paloma terminó la ronda en el corrillo donde se encontraba su tío. Se le acercó por detrás abrazándole el cuello y dándole un sonoro beso. Saludó después a los presentes, aunque solo lo hizo por sus nombres con Crescencio y don Melquíades. Su mirada se posó por unos instantes en Amadeo, al que no recordaba haber visto antes por la taberna.

—Hoy hay mucha gente, tío —le dijo al oído—. ¿Te parece que eche una mano a Miguel con las mesas?

—Solo si te apetece. Miguel se las basta y sobra para hacerse cargo de todo él solito. Pero si quieres ayudarlo... —Hizo un gesto con la mano, indicando que no le importaba.

—¡Gracias, tío! —Salió corriendo hacia la casa para colgarse el mandil y comenzar a servir.

Miguel padre la recibió con una gran sonrisa.

—¿Qué mesas llevan más tiempo sin tomar nada? —le preguntó mientras se recogía el pelo y se lo arreglaba en un moño.

—La seis y la once. Llevan más de dos horas y solo se han tomado unas limonadas.

Paloma salió al jardín con la bandeja bajo el brazo y se dirigió hacia la mesa seis. Estaba ocupada por dos jóvenes parejas que conversaban animadamente. Tenían delante de ellos cuatro vasos vacíos y no parecían tener intención de pedir nada más. Paloma los saludó y, poniendo la bandeja sobre la mesa, retiró los vasos.

—¿Va a ser algo más? —preguntó—. El día ha sido caluroso y lo mismo las señoritas tienen sed.

—Sí que lo ha sido, sí —convino una de ellas—. La verdad es que me tomaría otra limonada, aunque... ¿no sé si a ti te apetece, cariño? —añadió, dirigiéndose hacia el galán que se sentaba a su derecha.

—Pues... claro. ¿Cómo no?

—A mí, ponme otra —solicitó su compañera—. ¿Vosotros no tomáis nada?

Los dos hombres se miraron y terminaron pidiendo unas cervezas.

—¡Sean dos limonadas y dos cervezas! —exclamó Paloma, llevándose la bandeja con los vasos vacíos.

Regresó a los pocos minutos con lo que habían pedido y un platillo de aceitunas. Después se dirigió a la mesa once. Estaba ocupada por cinco hombres que no perdían detalle del ir venir de la muchacha. Cuando se acercó a ellos la miraron de arriba abajo con ojos lascivos. En ese momento, apareció Miguel hijo.

—Déjame a mí —le dijo en un susurro.

Limpio la mesa y preguntó qué iban a tomar.

—Yo prefiero que nos sirva ella —dijo uno al que llamaban Machaco y que tenía fama de pendenciero.

—El que se encarga de esta mesa soy yo, si no le importa.

—Pues yo quiero pedirle a ella. ¿Acaso vas a llevar la contraria a un cliente?

Miguel se puso rojo de ira y apretó la bandeja entre sus manos. Paloma se adelantó, situándose entre ambos.

—¿Qué va a ser? —volvió a preguntar.

—Una limonada —respondió Machaco, mirándola a los ojos—. Y cinco cucharillas.

Sus compañeros soltaron una carcajada.

—¡Sea! Una limonada y cinco cucharillas —gritó con fuerza, haciendo

que los ocupantes de las otras mesas los mirasen, interrumpiendo sus conversaciones—. No creo que me haga rica con lo que dejen estos de propina —dijo, también en voz alta, mientras se alejaba a cumplir con el encargo.

Miguel se quedó mirando a Machaco, con una sonrisa despectiva y después se dio la vuelta, dispuesto a seguir con sus quehaceres. En las mesas de los alrededores, todo eran cuchicheos y miradas hacia los cinco hombres, que sentían cómo la broma se había vuelto contra ellos.

Paloma transmitió la comanda a Miguel padre, que la atendió algo extrañado.

—¿Algún problema, niña?

—Nada que yo no pueda arreglar. No se preocupe.

En el momento en que salía de nuevo al jardín, se dio de bruces con su tío.

—Anda, déjame que sirva yo a esos imbéciles —dijo, autoritario, quitándole la bandeja de las manos.

Paloma refunfuñó algo que su tío no llegó a entender, pero tuvo que acceder de mala gana. Curro se encaminó lentamente hacia la mesa de los facinerosos, sujetando la bandeja por encima de su cabeza, para que todos pudieran verlo. A medida que se acercaba, cesaban las conversaciones del resto de las mesas y las miradas lo seguían, pendientes de lo que pudiera ocurrir. Paloma se mantuvo a una cierta distancia.

—¡A esta ronda invita la casa! —les dijo, con mucha ceremonia, depositando la limonada y las cucharillas una por una, delante de ellos.

—¡Ten cuidado, viejo! —le amenazó Machaco, poniéndose en pie, visiblemente alterado—. ¡De mí no se ríe nadie!

—¿Y quién iba a osar reírse del gran Machaco? —preguntó Curro con sorna.

El matón dio un paso al frente. Curro no se inmutó. Unos metros más allá, los catorce integrantes de la tertulia, incluidos Crescencio y don Melquíades, se pusieron también de pie, como impulsados por un resorte. En la puerta de la taberna apareció Miguel padre, blandiendo un gran bastón «quitamanías» que guardaba bajo el mostrador. Miguel hijo se situó al lado de Curro, dispuesto a defenderlo. Machaco miró a los suyos, que se removieron inquietos en las sillas, esquivando sus ojos. Aunque pendenciero, Machaco no era tan estúpido como para comenzar una reyerta en la que llevaría todas las de perder. Optó por recoger velas. A su manera.

—¡Caramba, Curro! ¡Cómo te pones por una broma! Antes tenías más sentido del humor.

—Con mi sobrina no hay bromas que valgan. Te lo digo ahora y espero no tener que recordártelo nunca más.

—Es guapa la moza. Eso no puedes evitarlo, por mucho que te empeñes. Si quieres que te diga lo que pienso, creo que ya va siendo hora de que la pongas a... *trabajar*. Tú ya me entiendes —dijo, enseñando los dientes, en lo que pretendía ser una sonrisa.

Curro no respondió, pero se puso como la grana. A una seña de Machaco, sus esbirros se levantaron y se dispusieron a marcharse.

—Ya nos veremos otro día, Curro. Espero que no estés tan arisco la próxima vez.

Todos juntos se encaminaron hacia la salida, mirando a izquierda y derecha con cara de perdonavidas.

—¡Tío Curro! Se marchan sin pagar lo que han tomado antes —le avisó Miguel, muy indignado.

—Déjalos, chaval. A enemigo que huye, puente de plata. Lo único que deseo es que no vuelvan más.

Paloma, que no había perdido detalle, se acercó a su tío y le dio un fuerte abrazo.

—¿Qué ha querido decir ese idiota con lo de que me pusieras a trabajar? —preguntó.

—¡Y yo qué sé! Tonterías tuyas. No pienses más en ello. Ahora, creo que sería mejor que te marchases a tu habitación. Mañana tienes clase temprano.

—Está bien, tío. Lo que tú digas.

Curro le deseó buenas noches con un beso en la frente. Después, dio una vuelta completa a la terraza, saludando a unos y a otros, quitando importancia al incidente. Al acabar, regresó a la tertulia, en la que en aquel momento se hablaba de fútbol y de la próxima final de Copa, que el domingo enfrentaría al Betis y al Athletic de Bilbao en Chamartín.

3

Cuando Paloma abandonó el colegio de monjas para venirse a Madrid escribía con pocas faltas de ortografía, se sabía de memoria largos pasajes de los Evangelios y era capaz de recitar la liturgia de la misa mejor que el propio oficiante. También cosía y cocinaba aceptablemente bien. En cambio, sus nociones de matemáticas se limitaban a sumar, restar y poco más; lo estrictamente necesario para administrar una casa, tarea para la que debían prepararse las mujeres decentes y temerosas de Dios. De literatura, Santa Teresa y Cervantes eran los únicos autores que sabía nombrar.

Curro le había dicho que, con aquello, probablemente hubiera tenido suficiente para malcasarse con algún destripaterrones del pueblo, pero que si quería ser digna sobrina de su tío, tendría que aspirar a más.

—Esto es la capital, Palomita, ¿sabes lo que eso significa? —le había preguntado a la niña, todavía asustada, que lo miraba con los ojos muy abiertos y sin saber qué era lo que debía responder—. Pues que aquí rezar el rosario y zurcir calcetines no es suficiente para llegar a ser algo en la vida. Tendrás que estudiar y prepararte. Solo así podrás ser dueña de tu futuro, sin que nadie decida en tu nombre.

Paloma no entendió muy bien lo que su tío quería decirle, pero se dio cuenta de que debería esforzarse para hacer que se sintiese orgulloso de ella. Se prometió a sí misma que no lo defraudaría. A los pocos días, recibieron la visita de un viejo catedrático de instituto, ya retirado, al que Curro había hecho llamar. Se lo presentó muy ceremoniosamente como don Victoriano y, después de algunas loas a su larga carrera como educador y de lo magnífico que sería que la aceptase como alumna, los dejó a solas. El anciano la miró fijamente por el pequeño resquicio que quedaba entre sus pobladas cejas y el borde superior de unas gafas de concha bastante desvencijadas. Unos cuantos minutos de preguntas y algunas respuestas le fueron suficientes para hacerse una idea exacta de la labor que le esperaba. Después, don Victoriano y su tío se sentaron delante de una frasca de vino a discutir las condiciones, mientras a ella le dieron permiso para salir a jugar al jardín. No tardaron en llegar a un acuerdo. Empezaría las clases al día siguiente. Debería estar, de lunes a

viernes, a las nueve en casa de su nuevo profesor, que vivía dos portales más allá que Crescencio, el cojo. Cuatro horas de lunes a viernes. Los sábados, empezarían a las diez y repasarían durante tres horas lo aprendido a lo largo de la semana.

Don Victoriano resultó ser un profesor sumamente exigente. Paloma no se echó atrás y por las tardes dedicaba unas cuantas horas más al estudio y a preparar los deberes que le había mandado para el día siguiente. Con todo, le llevó más de un año alcanzar el nivel de conocimientos que le correspondía a su edad. «Para un joven, no está mal, pero ella es UNA joven, así es que está muy bien», tal y como se encargó de puntualizar don Victoriano, en una de las entrevistas que mantenía de tanto en cuanto con Curro, para informarle de los progresos de su discípula. Continuó dando clases con el viejo catedrático hasta que cumplió los quince años. Y así hubiera seguido, de no ser por una embolia que se lo llevó de repente una noche. Fue Paloma la que dio la voz de alarma, cuando no le abrió la puerta a las nueve de la mañana, como era costumbre.

Se planteó entonces que continuase los estudios en un colegio de los de toda la vida. Visitaron un par de ellos, que se encontraban en los alrededores de la plaza de Manuel Becerra, pero no le gustaron demasiado. Le recordaban a la época pasada con las monjas. Encarna, una vieja amiga de su tío, que de vez en cuando iba a visitarlo, sugirió entonces que probasen con una *academia para señoritas*. «Allí le enseñarán cosas de las que sirven de verdad para abrirse paso en la vida y... ¿por qué no?, para encontrar un marido con posibles», les dijo una tarde fría y lluviosa, sentados al calor de la estufa que había en el salón de la venta. Encarna le caía bien a Paloma. Su intuición juvenil le decía que entre ella y su tío existía algo más que una simple relación de amistad, pero nunca se atrevió a preguntarle abiertamente si estaba en lo cierto. En cualquier caso, a ella le gustaba Encarna para novia del tío Curro. Siempre estaba alegre, llevaba unos vestidos muy bonitos y usaba un perfume que daba gloria olerlo. Así es que cuando habló de la academia de señoritas, Paloma apoyó la idea con rapidez y le pidió a su tío que fuesen a verla cuanto antes.

Quedó encantada con lo que se encontró. La academia estaba situada en el primer piso de una bonita casa en la calle O'Donnell. La regentaba una señora de porte distinguido, aunque afable, que se esforzaba en disimular la cincuentena larga que cumplía con una dosis excesiva de afeites. Las clases se daban en un amplio salón con grandes ventanales, en el que le llamó la

atención que hubiese dos jarrones con flores frescas. También utilizaban habitaciones más pequeñas, para trabajos de grupo o para materias específicas, que impartían otros dos profesores más jóvenes. La tutora admitía un máximo de quince alumnas de entre catorce y veinte años, si bien, excepcionalmente, alguna de sus *señoritas* había continuado en la academia por más tiempo. Allí no se impartían asignaturas como en un colegio, sino que se dedicaban durante un determinado periodo de tiempo a profundizar sobre diferentes materias. Solo el francés y la taquimecanografía seguían unas pautas de periodicidad. Diaria, el primero, y los lunes y miércoles, la segunda. Además, estaban de suerte. Una de las veteranas había causado baja hacía pocos días, al pasar a ser la prometida de un joven abogado de muy buena familia, por lo que había quedado una plaza libre.

El lunes de la semana siguiente, Paloma comenzó su formación en la academia. Se tenía que levantar muy temprano, pero era un sacrificio que aceptaba de buen grado. Cogía el metro en Ventas y lo dejaba en Goya. Desde allí, un tranvía la llevaba hasta la puerta misma de la academia. El régimen era de seminternado y salía a las seis de la tarde. La hora de la comida también estaba sujeta a disciplina. Las buenas formas en la mesa eran tan importantes o más que la ortografía o la historia de España.

Los primero tiempos fueron duros, hasta que consiguió no desentonar con el resto de las alumnas. Después, todo fue coser y cantar. Hizo muy buenas amigas y lo pasaba realmente bien en las clases. El día que inauguraron la plaza de Las Ventas, Paloma, a punto de cumplir los dieciocho, no había acudido a clase. Era la primera vez que se ausentaba durante el tiempo que llevaba en la academia. Su tío le firmó un justificante, aduciendo «asuntos familiares de suma importancia». Sin embargo, todas sus compañeras estaban al cabo de la calle de las verdaderas razones de su ausencia. A la mañana siguiente, esperaban la llegada de Paloma, impacientes por conocer los detalles. Entre cuchicheos y risas contenidas, les fue relatando, por capítulos, los acontecimientos de la tarde anterior. Solo cuando la tutora o alguno de los profesores no estaban presentes podía hacerlo sin temor a ser reprendida. De esta forma, su relato se tuvo que interrumpir en infinidad de ocasiones. Al final del día, cuando llegó la hora de la salida, sus compañeras tenían una idea bastante aproximada de lo que había sido la inauguración de la plaza. También les había hablado del hombre que saludó a Lerroux y de lo guapo que era. Nada les dijo, en cambio, de los cruces de miradas y de las sonrisas que le había dirigido el galán.

Ya en la puerta, le hizo una seña a Juani, su mejor amiga, para que se apartaran rápidamente de las demás, porque tenía algo que contarle. Fueron dando un paseo por la acera de la calle O'Donnell, en dirección al Retiro. Juani tenía que seguir aquel camino para ir a su casa y Paloma cogía el tranvía de regreso dos paradas más allá. Era algo que hacían muy a menudo cuando llegaba el buen tiempo. Con su amiga no omitió detalle alguno.

—¿Y de verdad te miró y te sonrió, aun estando con otras mujeres? ¡Qué descaro! Yo no me fiaría de ese, si fuese mi novio.

—Si fuese tu novio, yo haría todo lo posible por quitártelo —aseguró Paloma, riendo.

—¿Tan guapo era?

—¡Guapísimo!

—¡Descríbemelo!

—Pues era alto, moreno..., con porte distinguido. Llevaba el pelo hacia atrás, muy brillante. ¡Y tan bien vestido! Traje de color crema y una corbata a rayas. Cierro los ojos y todavía lo estoy viendo.

—Pues no los cierres ahora que ahí delante también hay algo digno de contemplarse.

Paloma se detuvo en seco, petrificada. El hombre del día anterior acababa de salir de una de las casas y se dirigía a un elegante coche aparcado frente a la puerta.

—¡Es él, Juani, es él!

—¡Pero qué dices! ¿Estás loca? —Soltó una carcajada incrédula, que hizo que el hombre se girase, reparando en ellas.

Paloma bajó los ojos, pero él ya la había reconocido. Cerró la puerta del coche y se dirigió a su encuentro.

—Buenas tardes, señoritas —saludó con una encantadora sonrisa—. Perdonen mi atrevimiento, pero es que me da la impresión de que nos hemos visto antes..., en alguna otra ocasión ¿No les parece a ustedes lo mismo?

Hablaba en plural, pero tenía los ojos clavados en Paloma, que se había puesto colorada hasta las orejas y no sabía dónde meterse.

—Pues nosotras no lo conocemos de nada —respondió Juani.

—¿Usted tampoco? —preguntó, sin apartar la mirada.

Paloma hizo como si tuviera que realizar un gran esfuerzo de memoria, pero le salió tan mal el fingimiento que provocó en su amiga una risita nerviosa.

—¿No sería ayer, en la plaza nueva? —acertó a preguntar.

—¡Eso es! Ahora me acuerdo. Usted estaba sentada en el tendido de la derecha al mío. Con su padre..., supongo.

—Sí... Bueno... No. En realidad es mi tío, pero hace las veces de padre. Ya lo ve usted.

—¡Vaya, qué casualidad! Yo también tengo un tío que es como si fuese mi padre. De hecho, siempre le llamo *papá*.

—¡No se burle! —intervino Juani—. Lo que quiere este individuo es camelarnos. Anda, vámonos. —Dio un violento tirón del brazo de Paloma, pero esta se resistió a moverse.

—No me burlo —protestó el hombre—. Es la pura verdad. Mi padre murió cuando yo aún no había cumplido los dos años. Desde entonces, he vivido con mi tío Alejandro. Él me llama hijo y yo lo llamo padre, así de sencillo.

—¡Alejandro...! ¿Y usted cómo se llama? —se interesó Paloma.

El hombre pareció sorprenderse por el descaro de la muchacha, pero reaccionó con rapidez.

—¡Llevan razón, señoritas! Perdónenme si aún no me he presentado: Aurelio Lerroux, para servirlos. —Y estrechó las manos de ambas.

—Entonces, su tío es...

—Ahora les toca a ustedes y ya podremos llamarnos por nuestros nombres —continuó él, sin dejar que Paloma terminara la pregunta.

—Yo me llamo Juani, encantada. Bueno, Juani es solo para los amigos.

—Su tío es... —insistió Paloma.

—¿Y usted? —preguntó, cortándola de nuevo.

—Paloma, yo también encantada. ¿Es usted sobrino de Alejandro Lerroux?

—¡Está bien, está bien! —rio Aurelio—. Me habéis descubierto. No me gusta ir por ahí presumiendo de pariente importante, pero sí, es mi tío. Aunque ya os he dicho que es como si fuera un padre para mí. Ahora mismo, vengo de verlo —añadió, señalando una casa que quedaba a sus espaldas.

—¿Vive ahí?

—Efectivamente. Está muy ocupado, si no, os lo presentaría.

—¡Caray! —exclamó Juani—. Con la de veces que he pasado por aquí sin saberlo. Verás cuando lo cuente en casa...

—Y decidme, ¿vosotras a qué os dedicáis? Por cierto, ya os estoy tuteando; no os importará, ¿verdad?

—En absoluto, puede tutearnos cuantas veces quiera. Bueno..., por lo

menos a mí. No sé qué opinará Paloma.

—¡Ah, ah! Pero eso será con la condición de que vosotras hagáis lo mismo conmigo. Paloma, ¿tú qué dices?

—Pues... que por mí está bien. Si a usted no le parece mal... quiero decir, si tú lo crees oportuno, nos tutearemos.

—¡Eso está mejor! Si me lo permitís, me gustaría invitaros a tomar algo. Una horchata, ¿os parece bien?

—Pues... no sé —titubeó Juani, mirando a su amiga.

—Yo tengo que volver a casa, se me está haciendo tarde y mi tío puede preocuparse. Pero id vosotros, si queréis.

—Pero eso no puede ser —respondió cínicamente Aurelio—. Ya sabéis cómo es la gente. Enseguida pensarían que somos novios. Si vamos los tres, estará claro que somos simples amigos.

—Pues tendrá que ser otro día —zanjó el tema Paloma, aunque le hubiera apetecido aceptar aquella horchata.

—No sé... Mañana no puedo. Tengo una reunión importante. Y el domingo, por la mañana, salgo de viaje y no volveré hasta dentro de dos semanas.

—¿Vas lejos? —se interesó Juani.

—Ciudad Real. Ahí al lado, como aquel que dice, pero estaré muy ocupado durante todo ese tiempo.

A Paloma se le encendió una lucecita en la cabeza, pero no sabía si atreverse a dejarla salir al exterior. Apenas lo acababa de conocer y quizá resultase demasiado atrevido por su parte hacerle la invitación que estaba pensando. Pero... ¡qué narices! Una invitación así solo podía hacerse una vez al año.

—Si estás libre el sábado, a lo mejor te apetecería venir a una verbena que se organiza en la venta de mi tío. Tiene un jardín muy grande y, con el buen tiempo, se hacen verbenas casi todos los sábados. Pero esta es especial: es por mi cumpleaños.

Paloma se quedó sorprendida de su propio descaro. Lo había llamado de tú, sin atrancarse, y encima lo había invitado.

—Pues... no sé... La verdad es que me encantaría. Es posible que pueda pasarme un rato. Supongo que será por la tarde.

—Empezará a eso de las nueve. Habrá baile; mi tío ha alquilado un organillo. ¡Y limonada para todos!

Aurelio soltó una carcajada.

—Si lo pones así, va a serme muy difícil rechazar la invitación. Dime dónde es y haré lo posible por acudir.

—Yo también estaré —intervino Juani—. A mí también me ha invitado. Aunque soy un año mayor que ella, ¿sabes?

—¡Ah, sí! ¿Y cuántos años tienes tú, si puede saberse?

—Diecinueve. Los cumplí hace dos meses.

—¡Oh! —exclamó Aurelio, sin disimular su sorpresa—. Así es que Paloma cumple los dieciocho. Una edad muy bonita. Ya veis, yo tengo exactamente diez más, pero todavía me acuerdo del día en que los cumplí.

—¿Te parecemos demasiado jóvenes? —preguntó Paloma, algo molesta por la indiscreción de su amiga.

—Bueno..., no es eso. Yo también soy joven, ¿o no? Solo que... os habría puesto un par de años más.

—Entonces, ¿no vas a venir? —se alarmó Juani.

—Ya os he dicho que haré lo posible, pero no os prometo nada. Además, supongo que irá mucha gente y yo solo os conozco a vosotras.

—Eso no importa, seguro que te lo pasarás muy bien.

—Prometemos bailar contigo más que con ningún otro —apostilló Juani.

—¡Está bien, está bien! Allí estaré. Aunque no creo que pueda quedarme mucho tiempo.

Paloma le escribió la dirección de la Venta del Curro en un trozo de papel y después se despidieron hasta el sábado, con un nuevo apretón de manos. Instantes después lo vieron desaparecer camino de la Puerta de Alcalá, al volante de su espléndido automóvil.

—¡Menudo cochazo! —suspiró Juani—. Lo que daría porque me llevase a dar una vuelta.

—Bueno, si tanto te apetece, ya le pediré que te llevemos en el asiento de atrás, cuando salgamos de paseo.

—¡Ja! Que te lo has creído tú eso. Yo seré la que vaya delante.

Las dos amigas se pusieron a reír y continuaron su camino cogidas del brazo. Quedaban dos días para el sábado.

4

Madrid, Venta del Curro.
Sábado, 20 de junio de 1931.

El sol estaba todavía bastante alto en el horizonte cuando comenzaron a llegar los primeros invitados. El jardín de la Venta del Curro se había engalanado para la fiesta. Farolillos de papel cubrían las bombillas y de los cables colgaban tiras de banderitas de todos los países. Las mesas se habían abierto en círculo, dejando un espacio central para el baile. En uno de los laterales, sobre una tarima, habían colocado un resplandeciente organillo, todavía medio tapado con su funda. El organillero comprobaba el contenido de una gran maleta, en la que llevaba algunas herramientas y los cilindros que le permitirían ir cambiando las melodías. Olía a tierra mojada, pues acababan de regar para que no se levantase polvo. Tío Curro se había encargado personalmente de que todo estuviese a punto para la celebración. Ahora estaba contemplando su obra satisfecho, apoyado en el quicio de la puerta del bar. Él también se había adornado con sus mejores galas. Llevaba una chaqueta gris, a rayas, y un pañuelo rojo al cuello, que hacía juego con el clavel de la solapa. Camisa inmaculadamente blanca y con cuello nuevo.

La primera en llegar había sido Encarna. Curro salió a recibirla.

—Hay que ver qué guapo te has puesto, Currillo —le saludó y, después de girarse para cerciorarse de que nadie los miraba, le dio un rápido beso en los labios.

—La ocasión se lo merece. ¡Dieciocho años ya! Y parece que fue ayer cuando apareció por esta casa medio muerta de hambre.

—Sí que ha mejorado, sí, tu Palomita. Cada día que la veo se ha hecho más mujer. ¡Y qué mujer! La taberna se te llena todas las noches solo con los que vienen para verla. Supongo que te habrás dado cuenta y no pensarás que es por tu simpatía o por lo buena que es aquí la cerveza.

—Claro que me he dado cuenta, ¿te crees que soy tonto? Y lo cierto es que, por un lado, me llena de orgullo, pero por otro me da un poco de miedo.

—Tendrá un montón de pretendientes, claro ¿No hay ninguno que le haga tilín?

—Pretendientes muchos. O más bien pretendientes a ser pretendientes, porque a lo más que se atreven es a echarle algún piropo. Ella sonríe a todos y no hace caso a ninguno. ¡Sueña con los actores de las películas!

—Es normal a su edad, no te desesperes.

Curro bajo la voz y aproximó su boca al oído de Encarna.

—El hijo de Miguel está que bebe los vientos por ella. Me ha pedido que interceda, pero... no sé yo. Le he dicho que, conociéndola, eso sería lo peor que podría hacer; que es mejor que sea él mismo el que le diga lo que le tenga que decir.

—Has hecho bien, Currillo. En los amoríos de la gente joven es mejor no meterse, que puede salir uno escaldado.

Encarna le hizo una seña para que cambiaran de conversación, al ver que Paloma se acercaba a ellos, acompañada de otra chica de su edad.

—Hola, señora Encarna —saludó al llegar.

—¿Solo eso? ¡Ven aquí que te dé dos besos! ¡Y muchas felicidades!

Paloma aguantó lo mejor que pudo el achuchón y los besos de la mujer y después se giró hacia su tío como queriéndole decir algo, pero Encarna se adelantó, sacando del bolso un pequeño paquete perfectamente envuelto en papel de color granate.

—Y toma esto, jovencita, es tu regalo de cumpleaños.

Paloma aceptó el paquete con entusiasmo y comenzó a abrirlo, intentado que el papel no se rompiera.

—Anda, déjate de tantos miramientos —intervino Juani poniéndose a su lado—. Yo, cuando me hacen algún regalo, lo abro en un suspiro.

—Tío, creo que ya conoces a Juani. Señora Encarna, esta es mi amiga Juani. Juani, la señora Encarna.

Después de los saludos, Paloma continuó con el paquete. Dentro había un estuche. Levantó la tapa y puso la cara de sorpresa que debe ponerse en semejantes circunstancias.

—Son unos pendientes preciosos. ¡Muchísimas gracias! Corro ahora mismo a ponérmelos.

Juani la agarró del brazo, antes de que saliese disparada hacia la casa, recordándole con un gesto que aún no había hablado con su tío, que era para lo que se habían acercado a él y a su novia. Porque Paloma ya le había puesto al corriente de sus sospechas sobre la verdadera relación entre ambos.

—Tío... Verás... Es que tengo algo que decirte.

—Pues dímelo sin miedo. Ya sabes que Encarna es como de la familia. Paloma asintió y miró de reojo a la mujer.

—Pues es que... he invitado a un amigo que no conoces. Tampoco es seguro que vaya a venir. Lo más fácil será que ni aparezca, pero, por si acaso se presenta..., quería pedirte permiso. Ya sé que debería habértelo dicho antes, pero...

—Anda, déjate de historias —la cortó Curro—. Si lo has invitado tú, bien invitado está. Es la fiesta de tu cumpleaños, no del mío. Lo que no estoy seguro es de que sea chico muy listo..., si se está pensando si venir o no.

—No se lo está pensando —protestó Paloma—. Lo que ocurre es que tiene muchas ocupaciones.

—Es de familia importante —terció Juani—. Tiene un tío que es ministro y todo.

—A ver, a ver, que esto empieza a olerme a chamusquina. ¿Puede saberse dónde habéis conocido vosotras a alguien tan importante?

—Desde luego, Curro, qué tiquismiquis eres —intervino Encarna.

—Lo conocimos el otro día, a la salida de...

—La verdad es que yo ya lo conocía de antes —cortó Paloma, que recordaba que su tío siempre le decía que desconfiase de los extraños.

—¿Como cuánto de antes? —se interesó Curro.

—Esto..., pues..., déjame pensar. Creo que desde el miércoles. Sí, lo conocí el miércoles.

—¡Ya! —asintió su tío con la cabeza—. ¿Y no sería durante la corrida? Recuerdo que había un apuesto galán en el diez, que no te quitaba el ojo de encima. Uno que saludó hacia el palco de autoridades. ¿No será el mismo, por casualidad?

Paloma se puso colorada como el clavel que llevaba Curro en la solapa.

—Vaya, veo que he acertado. Lo que no sé es a quién saludaba. Supongo que a su tío el ministro.

—A don Alejandro Lerroux —confirmó Juani.

—¡Ja! ¡Esta sí que es buena! ¿Y él cómo se llama?

—Aurelio Lerroux —respondió Paloma, ya más calmada.

—Pues creo que también anda metido en política, así es que cuidadito con él. Y además, si se trata del hombre que estaba en los toros, me parece que resulta un poco mayor para vosotras —dijo Curro, muy serio.

—¡Venga, venga! No te pongas así, que vas a estropearle la fiesta a la

niña —salió Encarna en su defensa—. A lo mejor tiene algunos años más, pero eso no importa si solo son amigos, ¿verdad?

—Solo somos amigos —asintió Juani.

—Está bien —se rindió Curro—. Avisadme cuando venga. Por lo menos, me gustaría que me lo presentaseis.

—¡Gracias, tío! —le plantó un beso en la mejilla antes de salir corriendo a probarse los pendientes.

Poco a poco, fue llegando la gente. Habían unido varias mesas, reservándolas para los invitados. El resto quedaba libre para los clientes, que, por el precio de la consumición, también podrían disfrutar de la verbena. A eso de las nueve y media comenzó a sonar el organillo y la pista de baile se llenó rápidamente de parejas. Para entonces, Paloma ya había recibido las felicitaciones de todos los convocados. Y también los regalos. Incluso de Crescencio el Cojo, que le llevó un alfiler para el pelo. También estaban don Melquíades y Amadeo, el cartero, al que Curro había invitado la tarde anterior. Lo acompañaba Adela, su mujer, y a pesar de que ella se encontraba en estado, fueron de los primeros en marcarse un chotis. Amadeo le regaló un juego de lápices con sacapuntas. Los demás eran vecinos y amigos de la taberna.

Miguel hijo también tuvo un detalle. Se lo entregó en un aparte, antes de ponerse a servir las mesas. Era un pequeño espejo ovalado, con marco de madera, que él mismo había tallado. Paloma quedó encantada y así se lo manifestó, aunque no con la efusividad que el muchacho hubiera deseado.

Los vasos de sangría, por cuenta de la casa, corrían sin cesar. Paloma y Juani bailaron un pasodoble juntas, después de rechazar la invitación de dos jóvenes que no fueron de su agrado.

—¿Tú crees que vendrá? —preguntó Juani, sin dejar de seguir el compás.

—No. No lo creo. Tendrá otras cosas que hacer.

Pero Paloma no dejaba de mirar hacia la puerta de entrada, con la esperanza de ver aparecer a Aurelio.

A las diez y veinte, Miguel padre salió al jardín con la tarta de cumpleaños. La había preparado Blasa, que lo seguía de cerca, intentando no llamar la atención, en una de las contadas ocasiones que se la había visto fuera de la cocina. Era de suave bizcocho, cubierto de nata y chocolate. Dieciocho pequeñas velas la adornaban.

Paloma cumplió con el ceremonial de apagarlas todas de un soplido, al tiempo que pedía un deseo, que no quiso desvelar, según explicó cuando fue

requerida para ello, porque si lo hacía, no se haría realidad.

—Yo sé el deseo que has pedido —le susurró Juani al oído, cuando se acercó a recibir su pedazo de tarta. Por toda respuesta, Paloma le sirvió un trozo menor que a los demás, aunque, ante sus protestas, acabó poniéndole un poco más.

Todos tuvieron su ración, incluso Miguel, que se tomó un breve descanso, y no quedaron ni las migas. Blasa recibió los elogios de Curro por su buena mano y Paloma le dio un beso de agradecimiento. Después, salió corriendo hacia la cocina, antes de que la cosa pasase a mayores.

—¡Y ahora a bailar! —exclamó Amadeo, que estaba muy animado, sacando a Adela hacia la pista.

Curro, que era poco aficionado al baile, tuvo que aceptar el ofrecimiento de Encarna, «porque no se le puede decir que no a una dama», se disculpó ante Crescencio y don Melquíades, que intercambiaron gestos de picardía.

—Ve sin cuidado que, mientras quede sangría, nosotros no nos movemos de aquí —sentenció el Cojo—. Y usted, señora Encarna, mucha precaución con los pies, que yo me quedé así por culpa de una mala pareja de baile.

Curro iba a responderle, pero un violento tirón del brazo lo obligó a seguir a Encarna.

Miguel hijo se quedó como petrificado mientras, por sus adentros, trataba de reunir el valor suficiente para sacar a Paloma a bailar. Las palmas de algún cliente sediento le libraron de su zozobra.

Paloma permaneció allí de pie, mirando a las parejas que bailaban felices, con una media sonrisa en los labios. En una mesa, a su derecha, un grupo de jóvenes echaba a suertes quién la sacaría a bailar. Aparentemente, todos querían ser el afortunado, pero en realidad, a ninguno de ellos le apetecía exponerse a las chirigotas que tendría que escuchar si el resultado era de calabazas. Cuando ya parecía que el ganador, un tipo larguirucho y bastante feo, iba a acercarse hasta ella, Paloma echó en falta a su inseparable amiga. Hacía apenas un momento la había sentido a su lado, pero ahora había desaparecido. Rápidamente, su mirada se dirigió hacia la puerta de entrada. Allí encontró a Juani, sorteando las últimas mesas antes de llegar hasta un hombre, medio oculto tras un árbol, como queriendo pasar desapercibido. ¡Era Aurelio!

—¡Esta me la pagas! —casi gritó, para sorpresa del larguirucho pretendiente que ya se encontraba a su lado.

Salió como una exhalación, rodeando las mesas, hacia el árbol bajo el que

Juani y Aurelio se estaban saludando. Llegó algo sofocada, disimulando su enfado con una gran sonrisa.

—¡Caramba, Paloma! Si estás aquí —saludó Juani—. Ahora mismo le estaba diciendo a Aurelio que no sabía dónde te habías metido.

—Me alegro mucho de que hayas venido —dijo Paloma, ignorando el comentario.

—¡Muchas felicidades! —respondió Aurelio—. Dije que haría lo posible y lo imposible por venir y... aquí me tenéis.

—Se nota que eres un hombre de palabra —le aduló Juani, intentando llamar su atención, pero Aurelio no tenía ojos para nadie más que Paloma.

—Estás muy guapa —le dijo.

—Gracias.

—Creo que prometiste que bailarías conmigo si me decidía a venir. Ahora te toca a ti cumplir lo prometido.

—Yo también soy mujer de palabra —aceptó Paloma encantada, dejando a su amiga con un palmo de narices.

Aurelio se mostró como un aceptable bailarín. Se defendió muy bien con el pasodoble y estuvo algo más tenso con el vals. Después de la segunda pieza, buscaron algún lugar para sentarse, pero el jardín estaba de bote en bote y seguía llegando gente. Mientras tanto, Juani los observaba impotente, sin poder dar esquinazo al pelma del larguirucho que, por fin, había conseguido su propósito de sacarla a bailar. Había que reconocer que su labia iba en proporción directa con la estatura y gracias a ella, aunque feo, terminó por camelar a la muchacha. Paloma encontró dos sillas en alguna parte y las plantaron en una zona de penumbra, algo alejada de la pista. Ella y Aurelio se sentaron. Habían conseguido también hacerse con un par de vasos de sangría y, alegres, brindaron a la salud de ambos.

—Aún no te he dado el regalo —dijo Aurelio, sacando del bolsillo un paquete primorosamente envuelto—. Espero que te guste.

—¡Qué sorpresa! No tenías que haberte molestado.

Paloma lo abrió, esta vez sin tantas contemplaciones. De su interior, sacó un precioso pañuelo de seda. Se quedó boquiabierta de la emoción.

—Es de París. A mí las cosas francesas me chiflan, debe de ser cosa del apellido —comentó jocosamente—. Espero que te guste.

—Aurelio, es... ¡precioso!

Un carraspeo que conocía de sobra le hizo girar la cabeza. Se encontró con su tío Curro, de pie a un par de metros de ellos. Paloma se levantó y se

acercó.

—Hola, tío. Te he estado buscando —mintió—. Es el amigo que te dije que iba a venir y quería presentártelo. Es...

—Aurelio Lerroux, encantado de conocerlo. —Se adelantó, tendiéndole la mano.

—Pedro Matías, para servirle. —Se la estrechó—. Aunque aquí todo el mundo me llama Curro o Tío Curro.

—Lo llamaré Curro, pues.

—Hará usted bien, porque si pregunta a alguien por Pedro Matías le dirán que no vive por aquí. Fíjese, fíjese: hasta mi sobrina se ha quedado sorprendida al oírlo.

—Es lo que ocurre con los apodos —comentó Aurelio—. Terminan por adueñarse del nombre. ¿Saben la última? ¿Cómo le llaman ahora a don Niceto? —Hizo una pausa, quizá demasiado teatral—. ¡El Botas!

—¿El Botas? Tiene gracia —reconoció Curro—. Pero supongo que su señor tío no se dirigirá a él de esa forma, durante los consejos.

—No, por supuesto. A él solo le está permitido llamarle «señor presidente». Lo otro es una maldad que siempre negaré que haya salido de mi boca.

Los tres rieron con la ocurrencia.

—Por cierto, y ya que se ha hablado de política —continuó Curro—, creo haber leído en alguna parte que se presenta usted a las próximas elecciones.

—Así es. Está usted bien informado. Soy candidato a diputado para las próximas Cortes constituyentes. Lo cierto es que, faltando tan pocas fechas para las elecciones, la arena política está que arde. De hecho, me he escapado de una reunión para venir al cumpleaños de su sobrina. No podré quedarme mucho rato. Tengo que volver antes de que me echen en falta.

Paloma miraba a uno y a otro sin decidirse a intervenir. Iba de sorpresa en sorpresa.

—¿Por dónde dice que se presenta usted? —insistió Curro.

—Ciudad Real. Mañana mismo, temprano, tengo previsto salir para allá.

—Entiendo... Se presenta por el Partido Radical, supongo.

—Por supuesto. Mi tío me desheredaría si lo hiciese por algún otro —rio Aurelio.

—Un gran tipo su señor tío —aseveró Curro—. Se las sabe todas en esto de la política. Hay algunos que dicen que el ministerio se le queda estrecho.

—Sin duda alguna, pero... ya ve lo que son las cosas. Mi tío Alejandro

ha preferido sacrificarse por el bien de la república, en lugar de andar por ahí conspirando para lograr el poder. Otros, desde peor posición de partida, no pueden decir lo mismo.

—Ya veremos, ya veremos... Pero dejemos el tema. Me parece que Paloma se está aburriendo. Ha sido culpa mía, que siempre pregunto lo que no debo.

—En absoluto. Ha hecho usted muy bien —dijo Aurelio—. En lo que me temo que sí lleva razón es en lo de que estamos aburriendo a Paloma.

—¡Ah! ¿Y puede saberse de dónde sacáis los dos que a mí hablar de política me aburre? —intervino, por fin, Paloma algo más que molesta.

Para empeorar las cosas, los dos hombres soltaron una carcajada al unísono. Paloma dio rienda suelta a su ira.

—¡Claro! —continuó—. Es lo que dicen siempre los hombres: «que la política es cosa de hombres». ¡Y os vais cociendo en vuestro propio jugo! Pues que sepáis que las mujeres estamos aquí para algo y no solo para obedeceros. Vosotros, los hombres, pensáis que estáis preparados para tomar las grandes decisiones y, ¡ja!, así nos luce el pelo a todos. Yo no puedo intervenir; no tengo edad y además soy mujer. Pues leo todos los días los periódicos. Y no uno, sino varios. Estoy mejor informada y tengo más criterio que muchos de esos papanatas —señaló hacía la concurrencia—, que por el solo hecho de ser hombres van a poder votar dentro de unos días. Y yo...

Se detuvo al observar la expresión de su tío: mitad burlona, mitad orgullosa de su sobrina. De pronto, cayó en la cuenta. ¿No era para eso para lo que había puesto tanto empeño en que recibiera una buena educación? ¿No le había insistido en que tenía que ser dueña de su futuro, sin depender de nadie? Su enfado no había hecho sino confirmarle que el esfuerzo no había sido en vano. El rostro enojado de Paloma se relajó de repente y terminó riendo junto a los dos hombres.

—Ha sido un discurso digno de ser pronunciado desde el estrado —exclamó Aurelio, divertido—. En serio, el movimiento sufragista ha llegado a España, con retraso, igual que la democracia, pero se está imponiendo rápidamente. En nuestro partido hay algunas mujeres que se presentan a las elecciones. Si obtienen el acta, no dudéis que el tema del voto femenino será llevado a las Cortes de manera inmediata.

—Solo es cuestión de tiempo, amigo Aurelio, cuestión de tiempo —afirmó Curro dando unas palmadas en el hombro del joven—. Pero ya está bien de que un viejo como yo dé la lata a los jóvenes. Voy a cuidar un poco

del negocio, que hay que tener a los clientes contentos. Me alegro de haberlo conocido y, si se acuerda, salude a su tío de mi parte. Dígale que soy un admirador suyo.

—Por supuesto que lo haré. —Estrechó la mano que le tendía Curro.

—¡Ah, por cierto! —dijo este, cuando ya se retiraba—. ¿Cómo va lo de su boda? Tengo entendido que su tío estaba muy interesado en que usted sentara la cabeza, perdóneme por la expresión, y se casase. Lo último que oí fue que ya estaba la cosa apalabrada. Pero no veo anillo en su dedo, así es que supongo que permanece soltero.

Aurelio encajó el golpe forzando una sonrisa, aunque se notó que no le había hecho ni pizca de gracia el comentario.

—Pues ya lo ve. La boda ha tenido que retrasarse. Otra vez cosas de la política. Si todo va bien, quizá para septiembre...

—Pues que sean ustedes muy felices. Ahora, si me perdonáis...

Curro, ahora sí, se alejó de la pareja. Lo observaron mientras pasaba entre las mesas, saludando a unos y otros.

—Un tipo curioso tu tío.

—Sí que lo es, sí —respondió Paloma, muy seca, los ojos echando chispas—. ¿Así que estás prometido? ¡Y no me lo habías dicho!

—Pero ¿cómo querías que te lo dijera, si nos acabamos de conocer? ¿No estarás pensando que intentaba aprovecharme...?

—¡Ya! Seguro que eres de esos que van picando de flor en flor, sin importarles engañar a cuantas más mujeres mejor. ¡Incluyendo a tu prometida! —Paloma estaba realmente enfadada.

—Escúchame. —Aurelio también se puso serio—. Yo os saludé el otro día en la calle porque tu cara me sonaba de algo, tengo que reconocerlo, pero de ahí a que haya intentado siquiera engañarte, hay un abismo. Tú me invitaste y yo he venido. Con las mismas, me voy y si te he visto no me acuerdo.

Paloma reflexionó unos instantes y, después, compungida y mirando al suelo, reconoció:

—Debes de pensar que soy una tonta. La verdad es que llevas razón. Todo son historias que yo me he montado en la cabeza. No tengo derecho a reprocharte nada.

—Entonces..., ¿amigos otra vez?

—De acuerdo, amigos otra vez —aceptó Paloma, intentando sonreír.

—Voy a tener que marcharme ya —dijo Aurelio, mirando el reloj.

—¿Tan pronto? Si aún no te has terminado la sangría.

—¡Está bien! Pero solo diez minutos. Con la condición de que me cuentes algo de ti. Yo tampoco sé nada de tu vida.

Paloma le narró, muy por encima, la forma en la que había llegado a casa de su tío y de cómo este la había aceptado como una hija desde el primer momento y le había proporcionado una buena educación.

—Sigues estudiando, por lo que me dices —se interesó Aurelio.

—En una academia. No muy lejos de donde nos encontramos el jueves. En realidad, acabábamos de salir de clase. Juani es mi mejor amiga.

—¿Y qué es lo que estudias?

—Pues bueno..., un poco de todo. Historia, literatura, matemáticas... ¡Y también taquigrafía y mecanografía! —dijo para impresionarlo y que la considerase una mujer moderna.

—Con esos conocimientos no te resultará difícil encontrar un buen trabajo..., si es eso lo que realmente quieres.

—Sí, pero... aún es pronto. La directora de la academia dice que por lo menos me queda un año, o año y medio, para completar mi educación. Lo que mejor llevo es el francés, me gustan mucho los idiomas.

—¡No me digas que hablas francés! —exclamó Aurelio entusiasmado, y le soltó una larga frase para ponerla a prueba, a la que Paloma respondió con seguridad y de corrido.

—Hablas con un acento magnífico —la felicitó Aurelio—. Se nota que tienes buenos profesores.

—Gracias por el cumplido, pero tengo que mejorar las erres, que las marco demasiado. Es lo que siempre me dicen...

—No te costará trabajo, de eso estoy seguro. Y ahora..., sintiéndolo mucho, me voy a tener que ir. Se me ha hecho tardísimo.

—¿No volveremos a ver? —preguntó Paloma—. ¡Como amigos, claro!

—Te lo prometo.

—Pásate por aquí algún día... o escíbeme. Ya tienes la dirección. Me gustaría tener un amigo diputado.

—Primero tengo que salir elegido. No hay que vender la piel antes de cazar el oso.

Se levantaron y Paloma lo acompañó hasta la entrada. Desde la lejanía, dos pares de ojos no se despegaban de ellos. Unos eran los de Juani; los otros, de Miguel.

—¿Amigos entonces? —dijo ella al despedirse, tendiéndole la mano.

Aurelio, en vez de estrecharla, se la llevó a los labios.

—Amigos.

Lo observó mientras se dirigía al coche que tanto le había impresionado dos días antes. Arrancó y se alejó entre una nube de polvo. Paloma se sintió triste, de repente. Aurelio era el primer hombre por el que se había interesado y no podía hacer nada por acercarse a él. ¿Se habría enamorado? Rápidamente, se dijo que no a sí misma. Apenas lo conocía, era bastantes años mayor que ella, pero aun así...

Mientras tanto, en la puerta del bar, Encarna y Curro mantenían una conversación intentando no levantar la voz.

—Pero ¿cómo has sido capaz de decirle eso, Curro? —le reprochaba Encarna, irritada.

—Lo siento, pero no puedo permitir que llegue cualquiera e intente engañar a Palomita. Y ya puede ser diputado, ministro o el mismísimo rey que volviese del exilio.

—Si lo llego a saber, no te digo nada. Don Alejandro es un buen cliente, desde antiguo. Y muchos otros vienen recomendados por él. Solo faltaría que por una indiscreción...

—¡Vamos, vamos! No te apures. —Le hizo una carantoña—. ¿Cómo va a relacionarlo?

—No creo que vaya por muchos sitios contando las ganas que tiene de casar al sobrino.

—Seguro que hay mucha gente que lo sabe —se defendió torpemente Curro.

—Eso espero. ¡Pedazo de alcorchoque! ¡Con lo que has sido tú con las mujeres! Y mírate ahora, convertido en el ogro protector de una bella damisela. Y que conste que yo también deseo lo mejor para Paloma. Pero las palomas vuelan... Tarde o temprano, terminan volando. Anda, vamos a bailar.

5

Madrid, plaza de toros de Las Ventas del Espíritu Santo.
Domingo, 21 de febrero de 1932.

La plaza nueva llevaba el camino de convertirse en un gran fiasco. Desde el día de la inauguración, los accesos habían mejorado un poco; solo un poco. Pero lo peor no era eso. Lo peor era que ningún otro festejo taurino había tenido lugar en el coso después de la corrida inaugural a beneficio de los parados. Y para la temporada, que pronto comenzaría, no había ninguno programado, por el momento. Los defensores de la plaza vieja, la de la Fuente del Berro, estaban que no cabían en sí de gozo. Se hacían chistes sobre los usos alternativos que podrían darse al «monumental adefesio». Porque si lo que uno quería era seguir viendo toros y toreros, desde luego, no se le había perdido nada por los alrededores del Abroñigal.

El acto que iba a tener lugar aquella fría mañana de febrero en la plaza nueva venía a darles la razón a los chistosos. ¡Don Alejandro Lerroux iba pronunciar un discurso! El veterano político radical no tenía cuernos, a pesar de que circulasen caricaturas donde los mostraba, pero sus seguidores, que eran muchos, esperaban que con sus palabras diese «alguna que otra cornada». Sobre todo a republicanos y socialistas, que eran los que le estaban cerrando las puertas a las más altas responsabilidades de gobierno. Se decía que, por fin, don Alejandro iba a romper su silencio y que les iba a «cantar las cuarenta». La expectación, pues, era grande y ni el frío ni la hora a la que estaba programado el acontecimiento, que obligaba a madrugar en domingo, impidieron que la afluencia de público fuese considerable, ya desde muy temprano.

Paloma se acercó hasta el borde del terraplén que se asomaba a la parte trasera de la plaza. Llevaba puesto un buen abrigo de paño que le había regalado su tío por Reyes y agradeció el calor que le proporcionaba, arrebujándose en su interior. Se entretuvo unos instantes contemplando a la gente que iba de acá para allá, varios metros más abajo. Miró el reloj. Faltaba

un cuarto de hora para las diez. Tenía tiempo de sobra para llegar a la boca del metro, donde había quedado con Juani. Giró a su derecha y, bordeando el terraplén, fue descendiendo lentamente hacia la confluencia con la calle de Alcalá. A su derecha quedaban las calles del llamado Madrid Moderno, por las que le gustaba pasear en primavera, admirando los pequeños jardines primorosamente cuidados y sus casitas de dos plantas, con sus graciosos porches.

Mientras caminaba, pensó en Aurelio. No lo había vuelto a ver desde la ya lejana noche de su cumpleaños. Había recibido, sin embargo, dos cartas suyas. La primera le llegó poco después de las elecciones a constituyentes. En ella, Aurelio le comunicaba que había obtenido el acta de diputado y que estaba muy ilusionado con su incipiente carrera política. También le contaba que había tenido que posponer nuevamente su boda —sin dar más datos—, que esperaba que siguiesen siendo amigos y que iría a visitarla tan pronto se lo permitiesen sus múltiples obligaciones. Ella le había respondido al día siguiente. Le daba la enhorabuena y le animaba a continuar por el camino que había emprendido. Estaba segura de que podía llegar tan lejos como se lo propusiese. No tuvo respuesta. Tampoco la tuvo con la segunda, una semana después, en la que le preguntaba detalles de su vida parlamentaria y le contaba lo aburridas que se habían vuelto las clases de mecanografía. No había insistido más. Al fin y al cabo, él estaba comprometido, era diputado en las Cortes y llevaba un apellido ilustre. Ella solo era una adolescente con demasiados sueños en la cabeza.

La segunda carta de Aurelio había llegado, por fin, hacía tan solo diez días. El matasellos era de Segovia. Le pedía disculpas por no haber respondido antes. Las sesiones parlamentarias y su trabajo en las ponencias del Partido Radical le habían tenido completamente absorbido. Sin embargo, no parecía tan animado como en la primera misiva. Le daba noticias del próximo discurso de su tío al que, por supuesto, él acudiría. Como sabía que le interesaba la política, se había permitido reservar dos asientos cerca de la tribuna de oradores, por si le apetecía asistir. Solo tendría que presentarse a alguno de los integrantes del servicio de orden y preguntar por Armando. Él la conduciría hasta los asientos. Podía ir con su novio —le decía—, si es que ya lo tenía, o con su «amiga parlanchina». Sea como fuere, se encontraría con ella al término del discurso, cuando tuviera oportunidad de escabullirse sin que se notase demasiado su ausencia. Afectuosamente: Aurelio.

Aunque en la carta no mencionaba el tema, Paloma había sabido, por su

tío, que la boda finalmente se había celebrado. La noticia no le pilló por sorpresa, aunque había mantenido la secreta esperanza de que se volviera atrás en el último momento. Pese a su insistencia, Curro no quiso decirle cuál había sido su fuente de información.

Paloma llegó a la calle de Alcalá. El gentío y la gran cantidad de coches que en aquellos momentos bajaban por ella le recordaron el día de la inauguración. Se fijó en algunos grupos de personas que se apresuraban hacia la plaza. No podía decirse que se les viese tristes, pero se echaba de menos el ambiente festivo de entonces. El acto que iba a celebrarse ahora era muy distinto. La política despertaba tantas o más pasiones que los toros, pero el ambiente que la rodeaba se había ido enrareciendo desde el ya lejano 14 de abril del año anterior. La república recién nacida no estaba resultando ser la panacea que todos esperaban. Pocos eran, sin embargo, los que cuestionaban el nuevo sistema de gobierno y deseaban una vuelta a la monarquía. En las pasadas elecciones, los declaradamente monárquicos habían obtenido apenas un escaño. Bastantes más eran los que estaban convencidos de que las cosas mejorarían en cuanto se acertase con los dirigentes adecuados. El nombre de don Alejandro brotaba prontamente de los labios de los que así pensaban, incluso de los situados más a su derecha. Los partidarios del Gobierno de Azaña, formado por republicanos de izquierdas y socialistas, también eran muchos. Luego aparecían algunos, más extremistas, que culpaban a la República de haberse quedado en la antesala de una verdadera revolución. Y por último estaban los anarquistas. A Paloma le daban miedo. En ningún otro país del mundo tenían tanta fuerza como en España, le había escuchado decir a don Melquíades en las tertulias de la taberna. No hacía ni una semana que una convocatoria de huelga revolucionaria había puesto en jaque a todas las fuerzas de orden público. El lunes, su tío había ido a buscarla a la salida de la academia. Durante el día, habían estallado varias bombas en Madrid y las noticias, imprecisas y exageradas, que llevaban los parroquianos a la Venta del Curro, hicieron que su tío se alarmase.

Paloma se situó frente a la boca del metro, por la que, de tanto en cuanto, aparecía una pequeña multitud, algunos con pancartas y banderas que desplegaban en el exterior. Con la tercera tanda, llegó Juani.

—¡Brrrr! ¡Qué frío, chica! Si no fuera porque te había prometido venir, me habría quedado en casa pegadita al brasero —protestó la recién llegada.

—¡Ya, claro! Como que tú no tienes ganas de ver a Aurelio otra vez.

—Pues si quieres que te diga la verdad... Si ya se ha casado, buenas

ganas de llenarse la cabeza de pájaros. Además, yo ya tengo a Jacobo. No es que sea muy guapo, pero a divertido no le gana nadie. Ni a cariñoso, que a veces tengo que pararle los pies.

Jacobo era el larguirucho que había estado bailando con Juani durante la fiesta de cumpleaños.

—¿Le has dicho a tu novio que venías al discurso? —preguntó Paloma.

—¡Quita, quita! Le he dicho que venía a tu casa, pero del discurso nada de nada. Lo mismo no me hubiera dejado. A él le tira más Largo Caballero.

—¡Pues hija! Ni que se fuera a casar con él en vez de contigo.

—¡Te tengo dicho que no te metas con Jacobo y menos aún que me hables de casorios! —protestó Juani, haciéndose la ofendida.

Se acercaron, cogidas del brazo, a una de las entradas laterales de la plaza. No tardaron en localizar un par de jóvenes que portaban brazaletes con los colores de la bandera republicana y las iniciales del Partido Radical. Se estaban encargando de dar instrucciones a los asistentes para que no se produjesen aglomeraciones. A uno de ellos se dirigió Paloma, preguntándole por Armando. Muy amable y pavoneándose ante las damas, el joven se ofreció a conducir las personalmente hasta «el jefe», tal y como le oyeron decir, al justificar su momentánea ausencia a su compañero.

—Así da gusto —comentó Juani, por lo bajo—. A partir de ahora, a cualquier sitio que vaya, preguntaré por «el jefe».

—No es mala idea —reconoció Paloma, riendo.

El joven del brazalete las condujo hasta una puerta que daba directamente a la barrera. Desde allí, accedieron al ruedo, que estaba completamente cubierto de sillas en perfecta alineación. La mayor parte de ellas ya habían sido ocupadas, así como las gradas y andanadas. La tribuna de oradores se encontraba situada encima de la puerta de toriles. Debajo, a uno de los lados, sobre la arena, varios hombres se sentaban frente a una mesa alargada y no dejaban de atender los numerosos teléfonos esparcidos sobre ella, entre un lío fenomenal de cables. Hacía allá se dirigieron, con el joven radical abriéndoles paso. Se detuvieron frente a la mesa y esperaron turno. De vez en cuando, alguno de los hombres que atendía los teléfonos tapaba el auricular con la mano y pedía instrucciones al que se sentaba en uno de los extremos, un hombre grueso y de gesto serio que fumaba sin parar. El interpelado respondía inmediatamente, con apenas tres o cuatro palabras que eran retransmitidas sin rechistar.

—Ese es don Armando —les indicó el joven—. Es el jefe del servicio de

seguridad. Con esos teléfonos están permanentemente en contacto con todas las entradas de la plaza. Si surge cualquier problema, se lo comunican de inmediato.

En ese momento, el «jefe» les hizo una seña para que se acercasen.

—Estas señoritas han preguntado por usted —se limitó a decir, un tanto cohibido.

Don Armando se levantó, no sin dificultad, y saludó a las damas con mucha ceremonia.

—El señor Aurelio Lerroux nos ha dicho que preguntásemos por usted —explicó Paloma—. Tengo entendido que nos ha reservado unos asientos.

—Cierto, cierto... Usted debe de ser la señorita...

—Paloma Campos.

—Sí, es cierto. Ahora recuerdo el nombre. Su señoría me ha pedido que les reservase dos asientos en la zona de preferencia. Espero que estén cómodas. Ahora, si me disculpan..., Ernesto les indicará el camino.

Dicho esto, dio media vuelta y dijo unas palabras al que debía de ser el tal Ernesto, un individuo relamido y con bigotito, que sonrió pícaramente antes de cumplir con el encargo. A Paloma no le pasó desapercibida la ironía con la que don Armando había pronunciado la palabra *señoría*, sin duda haciendo referencia a la condición de diputado de Aurelio.

Solo tuvieron que recorrer unos pocos metros hasta las sillas que les habían reservado. No es que fuesen muy cómodas, pero estaban magníficamente situadas. En la sexta fila y en el centro; desde allí no perderían detalle de todo lo que ocurriese. Paloma miró el reloj: aún faltaban veinte minutos para la hora a la que estaba previsto que diese comienzo el acto: las once de la mañana. Aprovechó para mirar a su alrededor. La plaza estaba prácticamente llena. Al igual que en el día de la inauguración, había sido decorada con profusión de banderas, cintas y guirnaldas. También podían verse algunas pancartas que habían traído miembros del Partido Radical llegados desde provincias:

«Sevilla saluda al Partido Radical.»

«La Valencia republicana a D. Alejandro Lerroux.»

Y otras parecidas. A Paloma le llamó la atención una que daba vivas a la Juventud Radical del Puente de Vallecas.

—¿Y cómo se le va a oír hablar, entre tanta gente? —se interesó Juani.

Paloma le señaló unas estructuras que sujetaban altavoces, similares a grandes trombones, que se situaban alrededor del círculo de la plaza.

A falta de diez minutos, subió al estrado un individuo de mediana edad y gesto severo. Algunos, poco avisados, iniciaron unos tímidos aplausos.

—¡Sí...! ¡Sí...! ¡Sí...! —atronaron los altavoces.

Desde varios puntos de la plaza, miembros del partido hicieron las señales acordadas para confirmar que el sonido llegaba en buenas condiciones.

El hombre del estrado sonrió satisfecho y, después de hacer algunas recomendaciones a los asistentes para que se mantuviese el orden y todos pudiesen escuchar debidamente, terminó recordando que no estaba permitida la venta en el interior de la plaza. El comienzo del acto se retrasó para que diese tiempo a entrar al numeroso público que seguía llegando.

Pasaban unos minutos de las once cuando los políticos hicieron acto de presencia. El más buscado por casi todas las miradas, el veterano Lerroux, fue recibido con una gran ovación. Paloma, en cambio, no le prestó demasiada atención. Estaba tratando de localizar a Aurelio entre la cohorte de miembros del partido que lo acompañaba. Por fin lo encontró, algo más abajo, a su derecha. Tuvo que reprimir el impulso de levantar la mano para saludarlo, pero Juani, que también lo había visto, no se recató en hacerlo. Aurelio respondió con un gesto apenas perceptible.

—¡Qué guapo está! —susurró Juani.

—¿Y a ti que más te da, si ya tienes a tu Jacobo?

Por toda respuesta, Juani le dio un pellizco en el brazo que hizo que soltase un gritito.

Por fin, dio comienzo el acto. Un orador pronunció un breve discurso, a modo de introducción e, inmediatamente después, tomó la palabra Alejandro Lerroux. Una nueva ovación, más prolongada que la anterior, acogió al viejo político radical.

A Paloma no terminaba de caerle bien. A pesar de que fuese el tío de Aurelio, no le tenía mucha simpatía. En realidad, aún no tenía muy bien definidas sus preferencias políticas. Asidua lectora de la prensa diaria, juzgaba a los políticos y sus palabras de forma individual, no por lo que defendiesen sus respectivos partidos. Había seguido con verdadero interés los debates parlamentarios en los que finalmente se aprobó el derecho de la mujer al voto. Su heroína había sido —¡cómo no!— Clara Campoamor, también del Partido Radical y una de las dos únicas mujeres del hemiciclo. Pero es que ¡la segunda mujer se había opuesto al voto femenino! Y los propios radicales, con contadas excepciones, habían votado en contra de su

compañera de partido. Los socialistas lo hicieron a favor, pero Indalecio Prieto y algunos otros se opusieron con vehemencia. ¿Y qué decir de los republicanos de izquierdas? Todos ellos apoyaron a su diputada Victoria Kent en la negación del derecho al voto de la mujer. Las razones esgrimidas por los opositores habían hecho sonrojar de pura rabia a Paloma: Que si la mujer estaba menos preparada que el hombre, que si se dejaba llevar más por la emoción que por la reflexión, que si se dejaría influenciar por los curas y votaría mayoritariamente a la derecha... Llegaron a proponer, incluso, que la mujer votase a partir de los cuarenta y cinco años y el hombre a los veintitrés, edades a las que, según decían, tendían a igualarse las inteligencias de los respectivos sexos. ¡De nada les habían servido tamañas insensateces! Paloma estaba convencida de que aquellas palabras y los que las pronunciaron quedarían barridos por el viento de la Historia. De ahora en adelante, ¡las mujeres podrían votar! Aunque ella misma tendría que esperar unos años para hacerlo: hasta junio de 1936.

Don Alejandro comenzó su discurso. Bellas palabras de paz y concordia al principio para, inmediatamente después, arremeter contra sus adversarios políticos, en aquellos momentos, los socialistas. Si de algo no andaba escaso el «Emperador del Paralelo», como lo llamaban en Barcelona, era de dotes oratorias. Fue pasando, uno a uno, por todos los temas que estaban de actualidad. Paloma lo escuchaba con atención, mientras Juani bostezaba a su lado, incapaz de disimular el aburrimiento y algo más reconfortada por los primeros rayos de sol que rozaban el ruedo. De tanto en cuanto, los aplausos de público la sacaban de su sopor y aplaudía igualmente.

El discurso duró un buen rato. Don Alejandro apenas si consultaba los folios que tenía delante, detalle que llamó la atención de Paloma. Si quería dedicarse a la política, tendría que aprender a hablar así.

Por fin terminó don Alejandro su prédica. Dio las gracias a todos los asistentes y se despidió como los toreros después de una buena faena, saludando con el sombrero y acompañado de una gran ovación. El público, en su mayoría contento por lo que había escuchado, comenzó a abandonar la plaza.

—¿Y ahora qué? —preguntó Juani.

—Pues no sé. En su carta solo decía que nos encontraríamos después del discurso, así es que esperaremos por aquí.

Muchas personas se aproximaban a la tribuna con la esperanza de poder ver más de cerca, o quién sabe si llegar a saludar, a alguno de los líderes

radicales. Sin embargo, la mayoría ya había desaparecido por la parte trasera. Paloma y Juani se unieron al público y, entre apretujones, consiguieron llegar hasta la base del estrado. Sin embargo, fue Aurelio el que las encontró a ellas y no al revés. Se acercó por la espalda y les puso la mano en el hombro.

—¡Aurelio! ¡Vaya susto nos has dado! —exageró Juani.

—Lo siento, pero entre tanto barullo no quería llamaros a voces. Escuchadme un momento —añadió, obviando los saludos—, ahora puedo escaparme un rato, mientras los jefes provinciales presentan sus respetos a mi tío, pero tengo que regresar para una comida de fraternidad. No me queda otro remedio.

—No te preocupes —le disculpó Paloma—. Solo queríamos saludarte.

—¡Pero al menos dejadme que os invite a tomar el aperitivo!

—Pues claro, hombre. ¡Faltaría más! —exclamó Juani.

Siguieron a Aurelio hacia una de las salidas laterales. Después de pasar bajo los tendidos, aparecieron en un patio de la plaza que se había habilitado como aparcamiento para los automóviles de los prohombres del partido.

—Iremos en mi coche. Esperemos que no se haya montado mucho atasco. En otras ciudades de Europa, donde hay más automóviles, es casi imposible circular a determinadas horas. Aquí no estamos acostumbrados, pero creedme que es desesperante para el que conduce.

Paloma y Juani asintieron impresionadas, mientras Aurelio les abría las puertas de un precioso convertible de color granate.

—Pasaréis un poco de frío. Es lo que tienen estos coches, aunque se les ponga la capota, entra aire por todas partes.

Paloma tuvo un momento de indecisión, que fue aprovechado por su amiga para colarse de un salto en el asiento delantero. Una vez instalados, Aurelio puso en marcha el motor. Sonaba maravillosamente bien. Nada que ver con los destartados taxis, en los que había ido con su tío, y que eran los únicos coches a los que había subido con anterioridad. Una vez fueron a la pradera de San Isidro, el día de la fiesta del santo. A Paloma le había producido la misma impresión que si hubiera ido en carroza real. El coche de Aurelio era mucho mejor. Tenía unos cómodos asientos de piel de color marrón y unas manivelas en las puertas que subían y bajaban las ventanillas. Juani no paraba de preguntar para qué servían esta o aquella palanca. O qué indicaba eso que «parecía un reloj, pero que no era un reloj». Aurelio respondía divertido al tiempo que maniobraba hacia la salida.

No tardaron en alcanzar la calle de Alcalá y subieron por ella hacia la

plaza de Manuel Becerra. El tiempo transcurrido desde la finalización del acto había servido para que el tráfico, aunque lento, no estuviese congestionado. Las aceras, sin embargo, eran como ríos de gente que corrían paralelos, en la misma dirección que ellos llevaban.

—Será mejor que nos alejemos un poco. Todos los sitios que conozco, en un kilómetro a la redonda, estarán de bote en bote.

Tomaron la calle Francisco Silvela y, después, giraron a la izquierda, por la calle Lista. Poco antes de llegar a la plaza de Salamanca, Aurelio aparcó frente a una cafetería llamada pomposamente El Paraíso. Unos grandes ventanales, enmarcados en madera, dejaban ver el amplio salón bastante concurrido.

—La han inaugurado hace poco —les informó—. La han montado igual que las más modernas de París o Roma. A esta hora, es uno de los mejores sitios de Madrid para tomar el aperitivo.

Entraron en el local, agradeciendo su cálido ambiente después del frío que les había calado hasta los huesos. El humo azulado de los cigarrillos casi podía cortarse. A la derecha, se abría un espacio para las mesas, redondas y muy pequeñas, todas ellas ocupadas. Al otro lado, una larga barra igualmente atestada de gente, servida por camareros con chaleco y pajarita.

—Lo vamos a tener difícil —apuntó Aurelio—. Será mejor que os quedéis aquí, mientras yo me acerco a encargarme de las bebidas —dijo, abriéndose paso, a empujones, hasta un pequeño hueco que había descubierto en una repisa adosada a la pared—. Os recomiendo el vermú. Aquí lo ponen italiano, que es de lo mejor.

Paloma y Juani se miraron por un instante, algo cohibidas. Después, al unísono, asintieron con la cabeza, aceptando la sugerencia de Aurelio, que salió disparado hacia la barra.

—Se le ve..., no sé..., como más mayor —cuchicheó Juani, en cuanto se quedaron solas—. Que la última vez que lo vimos, quiero decir.

—Sí..., o no. Mayor, no. Quizá más maduro.

—Será cosa del cargo. ¡Nada menos que diputado! ¿Te das cuenta? Eso debe de cambiar a cualquiera.

Paloma miró a su alrededor. Todo el mundo parecía muy animado. Le llamó la atención la elegancia con la que vestían las mujeres, jóvenes y hermosas en su mayoría, que no paraban de reír. Algunas de ellas fumaban utilizando largas boquillas de color negro. Se cerró el abrigo, a pesar del calor, para ocultar su sencillo vestido de franela. Juani le señaló a una rubia

que se sentaba justo enfrente de ellas y que había cruzado las piernas ¡mostrando las rodillas! Un par de mesas más allá, una pareja hacía manitas sin importarles si los veían los demás. Seguro que por aquel lugar pasarían muchos actores —pensó Paloma—; gente moderna, con mundo. No como el estrecho círculo al que ella estaba acostumbrada: la venta y la academia.

Aurelio regresó seguido por un camarero que levantaba una reluciente bandeja sobre su cabeza, llevando los vermús y un platillo de aceitunas. Con un experto y rápido movimiento, sin que se derramase ni una gota, la bajó a la altura adecuada para que pudieran servirse y dejó las aceitunas sobre la repisa. Antes de que se retirara, Aurelio le deslizó una generosa propina en el bolsillo del chaleco.

—¡A nuestra salud! —propuso Juani, y los tres levantaron sus vasos.

—Y también habrá que brindar por el recién casado —añadió Paloma, intentando parecer sincera.

—¡Eso! Por el recién casado.

Aurelio soltó una carcajada y levantó de nuevo el vaso.

—Pensaba daros yo mismo la sorpresa, pero veo que alguien se me ha adelantado. Con las mujeres no hay manera, siempre os enteráis de todo.

—Felicita también a tu mujer, de nuestra parte —dijo Paloma, forzando una angelical sonrisa.

—Así lo haré. Espero poder presentárosla algún día. Seguro que os caerá bien.

—¿Dónde está ella ahora? —se interesó Juani.

—Está un poco delicada de salud. Ha preferido quedarse en casa.

—Pobrecilla, ¿qué le pasa?

—Bueno..., en realidad no es nada nuevo. Tiene una enfermedad crónica en los pulmones y, de vez en cuando, sufre recaídas. La primavera, con el polen de las flores, y en invierno, cuando se constipa, son las peores épocas.

El desapego con el que Aurelio se refirió a su mujer no pasó desapercibido para Paloma. Después de sus palabras, se produjo un prolongado silencio. Los tres, como si se hubieran puesto de acuerdo, volvieron sus miradas hacia el salón, en el que no paraba de entrar gente y ahora estaba aún más lleno que a su llegada.

—Es impresionante el ambiente que hay en Madrid —cambió de tema Aurelio—. A cualquier hora del día o de la noche, nunca falta un lugar donde pasarlo bien.

—Tú debes de conocer muchos lugares como este, ¿no es así? —le

preguntó Paloma.

—Unos cuantos. Pero no os creáis... Últimamente he tenido pocas oportunidades de visitarlos. Entre las obligaciones del cargo y las del matrimonio, casi no queda tiempo para más.

—Supongo que merecerá la pena tanto sacrificio —comentó Paloma, dejando en el aire si se refería a unas u otras obligaciones.

—Sí..., yo también lo supongo. ¡Pero ya está bien de hablar de mí! ¿Qué tal vosotras? ¿Cómo os va por la academia?

—Yo la dejo dentro de tres meses. Para después del verano me han prometido un puesto de secretaria en una correeduría —le informó orgullosa Juani.

—El dueño es el padrino de su novio —complementó Paloma.

—¡Caramba! ¡Eso está muy bien! Trabajo y novio desde la última vez que nos vimos.

Juani enrojeció y le dio una patada por lo bajo a su amiga.

—¿Y tú? —preguntó Aurelio, dirigiéndose a Paloma—. ¿No te has echado novio?

—Pues no. Ya lo ves. No me sale ningún pretendiente.

—Eso no puede ser verdad.

—¡Claro que no es verdad! —corroboró Juani—. Tiene unos cuantos que beben los vientos por ella. Lo que pasa es que querría que fuesen como los actores de las películas y, claro... Lo que hay es lo que hay.

Aurelio rio con la ocurrencia, pero no insistió en el tema.

—Te gusta el cine, por lo que veo.

—Me encanta —reconoció Paloma.

—Yo también soy un apasionado del cine. Recuerdo la primera vez que mis padres, quiero decir mis tíos, me llevaron. Yo tendría... unos doce años más o menos.

—¿Y qué viste? —se interesó Juani.

—Una de Charlot: *El vagabundo*. Después la he visto unas cuantas veces más y siempre me ha parecido tan maravillosa como el primer día.

—A mí Charlot no me gusta demasiado —dijo Paloma—. Además ahora, con el sonoro, se ha quedado algo anticuado.

—No estés tan segura de lo que dices. Antes de meterme en política, tenía relación con gente del cine. Me refiero a la poca que hace cine en España. De vez en cuando, me encuentro con alguno de ellos y todos coinciden en que con el sonoro cualquiera es capaz de rodar una película. Se necesitaba mucha

más imaginación para hacerlo sin pronunciar una palabra. Los que eran maestros con el mudo, lo serán también con el sonoro, creedme.

—¡Caramba! —exclamó Juani—. ¿De modo que también te codeas con actores?

—Bueno..., es una manera de decirlo, pero sí, conozco a algunos actores. Y también actrices, directores, guionistas, cámaras, técnicos... Gente del cine en general. Durante un tiempo, antes de dedicarme a la política estuve metido en ese mundo. Y no descarto volver a hacerlo cuando deje de ser diputado.

—¿Acaso estás pensando en retirarte? —se interesó Paloma.

Aurelio hizo un gesto de disgusto, como si no quisiera hablar sobre el tema. Se tomó unos segundos antes de responder.

—No lo sé... Lo cierto es que, tarde o temprano, tendrá que haber otras elecciones. Es en lo que está el Partido Radical, aunque no lo pidamos abiertamente. Cuando eso ocurra, no creo que vuelva a presentarme.

—¿Y qué harás entonces?

—La verdad es que no lo sé, ya saldrá algo. Si los radicales obtenemos buenos resultados y mi tío llega a formar gobierno, habrá que cubrir puestos de responsabilidad en ministerios y otros organismos oficiales. Para estar en política no es necesario ser diputado. Y luego está lo del cine, por supuesto. Pero eso es más difícil que cuaje.

Aurelio miró el reloj. Era la tercera vez que lo hacía.

—Te estamos entreteniendo —dijo Paloma—. Seguro que tus compañeros ya te han echado en falta. Será mejor que nos marchemos, antes de que se te haga tarde.

—El tiempo pasa muy deprisa en vuestra compañía —reconoció galantemente Aurelio—. Si nos vamos ahora, tendré tiempo para llevaros a casa antes de ir a la comida.

Salieron del local, agradeciendo el aire fresco. Se ajustaron los abrigos antes de subir al coche, aunque en esta ocasión fue Paloma la que se adelantó, ocupando el asiento junto al conductor. La casa de Juani no quedaba lejos y decidieron llevarla primero. Vivía en un edificio de buenos pisos en la calle Claudio Coello, casi esquina con Alcalá, pero evitó decir que sus padres ocupaban la portería del inmueble.

—Espero que la próxima vez no pase tanto tiempo antes de que volvamos a vernos —dijo ya en la acera, antes de cerrar la portezuela, y despidiéndose con un gesto que quería ser coqueto.

Giraron luego por la calle de Alcalá, en dirección a Las Ventas. Aurelio

encendió un cigarrillo. Conducía lentamente, como si no desease llegar demasiado pronto.

—¿Y tú qué piensas hacer? —preguntó, entre una nube de humo—. Me refiero a si seguirás en la academia.

—¡Qué remedio! Supongo que seguiré un año más y luego... ya veremos. Voy a echar de menos a Juani.

—¿Aún no has decidido lo que te gustaría ser de mayor? —inquirió, provocativo, Aurelio.

Paloma lo miró y decidió responder atacando.

—Pues no..., no lo sé. O mejor dicho, sé lo que no quiero ser. Por ejemplo, no tengo como objetivo en la vida conseguir marido y pasarme la vida metida en casa, esperándolo.

—¿Y entonces? —insistió Aurelio, divertido con la respuesta.

—Creo que me apetece ser independiente. Me buscaré un trabajo, desde luego. Me gustaría tener mi propia casa...

—¿Estando soltera? Tienes unas ideas muy modernas. Demasiado, diría yo, para lo que se considera correcto por estos lares.

—Los tiempos están cambiando muy deprisa. Ya sé que a los hombres os disgusta, pero... no os va quedar otro remedio que aceptarlo.

—Estoy a favor del progreso y de la emancipación de las mujeres, no me interpretes mal. Una mujer como tú, con tus ideas, no llamaría la atención en Londres o París. Pero estamos en Madrid. Madrid es como un pueblo venido a más.

—Así que estás a favor del progreso. Y dime, ¿qué te pareció lo de conceder el derecho al voto a las mujeres? ¿Estuviste a favor?

Paloma sabía que casi todos los diputados del Partido Radical habían votado en contra, oponiéndose incluso a Clara Campoamor, la principal defensora del voto femenino, que figuraba en sus filas. Aurelio se sintió algo molesto.

—Era una consigna del partido —se defendió—. Tuve que votar en contra.

—Cuando dices del partido, en realidad quieres decir de tu tío. ¿Me equivoco?

El diputado ya no parecía divertirse tanto. ¿Cómo podía ser que una simple jovencita se atreviese a ponerlo contra las cuerdas?

—¡No sabes de lo que hablas! —dijo, lanzando el cigarrillo por la ventanilla—. No tienes ni idea de lo que es la política. Yo tampoco lo sabía

hasta hace unos meses, lo reconozco. Creía que era algo elevado, puro, altruista... Después te das cuenta que es como un combate de esgrima: se trata de apuñalar al contrario sin que te apuñalen a ti. Y no solo los que están en otros partidos. Los del tuyo propio son los enemigos más feroces.

Aurelio se tomó un respiro y encendió otro cigarrillo.

—No puedo ir en contra del partido. Mucho menos siendo sobrino de quien soy. Y créeme que solo eso ya me causa bastantes problemas. No soy un miembro más, soy «el sobrino». Nadie me toma en serio, pero al mismo tiempo me utilizan para acercarse a mi tío. Intenté convencerlo, unos días antes de la votación, de que la mejor postura, con vistas al futuro, era la de apoyar a las sufragistas, pero no me hizo caso. A su alrededor tenía otros consejeros que opinaban lo contrario.

—Lo siento —se disculpó Paloma, sinceramente compungida—, No pensaba...

—No te disculpes —cortó Aurelio—. En parte llevas razón. No ha sido esa la única ocasión en la que he tenido que dar mi brazo a torcer. Al final, lo que importa es el conjunto de las ideas que se defienden en el partido al que perteneces. Yo sigo estando a favor de muchas de esas ideas.

—¿Como las que ha lanzado tu tío durante el discurso?

—¡Precisamente! A mi modo de ver, ha sido el discurso de un gran estadista. Mañana lo reconocerán así casi todos los periódicos, ya lo verás.

—¿Y qué crees que ocurrirá a partir de ahora?

—Ahí está el problema. Algunos ya han empezado a decir que habrá un antes y un después de este discurso. Yo estoy convencido de que se hablará de él durante unos días y luego se olvidará. Todo seguirá igual: Azaña al servicio de los socialistas y los socialistas tan solo preocupados de tener más poder a cada día que pasa. Y mientras tanto, España yéndose al carajo, sin nadie que se ocupe de mantener mínimamente el orden. Raro es el día que no nos desayunamos con algún sobresalto.

—Tío Curro dice que el verdadero peligro son los anarquistas.

—Y no le falta razón. Mientras les permitan seguir campando por sus respetos, no dejarán de ganar fuerza. Únicamente les reprimen cuando salen a la calle a pegar tiros o poner bombas, y entonces ya es demasiado tarde.

—¿Y tu tío? ¿No podría él cambiar las cosas? Si fuera presidente del Gobierno, quiero decir.

—¡El primer ministro Lerroux! Hay muchos que dan por seguro que llegará a serlo.

—¿Tú no?

Aurelio no respondió inmediatamente.

—Supongo que yo debería estar entre los que tienen más fe en sus posibilidades, pero lo cierto es que soy bastante escéptico. Lo haría bien, si llegase a alcanzar el puesto, de eso no me cabe la menor duda, pero... le falta algo para lograrlo. Quizá sea el empuje que tenía cuando era joven. Lleva demasiado tiempo en la política y el mes que viene cumplirá sesenta y ocho años. Eso lo saben sus enemigos y también sus amigos. Aunque él no se dé cuenta, algunos de sus más íntimos solo esperan una oportunidad para sucederle.

Mientras tanto, habían llegado a las inmediaciones de la Venta del Curro. Aurelio detuvo el coche y paró el motor a unos cuantos metros de la entrada.

—Entonces..., ¿tú tampoco sabes lo que vas a ser cuando seas mayor? —le devolvió la pregunta Paloma, provocando la risa de Aurelio.

—*Touché* —respondió, iniciando una reverencia—. Desde luego, mi futuro no está en la política. En mi propio partido me saltarían a la yugular si intentase tomar la iniciativa. ¿Pasarme a otro partido? Mejor ni pensarlo. Por eso no creo que me presente como candidato en las próximas elecciones, cuando quiera que sean.

—¿Decías en serio lo de dedicarte al cine?

—¿Quién sabe? Tengo muchos proyectos, no solo ese. La parte buena de lo que te he contado es que en política conoces a mucha gente influyente. El tipo de gente que te puede ayudar a abrir puertas. Creo que no te he dicho que me acaban de dar un cargo en la Compañía Telefónica. A ese tipo de cosas me refiero. Además, tampoco me veo dedicándome siempre a lo mismo, durante toda mi vida. La política ha cubierto una etapa. Ahora vendrán otras.

Aurelio miró, nervioso, el reloj.

—Será mejor que te marches —interpretó la señal Paloma— o vas a llegar tarde. —Abrió la puerta del coche, pero Aurelio la retuvo.

—¡Espera! No me va de cinco minutos más o menos.

Paloma lo miró con curiosidad, mientras él encendía otro cigarrillo.

—Es posible que no te hayas dado cuenta —prosiguió—, pero has conseguido que salgan de mi boca algunas confesiones que no me hubiera atrevido a hacer a ninguna otra persona. Es curioso..., si en ciertos círculos llegaran a enterarse de que dudo de la capacidad de mi tío...

—No tienes por qué preocuparte. No se lo contaré a nadie. Sé guardar un secreto.

—Estoy seguro de ello —dijo Aurelio, mirándola directamente a los ojos
—. Serás mi confidente..., si tú quieres.

Paloma hizo un mohín.

—No te burles. ¿Quién soy yo para guardar tus confidencias?

—Una buena amiga.

—Sí... Somos amigos. Pero tu mundo es muy diferente al mío. ¿Qué valor pueden tener las confidencias sobre un mundo que no conozco?

—Aún eres muy joven. No tengas tanta prisa por salir de ese mundo que a ti te parece tan limitado. Eres guapa e inteligente: lo tienes todo para triunfar.

—¡Ja! Eso mismo dice mi tío.

—Pues, si él lo dice, seguro que lleva razón. Me pareció un gran tipo, cuando lo conocí. Dale recuerdos de mi parte.

—Así lo haré.

Paloma le tendió la mano para despedirse y él la retuvo entre las suyas, durante unos segundos.

—Hasta pronto, entonces. Si vas a ser mi confidente, tendremos que vernos más a menudo.

Paloma retiró la mano, sonrió levemente y salió del coche. Anduvo la distancia que la separaba de la entrada a la venta sin girar la cabeza. Solo cuando iba a atravesar la verja se permitió mirar de reojo hacia donde se encontraba Aurelio. Allí seguía. Apurando hasta el último segundo, antes de perderla de vista, preguntándose a sí mismo cuáles eran sus verdaderas intenciones con ella.

6

La Venta del Curro estaba poco concurrida aquel domingo por la tarde. Tan solo un par de parroquianos, que discutían de fútbol acodados en la barra, tras la que dormitaba Miguel padre y los de siempre. Los de siempre eran Crescencio el Cojo, Melquíades el Panadero y el Tío Curro. Se sentaban alrededor de una vetusta salamandra situada en uno de los laterales. Ya había anochecido y en esa época del año, el frío se hacía intenso después de la puesta del sol. Se agradecía el calor del fuego. Las llamas chisporroteaban tras las ventanas de cuarzo de la salamandra y uno podía quedarse hipnotizado solo con mirarlas.

El salón de la venta era casi cuadrado. Media docena de mesas lo llenaba por completo, aunque sin apreturas. Otros días, con más concurrencia, se jugaba en ellas a las cartas o al dominó. Un cartel de la corrida de inauguración de la plaza nueva constituía la única decoración de las paredes.

En invierno, el número de clientes descendía notablemente. Entre Curro y Miguel, padre se bastaban y sobraban para atenderlos. Los días entre semana, por las mañanas, Blasa se ocupaba de la cocina, ya que daban comidas a algunos trabajadores de la zona. Siempre que hacía callos o lentejas dejaba un puchero bien cargado que aguantaba unos días en la fresquera. Nunca faltaba un despistado al que le apetecía comer a deshoras. El negocio no daba para mantener al otro Miguel, el hijo, que durante los meses en los que el jardín no se utilizaba se ganaba la vida como aprendiz en una imprenta.

Curro se levantó pesadamente de la silla, haciendo que el Cojo y don Melquíades saliesen por un instante de su ensimismada contemplación del fuego. Cogió unos trozos de leña que había en el suelo y los introdujo por la abertura superior de la salamandra.

—Esto es lo último que te daré de comer hoy —dijo, dirigiéndose a la estufa—, así es que ya puedes aprovecharlo bien.

En ese momento, se abrió la puerta de la calle y entró Amadeo, el cartero, que ya se había convertido en uno de los asiduos del establecimiento. Lo visitaba, eso sí, con mesura. Dos días a la semana, a lo sumo tres, y tomándose siempre una caña de vino, que estiraba todo el tiempo que

permanecía allí. Las más de las veces rechazaba las invitaciones de don Melquíades, aduciendo que beber más le perjudicaba el estómago. Cuando daba su brazo a torcer y aceptaba la invitación, se sentía en la obligación de corresponder, con lo que su presupuesto semanal se iba tomar viento. Pero él era así. No quería, ni por asomo, que pudieran tildarle de gorrón. A pesar de su juventud, los tres amigos lo habían acogido con agrado y él también se sentía a gusto en su compañía.

—¡A la paz de Dios! —saludó el recién llegado, frotándose las manos para que entrasen en calor.

—¡Salud, camarada! —respondió Crescencio, siguiendo una broma que repetían a menudo.

—No te esperábamos ya hoy —dijo Curro, acercando una silla y haciéndole sitio a su lado—. Anda, tómate algo que estarás destemplado. ¡Miguel! Ponle a Amadeo un vino caliente con azúcar.

Las invitaciones de Curro eran cosa distinta, ya que lo hacía con todos los clientes. Amadeo aceptó de buen grado.

—¿Qué tal están hoy Amadeíto y su madre? —preguntó don Melquíades, siempre muy cumplido.

—Estupendamente, gracias. He aprovechado que el niño se ha quedado dormido y Adela estaba haciendo punto para acercarme a saludarlos. Además, hoy cumple cuatro meses, había que celebrarlo.

Los demás asintieron y levantaron los vasos a la salud del pequeño.

—Y díganme —Amadeo se acomodó en la silla—, ¿de qué hablan ustedes hoy?

Pese a que los tres amigos lo tuteaban desde hacía tiempo, Amadeo no podía dejar de dirigirse a ellos con un cierto respeto.

—Pues antes de que llegaras, llevábamos como media hora sin decir palabra, la verdad. Hoy la cosa está un poco aburrida —respondió Curro.

—¡No me digan! Si por todas partes se comenta lo de esta mañana. Eso da tema de conversación para unos cuantos días.

—¡Ah! —exclamó Crescencio, fingiendo asombro—. ¿Y qué ha pasado esta mañana?

—No vengas con coñas, Cojo, que bien sabes tú lo que ha pasado esta mañana, aunque seas de otra cuerda —le reconvino don Melquíades.

—¿Y puede saberse de qué cuerda cuelgo yo? Tan listos como sois los monárquicos, seguro que sabrás decírmelo.

—¡Haya paz! —intervino Curro, en el tono de quien reprende a dos niños

pequeños que se están peleando—. Amadeo se refiere al discurso del señor Lerroux, ¿me equivoco?

Miguel llegó en aquel momento, con el vino caliente de Amadeo y otra ronda de lo mismo para los demás, de parte de la casa.

—Hay que ver Curro. Como sigas así, te vas a ir pronto a la ruina —dijo don Melquíades—. Pero la próxima ronda es mía, que conste.

—Me parece bien —aceptó Crescencio—. Ya es hora de que los ricos repartáis el dinero entre los pobres, aunque sea en forma de vino.

Amadeo se divertía con aquellas peleas incruentas. ¡Qué diferencia con el ambiente que se respiraba en la estafeta! Allí, las discusiones terminaban las más de las veces con insultos y, en alguna ocasión, incluso había tenido que ayudar a separar a otros compañeros que pretendían dirimir sus diferencias a puñetazo limpio.

—Pues lleva usted razón, Curro —admitió el cartero—. Yo me he dejado caer por la plaza esta mañana. No es que me atrajese mucho el cartel, pero estando tan cerca...

—¡Ya! Vamos, que hubiera dado lo mismo que repartiesen mierda, como pillaba aquí al lado.

—¡Crescencio, no seas grosero!

—Pero si lo ha reconocido él mismo —se defendió el Cojo.

—Yo lo he escuchado por la radio —admitió Curro—. A ratos no se entendía bien lo que decían, pero hay que reconocer que es un gran invento y un gran avance. Poder escuchar un discurso desde casa, en el mismo instante que lo están pronunciando, parece cosa de magia.

—Yo también lo oí por la radio —reconoció don Melquíades—. Pensé en acercarme a la plaza, pero al final me dio pereza.

—Así sois los ricos —intervino Crescencio—. Os podéis permitir comprar uno de esos *aparatejos* del demonio y luego no os movéis de casa.

—A mí me gusta mucho la radio —apuntó Amadeo—. Y no hace falta ser rico. Tengo una de galena que funciona estupendamente y me ha costado cuatro perras. ¡La he montado yo mismo!

—Amigo mío, es que a Crescencio todo el que no sea pobre como las ratas ya le parece un capitalista.

—No hagas caso de lo que te diga este explotador de parias enharinados. Como buen representante de la derecha, lo único que busca es el enfrentamiento entre proletarios. O sea, entre tú y yo.

Amadeo, sonriente, levantó el puño en señal de complicidad con

Crescencio.

—Lo que aún no nos has dicho es qué te ha parecido el discurso de marras —se interesó Curro.

—Pues... ¿qué quieren que les diga? La verdad es que estuvo mejor de lo que me esperaba. Habla muy bien el señor Lerroux. Me pareció que no buscaba el enfrentamiento con nadie, sino más bien el entendimiento en beneficio de todos y de la República. Del uno al diez, yo le pondría un ocho.

—Otro que se ha dejado engatusar —refunfuñó Crescencio.

—¡Hombre, tanto como engatusar! No es que yo esté de acuerdo con todo lo que dijo, aunque... —comenzó a defenderse Amadeo, pero le cortó don Melquíades.

—¿Y por qué tienes que disculparte? En este país la opinión es libre. Bueno..., mientras no se demuestre lo contrario o al señor Azaña no le dé por cerrarle la venta al Tío Curro, igual que va por ahí cerrando periódicos y monasterios.

—No lo digas ni en broma —rio Curro—. Tampoco me parece que Amadeo quisiera disculparse por lo que piensa. Solo iba a puntualizar, ¿no es así, amigo mío?

—Por supuesto que es así —afirmó, algo molesto, el aludido—. Que el discurso me pareciera bien no quiere decir que esté de acuerdo con todo lo que se dijo. Y, por cierto, ¿cuál es su opinión? Porque ustedes lo escucharon igual que yo.

Los demás se miraron, como preguntándose quién iba a continuación. Finalmente, habló don Melquíades.

—Yo ya tenía, de antes, la impresión de que Lerroux era el más sensato de todos los republicanos. Eso tampoco es decir mucho en su favor, porque ya se sabe: en el país de los ciegos... El discurso, ni fu ni fa. Una de cal y otra de arena. Dice que los socialistas tienen mucho poder, pero se le ha olvidado explicarnos cómo, si llegase a gobernar, va a arreglar todos los desaguisados que están cometiendo. Y al principal problema para mí, que es el del orden público y el respeto a las leyes, apenas si le ha dedicado tres palabras. ¿Sabéis cuántas huelgas, revueltas y asesinatos ha habido solo desde que comenzó el año?

Los demás se encogieron de hombros, dando a entender que no tenían la respuesta.

—No tenéis ni idea, ¿no? —continuó—. ¡Pues yo tampoco! Si fuesen dos o tres, todos lo recordaríamos. El problema es que son muchas las huelgas,

las revueltas y los asesinatos. Los titulares de los periódicos ya solo se ocupan de los sucesos más graves. Si se produce un enfrentamiento a tiros aquí o allá y lo más que hay son heridos, la noticia apenas si merece unas cuantas frases en una de las páginas interiores. ¿De verdad os parece lógico?

—No, no lo es —respondió el Cojo—. En eso tengo que darte la razón. Son los extremistas que no quieren la república los que la ponen en peligro. ¡Los de derechas y los de izquierdas!

—¡Ya estamos! Siempre la misma monserga —exclamó don Melquíades—. No sabéis decir otra cosa para justificaros. ¡Pero si los de derechas no se atreven ni salir de casa!

—Será por eso que mandan a la Guardia Civil a hacerles el trabajo sucio.

—Sí, como en ese pueblo de Badajoz... ¿Cómo se llama?

—Castilblanco —apuntó Curro.

—Eso, Castilblanco. Que la chusma se cargó a cuatro guardias hará poco más de un mes.

—¡Y luego los civiles asesinaron al doble de campesinos aquí y allá!

—Tendrían que defenderse. ¡Vamos, digo yo! O a lo mejor preferirías que se hubiesen dejado matar, como los de Badajoz.

—¡Ya estáis otra vez discutiendo! —les reprendió Curro—. Me parece que estábamos hablando del discurso.

—Es cierto —apoyó Amadeo—. Don Melquíades y yo ya hemos dado nuestra opinión. Ahora les toca a ustedes. ¡A ver, Crescencio! Si tanto lo critica, será por algo.

El Cojo dio un respingo y carraspeó, aceptando el reto.

—Pues mentiría si no reconociese que a mí también me picaba la curiosidad. Pero como yo no tengo radio —recalcó—, ni me gusta mezclarme con según qué gente, me fui a escucharlo desde el tendido de los pobres, ahí *alante*, en el terraplén. Verse no se ve nada, pero por lo menos se oye.

—Claro, y como además te pillaba al lado... —dejó caer don Melquíades con malicia.

—Estuve solo un ratito. No os creáis que lo escuché hasta el final. En realidad, me quedé en el principio, cuando dijo algo así como: «Palabras de paz para los hombres de buena voluntad y de rencor para nadie...». Me pareció tan estomagante que, con las mismas, cogí la muleta y me vine por donde había llegado. Del resto del discurso poco puedo decir..., aunque con ese comienzo, me lo puedo imaginar. Lo que tenía que hacer Lerroux es retirarse de una puta vez. Que le hagan un homenaje por los servicios

prestados a la república y que deje ya de joder. ¡Pero no! Lo que quiere el buen señor es llegar a ser presidente antes de morirse.

—Es una ambición muy humana —apuntó don Melquíades—, y me atrevería a decir que, en su caso, con bastante fundamento. Aunque ya he dicho que no es santo de mi devoción, la verdad es que a republicano no le gana nadie.

—Azaña, sin ir más lejos —afirmó Crescencio.

—Azaña también es republicano de antiguo —reconoció don Melquíades, sin inmutarse—. Pero le pierde ese odio que tiene por la Iglesia y todo lo que huele a católico. Es un odio personal y visceral. No se puede ser un buen republicano y gobernar para el pueblo desde una posición de odio hacia una parte importante de ese mismo pueblo. Y que conste que eso no lo digo yo, lo decís vosotros —señaló a Crescencio—. Aunque..., por otras cosas.

—Ya sabes lo que yo opino de los curas, así es que no me tires de la lengua —respondió el Cojo.

—¿Y qué me decís de los otros? —continuó don Melquíades—. Alcalá Zamora es un monárquico convertido a republicano a última hora. Largo Caballero, como representante de los socialistas, no tuvo ningún empacho en ser consejero de Estado con Primo de Rivera. ¡Y ahora ministro! Os lo digo en serio: El único republicano a carta cabal, ahora y desde siempre, ha sido Lerroux.

Tan categórica afirmación produjo el silencio durante unos instantes. Después, pareció llegado el turno de Curro. Aunque los demás ya sabían que el ventero rara vez se mojaba.

—Melquíades tiene razón en lo que ha dicho de la falta de orden. Es algo que no se puede negar y menos tratar de ocultar, como hacen algunos. Yo lo sufro en el negocio. La clientela ha bajado en los últimos tiempos. Sobre todo en cuanto se hace de noche. Por lo demás, ya sabéis que a mí la política ni me va ni me viene. He escuchado el discurso porque hay que estar informado, pero nada más. Lo que sí os digo es que esto ha sido el canto del cisne del viejo Lerroux. Se hablará del discurso durante unos días y luego todo seguirá igual: los que mandan seguirán mandando sin contar con él.

—Ya no estamos en los tiempos de la Dictadura —le recordó Amadeo—. Ahora hay elecciones cada cierto tiempo. ¿Quién dice que no pueda ganar las próximas?

—No sé, no sé... Lo veo difícil, ¿qué quieres que te diga?

Los dos parroquianos que hablaban de fútbol en la barra se dirigieron

zigzagueantes hacia la puerta y se despidieron con un «buenas noches». Don Melquíades sacó el reloj del bolsillo y se ajustó las gafas.

—¡Caramba! No creía que fuese tan tarde. Y mañana hay que levantarse temprano, señores.

—¡Ya te veo venir! —le increpó Crescencio—. Lo que tú quieres es librarte de pagar la ronda que habías prometido.

—¡Eso sí que no! La ronda está pagada. Lo que ocurre es que os la vais a tener que tomar sin mí.

—Yo también tengo que volver a casa —se excusó Amadeo.

—Pues entonces, lo mejor será que lo dejemos para otro día. Espero que los de derechas tengáis palabra.

—¡Sabrás tú lo que es tener palabra! —rezongó don Melquíades.

Se levantaron y Amadeo ayudó a incorporarse al Cojo, haciendo caso omiso de sus protestas. No le gustaba que lo tratasen como si fuese un impedido. No, mientras pudiera valerse por sí mismo. Se abrigaron bien, antes de salir y, uno tras otro, fueron despidiéndose de Curro y Miguel, que ya estaba ordenando las sillas y dejándolo todo en orden para el día siguiente.

Cuando se hubieron marchado, se acercó a Curro, diciéndole en voz baja:

—La señora Encarna está en la cocina. La he dejado entrar por la puerta de atrás.

—¿Y cómo no me lo has dicho antes?

—Ella misma ha pedido que no te molestase. Está ahí, tomándose una manzanilla y una copita de jerez.

Curro entró en la cocina y encontró a Encarna sentada frente a la mesa, sorbiendo un vaso humeante. La copita ya estaba vacía. Curro miró a su espalda y, viendo que Miguel seguía a lo suyo, la besó en los labios.

—¿Qué ocurre? —preguntó, arrimando una silla junto a ella.

—Ha estado allí.

—¿Quién?

—Ese que ya me habías avisado que podría presentarse. Dijo que te diera recuerdos de parte de Machaco.

—¡Hijo de la gran puta!

—Ha ido con dos amigotes. Han pedido de beber, han elegido a unas chicas y... ya te lo puedes imaginar. Después, se han marchado sin pagar. Dijeron que tú los habías invitado.

—¿No las habrán hecho daño? —preguntó Curro, rojo de ira.

—No, eso no. Tampoco es que hayan estado amables. Con sus gritos y

sus risotadas las tenían aterrorizadas. Además, han espantado al resto de la clientela.

—¡Esto no puede quedar así! —Se levantó, derribando la silla.

—Tranquilízate. Si he venido ha sido solo para que estuvieras avisado, no porque quiera que hagas nada. Ese hombre parece peligroso.

—Si lo dejamos correr, le tendrás allí cada dos días. Y si hoy ha ido con dos compinches, la próxima vez serán más, ya lo verás.

—Lo que sigo sin entender es cómo ha podido descubrirnos.

—¿Y qué más da? Me habrá visto salir alguna vez de allí. O puede que haya sido alguno de sus secuaces.

—Si es como dices, hubiera pensado que no eras más que un cliente.

—No sé... El caso es que lo sabe. Y sabe también que yo lo quiero mantener en secreto. Sobre todo por Paloma. Si llegara a enterarse...

—No tiene por qué enterarse. Además, ya sabíamos que algo así podría llegar a ocurrir, acuérdate de que lo habíamos hablado. Si las cosas se ponen feas, vendemos el negocio y santas pascuas. Ofertas no han de faltarnos. Con eso y lo poco que deje esta taberna, no deberíamos tener problemas.

Curro guardó silencio, pensativo. Aunque Encarna no lo dijese abiertamente, llevaba tiempo rondándole la cabeza la idea de retirarse. La había conocido muchos años atrás, cuando ella ejercía en un prostíbulo de la calle Arenal. No era como las demás chicas. Encarna era lista y sabía que aquello solo podía durar unos años. Cuidándose bien, y ella lo hacía, aguantaría un poco más. Después la edad terminaría pasando su factura. No deseaba verse como otras compañeras, que iban cambiando de casa, cada vez a peor y, por tanto, con menos ingresos. Por aquel entonces Curro manejaba mucho dinero. Había amasado una pequeña fortuna durante la Gran Guerra. Al igual que Encarna, sabía que lo suyo no podía durar. Una vez terminada la guerra, sus fuentes de ingresos se habían secado. Tenía que encontrar cómo invertir lo ganado, para que no desapareciese al cabo de poco tiempo. Por eso, cuando Encarna le habló de sus planes, durante una de las frecuentes visitas que cursaba a la casa de Arenal, a Curro se le encendió una bombilla. Ni más ni menos, lo que ella quería era independizarse: montar su propia casa de citas. Había descubierto un piso en venta en la avenida de la Plaza de Toros. Un segundo muy amplio, con media docena de habitaciones y un gran salón. Lo vendían a buen precio pero, aun así, no le llegaba para pagarlo con lo que había ahorrado después de unos cuantos años en el oficio. Si Curro le hacía un préstamo, ella se lo devolvería puntualmente y con intereses. Curro

le respondió que se lo pensaría. No le hizo falta pensarlo mucho. Al día siguiente, se presentó de nuevo en el burdel para proponerle que en lugar del préstamo lo aceptase como socio. Encarna no pareció sorprenderse demasiado y únicamente impuso una serie de condiciones para acceder a la petición. La primera, y más importante, fue que ella sería la encargada y no volvería a aceptar clientes. Aunque eso no lo incluía a él, apuntó inmediatamente. En cuanto a la manera de organizar y llevar la casa, no quería injerencias de ningún tipo. Curro estuvo de acuerdo en todo y cerraron el trato con un apretón de manos. Encarna recogió sus cosas y se despidió. De momento, se instaló en el piso que Curro tenía alquilado cerca de Cuatro Caminos.

A los seis meses justos de aquel encuentro, abría sus puertas el lujoso Meublé de Madame Giselle, como pomposamente decidieron llamarlo. Al poco tiempo, nadie recordaba aquel nombre y la clientela lo rebautizó como «El Paseílllo», debido a su proximidad a la plaza de toros de la Fuente del Berro. Desde el primer momento, los días con más afluencia de clientes fueron los de corrida, viniendo a dar la razón a Encarna: «A los toros va mucho señorito con duros en la cartera. Si la corrida ha sido buena, querrán celebrarlo, y si ha sido mala, les apetecerá pasar un buen rato para resarcirse».

La elección del lugar había resultado ser todo un acierto. Por eso, cuando un amigo de Curro, que trabajaba en el ayuntamiento, le habló de los proyectos de construir una gran plaza monumental en el extrarradio y derribar la de la Fuente del Berro, no dejó caer la información en saco roto. Habló con Encarna y le propuso irse preparando para un traslado. De momento, el negocio iba viento en popa, pero si un buen día cerraban la plaza, no debería pillarlos por sorpresa. Era el momento de volver a invertir. Un nuevo apretón de manos dio a Curro carta blanca para buscar un lugar próximo al enorme solar que más tarde acogería la plaza de Las Ventas. Fue así como encontró la casa ajardinada que terminaría convirtiéndose en la Venta del Curro. Había sido de Encarna la idea de montar allí otro negocio «provisional» y que Curro lo llevase. Corría el año 1919.

Las obras de la nueva plaza resultaron exasperantemente lentas. La taberna se fue asentando y, mal que bien, salía adelante por sus propios medios. Fue entonces cuando apareció Paloma y vino a trastocar todos los planes. Para sorpresa de Curro, Encarna no protestó demasiado: «¿Qué se le va a hacer? Son cosas de la vida. No puedes poner en la calle a tu sobrina o

meterla en un internado. Además, la casa funciona muy bien, tenemos una clientela fija y con gente de categoría. Ya no dependemos tanto de los días de toros».

Curro volvió al presente y levantó la vista para encontrar a Encarna sirviéndose otra copita de jerez. La miró con ternura y ella le respondió con una sonrisa, como si hubiese adivinado sus pensamientos. Los años habían hecho su mella, pero aún conservaba esa belleza serena que le había cautivado. Algún día, se casaría con ella.

—Lo que tendrías que hacer es instalar aquí un teléfono. Así me habría ahorrado el paseo.

—Lo tengo solicitado, pero las líneas no llegan hasta esta zona. Siempre me dicen que «al mes que viene empiezan el tendido». Y así llevamos dos años. Por cierto, ¿cómo has venido?

—He cogido un taxi. Está ahí fuera, esperando. No lo he despedido porque luego, para encontrar otro por aquí...

Curro estaba ahora más tranquilo. Se le había ocurrido una idea.

—Volviendo a lo de antes... ¿Sigue yendo por allí aquel señor bajito, con sobrero de hongo? Ese que era inspector de policía...

—Ya sé quién dices, pero no es inspector, tiene un cargo de responsabilidad en el Ministerio de Gobernación. Y sí, es uno de los mejores clientes.

—¡Estupendo!

—Pero no puedo pedirle que ponga policías a vigilar la casa —protestó Encarna.

—Yo no he dicho eso. De todas formas, creo que puede prestarnos un buen servicio. Y si, a cambio, las visitas le saliesen gratis...

7

Madrid, Venta del Curro.
Martes, 9 de agosto de 1932.

Eran las once de la noche. El teléfono sonaba con insistencia en la segunda planta de la Venta del Curro, pero nadie podía oírlo. Paloma ayudaba a servir las mesas en el jardín, mientras su tío charlaba con don Melquíades. A pesar de la hora y de ser laborable, la venta estaba muy concurrida. Había sido un día caluroso y se estaba bien al fresco, bajo las moreras, cuya sombra no había permitido que el sol recalentase la arena. Las casas todavía tardarían un rato en desprenderse del fuego interior y permitir que sus habitantes pudieran dormir en ellas. Mientras tanto, el jardín de la venta era el lugar ideal para tomarse una limonada y disfrutar de la noche de verano.

Miguel hijo volvía a echar una mano en el negocio. Compaginaba sus funciones de camarero con el trabajo en la imprenta. Paloma le notaba algo cambiado. Seguía encandilado por ella, de eso no le cabía duda, pero había perdido esa candidez en la mirada que tanto la halagaba. Ahora, esa mirada era como la de los demás hombres. El padre de Miguel también se había percatado del cambio. Incluso creía conocer la razón: la mujer del dueño de la imprenta. Una morena de buen ver a la que su marido, bastante mayor que ella, no parecía en disposición de aguantarle los envites. Solo una vez había estado en la imprenta, para llevar al hijo el bocadillo que se había olvidado, pero unos pocos minutos le bastaron para cazar las miradas que se dirigían el uno al otro. «¿Y qué si se lía con una casada? —se dijo—. A su edad, ya es hora de que vaya aprendiendo. ¿Acaso va a encontrar mejor maestra?»

Curro y Melquíades se sentaban en una mesa algo apartada, echando de menos al Cojo, que había pillado uno de esos catarros de verano que lo tenía hecho polvo. Tampoco Amadeo se había dejado caer, así es que la velada era más tranquila de lo habitual.

—Lo de Alemania tiene mala pinta —comentaba Curro en aquel

momento—. Como Hitler siga subiendo...

—¡Y cómo no ha de subir! —exclamó don Melquíades—. En Alemania pasa lo que aquí: hay un atajo de politicastos mediocres que solo se preocupan de medrar. De repente, surge una figura que dice las cosas como la gente está deseando que se las digan... ¡Y ahí lo tienes! Que me pelen el bigote si no termina haciéndose con el poder.

—¡Pero ese hombre es peligroso!

—Por supuesto que lo es: para los demás, no para los alemanes.

—¿Acaso te gustaría que nos saliese un Hitler a la española?

—Pues mira..., ¡no te diría yo que no!

—Esa no es la solución —dijo Curro, meneando la cabeza.

—¿Acaso es mejor lo que tenemos ahora?

—No lo sé —reconoció Curro—. Yo siempre intento acordarme del 14 de abril. De la alegría de la gente. Todos eran amigos de todo el mundo. Hasta tú mismo te sorprendiste de lo bien que rodaban las cosas.

—Es cierto. ¡Qué poco duró aquello!

—¿Qué ha pasado desde entonces, en poco más de un año? ¿Por qué no puede volver a ser lo mismo?

—Por los políticos —sentenció Curro—. Por los políticos que nos han tocado y que no saben estar a la altura de las circunstancias.

—Ya mejorarán... Yo al menos, tengo esa esperanza. La democracia es muy joven todavía; tienen que coger práctica.

—¡Dios te oiga, Curro! Y que conste que si es como dices, yo seré el primero en alegrarme.

Curro miró la hora. Nadie se levantaba de las mesas. Hacía tiempo que no tenían una noche así. Don Melquíades interpretó el gesto como una señal y decidió que ya era tiempo de retirarse. Se despidió de Curro y dio las buenas noches a los conocidos que encontró en su camino hacia la puerta. Curro se quedó solo y se dedicó a observar a su sobrina, mientras ella se afanaba entre las mesas, con una bandeja sobre el hombro. Ya se había convertido en toda una mujer. Y no una mujer cualquiera, sino de esas que los hombres llaman «de bandera». Se dio cuenta de que haría todo lo que estuviese en su mano para que Paloma fuese feliz. Si para ello tenía que renunciar a su sociedad con Encarna, renunciaría sin dudarle. Una ligera punzada en el vientre le avisó que sería mejor ausentarse unos momentos. El cuarto de baño estaba en el piso de arriba.

El teléfono comenzó a sonar de nuevo justo cuando Curro alcanzaba el

final de las escaleras. El sonido estridente le sobresaltó. Pensó que sería Encarna. Era de las pocas personas que sabía que por fin le habían instalado la línea. Si estaba en lo cierto, solo podía significar problemas. Descolgó.

—Dígame.

—Hola, buenas noches —respondió una voz al otro lado, que Curro identificó de inmediato—. Soy Aurelio Lerro... .

—Ya le había reconocido —le interrumpió, molesto por la intromisión—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Perdone que los llame a estas horas, pero es importante. Esperaba... Quería hablar con su sobrina, pero quizá sea mejor hacerlo con usted.

—¡Caramba! ¿De qué se trata?

—No puedo decírselo ahora. Lo único que quería era avisarlos. Esta noche va a suceder... algo. Si mañana tenían pensado salir de casa, será mejor que no lo hagan.

—Pero... ¿a qué se refiere? —preguntó desconcertado.

—Ya le he dicho que no puedo explicárselo. Mañana se enterará de todo, pero, mientras tanto, será mejor que se queden en la venta. Confíe en mí.

—Está bien... En agosto Paloma no va a clase, pero creo que pensaba salir de compras. No se preocupe, yo la avisaré.

—Dele también recuerdos de mi parte.

—Así lo haré. ¡Ah! Y gracias por el aviso. Se trate de lo que se trate.

Curro colgó y se quedó unos instantes mirando al teléfono y rascándose la cabeza. Se disponía a bajar las escaleras —su vientre podría esperar—, cuando pareció acordarse de algo. Descolgó de nuevo el teléfono y esperó a que le dieran línea. Después marcó el número de Encarna.

En aquel mismo instante, en Sevilla, el general José Sanjurjo daba las órdenes finales para que comenzase la sublevación, el golpe de Estado. No sabía que sus planes ya eran conocidos por el Gobierno de Madrid.

8

Madrid, hipódromo de la Castellana.
Domingo, 27 de noviembre de 1932.

Paloma observaba, subida en una silla y a través de los prismáticos que le había dejado Aurelio, al compacto grupo de caballos que ahora circulaba por la recta de enfrente. Nunca antes había estado en las carreras. Aquello formaba parte de un mundo en el que ella deseaba entrar y hasta entonces se le había negado. Devolvió los prismáticos y dedicó a Aurelio una radiante sonrisa. Los caballos ya estaban en mitad de la curva, antes de la recta de meta. Los gritos del público fueron subiendo de volumen. Todos animaban al caballo por el que habían apostado. Se sobresaltó cuando escuchó la voz de Aurelio, por encima de todas las demás, gritando «¡Vamos, Ontaneda!». Recordó que aquel era el caballo que había elegido, entre los cuatro que le había propuesto Aurelio. Había confiado la decisión a su suerte de primeriza. Se encontró ella misma animando a Ontaneda, hasta que los caballos cruzaron la meta. El gesto de resignación de Aurelio le confirmó que no había sido el ganador.

—¿Cómo ha quedado? —se interesó.

—Cuarto. —Ante el gesto de desilusión de Paloma, añadió—: Pero no hay que desanimarse, quedan más carreras.

Había mentido a su tío sobre el motivo de salir apresuradamente de casa, nada más terminar de comer. Le había dicho que iba al cine, con Juani, aunque a Curro no le pasó desapercibido el que se hubiera puesto su mejor vestido, debajo del abrigo, así como que llevase los labios pintados. Prefirió no decir nada.

No era la primera vez que Paloma le mentía con respecto a Aurelio. O, más bien, que no le contaba toda la verdad. Sabía que su tío no veía con buenos ojos la extraña relación que mantenía con el diputado. Por eso, cuando por fin la Compañía Telefónica les instaló la línea en la venta, muchos meses después de haberla solicitado, pero solo al cabo de una semana

de que ella se lo hubiera comentado a Aurelio, prefirió que su tío atribuyese la ampliación de las líneas de la Guindalera a un golpe de buena suerte y no a la influencia del delegado del Gobierno en la Compañía Telefónica. Aurelio compaginaba aquel cargo con su puesto de diputado.

Las carreras daban comienzo, como todos los domingos, a las tres de la tarde. Era uno de esos soleados días otoñales, en los que los rayos del sol aún conservan alguna fuerza. Cuando llegó jadeante y acalorada a la plaza de Manuel Becerra, Aurelio ya la estaba esperando. Lo acompañaban un hombre y una mujer, a los que fue presentada como «una buena amiga». Isabel y Ramón la saludaron con efusividad. Rápidamente, subieron al coche y enfilaron el paseo de Ronda hacia el hipódromo.

Llegaron mediada la primera carrera. Aurelio restó importancia al retraso, aduciendo que la primera del programa siempre era la de menor interés. Allí los esperaba un nutrido grupo de amigos. Uno a uno se los fue presentando. Al oído, ampliaba la presentación con detalles personales que no debían ser escuchados por los interesados, lo que provocó jocosas protestas.

—Este es Bernardo, un compañero del partido —y añadió en voz baja—: No te fíes de él, se vuelve loco por las mujeres.

—Encantado, señorita. —Le besó la mano, guiñándole un ojo—. Y no se crea nada de lo que le haya dicho. En realidad, soy mucho peor.

—¡Ah! Y aquí tenemos a Mercedes. Aunque no lo creas, es toda una empresaria —y al oído—: Es capaz de sacarte los ojos si se te ocurre coquetear con Bernardo.

Paloma hacía esfuerzos por memorizar tanto los nombres como los comentarios, pero eran demasiados los integrantes de aquel variopinto grupo y pronto se dio por vencida. Hubo uno, sin embargo, que llamó su atención: un individuo bajito, con el pelo largo, como solo se atrevían a llevarlo los artistas, y barba de chivo. Cuando le llegó el turno de ser presentado, se estiró todo lo que pudo y miró a Paloma de arriba abajo, sin ningún disimulo.

—Paloma, te presento a mi buen amigo Marcelino Villegas.

—Puedes llamarme Marce, querida. —Sonrió, por fin, como dando por aprobado el examen al que la había sometido.

—Marce es la persona que más sabe de cine de este país. Ahí donde lo ves, ha trabajado con algunos de los grandes, en América. —El aludido hizo un gesto como de quitarle importancia—. Es actor, guionista, director...

—Por favor, Aurelio, no sigas, que estás aburriendo a esta preciosidad y todavía no me has dicho cómo se llama.

—Paloma Campos —se presentó ella misma—. Me alegro de conocerle, soy una gran aficionada al cine.

—No, no, no... Por favor. Ya te he dicho que puedes llamarme Marce. Y a los que yo —recalcó sus palabras— permito que me llamen así, también están autorizados a tutearme.

A Paloma le agradó el hombrecillo del cine y se sintió halagada por la familiaridad con que la trataba. Le hubiera gustado seguir charlando con él y hacerle un montón de preguntas, pero ya Aurelio tiraba de su brazo para ir a hacer las apuestas. La segunda carrera, en la que Ontaneda terminaría entrando cuarto, estaba a punto de comenzar.

Estaban ahora en el intermedio previo a la tercera carrera. Aurelio había ido a apostar y Paloma había quedado en compañía de Isabel y Ramón, a los que no tardó en unirse Marce. Paseaban lentamente, paralelos a la recta de llegada. Hablaban de conocidos comunes y de los últimos chismorreos. De vez en cuando, señalaban a alguno de los que se encontraban por el camino y, por lo general, terminaba bastante malparado. O malparada, que para todos había. Paloma intervenía poco, pero reía de buena gana cuando Marce hacía algún comentario malicioso con su afilada lengua.

—Esa chica —comentó con displicencia, señalando a una bonita rubia que vestía un traje casi veraniego— no sabe ya qué hacer para que le proporcione un papelito. A lo mejor hace unos pocos años podría haber servido para algo, pero ahora, con el sonoro... ¡Tendríaís que oírla hablar! Y encima, la pobre no es capaz de memorizar una frase con más de cinco palabras.

—Tendrá otras cualidades, sin duda —comentó jocosamente Ramón.

—¡Pues claro que sí, querido! Tiene unas piernas estupendas y unas tetas muy bien puestas. Mejorando las presentes, por supuesto.

Paloma se sintió como una estúpida al notar que se ruborizaba. Isabel, sin embargo, que ya debía de estar acostumbrada a aquel tipo de comentarios, rio encantada.

—En ciertos papeles —insistió Ramón— no hará falta que abra mucho la boca... Al menos, para hablar.

—¡Eres un perverso! —le recriminó Isabel, fingiendo enfado.

—Es verdad que iría muy bien para esos papeles —reconoció Marce—. Y a ella le encantaría, desde luego, con tal de ponerse frente a la cámara. Lo que ocurre es que ya hace bastante tiempo que yo no hago determinado tipo de películas. Me abuuurren, creedme.

—Reconoces, entonces, que alguna has hecho.

—¿Y qué? No lo niego. Resulta excitante la primera vez. Como todas las primeras veces, supongo —dijo, mirando de reojo a Paloma, que volvió a teñirse de grana—. La segunda ya no es lo mismo. A partir de la tercera, se convierte en una rutina in-so-por-ta-ble. Esas películas casi siempre se hacen por encargo y he de reconocer que es una manera de sacar algún dinero cuando las cosas no van bien.

—¿Qué quiere decir por encargo? —se atrevió a preguntar Paloma, interviniendo por primera vez en la conversación.

Marce se quedó mirándola unos momentos con gesto divertido.

—Todos tenemos..., digamos que ciertas fantasías sexuales que resultarían ser un tremendo escándalo si nuestros vecinos llegasen a conocerlas. Tú también cariño, seguro que tú también —le susurró, aproximando su rostro al de ella—. Hay muchas personas, yo diría que la mayoría, que no pueden o no se atreven a llevarlas a cabo. Si una de estas personas, además, tiene dinero, va y me dice: Marce, cariño, quisiera que rodases una película en la que una señorita morena y con un gran trasero le haga una *fellatio* a un hombre maduro. Entonces, yo le pongo un precio y, si el cliente lo acepta, la película se hace. Se le entrega el negativo original y una copia. Eso es todo ¿Satisfecha con la explicación?

—No tenías por qué dar tantos detalles —protestó Isabel, más por Paloma que por ella misma.

—No te preocupes —dijo esta—. Las explicaciones, cuanto más claras mejor.

Paloma se alegró de que, en cierta ocasión, una de sus compañeras de clase le hubiese mostrado, a escondidas, una serie de láminas con dibujos de parejas, debajo de cada cual se encontraba el nombre y la descripción de las actividades sexuales a las que se dedicaban.

En ese momento se les unió Bernardo, que había dado un rodeo para hacerse el encontradizo con el grupo.

—Pero, mujer, te tienen casi secuestrada, por lo que veo —dijo, dirigiéndose a Paloma—. No hagas mucho caso a Marce, se pasa media vida buscando jóvenes talentos. Dentro de poco te ofrecerá, si es que no lo ha hecho ya, ser la protagonista de su próxima película.

—La otra media vida me la paso espantando a moscones como Bernardo —respondió Marce—. Te recomiendo que hagas lo mismo, querida.

Todos rieron, menos el aludido. Cuando iba a contestar, llegaron Aurelio

y Mercedes, que se habían encontrado en la cola de las apuestas.

—Muy divertidos se os ve —comentó ella—. Contadnos el chiste.

—Pues nada, que aquí Bernardo estaba intentando flirtear con Paloma y lo hemos puesto en evidencia —informó Marce, con un gesto de displicencia.

—No me extraña. Bernardo siente debilidad por las jovencitas ingenuas —se burló Mercedes.

A Paloma no le gustó el tono que había empleado. Se puso de nuevo colorada, pero esta vez de puro enfado. Afortunadamente, Aurelio intervino para evitar la discusión.

—¿Qué os parece si vamos cogiendo sitio? ¡Van a dar la salida!

Se dirigieron hacia la valla de la recta de llegada. Aurelio la cogió del brazo y se desviaron un poco a la izquierda, mientras los demás se dirigían hacia la línea de meta.

—¿A qué caballo has apostado? Esta vez no me has dejado darte mi opinión —bromeó Paloma.

—He apostado al favorito. Es la mejor manera de no equivocarse.

—O... de que los equivocados sean mayoría —aventuró Paloma.

—Bueno..., eso pronto lo veremos. Mira, ¡ya salen los caballos!

Se reprodujeron los gritos de aliento que Paloma había escuchado en la carrera anterior, solo que con protagonistas diferentes.

—¡Aurrerá! ¡Corre, Aurrerá! —gritó Aurelio.

La barahúnda fue *in crescendo* hasta que los caballos cruzaron la meta. Paloma no les prestó atención. Prefirió mirar a la gente que tenía alrededor: Un hombretón de gesto adusto y enormes bigotes, estrelló con rabia su sombrero contra el suelo, mientras, a su lado, dos jóvenes lanzaban las gorras al aire y se abrazaban, celebrando su buena suerte.

—¿Cómo ha ido esta vez? —se interesó Paloma.

—Algo mejor —reconoció Aurelio—. Ha quedado segundo. Pagarán cuatro perras, pero menos es nada.

Se dirigieron con parsimonia hacia los mostradores para retirar las ganancias.

—¿Qué tal te va en la academia? —se interesó Aurelio.

—¿Qué quieres que te diga? —respondió con desánimo—. Mi mejor amiga ya no está y las clases que antes tanto me gustaban ahora me resultan aburridas. Además, soy la mayor de la academia. Todas las chicas me parecen niñas tontas. Menos mal que en junio se terminará.

—¿Y después qué?

Paloma no contestó y Aurelio prefirió no insistir. Aguardaron su turno en la cola. Por fin, se decidió a responder:

—Supongo que me pondré a trabajar. No será difícil, la directora recibe muchas solicitudes de empresas, bufetes... Es solo cuestión de elegir bien.

—No tienes que preocuparte por la elección. Yo también conozco a mucha gente y seguro que encontraremos algo interesante. De momento, lo mejor que puedes hacer es terminar los estudios, que además es lo que quiere tu tío.

Paloma suspiró y puso cara de resignación.

—¿Y qué me dices de ti? —se interesó—. ¿Cuándo te hacen ministro?

—¡Menos guasa! —rió Aurelio—. Pero ya que lo mencionas, te diré que no tengo el más mínimo interés por serlo.

—Eso es que sigues decidido a dejar la política.

—De momento, continuó ahí. Ya no me tomo las cosas tan a pecho como al principio. Las cosas me van bastante bien, no intervengo demasiado en las comisiones, ni en los asuntos del partido, pero utilizo la influencia que da estar tan cerca de mi tío. Eso no lo niego.

—No le he dicho al tío Curro que lo de la línea de teléfono fue cosa tuya.

—Has hecho bien. Ramón fue el que se encargó de todo, es mi hombre de confianza dentro de la compañía. Isabel es su novia.

—Son muy agradables los dos —reconoció.

Retiraron las ganancias y se dirigieron a realizar la apuesta para la siguiente carrera.

—La próxima es la más importante de la tarde —le informó Aurelio.

—Hoy es el último día de carreras de la temporada. Lo he leído en el periódico. Ya no habrá más hasta la primavera.

—Ya veremos. Dicen que el Gobierno está esperando a la finalización de la temporada para anunciar el derribo del hipódromo.

—¿Derribarlo? —exclamó incrédula Paloma.

—Prieto, el ministro de Obras Públicas, se ha marcado como una de sus prioridades la prolongación del paseo de la Castellana. Los planos ya están muy avanzados. El hipódromo estorba.

Habían llegado frente a la ventanilla y aún no tenían decidida su apuesta.

—¿Qué caballo te gusta? —preguntó Aurelio—. En algún momento debe salir a relucir la suerte del principiante.

Paloma no respondió inmediatamente. La confianza sobre el hipódromo la había dejado impresionada.

—¿Te das cuenta? —dijo—. Es mi primera vez... y es probable que también sea la última.

9

Madrid, Venta del Curro.
Viernes, 13 de enero de 1933.

La semana había estado movida. El viernes, por fin, la calma volvió a las calles. Eso hizo que por la tarde la venta estuviese más concurrida de lo que lo había estado los días anteriores. La tranquilidad y el deseo de intercambiar noticias había reunido frente a la estufa no solo a los habituales — Crescencio, Curro, Amadeo y don Melquíades—, sino también a algunos otros que solo participaban de vez en cuando en la plática. Estaba Fulgencio, aquel que se ganaba la vida ejerciendo de albañil, carpintero, pintor o de lo que hiciera falta; Calixto, un conductor de tranvía que hablaba con fuerte acento gallego; Serapio, el carbonero, que jamás conseguía tener la cara del todo blanca, y algunos más que escuchaban pero apenas intervenían.

Crescencio, aunque intentaba aparentar que ser el centro de atención le fastidiaba un poco, estaba relatando por enésima vez la misma historia, en esta ocasión a petición de Amadeo, que acababa de llegar.

—El miércoles nos retiramos pronto. Estábamos Curro y yo... y otros dos clientes más. Cuando se marcharon, decidí irme también para casa. ¿Qué iba a hacer aquí? Con todos los jaleos que ha habido durante la semana, la venta ha estado peor que un funeral. Menos mal que hoy se ha arreglado un poco. La cosa es que Dorotea, mi señora, acababa de ponerme una palangana de agua caliente con sal para meter el pie. El que me queda, claro, no iba a ser el otro que Dios sabe dónde andará. —Hizo una pausa para que le rieran el chiste—. En ese momento sonaron los dos bombazos. Muy seguidos. ¡Joder, que temblaron los cristales! A mí ya me pareció que habían explotado por la parte de la plaza de toros. La mujer se asustó mucho, pero como yo no podía levantarme le dije que se asomara a la calle a ver qué había pasado...

—¡Y no fuese a ser que todavía quedase alguna bomba por estallar! — interrumpió don Melquíades con sorna.

—¡Para bombas, las que nos tiraban en Cuba! ¿Tú qué sabrás de bombas,

si te asustan hasta los petardos de las ferias?

—¡Yo estuve en Marruecos! —protestó don Melquíades.

—Sí, pero en intendencia, amasando pan. Lo más cerca que estuviste del frente fue como de aquí a Guadalajara.

—¡Señores! Que sus batallitas ya nos las conocemos de sobra —les recriminó Fulgencio—. A lo que estábamos...

Crescencio dedicó una mirada poco amistosa a Melquíades y continuó con su relato.

—Desde la ventana poco podía verse, así es que Dorotea bajó al portal. No se atrevió a dar la luz, por no llamar la atención. La calle estaba también a oscuras. Dio unos pasos en dirección a la plaza, donde parecía haber un pequeño incendio. Entonces vio a media docena de individuos que corría hacia los descampados, como si fuese huyendo. Todos llevaban gabardina y gorra. Uno tropezó y se fue al suelo. Sus compañeros tuvieron que regresar para ayudarlo. Después, se perdieron en la oscuridad. Es de suponer que habría algún coche esperándolos.

—Entonces, es de tu mujer de la que hablan todos los periódicos como testigo de la huida —aventuró Amadeo.

—Llevas razón, aunque no dan su nombre. Mejor así. Al poco rato, vinieron policías, guardias..., de todo. Estuvieron batiendo la zona, pero nada encontraron. A mi pobre Dorotea la asfixiaron a preguntas: que si cómo eran, que si los podría reconocer... Pero ¡leches! ¿No les acababa de decir que estaba oscuro?

—Serían sindicalistas, seguro —intervino Calixto, el tranviario, con su acento gallego—. De la CNT, para más señas. Por la carretera de Aragón hay varios grupos. Yo he estado toda la semana que no me llegaba la camisa al cuerpo. ¡Que esos tíos la tienen tomada con los tranvías! A un compañero le sacaron a empellones con los pasajeros y después tiraron un petardo dentro. Saltaron todos los cristales. ¡Joder! ¿Por qué no se van a tirarlos a los cuarteles o a los de derechas?

—O sea, que el problema no es que tiren bombas —se molestó don Melquíades—. El verdadero problema es que equivocan el objetivo.

—Yo no he dicho eso —protestó Calixto.

—Pues claro que no lo has dicho —salió Serapio, el carbonero, en su defensa—. Además, si tiraron las bombas en la plaza fue porque estaba allí instalada una compañía de guardias de asalto. Y el domingo pasado, también intentaron atacar los cuarteles de Carabanchel.

—¡Ah! Entonces ya me quedo más tranquilo —ironizó don Melquíades.

Curro permanecía silencioso ante las reyertas dialécticas de su parroquia. Se le veía preocupado. Al igual que don Melquíades, pensaba que había falta de autoridad por parte de los gobernantes, pero, a diferencia de este, era optimista al vaticinar que las cosas irían mejorando a medida que se fuesen acostumbrando a ejercer el poder. Sin embargo, la revuelta de la última semana había echado por tierra sus esperanzas de mejora. En Madrid, se habían sucedido los disturbios y sobresaltos. Por precaución, no había dejado a Paloma ir a la academia. Con todo, no era la capital la que se había llevado lo peor en esta ocasión. En Barcelona, Valencia, Sevilla... Por todas partes se habían producido enfrentamientos a tiros. Y muchos muertos. Demasiados para una joven democracia. Don Melquíades le había pegado esa manía de ir contando en la prensa los muertos que se producían a lo largo y ancho del país. Los periódicos hablaban de hasta ocho miembros del orden y casi el doble de revoltosos o simples paisanos que «pasaban por allí». Y lo peor había ocurrido en un remoto poblado de Cádiz llamado Casas Viejas. Las noticias todavía eran confusas, pero parecía confirmarse que allí habían muerto unas veinte personas más. Demasiados muertos.

Cuando la asonada del verano anterior, pensó que aquello había sido el toque de atención que necesitaban los unos para ponerse de una vez a ejercer la autoridad, y los otros para darse cuenta de que la república era un camino que no tenía vuelta atrás. Lejos de ser así, lo único que habían conseguido los sediciosos era radicalizar aún más a los extremistas. A los cabecillas, con excepción hecha del general Sanjurjo, los habían deportado a Villa Cisneros. A Curro le pareció bien que pasasen allí una larga temporada. Sin embargo, coincidiendo con la revuelta anarquista, como si se hubieran puesto de acuerdo, los prisioneros habían escapado y ahora se desconocía su paradero. Demasiados errores.

—Pues si los que tiraron las bombas eran de por aquí, no me extrañaría que Machaco y su grupo de matones estuvieran en el ajo —aventuró Calixto, mientras se hurgaba la nariz.

Al instante, se produjo el silencio. Calixto, dándose cuenta de que había hablado de más y en voz alta, miró a su alrededor por si alguien le había escuchado. Respiró aliviado. En los que tenía cerca se podía confiar, pero con los tiempos que corrían, no era aconsejable que a uno le oyesen decir ciertas cosas.

—Hace meses que no se le ve por la venta —informó Crescencio en voz

baja—, ni por los alrededores. Y yo soy persona que me muevo por el barrio, aunque sea con una sola pierna. Tiempo tengo. A algunos de sus compañeros, en cambio, sí que me los he encontrado.

—Habrá mudado a otra zona. Aquí ya lo teníamos *calao* —aventuró Fulgencio.

—¡Quia! Ese no es de los que abandona un reino para irse a pelear por otro.

—Yo he oído... —comenzó a decir Serapio, el carbonero, y bajando aún más la voz—: Les oí comentar a dos de sus compañeros, que vinieron a por unos sacos de astillas, que se lo habían llevado preso a la Modelo. De esto hará unos tres días.

—¡Está en la trena! —susurró Amadeo.

—Si eso es cierto, bien que se lo había buscado —sentenció don Melquíades.

—Hablaban entre ellos en voz alta —continuó Serapio—. Parecían muy enfadados y no se preocuparon de si yo los escuchaba. Decían que alguien debió de denunciar a Machaco, porque los de Asalto llegaron de improviso y rodearon la casa cuando él estaba dentro. No le quedó más remedio que entregarse. En el registro le encontraron una pistola y un par de barrenos de dinamita. Se lo llevaron detenido, claro.

—Pues entonces, una cosa es segura —intervino Curro—: Machaco no tiene nada que ver con las bombas de la plaza. La casa invita a una ronda para celebrarlo.

Fue la mejor idea que se le ocurrió a Curro para cambiar de tema, y lo cierto es que dio resultado. Sabía que Machaco, tal y como Serapio había informado, estaba en la cárcel. Y él, Curro, tenía bastante que ver con su detención. El inspector de policía, cliente de Encarna, había actuado eficazmente. Confiaba en que también supiese ser discreto.

10

Madrid, plaza de toros de la Fuente del Berro.
Sábado, 13 de mayo de 1933.

El combate de boxeo que iba a celebrarse aquella noche, en el ring instalado en la vieja plaza de toros, era de los que hacían historia. Se enfrentaban, con el Campeonato de Europa en juego, el actual campeón, el belga Pierre Charles y el aspirante español, el gran Paulino Uzcudun, algo venido a menos, según los maledicentes, después de su periplo americano. Las localidades estaban agotadas, como la ocasión lo merecía, y ya solo se podían encontrar en la reventa a precios exorbitantes.

El día anterior, por la tarde, a la salida de clase, Paloma se llevó una gran sorpresa al encontrarse, esperándola, a Ramón e Isabel, los amigos de Aurelio. Por supuesto, venían de parte de él, que se excusaba por no haber podido acudir en persona. La invitaron a la velada de boxeo del día siguiente. Aurelio, valiéndose de sus influencias, había conseguido muy buenas entradas, cerca del ring. ¡Paloma no podía faltar! Como en la tarde del hipódromo, irían otros amigos y mucha gente a la que le gustaría conocer. Paloma aceptó, sin pensárselo dos veces.

—Después del combate, para celebrar la victoria de Paulino, iremos a tomar una copa —aseguró Ramón.

—¿Y si pierde? —preguntó Isabel.

—Pues tomaremos dos, para olvidar. Yo lo decía por Paloma. No sé..., tendrá que pedir permiso a su tío para que le deje llegar tarde. Si es necesario, podemos acompañarte para explicarle los planes —se ofreció Ramón—. Aunque no lo seamos, parecemos personas de fiar. Quizá, si se lo pedimos nosotros...

—No os preocupéis —respondió Paloma, no tan segura como trató de aparentar—. Os agradezco la intención, pero espero que no sea necesario.

Quedaron en pasar a recogerla por la venta a eso de las ocho de la tarde, con el pequeño automóvil que Ramón había comprado de segunda mano.

Tío Curro puso menos objeciones de las que Paloma había esperado. Se limitó a recomendarle «que tuviese cuidado. Le había dicho que unos amigos la habían invitado al boxeo». No mencionó a Aurelio, pero por la mirada de su tío comprendió que este sospechaba que había gato encerrado.

Ramón e Isabel acudieron puntuales a la cita. Paloma les presentó a Curro, que pareció quedarse más tranquilo. No aceptaron la invitación a tomar algo que este les hizo, aduciendo que los estaban esperando, y partieron sin más dilación.

—¿Quién nos espera? —preguntó Paloma, desde el asiento trasero, en cuanto el coche se puso en marcha.

—De momento nadie —reconoció Isabel—. Hemos quedado a las diez, en una puerta de la plaza. Pensábamos ir a comer algo antes del boxeo. ¿Te parece bien?

—¡Me parece estupendo!

Subieron por Julián Marín hasta la calle Cartagena. Después, giraron a la derecha y cruzaron hacia Juan Bravo, donde había una terraza que Ramón conocía, en la que ponían «un pollo al ajillo para chuparse los dedos».

Se sentaron en la única mesa que quedaba libre y el camarero acudió solícito a atenderlos. Pidieron pollo, una tortilla de patatas y, para acompañar, una jarra de vino.

—Si quieres otra cosa de beber... —ofreció Ramón.

—El vino está bien, gracias —respondió Paloma con rapidez.

La merienda cena resultó muy agradable. Tenían tiempo hasta la hora del combate. Cuando terminaron, Ramón sacó un puro del bolsillo de la chaqueta y lo encendió con deleite. Isabel, a su vez, extrajo del bolso un paquete de cigarrillos emboquillados, ingleses, según dijo, y ofreció uno a Paloma, que lo rechazó con un gesto.

Ramón pidió café y la cuenta.

—Aurelio nos ha dicho que llevas varios años estudiando en la misma academia —medio preguntó Isabel, mientras esperaban los cafés.

—Sí, bueno... Este es mi último año. El mes que viene la dejaré... ¡para siempre! —Paloma soltó una carcajada de felicidad.

—No parece que te guste mucho.

—Al principio sí. Estaba encantada. Pero desde hace ya tiempo no me parece que esté aprendiendo nada nuevo. Además, mis mejores amigas se han marchado —añadió, recordando a Juani y sus cada vez más esporádicos encuentros.

—¿Qué vas a hacer después? —se interesó Ramón.

—No lo sé. Supongo que empezaré a buscar trabajo al final de verano. Hasta entonces, ayudaré a mi tío en la venta. Con el buen tiempo se llena de gente y hacen falta manos para atenderla.

—¿Y qué tal con tu tío? Parece algo... severo.

Paloma sonrió con ternura antes de responder.

—Intenta no serlo..., pero en el fondo lo es. Por un lado, me dice que debo ser una mujer libre, pero por otro se preocupa mucho e intenta protegerme más de lo necesario. Sé que lo hace con buena intención y no se lo tengo en cuenta.

—Pero hoy te ha dado permiso para venir...

—No le quedaba otro remedio. Lo contrario hubiera ido contra sus principios. Aunque no le ha gustado ni una pizca.

—Entonces..., ¿qué cosas te prohíbe?

—Tonterías. Por ejemplo, cada vez que se anuncia una huelga o hay manifestaciones, me dice que no vaya a la academia. Y claro, eso es cada dos por tres. Esta semana, el martes no me dejó ir. El miércoles tampoco quería, pero me planté y le dije que yo iba, pasase lo que pasase. La academia se me hace aburrida, pero la venta, en un día de diario, es todavía peor.

—El martes fue cuando tiraron una bomba en la calle de Alcalá, ¿no es eso?

—Sí, cerca de Manuel Becerra. El tranvía que cojo para ir a la academia pasa por allí mismo. El miércoles me fijé y se podían ver los agujeros de metralla en los árboles y las paredes.

—Hubo dos muertos, uno de ellos policía —informó Ramón, muy serio.

—¿Sabéis lo que se dice por la venta? —dijo Paloma, bajando la voz e inclinándose hacia delante.

Isabel y Ramón se acercaron, a su vez.

Pues que algunos de los sindicalistas que han detenido son de un grupo que iba a menudo por la taberna. Su jefe era uno al que llaman Machaco, hasta que lo metieron en la cárcel. Un tipo muy desagradable, yo me he topado con él en varias ocasiones. El caso es que lleva varios meses detenido y sus esbirros quisieron montar jarana por su cuenta.

—¡Pues vaya si la montaron! —exclamó Isabel.

—Sí, pero la broma les ha salido cara. Aparte de que los han cogido a casi todos, hay quien dice que el otro muerto, el que no era policía, también formaba parte del grupo.

—¿Sabéis cuál es el problema? —Ramón miró a una y otra, esperando una respuesta que no se produjo—. Pues que cualquier pelagatos dispone de pistolas y bombas. Y si las tiene, las usa. Se cree que si pega tiros y lanza bombas dejará de ser un pelagatos. ¡Hay que ver! Estamos rodeados de cretinos por todas partes. ¡De cretinos y pelagatos!

El camarero llegó con la cuenta y Ramón se hizo cargo. Dejó una generosa propina. Se subieron de nuevo al coche y partieron hacia la Plaza Vieja. En la época de su construcción, durante el último tercio del siglo anterior, la plaza de la Fuente del Berro, también conocida como de la Carretera de Aragón, fue criticada por muchos por lo lejos que quedaba del centro de Madrid. «Exactamente igual que ahora la plaza de Las Ventas», se encargaban de recordar algunos. Lo cierto es que, con el tiempo, Madrid había llegado hasta ella y la había sobrepasado. Una amplia avenida bordeada de grandes edificios, en uno de los cuales Encarna, Madame Guiselle, atendía su *negocio*, llevaba hasta la puerta grande de la plaza. Para cuando llegaron allí, la avenida estaba completamente atascada por cientos de vehículos y Ramón tuvo que dar un rodeo y aparcar en un descampado algo alejado.

—Hemos quedado en la puerta cuatro. Más vale que nos demos prisa porque ya son más de las diez.

Llegaron jadeantes después de darse una larga carrera, descubriendo con alivio que Aurelio los estaba esperando. Saludó con la mano nada más verlos, dedicando a Paloma una calurosa sonrisa. Se veían de tarde en tarde, cuando Aurelio, sin avisar, se dejaba caer a la salida de la academia y la acompañaba hasta su casa, después de tomar un café juntos. También mantenían el contacto por carta, durante las temporadas que Aurelio pasaba fuera de Madrid.

—Parece que nuestro destino es encontrarnos en acontecimientos de masas —comentó jocosamente, atrayéndola hacía sí y dándole un beso en la mejilla.

Paloma pensó que se refería a la tarde del hipódromo, pero recordó que en casi todas las ocasiones anteriores, incluido el primer día que se vieron en la distancia, aún sin conocerse, también habían estado rodeados por cientos de personas.

—No puede decirse que nos escondamos de las miradas ajenas —respondió con picardía.

—Los demás ya han entrado —informó Aurelio—. Nos esperan tomando algo en el bar. El primer combate debe de estar a punto de comenzar, pero no

os preocupéis. El importante, que es el de Paulino, va el tercero.

Paloma miró el reloj. Eran las diez y cuarto. No entendía mucho de boxeo, pero sí lo suficiente como para darse cuenta de que, a menos que alguno de los púgiles despachara al contrario en el primer asalto, la velada se alargaría bastante. Se alegró de que Isabel y Ramón la hubieran ido a buscar y ayudado a preparar a su tío para que no la esperase hasta la madrugada. Había trasnochado en otras ocasiones: las verbenas que se organizaban en la venta y algunas kermés por los alrededores, pero aquella era la primera vez que lo hacía sin Curro vigilándola de cerca.

Tuvieron que esperar porque aún había bastante público que llegaba a última hora. Aurelio sacó las entradas y las presentó a uno de los porteros. Subieron al segundo piso por unas escaleras vigiladas por dos guardias y personal de la organización. Nada más ver a Aurelio, les franquearon el paso. Llegaron a una zona acotada bajo los graderíos donde habían montado el bar de personalidades. A pesar de haber sido improvisado para la ocasión, se habían cuidado los detalles e, incluso, se podía decir que con un cierto lujo. El lugar estaba muy concurrido y un buen número de camareros, impecablemente uniformados, intentaban que todo el mundo estuviese atendido. No había sillas, pero habían dispuesto unas mesas altas y redondas que ocupaban la mayor parte de la superficie. La barra se encontraba en la parte más próxima a las gradas, y tras ella habían colocado un gran espejo para dar sensación de amplitud.

—¡Allí están! —exclamó Aurelio, señalando un grupo al otro lado de donde se encontraban.

Se fueron abriendo paso entre la gente hasta llegar a ellos. Paloma buscó con la mirada a alguien que conociera. No tardó en descubrir a Bernardo y Mercedes, el vividor y la empresaria, como ella misma los había rebautizado después de la tarde del hipódromo. También recordaba algunas caras, aunque no era capaz de ponerles nombre. A otros era la primera vez que los veía. Mercedes también reconoció a Paloma y le tiró un beso, dirigiendo después una irónica mirada a Aurelio.

—¡Cara mía! —oyó una voz a sus espaldas.

Al girarse, Paloma descubrió complacida que Marce también estaba allí y se la echaba encima con los brazos abiertos.

—Pero déjame que te vea —dijo Marce, separándose para contemplarla mejor—. Hija mía..., ¡estás guapíiiiisima! Si quisieras trabajar en el cine serías la envidia de muchas petardas que conozco.

Paloma rio encantada.

—No seas adulator. Por cierto, ¿qué tal van tus películas?

—De mal en peor, querida, de mal en peor. Hay pocos capitalistas que quieran arriesgar su dinero en el cine. Y hacer películas sonoras cuesta mucho, muuucho más. Parece que en Barcelona la cosa se presenta mejor y hay gente que está montando estudios con buenos equipos de sonido. En Madrid nos estamos quedando un poco atrás. Y eso que el próximo otoño dicen que van a inaugurar unos grandes estudios en Ciudad Lineal. Yo no me lo termino de creer.

—¿Y por qué no lo intentas en Barcelona?

—Eso mismo me pregunté yo, así es que me marché la semana que viene. Ya tengo casa allí y estoy organizando el traslado de mis cuatro cosas. Me habría ido antes, si no hubiese sido por un trabajillo que me salió a última hora. Además, no sé si lo sabrás, pero... —se acercó Paloma y le habló al oído—: Aurelio también terminará metiéndose en algo, ya lo verás. Últimamente va mucho por Barcelona y mantiene encuentros con gente relacionada con el cine. Yo mismo se los he presentado. No se te ocurra decirle que te lo he contado —añadió rápidamente, al ver que Aurelio se acercaba.

Aurelio, que se había separado unos momentos para ir a saludar a unos amigos, estrechó con fuerza la mano de Marce. Lo acompañaba un hombre de aspecto bonachón que pasaba de los cuarenta.

—¡Carama, Clarito! Cuánto tiempo sin verte —exclamó Marce, fundiéndose en un abrazo con el recién llegado.

—César es un buen amigo de mi tío —dijo Aurelio, dirigiéndose a Paloma—. También pertenece al partido, aunque no le guste decirlo. Todo el mundo le conoce por Clarito.

El aludido se giró entonces hacia Paloma, le cogió la mano con delicadeza y se la llevó a los labios.

—César Jalón, para servirla —dijo con ceremonia—. Es cierto que todos me llaman Clarito y, por supuesto, usted también puede hacerlo.

—Paloma Campos, encantada de conocerlo.

—Clarito es uno de los mejores cronistas taurinos de la prensa de Madrid, que es como decir de la de toda España —informó Aurelio—. Lo que no sabía es que también le gustase el boxeo.

—Lo justo, créeme. Pero a este combate había que venir. Además, me ha invitado un buen amigo. Catalán para más señas..., ya te contaré. Lo de

Clarito me lo pusieron en el periódico —continuó, girándose hacia Paloma—. Me encargaron mi primera crónica sin tener ni la más mínima idea de lo que era el toreo. El que entonces era mi jefe me hizo firmarla como Clarito y... ¡hasta ahora! Va a hacer de ello veinte años y la mitad de los que me conocen no saben mi verdadero nombre.

—Pues para no tener ni idea de toreo ya llevas unos pocos años viviendo del cuento —bromeó Marce.

—He dicho que no sabía nada cuando empecé. Ahora..., tampoco es que sepa demasiado, pero me llega para escribir cuatro tonterías. Lo cierto es que yo había oído hablar de personas que de una afición hacían un trabajo. Privilegiados, sin duda. Al contrario, como es mi caso, hacer de un trabajo una afición, no conozco a ningún otro. Y, ciertamente, también me considero un privilegiado.

—Los toreros son un buen ejemplo —dijo Paloma, ruborizándose casi al instante, al confluír en ella todas las miradas— de personas que consiguen trabajar en lo que es su afición. También actores, escritores...

—¿Boxeadores? —sugirió Aurelio.

—Me cuesta creer que alguien sea aficionado a dar y recibir mamporros —apuntó Marce—. Como mucho, se puede ser aficionado a ver cómo se los dan otros. Y cuanto más fuerte y con más sangre, mejor.

Clarito tiró discretamente del brazo de Aurelio y le señaló a dos hombres que acababan de hacer su aparición y, rápidamente, se habían visto rodeados de una corte de aduladores y *estrechadores* de manos, a la que atendían sin excesivo entusiasmo.

—El de la derecha es Joaquín Gasa, un empresario de Barcelona —le dijo, bajando la voz—. Se dedica a montar espectáculos y eventos deportivos. Es el organizador de esta pelea. El otro es Eduardo Pagés, sin duda habrás oído hablar de él.

Paloma intentaba pegar el oído sin que se notase demasiado. Fingía seguir atenta al parloteo de Marce, que había comenzado con sus cotilleos.

—Un empresario taurino, ¿no es cierto? —respondió Aurelio.

—Uno de los más importantes. Da corridas por toda España. Es posible que te hayan llegado noticias de la que está organizando ahora.

—No estoy tan metido en el ambiente taurino como para enterarme de ciertas cosas.

—Pero, sin duda, sí te habrás enterado de que dentro de dos semanas se va a celebrar en el Círculo de Bellas Artes la elección de Miss Europa.

—Bueno..., de eso sí —reconoció Aurelio, ante la sonrisa socarrona de Clarito.

—Pues bien, Eduardo, que es un lince para los negocios, ha tenido la feliz idea de montar dos corridas, la primera en Barcelona y dos días después en Madrid, para agasajar a las bellezas europeas. Con mucha parafernalia, desfilando por la plaza en coches de caballos, palco de honor... La de Madrid se celebrará en la plaza nueva.

—¿En Las Ventas?! Con razón alguien me dijo el otro día que habían reanudado los trabajos de acondicionamiento; aunque, la verdad, no le hice mucho caso.

—A mí la plaza nueva no me gusta, ya lo sabes. Pero... ¿qué quieres? Cabe mucha gente. Eduardo me ha pedido que lo ayude con la organización. Es él quien me ha invitado esta noche, quería que conociese a su amigo, el señor Gasa. Yo ya lo había visto en alguna otra ocasión, pero no nos habían presentado.

—¿Y a qué se debe el interés?

—No lo sé seguro, pero me da la impresión de que tiene planes para desembarcar en Madrid. Querrá ir conociendo gente...

—Puede ser... —reflexionó Aurelio—. Todo el mundo sabe que el que corta el bacalao en la Asociación de la Prensa de Madrid eres tú, por mucho que mi tío sea el presidente.

—No te lo voy a negar, aunque esté mal que yo lo diga. Y este año me vuelve a tocar organizar la corrida de la prensa. ¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Si Eduardo tiene éxito con la corrida de las *misses* y hay lleno, me voy a llevar la de la prensa a la plaza nueva. Lo tenemos hablado: si yo lo apoyo en la suya, él me apoyará en la mía.

—¡Caramba! Esa sí que es una noticia.

—A algunos les va a hacer mucha gracia que precisamente yo apueste por Las Ventas. Pero así son las cosas. Hay gente muy importante interesada en echar abajo esta plaza. Para poder hacerlo, la de Las Ventas ha de estar funcionando.

En aquel instante, un hombre se encaramó a la barra del bar e informó a voz en grito del resultado del primer combate: KO en el décimo de Álvaro Santos sobre el cubano Hevia. Los púgiles del segundo de la velada ya estaban saliendo al ring. Los presentes, sorprendidos, guardaron silencio durante unos segundos, para, después, seguir con la cháchara. Solo los muy

aficionados al boxeo se tragaban todos los combates. Los demás habían acudido a ver el de Paulino.

Aurelio se volvió hacia Paloma y le preguntó si quería tomar algo, aún tenían tiempo. Pidió una naranjada y Aurelio se dirigió hacia la barra, acompañado por Clarito. Casi al mismo tiempo, llegaban Isabel y Ramón, que saludaron a Marce. Pronto se unieron al grupo Mercedes y Bernardo.

—A Bernardito no le llega con su sueldo para pagar las deudas de juego —masculló Marce, para que solo Paloma pudiera oírlo—. Míralo ahora, sigue a Mercedes a todas partes como un perrillo faldero. Hasta hace poco, echaba pestes de ella.

Al cabo de un rato, el grupo se había ampliado hasta hacer imposible a Paloma saber quién era quién. Todos charlaban con todos y reían los chistes del vecino. Casi sin darse cuenta, se vio rodeada de hombres que pugnaban por atraer su atención o ganar de ella una sonrisa. Se sintió un poco mareada. Afortunadamente, llegó Aurelio para rescatarla.

—Será mejor que vayamos hacia nuestros asientos. Cuando acabe este combate todos querrán salir al mismo tiempo.

Aprovecharon el descanso entre dos asaltos para correr hasta las sillas colocadas sobre el albero, en la tercera fila de ring. Alguien comentó, a sus espaldas, que el combate estaba programado a diez asaltos. Iba a comenzar el octavo. Ya faltaba poco y la impaciencia del público crecía por momentos. Pese a todo, el combate llegó al final y los árbitros proclamaron vencedor por puntos a uno de los contendientes. Paloma no prestó demasiada atención. Estaba más interesada en ver lo que ocurría a su alrededor. Las pocas sillas que quedaban libres iban siendo ocupadas por los rezagados. Casi todos eran hombres. Miró a su derecha, donde se encontraba Isabel, y se alegró de que se hubieran puesto juntas. Al otro lado tenía a Aurelio, que charlaba animadamente con Bernardo. La fuerte luz que iluminaba el cuadrilátero dejaba en penumbra las gradas, desde las que, sin embargo, llegaba el murmullo de las voces de muchas personas y, de vez en cuando, un grito de ánimo para Paulino, que aún no había hecho su aparición.

Por fin, los púgiles saltaron al cuadrilátero. El griterío se hizo ensordecedor. El vasco, al que Paloma conocía por las fotos de los periódicos, era casi un palmo más bajo que su oponente. Cuando el árbitro principal cantó los pesos de ambos, a nadie le extrañó que la diferencia fuese de más de seis kilos a favor del belga.

—El nuestro es más bajito —se lamentó Paloma—. Se va a tener que

empinar para darle una bofetada al otro.

—Paulino es mucho Paulino —aseguró Isabel—. Ya veremos lo que pasa. Con que le enganche una de las suyas...

—¡Caramba! No te hacía yo tan entendida ¿Lo has visto boxear más veces?

—No, la verdad. Esta es la primera, pero leo las crónicas de los periódicos. Además Ramón me ha llevado a otros combates. No tan importantes como este, desde luego.

La pelea dio comienzo y los golpes, además de verse, podían oírse con claridad, dada la proximidad del ring. A Paloma no le gustó demasiado aquello. De tanto en cuanto, Aurelio le hacía algún comentario, pero siempre era Isabel la que respondía. Cuando Uzcudun lograba alcanzar con la derecha a su adversario, el público lanzaba un rugido. Si era al contrario, los gritos servían para levantar el ánimo del español.

—¿Cuántos asaltos dura la pelea? —preguntó Paloma, al final del tercero.

—Quince —respondió Aurelio—. Las peleas por los campeonatos son más largas. Esto no ha hecho más que empezar.

Paloma agradeció la información y se dispuso a soportar lo que quedase de combate, suspirando porque alguno de los contendientes mandase al contrario a la lona. Tanto daba si era Uzcudun o el belga. Pero no tuvo suerte, los quince asaltos pasaron unos tras otro, y el ganador se tuvo que decidir a los puntos. El nerviosismo del público era tremendo antes de conocerse el resultado.

—Paulino ha ganado. No puede ser de otra manera. Como el árbitro diga lo contrario, salgo al ring y me lo como —bromeó Isabel.

—Me parece que la cosa no está tan clara —intervino Ramón—. Paulino es el aspirante y para quitar un título al campeón hace falta ganar con bastante claridad. Charles ha estado bien. Varios asaltos han sido suyos. No sé, no sé...

Comentarios parecidos se escuchaban por todas partes. La gran mayoría del público estaba con Paulino y presionaba con sus gritos para que el veredicto le fuese favorable, aunque no las tuviese todas consigo. Al cabo de unos minutos que parecieron interminables, el árbitro reunió a los dos púgiles en el centro del ring y cantó por la megafonía el resultado: «¡Paulino vencedor!». El preparador belga protestó airadamente, pero sus palabras se perdieron entre los vítores y aplausos de los veinte mil asistentes que abarrotaban la vieja plaza de toros. Paloma aplaudía también, más por no

hacerse notar que por verdadero entusiasmo.

Finalmente, los boxeadores y su comitiva abandonaron el ruedo por uno de los pasillos. Cuando desaparecieron, se hizo casi el silencio. El programa incluía una última pelea, pero muchos de los presentes comenzaron a desfilar hacia las salidas. Paloma miró el reloj: pasaba de la una de la madrugada. Bueno —se dijo—, alguna vez tenía que ser la primera.

—Creo que será mejor que nosotros también nos marchemos —sugirió Aurelio.

Todos estuvieron de acuerdo, excepto Ramón, que lo hizo a regañadientes. Salieron por uno de los laterales y buscaron el camino hacia el bar de personalidades. Cuando llegaron, el ambiente era extraordinario. Las botellas de champán francés, gentileza del señor Gasa, según les informaron, corrían a mansalva. Los camareros se afanaban en reponer las botellas vacías y en repartir copas entre los recién llegados. Paloma se encontró rodeada de gente que brindaba y alguien le puso una copa en las manos. Dio un sorbo con precaución y le sorprendió el efecto que producían las burbujas en la nariz, como a todos los que prueban por primera vez el champán.

—¡Al fin os encuentro!

Paloma se giró y se dio de bruces con Clarito, que a quién buscaba en realidad era a Aurelio. Lo cogió del brazo y le dijo unas palabras al oído. Aurelio hizo un gesto, señalando a Paloma. Clarito se encogió de hombros.

—Esperadnos aquí, volvemos enseguida —le dijo a Ramón y, bajando la voz, susurró a Paloma—: Ven conmigo.

Se dirigieron, siguiendo a Clarito, hacia la parte baja de las gradas, donde se habían habilitado los vestuarios. Tuvieron que pasar varios controles hasta que llegaron a una puerta guardada por dos mastodontes que resultaban aún más impresionantes que los propios boxeadores. Una multitud de curiosos los rodeaba, pero se cuidaban muy mucho de intentar traspasar aquella puerta. Clarito se abrió paso hasta uno de los guardianes.

—El señor Gasa nos espera —le oyó decir Paloma.

El gigante se giró, abrió ligeramente la puerta y transmitió la petición a alguien que se encontraba en el interior. Los curiosos estiraron sus cuellos para intentar ver al campeón siquiera por unos segundos. La puerta se abrió un poco más y asomó una cabeza que, al reconocer a Clarito, hizo una señal de asentimiento al gigante, que acabó por franquearles la entrada. El interior del vestuario estaba muy concurrido y el calor resultaba sofocante. A grandes voces, se comentaban los detalles del combate. Sobre una mesa de masajes, el

campeón, ajeno a lo que lo rodeaba, permanecía tendido boca abajo mientras dos cuidadores se aplicaban en relajarle los músculos. El que les había abierto la puerta los condujo hasta el grupo en el que se encontraban Joaquín Gasa y Eduardo Pagés. Clarito se encargó de hacer las presentaciones, presentando a Paloma como su sobrina.

—¡Enhorabuena! La organización ha sido perfecta y el éxito de público salta a la vista —felicitó Aurelio a Gasa, al estrechar las manos.

Era un individuo alto y en bastante buena forma. Vestía un impecable traje de color marrón que, a pesar de las muchas horas que debía llevarlo puesto, presentaba un aspecto como si acabaran de sacarlo del armario. La corbata, de un tono más claro, permanecía perfectamente anudada. El pelo engominado hacia atrás y un bigote bien recortado completaban la imagen del perfecto *gentleman*.

—Muchas gracias —aceptó la felicitación, mirando de soslayo a Paloma—. Además, ha ganado nuestro campeón, ¿qué más se puede pedir?

En realidad, Joaquín Gasa no era el único que se interesaba por Paloma. Las voces habían dejado paso a los murmullos y todas las miradas se concentraban en ella. No era habitual la presencia de una mujer en los vestuarios; y menos de su belleza. El propio Paulino se sentó en la camilla y se quedó observándola mientras le masajeaban el cuello.

—Tenía ganas de conocerlo —prosiguió Gasa—. Algunos amigos de Barcelona me han hablado muy bien de usted.

—No le habrán contado toda la verdad —bromeó Aurelio, con falsa modestia.

—Me gustaría que charlásemos un rato, pero... este no es el lugar más adecuado. ¿Por qué no vienen a nuestra fiesta para celebrar la victoria? Clarito les indicará el lugar. Comienza en una media hora, aunque nosotros llegaremos algo más tarde.

—Es usted muy amable, pero... nos están esperando unos amigos en el bar...

—No importa —le interrumpió—, que vengan ellos también. Habrá sitio para todos.

Aurelio no tuvo tiempo de responder, ya que otro recién llegado acaparó la atención del empresario. Se volvió hacia Clarito, que se limitó a asentir con la cabeza. Paloma estaba deseando salir de allí. Si Aurelio la había llevado pensando que le haría ilusión entrar en aquella especie de templo del boxeo, se había equivocado. Para su alivio, los dos hombres dieron por finalizada la

visita y se dirigieron hacia la puerta. Paloma miró por última vez al boxeador y se encontró con una sonrisa rodeada de labios tumefactos a la que no supo responder.

Volvieron al bar, donde continuaba el jolgorio. El champán se había agotado dejando paso al vino y la cerveza. De vez en cuando alguien gritaba: «¡Viva Paulino!». Siendo coreado por muchas gargantas. Localizaron a Bernardo y Mercedes junto a la barra del bar. Los demás estaban desperdigados y tuvieron que ir recogiénolos uno por uno. Cuando por fin estuvieron todos reunidos, Aurelio les informó de la invitación del señor Gasa. Ramón e Isabel se mostraron inmediatamente de acuerdo. Mercedes se interesó por el lugar en el que se celebraba la fiesta, haciendo intervenir a Clarito.

—En la piscina La Isla. ¿Sabéis dónde está?

—¡Una piscina! —exclamó incrédula Paloma.

—¡Me encaaaanta la idea! —aprobó Marce con entusiasmo—. Es un sitio ma-ra-vi-llo-so, querida, con mucha clase. Yo estuve cuando lo inauguraron, el año pasado, y después he ido otro par de veces. Durante el día es piscina; varias piscinas en realidad. Una de ellas cubierta, ¡la única que hay en Madrid! Por la noche, abre el bar americano y los salones. Una elección estupenda.

Las palabras de Marce terminaron por convencer al grupo. Clarito les dio las instrucciones para llegar hasta allí. Disponían de tres coches, pero estaban aparcados en lugares diferentes, de manera que quedaron en ir cada uno por su lado y reunirse en la entrada. Paloma y Clarito acompañarían a Aurelio, mientras Marce se uniría a Isabel y Ramón; Mercedes y Bernardo irían en el otro coche.

Abandonaron la plaza y se dispersaron hacia sus vehículos. Paloma no se sorprendió de que Aurelio tuviera el suyo en la zona reservada a las autoridades, en uno de los laterales del coso. Cedió el asiento delantero a Clarito.

—Sube tú, que tendréis cosas de que hablar. Yo prometo ser muda. ¡Y sorda!

—No hará falta ninguna de las dos cosas —sonrió Clarito, con su cara bonachona—. A las mujeres inteligentes les basta con ser discretas.

Salieron a la calle Goya y enfilaron hacia la Castellana. Siguiendo las indicaciones del cronista taurino, debían llegar a la carretera de La Coruña y después girar a la izquierda. La piscina La Isla se encontraba, en efecto, sobre

una isla que formaba el río Manzanares a la altura de la finca de La Moncloa, a la salida de Madrid.

—¿Cuáles son las últimas noticias? —preguntó Clarito—. Hace un par de semanas que no veo a tu tío y me entero de las cosas por los periódicos.

—Pues «las cosas» están estancadas —respondió Aurelio—. Los radicales y otros grupos minoritarios nos oponemos a cualquier propuesta que realice el Gobierno, pero Azaña no da su brazo a torcer. No quiere ni oír hablar de convocar elecciones. Están asustados con el voto femenino. Temen que pueda dar mayoría a las derechas.

—¿Y qué si se la da? O tienen voto las mujeres o no lo tienen. Y si lo tienen, ¡que voten lo que les dé la gana! —exclamó Clarito algo indignado, para añadir a continuación—: ¿No te parece, Paloma?

Paloma no esperaba que la invitasen a entrar en la conversación a las primeras de cambio, y menos que solicitasen su opinión de manera tan directa. Ganó tiempo con un carraspeo y aceptó el invite.

—Las mujeres estamos presentes en la sociedad. Cada día más, aunque haya hombres a los que no les guste. ¡Tenemos derecho a dar nuestra opinión! Eso queda fuera de toda discusión. Lo que me saca de mis casillas es que se preocupen tanto de cuál es esa opinión. ¿Se preocupan acaso de la de los hombres? Porque hay muchos que los mueves y caen bellotas. Cualquiera de mis compañeras de la academia, incluso las más jóvenes, están mejor informadas y tienen más criterio que la mayoría de los mentecatos que van a emborracharse a la venta. Si esos son lo que deben decidir quién nos gobierna ¡que Dios nos pille confesados!

Paloma terminó su perorata y respiró con fuerza. En los asientos delanteros, Aurelio y Clarito intercambiaron miradas y después no pudieron contener la risa.

—¿Se puede saber de qué os reís? —preguntó furiosa.

—No te enfades, no te enfades... —intentó tranquilizarla Aurelio—. Es que tenías que haberte escuchado. ¡Qué apasionamiento! Por un momento, me ha parecido estar escuchado a la Campoamor defendiendo el voto femenino en las Cortes.

—¡No te burles!

—No es burla —intervino Clarito—. Yo he tenido esa misma sensación. Aunque afortunadamente ha desaparecido en cuanto me he girado para verte.

—¿Qué has querido decir? —preguntó ingenuamente Paloma.

Clarito miró a Aurelio, como solicitando ayuda, mientras este sonreía y

encendía un cigarrillo.

—Pues ha querido decir que Campoamor es... una magnífica mujer, muy inteligente, excelente oradora, trabajadora, capaz... y un poco callo.

Los carrillos de Clarito se movían al ritmo de la risa y el traqueteo del automóvil.

—Al final va a ser verdad eso de que todos los hombres sois iguales.

Paloma continuó enfurruñada hasta que llegaron a su destino. El edificio central, de tres plantas, estaba iluminado por bombillas en todo su contorno. Se accedía a él por una pasarela que cruzaba uno de los brazos del Manzanares que rodeaban la isla donde se erigía. Dejaron el coche en la orilla, donde ya se alineaban varias decenas de vehículos. Unos hombres con linternas se encargaban de dirigir a los que iban llegando.

—¡Parece un barco! —exclamó Paloma, gratamente impresionada.

No le faltaba razón: la construcción imitaba a un trasatlántico, con su chimenea y sus ojos de buey. Los salones se encontraban en lo que sería el puente de mando. El cuerpo del barco lo ocupaba la piscina cubierta, y en la parte delantera había otras dos al aire libre. La fiesta ya había comenzado. Los asistentes se repartían entre los salones y los jardines que rodeaban las piscinas. Pese a estar todavía en mayo, la noche era casi veraniega. La animada música de una orquesta llegaba hasta el aparcamiento. Esperaron al resto del grupo al pie de la pasarela de acceso. No tardaron en llegar y entraron todos juntos.

—No sé vosotros, pero yo no he cenado —dijo Aurelio— y estoy hambriento. Supongo que nos darán algo de comer. Propongo que vayamos en primer lugar a buscar la zona de avituallamiento.

Los demás estuvieron de acuerdo. El viento les trajo un aroma que les hizo la boca agua. Por el humo, localizaron una parrilla que habían instalado en los jardines y en la que varios cocineros se afanaban en la tarea de asar chuletas de cordero, chorizos y morcillas, que luego repartían en platos de cartón. Varias personas hacían cola y a ellas se añadieron los recién llegados. Un camarero pasó por su lado ofreciendo bebidas en una bandeja. Mientras, la orquesta había comenzado a atacar un *foxtrot* y varias parejas corrieron hacia los salones, donde se encontraba la pista de baile. Aquello era muy diferente a las verbenas y el organillo, pensó Paloma. Se fijó en las mujeres. Casi igualaban en número a los hombres. Sus trajes eran de fiesta, algunos ciertamente atrevidos. El sencillo vestido que ella llevaba no estaba mal para ir a un combate de boxeo, pero no encajaba con los que se veían por allí.

Una vez que todos estuvieron servidos, se dirigieron con sus platos hacia la zona de las mesas. Continuaba llegando gente. Si seguía haciéndolo a aquel ritmo, no tardaría en estar lleno hasta los topes. Allí se estaba congregando el «todo Madrid». Aurelio y Clarito no paraban de saludar a amigos y conocidos. Bernardo los seguía en popularidad, sobre todo entre las féminas, si bien fingía no advertir los guiños que le dirigían. Paloma permanecía callada, tratando de no perder detalle de cuanto veía.

—¡Qué sería estás! ¿Te estás aburriendo? —le preguntó Isabel, por lo bajo.

—No, en absoluto. Todo lo contrario. Es solo que no estoy acostumbrada a salir de noche, ni a sitios como este. No sé si pego en este ambiente.

—¡Qué tonterías dices, mujer! Aquí pega cualquiera. Ya verás, en cuanto terminemos de comer, salimos a bailar. —Rebañó con esmero su segunda chuleta y bebió un sorbo de vino.

Paloma abrió mucho los ojos.

—No lo dirás en serio. ¿Te has fijado cómo vamos? No llevamos ropa para bailar.

Isabel se la quedó mirando con el ceño fruncido y respondió, con la boca llena:

—Pues no sé tú, pero yo voy estupenda.

Paloma observó el vestido de su amiga, más sencillo aún que el suyo. Isabel hizo un gesto despectivo hacia una joven muy emperifollada que pasó por su lado y después guiñó un ojo a Paloma que, ahora sí, rio encantada. Aurelio levantó el vaso hacia a ellas.

—Brindo por lo que os haya hecho tanta gracia.

—Pues estábamos comentando que nos apetecería echar un bailecito —respondió Isabel—. Hay hombres muy guapos por aquí, malo será que no haya alguno que nos saque.

—Ahora mismo estaba diciéndole a Ramón que por qué no se animaba.

El aludido miró a Aurelio de hito en hito. Aceptó el desafío y se levantó muy ceremoniosamente, invitando a Isabel a bailar. Bernardo hizo lo propio con Mercedes. Clarito y Marce charlaban, ajenos a todo. Aurelio hizo un gesto de disculpa.

—Soy muy mal bailarín, pero si te atreves...

Paloma aceptó la torpe invitación y ambos se dirigieron a la pista, que en aquellos momentos estaba a rebosar. La orquesta comenzó a tocar un bolero.

—Esto es fácil —bromeó Paloma—. Incluso tú podrás hacerlo.

—Seguro que sí, no tienes más que llevarme.

Lo cierto es que Aurelio no lo hacía tan mal como avisaba. Pronto estuvieron siguiendo el ritmo de la música perfectamente acoplados.

—¿Lo estás pasando bien? No teníamos pensado venir aquí, pero ya has visto cómo han sucedido las cosas. Ramón y yo teníamos preparada una ronda por los locales que están ahora de moda, para que los conocieras, pero...

—Ya me llevarás algún otro día, no te preocupes. Aquí lo estoy pasando muy bien.

—Lo prometo. Prometo llevarte a conocer el Madrid de moda. Creo que ya va siendo hora de que salgas del cascarón. Además, a partir de ahora, tendré más tiempo libre.

—¿Y eso?

—Ya le he comunicado a mi tío que abandono la política. Últimamente, ni aparezco por el Congreso.

—Eso era lo que querías. Ya lo tenías en la cabeza la última vez que nos vimos.

—Se trataba solo de un proyecto. Ahora es una realidad.

—¿Y a qué te vas a dedicar? ¿Sigues interesado en el cine? —Paloma recordó la confidencia que le había hecho Marce antes del combate.

—Es una posibilidad. Todo depende de que salgan bien unos asuntos que tengo entre manos. De momento, seguiré con el puesto en la Compañía Telefónica. Me permite bastante libertad de movimientos y el acceso a gente importante. Además, de algo tengo que vivir.

—¿Y tu mujer qué dice?

Paloma hizo la pregunta en el tono más inocente que pudo articular. Aurelio se puso tenso por un momento.

—A mi mujer le parecerá bien lo que yo haga.

—Perdona si te he molestado...

—No... no, en absoluto. Tú no tienes la culpa. Lo que ocurre es que mantenemos una relación... un tanto distante.

—¿Qué quieres decir?

En aquel momento, un fuerte griterío proveniente del exterior hizo que los músicos dejasen de tocar. La multitud corrió hacia las salidas, agolpándose en las barandillas.

—Eso debe de ser que Paulino ha llegado. Vamos a verlo —dijo Aurelio, y pegó un fuerte tirón del brazo de Paloma, haciendo que casi se tropezara.

Consiguieron hacerse un hueco y vieron a Paulino saludando desde la pasarela. En su rostro se reflejaban claramente las huellas del combate. El público comenzó a aplaudir y a gritar: «¡Campeón! ¡Campeón!». Delante de Paulino, abriéndole paso, iban los dos gorilas que guardaban las puertas del vestuario. Tras él, Joaquín Gasa y el resto de la comitiva. Alguien tendió al boxeador un pedazo de papel y una pluma, solicitándole un autógrafo, a lo que este accedió con amabilidad. Fue la señal de salida para que todo el mundo quisiese tener la firma del boxeador. Servilletas, tarjetas de visita, fotos de la familia, cualquier cosa valía. Los gorilas se veían incapaces de contener a tanta gente. Aurelio y Paloma se apartaron del tumulto. Lo mismo hizo Gasa, quien, dando un rodeo, se alejó hacia los salones, dejando a Paulino con su gloria. Aurelio lo siguió con la mirada.

—Me vas a tener que disculpar —dijo, dirigiéndose a Paloma—. Es uno de esos asuntos importantes de los que te he hablado. Será solo un momento. En cuanto termine, iré a buscarte.

Paloma sabía que el asunto en cuestión le había surgido aquella misma noche. Sin embargo, no dijo nada.

—¡Mira! Ahí está Marce. Quédate con él.

Aurelio se marchó, siguiendo la estela de Joaquín Gasa. Marce se acercó a Paloma.

—No se lo tengas en cuenta, querida. Aurelio es así. Habiendo negocio de por medio, o posibilidades de haberlo, no se casa con nadie. Ven conmigo, te vendrá bien una copa.

Se llevó a Paloma hasta una esquina de la barra, desde la que hizo una seña a un camarero que conocía.

—Dos *gin fizz*, Gerardo, el de la señorita poco cargado, que no es cosa de que se nos pille una melopea en su primera salida.

Gerardo asintió con la cabeza y dirigió una cálida sonrisa a Paloma.

—Se pirra por el cine y es muy buen mozo. Lástima que tartamudee un poco. Ha hecho de extra un par de veces; de camarero, claro. No da para más.

Mientras tanto, Aurelio se las había arreglado para seguir a Gasa hasta la planta superior. Allí otra pequeña barra atendía únicamente a los clientes importantes. En cuanto se percató de la presencia de Aurelio, acudió a saludarlo.

—Me alegro mucho de que se haya decidido a venir.

—Y no me arrepiento, está resultando una fiesta estupenda. Y ahora, con la llegada de Paulino, la gente está enfervorizada.

—Me ha costado convencerlo, no crea. El pobre muchacho ha quedado hecho polvo, así es que con que solo se quede unos minutos, ya será de agradecer. Por cierto, ¿le apetece tomar algo?

Pidieron unos combinados y Gasa hizo una seña a Aurelio para que se alejasen un poco del resto del grupo.

—Como le dije antes, tengo amigos en Barcelona que me han hablado de usted. Según parece, le interesa el cine.

—Así es. Es una afición que me viene de largo. Aunque para actor no valgo, eso salta a la vista.

—Hay otras formas de estar presente en el cine. Desde luego, es el negocio del futuro. Se necesita gente emprendedora que esté dispuesta a darle un buen empujón en España. Con el sonoro, las producciones resultan mucho más costosas, pero también se incrementan las posibilidades de beneficio.

—César..., quiero decir Clarito, me ha dicho que se dedica usted al espectáculo. No como artista, por supuesto.

Gasa rio ante la broma de Aurelio.

—Al espectáculo en el sentido más amplio de la palabra. Deporte, circo, teatro... No me gusta encasillarme.

—¿Y el cine?

—No lo descarto, aunque de momento prefiero mantenerme al margen. Tengo demasiados proyectos entre manos. Montar este combate ha supuesto todo un desafío. En Barcelona hubiera sido distinto, más fácil. Es mi ciudad y la conozco bien. Supongo que a usted le pasará algo parecido aunque a la inversa: en Madrid le resultará todo mucho más fácil.

—No se lo voy a negar. Pero usted y yo sabemos que, hoy por hoy, la industria cinematográfica tiene más pujanza en Barcelona.

—Así es. Y, como catalán, me siento orgulloso de ello. Lo cual no quiere decir que piense, como hacen algunos, que debemos cerrarnos a las aportaciones que puedan hacerse desde otros puntos de España.

—Me parece la postura más lógica e inteligente.

—Gracias. —Gasa aceptó la adulación de Aurelio con una irónica sonrisa—. Al fin y al cabo, el espectáculo, sea cine, teatro o deporte, debe estar por encima de todo. Incluso de nosotros. El espectáculo es del público, nosotros solo somos sus administradores. Y debemos ayudarnos.

—Si está en mi mano hacer algo por usted...

—Hace unas semanas, cuando estaba preparando la pelea, me hubiera venido bien tener a mi lado una persona como usted. Ahora mismo no necesito nada, aunque le agradezco el ofrecimiento. Soy yo, en cambio, el que puede ayudarlo. Conozco a mucha gente en Barcelona.

Aurelio se quedó un tanto sorprendido por la oferta. Gasa continuó hablando:

—Se preguntará usted por qué me ofrezco a ayudarlo cuando, al mismo tiempo, le digo que el cine no entra dentro de mis planes, de momento.

—Usted lo ha dicho —replicó Aurelio, algo confuso—. Me va a perdonar, pero nadie da algo a cambio de nada.

—Y yo menos que nadie, créame. En los años que llevo en este negocio, y ya son bastantes, mi filosofía ha sido siempre la del «hoy por ti y mañana por mí». Hoy no necesito nada, es a usted al que le vendría muy bien mi ayuda. Mañana..., quién sabe.

—Entiendo. Es algo así como una inversión a futuro.

—No solo eso, mi querido amigo. Es mucho mejor. Va usted a deberme un favor. Y puede que me lo devuelva usted mismo. También es posible que exista una tercera persona que esté en deuda con usted y de la que yo necesite algo. ¿Me va comprendiendo ahora?

—Creo que sí —reflexionó Aurelio—. Lo que usted me propone es formar una especie de... red de influencias.

—No exactamente. Esa red ya existe. Le estoy invitando a formar parte de ella. Habrá ocasiones, como en un futuro cercano, en las que usted sea el deudor. Otras, en las que sea al contrario. En esa red, todos miramos por el beneficio de los demás, ya que, al fin y a la postre, repercute en el beneficio propio.

—Sí... Suena bien. ¿Y qué ocurre cuando, supongamos, alguno de los miembros de esa red tiene un saldo acreedor excesivo? Es decir, que le deban muchos favores.

Aurelio era consciente de que con su tío en la oposición tenía acceso a unos resortes de poder importantes, pero limitados. Si, como muchos estaban convencidos, Alejandro Lerroux pasaba a formar gobierno, los resortes se multiplicarían por diez y todo el mundo querría utilizarlos.

—En tal caso, como es lógico, esa persona tendría todo el derecho a reclamar una compensación de otro tipo.

—Entiendo.

—Entonces, no se hable más. En nuestra red, todo se sella con un simple apretón de manos. —Joaquín Gasa tendió la suya.

Aurelio lo pensó por un instante. Después, la estrechó con fuerza.

—Por el beneficio mutuo. —Levantó su copa.

—Y el de todos. —Gasa brindó con la suya.

Aurelio regresó, pasado un buen rato, a la planta inferior. La fiesta se encontraba en todo su apogeo. Una larga fila de hombres y mujeres serpenteaba por los jardines, bailando la conga. Sonrió, satisfecho por la entrevista que acababa de mantener, y se acercó a la barra para pedir una copa. Ya buscaría a sus amigos más tarde.

Cuando el automóvil de Ramón se detuvo junto a la verja de la Venta del Curro pasaban unos minutos de las seis de la mañana. Paloma miró hacia la casa, por si había alguna luz encendida, y respiró aliviada al comprobar que no era así.

—Parece que tu tío se ha ido a la cama y estará en el séptimo cielo —dijo Ramón—. Ves como yo llevaba razón. No tenías que preocuparte tanto por la hora.

—Mejor que sea así —reconoció Paloma—. Si me ve llegar tan tarde...

—Alguna vez tenía que ser —intervino Isabel—. La noche está para vivirla. Y no has podido elegir mejor noche que esta.

—Eso es verdad. Lo he pasado muy bien y os estoy muy agradecida. Por todo: por invitarme, por venirme a buscar, traerme a estas horas... No sé cómo daros las gracias.

—No se merecen. Lo que se suele decir en estas ocasiones es «hasta la próxima». ¡Y que sea pronto!

Paloma rio la broma. Besó a Isabel y salió del coche. Los despidió con la mano mientras abría la cancela y atravesó el jardín hacia la puerta de la casa. Se detuvo frente a ella unos momentos, hasta que el ruido del motor dejó de oírse. Si hubiera mirado hacia arriba, habría descubierto a su tío camuflado entre las sombras del balcón.

Madrid, Venta del Curro.
Sábado, 20 de mayo de 1933

El jardín de la venta volvía a estar lleno. El verano parecía haberse adelantado y a la caída de la tarde eran muchos los que se habían acercado a tomar algo, aprovechando la suave temperatura.

Todo estaba como siempre. Como lo recordaba Paloma en los años que llevaba junto a su tío. Se ajustó el mandil y respiró el aire fresco con olor a tierra mojada que tanto le gustaba. Esa noche, su tío y ella tenían que arreglárselas solos para servir las mesas. Miguel hijo seguía trabajando en la imprenta. Les había prometido que ayudaría con la terraza, como en años anteriores, y así sacar un dinero extra, pero en el último momento había puesto una disculpa tonta y no se había presentado. «Ya iría el sábado siguiente.» A Paloma le sorprendió que ni siquiera por verla a ella, Miguel fuese capaz de olvidar otros compromisos. No dejó de dolerle en su amor propio.

El sonido metálico de los tejos del juego de la rana le resultaba tan familiar que ya casi ni lo oía. Echó un vistazo a las mesas desde el umbral de la taberna. Todos los clientes estaban servidos y no había vasos vacíos. Eran gente sencilla; muy diferente de los invitados a la fiesta del sábado anterior. ¿Acaso no estaría picando demasiado alto? Su lugar era la venta. Ella era como aquellas personas, se decía, intentando convencerse a sí misma. Pero existía otro mundo más allá de la venta y había tenido la suerte de conocerlo. Ya no podía quitárselo de la cabeza.

La sorpresa de la noche la había protagonizado Amadeo, el cartero, que había acudido acompañado de Adela, su mujer, y del pequeño que llevaba su mismo nombre. Ella era bajita y algo metida en carnes. Cada vez que hablaba se ponía un poco colorada. Amadeíto, como lo llamaban sus padres, haciendo que Paloma se compadeciese del pobre niño, tenía ya año y medio. Se había convertido en un auténtico terremoto que no paraba quieto ni un momento.

Había recorrido varias veces las mesas, siendo obsequiado con aceitunas y patatas fritas. Su madre lo reprendía, recordándole que ya había cenado, pero había desistido de perseguirlo por el jardín. Se contentaba con no perderlo de vista. Don Melquíades reía a mandíbula batiente con cada travesura del pequeñín. No ocultaba que le gustaban los niños.

—Espero que mis hijos sean capaces de hacerme abuelo algún día —decía con cierta pesadumbre.

Al que no le gustaba demasiado que fuera a palparle la pernera vacía del pantalón era al cojo Crescencio. Con una sonrisa forzada, apartaba sus manitas manchadas de patatas fritas. Pero la curiosidad del niño era más fuerte y, al poco tiempo, lo volvía a intentar.

—¡Amadeíto, estate quieto! No molestes al señor —le reprendía su madre a cada momento.

Curro se acercó a la mesa, tomándose un breve descanso.

—Se ve que es travieso el niño —dijo al llegar—. ¿A cuál de los dos ha salido?

—Mi madre dice que yo era igual de pequeño —respondió Amadeo—, pero creo que es porque a este solo lo ve de visita y se porta bien.

—A tu madre, en cuanto el niño empieza a dar guerra, se le olvida que es su nieto —corrigió Adela, provocando la risa maliciosa de Crescencio.

—No te rías, Cojo, que tú también tuviste suegra —le reprendió don Melquíades.

—Por eso me río, porque la tuve.

—Y por la estafeta, ¿qué tal? —se interesó Curro, cambiando de tema.

—Pues... qué quiere que le diga. Trabajo no falta y, mal que bien, va saliendo. Aunque lo de ir todo el día con la cartera auestas... Dicen que dentro de poco van a salir plazas para inspector. Me gustaría presentarme, pero no estoy afiliado a ningún sindicato y ya se sabe...

—¿Qué es lo que se sabe? —se interesó don Melquíades.

—Yo se lo llevo diciendo desde hace más de un año: que te tienes que hacer de la UGT, que te tienes que afiliar... Pues como el que oye llover. ¡Ni caso me hace!

A todos les sorprendió la explosión de Adela, especialmente a su marido, que se quedó con la boca abierta. Ella se puso como la grana y se levantó de repente para dar un cachete al niño, cuando le iba a echar mano otra vez al pantalón de Crescencio. Amadeíto se alejó refunfuñando hacía las otras mesas, en busca de patatas y aceitunas.

—Todos los ascensos deben contar con el visto bueno de los representantes de los sindicatos —explicó Amadeo—. Si no eres de su cuerda, lo tienes jodido. Ayer pedí los papeles para afiliarme, pero siempre los habrá con más antigüedad que yo.

—O sea, que no importa si vales o no vales. Solo es cuestión de tener o no tener carnet —concluyó Melquíades con gesto asqueado.

—¿Y qué más da si es así? —saltó Crescencio—. Antes no te quejabas tanto, cuando los ascensos dependían de si se era sobrino de un *militarote* o si se iba mucho a misa.

—Pues si es como tú dices, es que nada ha cambiado. Mucha república y mucha leche y al final todo se queda en un «quítate tú *pa* ponerme yo».

—¡Anda, claro! ¿Tú qué te habías creído, que a nosotros no nos iba a tocar nunca?

—¿Y quiénes sois vosotros, si puede saberse?

—Yo te lo voy a decir: los obreros, los campesinos, los pobres... ¡El proletariado!

—¡Caramba, Crescencio! No te hacía yo tan de izquierdas —rio Curro.

—¿Este? Se ve que no lo conoces bien. Es un bolchevique de tomo y lomo. Tiene su alma vendida a Rusia, te lo digo yo.

—Aquí los únicos vendidos sois los monárquicos de derechas, que estáis cabreados desde que se os ha acabado el chollo.

Adela, que no estaba acostumbrada a las discusiones entre los dos amigos, los miraba espantada.

—No pasa nada, mujer —la tranquilizó su marido—. Estos dos se pasan la vida así. Cuando no están regañando, se ponen tristes.

Curro hizo intención de marcharse a atender a unos clientes que acababan de llegar, pero Paloma se adelantó y le hizo una seña para que siguiese charlando con sus amigos.

—Volviendo al tema de los sindicatos. ¿No será que les están dando demasiado poder?

—O que ellos se lo están cogiendo —apuntó don Melquíades.

—Es que si tuviesen que esperar a que se lo diesen los patronos como tú...

—Correos es un servicio público y también tenemos sindicatos. A mí me parece bien porque defienden nuestros intereses. Aunque luego hay otras cosas que no me gustan tanto.

—¿Y cuáles son esas cosas? —insistió Curro.

—Pues siempre estamos de asambleas, si no es por una cosa es por otra. Amenazas de huelga cada dos por tres... No sé, yo creo que no hay para tanto. A veces tengo la impresión de que lo que quieren es estar de sobresalto permanente.

—Dígamelo usted a mí, joven, dígamelo a mí —se quejó don Melquíades—. En el horno tengo doce empleados. Yo, que soy el patrón, como dice el Cojo, conozco bien su trabajo porque empecé como ellos. Bien sabe Dios que no les exijo trabajar ni la mitad de duro de lo que yo lo hice. ¡Y los trato mejor de lo que a mí me trataban! Tienen su salario puntualmente y es de los más altos que se pagan en el gremio —aseguró, levantando el dedo índice—. Si alguno se pone malo y no puede ir durante unos días, no seré yo el que le quite ni un duro del jornal. Pues, con todo y con eso, ya me han amenazado con hacerme huelga un par de veces. Y todo porque hay un par de ellos sindicalistas y les están sorbiendo la sesera a los demás.

—Pon a trabajar en el horno a tus hijos y así sabrás si las quejas son fundadas o no —sugirió Crescencio con sorna.

—El pequeño es el único que muestra un poco más de interés —continuó don Melquíades, sin hacer caso de la provocación—. Pero solo tiene catorce años. De momento que estudie y luego ya veremos. Los otros dos no quieren ni oír hablar de mancharse las manos de harina. Y a mí no me parece mal, siempre que hagan otra cosa. Para mantener vagos no estoy. Jaime, que es el mayor, está estudiando para abogado, y a Segundo le ha dado por la medicina. Empieza después del verano.

—Solo a ti se te podía ocurrir poner Segundo al segundo. Ni que se hubieran acabado los nombres.

—Era el nombre de su abuelo materno y le dio por morirse dos días antes de nacer la criatura. No quedó otro remedio. Y, desde luego, mejor nombre que Crescencio ya es. A mí Crescencio me suena como cuando estás pisando una cucaracha: Creshh... —Giró un pie en el suelo como si estuviera aplastando al insecto.

Adela no pudo reprimir una risita.

—Mientras se dediquen a estudiar y aprovechen la oportunidad que les estás dando, la cosa irá bien. Ya nos hubiera gustado a los de nuestra generación tener tantas facilidades. Y más que tendrá Amadeo cuando crezca —dijo Curro, señalando al niño, que se había arrodillado y jugaba con la arena.

—También en la universidad baja el río revuelto. Cualquier lugar es

bueno para hacer política en estos tiempos que corren. Y ya se sabe que la política deja poco tiempo para todo lo demás.

—¿Y de qué pie cojean tus hijos? —preguntó Crescencio maliciosamente—. Porque del mío no será. Anda que no tendría gracia la cosa: los herederos del magnate del barrio levantando el puño. ¡Para morirse de risa!

—Ya te gustaría a ti verlo, pero no, me parece que no te van a dar ese gusto. Jaime anda metido en reuniones políticas que organiza un catedrático de la facultad. Lo he sabido no por él, sino por su hermano Segundo, que lo ha acompañado en alguna ocasión. Hablan de España y los españoles, de sus valores...

—Entonces, es que se te han hecho fascistas —aventuró Crescencio—. Estarás contento.

—¡Hay que ver lo fácil que os sale lo de «fascistas»! —protestó airadamente don Melquíades—. Todo el que no está con vosotros resulta que es fascista. Pues que sepas que, fascistas o no, no me hace ninguna gracia que pierdan el tiempo en política.

—Estoy de acuerdo contigo —intervino Curro—. Lo que tienen que hacer es estudiar. Yo a Paloma —se giró, para asegurarse de que su sobrina no podía escucharle— he procurado darle la mejor educación posible. Aunque sea mujer, si un día dijese que quiere ir a la universidad, por mí no quedaría mientras pudiese permitírmelo. Y llegado el caso, lo que menos me gustaría sería que se metiese en politikeos.

—Pues me va usted a perdonar, pero más vale que vaya haciéndose a la idea —dijo Amadeo—. Ahora parece que todo el mundo tenga que tomar partido. Si no por los unos, tiene que ser por los otros. Y los jóvenes son los que peor lo llevan. Cada mochuelo intenta atraerlos a su nido; o sea, a su ideología. Lo veo en la estafeta, cada vez que llega uno nuevo, recién salido del cascarón, le saltan encima como buitres. ¿Había dicho mochuelos? Pues no, se parecen más a los buitres.

—Desde luego, hablando así, ni sueñes con la plaza de inspector —le recriminó su mujer.

Amadeo se encogió de hombros por toda réplica. El resto prefirió hacer como que no lo había oído.

—¡Caramba! Ahora que Amadeo ha mencionado a los más jóvenes, me ha venido a la cabeza. Si no recuerdo mal, el pequeño tuyo...

—Pablo.

—Eso, Pablo. ¿No lo llevabas a un colegio de curas?

La pregunta de Crescencio no era en absoluto inocente. Apenas tres días antes se había aprobado en las Cortes la Ley de Congregaciones Religiosas que, entre otras cosas, prohibía a los curas dedicarse a la enseñanza.

—Estás en lo cierto, amigo mío —reconoció don Melquíades, haciendo de tripas corazón—. El señor Azaña y sus secuaces no tenían otra cosa mejor que hacer que cerrar colegios. ¡Como si sobraran! ¡Y la gente qué dice? Pues o se alegran como tú, que nunca has sabido hacer la «o» con un canuto, o sencillamente les da igual. Los españoles somos así. Si preguntas a cualquiera de tus clientes —dijo, dirigiéndose a Curro y señalando el resto de las mesas—, te dirán que están más preocupados por conseguir una entrada para la corrida del próximo jueves.

—¡Toma! ¿Y quién no? —ironizó Crescencio—. Yo porque no tengo dinero ni para una de andanada.

—¿Lo veis? ¡Así va el país!

—Lo cierto es que nos ha venido bien para que se decidiesen de una vez por todas a adecentar los alrededores de la plaza —apuntó Curro—. Llevan varios días trabajando sin parar.

—Sí, parece que ahora la cosa va en serio —apuntó Amadeo—. Recuerdo que los conocí a ustedes el día que la inauguraban, va para dos años, y desde entonces no habían hecho nada.

—Pues yo todavía no tengo decidido si iré o no a la corrida —dijo don Melquíades, que también prefería hablar de algo que no le avinagrara en el estómago el vino que se estaba tomando—. Esta vez, me da la nariz que va a ser buena.

—No nos vengas con gaitas, Panadero. Lo que tú quieres es ver a esas gachís europeas, como todo el mundo.

—A nosotros dos se nos ha pasado ya la edad de esas cosas, Cojo. Pero precisamente creo que será buena porque los toreros querrán quedar bien delante de las señoritas *misses*.

—Pues lo mismo llevas razón —rio Curro—, no se me había ocurrido.

—Dicen que son las más guapas de sus países. Las han seleccionado entre muchos miles de bellezas. ¿Os imagináis poder verlas a todas juntas? —dijo Amadeo con excesiva vehemencia.

—¡Unas frescas! Eso es lo que son —sentenció Adela—. Espero que no se te ocurra decir que quieres ir.

—No, claro... Si ya sabes que a mí los toros...

—Lo que hace falta es que se decidan de una vez a pasar la temporada a

la plaza nueva y no se quede la cosa en dar alguna corrida suelta: que si ahora la de las *misses*, que si el mes que viene la de la prensa... —reflexionó don Melquíades—. No sé por qué tardan tanto, si dijeron que la construían para derribar la otra.

—¿Y tú qué interés tienes en que la derriben? —preguntó Curro.

—En que derriben la antigua, ninguno. Pero si se celebrasen aquí una o dos corridas por semana, el barrio lo notaría. Arreglarían las calles, vendría más gente... Tú también tendrías que estar deseándolo, la venta tendría nuevos clientes.

Curro no respondió. Aunque lo había pensado muchas veces, no estaba seguro de si quería que por fin se produjese la mudanza. La llegada de Paloma había dado al traste con los planes que habían hecho Encarna y él años atrás.

—Por una vez estoy de acuerdo contigo —admitió Crescencio—, para que luego digas. Lo tengo hablado con la mujer: los días de corrida voy a poner un puestecito en la explanada de la plaza. Me he informado y, por ser mutilado de guerra y vivir cerca, no tendré problemas para que me den el permiso.

—¿Tú? —se espantó don Melquíades—. ¿Quieres decir que vas a trabajar? ¡Eso tengo que verlo yo!

Crescencio le dirigió una mirada de desprecio y continuó:

—Venderé pipas, altramuces, tabaco... y lo que se tercie. No me haré tan rico como otros, pero tampoco tendré que explotar a nadie.

—La que se va a alegrar es tu mujer, que ya no tendrá que mantenerte —ironizó don Melquíades—. Eso se merece una ronda, yo invito. Curro, si no te molesta...

—¡Qué me va a molestar! Para eso estamos.

Curro se levantó para servir el encargo, pero al echar una mirada hacia la entrada del jardín se detuvo en seco y se puso muy pálido. Los demás volvieron las cabezas, buscando el motivo de tan brusca reacción. Se encontraron con Machaco, que, parado y con los brazos en jarras, sonreía satisfecho al comprobar el efecto causado. Los ocupantes de otras mesas también se percataron de su presencia y durante unos segundos se hizo el silencio en el jardín de la venta. Llevaba una camisa gris, remangada hasta muy arriba del brazo. El paso por la cárcel le había dejado más delgado, pero se notaba que había aprovechado para hacer ejercicio y ahora mostraba orgulloso su potente musculatura. Poco a poco, los clientes reanudaron las

conversaciones y todo pareció volver a la normalidad. Machaco, sin dejar de sonreír, se sentó en una mesa que había quedado vacía y dio un par de fuertes palmadas.

Paloma se encontraba en el interior de la venta y apareció con rapidez al oír la llamada. Cuando vio de quién se trataba, buscó a su tío con la mirada y este le hizo un gesto para que atendiera a sus amigos, mientras él se dirigía al encuentro de Machaco.

—¡Caramba, Machaco, qué sorpresa! Ya pensábamos que te habías mudado de barrio. ¿Qué va a ser?

—Pues sí... He estado fuera unos meses. De... vacaciones. A la sombra. Creo que ya lo sabías, ¿o... no?

—No tenía ni idea.

—Pues sí, parece ser que alguien se fue de la lengua. Alguien que me conoce y sabe dónde vivo.

—Eso no es ningún secreto.

—No. Llevas razón. Mucha gente me conoce. Pero los guardias se pasaron un buen rato poniendo la casa patas arriba hasta que encontraron lo que buscaban. Parecía como si ese alguien les hubiera dado instrucciones precisas.

—No sé qué decir. —Curro se encogió de hombros.

—¿Seguro que no sabes quién me envió a los guardias?

—Ya te he dicho que no sabía nada del asunto.

—Pues es una lástima. Al principio, estaba decidido a encontrar al culpable nada más salir de la trena y ajustarle las cuentas. Después, viendo en la que se metieron mis compañeros durante mi ausencia, casi me alegro de haber estado a buen recaudo. Si no, seguramente ahora estaría como ellos, que tienen para bastantes años. Así es que decidí que en lugar de buscar al culpable y abrirle la cabeza, sería mejor... venir a darle las gracias.

—Pues... espero que lo encuentres.

—Lo mismo ya lo he encontrado. De momento, y para celebrar que estoy fuera, sería un detalle por tu parte que me invitases a tomar algo.

—Faltaría más ¿Qué te apetece?

—Vino.

—Sea.

—Una botella y un vaso —continuó Machaco—. Pero no del que están tomando todos estos. —Señaló despectivamente a la concurrencia—. De ese que tú tienes guardado, ya me entiendes.

Curro se lo quedó mirando durante unos segundos y después se limitó a asentir con la cabeza y se dirigió a cumplir con el encargo. Con una mirada, tranquilizó a sus amigos, que habían observado inquietos su encuentro con Machaco. En el interior de la taberna, Miguel lo esperaba con su «quitamanías» en la mano; «por si acaso, nada más», se disculpó.

—Solo quiere tomar algo. No hay por qué preocuparse —dijo Curro muy serio.

—¿Seguro?

—Dame una botella de rioja, anda.

—¿La va a pagar? —preguntó Paloma malhumorada, mientras terminaba de preparar la invitación de don Melquíades.

—Eso qué más da —respondió Curro, queriendo quitarle importancia.

—¡Pues sí que estamos bien! —dijo media vuelta y se marchó con la bandeja llena de vasos.

Miguel, que conocía bien a Curro, tampoco las tenía todas consigo.

—Si se acostumbra a beber sin pagar, lo tendremos aquí a diario. ¡Y encima vino del bueno! Si le enseño el «quitamanías» ya verás cómo afloja la guita.

—Déjalo estar, Miguel. Le he dicho que esta vez invitaba la casa. Acaba de salir de la cárcel.

A regañadientes, Miguel dejó el bastón en su lugar, bajo la barra. Curro descorchó la botella y cogió uno de los vasos que se alineaban boca abajo, sobre el mármol. Preparó un platillo de aceitunas y lo puso todo en una bandeja, sin levantar la vista para no tener que enfrentarse a la mirada de reproche que le dirigía Miguel. Respiró hondo y salió al jardín.

—Parece bueno. ¿Seguro que es el mejor que tienes? —preguntó Machaco, examinando la botella, mientras Curro depositaba sobre la mesa el vaso y las aceitunas.

—El mejor de la casa.

Machaco se lo quedó mirando y, después de unos momentos, llenó el vaso hasta los bordes. Se lo bebió de un trago y, al terminar, chascó la lengua.

—Sí..., no está mal. No se puede esperar más en un sitio como este. ¿Sabes? Me gusta más tu otro negocio. Es más refinado, tiene... clase. Van muchos señoritos meapilas y ellos siempre van a sitios buenos. ¡Y qué hembras!

—¡Tómate el vino y lárgate! —explotó Curro, sin poder contenerse.

—¡Pero, Curro! ¿Qué modales son esos? Yo creía que éramos amigos...

—No sé qué quieres de mí, Machaco, pero déjame que te diga que no me vas a sacar más que ese vino y gracias.

Machaco se echó a un lado para observar unas mesas que le tapaba Curro. Paloma estaba sirviendo una de ellas. Curro se giró para seguir su mirada.

—¡Déjala en paz, Machaco, te lo advierto!

Haciendo caso omiso, dio unas palmadas para llamar su atención. Paloma se acercó con cara de pocos amigos. Machaco se sirvió otro vaso de vino y lo trasegó como el primero.

—Así que tú eres la sobrina de Curro. Le acabo de pedir a tu tío que nos presente.

—Me llamo Paloma —respondió con brusquedad—. Así que ya estamos presentados. ¡Hala, a otra cosa! —Cogió a su tío por el brazo y tiró de él para alejarlo de la mesa.

—Le estaba diciendo que hace mal en tenerte aquí trabajando, por unos pocos duros. Con lo bien que te podría ir en su otro negocio.

Paloma no hizo caso, en principio. Al ver que Curro se ponía rígido y se le encendía la cara, preguntó:

—¿De qué negocio habla este chalado, tío?

—De ninguno. Él sabrá. Anda, vámonos. —Ahora fue Curro el que tiró de su sobrina.

—¡Vaya! No puedo creerme que no se lo hayas contado. Pero si ya es una mujer. Paloma, pregúntale por Madame Giselle —gritó, mientras se alejaban—, aunque es probable que tú la conozcas por Encarna. Dile que quieres ser una de sus chicas.

—Tío Curro, ¿qué está diciendo de Encarna?

—Vamos, ya te lo explicaré luego —respondió sin dejar de andar hacia la puerta de la taberna.

Cuando se quedó solo, Machaco soltó una risotada, bebió otro vaso de vino y se levantó para marcharse. No había dado ni dos pasos cuando lo pensó mejor y regresó a por la botella. Salió de la venta empujando el codo.

12

Madrid.
Jueves, 25 de mayo de 1933.

La llamada de Clarito sorprendió a Aurelio cuando se estaba afeitando. Le extrañó lo temprano de la hora y también que preguntase por él y no por su tío. La criada que le había llevado el recado aseguró que en ningún momento le había dicho que quisiera hablar con don Alejandro. Aurelio se secó la cara y bajó al despacho para atender el teléfono. Al otro lado de la línea le saludó la inconfundible voz del cronista taurino.

—Perdona que te moleste tan temprano.

—Estás perdonado. ¿Es que ocurre algo?

—Estate tranquilo, no llamo por nada grave. Es solo que tengo un pequeño problema y quizá tú puedas ayudarme.

—Si está en mi mano.

—En realidad, el problema no es mío..., al menos directamente. Pero prefiero explicártelo cara a cara. ¿Podemos vernos dentro de media hora?

—Me estaba preparando para ir a trabajar, pero puedo avisar de que llegaré más tarde.

—Te lo agradezco. ¿Te parece bien en la cervecería de Correos? Te pilla a medio camino de la oficina.

—De acuerdo, nos vemos allí.

Aurelio terminó de afeitarse mientras le daba vueltas en la cabeza a la extraña llamada. ¿Qué podría necesitar que él pudiera proporcionarle? A diferencia de otros, que se le acercaban intentando aprovecharse de la posición de su tío y sus influencias, Clarito no necesitaba de ninguna artimaña para tener acceso a don Alejandro. Y además, ¿a qué venía tanta urgencia? Por más que lo pensó, no encontró la explicación, y se sentía ciertamente intrigado. Rechazó el desayuno que le ofreció la criada para no llegar tarde a la cita y solamente aceptó una taza de café que tomó sin sentarse siquiera, camino de la puerta. Desde O'Donnell a la desembocadura

de la calle de Alcalá en la plaza de Cibeles tardó apenas cinco minutos en coche. Cuando irrumpió en la cervecería, Clarito ya lo estaba esperando, sentado en una mesa.

—Cuéntame que es eso que tanto te preocupa, me tienes en ascuas —dijo Aurelio, después de los saludos de rigor.

Clarito llamó al camarero y encargó café y suizos para los dos.

—Me acuerdo que te gustaban de pequeño, pero si quieres otra cosa...

—Me siguen gustando, gracias.

—Pues bien, veo que estás impaciente, y la verdad es que no tenemos mucho tiempo en caso de que decidas ayudarme, así es que iré directo al grano. Se trata de la corrida de las *misses*.

—Es esta tarde, ¿no? Hace unos días pensé en llamarte para que me consiguieras unas entradas, pero se me fue el santo al cielo.

—Eso todavía puede arreglarse, no te preocupes. La cosa es que la corrida la organiza mi buen amigo Eduardo Pagés, como ya te dije. Anteayer se celebró otra en Barcelona, también dedicada a las *misses*. Como te puedes imaginar, todo este tinglado no es más que un buen negocio montado alrededor de catorce señoritas de otros tantos países. Para que te hagas una idea, Eduardo tiene que pagar sus buenas pesetas para que asistan a la corrida. El avisado que lleva ya unos años sacándole el jugo al invento del concurso de Miss Europa es un francés, escritor y periodista, para más señas: Maurice de Waleffe. Un tipo simpático. Te cuento todo esto para ponerte en situación.

El camarero se acercó con los cafés y los bollos. Clarito dejó un duro en la bandeja e hizo ademán de que se quedara con la vuelta.

—Así podremos irnos cuando queramos —comentó, echando mano al suizo—. Pues bien, quien ha puesto las perras para traerse el concurso a Madrid ha sido el diario *Ahora*. El resto de eventos, como la corrida, los negocia Waleffe al mejor postor, aunque tiene que contar con el visto bueno de la dirección del periódico, que también se lleva una parte. Te puedo asegurar que exprime a las chicas al máximo. Ya te he dicho que hace dos días estuvieron en Barcelona. Después, viajaron en tren a Madrid, y ayer, por la tarde, les tocó ir a Aranjuez; parece ser que algunos empresarios de allí quieren promocionar el turismo. Como puedes ver, la agenda es de lo más apretada. Pero... ¿qué quieres? Son jóvenes y tanta disciplina termina por cansarlas. Y aquí es donde empieza el problema.

—No me digas más, se os ha escapado alguna —rio Aurelio con la boca

llena.

—Sí, tú riéte, pero has dado en el clavo. En realidad ha sido peor que eso. No se sabe muy bien cómo, pero una de las chicas, la francesa, se las arregló para entablar conversación con unos de los camareros del Hotel Nacional, donde fueron a alojarse, después de llegar de Aranjuez. Entre que ella conoce algunas palabras de español y el camarero chapurreaba algo de francés, consiguieron entenderse. A ella le habían hablado muy bien de la noche de Madrid y le apetecía divertirse un poco, fuera de programa. Así se lo hizo saber al camarero. Demasiada tentación para un hombre, como podrás imaginar. Con el pretexto de que le dolía la cabeza, la francesita se excusó para no asistir a un baile que habían organizado en los salones del Ritz para homenajear a las *misses*. Después, el camarero la ayudó a escabullirse del hotel, burlando a los guardias de seguridad. Estuvieron en varias salas de fiesta y parece ser que trasegaron de lo lindo. Cuando volvieron al hotel, a las tantas de la mañana, el camarero no tenía muchas ganas de dejar escapar a la presa así como así. Ella le quiso dar con la puerta en las narices, se pusieron a discutir y a él... se le fue la mano. Los guardias llegaron enseguida, alertados por los gritos de la francesita, Jacqueline se llama, pero no pudieron evitar que el muy bestia le partiera el labio de una bofetada.

—¡Una *miss* con el labio partido! Eso no va a caer muy bien cuando se haga público.

—Tú lo has dicho. Se quiere evitar a toda costa que el altercado trascienda. Me avisaron a eso de las seis de la mañana. Ahora mismo vengo del hotel.

—¿Y cómo está la chica?

—No muy bien. Entre el golpe y la resaca, te puedes imaginar.

—¿Podrá ir a la corrida?

—Descartado. Tendría que estar lista para las tres de la tarde. El médico dice que en un par de días y con los cuidados adecuados, la hinchazón del labio desaparecerá. Con un poco de maquillaje quedará bien para el concurso del sábado. Antes no.

—Sigo sin entender qué pinto yo en todo esto.

—Waleffe ha sido quien ha informado a Pagés, y este es el que me ha llamado a mí. Los contratos que firman para los eventos especifican que deben asistir las catorce señoritas, ni una más ni una menos. Si no es así, el organizador del evento puede pedir una reducción del importe acordado. Por ese lado no hay de qué preocuparse, Pagés y Waleffe ya se han puesto de

acuerdo. Los que no se tienen que enterar son los del periódico. Y mucho menos los de los otros periódicos.

—Entiendo. Sería una mala publicidad.

—Y aún les quedan pagos importantes por hacer.

—Pueden decir que está indispuesta. No sé..., una indigestión tal vez.

—Seguramente querrían verla y se descubriría el pastel.

—¿Entonces?

—Lo único que podemos hacer es sustituirla.

—¿Lo dices en serio?

—Ya sé que es una locura, pero ha sido el mismísimo Waleffe el que lo ha propuesto. No sería la primera vez, según nos ha dicho. Hace dos años ya tuvo que sustituir a una chica que se peleó con otra y se llevó unos buenos arañazos en la cara.

Aurelio se lo quedó mirando de hito en hito.

—Déjame que lo adivine. En estos momentos, vuestro problema es encontrar a una chica que pueda dar el pego.

—Vas bien.

—Y tú has pensado que esa chica podría ser...

—Tu amiga Paloma.

—¡De ninguna manera!

—¿Por qué? Es guapa, despierta y habla muy bien francés. Tú mismo me lo dijiste.

—Sí, pero eso no quiere decir que pueda ir por ahí haciéndose pasar por *miss* Francia.

—No sería gratis. Podría sacarse unas pesetas. Tan solo tendría que teñirse el pelo de rubio. Aún tenemos tiempo. —Clarito miró el reloj—. Pero no mucho. Deja al menos que lo decida ella. Solo te pido que me facilites una entrevista.

Aurelio no salía de su asombro. Sin embargo, debía reconocer que la propuesta tenía su gracia. Sin poderlo evitar, se puso a reír a carcajadas, atrayendo las miradas de otros clientes.

—¿Sabes? Llevas razón en que es una locura, pero... ¿qué sería de la vida sin locuras?

—¿Eso quiere decir que aceptas hacerme el favor?

—Acepto intentar encontrar a Paloma y pedirle que hable contigo. Nada más. Yo no voy a presionarla.

—Con eso basta. ¿Dónde podemos encontrarla?

—Entra a clase dentro de veinte minutos. Si nos damos prisa, lo mismo la pillamos en la puerta.

—¿Queda lejos?

—Al lado de la casa de mi tío.

—¿Y a qué esperamos? ¡Arreando!

Madrid, plaza de toros de Las Ventas.
Jueves, 25 de mayo de 1933.

Como en el día de la inauguración, había un lleno hasta la bandera. La plaza estaba engalanada para recibir a las bellezas europeas, y entre el público, aunque mayoritariamente masculino, había más mujeres que en las corridas normales de abono. «Será por curiosidad», aventuraban algunos. «*Pa* ver si se les pega algo», apuntaban los mordaces. «¡Que no! Que es para poder criticarlas después, con conocimiento de causa», sentenciaban los más viejos y conocedores del género femenino. El palco de honor se hallaba instalado en la meseta de toriles. Una escalera, adornada con flores y banderas, ascendía hasta él desde el ruedo. Aurelio y Clarito, en barrera del siete, contemplaban los tendidos repletos de público y cruzaban algunos comentarios nerviosos.

—No sé cómo me he dejado convencer tan fácilmente. Como alguien se dé cuenta del engaño, no va a saber por dónde salir. Y estará sola, sin nadie a quien recurrir —reflexionó Aurelio en voz alta.

—Waleffe no le quitará ojo de encima. Al más mínimo contratiempo, hará como que se siente indispuesta y él la sacará en volandas del atolladero. No hay de qué preocuparse. Y además, a Paloma le ha encantado la idea desde el primer momento. No me esperaba yo que aceptase sin tener que insistir.

—Eso es que está más loca todavía que vosotros. Bueno será que mañana no salgamos todos en los periódicos.

Una estruendosa ovación los avisó de que el desfile iba a dar comienzo. Eran las cuatro y media de la tarde. Por la puerta de toriles aparecieron los alguacilillos, y tras ellos, la primera calesa, ocupada por las *misses* de Alemania e Inglaterra. Iba tirada por un solo caballo, al que conducían dos mozos a pie ataviados al estilo goyesco. En la parte trasera, subidos a un estribo, otros dos mozos portaban carteles con el nombre de cada país.

—Waleffe lo ha arreglado para que salga en la penúltima calesa —informó Clarito—. Será en la que menos se fije la gente porque justo después sale la española cerrando el desfile.

Paloma apareció en la sexta calesa, acompañada por la *miss* de Italia. Sonreía y saludaba al público, al igual que hacían el resto de sus compañeras. Aparentemente, nadie en la plaza se había percatado del engaño. Arreciaron los aplausos y las miradas del público se centraron en la última calesa, en la que iba la española junto a *miss* Rusia.

—El resto de las chicas se tiene que haber dado cuenta de la suplantación —comentó Aurelio, que no paraba de fumar.

—Están bien aleccionadas. Ninguna se irá de la lengua, si sabe lo que le conviene —le tranquilizó.

Cuando Paloma pasó frente a ellos, les guiñó pícaramente un ojo.

—Esa chica tiene lo que hay que tener —exclamó *Clarito*—. ¿Lo ves? No como tú, que te asustas por nada.

Una vez que las calesas hubieron dado la vuelta completa al ruedo, se detuvieron frente al palco que habían construido especialmente para la ocasión y, una a una, las *misses* bajaron de los carruajes y se encaminaron hacia las escaleras. Los silbidos de admiración y los piropos del público masculino las acompañaron hasta que todas estuvieron sentadas en su lugar. Inmediatamente después dio comienzo el paseíllo de los toreros y de un rejoneador portugués. En total, aquella tarde se iban a lidiar ocho toros, los dos primeros a caballo.

Paloma, en el palco, sentía cómo las miradas de muchos miles de personas se concentraban en ella y sus compañeras. Estaba como borracha; el miedo había desaparecido en cuanto salió a la plaza, pero la descarga de adrenalina la mantenía en una nube. Desde el palco podía ver a Aurelio, aunque no se atrevió a saludarlo. A Curro lo había llamado por teléfono para decirle que se había encontrado con su amiga Juani y que no iría a casa hasta más tarde. Ya tendría tiempo de contarle la verdad, cuando tuviese que dar una explicación convincente de su recién estrenada cabellera rubia. Si no lo había hecho antes, por teléfono, no fue por temor a una prohibición, sino por ahorrar tiempo. Desde el incidente con Machaco, el sábado anterior, la relación con su tío era bastante fría. La confesión sobre la casa de citas, motivada por las palabras del matón y confirmada por la propia Encarna a la mañana siguiente, la había pillado por sorpresa. Sin embargo, aunque se empeñaba en aparentar lo contrario, en su fuero interno no se sentía

escandalizada. No sabía si se encontraba más molesta con su tío, por haberle ocultado la verdad, o con ella misma, por no haber sido capaz tan siquiera de concebir alguna sospecha.

En la arena ya está el primero de la tarde. El rejoneador portugués arranca los primeros aplausos del público que no van dirigidos a las *misses*. Algunas de ellas hacen gestos de horror al ver la sangre provocada por rejones y banderillas. Paloma no presta atención. Se limita a sonreír, a gritar cuando oye gritar a las demás y a aplaudir cuando toca.

Encarna no se anduvo por las ramas. Le contó la historia de la relación con su tío de cabo a rabo. Tanto la amorosa como la que concernía al negocio del que ambos eran socios. Curro, mientras tanto, asentía cabizbajo.

—No queríamos que te enterases. Al menos no de esta forma. Habíamos empezado a hablar de vender el piso... y el negocio. Encarna estaba de acuerdo... Iba a venirse a vivir a la venta —intentó disculparse al final del relato.

—Y eso no tiene por qué cambiar —afirmó Encarna—. Con lo que nos den y con lo que se saque de la taberna no nos ha de faltar de nada. Nuestra vida no ha sido un modelo de virtud, ya lo sabemos. Pero de ahora en adelante... Y por favor —apretó la mano de Paloma entre las suyas—, no nos juzgues con severidad. ¿Podrás perdonarnos?

Paloma asintió, pero no dijo nada. Lentamente, retiró la mano y dijo que le apetecía dar un paseo. Cuando volvió, Encarna ya se había marchado. Con su tío, apenas si había cruzado unas pocas palabras desde entonces.

En la barrera del siete, Aurelio, ya más tranquilo, se dedicaba a contemplar las evoluciones del rejoneador y, de tanto en cuanto, volvía la mirada hacia Paloma.

—La verdad es que está muy guapa —comentó.

—¡Y ahora te das cuenta! —exclamó Clarito, dando un respingo.

Para la aludida, la corrida transcurría con una lentitud exasperante. Los toros no le gustaban. Lo sabía desde el día de la inauguración de la plaza. Miró a sus compañeras. Algunas no podían disimular su horror y agachaban la cabeza cada vez que el animal recibía un castigo. Los diestros se empeñaron en brindar la muerte de los toros a las *misses*, rodeando sus breves discursos de piropos, más o menos afortunados. Se sobresaltó en uno de los brindis, cuando, sin darse cuenta, hizo un gesto indicativo de que lo había entendido. Miró inquieta a su alrededor, pero nadie parecía haberse percatado del desliz. Se estaba empezando a poner nerviosa. Buscó a Aurelio, tratando

de tranquilizarse. En la distancia, sus ojos se encontraron. Le hubiera gustado poder agitar la mano y saludarlo.

—Tranquila, ya falta poco. Lo estás haciendo muy bien —susurró Aurelio.

Para Paloma fue casi como si le hubiese oído.

Al final del sexto toro, dos antes de que acabase la corrida, las *misses* recibieron con alivio la orden de abandonar la plaza. Se levantaron, saludaron al público que las despidió con aplausos y se retiraron ordenadamente. Aurelio tiró de Clarito, que se resistía a seguirlo.

—¡Vamos! Tenemos que devolver a Paloma a su casa.

Miró el reloj. Habían pasado dos horas desde el comienzo del festejo.

Madrid, Venta del Curro.
Sábado, 27 de mayo de 1933.

Paloma terminaba de arreglarse en su habitación. La imagen que le devolvía el espejo del tocador la dejó por fin satisfecha. No estaba acostumbrada a maquillarse. Todo lo más, a pintarse los labios. Había descubierto las maravillas de un buen maquillaje hacía tan solo un par de días, cuando la disfrazaron de *miss* Francia. Aurelio y Clarito se habían deshecho en elogios dedicados a su belleza. El señor de Waleffe tampoco escatimó halagos. «Si quieres ser *miss* España en el concurso del año que viene, puedo arreglarlo», llegó a proponerle. Aquel día, pinturas y afeites habían sido aplicados por una profesional; la misma que se cuidaba de la verdadera *miss* Francia. Las habilidades de Paloma frente el espejo eran bastante más limitadas. Aun así, tuvo que reconocer que no se le había dado nada mal. Las pinturas, así como el vestido que iba a ponerse esa noche, habían sido un regalo de Jacqueline, la belleza francesa, como agradecimiento por haberla sustituido.

Paloma miró la hora. Faltaban solo diez minutos para que Aurelio pasase a recogerla. Tenía que darse prisa. No le había dado muchos detalles de los planes para esa noche, pero insistió mucho en que se pusiera aquel vestido, el que había utilizado en la plaza. A ella también le gustaba, así es que le pareció bien la idea. Lo cierto es que le sentaba como si se lo hubiera hecho una modista especialmente para ella. Era color beis, con unos bonitos bordados y una falda con bastante vuelo, aunque un poco corta para su gusto. Intentó estirla, sin mucho éxito, para que le cubriese algo más las pantorrillas. Con parte de las quinientas pesetas que le entregó Waleffe se había comprado unos zapatos a juego. El resto lo tenía guardado en una pequeña caja, escondida detrás de los cajones del armario, donde guardaba sus pertenencias más secretas. A su tío no le había dicho nada de aquel dinero. Tuvo, eso sí, que confesarle el engaño del que había sido

protagonista. Podría haberse inventado cualquier cosa para justificar su repentina decisión de teñirse el pelo, pero prefirió contarle la verdad. Fue una manera de decirle: «¿Lo ves? Yo soy sincera contigo, cosa que tú no has hecho». Curro se quedó muy sorprendido, pero no hizo demasiadas preguntas. A la hora que había llegado Paloma, la venta comenzaba a llenarse de gente y había trabajo por hacer. No había terminado de creerse la historia de las *misses* y la corrida, pero prefirió dejar las cuestiones para otro momento. Cuando, a la mañana siguiente, la reconoció en las fotos de los periódicos, comprendió que la historia era cierta. Subió corriendo las escaleras con el periódico en las manos y gritando: «¡Paloma, que has salido en las fotos!».

—Pues claro, ya te lo había dicho —respondió divertida, arrebatándole el ejemplar de las manos.

—¡Y has salido muy bien!

Para sorpresa de Paloma, la cogió entre los brazos y le dio un fuerte abrazo, al que ella correspondió sin pensarlo.

—¡Nada menos que *miss* Francia! —La contempló unos momentos, con los ojos humedecidos—. Esto tenemos que contárselo a Encarna.

—¡Pero, tío, es un secreto! —protestó.

—No te preocupes, no se lo dirá a nadie. Voy a llamarla por teléfono.

Al poco rato, llegó Encarna, con toda la prensa de la mañana bajo el brazo. Los tres lo pasaron muy bien leyendo las crónicas de la corrida, que Paloma salpicaba con detalles de primera mano.

Podía decirse que habían hecho las paces.

Aprovechó la buena disposición de su tío para pedirle permiso para salir el sábado por la noche. No se lo pudo negar, pero se le torció el gesto cuando le dijo que Aurelio pasaría a recogerla.

Paloma terminó, por fin, de acicalarse. Retrocedió un par de pasos para ver mejor el conjunto y sonrió satisfecha. Salió de la habitación y bajó al salón de la venta. Era temprano y había pocas mesas ocupadas. Su tío estaba en el patio, charlando con unos clientes. Los dos Migueles, padre e hijo, se encontraban frente a frente, apoyados uno a cada lado de la barra y discutiendo sobre algo. Cuando Paloma hizo su aparición, Miguel padre levantó la cabeza y se le abrieron los ojos como platos. El hijo se giró y no pudo contener una exclamación de asombro.

—Hola, Miguel. ¡Cuánto tiempo sin verte! —saludó Paloma, y se acercó a él para darle un par de besos—. Como este invierno no te has dejado caer

por aquí...

Miguel hijo enrojeció hasta las orejas y balbuceó una disculpa. Carraspeó, intentando recuperar la compostura y añadió:

—Te encuentro... No sé... ¿Cambiada?

Miguel padre dio un respingo y se sirvió un vaso de vino.

—Es que ha pasado casi un año desde que no nos vemos.

—Sí, pero... acostumbrado a verte con delantal... Ese vestido te sienta muy bien, estás muy guapa.

Miguel padre levantó el vaso e hizo un gesto de aprobación al último comentario de su hijo. Ahora iba por mejor camino.

—Gracias —aceptó el cumplido con una gran sonrisa—. Tú también estás muy guapo con bigote.

Miguel se pasó el índice por el incipiente mostacho y se volvió a poner colorado.

—¿Vas a salir? —acertó a preguntar.

—Pues sí. Mi tío me dijo que vendrías y que no hacía falta que me quedase a ayudarlo.

—No, claro. Pues... que te diviertas entonces.

—Lo intentaré. Ahora me tengo que ir —se disculpó—. Ya nos veremos otro día. Adiós.

Paloma dio una rápida media vuelta que hizo volar la falda y dejó a Miguel con la boca abierta. Se acercó a la puerta y miró hacia el jardín, con precaución. Si había algo que no le apetecía en aquel momento era encontrarse con Machaco. Respiró aliviada al no descubrirlo entre los escasos ocupantes de las mesas. Sin embargo, sí vio a Aurelio, que acababa de llegar, y estaba saludando a su tío, de pie cerca de la entrada. Se alisó la falda y corrió a su encuentro.

—Veo que ya se ha echado novio —comentó Miguel hijo, observándola desde el umbral.

—Si no me equivoco, novio, lo que se dice novio, no es —respondió el padre a sus espaldas—. Está casado.

—¡Psa! ¿Y qué importa eso? —refunfuñó, volviendo hacia la barra.

Paloma se acercó al recién llegado dedicándole una esplendorosa sonrisa. El saludo de Aurelio fue bastante más frío. Parecía algo cohibido delante Curro, cuyo gesto más que frío era glacial.

—Le estaba pidiendo disculpas a tu tío por no haberle pedido permiso para lo del otro día.

—¡Pero, tío! Si eso ya te lo había explicado yo y creí que había quedado claro. No hubo tiempo para nada. Además, no fue culpa de Aurelio. No fue él quien me lo propuso. Y la única culpable de haber aceptado soy yo —sentenció Paloma, con enfado.

Curro puso cara de circunstancias y dejó entender que daba el tema por zanjado. En realidad, a quien quería cantar las cuarenta era a Aurelio, pero la rápida llegada de su sobrina no se lo había permitido.

—¿Y hoy adónde vais a ir? —preguntó, cambiando de tema de forma un tanto brusca—. Bueno..., si es que puede saberse.

Paloma miró a Aurelio y este respondió azorado:

—Pues verá... Habíamos prometido a Paloma..., unos amigos y yo mismo quiero decir. A Isabel y a Ramón creo que ya los conoce. —Curro asintió, sin cambiar de gesto, y Aurelio prosiguió—: Pues como le iba diciendo, habíamos prometido a Paloma que la llevaríamos a conocer algunos locales de moda en Madrid. Todos con muy buena reputación, por supuesto. Fue la noche del combate de boxeo. Y bueno..., hoy toca cumplir la promesa. Seremos un grupo bastante numeroso, nos lo pasaremos muy bien.

—Supongo que también irá su mujer —se interesó Curro.

—No..., me temo que no. Lo cierto es que no suele salir por las noches, está algo delicada de salud.

—Creo que ya va siendo hora de que nos marchemos —apremió Paloma, dirigiendo una mirada asesina a su tío.

—Sí, será mejor que nos vayamos —confirmó Aurelio, tras consultar el reloj—. Y no se preocupe, se la devolveré sana y salva.

—No, si Paloma no me preocupa, joven. Es una persona adulta y ya sabe lo que se hace.

Paloma le dio un rápido beso y tiró del brazo de Aurelio. Terminó de despedirse, agitando la mano, mientras se alejaban hacia la entrada. El coche estaba aparcado justo a la vuelta. Nada más subirse, Paloma comenzó a despotricar contra su tío.

—¡Habrase visto! No sé qué decir. ¿Cómo ha podido estar tan impertinente?

—No se lo tomes a mal, mujer. —Aurelio encendió un cigarrillo—. Es lógico que se preocupe por ti. Te quiere como a una hija.

—¡Pues a veces preferiría que no me quisiera tanto! Menuda semana llevamos.

—¿Se ha enfadado mucho con lo de hacer de *miss*?

—¡Qué va! Al principio un poco, pero luego yo diría que hasta se sintió orgulloso. La que tiene motivos para estar enfadada soy yo; y no al revés.

—¡Caramba! ¿Y qué es eso tan grave que te ha hecho?

Paloma estaba enrabiada. Sabía que hacía mal contándole a Aurelio lo que había descubierto, pero aun así lo hizo.

—¿Sabes? Hace unos días me he enterado de que la venta no es el único negocio del que vive mi tío Curro. ¡Vaya! Y del que vivo yo también.

Aurelio permaneció unos instantes en silencio y aspiró el humo del cigarrillo.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó.

Paloma lo miró confusa.

—¿Cómo he sabido qué? Aún no te he dicho de lo que se trata.

—¿Te refieres a lo de la casa de citas?

Aurelio conducía despacio y se volvió hacia ella. Paloma se había quedado con la boca abierta. Se sobrepuso después de unos segundos y respondió:

—Sí, a la casa de citas. Está visto que aquí la única idiota que estaba en la luna era yo. ¿Tú desde cuándo lo sabías?

—Hace algún tiempo. Me enteré por pura casualidad. Al operario que aceleró la instalación de la línea de teléfono, por orden mía, le hizo mucha gracia que el teléfono al que quiso llamar tu tío para hacer la primera prueba fuera precisamente el de un lupanar que él mismo conocía bien.

—¡Ya! ¿Y de ahí dedujiste que Curro era su dueño?

—Por supuesto que no. Pero... me picó la curiosidad e hice algunas averiguaciones. No estaba seguro de si tú lo sabías o no, así es que no te dije nada. ¿Qué querías que hiciera?

Paloma meditó la repuesta, pero terminó aceptando la evidencia de que Aurelio no podía hablar del asunto si ella misma no sacaba el tema. Y ahora lo había hecho.

—Bueno..., y dime: ¿qué te parece? Por lo menos tendrás alguna opinión al respecto.

Aurelio apuró el cigarrillo y lo lanzó por la ventanilla abierta.

—Me hizo gracia. No me pareció ni bien ni mal. Simplemente me hizo gracia.

—¿Y puede saberse dónde le encontraste la gracia?

—Supongo que en el hecho de constatar que todos tenemos algo que ocultar. Yo lo tengo, Curro lo tiene, mi tío también se guarda cada una que si

se supiera... —Soltó un carcajada—. Tú misma tendrás algo que no te haría ninguna gracia que los demás nos enterásemos, ¿o no?

—¿Yo? —exclamó incrédula Paloma.

—Sí, tú. Aún eres muy joven, pero pobre de ti si en toda tu vida no eres capaz de romper nunca un plato. Eso tiene que ser muy aburrido.

—Me parece que te estás desviando del tema. Las personas normales no somos santos. De esos ya no quedan. Pero de ahí a ser..., a ser... ¡un chulo! Porque eso es lo que es. Así llama la gente a los que viven de las mujeres.

Aurelio permaneció en silencio.

—Antes me preguntaste cómo me había enterado —prosiguió Paloma—. Eso ha sido lo peor de todo.

—Al menos para tu amor propio, me parece.

—Uno de los tipos más asquerosos de los que van por la venta se regodeó proclamándolo a los cuatro vientos.

—Comprendo...

Aunque Aurelio había conducido bastante despacio, ya estaban llegando al lugar del encuentro. El tráfico era muy intenso en la plaza de Cibeles en dirección a la calle de Alcalá. La fachada del Círculo de Bellas Artes se hallaba engalanada con profusión de banderas y adornos florales. Ante sus puertas se arremolinaba gran cantidad de público y algunos reporteros.

—¡Supongo que no iremos ahí! —exclamó Paloma.

—No, no tengas miedo —rio Aurelio—. Prefiero algo más divertido que presenciar la elección de una *miss*, por muy europea que sea. Además, me he enterado de que habrá bastantes políticos. El presidente de la República ha confirmado su asistencia y, si va él, seguro que arrastra a algunos ministros. No me apetece encontrarme con ninguno. En cambio, Azaña no creo que vaya; no le gustan demasiado estos *saraos*.

Aurelio subió por la calle de Alcalá, dejando a su izquierda el gentío que quería ver de cerca a las bellezas que ya no tardarían mucho en llegar. Las últimas luces de la tarde desaparecían entre los edificios de la Gran Vía. Había mucha animación, las terrazas estaban a reventar y las voces de los vendedores ambulantes, anunciando sus productos, se escuchaban por doquier. Paloma había paseado con su tío por la Gran Vía, la calle de Alcalá y la Puerta del Sol. Una vez, la llevó a visitar el Palacio de Oriente. Siempre había visto aquellos lugares durante el día. Ahora, a la caída de la noche, todo cobraba un nuevo aspecto. El Madrid golfo, el Madrid noctámbulo, comenzaba a aquella hora a salir de sus madrigueras.

—¿Dónde vamos?

—Al Bar Chicote. El mejor sitio para tomarse un cóctel. ¿Lo conoces?

—No te burles ¿Cómo lo voy a conocer? Creo haber leído algo en una revista, pero no me acuerdo bien.

—Pues ahora lo conocerás. Pedro, el dueño, es muy amigo mío. Te lo presentaré.

Aparcaron el coche en una de las calles laterales y no tardaron en llegar al local. Traspasaron las puertas giratorias y Paloma se encontró en un bar muy diferente a los que había conocido hasta entonces. Una suave música ambiente se mezclaba con las risas y el parloteo de los clientes. Como siempre, Paloma intentaba absorber con la mirada toda la información sobre los nuevos lugares que iba conociendo. A la derecha había mesas, pero aún era temprano y solo un par de ellas se encontraban ocupadas. En cambio, la barra estaba a rebosar. Los camareros iban elegantemente vestidos con chaqueta blanca y pajarita negra. En las altas estanterías, que ocupaban gran parte del perímetro del bar, se alineaban innumerables botellas de licores de todo tipo. Señaló hacia un nutrido grupo de brindaba en aquellos momentos, en el que Paloma reconoció a algunos de los amigos de Aurelio que ya le resultaban familiares. Estaban Ramón e Isabel, Mercedes, y también se alegró de ver a Marce entre los presentes. Clarito se acercó a darles la bienvenida. Besó ceremoniosamente la mano de Paloma y la condujo al interior del círculo que se había formado para admirarla. Marce le guiñó un ojo. Había otros a los que no conocía. Todos la observaban sonrientes. Clarito, sin soltarla del brazo, levantó la voz para decir:

—Damas y caballeros, tengo el gran honor de presentarles a... *miss* Europa.

A Paloma le dio un vuelco el corazón y se quedó mirando al cronista con la boca abierta. Inmediatamente, los demás comenzaron a aplaudir. Solo en aquel momento cayó en la cuenta de que aquella fiesta había sido organizada en su honor. Comprendió por fin la insistencia de Aurelio en que se pusiera el vestido que le había regalado la francesa. Y las evasivas con las que respondía a sus preguntas acerca de los planes para esa noche. Querían darle una sorpresa y sin duda lo habían conseguido. Sintió cómo se le encharcaban los ojos por la emoción y casi se asustó ante la idea de ponerse a llorar como una tonta. Respiró hondo y en un instante decidió que lo mejor sería reír con tantas ganas como le fuera posible. No una sonrisa de circunstancias, sino una risa abierta y, al mismo tiempo, que no pareciese forzada. Para su alivio,

comprobó que todos la imitaban y se unían a sus carcajadas. Se volvió hacia Clarito, secándose las lágrimas, y le dijo, apuntándole con el dedo:

—Esta me la vas a pagar. ¡Y tú también! —añadió, señalando a Aurelio.

—Queríamos darte una sorpresa —se disculpó Clarito—. Al principio, pensamos mantenerlo en secreto, me refiero a lo de haber hecho de *miss* por unas horas, pero después no nos pudimos resistir y hemos terminado contándoselo a los amigos. Fue a Marce al que se le ocurrió la idea de preparar esta pequeña fiesta.

Paloma se giró hacia el pequeño cineasta, que se acercó a ella con los brazos abiertos.

—Ya me he enterado de que estuviste estupenda, querida —le dijo tras besarla ruidosamente en las dos mejillas—. Podrías llegar a ser una gran actriz, si te lo propusieras —añadió en voz baja para que solo ella pudiera oírle.

Se separó de Marce para abrazarse a Isabel por un momento. Después vinieron Ramón, Mercedes y el propio Aurelio, que le fue presentando a los que no conocía. Al que no vio por ninguna parte fue a Bernardo, pero, dada la extraña relación que mantenían, no consideró oportuno preguntar por él a Mercedes. Para el final, Aurelio dejó a un individuo alto y calvo, al que acompañaba una guapa señorita, bastante más joven que él, y que la observó con un mal disimulado desdén.

—Te presento al señor Gumersindo Rico. A él no le gusta que lo diga, pero es mi jefe en la Compañía Telefónica. En realidad, es el jefe de todos los que trabajan allí.

—Fuera del trabajo, mis amigos me llaman Gumer —dijo, cogiéndole la mano y llevándosela a los labios—. Y si no me gusta que diga que soy su jefe, es sencillamente porque no es cierto. Aurelio no es más que un maldito espía que nos ha colocado el Gobierno dentro de la compañía.

Paloma rio la broma y después se besó fríamente con la joven acompañante. Aurelio le tiró del brazo, enfrentándola a un individuo de pelo engominado y nariz aguileña que puso en su mano una copa alargada llena de un líquido burbujeante de tonalidad rosácea.

—Un cóctel de champán —dijo sonriente—, especialmente preparado para la mujer más guapa que ha entrado hasta la fecha en mi humilde local.

—Este adulator es Pedro —intervino Aurelio—. Todo el mundo le llama Perico, pero yo me resisto a hacerlo. Tiene el bar siempre lleno porque dice a cada uno de sus clientes aquello que más desea oír.

—¡Chissstt! No vayas por ahí contando mis secretos a voz en grito —le reprendió—. En cualquier caso, eso no se aplica con usted, señorita...

—Paloma... Y muchas gracias por el cóctel, seguro que me gustará.

—Y si no le gusta, le prepararé otro. Usted dígame únicamente si lo prefiere más o menos dulce, más fuerte, seco quizás... Aquí estoy yo para complacerla.

Paloma dio un sorbo a la copa y se le iluminó el rostro, a la par que reconocía que estaba delicioso.

—Pues a partir de ahora, si me lo permite, este combinado pasará a llamarse *Paloma Sweet*, en su honor.

Clarito se unió al grupo en aquel momento y Pedro aprovechó para disculparse e ir a continuar con sus quehaceres, no sin antes obtener la autorización de Paloma para dar su nombre al cóctel.

—Espero que disfrutes de la fiesta; es lo menos que te debíamos después de haberte metido en semejante lío —le confesó el cronista—. Lo pasarás muy bien esta noche; he oído que piensan llevarte a un montón de sitios estupendos.

—¿Es que tú no vas a venir?

—Ya se me ha pasado la edad para ciertas diversiones —admitió Clarito sonriente—. La noche es para los jóvenes.

—Eso es una disculpa tonta. Ni que fueras un viejo. Además, viene también ese tal Gumer, el jefe de Aurelio —dijo Paloma, bajando la voz—. Lo mismo, hasta es mayor que tú.

—Somos más o menos, pero yo me conservo mejor —respondió, también en voz baja—. Sin duda, ha venido porque le hacía gracia conocerte después de que Aurelio le contase lo de la corrida, pero... me parece que espera pasárselo mejor a solas con la señorita que lo acompaña. ¡Ah! Y no es solamente el jefe de Aurelio; en realidad es el director general de la Compañía Telefónica. Un hombre muy influyente.

Paloma lo miró disimuladamente. Estaba muy acaramelado con la joven, ajeno a lo que ocurría a su alrededor. Para sus adentros, se dijo que una chica decente no se dejaría sobar de una forma tan descarada por un hombre que probablemente le doblaba la edad. Y lo hacía allí, delante de todo el mundo, sin que a nadie pareciera importarle un pimiento. Quizá fuese lo normal en aquel ambiente. ¿Estaba ella preparada para aceptarlo? ¿Seguía pesando la educación que había recibido de las monjas? No estaba segura, pero la sola idea de que aquel grupo de personas, en el que deseaba integrarse, pudiera

tildarla de mojigata la intranquilizó. Tenía que liberarse de ciertos prejuicios y se propuso poner todo su empeño en la tarea. Clarito se había separado de ella por un momento, requerido por dos hombres y una mujer que le había presentado Aurelio, pero cuyos nombres no recordaba. Afortunadamente, los demás habían dejado de prestarla atención y charlaban animadamente, degustando los maravillosos néctares que Pedro les iba preparando. Percatándose de que se había quedado sola, Marce se acercó de nuevo.

—Ese vestido te sienta genial, querida. Y te aseguro que no es un cumplido. Dudo mucho que le sentase igual a la gabacha.

—¡Oh, Marce! Sé que lo haces por agradarme, pero la realidad es que no hablarías así si la conocieses. Es... maravillosa.

—¿Y qué si no la conozco en persona? He visto sus fotos. No te llega ni a la altura de los talones, créeme.

Paloma se echó a reír. Marce la miró, aparentemente indignado, y prosiguió:

—Me parece, pequeña, que no te valoras lo suficiente. ¿Te acuerdas hace un momento? Cuando Clarito te ha presentado como *miss* Europa. Has estado a punto de soltar una lagrimita, pero has salido del trance de forma magistral. Muy pocas chicas de tu edad hubieran sido capaces de hacerlo.

Paloma se lo quedó mirando con la boca abierta.

—Pensé que nadie se había dado cuenta...

—¡Pero yo no soy nadie! —exclamó Marce—. Si quieres subestimarte, eres muy libre de hacerlo, pero, por favor, no me subestimes a mí.

—Lo... lo siento —balbuceó Paloma.

—No lo sientas tanto y espabila, querida. Una parte importante de mi trabajo consiste en interpretar las reacciones de las personas, para luego hacer que los actores las reproduzcan delante de una cámara. Y, por si no te has dado cuenta aún, yo nunca hago cumplidos. Si supieras cuántas chicas mendigan impudicamente halagos como los que te he prodigado. Y cuántas se sentirían la mujer más feliz del mundo si les hubiese dedicado la mitad que a ti.

Se quedó mirando a Paloma, con los ojos echando chispas. Inmediatamente, su rostro se dulcificó, mostrando una gran sonrisa. Y como si el rapapolvo que le acaba de echar nunca se hubiera producido, continuó:

—¿Sabes una cosa? Lo de Barcelona marcha viento en popa. Nada más llegar, ya me han salido un par de proyectos. No sé por cuál decidirme. Si pudiera, por los dos, pero no sé yo...

—¡Es verdad! Te hacía en Barcelona. —Paloma agradeció que cambiara de tema—. Me ha sorprendido encontrarte aquí.

—Volví anteayer. Tenía que resolver un asunto urgente, un papeleo tremendamente aburrido. Cómo odio esas cosas, no te lo puedes ni i-ma-ginar. He aprovechado para quedarme el fin de semana y vuelvo para allá el lunes. En cuanto me enteré de tu pequeña proeza, propuse que había que celebrarlo. Y no pienses que me costó trabajo convencerlos.

—Te lo agradezco, no me esperaba una cosa así. Te voy a echar de menos cuando te instales definitivamente y no vuelvas por aquí. Si te va tan bien en Barcelona...

—Nunca se sabe, querida. Otra de las cosas que he hecho durante estos días es dejarme caer por ciertos... lugares. Hacerme el encontradizo con determinadas... personas. La de cosas que hay que hacer para que no se olviden de uno. La verdad es que yo, al principio, no terminaba de creérmelo, pero parece ser que lo de tener unos grandes estudios de cine en Madrid va en serio. No hace ni un año que empezaron las negociaciones y, si todo marcha bien, estarán listos para el otoño. Porque, ¿qué quieres que te diga? Barcelona será muy bonita y muy moderna, con mar, playa y estatua de Colón, pero, hija, ¡donde esté Madrid...!

—Lo que son las cosas —rio Paloma—, lo mismo estás de vuelta antes de navidades. Te lo puedes tomar como un veraneo un poco largo.

—No cantemos victoria, aún es demasiado pronto.

—Entonces... ¿Aurelio?

—¿Qué pasa con Aurelio?

—No hará falta que se marche a Barcelona. Si en Madrid también se va a hacer cine...

—Aurelio ha encontrado buenos amigos allí y va a meterse en algo importante. Hay gente con dinero que lo apoya. Pero no te preocupes, no me veo yo a Aurelio alejándose definitivamente de la fuente de poder.

—¿Su tío? —aventuró Paloma.

—¡Claro! Y más poder que tendrá de aquí a nada, ya lo verás.

—Me ha parecido que hablabais de mí. —Aurelio se acercó, uniéndose a la pareja.

—Le estaba diciendo a Paloma que, aunque fue a propuesta mía, no conozco el programa de festejos que le habéis preparado.

—Pues cuando acabemos con el aperitivo —dijo, levantando su copa y apurándola—, iremos a un sitio que hay muy cerca, aquí a la vuelta, y que

ponen unas gambas que están para chuparse los dedos. Después, ya veremos, pero hemos quedado en reunirnos más tarde con Bernardo. Ha tenido que ir a la elección de la *miss* por motivos... profesionales. Mercedes está que trina —añadió, bajando la voz—. Voy a pedir otra de lo mismo. ¿Me acompañáis?

Paloma se dio cuenta de que su copa estaba vacía. No estaba acostumbrada a beber y la precaución en estos casos era una de las reglas que le habían inculcado en la escuela de señoritas: «Si se bebe, por obligación, en las reuniones sociales, hacerlo con moderación. Una de las peores cosas que le puede pasar a una dama es embriagarse y perder los papeles». Respiró y se sintió bien. Si acaso, un leve mareo que le resultaba agradable. Aceptó con aplomo:

—¿Por qué no? Para mí un *Paloma Sweet*, por favor.

Cuando salieron del Chicote, a eso de las once, Paloma se encontraba eufórica. No había parado de reír desde, más o menos, la mitad del segundo *Paloma Sweet*. Había participado en cada una de las conversaciones, moviéndose de corro en corro, siguiendo a Aurelio, y en todas había encontrado algo inteligente o divertido que decir. Lo notaba en las caras de los que la escuchaban. Ellos reían y ella reía. ¡Lo estaba consiguiendo!

Se dejó llevar hacia la siguiente parada, cogida del brazo de Clarito, que, finalmente, no había podido resistirse a la tentación de unas buenas gambas a la plancha. Los que sí aprovecharon para hacer mutis fueron Gumer y su guapa acompañante.

—Llevabas razón con esos dos —le susurró al oído.

—No era difícil de adivinar. Lo que pasa es que eres demasiado joven para ser capaz de pensar mal; tan mal como yo, quiero decir. Y ya sabes lo que dicen...

—Piensa mal y...

—Acerté.

Llegaron a Casa Cipriano en un santiamén. Estaba casi a espaldas del Chicote, en la calle que todo el mundo conocía como de la Reina, pero que, en aras de la república, el Ayuntamiento había acordado otorgar a Gómez de Baquero. El local era amplio y los camareros consiguieron hacer sitio para todos, juntando unas cuantas mesas. Paloma se sentó entre Marce e Isabel. Pidió una limonada. Se daba cuenta de que no debía beber más, al menos

durante un rato. Las gambas hicieron honor a su fama y las bandejas que iban llegando a la mesa tardaban poco en vaciarse. Aurelio no paraba de hacer chistes, mientras pelaba gambas con habilidad.

—¡No vale hacer reír para que vayamos más lentos! —le reprendió Mercedes.

—No lo dirás por ti. Solo hay que ver la cantidad de cadáveres que tienes en tu plato —le espetó Paloma.

Todas las cabezas se giraron hacia el plato de Mercedes que, efectivamente, era de los que tenían un montón más abultado de cáscaras.

Miró a Paloma poniendo cara de fingido enfado y rompió después a reír, uniéndole sus carcajadas a las del resto del grupo.

—¡Me has pillado, *jodía!* —dijo, dirigiéndose a Paloma y guiñándole un ojo.

Paloma respondió encogiéndose de hombros y dedicándole una angelical sonrisa. «¡Lo estoy consiguiendo!», pensó.

Cuando terminaron con los cafés y las copas, ya era bastante tarde para las tranquilas costumbres de Paloma. Para los demás, la noche no había hecho sino comenzar. Clarito aprovechó la oportunidad para despedirse. La voz de Mercedes se alzó fuerte, y casi varonil, por encima de risas y parloteos, haciendo que enmudecieran:

—¡Escuchadme un momento! He quedado con Bernardo en el Lido. Irá allí en cuanto termine lo de las *misses*. Si no se os ocurre nada mejor, propongo que vayamos todos. He oído decir que la orquesta es muy buena.

Los demás estuvieron de acuerdo y decidieron ir dando un paseo, pues el cabaret no quedaba lejos, en Cedaceros, a medio camino del Círculo de Bellas Artes, donde Bernardo asistía a la elección de *miss* Europa. Aurelio tomó del brazo a Paloma y redujeron el paso para alejarse del grupo y poder hablar con tranquilidad.

—¿Lo estás pasando bien?

—¡Muy bien! Pero no tienes que preguntarlo, seguro que se me nota en la cara.

—Es cierto —reconoció Aurelio—. Estás radiante. En poco tiempo has dejado atrás a la tímida jovencita que conocí en los toros.

—¿Y eso es bueno?

—A mí me lo parece.

—Tus amigos son estupendos..., muy divertidos.

Paloma los contó. En total eran catorce en el grupo, ocho de ellos

hombres.

—De fiesta todos son fantásticos. Luego, cada uno tiene sus cosas...

—¿Qué tal te llevas con Marce?

—¿Por qué lo preguntas?

—No sé... Es el más... peculiar del grupo. Le tengo aprecio.

—Es un gran cínico, pero es cierto, se hace querer.

—Me ha estado contando que tiene un par de proyectos en Barcelona...

—Gran cínico y gran chismoso, se me había olvidado añadir. ¿Qué es lo que te ha estado contando sobre mí?

Paloma se ruborizó al verse descubierta.

—No mucho, la verdad. Solo que vas a meterte en negocios allí.

—Es posible, no digo que no.

—¿Te quedarás a vivir?

—Eso lo veo más difícil. Hoy día no se tarda tanto en ir de una ciudad a otra. Estaré viajando muy a menudo.

Paloma ardía en deseos de preguntarle por su mujer, dónde encajaba ella en sus planes, pero sabía que no debía hacerlo. Aurelio tampoco parecía interesado en mencionarla.

—Supongo también que querrás estar cerca de tu tío...

Aurelio se tomó su tiempo antes de responder.

—Aunque esté cerca, no sé si podré ayudarlo con la que se le viene encima. ¡Y ya no es un niño, que va para los setenta años!

—¿A qué te refieres?

—Alejandro Lerroux es un animal político. Sin la política se moriría. Pero no es lo mismo hacer política desde la oposición que desde el Gobierno: el que manda no tiene ningún descanso.

—¿Crees entonces que le nombrarán presidente del Gobierno? En algunos periódicos lo dan por seguro.

—Yo también lo creo. Azaña solo se sujeta por su empeñamiento en no convocar elecciones. Entre otras cosas, porque sabe que las ganaríamos los radicales. No hay día que pase sin que se oiga hablar de crisis de gobierno. Si se produce, lo natural sería que don Niceto encargase a mi tío la formación de uno nuevo. Si no lo ha hecho hasta ahora es porque no lo puede ni ver. Ni mi tío a él, si quieres que te diga la verdad.

—Si a él le hacen presidente... ¡Podría nombrarte ministro!

Aurelio soltó una carcajada.

—No tengo vocación de servicio —rechazó con ironía.

—Tus planes en Barcelona están relacionados con el cine, ¿verdad?
—Lo que más me interesa es el cine, es cierto, pero las personas que me están ayudando tienen intereses en el mundo del espectáculo en general.
—¿Te refieres a aquel hombre que conociste la noche del boxeo?
—Sí. Joaquín Gasa es una de esas personas. Hay más... También algún político... Pasado el verano empezaremos en serio.
—Todo se deja para después del verano... Y todavía estamos en mayo.
—¿Por qué lo dices?
—No sé... Tengo la sensación de que en unos pocos meses van a cambiar muchas cosas. —Paloma suspiró profundamente—. Y por otro lado, tengo miedo de que en mi vida no cambie nada.
—Por eso no debes preocuparte. Creo que ya ha empezado a cambiar.

El director de orquesta del Lido hizo una última filigrana con la batuta y el crescendo final terminó con brusquedad. Las parejas que estaban en la pista se giraron hacia los músicos para aplaudirlos. Paloma y Ramón hicieron lo propio. La había sacado a bailar para salvarla de un moscón que la había abordado cuando regresaba de *la toilette*, en compañía de Isabel. Al volver a las mesas, se encontraron con Bernardo, que acababa de hacer su aparición. Todos lo acosaban a preguntas, pero él se hacía de rogar diciendo que no soltaría prenda hasta que no lo invitasen a una copa. A instancias de Aurelio, el camarero le sirvió un güisqui con soda.

—Y ahora, ¿nos puedes decir de una vez quién ha ganado? —le apremió Mercedes.

—Pues ha ganado... —miró a Paloma, a quien le hubiese gustado que el título se lo llevase Jacqueline, la francesa— la señorita Tatiana Marlov.

—¿De dónde es esa?

—Rusa. Nada menos que rusa. No me digáis que no tiene gracia.

—¿Bolchevique?

—¡No seas burro! —le espetó Marce al que había preguntado—. Los bolcheviques no participan en estos fastos, demasiado burgueses para su gusto. La chica rusa es una exiliada, una «rusa blanca». A su padre lo fusilaron los revolucionarios.

—Veo que Marce está bien informado —confirmó Bernardo—. La chica rusa no representa a Rusia; a la Rusia oficial quiero decir, la de Stalin. Si por

ella fuera, lo metería en aceite hirviendo.

—¡Lo que nos faltaba! Tener un conflicto diplomático por la elección de una *miss* —comentó jocosamente Ramón—. Y antes aún de que los rusos tengan embajador. ¡Bien empezamos!

—¿Y peces gordos? ¿Quiénes han ido? —se interesó Aurelio.

—Ha estado el Botas¹ y se ha llevado a tres ministros nada menos: Don Inda,² Santiaguino³ y el Maestro.⁴ Y a su alrededor, un gran séquito de secretarios y subsecretarios. Por cierto que...

Bernardo rompió a reír antes de continuar:

—Esto me lo ha contado un amigo que está al servicio del presidente. No os lo vais a creer. El Botas, que se ve que estaba más animado que de costumbre, debido probablemente al champán, le ha pedido a mi amigo que mañana le pase a la firma catorce fotos tuyas. ¿Y sabéis para qué? ¡Pues para regalárselas a las catorce *misses*!

Bernardo contagió con su risa a los demás.

—¡Valiente adefesio! —añadió, hipando.

—Ya les podía regalar un buen jamón, seguro que lo apreciaban más.

—¡O un chorizo bien gordo!

La carcajada fue general.

—¡Hay que ver qué bestias sois! —intervino Marce, con gesto despectivo—. Pues a mí me parece un detalle con mucha clase. Nada de flores ni zarandajas parecidas, no. ¡Una foto del presidente de la República Española! Y firmada. Es un recuerdo para la Historia.

Las chanzas a propósito de las fotos de don Niceto continuaron durante un buen rato. Paloma asistía sonriente al espectáculo, mientras la orquesta del Lido atacaba otra pieza y algunas parejas salían a bailar. Era, sin duda, el lugar más elegante en el que había estado hasta el momento. Recordaba lo que decía la publicidad de los periódicos: «el cabaret aristocrático». De repente, sin saber por qué, echó de menos a su amiga Juani. Poco a poco, se habían ido distanciando y cada vez pasaba más tiempo sin que se vieran. Le hubiera gustado que estuviese allí, pero, lo más importante, se dio cuenta de que, al día siguiente, no tendría nadie a quien contarle sus andanzas de aquella noche. Decidió que había llegado el momento de pedir otra copa y respondió afirmativamente cuando Aurelio preguntó si le apetecía tomar algo. Después de hacer el encargo al camarero, la invitó a bailar y también aceptó de buen grado.

Al salir del Lido se dirigieron a otro cabaret cercano. Paloma ya había

perdido la noción del tiempo. Debía de ser muy tarde, pero nadie parecía preocuparse por el reloj. El Gong, que así se llamaba el nuevo local, estaba decorado al estilo oriental y quedaba a unos pocos pasos del Círculo de Bellas Artes. Muchos de los asistentes a la gala de las *misses* habían recalado en él y, a pesar de ser uno de los más caros de la noche madrileña, estaba a rebosar cuando llegaron. Al día siguiente, Paloma solo recordaría haber bailado hasta que le dolieron los pies. Todo lo demás quedaba cubierto por una densa niebla que solo se disipaba horas más tarde, al llegar a las puertas de la venta en el coche de Aurelio. Por el este, el cielo comenzaba a clarear. Aurelio apagó el motor y rodeó el vehículo para ayudar a Paloma a bajar.

—¿Estás mareada?

—Un poco —reconoció a su pesar.

—No te preocupes, es lo normal. Mañana te dolerá la cabeza. Nada grave.

—¿Qué tal he estado? —preguntó preocupada—. Creo que he bebido de más. ¿Se me ha notado mucho? ¿He hecho algo que no debiera?

—Has estado magnífica —le interrumpió Aurelio—. Toda la noche, de principio a fin. Y ya que lo mencionas, creo que todos hemos bebido más de la cuenta.

—¿Tú también?

—Yo también. ¿Te confieso una cosa?

—¿Qué?

—Me ha costado un triunfo conducir hasta aquí sin estrellarme.

Paloma se echó a reír y dio un traspié. Aurelio la sujetó por la cintura para evitar que cayera y acabaron abrazados y riendo apoyados en la cancela de la venta. Un instante después, se estaban besando. Puede que el principio del beso fuera accidental, pero después se prolongó lo suficiente como para dejar bien a las claras que ambos lo habían deseado.

—Hasta mañana —balbuceó Paloma—. Dio media vuelta y abrió la puerta de hierro con sorprendente rapidez.

Aurelio solo acertó a despedirse con la mano mientras ella corría por el patio hacia la entrada de la venta. La vio desaparecer en la oscuridad. Después, encendió un cigarrillo, subió al coche y se alejó entre una nube de polvo.

Paloma se quitó los zapatos al pie de la escalera. Estaba muy oscuro, pero no quería dar la luz y correr el riesgo de despertar a su tío. Comenzó a subir a tientas. Apenas había puesto el pie en el segundo escalón cuando la luz se

encendió. Entornando los ojos, pudo ver la inconfundible silueta de Curro, mirándola desde arriba.

—¿Qué haces levantado? —inquirió alarmada.

—Buenos días —saludó cortante, sin hacer caso de la pregunta—. Porque ya está saliendo el sol, por si no te habías dado cuenta.

—No... Bueno, sí. La verdad es que se nos ha hecho un poco tarde.

—¿A los dos se os ha hecho tarde? ¿Es que ese hombre no tiene una mujer esperándolo en casa? —Comenzó a bajar las escaleras.

—Pero, tío..., ¿por qué dices eso? —La lengua de Paloma parecía ocupar toda la boca, haciendo que las palabras saliesen con dificultad y con las eses arrastrándose perezosamente.

—¿Ha necesitado emborracharte para poder besarte con facilidad? No me ha parecido que opusieses mucha resistencia.

—¡Me has estado espiando!

—¡No he espiado a nadie! —bramó Curro, apenas un par de escalones por encima de Paloma—. Estaba en la terraza y he visto lo que he visto. ¡Por Dios! ¿Es que no te das cuenta? ¡Ese individuo está casado!

—Ese individuo se llama Aurelio y me importa un bledo si está casado o no. —La indignación le aligeró la lengua—. Y sí..., nos hemos besado. Nos hemos dado un beso largo y maravilloso. ¿Acaso te parece mal?

—¡Pues claro que me parece mal! ¿Qué quieres que me parezca? ¿Crees que me he pasado todos estos años dándote la mejor educación que he podido para que acabes en los brazos de un cabrón oportunista y casado? —Paloma sentía en la cara el aliento de su tío, que continuó gritando—. ¿Sabes lo que pasará? ¿No lo sabes? Pues yo te lo voy a decir, que tengo más experiencia. Te hará las mil y una promesas, pero a su mujer no la dejará. Con ella tiene asegurados los garbanzos, es la que tiene el dinero. ¿De verdad eres tan ingenua como para creerte que va a dejarla?

—¡No me ha dicho que vaya a dejarla! —exclamó furiosa—. No hemos hablado de eso.

—¿Ah no? ¿Y de qué habéis hablado entonces? ¿De cómo se las va a apañar para atenderos a las dos? En cuanto quieras darte cuenta, te habrá hecho un bombo y después..., si te he visto no me acuerdo. ¿Es así como piensas desperdiciar tu vida?

La boca de su tío estaba tan cerca que Paloma sintió partículas de saliva salpicándole el rostro. El olor a coñac la envolvió de repente.

—En cualquier caso, es mi vida, ¿no te parece? —dijo, rodeándolo y

subiendo unos peldaños.

—¿Sabes cómo llama la gente a las mujeres que terminan así?
Aquello fue más de lo que Paloma estaba dispuesta a tolerar.

—¡Sí, lo sé! —gritó—. ¡Putas! Las llama putas. Lo mismo que a todas esas chicas que trabajan para ti y que te proporcionan el dinero suficiente como para que me hayas pagado los estudios. ¿Y qué me dices de Encarna? ¿No es ella tu puta particular?

Curro dio un paso hacia ella y levantó el brazo para darle una bofetada, aunque detuvo el gesto en el último momento. Paloma había cerrado los ojos, esperando el castigo. Al no producirse, los abrió lentamente y dijo, escupiendo las palabras:

—No pienso seguir con esta farsa. No quiero seguir viviendo como una señorita bien a costa de que tus putas se abran de piernas. Si tengo que vivir del coño de otras, prefiero hacerlo del mío.

Curro bajó el brazo, con gesto vencido.

—Lo... lo siento. Perdóname. Ya sé que no tengo derecho...

—Es demasiado tarde —le cortó Paloma.

—Por favor, hija mía...

—¡No soy tu hija!

El grito de Paloma restalló como un latigazo. Durante unos momentos, la distancia entre los dos pareció agrandarse.

—Todo lo he hecho por tu bien...

—Pues no quiero que lo sigas haciendo. No soy ninguna obra de beneficencia con la que puedas sentirte mejor persona. ¡No aguanto un día más en esta casa!

—¿Qué quieres decir?

—Pues eso..., que me marcho.

—¡No lo dirás en serio!

—No he hablado más en serio en toda mi vida. —Paloma puso en sus palabras más convicción de la que tenía en realidad.

—¿Y adónde vas a ir? ¿De qué vas a vivir?

Paloma dudó unos momentos. Empezaba a sentir vértigo, pero era demasiado orgullosa como para desdecirse. Una idea le vino a la mente.

—Me han ofrecido un trabajo. Saldré adelante.

—¡Un trabajo! —repitió su tío, incrédulo.

—Sí, un trabajo. En Barcelona. Me voy la semana que viene.

Se giró y continuó subiendo las escaleras. Curro la llamó.

—¡Paloma!

Ella se volvió cuando alcanzó el rellano. Su tío la observaba con los ojos vidriosos. Habló lentamente.

—Hagas lo que hagas. Decidas quedarte o marcharte. Si... alguna vez te ves en la situación de... —Curró dudó.

—¿De qué?

—De tener que... aceptar dinero por... ya sabes lo que quiero decir. Si llegas a estar tan desesperada como para considerar esa posibilidad..., quizás entonces comprendas la realidad de las cosas. Si ese momento llegase, no importa lo que hubieses hecho, déjalo todo y vuelve aquí, a la venta. Esta es tu casa y siempre serás bienvenida.

—¿A qué viene eso ahora?

Curro bajó la vista.

—Ninguna de las chicas que... trabajan en la casa tenía un sitio al que volver o alguien a quien recurrir. Cuando se encontraron solas y sin dinero, no tuvieron más remedio que vender lo que tenían. Lo sé porque, tarde o temprano, todas terminan contándole sus vidas a Encarna; y ella me las cuenta a mí. No son historias alegres, como te podrás imaginar, y en muchas de ellas hay por medio el abandono de un hombre. En ocasiones un hijo al que mantener... Tú siempre tendrás un sitio al que poder regresar.

Paloma se lo quedó mirando con aprensión. Le dio fríamente las gracias y después continuó el camino hacia su habitación.

Madrid, Venta del Curro.
Domingo, 29 de octubre de 1933.

En los últimos meses, desde la marcha de Paloma, a Curro parecían haberle caído varios años encima. El pelo, antes gris, ya era casi cano, y las bolsas debajo de los ojos se habían descolgado, dándole un aspecto triste y cansado. El traspaso del negocio de la casa de citas estaba prácticamente apalabrado. Cuando se produjese, Encarna se trasladaría a vivir a la venta. Habían hablado, incluso, de casarse. Eso sí, por lo civil. Ni el uno ni el otro eran muy amigos de pasar por el altar. Aunque no lo comentase con Encarna, Curro guardaba la secreta esperanza de que, una vez puestos sus asuntos en orden, Paloma terminaría por perdonarlo y volver a su casa, a la venta.

La tarde era fresca, pero el sol brillaba todavía alto y sus rayos calentaban lo suficiente como para que resultase agradable sentarse en el jardín a disfrutarlos. Las hojas secas de las moreras cubrían el suelo y su ausencia en las copas de los árboles se agradecía ahora tanto como su presencia en los días calurosos del verano. Curro se llegó a la mesa de Encarna llevando un café con leche humeante en cada mano. El viernes había recibido carta de Paloma. La segunda desde que se marchó. En el momento de la despedida, tío y sobrina habían forzado un amago de reconciliación. Curro se lo pidió y Paloma prometió escribir. En su primera misiva, hacía poco más que darle las señas de Barcelona donde podía responderle y contarle que pronto comenzaría a trabajar. La sorpresa de Curro fue mayúscula cuando se enteró de que no sería como secretaria o dependienta en una tienda, sino actuando en una de las películas que por aquel entonces se estaban rodando en la Ciudad Condal. La incipiente industria cinematográfica española se había lanzado a producir películas sonoras con la intención de competir de igual a igual con las grandes producciones que venían del otro lado del Atlántico. Curro comenzó a hacer averiguaciones por su cuenta. Todavía contaba con algunos amigos influyentes que le debían no pocos favores y silencios. Sus

pesquisas no tardaron en dar frutos. Paloma compartía un pequeño piso de dos habitaciones con un cineasta de medio pelo que había llegado a Barcelona atraído por la pujanza de la capital catalana en el nuevo cine sonoro. Los informes lo presentaban como un tal Marcelino Villegas, adulator, arribista e invertido. Era él, sin duda, quien había introducido a Paloma en ese mundo. Sin embargo, Curro intuía la larga mano de Aurelio Lerroux detrás de todo el embrollo.

La confirmación a sus sospechas había llegado con la segunda carta de Paloma. Se notaba que estaba contenta y se extendía mucho más que en la primera. Contaba que le habían dado un pequeño papel en una película musical que se estrenaría para finales de año. Se iba a titular *Boliche*. Y apenas si acababan de rodarla y ya estaban empezando con la siguiente, en la que también le encontrarían un hueco. Estaba entusiasmada. La productora era española y se llamaba Orphea. Lo mencionaba con orgullo y añadía que pronto sería tan famosa como la Paramount o la Universal.

Nada más recibir la carta, Curro pidió una conferencia con Barcelona. Después de las cortesías de rigor, formuló las preguntas oportunas. A las pocas horas obtuvo la respuesta. Orphea llevaba varios años existiendo. Al principio, era una empresa francesa, pero luego había pasado a manos españolas, y una reciente inyección de capital había hecho que fuese la productora española que más películas rodaba en aquellos momentos. Curiosamente, hacía solo unos días que se había constituido una nueva sociedad, llamada Distribuidora Orphea, y uno de los miembros del consejo de administración era, cómo no, Aurelio Lerroux.

—Bueno, pues ahora ya sabes cómo están las cosas —concluyó Encarna tras escuchar el relato de los acontecimientos—. ¿Qué piensas hacer?

—¿Y qué quieres que haga? —respondió Curro, dando un respingo—. Nada. No puedo hacer nada. De siempre, Paloma ha tenido debilidad por el cine. Todavía hay en su cuarto montones de revistas y álbumes con las fotos recortadas de sus actores favoritos. ¡Está en su salsa! ¿Cómo va pensar en volver, siquiera por un momento?

Encarna guardó silencio y se calentó las manos con el vaso de café. El sol caía con rapidez y empezaba a hacer frío.

—Será mejor que entremos —dijo Curro, levantándose y ayudando a Encarna a hacer lo propio—. Las cosas no van a mejorar porque nosotros pillemos una pulmonía.

Juntos y cogidos del brazo, caminaron hacia la puerta pintada de azul que

daba a la taberna. Los dos Migueles, padre e hijo, se giraron hacia ellos al verlos entrar. Estaban en una mesa, frente a frente, separados por una frasca de vino y dos vasos. Era el cumpleaños de Miguel padre, y su hijo había ido a visitarlo. Ambos se levantaron para saludar a Encarna.

—¡Caramba, Miguelito! —exclamó al plantarse frente a él—. ¡Si ya estás hecho un hombre! La última vez que te vi aún no te había salido la barba, y ahora, menudo bigote. Se te deben de rifar las chicas.

Miguel aceptó el cumplido con una sonrisa y un leve rubor. Era cierto que se le daban bien las mujeres, sobre todo las casadas.

—¡Qué más quisiera yo, señora Encarna! Es usted que me mira con buenos ojos. Pero siéntese, no se quede ahí de pie. —Acercó una silla y, al hacerlo, dejó ver la mano derecha, que llevaba vendada.

—Pero ¿qué te ha pasado, chiquillo? —se interesó la mujer.

—Nada de importancia... —respondió, algo azorado—. Un... pequeño accidente con una máquina, en la imprenta.

—Con eso no se va a librar del servicio militar. Lo acaban de llamar a filas —intervino Miguel padre—. ¿Qué quiere tomar, señora Encarna?

—Pues, si no es molestia, me vendría bien otro café con leche.

—Ya voy yo —se anticipó Miguel hijo.

Se sentaron los cuatro a la mesa. Curro cogió un vaso y se sirvió de la frasca. Estuvieron charlando un rato. Del trabajo de Miguel en la imprenta... De si se lo guardarían hasta que volviese del servicio militar... De dónde y cómo habían cumplido con la patria Curro y el padre de Miguel... Hasta que Encarna miró el reloj y dijo que debía marcharse. Curro se ofreció a acompañarla hasta el metro. Ella trató de negarse, pero él se mostró inflexible.

—Ya es de noche y no es bueno que una mujer vaya sola por ahí.

Encarna se despidió de los Migueles y esperó a que Curro se pusiese algo de abrigo. En el exterior, la temperatura había descendido considerablemente. Se cogieron del brazo y echaron a andar, muy juntitos, camino del metro.

—Ayer se pasó Machaco por casa —dijo Encarna, como sin darle importancia.

—¿Y por qué no me lo habías dicho hasta ahora?

—¿Para qué? Para que te pasaras toda la tarde enfadado.

Curro guardó silencio. Sabía que era el precio que tenían que pagar para que Machaco les dejase en paz.

—Fue con un amigo —prosiguió Encarna—. No montaron jaleo, pero se

pasaron la noche con dos de las chicas más solicitadas. Un par de clientes se cansaron de esperar y se marcharon. Los demás se apañaron con lo que había.

Las que habían empezado siendo visitas esporádicas se habían convertido en habituales. En los últimos tiempos, una vez a la semana, a veces dos, el facineroso se pasaba por la casa de citas. Solía llevar a un amigo, casi siempre distinto. Se bebían un par de botellas y pasaban unas horas en compañía de las chicas que elegían. Sin duda, aquellas invitaciones le servían como incentivo para sus esbirros o para atraerse voluntades. Al marcharse, decía a Encarna que lo cargase en la cuenta del Tío Curro.

—Liquídale a las chicas como si hubiesen pagado bien.

—Sabes que siempre lo hago —respondió cansinamente Encarna—. Aunque solo sea por la cantidad de veces que me lo has repetido.

—Gracias a Dios, esto se acabará en cuanto vendamos la casa.

Encarna asintió, pero no quiso hacer a Curro partícipe de sus temores. Aquello que llamaban intuición femenina, le avisaba de que Machaco se conformaba, solo de momento, con acostarse gratis con las chicas. Era un malvado, pero no tonto del todo. Ya había acabado una vez en la cárcel y sospechaba que Curro y Encarna habían tenido que ver, de alguna manera, con su detención. Algo que podría repetirse si él se pasaba de la raya. Aquel era su miedo. Si tan solo vislumbrara que dejaban de contar con la protección de personas influyentes, seguramente pediría algo más que joder y beber de balde.

Llegaron a la boca del metro y se despidieron con un beso en los labios.

—Ten cuidado.

—Tú también.

La observó bajar las escaleras y desaparecer tras las puertas. Se quedó un rato parado, contemplando a la gente que entraba y salía. Después, se subió el cuello del abrigo, metió las manos en los bolsillos y dio media vuelta.

Cuando Curro regresó a la venta, Miguel hijo ya no estaba allí. Un par de parroquianos se sentaba en una mesa bebiendo cerveza y compartiendo media tortilla. Otro más se acodaba en la barra sin soltar una caña de vino y parloteando con voz pastosa. No hablaba con nadie en particular, pero miraba a Miguel, tras la barra, y a los que se sentaban en la mesa, esperando una respuesta que nunca se producía. La entrada de Curro le dio la oportunidad de meter a alguien en su conversación.

—¡Hombre, Curro! Me alegro de verte. Acércate y tómate algo a mi salud.

Curro aceptó el ofrecimiento. Cogió una frasca, relleno la caña del borrachín y se sirvió él mismo un vaso.

—Te lo agradezco, Isidro, pero a esta ronda invita la casa.

—Tú siempre tan genier... generoso, quiero decir.

—Pero es la última, ¡eh! Después te marchas a casa, con tu mujer.

—¡Que le den por el culo! —exclamó con rabia—. Es una jodida beata. Una jodida beata y nosotros unos calzonazos. Eso es lo que somos los hombres de este país. ¡Todos! Y los que más, los del Gobierno. Y los diputadillos. ¡Menuda mierda! ¿Para eso hemos traído la república? Para que ahora mi mujer y todas sus amigas meapilas puedan votar a los monárquicos.

Por una vez, Curro se alegró de que su sobrina no estuviera allí. Si hubiese escuchado aquello habría echado a Isidro con cajas destempladas.

—Pues no va y me dice hoy —continuó con su monólogo—, después de venir de misa, que no va a votar a quien yo le diga. Y me lo suelta así, ¡con toda su chulería! Que don Florián, el curilla que la confiesa, le ha dicho que no vote a nadie que no crea en Dios. ¡Y como los de izquierdas nos cagamos en Dios! Pues eso..., ¡que no me va a hacer caso!

Faltaban veinte días para las elecciones. Las primeras en España en las que las mujeres podrían votar. No era Isidro el único que pensaba que lo harían mayoritariamente por las derechas. Eso, unido a la incertidumbre de las izquierdas ante un resultado que podría apartarlos del poder, había hecho que la fiebre electoral llevase ya tiempo subiendo sin parar. ¡Y todavía quedaban tres semanas!

Curro dejó a Isidro con sus diatribas y se metió detrás de la barra, desde donde Miguel contemplaba la escena taciturno.

—¿Problemas con tu chico? —le preguntó en voz baja.

—¿Por qué lo dices?

—No sé... Antes... Me pareció que discutíais cuando salí al jardín con los cafés.

—Pues sí —reconoció Miguel, después de pensárselo—. Se está metiendo en unos líos que no me gustan nada.

—¿Mujeres o política?

—Lo segundo. Con las mujeres también tiene lo suyo, pero eso me trae sin cuidado. Mientras no lo pille algún marido cornudo...

—Lo de la mano... Se ha puesto nervioso cuando Encarna ha visto el vendaje. No sé yo...

—Llevas razón, no se lo ha hecho con una máquina, si es eso lo que

intentas decir. Es tan tonto que, encima, miente mal. Seguro que Encarna también se ha dado cuenta.

—Encarna es discreta. Nunca pondría en duda las palabras del chico.

—Ha sido en una pelea —terminó sincerándose Miguel—. Un corte de navaja. No muy profundo, pero le va a molestar bastante para trabajar. Por eso le estaba echando la bronca. Estaría bueno que perdiese el trabajo en la imprenta por haberse herido en una pelea política. Ahí no se le ha perdido nada.

—Trabajando en las artes gráficas debe de resultar difícil permanecer al margen. En ese gremio, los sindicatos son muy fuertes.

—Yo no le pido que permanezca al margen. Por mí, puede arrimarse a quien quiera. Pero... con cuidado. Sin ir en primera fila. En primera fila solo van los idiotas.

—Los jóvenes son así. Supongo que nosotros, a su edad, hacíamos cosas parecidas.

—Yo también he tenido mi ración de locuras, no lo voy a negar ahora. Pero lo que nunca he hecho ha sido jugarme el pescuezo por una estupidez.

«Lleva razón —pensó Curro—. Yo también me jugué la vida en su día. Y no una, sino varias veces. Pero fue por dinero.»

—¿En qué follón se ha metido?

—¿Te habrás enterado de que esta mañana había un mitin en el Teatro de la Comedia?

—Algo he oído.

—Miguel dice que eran fascistas. Un hijo de Primo de Rivera es el cabecilla, así es que me figuro que hasta será verdad.

—No hay fascistas en España —rechazó Curro, haciendo un gesto con la mano—. Por lo menos, no los ha habido hasta ahora. No como pueda haberlos en Italia o Alemania. Aquí son cuatro gatos.

—Eso es lo que les preocupa a mi hijo y a los de su cuerda: que si ahora los fascistas se atreven a salir de sus cloacas, es que se sienten fuertes, ya no son cuatro chalados. No quieren que aquí termine pasando lo que en esos otros países, que poco a poco los fascistas fueron ganando terreno y, para cuando comunistas y socialistas se quisieron dar cuenta, ya se habían hecho con el poder.

—¡Ya! ¿Y cómo piensan evitarlo?

—¡Aplastándolos! Esa es la palabra que ha utilizado mi hijo. Ni más ni menos. ¿Te lo puedes creer, Curro? Y yo voy y le digo: «¿Y por qué no dejas

que los aplasten otros?». ¿Y sabes lo que me ha contestado?

Curro se encogió de hombros.

—Que el futuro es de los que vayan a la cabeza en la lucha. O luchando a la cabeza. O... ¿qué se yo? Algo así. Muy rimbombante.

—A los jóvenes es fácil venderles la idea de un futuro mejor.

—No intentes justificarlo, Curro, que no tiene justificación. Esta mañana, los de su sindicato han organizado grupos de vigilancia por los alrededores del teatro. A la salida, por las calles laterales, cuando localizaban a alguno que venía del mitin, aprovechaban para darle de palos. Hasta que uno de ellos se ha revuelto, han acudido otros a defenderlo y las tortas se han repartido por los dos lados. Alguien ha sacado una navaja..., y ya sabes lo demás. Todavía ha tenido suerte: si en lugar de una navaja hubiese sido una pistola.

Curro dio una palmada en el hombro a Miguel, pero no dijo lo que pensaba. Efectivamente, el chico había tenido suerte. Había demasiadas pistolas circulando por ahí. Y estaba convencido de que, pronto, el hijo de Miguel tendría la suya propia.

La puerta se abrió y entró don Melquíades, que saludó a los presentes con un «buenas noches» pronunciado en voz alta. A Isidro, el borrachín, ya no le quedaban fuerzas para hablar, así es que se limitó a hacer un gesto con la mano al recién llegado. Don Melquíades se sentó en la mesa más alejada de los dos parroquianos que rebañaban las migajas de la tortilla. Curro se acercó a él de inmediato.

—¿Qué va ser?

—Un copa de anís.

—Enseguida.

Curro sabía que don Melquíades solo tomaba bebidas fuertes cuando estaba muy contento o de mal humor. Por la expresión de su cara, se veía que contento, precisamente, no estaba. Puso una botella de anís y dos copas sobre una bandeja y fue a sentarse junto al Panadero. Antes, le había indicado a Miguel que no sirviera más vino a Isidro.

—Cada día anochece más pronto —dijo, mientras servía el anís—. Parece que son las tantas, y cuando miras el reloj...

Don Melquíades soltó una carcajada.

—Venga Curro, no fastidies. Para sentarte a beber conmigo no necesitas ponerte a hablar del tiempo o del paso de las estaciones. Voy a tener que cambiar de taberna. A otra donde me conozcan menos.

—Bueno. Eso será mañana. Hoy has caído aquí. Además, no hace falta

conocerte. Con la cara de vinagre que traías cuando has asomado por la puerta, hasta se nos ha cortado la leche para el café.

—¿Tanto se me nota?

—A mí me lo parece. —Levantó la copa y ambos bebieron.

—Los hijos, Curro, que no paran de dar disgustos.

El ventero sonrió para sus adentros. La noche iba de hijos.

—También darán alegrías, al menos eso dicen.

—Sí, pero son las menos. Hoy me ha aparecido Pablito, el pequeño, con la cabeza abierta. A su madre casi le da un patatús.

—¿Un accidente?

—Peor: una trifulca política. Sus hermanos se lo han llevado a un acto que se celebraba en un teatro y, a la salida, había anarquistas y comunistas repartiendo palos.

A Curro le dio un vuelco el corazón. Prefirió no decir nada de lo que le había contado Miguel. No creía que los hijos de ambos se hubiesen enfrentado. Los de don Melquíades habían jugado al gua con el de Miguel en el jardín de la venta. Hacía años de eso, pero lo cierto era que se conocían. Prefirió pensar que se trataba de peleas diferentes.

—¿Es grave la herida?

—Una brecha en la frente. Mucha sangre, pero nada más.

—Se habrá llevado un buen susto.

—Se ve que no lo conoces. Se siente un héroe con su esparadrapo en la cabeza. Si pudiese, no se lo quitaría en un mes. Y lo peor es que sus hermanos le jalean. He cogido aparte a los dos mayores y les he echado una bronca como ya ni me acordaba que se echaban. ¡Hasta con desheredarlos los he amenazado!

—Y me figuro que no te habrán hecho mucho caso...

—Ni pizca. Dicen que hoy han encontrado su camino en la vida y que no necesitan mi dinero para recorrerlo. Hasta han intentado que me uniese a su causa, que no importaba la edad, me han dicho.

—Si ese acto al que han ido tus hijos es el mismo del que yo he oído hablar..., dicen que son fascistas. Aunque hasta ahora, que yo sepa, los fascistas en España eran cuatro, mal contados...

—Yo siempre he sido monárquico, tú lo sabes. ¡Y católico! A todos los que piensan como yo nos llaman fascistas. Con que no comulgues con sus ideas, ya te llaman fascista. ¿Cuántos fascistas hay entonces?

—Yo hablo de fascistas a la italiana —se defendió Curro—. Con

uniforme y brazo en alto. No te he visto a ti levantar el brazo.

Don Melquíades sorbió el anís y se repantigó. Miró al suelo. Con la punta del bastón se entretuvo en machacar la cáscara de un cacahuete.

—Si tuviese la seguridad —dijo por fin— de que levantando el brazo las cosas iban a mejorar, no dudes que lo levantaría.

—Entonces, debe de ser cierto. Voy a tener que reconsiderar mi opinión sobre los fascistas en España. Van a ser más de los que yo pensaba.

—No me vengas con ironías, Curro, que lo digo en serio. No me he enfadado con ellos, con los dos mayores, por ir a un acto político que, a lo mejor, resulta que ha sido fascista. Lo que ha estado mal ha sido llevarse al pequeño con ellos. ¡Y encima no han sido capaces de defenderlo!

Curro se lo quedó mirando, pero no dijo nada. Lo que le hubiera gustado decir era mejor callárselo. Hacía apenas un rato, a Miguel no le parecía mal que algunos se dedicasen a apalear a los asistentes a un mitin supuestamente fascista. Solo se quejaba de que su hijo fuese en primera fila. Ahora, don Melquíades se preocupaba únicamente por la irresponsabilidad de los dos mayores. Si las personas de una cierta edad, que son las que se supone deben ser más juiciosas, empezaban a disculpar, y hasta a ver con buenos ojos, determinadas cosas, es que algo no estaba yendo bien.

En esas, se abrió la puerta y entraron el cojo Crescencio y Amadeo. Se habían hecho buenos amigos. Amadeo le llevaba, de vez en cuando, revistas que se despistaban en la estafeta. Crescencio le correspondía contándole historias de cuando estaba en Cuba, de las bellas mulatas que se encandilaban con un uniforme, del buen ron que uno podía beber hasta caer redondo al suelo y, a la mañana siguiente, no tener ni un pequeño dolor de cabeza. También le hablaba de la guerra y de las batallas. De los amigos que se habían quedado allí, junto con su pierna. Amadeo disfrutaba como un niño escuchando aquellas historias.

—¡Chitón ahora! No quiero que el Cojo se entere de lo de Pablito —susurró don Melquíades. Curro hizo un gesto afirmativo.

Amadeo se quitó la pelliza y la colgó en el perchero que había junto a la puerta. Después, ayudó a Crescencio a hacer lo propio.

—¿De dónde venís tan acaramelados? —les interpeló don Melquíades.

—Se ve que la buena educación también se ha ido al exilio, junto con don Alfonso —masculló Crescencio, sin dirigir la mirada al Panadero—. ¡Buenas noches, señores!

Los otros tres respondieron a coro.

—Así está mejor —continuó Crescencio—. A ver, Melquíades, ¿qué me estabas diciendo?

—No veníamos juntos —se anticipó Amadeo—, nos hemos encontrado casi en la puerta.

—Y además, Panadero, ¿a ti qué más te da? Ni que te estuvieras poniendo celoso.

—Curro, por favor, pon a estos señores de beber antes de que se líen a discutir. —Amadeo había obtenido por fin el anhelado ascenso y un pequeño aumento de sueldo, que le permitía ser el primero en ofrecerse a pagar una ronda.

—Yo no quiero discutir —se defendió don Melquíades—. Es Crescencio, que está muy susceptible hoy.

—Ponme una caña de vino, Curro —pidió Crescencio—, que si hay que escuchar tonterías, mejor con un vaso en la mano.

Curro hizo una seña a Miguel para que les llevase de beber. En ese momento, Isidro dio un violento traspie, camino de la puerta, que a punto estuvo de llevarlo al suelo. Todos se giraron hacia él.

—¡Joder con la baldosa! —exclamó con voz pastosa—. Ni que la hubiese puesto ahí mi mujer.

Abrió la puerta como pudo y salió sin despedirse.

—Otro que no se lleva bien con la parienta —comentó jocosamente don Melquíades.

—Y no sabéis lo mejor —dijo Curro—. La causa de la borrachera de hoy ha sido una discusión que ha tenido con su mujer. Por lo que se ve, ella no quiere votar a quién Isidro le diga y prefiere hacer caso a su confesor.

—¡Pues entonces ya sabemos a quién va a votar! Todas las beatas de este país van a hacer cola para votar a los fascistas. Claro, que ellas no tienen la culpa...

—Lo ves, Curro —protestó don Melquíades—. Lo que te decía yo antes: Para los bolcheviques, cualquiera que no levante el puño ya es fascista.

—No digo yo que lo sea... —puntualizó Crescencio—, pero casi.

Miguel se acercó llevando una bandeja con la comanda y un platillo de aceitunas.

—Pues yo voy a votar a la coalición de derechas —afirmó don Melquíades con rotundidad—. No me importa decirlo. Y si hay que pasar por fascista, pues se pasa y ya está.

—Y yo voy a votar a los socialistas —replicó Crescencio—. Y si hace

falta pasaros por la piedra, pues se os pasa y ya está.

—Ya os bajaremos los humos. Lo vais a ver.

—La cosa va estar reñida —intervino Amadeo—. No veo yo a la izquierda tan fuerte como hace dos años. Aunque la gente sigue teniendo miedo a las derechas. No sé yo...

—¿Y tú a quién vas a votar, si puede saberse? —le interpelló Crescencio.

—Creo que votaré a los radicales. Al final, ha terminado por caerme bien el viejo bigotudo. A su edad, creo que se merece la oportunidad de gobernar. Una en serio, quiero decir. Que la jugarreta que le han hecho de ponerlo de presidente por un mes no ha estado nada bien.

—¿A Lerroux? ¡Valiente carcamal! Le está bien empleado, por no parar de lloriquear: ¡Que quiero ser presidente! —Crescencio fingió hacer pucheros, provocando risas entre los demás—. ¡Pues hala! Ya ha sido presidente, ahora que venga otro.

—Ya solo quedas tú, Curro —le apremió don Melquíades—. ¿Por quién te inclinas?

—Pues... lo creáis o no —respondió el ventero—, lo único que sé seguro es que voy a ir a votar, pero todavía no he decidido por quién hacerlo.

Aunque los otros tres protestaron ante su indefinición, Curro no les estaba ocultando nada; era cierto que no lo tenía decidido. No quería votar a Azaña porque, desde su punto de vista, había cometido muchos errores en sus dos años como presidente del consejo. A Lerroux no le habría importado, si no tuviese por sobrino a Aurelio. Los demás tanto le daban. Deseaba que el que gobernase lo hiciese con autoridad; que se recuperase el orden público y la gente se pusiese a trabajar para sacar a España adelante. Si a esa situación se llegaba desde la derecha o desde la izquierda era algo que no le preocupaba demasiado.

—Quiero escuchar lo que tengan que decir los políticos de aquí a las elecciones. Al que más me convenza, a ese lo votaré —apostilló Curro.

—Pues vas *apañado* si tienes que fiarte de lo que te digan todos esos —bufó don Melquíades.

—De alguno habrá que fiarse. Si resulta que no hay ninguno que merezca esa confianza, entonces sí que estaremos apañados los españoles.

Y, por una vez, todos los presentes estuvieron de acuerdo con las palabras de Amadeo.

Barcelona, Teatro Circo Olympia.
Sábado, 24 de febrero de 1934.

Se apearon del taxi frente a la puerta del teatro, en la ronda de Sant Pau, a unos pocos pasos del Paralelo. Paloma miró asombrada la fachada. Habría pensado que se trataba de un ministerio si no fuera porque en parte alta, justo debajo del frontón renacentista que la coronaba, podía leerse en grandes letras doradas: «Teatro Olympia Circo». Aurelio pagó la carrera y cogió a Paloma del brazo. Miró el reloj: pasaban unos minutos del mediodía.

—Llegamos tarde —dijo acelerando el paso.

Paloma se dejó llevar. Continuaba enfurruñada. Lo estaba desde la noche anterior, cuando Aurelio se había empeñado en llevarla al cine, al estreno de una película de Orphea, la productora de la que Aurelio era socio y para la que ella misma había trabajado, actuando en tres películas hasta la fecha. Dos ya se habían estrenado y Aurelio no había estado presente en ninguna de las galas. «Tengo que quedarme en Madrid, junto a mi tío», se había disculpado. Sin embargo, ese viernes había llegado por la tarde, en el tren. Ella lo estaba esperando en el andén, confiando en un fin de semana tranquilo y romántico, como lo habían sido los primeros que pasaron juntos en Barcelona. Después, las visitas de Aurelio se habían ido espaciando. Llevaban casi un mes sin verse y Paloma quería que fuese algo especial: un verdadero reencuentro. Para su desgracia, aquella tarde, nada más bajar del tren y tras un beso menos apasionado de lo que ella hubiera deseado, Aurelio le comunicó que tenía otros planes bien distintos de los que ella había imaginado. Por la noche, irían al cine, a un estreno. Tenía que ponerse su mejor vestido y estar radiante para la ocasión. De nada le valieron las protestas, aduciendo que preferiría una cena a la luz de las velas, en alguno de los pequeños restaurantes de la Barceloneta. «Es muy importante: la primera película sonora en catalán. Tengo que estar presente, irán las autoridades.» A punto estuvo de responderle que fuese él solo, que ella no era ninguna «autoridad».

Finalmente, después de algunas carantoñas, transigió. En mala hora; la película había resultado ser un tostón, a pesar de que ya era capaz de entender bastante bien el catalán. Y luego, para terminarlo de arreglar, lo de aquella misma mañana: una cita de negocios. La triste conclusión era que Aurelio se había desplazado a Barcelona no para estar con ella, sino por trabajo.

—No creo que dure mucho —aventuró Aurelio, empujando una de las puertas metálicas del teatro para dejarla pasar—. Puedes esperarme en la cafetería. Después, te llevaré a comer al mejor restaurante de la ciudad.

Paloma no tuvo oportunidad de responder. Nada más traspasar el umbral, se acercó a ellos un individuo alto y trajeado, cuya cara le resultó familiar a Aurelio. Ella lo reconoció como el hombre que les había franqueado el acceso al vestuario la noche del combate de Uzcudun, en Madrid. A su lado, se situaba un enano, con uniforme rojo y chorreras doradas, tocado con una gorra a juego.

—El señor Gasa me está esperando. Lamento llegar tarde, no había manera de encontrar un taxi...

—No tiene importancia —respondió en un tono neutro—. Los demás asistentes a la reunión acaban de llegar.

Aurelio recordó que Joaquín Gasa le había llamado porque quería presentarle «a unos amigos muy importantes».

—La señorita..., ¿viene con usted? —preguntó con un tono de desaprobación.

—Me esperará en la cafetería, no se preocupe.

—Pep —ordenó el hombre, dirigiéndose al enano—, encárgate de que la señorita no se aburra... demasiado. —Miró a Paloma de arriba a abajo—. Señor Lerroux, tenga la bondad de acompañarme.

—¡En este circo es difícil aburrirse, señorita! —exclamó el enano con voz chillona y mostrando su caótica dentadura en una sonrisa que, sin embargo, resultaba agradable—. Venga conmigo. Pep le enseñará todo lo que hay que enseñar, que es mucho.

Se despidieron, marchándose cada uno por su lado. Paloma siguió al enano que se apresuraba bamboleándose por el vestíbulo. A cada paso, se giraba para asegurarse de que iba tras él. Se detuvo ante una de las puertas que daba a la sala y estiró el cuello, mirando hacia las escaleras por las que subían los dos hombres. Cuando hubieron desaparecido, simuló un escalofrío.

—¡Brrrrr! No puedo soportar a Caradeacelga —dijo con su voz chillona—. No se lo vaya usted a decir. ¿Puedo confiar en usted? —Ante el gesto

afirmativo de Paloma, continuó—: Es la mano derecha del jefe, pero ni el mismísimo Pompoff sería capaz de hacerle sonreír. ¡Mal rayo le parta!

Paloma rio divertida. Quizá la espera no resultase tan aburrida, después de todo.

—Ya veo que usted no es así, señorita. A usted le gusta divertirse, pasárselo bien. ¡Como a Pep! —añadió señalándose el pecho—. Además, es muy guapa, si me permite que se lo diga, señorita...

—Paloma. Puedes llamarme Paloma a secas, sin el *señorita*.

El enano se quitó la gorra e hizo una profunda reverencia para, a continuación coger la mano que ella le tendía y darle un sonoro beso.

—Pep, el enano, para servirla. Le digo lo de enano por si no se había dado cuenta.

—Haremos una trato —propuso Paloma—. Tú dejas de llamarme de usted y yo te guardo el secreto.

—¿El de Caradeacelga?

—No, el de que eres enano.

Pep se puso muy serio, como si se hubiese ofendido. Un instante después, rompió a reír como loco.

—¡Me has pillado en mi propio chiste! Eso sí que no te lo perdono.

El hombre al que el enano llamaba Caradeacelga le indicó que pasara a uno de los despachos del piso superior, cuya puerta estaba abierta. Aurelio obedeció y se encontró en una amplia sala, decorada lujosamente. La puerta se cerró tras él. Las paredes, forradas de madera, aparecían repletas de fotografías y trofeos. Tras un gran escritorio de roble se sentaba Joaquín Gasa, que conversaba con otros dos hombres. Se levantó a saludarlo, en cuanto lo vio entrar.

—Amigo Aurelio, ¿cómo estás?

Se estrecharon las manos con fuerza. Los dos hombres también se levantaron. Tendrían, más o menos, la misma edad. «Sobre los cincuenta», pensó Aurelio. Uno de ellos vestía traje claro y corbata a rayas. Llevaba el pelo engominado y peinado hacia atrás. Sus ojos mortecinos no transmitían emoción alguna. El otro, de rostro algo equino, llevaba un terno de espiguilla gris y sonreía con timidez.

—Permitidme que os presente —se ofreció Gasa—. Aurelio, estos son los

señores Daniel Strauss y Jules Perel.

—Joaquín nos ha hablado mucho de usted, señor Lerroux —dijo el primero, tendiéndole la mano, en un más que aceptable español, con un acento entre centroeuropeo y mejicano—. ¿Qué tal se encuentra su tío?

—Muy bien, gracias. La presidencia le está sentando mejor de lo que podía esperarse, teniendo en cuenta su edad.

—*Io no habla español, mais je comprends bene* —dijo Perel, estrechando la mano a su vez y amagando una risa nerviosa.

—Lo entiendes muy bien, Jules —le animó Gasa—. Y en cuanto practiques un poco más, lo hablarás de corrido. Pero siéntense, caballeros. ¿Puedo ofrecerles algo de beber? ¿Un cigarrillo?

Aurelio y Strauss aceptaron los cigarrillos y Gasa abrió una hermosa pitillera de ébano que había sobre la mesa, para tomar otro él mismo. En un momento, el despacho se llenó del dulzón aroma del tabaco oriental. Los tres invitados esperaron a que Gasa comenzase a hablar.

—Daniel y Jules, si me lo permitís, me gustaría poner a Aurelio al corriente de nuestros negocios. —Ante el gesto afirmativo de ambos, continuó—: Supongo que habrás oído hablar de que estamos preparando una gran pelea para Paulino.

—Algo he leído —respondió Aurelio—. Contra Max Schmeling, ¿no es así?

—Cierto. Y he dicho estamos porque estos señores y yo nos hemos asociado para montar el combate. Queríamos que hubiese sido antes, pero, por razones que no vienen al caso, el proyecto se ha ido demorando. Finalmente, lo tenemos prácticamente cerrado para el ocho de abril.

—Seguro que será un combate estupendo —contemporizó Aurelio.

—Será más que eso —intervino Strauss—. Queremos que sea recordado durante mucho tiempo.

—La pelea de Paulino y Schmeling será solo el fin de fiesta. Un fin de fiesta de lujo, eso sí. Es muy probable que el ganador se enfrente a Primo Carnera por el título del mundo. Pero es que, además, habrá otros combates. ¿A ver si adivinas cuántos? —Gasa cruzó una mirada cómplice con Strauss.

Aurelio quedó sorprendido con la pregunta. Tiró por lo alto.

—No sé... ¿Ocho? ¿Tal vez diez?

—¡Treinta y cinco!

—¿Treinta y cinco? —repitió, incrédulo, Aurelio—. Pero... eso puede durar varios días.

—Tranquilo —rio Gasa—. Tus cálculos serían acertados si todos los combates se disputasen en el mismo *ring*.

—No entiendo —se disculpó Aurelio.

—Habrá tres *rings* —explicó Strauss—, montados uno al lado del otro. Aurelio asintió con la cabeza, aunque había algo que no encajaba.

—Ese montaje ocupa mucho espacio. Prácticamente todo el ruedo. Habrá menos localidades de arena.

Aurelio había supuesto que los combates se celebrarían en la plaza de toros, como venía siendo habitual.

—No serán en la Monumental —aclaró Gasa—, queremos que vaya mucha gente; mucha de verdad. Lo haremos en el estadio de Montjuic, con precios populares.

—Las peleas empezarán por la mañana, a eso de las once —continuó Strauss—. En total, treinta combates a cuatro asaltos, diez en cada uno de los cuadriláteros. Calculamos que terminarán sobre las dos de la tarde. Mientras el público come un bocadillo, desmontaremos los dos *rings* laterales. Después, vendrán los combates de fondo, cinco con el de Paulino.

—Total, treinta y cinco —sumó Aurelio, asombrado—. Que yo recuerde, nunca se ha hecho una cosa así.

—Nunca, llevas razón. Al menos, a este lado del océano —puntualizó Gasa—. Es una apuesta importante y no exenta de riesgo. Tenemos a nuestro favor que la fecha coincidirá con el inicio de las celebraciones del tercer aniversario de la República. Eso atraerá a la gente.

—Será un buen negocio, entonces.

Gasa y Strauss volvieron a cruzar miradas. Perel se limitaba a escuchar y observar a unos y otros con su rostro caballuno.

—Pues verás... Ya he dicho que los precios serán populares, pero te puedo asegurar que las bolsas de Paulino y Schmeling de populares tienen poco. A los otros boxeadores, algo habrá que pagarles. Menos mal que el alquiler del estadio parece que nos lo van a dejar a buen precio, por la promoción turística que el acontecimiento puede proporcionar a Barcelona. Vendrá gente de toda España. Y de Francia... Si las cosas van como esperamos, ganaremos algo de dinero. Tampoco demasiado. —Gasa hizo un gesto con la mano, como quitándole importancia.

Aurelio permaneció pensativo unos instantes. Después preguntó:

—¿Y merece la pena montar algo tan grande a cambio de unos beneficios... tan escasos?

—Amigo Aurelio. Llegados a este punto, debo pedirte una total discreción sobre lo que aquí discutamos. ¿Tengo tu palabra?

—Eso no deberías ni preguntarlo —respondió, algo molesto.

Paloma contemplaba ensimismada la enorme sala desde el patio de butacas. Pep se encontraba a su lado. Le señaló hacia el techo, para que admirase la gran cúpula, más propia de una catedral. Frente al escenario, ahora escondido tras el telón, se abría una pista circular sobre la que deambulaban, cansinamente, varias parejas de bailarines al son de la música que emitía un gramófono.

—¿Qué hacen bailando a estas horas? —se interesó.

—¡Bah! Uno de los inventos del jefe. Está demasiado ocupado con sus combates de boxeo y no tiene tiempo para traer buenos espectáculos. A cambio, organiza esta patochada: el Campeonato Mundial de Baile —informó el enano, poniendo voz de falsete—. Llevan más de doscientas horas bailando.

—¡Doscientas horas! No me extraña que estén cansados.

—No te pienses que son seguidas. Se turnan en los descansos. El caso es que siempre tiene que haber un mínimo de parejas bailando. Esos que ves allí abajo —señaló a unos hombres que dormitaban en las butacas de la primera fila— son los jueces. Por la tarde, cuando empieza a llegar público, es cuando se anima la cosa. Entonces es cuando salen todos a bailar y hay actuaciones... La música la toca una orquesta de verdad.

Paloma miró a su alrededor, imaginándose todas aquellas butacas llenas de gente aplaudiendo.

—Debe de ser maravilloso cuando el teatro está lleno. Me encantaría poder actuar aquí algún día.

—¿Eres artista? —preguntó Pep, con un gritito.

—Bueno, tanto como eso... He trabajado en tres películas, nada importante.

—¡Actriz de cine! —exclamó entusiasmado.

Paloma no se atrevió a confesarle que sumando sus tres intervenciones, apenas alcanzaba los diez minutos de aparición en pantalla y unas pocas palabras pronunciadas. Esa era otra de las cosas por las que estaba enfadada con Aurelio. Le había prometido que, después de unos pequeños papeles para

darse a conocer, le conseguiría alguno más importante, quién sabe si de protagonista. Pero la oportunidad nunca llegaba y, cada vez que le preguntaba, él eludía el tema cambiando de conversación. Paloma era consciente de que el dinero recibido por tan cortas apariciones superaba con mucho lo que percibían otros actores en su misma situación, motivo por el cual no podía mostrarse demasiado exigente.

—Sí, actriz de cine —respondió con una magnífica sonrisa—. Y espero hacerme famosa, para que lo sepas.

—Seguro que sí. Serás una gran actriz, de las que sale en las revistas ¿Me firmarás un autógrafo cuando seas una estrella?

—Por supuesto.

—Pues entonces, no esperemos más. —El enano rebuscó en sus bolsillos y sacó una libreta y un lápiz.

Paloma los tomó de sus manos y, después de pensar unos segundos, escribió una bonita dedicatoria. Pep la leyó y, para sorpresa de Paloma, los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Es... muy bonito —dijo con la voz entrecortada.

Paloma lo contemplaba sin saber qué hacer o decir.

—Me ha recordado algo que me dijo una amiga —continuó, sorbiéndose la nariz—; la mejor amiga que he tenido nunca. Ya no está aquí.

—¿Se ha... marchado?

—Murió. La enterramos hace dos semanas. —El rostro del enano se torció en un gesto de odio que asustó a Paloma—. Unos malnacidos pusieron una bomba en el poste del tranvía, no muy lejos de aquí. Ella tuvo la mala suerte de pasar al lado en el momento de la explosión.

Paloma lo abrazó y dejó que se desahogara.

—Lo siento muchísimo, Pep. Lo siento...

—Ella no tenía culpa de nada. Nunca había hecho mal a nadie. Tenía una zapatería, ¿sabes? Yo iba mucho; me dejaba muy buenos precios y, en un teatro, continuamente hacen falta zapatos. Los míos siempre me los regalaba. Solía acercarme por la tarde, nada más abrir, que es cuando menos gente hay. Así teníamos más tiempo. Me invitaba a café y charlábamos hasta que entraba algún cliente.

Permanecieron abrazados hasta que el enano dejó de sollozar. Se separó de ella y se secó los ojos con las mangas.

—¡Maldita sea mi estampa! Me encargan que te divierta y yo me pongo a llorar como una vieja. Como se entere Caradeacelga.

—No tienes por qué avergonzarte, Pep. Si a mí me hubiese pasado una cosa así, también estaría muy triste. ¡Y no te preocupes por Caradeacelga!

—¿Sabes? En realidad, no me llamo Pep. Ni siquiera soy de Barcelona..., ni catalán.

—¿Entonces?

—Me vine aquí a los catorce años. Soy de un pueblo de cerca de Zaragoza, La Almunia. ¿Lo conoces? —Ante la negativa de Paloma, continuó—. En un pueblo, no es muy recomendable medir ochenta centímetros. Tienes que aguantar muchas burlas. Un día pasó por allí un circo ambulante. El dueño me dijo que un enano siempre venía bien en un circo, así es que me marché con ellos. Llegamos a Barcelona, la compañía se disolvió y yo aterricé en el Olympia. Hasta hoy.

—¿Y cuál es tu verdadero nombre?

—¿Será parte de nuestro secreto?

—Prometido.

—Godofredo. El cabrón de mi padre me puso Godofredo.

Paloma no pudo contener la risa y Pep la animó con sus carcajadas. Las parejas que bailaban se los quedaron mirando.

Joaquín Gasa se levantó, antes de continuar, y se dirigió hacia una mesita donde había varias botellas. Ofreció algo de beber a los presentes, que rehusaron. Se sirvió un poco de güisqui sobre dos trozos de hielo y llenó el vaso con sifón.

—Dime, Aurelio, ¿qué sabes del juego en España?

—Lo que sabe todo el mundo: que está prohibido.

—Correcto. Lo que la gente parece haber olvidado es que el juego se prohibió durante la dictadura y ahora estamos en una democracia. Yo diría que es la única ley de la dictadura que nadie se ha preocupado de revocar. El juego se prohibió porque había demasiados abusos, garitos sin declarar, timbas por las calles...

—Yo viajo mucho, como usted puede imaginar —intervino Strauss—. En todos los países civilizados el juego está permitido. Vigilado por las autoridades, como debe ser, pero es completamente legal. Yo mismo tengo algunos negocios en Holanda.

—Los españoles aficionados al juego, que los hay y muchos, han de

marcharse a Biarritz o a Estoril —aseguró Gasa—, por mencionar solo los casinos que pillan más cerca. Estamos perdiendo mucho dinero con esa estúpida prohibición. Se crearían puestos de trabajo, se atraería el turismo...

—Ha habido propuestas de legalizar el juego —reconoció Aurelio, midiendo sus palabras—, pero hasta ahora sin éxito. Los sucesivos gobiernos no se han atrevido nunca a dar el paso, por miedo a lo que hubiera dicho la oposición.

—¡Ese es el problema! —convino Gasa—. La cortedad de miras de los políticos. Es una situación que tiene que cambiar.

Aurelio lo pensó unos momentos. Después, abrió las manos en un gesto de impotencia.

—Si lo que estáis intentando pedirme es que interceda ante mi tío para desbloquear el asunto, me temo que no va a poder ser. Como os he dicho, podría poner en peligro la propia continuidad del gobierno que se atreviese a autorizar el juego.

—Ya hemos pensado en eso y estamos de acuerdo en que no sería bueno plantearlo por las bravas. Despertaría muchas suspicacias. Creemos que podría hacerse de forma... gradual.

—¿Cómo? ¿Autorizando primero a apostar judías y garbanzos? — Aurelio rio su propia gracia, pero las sonrisas de los demás fueron bastante forzadas.

—Tenemos la fórmula para hacerlo —aseguró Strauss—. Empezaríamos con un juego de habilidad. Le recuerdo que los que están prohibidos son los juegos de azar.

—Por otro lado, Cataluña ya dispone de gobierno propio —puntualizó Gasa—, goza de bastante autonomía. Sería el lugar ideal para establecerse. El presidente de la Generalitat acaba de llegar al cargo, no tiene experiencia y estará deseoso de ganar popularidad. Traer la prosperidad económica a la zona donde se instalase la sala de juego podría hacerle sumar muchos puntos.

—¿En qué lugar habéis pensado?

—En Sitges. Playa, buen ambiente, turismo...

—Companys⁵ es de la Esquerra. Siempre se han opuesto al juego — recordó Aurelio.

—¿Conoces algún político que no haya cambiado de opinión?

—¿Y cómo pensáis hacer que se produzca ese cambio?

—Ya lo estamos haciendo. ¿Es que no lo entiendes? La organización del combate no es sino un primer paso que nos ha de abrir muchas puertas.

—En cuanto tengamos a Schmeling aquí —terció Strauss—, serán muchos los que quieran hacerse una foto a su lado. Lo he arreglado para que venga a entrenar cerca de Barcelona, bastantes días antes del combate. Y para los que no sean aficionados al boxeo, viajará acompañado por su mujer, una actriz muy famosa: Anny Ondra.

—¡Anny Ondra! —se sorprendió Aurelio—. No sabía que estuviera casada con un boxeador.

—Y no será la única estrella de cine que se acerque por Barcelona coincidiendo con el combate, créame. Modestamente, puedo asegurarle que no me faltan contactos para conseguirlo.

—Doy fe de ello —sentenció Gasa—. Como verás, mi querido amigo, estamos preparándolo a conciencia. A nada que nos acompañe la suerte, no se atreverán a negarnos los permisos y dentro de unos meses tendremos funcionando unas cuantas mesas de... *Straperlo*.

—¡*Straperlo!* —repitió Aurelio—. ¿De modo que así se llama ese juego de habilidad que mencionó el señor Strauss?

—Ciertamente —respondió este—. Esperamos poder enseñárselo pronto; haré traer una mesa a mediados de marzo. Le puedo anticipar que es una especie de ruleta, en la que una persona observadora y que calcule con rapidez puede predecir el número donde caerá la bolita. No es azar, señor Lerroux.

Aurelio meditó unos instantes.

—Es factible —concluyó—. Si se consigue instalar esa... ruleta aprovechando un resquicio de la ley, lo que venga a continuación será más fácil.

—Lo que vendrá a continuación será sembrar España de *Straperlos* —aseguró Gasa—. Te puede parecer que soy demasiado optimista, pero, en cuanto nos instalemos aquí, en Cataluña, serán muchas las ciudades de todo el país que desearán tenerlo. Al Gobierno central no le quedará más remedio que transigir. Ninguna región querrá ser menos que Cataluña.

—Y..., siendo un juego de habilidad, ¿el beneficio resulta tan interesante como para no pensar en dar el salto al juego de verdad?

Strauss iba a responder, pero se le adelantó Perel, que no había abierto la boca hasta ese momento:

—Mejor *Straperlo*, verdad. Más... —movió las manos, intentando buscar las palabras— beneficio. *Jogo* rápido. Usted apuesta... poco dinero, *mais* rápido. Y pierde.

—Muy bien explicado, Jules —aplaudió Gasa—. Lo que quiere decir es que el *Straperlo* puede resultar extraordinariamente rentable para la banca. La dinámica del juego hace que se deba apostar muy rápido. Las posturas son pequeñas y la gente pierde casi sin sentirlo.

—Y... ¿cuál será mi papel en todo esto?

Gasa y Strauss sonrieron.

—En una primera fase, la catalana, lo único que tendrás que hacer será estar atento. En cuanto el *Straperlo* comience a funcionar, la noticia volará a Madrid. Es de suponer que se producirán reacciones adversas. Tu labor será controlarlas, poner voluntades de nuestra parte... Si hace falta, incluso la del presidente.

—Eso no resultará sencillo..., ni barato.

—Contamos con ello, no te preocupes.

—¿Y yo?

—Tendrás tu parte, por supuesto.

Gasa había ayudado a Aurelio a abrirse paso en el cerrado coto del cine. Orpheo Films marchaba viento en popa. A su vez, él se había beneficiado de las influencias de Aurelio en algunos negocios fuera de Cataluña. Podía decirse que en aquel momento estaban en paz. Para devolver los favores a Gasa, Aurelio había tenido que echar mano de jefes regionales del Partido Radical, los cuales se habían mostrado encantados de poder prestar un servicio al sobrino del jefe nacional. El salto que le proponían ahora era cualitativo. Se trataba de influir directamente en miembros del Gobierno y, quién sabe, si del propio presidente, don Alejandro Lerroux. No le pareció buen momento para fijar el precio.

—De acuerdo entonces, no se hable más. Podéis contar con mi ayuda.

—¡Bravo! —exclamó Gasa—. Ahora sí, tenéis que aceptarme una copa.

Se dirigió a la mesita con las bebidas y sirvió tres vasos de güisqui con sifón. Perel lo pidió poco cargado. Una vez los tuvieron en sus manos, Gasa levantó el suyo y brindó:

—Señores, por el *Straperlo*.

—¡Por el *Straperlo*! —repitieron a coro.

—Eso es —añadió Perel—. Por el *Straperlo*... de Strauss y Perel.

Solo entonces, Aurelio cayó en la cuenta del origen del nombre de aquel extraño juego.

Paloma contemplaba divertida las evoluciones del enano, sentada en una de las mesas de la cafetería. No se limitaba a contarle anécdotas de todos sus años en el circo, sino que las representaba, poniendo en ellas todo el realismo del que era capaz. Le estaba contando una, ocurrida durante un espectáculo con caballos. Pep trotaba alrededor de la mesa imitando a los animales.

—A una de las bestias se le ocurrió aliviarse en mitad de la pista. —Pep escenificó el acto levantando una pierna y haciendo una pedorreta con la boca—. Salió rápidamente el encargado de recoger aquello. Siempre que se trabaja con animales —explicó—, hay un mozo vestido de gala, por si tiene que salir al escenario a... ya me entiendes. Iba muy compuesto él; muy ufano, con su recogedor dorado y su escobilla. Era su momento de gloria: una aparición estelar en la pista, con todo el público fijándose en él.

El enano utilizó su gorra a modo de recogedor y empujó la mierda imaginaria con una escoba de la misma naturaleza, arrugando la nariz como si el olor fuera insoportable. Paloma reía entusiasmada.

—El domador dirigió a los caballos hacia el otro extremo de la pista para facilitar su labor —continuó Pep—, pero uno de ellos se quedó rezagado. Pasó por detrás del «quitacacas», justo en el momento en que se incorporaba después de haber hecho su trabajo y... se ve que el animalito se asustó por la brusquedad del movimiento. El caso es que soltó una coza... que dio de lleno en el recogedor.

—¡Nooo! —Paloma soltó un grito, imaginándose lo que pasó a continuación.

—¡Síiiii! —Pep movía la cabeza de arriba abajo mientras reía de forma contagiosa—. ¡Síiii! Lo de dentro salió volaaando..., volaaando... Y fue a aterrizar entre los espectadores de la primera fila. ¿Te imaginas? ¡Las localidades más caras! Todas llenas de gente bien: señoronas con vestidos nuevos y caballeros trajeados. —El enano hizo una pausa—. ¡Acabaron llenos de mieeerdadaa!

Ambos estallaron en carcajadas. El feo rostro del enano estaba frente al de Paloma, muy cerca. Subía y bajaba la cabeza de forma frenética.

—¡Síiiii! Llenitos de caca. Pero... —Se puso muy serio de repente—. ¿A qué no sabes qué fue lo mejor?

—No, no lo sé —hipó Paloma—. Cuéntamelo tú.

—Pues que todo el público... ¡se puso a aplaudir como loco! ¿Te lo puedes creer? ¡Fue algo único! Los de la primera fila echando pestes del

pobre mozo, que no sabía dónde meterse. Y la sala, llena a rebosar, con la gente gritando: «¡que lo repita, que lo repita...!».

En ese momento, entró Aurelio en la cafetería, seguido de Gasa y Strauss. Encontraron a la extraña pareja abrazada y riendo como locos. No se percataron de la presencia de los recién llegados hasta pasados unos segundos.

—¡Caramba! —exclamó Aurelio—. Y yo que estaba preocupado, pensando que te estarías aburriendo.

—¡Ah! Hola. Lo siento —se disculpó Paloma, secándose las lágrimas con un pañuelo—. Es que Pep me estaba contando unas cosas divertidísimas.

—Bien hecho, Pep —intervino Gasa—. No sé lo que le habrás contado a la señorita, pero si ha servido para que se lo pase así de bien, mereces una recompensa.

Sacó un duro del bolsillo y lo lanzó al aire, empujándolo con el pulgar. Con un rápido movimiento, el enano se quitó el gorro, atrapó con él la moneda al vuelo y se lo volvió a poner en la cabeza.

—¡Muchas gracias, jefe! Ya sabe que aquí me tiene, para lo que usted mande.

Gasa movió los ojos de manera imperceptible para todos, menos para el enano.

—Bueno, pues ahora tengo que irme. Ha sido un placer conocerla, señorita Paloma. —Le cogió la mano y la besó con suavidad.

Se lo quedaron mirando mientras se alejaba moviendo las piernecillas con rapidez. Gasa fue el primero en volverse.

—Creo que ya nos hemos visto en alguna ocasión —dijo, dirigiéndose a Paloma.

—Es posible —dudó ella, aunque lo cierto era que recordaba muy bien a Joaquín Gasa.

Aurelio se ofreció a hacer las presentaciones. En el momento en que Strauss tomaba la mano de Paloma, Jules Perel se unió al grupo. En su rostro brillaron unos ojillos lascivos cuando le llegó el turno de ser presentado.

—Aparte de contarle cosas divertidas, supongo que nuestro buen Pep también le habrá enseñado el teatro —se interesó Gasa.

—¡Sí, por supuesto! Ha sido un magnífico anfitrión. Hemos estado en el escenario, en los camerinos, ¡en las cuadras! ¿Sabías que también hacen espectáculos de circo, con animales, trapeceistas, payasos...? —preguntó a Aurelio.

—¡Pues claro que sí! —se anticipó Gasa—. En la fachada del edificio está escrito: «Teatro Circo Olympia». Tenemos escenario y tenemos pista. Se ha dado el caso de programar un espectáculo de circo por la tarde y una zarzuela por la noche. La pista, incluso, puede convertirse en piscina. ¡Trescientos mil litros de agua, nada menos! —explicó orgulloso—. La hemos utilizado con focas, exhibiciones de baile acuático... Podemos realizar cualquier montaje por complicado que sea. Estamos a la altura de las mejores salas de Londres, París, Nueva York...

—Yo puedo atestiguarlo —coincidió Strauss—. Hay pocas salas en el mundo que puedan compararse con el Olympia.

—Paloma es actriz —se le ocurrió decir a Aurelio, un tanto extemporáneamente.

—¡Actriz! —se sorprendió Gasa, girándose hacia la aludida.

—Bueno..., he hecho algunos pequeños papeles en películas —Paloma se sonrojó—, pero nunca he actuado en el teatro.

—Debería hacerlo —recomendó Strauss—. Los espectadores solo tendrían ojos para usted.

Ella agradeció la galantería con una sonrisa.

—Su mejor actuación, sin embargo, no ha sido en el cine —afirmó Aurelio, dando un tono misterioso a su voz.

Paloma lo miró espantada. Solo podía referirse a la suplantación de *miss* Francia que había realizado, pero se suponía que aquello debía permanecer en secreto. Aun así, Aurelio refirió en pocas palabras la aventura, haciendo hincapié en lo bien que le quedaba el pelo teñido de rubio.

—Había oído hablar de ello —reconoció Gasa jocosamente—. Aunque lo cierto es que no me lo creí del todo, lo tomé por una exageración. ¡Menuda actuación!

—*Est que vous parlais français?* —intervino Perel, que había permanecido en un discreto segundo plano.

Paloma lo miró por un momento, antes de responder.

—*Oui. Mais je suis dit que j'ai qu'améliorer mon accent.*

La repuesta fue acogida con sonrisas de aprobación.

—Actriz, con idiomas y capaz de salir airosa de situaciones comprometidas —comentó Strauss con admiración—. Una muestra real de que la inteligencia no está reñida con la belleza.

—No puedo estar más de acuerdo —apostilló Gasa.

Tanta adulación hizo que se sintiese incómoda. Aurelio se arrepintió de

su indiscreción, pero ya era tarde.

—Creo que ya es hora de que nos marchemos —sugirió, tomando a Paloma de la mano.

—¿Y por qué tanta prisa? —se interesó Gasa.

—Había prometido a Paloma que iríamos a comer a algún restaurante típico. Se nos va a hacer tarde.

Gasa miró la hora e hizo un gesto displicente.

—Aún es pronto. ¡Escuchen! —añadió, abriendo las manos y abarcando a todos los presentes—. Se me acaba de ocurrir una idea. ¿Por qué no vamos todos a comer a Sitges? Invito yo. Conozco un restaurante magnífico, con mesas en la misma playa. Puedo llamar por teléfono y pedir que nos tengan lista una paella para cuando lleguemos.

Paloma y Aurelio se miraron. Estaba claro que aquel no iba a ser el fin de semana romántico con el que ella había soñado. Se encogió de hombros. Strauss y Perel aceptaron entusiasmados el ofrecimiento.

Madrid, a 13 de abril de 1934.

Querida Paloma:

Encarna y yo nos alegramos de que estés bien.

Nosotros, también bien. Algunos achaques propios de la edad, pero nada por lo que haya que preocuparse.

Encarna se ha venido definitivamente a vivir a la venta. No ha faltado quien se haya extrañado por ello, empezando por don Melquíades, ya sabes cómo es, pero esperábamos que ocurriese y no nos importa.

Ayer estuvimos en el estreno de tu película. Gracias por avisarnos con tiempo. El cine estaba lleno y el público se lo pasó muy bien. Encarna dice que es la mejor de las que has salido hasta ahora y que estás muy guapa. Yo, claro, estoy de acuerdo con ella. Los dos te echamos mucho de menos.

He oído que ahora en Madrid ya hay muy buenos estudios. Completamente nuevos y produciendo buenas películas. Con la experiencia que estás adquiriendo, podrías intentarlo aquí. Aún me quedan algunos amigos de los que podría echar mano si te decidieses a volver. No es que sean gente de cine, pero están bien situados, ya me entiendes.

Además, así podrías ayudarnos con unas reformas que queremos hacer en la venta. Hay algunas cosas, como la barra del bar, que se caen de puro viejas. El retrete que hay en la parte de atrás vamos a echarlo abajo y construir unos aseos nuevos, más amplios y separados para hombres y mujeres. Tenemos más ideas, sería estupendo que pudiésemos contártelas sobre el terreno.

Seguro que piensas que soy un pesado y que estoy insistiendo demasiado para que vuelvas, así es que ya no te lo diré más.

En tu última carta me preguntabas por los amigos de la venta. Están todos bien, más o menos. Crescencio ha pasado muy mal invierno, con el reuma de la pierna que le queda. Se le ha avinagrado el carácter y cada día discute más con don Melquíades, aunque ya no es como antes: ahora pueden llegar a enfadarse de verdad. Es cosa de la política, que lo está envenenando todo, hasta las amistades. Los tres hijos del Panadero se han hecho falangistas. Y desde que hace un par de meses mataron a tiros a un compañero del mediano, el que estudia medicina; Segundo creo que se llama, se han radicalizado aún más. Ahora dicen que no tienen por qué esconderse, que sería como traicionar al compañero caído, así es que van por ahí luciendo camisa azul y correaes. Siempre juntos y al menos uno de ellos lleva pistola. Crescencio, cada vez que los ve, escupe al suelo. Don Melquíades sale en defensa de los suyos y ya te puedes imaginar lo demás.

Miguel es de los que más se ha alegrado con la llegada de Encarna. No le ha pillado por sorpresa. Me ha llegado a decir que lo nuestro era un secreto a voces, pero, cuando le he preguntado cómo se había enterado, no ha querido soltar más. Ya sabes lo reservado que

es a veces. Al otro Miguel, su hijo, hace tiempo que no lo veo. Está en Albacete, haciendo el servicio militar, y vendrá cuando tenga un permiso. La última vez que apareció por la venta, venía de una riña política. Se ha hecho de la UGT y es de los que se pelea con los falangistas. Supongo que te acordarás de él, le gustabas mucho, pero nunca se atrevió a decírtelo.

Amadeo, el del niño pequeño que es un terremoto, es al que más afectado se le ve por la situación. Siempre intenta quitar hierro a las discusiones y apaciguar el ambiente, con más buena voluntad que otra cosa. Está preocupado porque «cada vez quedan menos hombres buenos», según sus palabras. Una España sin hombres buenos, en la que le va a tocar vivir a su hijo, que ahora está con paperas. Le voy a dar esta carta, en cuanto la termine, para que la lleve a la estafeta y te llegue antes.

De los demás, los que venían más de tarde en tarde por la venta, no sé si contarte algo de ellos. Lo mismo ni te acuerdas o te da igual. Si quieres saber algo en concreto de alguno, dímelo en la próxima carta.

La buena noticia es que Machaco, aquel matón que se metía con todo el mundo, anda desaparecido. Dicen que tuvo que salir de Madrid por piernas cuando se decretó el estado de alarma. La verdad es que no me extrañaría que fuese así.

Leo todos los días en los periódicos las noticias que vienen de Barcelona y no parece que las cosas estén mucho mejor por allí. Me asusté el mes pasado, cuando apareció lo de las huelgas y que allí la Generalitat había declarado por su cuenta el estado de guerra. Al final, parece que no fue para tanto. De todas formas, tú, si ves que hay lío, quédate en casa hasta que pase el peligro.

Recibe un beso de tu tío, que te quiere:

Curro.

Hola, cariño. Soy yo, Encarna. ¡Hay que ver con este hombre! Si no llego a pasar a su lado cuando te estaba escribiendo, ni me avisa para que te ponga unas líneas. ¿Cómo estás? Ayer te vi en la película. Estabas preciosa. A mí se me saltaron las lágrimas. A Curro no porque estaba yo delante. Te echa mucho de menos. Va a tu cuarto todos los días y se queda parado un rato, mirando desde la puerta. Le darías una alegría si vinieses a hacernos una visita. Ya sé que él quiere que vengas para quedarte, pero si tan solo fuese una visita, seguro que se alegraba lo mismo. Piénsatelo, anda.

Muchos besos de:

Encarna.

P. D. Aprovecho que no me ve tu tío para ponerte en el sobre unos recortes de los periódicos de hoy, con la crítica del estreno.

Barcelona, a 25 de abril de 1934.

Querido tío:

Me alegro mucho de que por fin Encarna y tú estéis juntos. Felicítala de mi parte, que sé que lo estaba deseando y, además, te quiere.

Yo sigo bien. Dentro de poco, empezaré otra película. Un papelito corto, ya sabes, pero sigo confiando en que alguna vez me llegue una verdadera oportunidad. El caso es ir cogiendo experiencia. Por aquí también se habla de los nuevos estudios que han abierto en Madrid. Algunos compañeros ya los conocen y dicen que están muy bien, pero de momento, voy a seguir intentándolo en Barcelona. Lo prefiero así. Aún es pronto para pensar en volver.

Además, voy a compaginar las películas con otro trabajo que me ha salido en una nueva atracción turística que se está preparando cerca de aquí. Según me han dicho, contará con espectáculos y actuaciones. Preparándome bien, seguro que habrá sitio para mí. Por si acaso, he comenzado a dar clases de canto y baile. Ya ves que me lo tomo en serio. Todavía no puedo darte más datos porque solo es un proyecto, pero espero tener noticias pronto.

Me da pena lo que me cuentas de Crescencio y don Melquíades. Me divertía mucho oyéndoles discutir y lanzarse puyas. Luego terminaban tan amigos y se iban a casa uno al lado del otro ¡Y claro que me acuerdo de Miguel! Le tenía aprecio, pero no sé..., nunca me lo imaginé como pretendiente. Supongo que ya tendrá novia y se habrá olvidado de mí.

No te sientas tan inquieto por las noticias que lleguen de Barcelona. Es una ciudad muy grande, casi tanto como Madrid. Yo también leo los periódicos con las noticias de allí y no creo que esto sea más peligroso. También hay huelgas, tiros y bombas de vez en cuando, pero no más que en Madrid. Solo si tienes mala suerte te puede pasar algo. Y la mala suerte se puede tener en cualquier sitio.

En fin, te dejo porque ahora me tengo que ir a clase. Duran dos horas y voy todos los días. Después de las clases me quedo un ratito más, practicando por mi cuenta. He hecho muchos progresos en poco tiempo; ya lo veréis porque es posible que en la próxima película tenga que bailar.

Un beso para ti y otro para Encarna.

Paloma.

P. D. Dale las gracias a Encarna por los recortes.

Sitges, Hotel Terramar, habitación diecisiete.
Martes, 8 de mayo de 1934.

En la habitación del Hotel Terramar reinaba un silencio casi absoluto. Solo lo rompía el ronroneo del motor que hacía girar el plato de la extraña ruleta que, sobre una mesa con tapete verde, ocupaba el centro de la estancia. Las camas se habían retirado y una decena de sillas rodeaban el artilugio. Aurelio permanecía de pie; Gasa, Strauss y Perel estaban sentados, formando un triángulo, como si se hubieran repartido para observar lo que ocurría desde todas las perspectivas posibles. Paloma también estaba de pie, cerca de la ruleta y dando la espalda a Aurelio. Frente a ella, un crupier alto y rubio sostenía entre sus dedos una bolita de acero. Miró de reojo a Strauss y este asintió. Colocó la bolita en un resorte accionado por un mecanismo de relojería. Al cabo de unos segundos, la bola saltó para ir a caer sobre un canal formado por dos rieles paralelos que serpenteaban sobre el plato de la ruleta. Paloma la observaba con atención mientras se deslizaba parsimoniosamente entre los rieles. El crupier entonó el «¡no va más!» con un fuerte acento centroeuropeo. La bolita llegó al final de su recorrido y se precipitó sobre el plato que no paraba de girar. «¡El treinta!» anunció el crupier, al tiempo que depositaba una nueva bola en el resorte. Antes de que esta saltara de nuevo, extrajo limpiamente la primera bola, sin que el plato se detuviera en ningún momento. El juego se repitió. Paloma entornó los ojos. En un determinado momento del recorrido, exclamó:

—¡Veintitrés! Apuesto por el veintitrés.

—¡No va más!

La bola cayó y fue a depositarse en el número que había cantado Paloma, que sonrió satisfecha.

Tras varios intentos, en los que siempre acertaba el número correcto, Paloma ya era capaz de levantar la vista y parecer distraída, sin por ello fallar en sus cálculos.

—*¡Bene! ¡Muy bene!* Reconoció Perel con entusiasmo.

—Es muy fácil —dijo Paloma, restándole importancia—. Solo hay que fijarse bien y saber sumar y restar. Cualquiera podría hacerlo. Este es un juego al que ganará todo el mundo.

—Si eso ocurriese, señorita —intervino Strauss—, mis amigos y yo acabaríamos en la ruina. —Rubricó sus palabras con una risita ahogada, que fue acompañada por Gasa.

El crupier colocó otra bola en el resorte.

—¡El catorce! —cantó Paloma con seguridad.

En esta ocasión, la bola terminó cayendo en el número quince. Miró al crupier, pero este permaneció impassible. Los dos siguientes intentos también resultaron fallidos. Paloma volvió a concentrarse como en la primera ocasión, sin perder de vista la bola durante todo su recorrido. Falló otra vez. Strauss y Gasa contemplaban la escena divertidos. Perel también sonreía, pero se fijaba más en el pecho de Paloma, que subía y bajaba debajo de la blusa. Se sentía como una tonta, al no ser capaz de acertar lo que, en principio, le había parecido tan fácil.

—Mi querida Paloma, no te lo tomes a la tremenda —dijo Gasa, quitándole importancia—. Cualquier pequeño despiste puede hacer que se falle en la predicción. Gracias a ello esperamos que esta ruleta nos proporcione beneficios. Aquí, en esta habitación, sin ruido ni otros jugadores empujando, resulta más fácil concentrarse en la bola. Imagínate cuando la instalemos y la abramos al público.

—Es cierto —reconoció Paloma, compungida—, en la tranquilidad de esta habitación es más fácil y si, ni aun así, soy capaz de acertar...

—No, no señorita... —Jules Perel se levantó y se acercó a Paloma, tomándole una mano entre las suyas—. *Estaba faccendolo eh... maraviglia. No triste...*

—¡Por supuesto que lo está haciendo de maravilla! —convino Daniel Strauss—. Es justamente lo que queríamos de usted. —Consultó el reloj de oro que llevaba en la muñeca y prosiguió—: aún faltan más de dos horas para que el presidente Companys y sus acompañantes lleguen al hotel. Hay tiempo de sobra para que practique un poco más.

Las instrucciones que había recibido Paloma eran las de hacerse pasar por una turista algo atolondrada que se alojaba en la habitación contigua. Se había vestido y peinado para aparentar más edad de la que tenía. Si todo iba como habían planeado, Companys y su séquito llegarían poco antes de la

hora de comer, atendiendo a la invitación de Gasa y Strauss. Ya solo faltaban cinco días para el combate entre Uzcudun y Schmeling, que había tenido que ser retrasado a causa de una inoportuna lesión en la mano del boxeador alemán. Finalmente se celebraría el trece de mayo y sería un gran acontecimiento para Barcelona y Cataluña en general. Las dotes de Strauss como relaciones públicas ya habían conseguido que toda la comitiva que rodeaba a Schmeling fuese recibida, una semana antes, por el alcalde de Barcelona, Pi i Sunyer, y por el propio presidente Lluís Companys, en el palacio de la Generalitat. Este último había aceptado, sin dudar, la invitación a la comida que Strauss daría en Sitges y que contaría además con la presencia del boxeador y de su esposa, la encantadora actriz Anny Ondra. La prensa también había sido convocada, lo que daría publicidad al evento y demostraría el apoyo institucional con el que contaban. En un determinado momento, Gasa y Strauss pedirían a Companys que los acompañase para tratar un tema en privado. Era de suponer que no se negaría y que, en todo caso, lo seguirían uno o dos de sus más cercanos colaboradores. Una vez en la habitación número diecisiete, y ya frente a la ruleta, le expondrían sus verdaderas intenciones y le harían una demostración práctica del funcionamiento del aparato. Solo si el presidente se mostraba demasiado reticente a autorizar la instalación del *Straperlo*, intervendría Paloma. El crupier cambiaría el «¡no va más!» por un afrancesado «*rien va plus!*», pronunciado en un tono suficientemente alto. Al oírlo, Paloma debería salir al pasillo y llamar a la habitación diecisiete, fingiéndose atraída por las voces. Se quedaría muy sorprendida por la presencia de Companys y preguntaría si allí se estaba jugando a algo. Explicaría que ella y su acaudalado marido eran muy aficionados al juego, pero tenían que salir de España para practicar, lo cual era una pena porque era dinero que escapaba del país cuando más se necesitaba. Sería Gasa quien le pediría disculpas por las voces y la invitaría a probar el juego. Así se demostraría que, con unas sencillas explicaciones, cualquiera podría ganar al *Straperlo*, al tratarse de un juego de habilidad y no de azar.

Paloma continuó practicando durante un rato. Acertaba casi siempre y ya no volvió a encadenar dos fallos consecutivos. Cuando, por fin, los tres organizadores quedaron satisfechos, Aurelio apareció desde su discreto segundo plano y se ofreció para llevar a Paloma a tomar un café. A los demás les pareció bien y se quedaron en la habitación discutiendo los últimos detalles.

Bajaron al vestíbulo y salieron a la terraza, donde se encontraba el bar. Se sentaron en una pequeña mesa que se asomaba al jardín. Un camarero se acercó, solícito, a atenderlos. Aurelio esperó a que se hubiese marchado para preguntar:

—¿Estás nerviosa?

Paloma lo miró enfurruñada y no respondió.

—Vamos, no tienes de qué preocuparte. Lo mismo no hace falta ni que intervengas.

—No es miedo escénico —explotó Paloma—, si es eso lo que tratas de insinuar.

—¿Entonces...?

—¡Vamos! No te hagas ahora el inocente. Tienes de inocente lo mismo que esa ruleta de ahí arriba.

—Así que es eso...

—Sí, es eso. Tú estabas enterado de que con esa ruleta se puede hacer trampa y no me habías dicho nada. Si voy a participar en una estafa, al menos tengo derecho a saberlo de antemano.

Aurelio abrió los brazos a modo de disculpa.

—No sé cómo lo hacen —reconoció—. Solo he oído comentarios entre ellos y el crupier, que he entendido a medias. Ya sé que quizá debería haberte avisado, pero no estaba seguro.

—¿Lo estás ahora?

—Si algo he aprendido en los dos últimos años es que todo el mundo hace trampas. Este juego no iba a ser precisamente una excepción.

—No parece importarte demasiado.

—Pues claro que no me importa. No se trata de robar o arruinar a nadie, solo de aligerarles unos cuantos duros de los bolsillos. ¿Es que no te das cuenta? Hay mucho dinero detrás de esto. ¿Qué importa si la bolita no cae siempre donde tiene que caer?

Paloma no respondió. La necesidad de dinero para seguir manteniendo una vida independiente, alejada de su tío, había hecho que aprendiera a apreciar el vil metal, como nunca antes lo había hecho. Los organizadores de aquel tinglado estaban invirtiendo mucho en un negocio que por el momento no daba beneficio alguno. Ella misma era pagada con generosidad, solamente por prepararse para actuar. Por estudiarse el papel. Si finalmente era necesario su concurso, la recompensa sería aún mayor. Aurelio llevaba razón: unos cuantos duros no arruinaban a nadie.

—Supongo que llevas razón —reconoció al fin—. Pero malo será que no acabemos en la cárcel.

Aurelio soltó una carcajada y miró el reloj.

—Tengo que hacer una llamada telefónica. Discúlpame un momento.

Paloma lo observó mientras se alejaba hacia la recepción. Solicitó un número a la operadora y pidió que le pasasen la comunicación a una de las cabinas. Antes de entrar en ella, se aseguró que no había nadie en las proximidades que pudiese escucharle. Una voz de hombre, algo atiplada, respondió al otro lado de la línea.

—¿Quién es?

—¿Y quién iba a ser? ¿Estás esperando muchas llamadas? —Aurelio evitó dar su nombre, tal y como habían acordado. Siempre podía haber una telefonista chismosa escuchando.

—Está hecho —respondió la voz.

—¿Estás seguro de que el «pollo» ha recibido el mensaje?

—Su secretario me ha dicho que se lo transmitiría enseguida.

—¿Te ha preguntado por la fuente de información?

—Sí, claro, no es tonto. No ha terminado de tragarse lo de que haya sido alguien del servicio del hotel, pero no ha insistido más de la cuenta. Le he pedido que mantenga mi nombre en secreto. Si sale a la luz, tú y yo vamos a tener problemas.

A Aurelio no le pasó desapercibido el mensaje que le mandaba su interlocutor de no estar dispuesto a caer solo, en caso de que viniesen mal dadas. Lo ignoró y respondió con tranquilidad:

—Ahora solo queda esperar. No intentes llamarme. Ya me pondré en contacto contigo.

Salió de la cabina y pagó la llamada.

Strauss paseaba de una esquina a otra del vestíbulo como un león enjaulado, mirando el reloj a cada momento. Gasa lo observaba con preocupación sin parar de fumar. El presidente se estaba retrasando demasiado. Jules y Aurelio permanecían meditabundos, instalados en cómodos sillones. Desde la sala de billar les llegaban los gritos y las risas del boxeador alemán y Anny, su mujer, que aprovechaban la espera jugando una partida, acompañados por Joe Jacobs, el mánager del púgil. Paloma se había

recluido en su habitación. Si finalmente se hacía necesaria su intervención, no sería bueno que la vieses en compañía de los organizadores. Strauss miró por enésima vez el reloj.

—¡No lo entiendo! —exclamó malhumorado—. Hace más de media hora que deberían estar aquí.

—Puede que les haya surgido un imprevisto en el último momento — intentó tranquilizarle Gasa—. Solo será un retraso, nada más.

—Si es así, deberían haber avisado. Por muy presidente que sea, existen unas normas de cortesía que hay que respetar.

—No les habrá sido posible telefonar —aventuró Gasa.

—¿Un presidente que no puede mandar a alguien a telefonar? ¡Menudo presidente!

—*E... ¿per qué no telefoneo noso?*

—Jules tiene razón —sentenció Strauss, mirando a Gasa con fijeza—. Creo que ya ha pasado el tiempo suficiente como para que estemos intranquilos.

—Está bien —aceptó Gasa—. Llamaré a presidencia, es posible que alguno de los secretarios sepa algo.

Apagó el cigarrillo y se dirigió hacia las cabinas de teléfono. Desapareció en una de ellas. Pasaron varios minutos, durante los cuales la tensión no hizo sino aumentar. Por fin salió, haciendo que todas las miradas convergiesen en él. Encendió otro cigarrillo y se encogió de hombros.

—No viene —informó escuetamente.

La sorpresa inicial dio paso a toda clase de juramentos, expresados en una gran variedad de idiomas. Strauss era el que se mostraba más enfadado, aunque Jules Perel también perdió su calma habitual y golpeó con fiereza el brazo del sillón. Gasa se limitó a apretar las mandíbulas y mirar a un punto indeterminado de la pared. Aurelio, que era al que menos le iba en el envite, más que irritado se mostró extrañado por el plantón.

—Pero si había confirmado que iba a venir. No lo entiendo.

—Hay algo más. —Gasa esperó teatralmente unos momentos a que se hiciese el silencio, antes de continuar—: Me ha atendido su secretario personal. Le he pedido alguna explicación porque simplemente me decía que el presidente Companys había cambiado de opinión en el último momento. Al principio no me daba ninguna, pero, al insistir, me ha dicho literalmente, en catalán eso sí: «no malgasten su tiempo y su dinero; el presidente no va a autorizar ningún tipo de juego». Después ha colgado.

Los demás se lo quedaron mirando boquiabiertos. Strauss se derrumbó en uno de los sillones y metió la cabeza entre las manos. Perel rebuscó en su memoria unos momentos y encontró la palabra adecuada en español:

—¡Traición!

Strauss levantó la cabeza.

—¿Quién querría traicionarnos?

Después de meditar unos momentos, Aurelio intervino:

—Creo que hemos subestimado al *molt honorable* president. Estamos en su terreno, debe de tener informadores por todas partes. La llegada de la ruleta y su instalación no debe de haber pasado desapercibida.

—¿Insinúas que puede haber sido alguien del hotel? —le interpeló Gasa.

Aurelio abrió las manos en un gesto que quería decir que era una posibilidad.

—Es posible que lleve razón —reconoció Strauss—. En cualquier caso, no sirve de nada darle más vueltas; ya no tiene remedio. Vamos a tener que buscar otra solución si queremos ver funcionando el *Straperlo*.

Aurelio asintió con la cabeza mientras sonreía para sus adentros.

Barcelona, Teatro Circo Olympia.
Miércoles, 16 de mayo de 1934.

El despacho de Joaquín Gasa volvía a ser el punto de reunión elegido para tratar el futuro del negocio del *Straperlo*. Las perspectivas no eran muy halagüeñas, después del fiasco sufrido. La gran inversión realizada para organizar los combates de boxeo, además de no ayudarlos en su verdadero propósito, se había convertido en una ruina. El inmenso estadio de Montjuic no se había llenado ni de lejos. Las pérdidas eran cuantiosas y se las repartían entre el dueño del despacho y los inventores de la ruleta. Gasa, Strauss y Perel permanecían silenciosos e inquietos, intentando no cruzar sus miradas y dirigiéndolas hacia las paredes, cubiertas de fotografías. De nuevo, las personas a las que esperaban llegaban con retraso. Por fortuna, Aurelio había telefoneado, advirtiéndoles de la circunstancia, algo que era de agradecer, pero que les había tranquilizado solo a medias. Curiosamente, fue Perel el que se atrevió a romper el silencio.

—Políticos nunca buenos. *Sempre tarde, sempre no honestos, sempre... comme est qu'il dit tout-puissant?*

—Prepotentes —tradujo Gasa.

—Eso es: *priepotentes*.

—A mí tampoco me gustan —aseveró Strauss—. Preferiría hacer tratos con gitanos, pero no hay gitanos en el Gobierno.

—*¡Tampoco loro son lo gobierno!* —exclamó Perel irritado.

—Pero es lo más parecido que tenemos. Nos guste o no, así están las cosas. —Gasa encendió un cigarrillo antes de continuar—: Si no nos convence lo que Aurelio y su amigo vienen a proponernos, tendremos que aplazar nuestros planes hasta que la situación política nos resulte más favorable.

—Jules es desconfiado por naturaleza. Nos conocemos hace bastantes años y sus desconfianzas siempre han resultado fundadas. Me he ahorrado

mucho dinero en todo este tiempo, simplemente haciendo caso de sus corazonadas.

—Lo peor de todo es que ya no tenemos acceso directo al presidente del Gobierno, lo reconozco. —Gasa aplastó el cigarrillo, prácticamente entero—. El viejo Lerroux ha escogido el peor momento para presentar la renuncia.⁶ Aunque sigo pensando que Aurelio lleva razón: el Partido Radical continúa estando al frente y las riendas del partido las maneja su tío.

—*Ok*, de acuerdo. Puede que don Alejandro sea el dueño del país, pero aun así, ¿cómo explicas que Aurelio quiera que continuemos con el proyecto trayéndonos a un vulgar subsecretario como ayuda? ¡Subsecretario de Marina! ¿Es que acaso vamos a instalar la ruleta en un barco?

Gasa no pudo contener la risa.

—Debo advertiros que estáis subestimando al señor Pich i Pon.

—*¿Piquipón? Nesuno importante se iama Piquipón.*

Ahora Strauss también rio. En las semanas que llevaban en España, Perel se había ido soltando a hablar y, aunque lo hacía tan mal como al principio, sus intervenciones eran cada vez más frecuentes.

—Es cierto que el apellido resulta algo chocante. También he de confesaros que, cuando lo conozcáis en persona, no hará que mejore mucho la opinión que de él os habéis formado.

Strauss y Perel hicieron a la vez el mismo gesto silencioso, como si se hubieran puesto de acuerdo, viniendo a decir: «¿y entonces qué hacemos aquí?».

—Conozco al señor Pich i Pon desde hace tiempo —continuó Gasa—. Nos hemos encontrado en varias ocasiones, aunque no puede decirse que seamos amigos. Cordiales conocidos, diría yo. Sin embargo, estoy al tanto de su historial y os aseguro que resulta sorprendente. No sé si sabéis que los primeros pasos de Alejandro Lerroux en política los dio precisamente aquí, en Barcelona. En esa época, a principios de siglo, el tío de Aurelio era bastante menos moderado de lo que es ahora. Lo consideraban casi un revolucionario. Algo más tarde, fundó el Partido Radical y Pich i Pon pasó a formar parte de él. Conoce a todo el mundo que es alguien dentro del partido. Joan, que así es como le gusta que lo llamen, ha sido concejal en el Ayuntamiento de Barcelona, diputado en la cortes españolas en dos ocasiones y, además, se las ingenió para ser nombrado comisario de la Exposición Universal de 1929, lo que demuestra que también tiene contactos fuera de su partido y... siempre ha sabido sacar buen provecho de ellos. Actualmente,

como ya sabéis, es subsecretario de Marina y, aunque no parece un cargo que pueda abrir muchas puertas, por lo menos le permite estar al tanto de todo lo que se cuece en Madrid.

—No dejan de ser puestos de importancia... relativa —comentó Strauss, haciendo un gesto despectivo con la mano—. De segundo nivel, quiero decir. Lo que necesitamos es alguien que esté muy arriba.

—Te comprendo e incluso estoy de acuerdo contigo. Tan solo intento haceros ver que nos conviene escuchar lo que el señor Pich i Pon venga a proponernos. No nos compromete a nada. Lo único que os pido es una actitud... positiva.

Strauss y Perel se miraron e hicieron un gesto afirmativo. Efectivamente, no tenían nada que perder.

—Muy bien, entonces estamos de acuerdo. Os voy a contar un pequeño detalle de cómo actúa nuestro amigo. Si recordáis, cuando os presenté a Aurelio, os comenté que estaba metido en el negocio del cine y que pertenecía al consejo de administración de Distribuciones Orphea. Pues bien, otro de los miembros de ese consejo es nuestro amigo Pich i Pon. Eso no tendría nada de especial si no fuese porque los estudios de Orphea están instalados en uno de los palacios que se utilizaron durante la Exposición Universal. El Ayuntamiento se los ha arrendado en unas condiciones muy favorables.

—Ya veo a dónde quieres llegar —comentó Strauss—: un hombre que sabe manejarse en las altas esferas y sacar beneficio con ello.

—Ni más ni menos.

En ese momento, llamaron a la puerta. Era Caradeacelga para avisarles de que habían llegado las personas que estaban esperando. A una seña de Gasa, se retiró para hacerlos subir de inmediato.

No había pasado ni un minuto, cuando reapareció Caradeacelga y se hizo a un lado para dar paso un hombre cercano a los sesenta, pulcramente trajeado, aunque algo pasado de moda. El rostro, grande y afablemente serio, estaba coronado por una inmensa calva. Su aspecto recordaba al de un médico de pueblo vestido para ir a misa. Tras él entró Aurelio.

—Muy buenos días, señores —dijo el recién llegado y, como un torbellino, se puso a estrechar manos sin parar de hablar—. Lamento muchísimo el retraso, les pido mil perdones. Todo ha sido por culpa de los *nipons dels collons* —enfaticó, exagerando su acento catalán—. Ayer ya me tuvieron todo el día de la ceca a la meca. Que si a recibirlos, que si a pasar

revista, que si llevar flores a la tumba de Maciá... ¡Todo el día con ellos! Y también la noche, con cena y espectáculo incluidos. Y hoy parecía que iba ser lo mismo, menos mal que me he podido escapar.

Ante las miradas de asombro de Strauss y Perel, Aurelio intervino para aclarar la situación:

—El señor Pich i Pon se refiere a los dos barcos de guerra japoneses que han llegado al puerto. Ayer desembarcaron y hubo que cumplimentar a los mandos y oficiales. Gajes del oficio, Joan es subsecretario de Marina.

—Sí, ¡pero de Marina civil! Todavía no sé qué coño pintaba yo allí. Cosas de mi jefe, que me pidió que lo acompañase. Y, Aurelio, ya sabes que me llamo Joan. O Juan, si lo prefieres. Y lo mismo vale para todos los presentes.

A Gasa no se le pasó por alto el detalle de que el «jefe» no podía ser otro que el ministro de Marina.

—Entonces, Joan, permítame que le presente a estos amigos. Han sido mis socios en la organización del combate de Uzcudun de hace un par de días.

Strauss y Perel volvieron a estrechar la mano del político. Gasa sugirió que estarían más cómodos sentados en los sillones, alrededor de la mesita baja, que había al fondo del despacho.

—Ya había visto sus fotos en los periódicos —comentó Joan, acomodándose en su asiento—, cuando fueron a visitar la Generalitat. Han sabido ustedes introducirse muy bien en los círculos influyentes catalanes.

—No lo suficiente —respondió lacónicamente Strauss.

—No quisiera alargar demasiado esta reunión —terció Gasa—. Se ha hecho un poco tarde, así es que me van a perdonar, pero voy a ir directamente al grano. Si no me equivoco, Aurelio, ya le ha puesto en antecedentes.

—Algo me ha contado, es cierto. Están ustedes interesados en que desaparezca la prohibición del juego en España. O al menos, en eludir esa prohibición de alguna forma. ¿No es así?

—Usted lo ha dicho, mi querido amigo.

—La cosa no es fácil. Tampoco imposible, si he de darles mi opinión. Hay que ganar voluntades. No es cuestión de llegar al ministerio que toque y presentar un escrito con la solicitud. Hay que hacer un trabajo previo.

—Eso ya lo sabemos, señor Pich i Pon —dijo Strauss, con su acento mejicano—. Esas voluntades han de estar en el Gobierno ¿Qué nos puede sugerir usted para ganarlas?

—Habla usted muy bien el castellano. ¿Lo ha aprendido en la Argentina? Lo digo por el acento.

—Gracias, pero no. Solo he estado en Argentina de visita.

—Bueno, es igual, mi fuerte nunca ha sido identificar oriundos. ¿Voluntades en el Gobierno? Por supuesto. Aunque les anticipo que a veces pinta más un subalterno que el propio ministro. Algo que no es de extrañar con la cantidad de cambios de gobierno que sufrimos en este condenado país. A los ministros no les da tiempo ni a leer el nombre de la cartera que les ha correspondido, cuando ya los han sustituido por otros.

Pich i Pon rio con fuerza su propia gracia.

—Déjenme que les explique cómo está la situación —continuó, sin dar importancia a que nadie riera con él—, porque es cualquier cosa, menos sencilla. Ya saben que don Alejandro renunció a la presidencia del consejo hace cosa de tres semanas. Su sustituto, Ricardo Samper, es un hombre cercano a él, de su cuerda. Hasta ahora había sido ministro de Industria. Es valenciano, y a mí no me gustan los valencianos, aunque este no es de los peores. Todos, dentro del partido, pensamos que es una situación de interinidad y que don Alejandro volverá a la presidencia a no tardar mucho. Nadie cree que Samper llegue a fin de año. La cuestión es qué ocurrirá mientras tanto. En estos momentos, las aguas en Madrid bajan revueltas para «el viejo». Hay un sector del partido que piensa que nos hemos echado en brazos de la derecha y no está de acuerdo. No digo yo que no sea cierto, pero ¡joder! La CEDA⁷ tiene más diputados. Bastante es que hasta ahora no hayan entrado en el Gobierno. Esta misma mañana, mi jefe me ha confirmado que la cosa está que arde. Dieguito, que siempre había sido la mano derecha del «viejo», incluso algunos pensaban que su sucesor, dice ahora que se va del partido y que se lleva a los que se quieren ir con él.

Aurelio se vio en la necesidad de aclarar las interioridades del Partido Radical:

—Se refiere a Diego Martínez Barrio. Mi tío lo consideraba como un hijo, políticamente hablando. Ahora parece que quiere volar por su cuenta.

—Eso es, por su cuenta. Pues bien, sean muchos o pocos los diputados que arrastre Dieguito, resulta evidente que el partido quedará en una situación parlamentaria más débil. Esa debilidad hará que nos volvamos aún más hacia la derecha y no hay que descartar el que la CEDA, finalmente, entre en el Gobierno. Esa posibilidad pone a los socialistas los pelos de punta.

Joan guardó silencio esperando a que le hicieran alguna pregunta. Esta

vino de Gasa:

—¿Sugiere entonces que debemos esperar a que se aclaren las cosas?

—De ninguna manera. Las cosas no van a estar claras nunca. Nos iríamos a la tumba y seguiríamos esperando.

—¿Entonces?

—Las voluntades, amigo mío. Hay que ganar voluntades. La dificultad está en elegir las adecuadamente. De nada nos sirve poner de nuestro lado a un ministro si pasado mañana resulta que se va a ir a su casa, a cuidar de los geranios. Esta mañana he aprovechado para tantear a mi jefe...

—Juan José Rocha, ministro de Marina —intervino Aurelio.

—Eso es; Juanjo, para los amigos. Se lo he dejado caer, como si fuera un rumor que había llegado a mis oídos. No se preocupen, es un hombre discreto y nos llevamos bien, no levantará la liebre. Aunque es murciano, estuvo de concejal en Barcelona y tiene casa aquí. Según me ha informado, no hace mucho, en una reunión de prohombres del partido, surgió el tema de la legalización del juego. Parece ser que no hay muchos abiertamente en contra. La mayoría lo está simplemente porque daría algo que morder a las izquierdas y, con lo que se avecina, se van a tirar como lobos a por todo lo que se mueva. Juanjo es de los que está a favor. «Parecemos los tontos del pueblo —me ha dicho—, franceses y portugueses no ponen tantos reparos.»

—¿De qué ministerio dependería una hipotética autorización? —se interesó Gasa.

—Si estamos hablando de una legalización total del juego, al estilo de nuestros vecinos, la cosa tendría que ser llevada al consejo y discutida por todo el gabinete. La decisión final tendría que ser apoyada por el presidente Samper.

—¿Y si hablásemos de una autorización... parcial? —preguntó Strauss—. Nuestra ruleta no es una ruleta normal, basada únicamente en el azar. En la nuestra, la habilidad es lo realmente importante. Creemos que no debería estar sujeta a la prohibición, pero queremos tener la oportunidad de demostrarlo delante de quien haga falta.

Joan se tomó unos instantes para responder.

—Los trámites deberían iniciarse en Gobernación, sin duda. Si se demostrase que no se trata realmente de un juego de azar, es posible que bastase con la autorización del ministro.

—Y... ¿cuáles serían los pasos a seguir?

—Ir ganando voluntades, señor Strauss. Aunque llevo mucho tiempo en

política y puedo asegurarle que las voluntades rara vez se ganan. Casi siempre hay que comprarlas.

Madrid, Venta del Curro.
Martes, 12 de junio de 1934.

Paloma aspiró el olor a tierra recién regada. Un olor que le traía muchos recuerdos, casi todos ellos felices. Desde el jardín de la venta, seguía viéndose, a lo lejos, la parte alta de la plaza de toros, del color rojo fuego que pintaba el atardecer. Sin embargo, le pareció que había más construcciones que se interponían en su visión desde la última vez que había contemplado aquel espectáculo, hacía poco más de un año.

Volver a la venta, junto a su tío, aunque solo fuese de visita, le había costado menos esfuerzo del que le hubiese gustado admitir. Su orgullo no era invencible, tuvo que reconocerlo. Cuando Aurelio le propuso viajar a Madrid, siguiendo a los promotores del *Straperlo*, no supo qué responder. De hecho, no respondió inmediatamente. En la capital, o sus proximidades, residía una parte de la vida de Aurelio que ella había decidido ignorar, hacer como si no existiese: una mujer con la que se había casado y con la que algún día formaría una familia. Sentía su proximidad y su influencia, cosa que no le ocurría en Barcelona, en la alcoba del piso que compartía con Marce, el director de cine que nunca recibía un encargo. Uno de los motivos por los que había aceptado regresar era precisamente ese: tenía que enfrentarse a su fantasma particular, un fantasma de carne y hueso. Existía otro motivo, aunque le parecía tan pueril que intentaba negárselo a sí misma. Dentro de pocos días cumpliría veintiún años. Le horrorizaba la idea de celebrarlo sola, en Barcelona. Y es que Aurelio ya le había anticipado que no podría ir a visitarla. Aunque Marce se esforzase, y seguro que lo haría, en que fuese un día feliz para ella y organizase una fiesta por todo lo alto, no era eso lo que Paloma deseaba. No había logrado hacer verdaderos amigos en Barcelona. Sus compañeras de rodaje, no las estrellas, sino las demás actrices secundarias, eran un grupo de harpías hipócritas que se apuñalaban entre ellas, con el único fin de conseguir un papel más importante que las demás.

Los medios utilizados no importaban. En cuanto a los hombres... Recibía proposiciones prácticamente a diario. Algunos de ellos eran también actores de reparto, en su misma situación. Los consagrados, los protagonistas, eran aún peores. Todos andaban buscando una *partenaire* para su próxima película, y las condiciones del contrato debían discutirse en la cama. Nunca faltaban incautas. Ella misma estuvo tentada a aceptar en un par de ocasiones, en las que la proposición había llegado en un momento en el que estaba enfadada con Aurelio. A veces, sus visitas se espaciaban demasiado o ponía una excusa en el último momento, cuando Paloma ya contaba las horas para ir a buscarlo a la estación. Entonces, se decía a sí misma que no quería volver a verlo y que estaba desperdiciando su juventud, enamorada de un hombre casado. Sin embargo, había terminado por rechazar las proposiciones, aún en esos momentos de debilidad. Era esa estúpida fidelidad de las queridas que están enamoradas.

Contempló las sombras que proyectaban las moreras alargándose más allá de la verja. Le pareció verlas crecer, a medida que el sol iba cayendo. La primera primavera que pasó en la venta, su tío le regaló una docena de gusanos de seda. Se los entregó dentro de una caja de zapatos. Sonrió al recordar cómo todos los días se subía a una silla para cortar unas cuantas hojas tiernas con las que alimentarlos. Una vez, se le acercó un niño bastante andrajoso para pedirle algunas hojas para sus gusanos. Se las dio, sin pedirle nada a cambio. Al día siguiente, volvió acompañado de otros niños, igual de harapientos que él. No le importó, había hojas para todos. Cuando los gusanos crecieron y tejieron sus capullos, de los que al cabo de unos días salieron unas mariposas blancas y rechonchas, que en nada recordaban a los delicados y suaves gusanos, Paloma se sintió orgullosa. Los había cuidado bien y todos habían sobrevivido. Las cuatro hembras pusieron sus huevos sobre un trozo de sábana vieja que había introducido en la caja de zapatos. Le dio pena que muriesen al poco tiempo. «Ya no comerán más, no tienen boca», le había dicho su tío. Sin hacerle caso, ella les seguía poniendo hojas que quedaban intactas y mustias. Los huevos eclosionaron a la primavera siguiente, y así, una vez que vio completado el círculo, los gusanos de seda dejaron de interesarle. A la tercera primavera, ni siquiera se enteró de cuándo rompieron los huevos, y los pequeños gusanos murieron de inanición.

Oyó pasos a su espalda. Al volverse, vio a Encarna que se dirigía hacia ella sonriente. Se dejó coger del brazo por la que ya consideraba como su tía, mientras esta le decía:

—Vamos a dar una vuelta, anda. Tenemos cosas de qué hablar y no es bueno que aparezca Curro y le dé por meter las narices.

Paloma sonrió y la siguió sin decir nada. Le caía bien aquella mujer, no podía evitarlo. Si de algo era culpable su tío, Encarna participaba del mismo pecado. Sin embargo, no era capaz de juzgarlos con la misma severidad. Intentaba ser ecuánime, pero no podía.

—Le has dado una gran alegría al venir, te lo agradezco —dijo Encarna, en cuanto traspasaron la puerta de la verja—. Le ha mejorado el carácter desde que el sábado nos avisaste de tu llegada. No sé si hago bien en decírtelo, pero se pasó la mañana del domingo preparando tu habitación. Limpiándola, quiero decir, porque no había entrado nadie desde que te fuiste. Ni siquiera me pidió que lo ayudara, quería hacerlo él solo.

Paloma sintió un nudo en la garganta.

—Sé que me quiere. Yo también lo quiero, ¿Cómo podría no hacerlo?

—Sin embargo, no has estado todo lo cariñosa que él esperaba. No ha dicho nada, pero lo he visto algo decepcionado.

El encuentro que habían tenido por la mañana, a la llegada del tren, había sido frío. Curro no sabía muy bien cómo actuar y esperó a que Paloma tomase la iniciativa. Cuando ella le dio un par de besos, sin poner en ellos demasiada emoción, Curro le sonrió con una mezcla de cariño y tristeza, porque lo que de verdad le hubiese gustado es que se echase en sus brazos y poder estrecharla con fuerza.

—Estaba cansada del viaje, ya os lo dije. Toda la noche en tren...

Encarna negó con la cabeza. Las dos sabían que aquella era una excusa muy pobre.

—Aún no lo has perdonado.

—He intentado hacerlo —suspiró Paloma.

—¿Qué es lo que te lo impide?

Al salir de la venta, habían girado a la izquierda, hacia la colonia de hotelitos, en uno de los cuales vivía Amadeo, el cartero. Se acordó del pequeño Amadeíto, como lo llamaba su madre.

—En realidad, creo que ya lo he perdonado.

—¿Entonces...?

Por encima de la valla de uno de los jardines se escapaban las ramas de un lilo cargado de flores, con un aroma intenso. Paloma cortó una de ellas y continuó caminando, llevándosela a la nariz.

—Las lilas siempre han sido mis flores preferidas —comentó.

—Si ya lo has perdonado, ¿por qué no se lo dices? —insistió Encarna—. O mejor aún, ¿por qué no se lo demuestras?

Paloma se soltó bruscamente del brazo y se volvió hacia la mujer.

—Porque no quiero que lo sepa. No quiero que sepa que lo he perdonado. Encarna se la quedó mirando, extrañada.

—No quiero que vuelva a censurar lo que hago o dejo de hacer. No quiero que se sienta con ese derecho. No necesito que intente llevarme por el buen camino. ¡Como si él supiera cuál ese camino! Es posible que yo tampoco lo sepa. En realidad, soy la primera en preguntarme si estoy haciendo bien o mal. Pero es mi camino y es mi vida. Soy yo quien debe decidir.

Los ojos de Paloma ahora estaban vidriosos.

—Sigues con ese hombre —dijo Encarna en un tono neutro, mitad afirmación mitad pregunta, sin un asomo de reproche.

—Aurelio. Sí, supongo que sigo con él.

—¿Solo lo supones?

—¿Acaso se puede estar segura con los hombres?

Encarna se quedó muda. La niña que había llegado inesperadamente años atrás, truncando los planes que ella y Curro tenían preparados, se había convertido en toda una mujer. Una mujer que, además, se permitía el lujo de darle lecciones sobre los hombres. Caminaron en silencio durante un rato. Iban por un camino de tierra que pasaba por la parte de atrás de la venta, rodeándola para volver por el lado opuesto al que habían salido. Al fin, Encarna se decidió a hablar:

—Yo también estuve enamorada de un hombre casado —confesó.

—Me imaginaba que me dirías algo así —respondió Paloma, algo molesta, porque se temía lo que vendría a continuación.

—Por eso no quería decírtelo —rió Encarna—. Nunca me ha gustado poner mi vida como ejemplo para nadie. Ni en lo bueno, ni en lo malo. Pero tú ya sabes lo que fui durante muchos años. Mi historia no tiene nada de especial. Ni te imaginas la de chicas que pasaron por mi casa contando historias parecidas. Te enamoras de un hombre casado y, al cabo de un tiempo, si no ha abandonado a su mujer por ti, te aseguro que no lo hará nunca. Es muy fácil decirlo, pero difícil aceptarlo cuando una misma es la que está enamorada. Entonces, se te ocurre la peregrina idea de que si te quedas embarazada conseguirás que sea solo tuyo. Al final, te quedas compuesta y sin novio. Eso sí, con un niño recién nacido en los brazos, al que

tienes que alimentar.

—¿Fue eso lo que te ocurrió?

—No del todo. Perdí el niño a los seis meses. Caí enferma y aborté, no hubo nada extraño, por si lo estabas pensando. Para entonces, el mal ya estaba hecho. No se puede ocultar un embarazo de seis meses siendo soltera, y en mi época...

—¿Y el padre?

—¿El padre? Aquel malnacido juró que me mataría si iba con el cuento a su mujer. ¿Y para qué iba yo a contárselo? La pobrecilla no me había hecho ningún mal. Así es que hice de tripas corazón, me despedí de mi madre, porque mi padre no quería ni verme, y me vine para Madrid con lo puesto. Después de unas cuantas semanas pasando hambre y malviviendo con lo que sacaba fregando aquí y allá, una amiga me explicó cómo, con mi cara y mi figura, podía dejar de pasar penalidades. El resto de la historia ya la conoces..., más o menos.

Casi estaban llegando a la entrada de la venta. Paloma se detuvo.

—Y supongo que la moraleja es que a mí puede terminar pasándome lo mismo, ¿no es eso?

—Te equivocas, cariño —respondió Encarna con dulzura—. Tú siempre tendrás un sitio al que regresar. Ni yo ni ninguna de las chicas que pasaron por mi casa podíamos decir lo mismo. Pase lo que pase y hagas lo que hagas, nunca te verás en la calle. Curro no lo permitiría y yo tampoco.

Paloma recordó que su tío le había dicho algo parecido. Se limitó a asentir y siguió caminado hasta entrar en el jardín. Vio a Curro, que estaba sentado en compañía de una mujer que al principio no reconoció. Al acercarse, lanzó un grito de sorpresa y corrió a abrazar a su amiga Juani. Ella se levantó para recibirla, no sin un cierto trabajo; su vientre abombado anunciaba un embarazo bastante avanzado. Tan contenta como se sentía de volver a ver a su amiga, Paloma solo se dio cuenta cuando se abrazaron. Se separó de golpe y miró hacia abajo.

—Pero... ¿esto qué es?

—Ya lo ves... Cosas que pasan.

—Pe... pero si no me habías dicho nada —balbuceó Paloma.

—¿Y cómo iba a hacerlo? No me dijiste que te marchabas a Barcelona. Ni siquiera te despediste —recalcó, visiblemente dolida.

Paloma recordó que la última vez que se vieron fue poco antes de discutir con su tío. Se había olvidado de avisarla. Muchas veces, estando ya en

Barcelona, se había acordado de ella, pero no había hecho gran cosa por ponerse en contacto con su amiga. No recordaba su dirección exacta, para poder escribirle. Tampoco tenía teléfono, que ella supiera. Podía haber llamado a la academia. La antigua profesora de ambas seguramente le habría facilitado las señas de Juani. No lo había hecho y ahora se sentía avergonzada.

—Llevas razón —reconoció compungida—. Perdóname.

—Juani vino por aquí un buen día, preguntando por ti —intervino Curro—. Le prometí que la avisaría si te decidías a volver.

—Pues claro, se te había tragado la tierra, ¿qué querías que hiciera? No tenía manera de localizarte.

—¿No le diste mi dirección en Barcelona? —preguntó Paloma.

Su tío hizo un gesto con la mano, como queriendo quitar hierro al asunto.

—Me la dio, pero yo no quise apuntarla —salió Juani en su defensa—. Se me ocurrió que si no te despediste, a lo mejor es que no querías tener noticias mías. Además, vine para invitarte a mi boda. Si no estabas, no ibas a volver solo para eso.

Paloma tardó en reaccionar. Eran demasiadas sorpresas de golpe.

—Sí..., claro. Si vas a tener un hijo es que te has casado. ¿Y con quién, si puede saberse?

—Con Jacobo, tú ya lo conoces.

Paloma recordó al larguirucho pretendiente que le había salido a Juani durante la fiesta de su decimoctavo cumpleaños. Le pareció que habían pasado siglos desde entonces.

—Tenemos tantas cosas que contarnos... —dijo Paloma, mirando de reojo a su tío, que se dio por enterado.

—Os dejo solas, entonces. Empiezan a llegar clientes y alguien tiene que atenderlos. Ahora os traigo unas limonadas.

Curro se acercó a Encarna, que se había quedado prudentemente alejada, arrancando las hojas secas de unos tientos con geranios que adornaban los escalones de la entrada al bar. Paloma y Juani los observaron hasta que desaparecieron en el interior.

—No me merezco tenerte como amiga. Soy una egoísta y una idiota —dijo Paloma, sin levantar la vista del suelo.

Por toda respuesta, Juani se abrazó de nuevo a ella. Se miraron a los ojos y no necesitaron decirse más. Estuvieron allí abrazadas hasta que Curro se acercó a llevarles las prometidas limonadas. Juani sacó un pañuelo del bolso

y se sonó ruidosamente. Paloma también tenía los ojos húmedos.

—Quiero que sepas que he visto todas las películas en las que has salido.

—Si has sido capaz de aguantar esas películas es porque eres una amiga de verdad —bromeó Paloma—. Ya lo ves, un año intentándolo y apenas si me han dado unos pocos minutos de pantalla.

—Tu tío no estaba de humor para darme explicaciones, cuando me decidí a venir a buscarte. Me dijo que querías hacerte actriz de cine y que en Barcelona había más oportunidades. Me pareció que no estaba contándomelo todo.

Paloma guardó silencio unos momentos. Por un lado, sentía la necesidad de sincerarse con su amiga, pero había cosas que no podía contarle.

—Llevas razón —respondió finalmente—. Pero no se lo tomes a mal. No podía decirte más. Hay cosas que afectan a... otras personas y ni él ni yo tenemos derecho a desvelarlas.

—O sea, que tú también me vas a ocultar algo.

—Me marché porque tuve una discusión muy fuerte con mi tío. La causa de la discusión es una de las cosas que no puedo contarte.

Juani asintió, dando a entender que respetaba sus razones y que no haría preguntas sobre el particular.

—La verdad es que la discusión fue el empujón que me hacía falta para dar el paso. Estaba enamorada de Aurelio y me pareció que en Barcelona, lejos de su mujer, tenía más probabilidades de... Ya me entiendes.

—¡Ya me imaginaba yo que Aurelio andaba detrás de esto! —exclamó Juani, dando una palmada.

Paloma sonrió con tristeza. Si había alguna persona que la conocía y en la que podía confiar, esa era Juani. Lo había comprendido demasiado tarde. La empujó suavemente para que volviera a sentarse y comenzó a relatarle todo lo que había ocurrido durante el tiempo que habían estado separadas: lo ilusionada que se había sentido con su primer papel y la frustración al no conseguir que le dieran ninguno importante; su relación con Aurelio, que cada vez se parecía más a una vía muerta; lo sola que se sentía en Barcelona, aunque estuviese rodeada de gente... Le habló hasta de Pep, el enano, de lo que se había reído con él y de cómo le había enseñado las entrañas de una sala de teatro, que también era circo. Cuando le contó que había conocido al gran Paulino Uzcudun, a Juani se le pusieron los ojos como platos.

—A mi Jacobo le encanta el boxeo —aseguró—. Uzcudun es su ídolo. Lo que daría por haber podido saludarlo como tú.

Paloma le prometió que, si tenía oportunidad, le conseguiría una foto dedicada del púgil. Aunque la primera vez que lo vio fue en Madrid, no habían cruzado palabra hasta que se encontraron de nuevo en Barcelona, los días previos al combate contra Schmeling. Se lo presentó Joaquín Gasa, y el gigantón vasco se puso colorado como un niño. Después, lo había visto en otras dos ocasiones, asistiendo a reuniones a las que ella no estaba invitada. Era la acompañante de Aurelio, nada más, y le tocaba esperar tras la puerta hasta que los hombres terminaban de hablar. De una u otra forma, Uzcudun también estaba metido en el proyecto de Strauss y Gasa para introducir el juego en España. No le pareció oportuno contarle a Juani los detalles de aquel turbio asunto.

—Son importantes hombres de negocios —explicó sin demasiada convicción—. Están invirtiendo mucho dinero en España, montando todo tipo de espectáculos. Lo del boxeo solo ha sido el comienzo. Seguramente me den trabajo cuando se establezcan de forma definitiva.

—¿Actuarás en el teatro? —preguntó Juani, inocentemente.

—Bueno..., es una posibilidad. Hay otras cosas... Ya veremos.

En esos precisos momentos, a unos tres kilómetros de allí, en un salón privado del Hotel Ritz, Strauss y Perel terminaban de instalar una mesa de *Straperlo* bajo la atenta mirada de Joaquín Gasa y Aurelio Lerroux. Esa noche, si todo salía según lo previsto, acudiría a ver funcionar el aparato un alto funcionario del Ministerio de Gobernación. Era el primer paso para conseguir la tan ansiada autorización.

—Pero cuéntame ahora algo de ti, ¡caramba! —exigió Paloma—. No hemos parado de hablar de mí, y la que se ha casado y va a tener un niño eres tú. ¿Cómo es que no te has traído a tu maridito para que le dé la enhorabuena?

—Le hubiera gustado venir a saludarte, pero el pobre no ha podido. No sé si te has enterado —dijo Juani, bajando la voz—, ha salido en todos los periódicos: el domingo pasado hubo tiros por todo Madrid.

Paloma reconoció que había leído los periódicos, pero no le había

prestado mayor atención que a otras noticias de violencia política que aparecían a diario.

—Pues resulta —continuó Juani— que anteayer, el domingo, los fascistas dispararon a unos amigos de Jacobo de toda la vida. Tres hermanos: dos chicos y una chica. Están todos muy graves, en el hospital. Jacobo está ahora allí, con la familia. Y fíjate, la chica se llama Juani, igual que yo. A mí estas cosas me ponen muy mal cuerpo, ya se lo he dicho a Jacobo, pero ¿él qué va a hacer?

—¿A tres hermanos? ¿Cómo es posible eso? —se interesó Paloma, horrorizada.

—Pues... ¡qué sé yo! Venían de pasar el día en el campo. A nosotros nos habían invitado, pero como yo estoy como estoy, no pudimos ir. Cuando todavía no tenía el bombo tan grande, sí que fuimos con ellos un par de veces. Se forman grupos de gente de todos los barrios de Madrid, antifascistas que se reúnen en el Pardo o la Casa de Campo. ¡Es muy divertido! Se canta, se desfila en formación... Por lo visto, los que enseñan la instrucción son guardias de verdad..., profesionales quiero decir. A Jacobo le hubiera gustado ir; dice que hay que prepararse para hacer frente a los fascistas, no nos vaya a pasar como en Italia o Alemania...

A Paloma le sorprendió que en apenas un año que había estado fuera de Madrid se hubiese instalado tan profundamente en su amiga, y probablemente en muchas otras personas, la dialéctica que utilizaban los políticos. Lo de fascistas y antifascistas no le sonaba bien en una conversación entre amigas. En Barcelona, siempre que había violencia se culpaba a los anarquistas.

—¿Y les dispararon por reunirse a cantar y desfilar?

—Verás... el caso es que esa misma mañana, no se sabe quiénes, o qué grupo, porque ya te digo que se forman muchos para ir al campo, se liaron a tortazos con unos fascistas que aparecieron por allí. A los muy imbéciles solo se les ocurrió provocarlos levantando el brazo. A uno de ellos se ve que le sentaron mal las bofetadas y la espichó. Los fascistas decidieron vengarse y, por la tarde, cuando la gente regresaba de las reuniones, se liaron a tiros con los primeros que vieron con pinta de haber estado en el campo. Es fácil, a las reuniones se va con pañuelo rojo y camisa blanca.

A Paloma le pareció que había mejores maneras de pasar un día de fiesta que cantando himnos y desfilando, pero no dijo nada a su amiga. En los tiempos que corrían, cualquier comentario negativo podía ser interpretado como si el que lo hiciese estuviera en el «otro bando». Se dio cuenta, no sin

pesar, de que la amistad comenzaba a estar reñida con la política. Pasados unos segundos, preguntó casi para sí misma:

—¿Y qué más da si son camisas blancas, pardas o azules? —y dirigiéndose a Juani—: ¿Dejarán de ser uniformes?

Juani puso cara de no comprender y se encogió de hombros. Paloma levantó la vista, dirigiéndola más allá de la verja que delimitaba el jardín. Los últimos rayos de sol desaparecían por el horizonte y, como si aquella fuese la señal, comenzaron a llegar clientes a la venta. No tantos como ella recordaba, por aquellas mismas fechas, en años anteriores. Aun así, alcanzaban para que Curro siguiese dando trabajo a Blasa y a Miguel. Entre él mismo y Encarna se bastaban para atender las mesas. El que ya apenas aparecía por la venta era el otro Miguel, el hijo, al que Paloma recordaba con cariño como su silencioso pretendiente. Juani miró el reloj y se levantó diciendo que se le había hecho muy tarde.

—Tengo que atravesar todo Madrid para llegar a casa —se excusó—. Nos hemos ido a vivir a Tetuán de las Victorias, a un piso que nos tiene alquilado un primo de Jacobo. Menos mal que el metro me deja muy cerca de la puerta. Tienes que venir a hacernos una visita.

Juani puso tanta ilusión en su petición que a Paloma se le hizo un nudo en la garganta y aceptó moviendo la cabeza.

—No tiene pérdida, coges el metro en Ventas, transbordas en Cuatro Caminos y llegas a Tetuán, de plaza a plaza, que allí también tenemos corridas de toros, no te vayas a creer.

Paloma recordó que su tío le había hablado, en cierta ocasión, de otras plazas de toros que había en Madrid, aparte de Las Ventas y la de la Fuente del Berro. La de Tetuán de las Victorias era una de ellas.

—Además, esta temporada —continuó Juani— no sé qué líos se traen entre ganaderos y la empresa de la plaza vieja, pero el caso es que las mejores corridas de Madrid se están dando en Tetuán. Los domingos se llena aquello de gente.

Paloma rio incrédula, pero lo cierto era que la plaza de Las Ventas seguía sin programar festejos. Se decía que para el otoño de aquel mismo año, comenzaría a funcionar de verdad.

—Te acompaño hasta el metro —se ofreció—. Ya está oscuro y no es cosa de que vayas sola, y menos en tu situación.

Juani aceptó de buena gana, así tendrían tiempo de charlar un poco más. Después de despedirse de Curro y Encarna, las dos amigas abandonaron la

venta cogidas del brazo. Curro las vio alejarse por el descampado. Un camino que salía hacia la derecha bordeaba la plaza desde lo alto del terraplén, para luego ir descendiendo suavemente hasta desembocar en la calle de Alcalá. Esperó hasta que ya no pudo distinguirlos y volvió a la tarea, recogió los vasos de las mesas que habían quedado vacías y atendió a unos recién llegados. Con diligencia, se dirigió hacia el interior para encargarse a Miguel la comanda. Estaba terminando de colocarla sobre la bandeja, cuando entró Encarna, visiblemente alterada.

—¡Está ahí fuera! —exclamó con rabia.

Curro no necesitó preguntar a quién se refería. Llevaba meses temiendo la visita de Machaco.

—Precisamente ahora, ¡con Paloma aquí! —Dio un puñetazo en la barra que hizo que saltaran todos los vasos.

—¿Cómo se habrá enterado?

—No lo sé... Cualquiera de sus esbirros puede habérselo dicho. A lo mejor se trata de una casualidad... ¿Viene solo?

—Lo acompañan otros dos de su misma catadura.

Curro se tocó la barbilla dubitativo, hasta que unas fuertes palmadas que venían del jardín lo devolvieron a la realidad.

—Paloma ha ido al metro, a acompañar a Juani. No puede tardar mucho. Sal a su encuentro mientras yo los distraigo. Vete por la puerta de atrás y volved también por allí. Procurad que nadie os vea. Dile que suba a su habitación y que espere hasta que la avisemos.

—Hay que llevar dos cervezas y unas aceitunas a la mesa del fondo. Una pareja de novios que acaban de llegar —informó Encarna.

—Yo me encargo de los tortolitos —terció Miguel—. Usted vaya a buscar a Paloma. Dejaré esto preparado, por si las moscas —dijo sacando el «quitamanías» de debajo de la barra y dejándolo más a mano, detrás de la puerta.

Las palmas volvieron a sonar, con más fuerza si cabe. Miguel miró a Curro, preguntándole, sin decirlo, si quería que él los atendiera.

—Déjalo, Miguel. Te lo agradezco, pero esto es cosa mía.

Se echó el trapo al hombro y salió portando la bandeja con la comanda, mientras Miguel preparaba el encargo que le habían hecho a Encarna. Se dirigió, con calma, hacia la mesa que debía servir. Machaco, al verlo, volvió a batir palmas.

—¡Ya va, ya va! —respondió Curro, con displicencia.

Cuando se dirigió, por fin, a la mesa que ocupaban los tres matones, con Machaco en el centro, saludó con fingida cortesía.

—A mis amigos y a mí no nos gusta esperar —le espetó el matón.

—Lo siento de veras. He tenido que atender a otra mesa que había pedido antes.

—¿Y tu socia, la vieja alcahueta? Me ha parecido verla desaparecer a toda prisa, en cuanto nos ha echado el ojo. ¿No te ayuda con las mesas, ahora que ha dejado lo de las putas?

Miguel salió en aquel momento con las dos cervezas y el platillo de aceitunas. Lo oyó canturreando a sus espaldas, para hacerle saber que no estaba solo. Curro se alegró de que Machaco no le hubiese preguntado por Paloma. Quizá fuera solo casualidad el que se hubiese presentado allí.

—A veces ayuda..., otras veces no —respondió secamente—. Depende de la faena que haya. ¿Qué va a ser?

Machaco rio entre dientes.

—¡Jodido Curro! Sigues sin ser amable conmigo. Un poco de amabilidad te vendría bien.

—No se puede ser amable con quien viene a mi casa a insultar.

Los dos acompañantes rieron con fuerza, Machaco miró al ventero entre socarrón y amenazante.

—¿Insultar yo? ¿Acaso no teníais una casa de putas la vieja y tú? Lamento que no te guste que te lo recuerden.

Era la segunda vez que el matón se refería a la casa de citas en pasado. Aquello intranquilizó a Curro. La venta del negocio se había realizado en condiciones bastante ventajosas y deseaba que se mantuviesen en secreto. Había preparado con Encarna el momento de la visita de Machaco, seguros como estaban de que tarde o temprano se produciría. Deberían decir que tenían la casa arrendada y que el contrato había expirado.

—Eso ya es pasado —aseguró, intentando mostrar clama—. Tú mismo lo has dicho. Puedes seguir empeñado en sacar los trapos sucios, si te divierte, pero no lo podrás cambiar.

Machaco se arrellanó en la silla, sonriente.

—Cambiarlo no podré, llevas razón. Y mira que le había cogido yo cariño al sitio. Unas chicas estupendas, todas preciosas. Se lo tenía prometido a estos amigos: en cuanto estemos en Madrid, os voy a invitar al mejor burdel de la capital. ¿Te parece bonito que no haya podido cumplir mi promesa por vuestra culpa?

Curro guardó silencio. Si aquellos tres se habían acercado por la casa con ánimo de pegarse una buena juerga gratis, lo más probable es que hubieran tenido que salir con el rabo entre las piernas. Los nuevos propietarios, aparte de subir los precios, habían contratado un par de vigilantes armados.

—¿No me has oído? —apremió Machaco—. ¿Es que no piensas hacer nada?

—Sabes muy bien que no podría hacer nada, aunque quisiera. Los mismos que os han echado a vosotros, lo hicieron antes conmigo. El dueño del local ha decidido arrendarlo a otros que le ofrecían más dinero. Ahora no soy más que un tabernero. Y en las tabernas no hay chicas, solo se pone de beber.

—En *ezo* lleva razón —intervino uno de los acompañantes, con acento andaluz—. No *zé uztede*, pero yo tengo el *gasnate* reseco *dertó*.

El otro asintió con entusiasmo y ambos miraron al que, sin duda, consideraban como su jefe, esperando que tomase la iniciativa.

—Ya has oído a mis amigos —dijo con una media sonrisa—. Ponnos de beber. Saca una botella de ese vino que guardas para las ocasiones..., ¡tabernero!

Curro se retiró lo más dignamente que pudo, mientras un sudor frío le recorría la espalda. Miguel lo esperaba, observando tras la puerta.

—¿Qué tal ha ido?

—Mejor de lo que esperaba —respondió Curro—. No ha preguntado por Paloma. Tengo que llevarles una botella de vino.

—¡Del bueno, claro! Y sin pagar.

—¿Y qué quieres que haga?

Los dos hombres se miraron. Miguel fue el primero en bajar los ojos.

—Supongo que no puedes hacer nada —dijo finalmente—. ¡Cómo me gustaría moler a palos a ese canalla!

Curro le dio una palmada en el hombro y se dirigió a buscar la botella solicitada. Sería la primera de las tres que trasegasen aquella noche.

Mientras tanto, Paloma permanecía encerrada en su habitación. Aceptó a regañadientes las instrucciones de su tío. Encarna la había puesto al corriente y no quería causarles más problemas de los que ya tenían. Los tres matones se marcharon bien entrada la madrugada. Habían pasado el tiempo recordando sus hazañas entre estentóreas risotadas. Curro los siguió hasta la salida para cerrar la verja del jardín y Machaco, quedándose algo rezagado, le dijo en voz baja:

—Ya hablaremos Curro. Eres un tabernero, de acuerdo. Pero no pienses que soy idiota, eres un tabernero rico. Y los ricos necesitáis... protección. Tú ya me entiendes. —Le dio unas palmadas en la espalda e hizo ademán de seguir a sus compañero. Sin embargo, se giró en el último momento—. Por cierto, no he visto a esa sobrina tuya tan guapa. Conociéndote, seguro que la tienes encerrada en su cuarto.

Soltó una carcajada y por fin se marchó. Curro los vio alejarse. Sus temores se habían cumplido: aquel malvado se proponía sacar tajada. Con desánimo, se dio cuenta de que sus problemas no habían hecho sino comenzar.

En la sala privada del Hotel Ritz, a la misma hora, el crupier detenía el mecanismo del *Straperlo*. La demostración había finalizado. Gracias a los buenos oficios de Pich i Pon y del propio Aurelio, un alto cargo del Ministerio de Gobernación había acudido a comprobar su funcionamiento. Habían conseguido arrancarle el compromiso de que, en los próximos días, enviaría una comisión técnica y otra jurídica para emitir un informe sobre la ruleta. Al menos —según comentó Strauss—, estos no nos han dado con la puerta en las narices.

Madrid, Hotel Ritz.
Sábado, 25 de agosto de 1934.

Los cinco hombres que se sentaban alrededor del velador contemplaban en silencio cómo el camarero ejecutaba, con gran profesionalidad, el ritual de descorchar una botella de champán francés. El día había sido muy caluroso, pero a esa hora, ya bien entrada la noche, en el jardín del Hotel Ritz la temperatura era agradable. Cuando el camarero hubo servido las copas, cubrió la hielera con una servilleta y se retiró. Joaquín Gasa fue el primero que tomó la suya, levantándola para brindar.

—Señores. *¡Por el Straperlo!*

Era la segunda vez que Gasa ofrecía un brindis por aquel motivo. La vez anterior, en las oficinas del Olympia, la suerte no les había favorecido.

—*¡Por el Straperlo!* —exclamaron al unísono sus acompañantes.

—Espero que en esta ocasión el brindis esté justificado —puntualizó Strauss, que, como siempre, se mostraba cauto.

—Pues claro que sí, mi querido amigo —aseguró Joan Pich i Pon—. ¿Acaso no ha leído los informes? No existe motivo para la prohibición. Ya solo queda que el presidente Samper estampe su firma. De eso se encargará Sigfrido, que para eso es paisano suyo, ¿verdad que sí?

El aludido, un hombre joven, moreno y bien parecido, era diputado e hijo del novelista Vicente Blasco Ibáñez.

—Es cuestión de horas el que reciban una confirmación oficial del ministro. Puede que la del presidente se retrase algo más, pero no parece que vaya a haber ningún problema. Como dice Joan, los informes técnico y jurídico son favorables. Con eso en la mano, ya se puede empezar a funcionar.

—Estoy de acuerdo con Sigfrido —intervino Aurelio—. Lo de San Sebastián está hecho. Nos esperan con los brazos abiertos.

Durante las últimas semanas, Aurelio había viajado a San Sebastián en un

par de ocasiones. Después del fiasco catalán, la capital donostiarra se había convertido en la principal candidata para albergar el estreno del *Straperlo*. El Gran Casino era el lugar ideal, según aseguraba Aurelio.

—He oído que en todo el País Vasco hay problemas con los Ayuntamientos, incluido el de San Sebastián —puntualizó Strauss—. Se han rebelado contra el Gobierno.

Pich i Pon dio un respingo.

—Lo dice usted como si se hubieran echado a la calle, con fusiles en la mano. Nada de eso. Es una más de sus protestas. En eso, los vascos y los catalanes nos parecemos bastante. De tanto en cuanto, tenemos que cantarle las cuarenta al Gobierno de Madrid, pero la sangre nunca llega al río, créame.

—Tenemos al gobernador civil de nuestro lado —insistió Aurelio—. Los empresarios, hoteleros y propietarios de restaurantes también lo ven con buenos ojos. Para ellos, la prohibición del juego y el cierre del Gran Casino fue una pequeña tragedia. Hace diez años de ello y todavía recuerdan los buenos tiempos con nostalgia.

—¿Entonces, estamos de acuerdo? —Gasa lanzó la pregunta y miró uno a uno a los presentes, que asintieron con la cabeza, excepto Strauss, que se limitó a encogerse de hombros.

—Aprobado entonces. Será en el Gran Casino de San Sebastián. A partir de ahora, no hay tiempo que perder. Con suerte, aún podremos abrir antes de que acabe el verano y aprovechar algunos días de buen tiempo, cuando todavía quedan turistas.

—Pero habrá que acondicionarlo —protestó Strauss—. Si lleva diez años cerrado, no estará en muy buen estado.

—Es un edificio magnífico, en uno de los extremos de la playa de la Concha —comenzó a explicar Aurelio—, un lugar precioso y...

—Conocí el Gran Casino cuando aún estaba funcionando —le cortó Strauss—. Por eso precisamente me parece un lugar demasiado... pretencioso. No podemos devolverle su esplendor de la noche a la mañana.

—Ni es nuestra intención —puntualizó Gasa—. Bastará con acondicionar algunas salas.

Las reticencias de Strauss estaban justificadas. El dinero para las obras debería salir de su bolsillo y el de su socio, Jules Perel. Y no solo para las obras. Tal y como había anticipado Pich i Pon, las voluntades, que habrían de hacer posible el tan ansiado estreno, también estaban saliendo por un buen pico. Cuanto más ostentoso fuese el local elegido, tanto más costaría

prepararlo. La contrapartida era, como bien apuntó Sigfrido, que una vez puesto en marcha y mínimamente asentado, «a ver quién era el guapo que se atrevía a negar nuevos permisos para el *Straperlo* que ya se jugaba en el Gran Casino».

—Mañana mismo deberíamos salir para San Sebastián —sugirió Aurelio—. Contamos con Justo, el mánager de Paulino, para todo lo que necesitemos. Él sabe mejor que nadie a qué puertas hay que llamar y qué hacer para que las cosas vayan deprisa.

El boxeador, que también tenía una pequeña participación en el negocio del *Straperlo*, había recomendado a Justo Oyarzábal como hombre de confianza en San Sebastián.

—Esta vez no puede fallar —sentenció Joaquín Gasa con entusiasmo, y todos, incluido Strauss, se mostraron de acuerdo con sus palabras.

Las frías balas de unos asesinos se encargarían de desmentirlas.

San Juan de Luz.
Sábado, 8 de septiembre de 1934.

El magnífico Delage D8S tomó la última curva antes de coronar el promontorio. A sus pies, se abrió la bella bahía de San Juan de Luz. Aurelio conducía a buena velocidad, aunque sin tomar excesivos riesgos. A su lado, Paloma se sujetaba un pañuelo alrededor de la cabeza en un vano intento de que el viento no le alborotase el pelo. Al frente, la arena de las playas se teñía del color amarillo fuego que pintaba el sol del atardecer. Cuando Aurelio propuso la excursión, Paloma había aceptado encantada. Hacía tiempo que no disfrutaban de un fin de semana juntos. Los trabajos de acondicionamiento del Gran Casino se estaban llevando a cabo a buena marcha, pero poco era lo que podían hacer ellos, excepto mirar. Lo mismo que hacían las decenas de personas que se aproximaban, curiosas, a contemplar la febril actividad que allí se desarrollaba, tras años de lánguido abandono. Si todo marchaba según lo previsto, el miércoles siguiente tendría lugar la esperada reinauguración.

Aquella misma mañana, Aurelio había desaparecido temprano, y había regresado a media tarde, al volante de un coche que hizo que Paloma se quedase boquiabierta. Y no solo ella, sino todos los que pasaban en aquellos momentos por la puerta del Hotel Londres de San Sebastián, en el que los promotores del *Straperlo* habían instalado su cuartel general. Era un deportivo descapotable blanco de tan solo dos plazas, con un largo morro que albergaba un motor tan potente como silencioso. Las llantas de radios y un reluciente radiador cromado le conferían un aspecto aristocrático que lo situaba muy por encima de los automóviles que podían verse habitualmente por las calles. Paloma dio una vuelta completa a su alrededor, mientras Aurelio acomodaba las maletas en la parte trasera.

—Aurelio, ¡es precioso! Tiene que haberte costado un dineral —aventuró a decir, antes de subirse.

Aurelio se mostraba exultante. Más aún por el efecto causado en Paloma.

No era ningún secreto que le gustaban los automóviles y aquel, en concreto, colmaba todas sus aspiraciones.

—No quiero ni pensar en ello —respondió con una amplia sonrisa, sentándose al volante, situado al lado derecho—. Además, todavía no lo he pagado... del todo.

El coche se puso en marcha con una suavidad y una potencia que hizo se escuchasen algunas exclamaciones de asombro a sus espaldas. Giraron a la izquierda para ir a tomar la carretera que se dirigía hacia la frontera.

—Una oportunidad como esta se presenta una vez en la vida —comentó Aurelio, ansioso por dar explicaciones sobre el automóvil—. Aquí donde lo ves, además de ser un coche precioso, también es único. Solo se ha fabricado este.

Paloma puso cara de asombro y dejó que continuara.

—En realidad, lo que es único es la carrocería. Está diseñada por De Villars, el mejor carrocerero del mundo.

Después se pasó un buen rato intentando explicarle para qué servían cada uno de los múltiples medidores, relojes, botones y palancas que poblaban el salpicadero del vehículo. Así, hasta que salieron a la carretera y ganaron velocidad. Entonces, Aurelio se concentró en la conducción y permaneció en silencio, aunque, de tanto en cuanto, volvía la cabeza hacia Paloma, como preguntando si estaba disfrutando tanto como él. Ella le respondía con una radiante sonrisa.

Cruzaron la frontera con Francia sin mayores complicaciones. El aire les traía olor a mar. Por momentos, podían verlo, azul, a su izquierda. Paloma respiró hondo y cerró los ojos, intentando retener aquellos momentos de felicidad. Había pasado gran parte del verano en la venta. Lo que, al principio, iba a ser una corta visita, se terminó convirtiendo en una prolongada estancia que amenazaba por convertirse en definitiva. Y no es que se encontrase a disgusto en compañía de Curro y Encarna. Todo lo contrario. Había retomado su antigua amistad con Juani y había disfrutado de libertad suficiente como para entrar y salir cuando le había venido en gana, sin que su tío se atreviese a decir ni mu. La tranquilidad hubiese sido absoluta, si ese malnacido matón de tres al cuarto conocido por Machaco no se hubiese empeñado en amargarles la existencia. Sus visitas, casi a diario, a la venta, de las que no siempre había tenido la oportunidad de ocultarse, terminaban invariablemente con unas palabras en voz baja de su tío que, de momento, contentaban al facineroso. Paloma estaba convencida de que Curro le ofrecía

dinero para que les dejara en paz, pero, cuando le preguntaba al respecto, se topaba con un hermetismo absoluto. Había llegado al convencimiento de que, si ella se marchaba, Machaco perdería el interés y terminaría por desaparecer.

La noticia de la concesión del permiso para el *Straperlo* había llegado en el momento preciso, cuando ya comenzaba a desesperar y pensaba, incluso, en volver a Barcelona. Aurelio le había ofrecido trabajo en nombre de Strauss. Se encargaría de engatusar a los clientes y hacer que apostasen más. A Paloma no le entusiasmó la idea de actuar de gancho, pero, tal y como estaban las cosas, no tenía otra salida. Además, era una forma de separar a Aurelio de Madrid y de su mujer.

Se acercaban a San Juan de Luz y Aurelio, ahora, conducía despacio, contemplando el paisaje. En una recta, poco antes de llegar, ofreció a Paloma que cogiese el volante.

—Estás como un niño con zapatos nuevos —comentó ella, apoyándose en Aurelio y sujetando por unos instantes el volante blanco de cuatro radios.

—De niño ya me gustaban los coches. Mis tíos suelen contar una anécdota de cuando yo tenía cuatro o cinco años. Yo, la verdad, no me acuerdo, pero de tanto escucharla es como si la estuviese viendo. Era una época en la que estábamos en París. Según me explicaron más tarde, mi tío tuvo que salir de España para evitar que lo metieran en la cárcel. No creas que fue la única vez. El caso es que íbamos dando un paseo por una avenida en la que había una gran tienda de automóviles. Detrás de las cristaleras tenían expuesto el coche más maravilloso que te puedas imaginar. Al menos, eso es lo que me pareció entonces. Ya ves, hoy sería una antigualla. Le pedí a mi tío que me lo regalara y él sacó una moneda del bolsillo y me dijo que fuera a comprarlo. En la misma puerta había un empleado y le expliqué mis propósitos. Me respondió que estaría encantado de venderme el coche por aquel precio, pero había un pequeño problema: no me lo iba a poder llevar. ¡No cabía por la puerta! Así es que regresé cabizbajo junto a mis tíos y devolví la moneda.

Paloma rio con ganas la historieta. Costaba poco imaginar a Aurelio con solo cinco años. En realidad, seguía teniendo el aspecto de un niño.

Al llegar al mar, giraron dejando el dique a su izquierda y continuaron por la carretera que acompañaba el amplio arco de la bahía. Tuvieron que dar un rodeo para cruzar el río La Nivelle, en cuya desembocadura se encontraba el puerto, y poder salir a las playas del otro lado. Era en aquella zona donde se encontraban las casas de verano más lujosas, así como los hoteles, en los

que aún podía apreciarse el esplendor del que había disfrutado la villa desde principios de siglo y que, poco a poco, iba decayendo. Aurelio se detuvo a las puertas del Hôtel d'Angleterre, en la rue Garat. Un botones acudió solícito a recoger el equipaje y salió disparado hacia el interior, con el encargo de Aurelio de avisar a alguien que pudiera hacerse cargo del automóvil. No tardó en aparecer un sonriente joven, perfectamente trajeado y con el pelo engominado peinado hacia atrás, que aceptó sin reparos el billete que le ofreció Aurelio.

—Guárdelo en el garaje cubierto y cierre bien la puerta —ordenó en español.

—*Pog supuesto, señor Lerroux. No tiene par qué pgeocupagse.*

Les dieron una de las habitaciones que daban a la playa. Era espaciosa y estaba decorada con un lujo algo trasnochado. Paloma la exploró, fijándose hasta en el más mínimo detalle, ante la divertida mirada de Aurelio. Abrió las ventanas y el rumor de las olas, al romper, llegó con fuerza a sus oídos. Se asomó al exterior, dejando que la brisa del atardecer le acariciase el rostro. Aspiró profundamente con los ojos cerrados. Aurelio se acercó a su espalda y comenzó a besarle el cuello con suavidad. Estaban en la tercera planta, solo las gaviotas podían verlos. Paloma le dejó continuar, sin apartar la mirada de las olas. Los besos de Aurelio se iban haciendo más apasionados, a medida que le quitaba la ropa. Cuando estuvo completamente desnuda, se giró levemente y le pidió que le hiciera el amor mientras ella contemplaba el mar.

Despertaron abrazados, sobre la alfombra. La noche ya era cerrada y por la ventana abierta se colaba el aire frío y la música de un organillo. Se besaron una vez más y Aurelio se levantó a cerrarla. Estaban hambrientos y destemplados. Corrió las cortinas, antes de encender la luz. Paloma pestañeó deslumbrada y corrió a ponerse algo para taparse, tanto por el frío como por una sensación de pudor difícil de explicar. Aurelio miró el reloj que había dejado sobre la mesa.

—¡Son más de las diez! —exclamó—. Si no nos damos prisa, no nos van a dar de cenar. Aquí no es como en España.

Bajaron al restaurante del hotel, pero ya estaban recogiendo. Aurelio sugirió ir dando un paseo hasta La Pergola, el casino de San Juan de Luz, donde también había restaurante y cerraban más tarde. Estaba a unos

doscientos metros, sobre la misma la playa. Paloma quiso ir hasta allí caminado por la arena; se quitaron los zapatos y anduvieron por la orilla abrazados, como una pareja cualquiera de enamorados.

Les dieron una mesa junto a los ventanales. Desde que había descubierto el mar, en Barcelona, Paloma no se cansaba de admirarlo cuando tenía oportunidad. Lo suyo había sido un amor a primera vista. Ahora estaba fascinada con el ir y venir de la línea blanca que formaba la espuma de las olas al romper y que contrastaba con la negrura del agua en una noche sin luna. Se dejaron aconsejar por el camarero y pidieron un pescado a la plancha y vino blanco. Comieron con apetito y en silencio, dirigiéndose miradas cómplices y sonriéndose el uno al otro. Si era cierto que existía la felicidad, eso era lo que sentía Paloma en aquellos momentos.

—Mañana te enseñaré el pueblo —dijo Aurelio, sirviéndole más vino—. El puerto, el barrio de los pescadores... También tiene un par de edificios notables, que merece la pena visitar. A ver si tenemos suerte y sale un buen día.

—Y si no nos da tiempo a verlo todo, podemos volver la semana que viene —propuso Paloma.

—El próximo fin de semana, si todo va bien, el *Straperlo* ya estará funcionando y tú tendrás que trabajar —le recordó Aurelio.

Paloma suspiró con resignación. Había olvidado que, en su nuevo trabajo, no existirían los fines de semana.

—Además, mañana por la noche regreso a Madrid en tren —añadió él despreocupadamente.

Paloma se lo quedó mirando de hito en hito. No le había dicho antes cuáles eran sus planes.

—Pero... ¿al menos volverás para la inauguración?

—No lo creo. En San Sebastián hay gente que me conoce y no es bueno que se me vea demasiado por el casino. De momento, no quisiera que me relacionasen con el juego.

—¡Ya! ¿Y no hay alguna otra razón para que tengas que volver a Madrid tan deprisa? —preguntó Paloma, sin ocultar su desagrado.

Aurelio dejó el tenedor sobre el plato haciendo más ruido del necesario.

—No empieces con ese tema, por favor.

—¿Qué tema? —preguntó Paloma con voz inocente.

—Sabes perfectamente a lo que me refiero. Siempre has hecho un drama de mis regresos a Madrid. Ya pasaba cuando estabas en Barcelona.

—A lo mejor ayudaría el que me avisases con antelación de tus planes.

—¿Y acaso no lo estoy haciendo? Todavía es sábado. Hasta el lunes por la noche no me voy.

Paloma sabía que no tenía derecho a exigir nada, que Aurelio no estaba obligado a rendirle cuentas y que su papel en la historia no pasaba de ser el de la sufrida amante, siempre en la sombra. Y precisamente porque lo sabía, estaba enfadada.

—Por mí, como si te quieres marchar hoy mismo.

Aurelio sopesó durante unos segundos si debía dar una respuesta. Finalmente, optó por no añadir más leña al fuego y pidió la cuenta al camarero.

No cruzaron palabra en el camino de regreso al hotel. A la mañana siguiente, a ninguno de los dos le apetecía visitar la ciudad, así es que decidieron regresar a San Sebastián. Aurelio la dejó en la puerta del hotel, se despidió secamente con un «adiós» y salió disparado en su flamante automóvil. No volvería a verlo hasta el lunes por la tarde, poco antes de marchar hacia la estación. Un botones acudió, solícito, a ayudarla con la maleta.

—¿No se ha enterado, señorita? —preguntó el joven, un rubio pecoso y vivaracho, al tiempo que se hacía cargo del equipaje.

—¿De qué me tengo que enterar?

—Ha habido tiros no hará ni una hora —respondió en voz baja, deseoso de contar lo que sabía—. Creo que ha sido en la calle Prim.

Paloma se lo quedó mirando, sin saber muy bien cómo reaccionar. En Madrid o Barcelona, los tiros eran algo habitual. En una pequeña ciudad como San Sebastián, no estaban tan acostumbrados. Le pareció una descortesía no mostrar interés.

—¡Qué horror! ¿Ha habido heridos?

—Yo me he enterado por el patrón..., el dueño quiero decir. —Se detuvo un momento, mirando a través de la puerta para cerciorarse de que no lo observaban desde recepción—. Le he oído mientras hablaba por teléfono. Al que han herido es amigo suyo, y me parece que también tiene un hotel. Se lo han llevado al hospital y quizá no lo cuente.

—Pero... ¿por qué le han disparado?

—De eso no estoy seguro, señorita, pero el cocinero, que siempre se entera de todo, me ha dicho que era un fascista.

Paloma sonrió con amargura. La música podía sonar distinta, pero la

canción era la misma que en Madrid o Barcelona. El botones abrió la puerta, dejándola pasar.

San Sebastián.
Miércoles, 12 de septiembre de 1934. Once de la mañana.
Círculo de Izquierda Republicana, calle Garibay.

Una gran multitud esperaba, en silencio, a las puertas del local de Izquierda Republicana. El féretro con los restos mortales de don Manuel Andrés Casaus hizo al fin su aparición y fue recibido por muchos de los presentes con el puño en alto. Había sido director general de Seguridad cuando Azaña era el presidente del Gobierno. La noche del lunes, unos desconocidos le habían disparado por la espalda.

Era la respuesta, al asesinato, apenas dos días antes, del conocido miembro de la derecha donostiarra y presidente de la Asociación de Hoteleros, don Manuel Carrión. Dos muertos en dos días eran muchos muertos para San Sebastián.

Familiares y amigos de Manuel Andrés portaron el féretro hasta el coche mortuorio y se formó la comitiva que habría de acompañarlo, recorriendo las calles, hasta llegar al cementerio de Polloe. La primera presidencia, que caminaba tras el coche, fue cedida a los políticos llegados desde Madrid. Allí estaban Manuel Azaña, Indalecio Prieto y Casares Quiroga. Inmediatamente detrás, el padre y el hermano del finado junto a otros allegados. Siguiéndolos, un gentío que los periódicos del día siguiente cifrarían en unas diez mil personas.

Al llegar frente al depósito de cadáveres, a la entrada del cementerio, Azaña pronunció un breve discurso, elogiando a su compañero de partido y teniendo que detenerse en varias ocasiones, a causa de la emoción. Terminó con un «¡Viva la República y viva España!», que fue debidamente coreado. Cuando algunos grupos comenzaron a cantar *La Internacional*, los políticos vieron llegado el momento de retirarse con discreción. Un gran automóvil se abrió paso hasta donde se encontraban y a él subieron los tres. Casares ocupó el asiento delantero, junto al conductor. Azaña y el orondo Prieto se sentaron

detrás. El coche se puso en marcha, alejándose sin rumbo determinado.

—Me ha sorprendido verte por aquí —dijo Azaña, en voz baja, dirigiéndose a Prieto.

—Algún socialista tenía que venir al entierro, ¿no te parece?

—Podía haber venido otro cualquiera. Mira a Marcelino,⁸ ha enviado a un segundón.

—Gracias por el cumplido —rio Prieto—, si he de tomármelo así.

—¿Y no será que has aprovechado que ya estabas por el norte para dejarte caer por aquí? Las malas lenguas aseguran que te vieron en una playa de Asturias el lunes de madrugada.⁹

—Tú lo has dicho. Las malas lenguas...

—¡Indalecio! —le recriminó bajando aún más la voz—. No juegues conmigo al ratón y al gato. ¿Qué estáis tramando? Si mis informes son ciertos, y suelen serlo, allí había material para empezar una guerra.

Prieto rio de nuevo, moviendo su prominente barriga, mientras meditaba una respuesta. Azaña y él se conocían de antiguo, y eran todo lo amigos que puedan ser dos políticos de diferentes partidos. Algo tenía que contarle. No todo, por supuesto.

—Queremos estar preparados, eso es todo. Como la CEDA¹⁰ entre finalmente en el Gobierno, a por los primeros que irán será a por nosotros, los socialistas. No queremos que nos cacen como a conejos.

—Estáis locos. Con estas cosas es precisamente como les dais pie para que hagan cualquier locura. No van a desaprovechar la ocasión de crear toda la alarma que puedan y malo será si no decretan el estado de guerra. ¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Te pueden echar el guante?

—Si no fuera diputado, lo habrían hecho ya. Me consta que me vigilan, pero no se atreverán a hacer nada.

Azaña movió la cabeza en signo de desaprobación. No era tan optimista como su compañero de asiento.

—Si van a por ti en el Congreso, no podremos hacer nada.

—Esperemos que eso no ocurra.

Guardaron silencio unos momentos, mientras el coche seguía dando vueltas por las afueras de San Sebastián.

—Por cierto —lo rompió Prieto—, no te creas que eres el único que tiene... «informadores».

Azaña no cambió el gesto. Conocía la manera de actuar de Prieto y ya se

esperaba que le ofreciera alguna confianza menor, que apaciguase su enfado.

—No sé si estarás enterado —prosiguió el socialista— de que el casino celebra esta tarde su reapertura.

—Está anunciado en la prensa, en primera página. Tus informadores saben leer.

—¡Claro que saben! Y van más allá de la primera página, no como los tuyos. —Prieto soltó una carcajada, que incomodó aún más a Azaña.

—El anuncio hablaba de espectáculos y de baile.

—Ayer tuvo lugar un acto preinaugural, exclusivamente para la prensa. La crónica también menciona un juego mecánico, parecido a la ruleta, que se va a estrenar hoy.

—¿Un juego con apuestas? —preguntó, incrédulo, Azaña.

—Los juegos sin apuestas no tienen gracia, amigo mío.

—Pero ¡está prohibido!

—Me cuentan que los promotores han alegado que no se trata de un juego de puro azar. Lo importante es la habilidad y la facilidad de cálculo mental. Al parecer, tienen la aprobación por escrito del mismísimo ministro.

—¿Salazar Alonso?¹¹

Prieto asintió y Azaña permaneció unos segundos rumiando la noticia.

—Habilidad o azar, se trata de juego. No puede autorizarlo un ministro por su cuenta. ¿Quiénes son esos promotores de los que hablas?

Prieto se repanchigó, satisfecho de haber despertado la curiosidad de su oponente.

—El dueño de la idea y que además pone el dinero es un holandés. Tiene el apellido de un compositor famoso..., ese de los vales.

—¿Strauss?

—Eso es, no me salía. También está metido un empresario catalán que se dedica al espectáculo, un tal Gasa. Pero eso también lo puedes encontrar en el periódico. Lo que me ha llamado la atención es otro personaje, al que se ha visto a menudo por el casino, acompañando a estos dos. Ese no estuvo ayer en la presentación a la prensa.

—Y seguro que me va a interesar conocer el nombre de ese personaje, ¿no es así? ¡Jodido Indalecio! Te conozco como si te hubiera parido.

—¡Y yo a ti! —El socialista volvió a agitar su barriga—. ¿Cómo, si no, iba a saber yo el cariño especial que profesas a Aurelito?

—¿Aurelito...? —Azaña pensó unos momentos—. ¿Te refieres a Aurelio

Lerroux?

—¡Caliente, caliente!

—Tiene lógica. Ya sabía yo que Aurelito andaba haciendo de las suyas a la sombra de su insigne tío. Se dedica a conseguir favores y a cobrar por ellos. Este puede ser uno más. Claro que... le puede salir el tiro por la culata.

—¿Piensas hacer algo? —se interesó Prieto.

—Tengo una deuda con él. Siempre he sospechado que Aurelito se aprovechaba de su puesto en la Compañía Telefónica para hacer que espiesen mis conversaciones cuando era presidente del consejo. Más que sospecha, se trata casi de una certeza.

—Y te apetecería fastidiarlo. Me lo imaginaba. —Prieto dio una palmada en la rodilla de su interlocutor.

—No hay cosa que me apetezca más que fastidiarlo. ¿Qué hora es?

—Las doce y media —respondió Prieto, consultando su reloj.

—Tengo que hacer una llamada. Para en el primer sitio que veas con teléfono público —dijo Azaña, imperativo, dirigiéndose al chófer.

—¿Qué te propones?

—Con un poco de suerte, la noticia todavía puede salir en los periódicos de la noche. Los de Madrid, que son los que de verdad importan.

24

San Sebastián. Gran Casino.
Miércoles, 12 de septiembre de 1934. Seis de la tarde.

Apenas faltaban unos minutos para las seis de la tarde. Daniel Strauss iba de un lado para otro, repartiendo las últimas instrucciones, supervisando que todo estuviese perfecto. Era un maniático de la perfección. Joaquín Gasa y Jules Perel lo contemplaban divertidos, haciendo como que ayudaban.

—¿Hay gente fuera? —preguntó impaciente, para que alguien fuese a echar un vistazo, mientras él detenía a un camarero que pasaba por su lado y le ajustaba la pajarita.

—Siguen llegando —respondió Gasa, después de comprobarlo desde una de las ventanas—. No te preocupes, que no va estar vacío.

Strauss llevaba haciendo la misma pregunta, de tanto en cuanto, desde las cuatro y media. Lo cierto era que el público no había cesado de llegar desde mucho antes de la hora anunciada para la apertura. Uno de los temores de Strauss era que el día de luto que se había impuesto en la ciudad y el multitudinario entierro de la mañana les restasen clientes. Sin embargo, había podido más la curiosidad y ya pasaban de un centenar las personas que aguardaban en el exterior, recorriendo la fachada o al pie de las escalinatas, paseando por los jardines. Algunos, los de más edad, que recordaban el pasado esplendor del casino, querían visitarlo para hacer comparaciones en su memoria. Aunque también podían verse jóvenes, que no tenían edad para que les permitiesen entrar cuando aún estaba abierto, diez años atrás. Lo que si habían podido comprobar todos ellos eran las evidentes mejoras producidas durante los últimos días. La puerta principal había sido pintada, las ventanas tenían los cristales inmaculadamente limpios y una alfombra roja, flanqueada por macetas con graciosos arbolillos, llegaba hasta el centro de la explanada. Nada que recordase el estado de abandono en el que se encontraba hasta hacía poco tiempo.

Strauss se dirigió a la zona de juego, tras haber comprobado que, en el

salón de baile, todos los miembros de la orquesta se encontraban en sus puestos. Ahora, les tocó el turno a los crupieres, que había hecho venir expresamente desde Bélgica, porque no se atrevía a dejar en manos inexpertas las dos mesas de *Straperlo* que habían sido instaladas. Ya tendrían tiempo, cuando el juego se asentase, de instruir a operadores locales. El carrillón del vestíbulo comenzó a tocar y Strauss hizo una señal de asentimiento al portero, que vestía un espectacular uniforme azul turquesa con charreteras blancas y gorra a juego. El hombre tiró de las dos hojas de la puerta, que se abrieron con suavidad. Un par de camareros lo ayudaron a completar la operación. Apenas a tiempo, porque ya una oleada de ávidos clientes pugnaba por abrirse paso. Todos querían ser los primeros en volver a pisar el Gran Casino.

La orquesta comenzó a tocar de inmediato. En el vestíbulo, los camareros ofrecían a los recién llegados un cóctel, cortesía de la casa, para celebrar la inauguración. Al mismo tiempo, les entregaban unos pequeños folletos, en los que se explicaba el funcionamiento del *Straperlo*, y trataban de empujarlos hacia las mesas. En aquel instante, mezclada con los rezagados, hizo su entrada una pareja de jóvenes, cogidos del brazo. A él se le notaba algo nervioso, mirando a todas partes, mientras ella comentaba, con naturalidad, lo bonito que lo habían dejado todo. Él vestía un traje de color gris, recién planchado, pero al que se le adivinaban varias temporadas de existencia. Moreno, peinado con raya en medio, andaría por la treintena. Ella era más joven, aunque el exceso de maquillaje le hiciera aparentar más años de los que en realidad tenía. Llevaba el pelo recogido en un gracioso moño y sus ropas, falda de color malva, blusa blanca y chaquetilla azul marino, tampoco llamaban la atención por su elegancia. Tomaron las copas y el folleto que les ofreció un camarero y continuaron curioseando. Ella dijo en un tono de voz no excesivamente alto, pero que se pudo escuchar claramente por encima de los murmullos del resto de los presentes:

—¡Mira! Se puede jugar. Ahí tienen unas ruletas.

—No me gusta jugar —respondió su acompañante, un tanto forzado.

—Yo no lo he hecho nunca, ¡vamos!

El hombre se dejó arrastrar por la vehemente muchacha. Se situaron frente a una de las mesas y ella se puso a leer el folleto, estudiando el funcionamiento del aparato. Los crupieres habían puesto en marcha el mecanismo y el plato giraba sin cesar a velocidad constante. Cada cierto tiempo, se escuchaba un clic y una bolita comenzaba a deslizarse por los

rieles. Antes de que llegase al final de su recorrido, el crupier cantaba el típico «¡no va más!», aunque todavía nadie se había atrevido a apostar. La joven siguió, con atención, la caída de varias bolas sucesivas y los números en los que caían. En un determinado momento, se volvió hacia el hombre y exigió, más que preguntó:

—¿Tienes dinero?

—Bueno... no mucho. Unas cincuenta pesetas...

—Déjame veinte.

—Son para pagar el alquiler... —protestó él.

—¿Y quién ha dicho que no lo vayamos a pagar? Anda, déjamelas y no protestes.

Con gran dolor de su corazón, el hombre sacó la cartera y le entregó el dinero. Un ayudante de mesa les señaló una ventanilla en la que podían cambiar el dinero por fichas. La postura era única, de cinco pesetas, según ponía en el folleto. Con sus cuatro fichas en la mano, la joven volvió junto a la mesa, esperó un par de jugadas, tomando nota mentalmente de los números que salieron, y depositó una de las fichas sobre el tapete, en el número diecinueve. La siguiente bola cayó, con precisión matemática, sobre el número elegido. La pareja se puso a dar saltos de alegría, al tiempo que el crupier les entregaba las ganancias y varias voces en las sala comenzaban a gritar: «¡hagan juego, señores!». Fue la señal que los indecisos estaban esperando. Todos a una se lanzaron hacia la ventanilla de cambio y las mesas se llenaron de jugadores en un santiamén. La pareja continuó apostando, casi siempre con suerte favorable, y dando grandes muestras de júbilo por ello.

Pasado un buen rato, cuando ya la afluencia de público era notable y costaba trabajo acercarse a las mesas, ella guardó la gran cantidad de fichas ganadas en el bolso y fueron a cambiarlas a la ventanilla. El hombre recogió los billetes que le tendía la cajera y, con una risa nerviosa, los metió en la cartera. Ya se dirigían hacia la salida cuando él cambió de opinión:

—¿Por qué no tomamos una copa? Después de tantas emociones, la necesito. Yo invito —ofreció, cogiendo a su pareja por la cintura.

Ella no protestó, pero lo fulminó con la mirada.

—Creo que no debemos hacerlo, ya sabes cuáles son las instrucciones —masculló, forzando una sonrisa.

—¡Vamos, encanto! Tengo un montón de dinero en el bolsillo. Lo hemos ganado en buena lid, ¿o no? No pasa nada si nos divertimos un poco.

—Ese dinero no es nuestro, imbécil. Tenemos que ir a devolverlo.

—¿Devolverlo? No sé lo que te pagarán a ti, pero lo mío es una miseria. Ni en tres meses de repetir el numerito sacaría yo la mitad de lo que tengo ahora. ¿Acaso van a venir a quitármelo?

En ese preciso instante, llegó hasta ellos Daniel Strauss, mostrando una gran sonrisa. Se presentó como propietario del casino, estrecho sus manos y les felicitó por ser los primeros ganadores de la nueva etapa. Les preguntó si querían tomar algo, a cuenta de la casa. Ella aceptó de inmediato, pero entonces fue él quien se mostró reticente.

—Vamos, no me lo rechace —insistió afable Strauss, para luego ponerse muy serio y, con una mirada gélida, añadir—: No querrá salir a la calle con todo ese dinero en el bolsillo. Con lo peligroso que se ha vuelto San Sebastián, podrían pegarle un tiro para robarle.

El hombre tragó saliva. Estuvo a punto de argumentar que, precisamente, iban en esos momentos a devolver el dinero a alguien que los esperaba en el Hotel Londres, tal y como les habían ordenado. Los fríos ojos de Strauss le hicieron cambiar de opinión. De alguna forma, el extranjero había adivinado sus intenciones y ya no le permitiría salir del casino con su pequeña fortuna. Decidió esperar una mejor oportunidad.

—No, claro. No sería sensato llevar tanto dinero encima. Si el casino pudiera extenderme un pagaré...

—Por supuesto..., por supuesto. —Strauss volvió a sonreír—. Acompañenme a la oficina, si hacen el favor.

Los guio hasta una puerta situada en el vestíbulo, medio oculta por unas jardineras. Entraron en un despacho, que a todas luces había sido montado tan apresuradamente como el resto, pero con mucho menos esmero. Frente a una mesa desvencijada se alineaban tres pobres sillas. Un armario igualmente cochambroso hacía las veces de archivador. Las paredes estaban vacías y sucias. Tan solo una robusta caja fuerte, situada tras la mesa, parecía haberse incorporado recientemente al mobiliario. Una vez dentro, Strauss cerró la puerta y extendió la mano hacia el hombre con el gesto inequívoco de solicitar el dinero que llevaba. Dudó unos momentos, antes de echar mano al bolsillo de la chaqueta.

—No es justo —dijo—. Les hemos hecho ganar mucho dinero hoy... Los dos. —Señaló a Paloma, que permanecía en silencio, mirándolo fijamente—. Y lo único que recogemos son las migajas.

Strauss arrebató de un tirón los billetes que el hombre extrajo dubitativamente de la cartera y comprobó que no faltaba nada de lo que le

habían pagado en caja. Después, casi con violencia, le metió cien pesetas en el bolsillo de la pechera.

—Es lo que habíamos acordado por una semana de trabajo —dijo Strauss—. Ya no hace falta que vuelvas. Ahora, lárgate.

El hombre no se lo pensó dos veces y se abalanzó sobre la puerta. En cuanto le perdieron de vista, Strauss sonrió a Paloma.

—Pobre infeliz —comentó con lástima—. Ladrón y cobarde, una combinación poco recomendable. Como actor, un desastre. A la legua se notaba que estaba actuando. De no ser por ti, querida, que has estado estupenda...

Cogió la mano de Paloma y se la llevó a los labios. Ella no supo muy bien cómo responder. Sus ojos se encontraron y se sostuvieron la mirada unos segundos. Tuvo que tirar de la mano para que Strauss la soltara. Afortunadamente, en aquel momento la puerta se abrió y entraron Gasa y Perel muy contentos.

—Las mesas están a reventar —comentó el primero—. Y tú que tenías miedo de que viniese poca gente.

—Ha sido una cosa fantástica... ¿Se dice *fantástica*? —Los demás asintieron y Perel, cuyo español mejoraba día a día, continuó—: *Mademoiselle* Paloma ha sido... soberbia. *C'est bien* soberbia?

—Está bien. *Magnífica* también puede decirse —puntualizó Gasa.

Ante tanto halago, Paloma se ruborizó levemente. No mucho tiempo atrás, su turbación hubiese sido bastante mayor. Se sorprendió ella misma de lo mucho que había cambiado en los últimos meses. Lamentó que el culpable de la transformación, que no era otro que Aurelio, estuviese lejos de allí. Seguía enfadada con él, pero sabía que pronto se le pasaría. Ya había ocurrido otras veces. Notó cómo las miradas de los tres hombres convergían sobre ella y que no solo la admiraban por su brillante actuación. Hasta ese momento, la cercanía de Aurelio los había mantenido respetuosamente alejados. Sin embargo, parecían haberse dado cuenta de que algo no marchaba bien en la pareja. No creía que Aurelio les hubiese hablado de la discusión que habían tenido, no iba con su carácter hacer ese tipo de confidencias. Le vino a la memoria el botones chismoso, aquel que salió a recibirlos a la puerta del hotel, a su regreso de San Juan. Debía de haberse dado cuenta de que estaban enfadados y esa era una información con la que podía ganarse una buena propina. A Paloma, la indiscreción del muchacho la convertía en una pieza de deseo para el resto de socios del *Straperlo*, ávidos

de ocupar el lugar vacante.

—Creo que será mejor que vaya al hotel, a cambiarme —dijo con aplomo—. No es bueno que los clientes me vean con vosotros, podrían sospechar.

Los tres hombres se mostraron de acuerdo y Perel, incluso, se ofreció a acompañarla. Paloma lo rechazó amablemente y se dirigió a la salida.

—No sé por qué —empezó a decir Gasa en cuanto se cerró la puerta—, pero me parece que los tres estamos pensando lo mismo.

Perel y Strauss se lo quedaron mirando un momento y luego rompieron a reír, haciendo gestos de complicidad.

—*Io penso misma cosa* —reconoció Perel, orgulloso de haber comprendido.

—Creo que necesito un güisqui con mucho hielo —bromeó Strauss—. ¿Me acompañan?

Las cosas no podían marchar mejor para los tres socios. La sala de juego estaba llena a rebosar de ávidos tentadores de la suerte y las mesas echaban humo. Brindaron por el éxito y el prometedor futuro que se le presentaba al *Straperlo*. Ya empezaban a especular sobre el siguiente paso que deberían dar, ahora que ya habían conseguido lo más difícil: tener unas mesas funcionando, cuando unos gritos, provenientes de la puerta de entrada, los sacaron de sus elucubraciones. Estaban sentados en el bar y se dirigieron a toda prisa hacia el origen del alboroto. Se encontraron con un grupo de policías que, a las órdenes de un hombre de paisano, conminaban a los presentes a abandonar el lugar y procedían al cierre de las mesas de juego.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Gasa, bastante alterado, al llegar junto al hombre que dirigía la operación—. ¡No tienen derecho a hacer esto!

—Cumpló órdenes —se limitó a señalar el interpelado.

—¿Órdenes de quién? —intervino Strauss.

El hombre se giró y pudieron ver que, si bien mantenía el brazo bajado, su mano sostenía un revolver.

—Del gobernador —respondió desafiante.

—Pero no puede ser... Tenemos la autorización —protestó Gasa—. El propio ministro ha dado su conformidad.

—Pues debe de ser el propio ministro el que ha llamado por teléfono a mi jefe —ironizó—. Pocas veces lo he visto tan alterado. A mí me da igual de

dónde venga la orden, pero mi obligación es cerrar este tinglado. De ustedes, que supongo que serán los propietarios, no me han dicho nada, así es que, si no causan problemas, no hará falta que nos acompañen a comisaría.

Se miraron unos a otros, desconcertados y sin saber qué hacer, mientras los policías continuaban conduciendo hacia la salida a decenas de personas que no terminaban de entender lo que estaba pasando. Algunas de ellas, aprovechando la confusión, se habían llenado el bolsillo con las fichas que estaban sobre las mesas. Abriéndose paso a duras penas, en dirección contraria a la marea humana, una mujer pugnaba por entrar en el Gran Casino. Consiguió, por fin, alcanzar el vestíbulo, pero uno de los guardias la cogió por el brazo e intentó echarla fuera.

—¡Paloma! —gritó Perel, que se percató de la situación.

—¿Conocen a esta señorita? —preguntó el policía de paisano.

—Trabaja aquí, déjenla pasar —terció Gasa.

A una seña de su jefe, el guardia soltó a Paloma. No se había cambiado de ropa, como era su intención, y ahora estaba despeinada y a la chaquetilla le faltaba uno de los botones, perdido a causa del forcejeo.

—Ya no queda nadie en las mesas ni en el salón de baile —informó uno de los policías, que se había acercado al grupo—. ¿Qué hacemos con esos? —preguntó, señalando a los crupieres.

—Los empleados pueden quedarse, si quieren. Mis órdenes son cerrar las puertas e impedir que se juegue, nada más. Si se les ocurre volver a abrir, tendremos que regresar y, entonces, ya no seremos tan amables.

Paseo la mirada de uno a otro de los socios y los tres asintieron, dándose por enterados. Los últimos clientes abandonaron el casino y tras ellos salieron los policías. Cuando estuvieron seguros de que no podían oírlos, Strauss se abalanzó sobre Paloma. Su inesperado regreso debía de tener algún significado.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó—. Como haya sido culpa de ese cabrón que nos quería robar, juro que lo haré matar.

—No ha sido él —respondió, tranquila—. Al llegar al hotel, el conserje me ha dicho que Aurelio había llamado tres veces, preguntando por alguno de nosotros. —No podía llamar al casino, porque todavía no tenían línea—. Al final, hemos conseguido hablar. Parece que la noticia de la reapertura ha aparecido en la primera página de un periódico de Madrid, un diario de la noche contrario al juego. Se ha producido un escándalo y el ministro ha dado la orden de cerrar inmediatamente. Volvía para avisaros, pero la policía se me

ha adelantado.

—*Merde!* —exclamó Perel.

Strauss se volvió hacia Gasa, como pidiéndole una explicación. Estaba rojo de ira y no podía articular palabra.

—¡Sí, mierda! —estalló finalmente—. País de mierda, donde no te puedes fiar ni de los políticos a los que has pagado.

—Tranquilizaos —intervino Gasa—. Tiene que haber una solución. Volvamos al hotel e intentemos ponernos en contacto con Aurelio. Seguro que él pude hacer algo.

—¡Más le vale! —sentenció Strauss.

Madrid, Plaza de Toros de Las Ventas del Espíritu Santo.
Domingo, 21 de octubre de 1934.

Crescencio el Cojo se acomodó en la silla de tijera que, amablemente, Amadeo el cartero se había ofrecido a llevar hasta el borde del terraplén. La piedra, sobre la que Crescencio se sentaba casi a diario a tomar el sol, había desaparecido a causa de los desmontes que los obreros contratados por el Ayuntamiento venían realizando durante las últimas semanas. Recordó, no sin melancolía, aquella lejana tarde de junio, en la que había asistido a la inauguración de la plaza de Las Ventas, sentado en esa piedra que había llegado a considerar como suya.

Sacó la petaca del dobladillo del pantalón, donde siempre la llevaba escondida para que no se la encontrase su mujer, y comenzó a liarse un cigarrillo con parsimonia.

—No te ofrezco porque sé que no fumas —se disculpó el Cojo.

—Gracias de todas maneras —respondió Amadeo—. Usted tampoco debería, que ya sabe lo que le ha dicho el médico.

—¿Sabes cuánto hace que el médico me prohibió fumar? Si por él fuera, ya me tenía que haber muerto varias veces. Además, solo fumo cuando estoy al aire libre, que el olor se queda menos en la ropa y no le da el tufo a mi Dorotea. ¡Mal rayo la parta! —masculló.

—Venga, Crescencio, que si no fuera por su mujer...

—Eso es lo malo, que encima tengo que estarle agradecido. Ni te imaginas las artimañas que tengo que ingeniar para sisar lo que cuesta un paquete de «caldo gallina», lo peor que hay.

—No lo digo solo por lo del tabaco...

—Deja de tocarme los cojones, Amadeo, que para un rato que tengo libre... Además, para la próxima corrida que den, espero tener ya mi puestecito de pipas.

Amadeo sonrió. Le hacía gracia el viejo carcamal. Era consciente de que,

de alguna manera, había sustituido a don Melquíades el Panadero convirtiéndose en el centro de las invectivas del Cojo. La relación entre los dos antiguos amigos se había agriado y ya no pasaba de un saludo educado. Si coincidían en alguna tertulia y se hablaba de política, algo cada vez más inevitable, la discusión estaba garantizada. En cambio, Amadeo, al que Crescencio llamaba «aprendiz de burguesito», no llegaba todavía a ser un «fascista monárquico», como don Melquíades. También era menos beligerante y se limitaba a sonreír y a menear la cabeza cuando no estaba de acuerdo con alguno de los postulados revolucionarios del Cojo.

—¿Venderá algo más que pipas, digo yo?

—De girasol y calabaza. Con sal y sin sal. Altramuces, torrados y chufas. Caramelos y paloduz. Y, claro está, cigarrillos y puros. Pero ¿tú qué te habías creído? Lo tengo todo preparado. Fulgencio me está construyendo un carrito y ya me he puesto de acuerdo con un tipo que me venderá el género en buenas condiciones. Dentro de poco podré invitarte a un vino.

—¿Diría usted que hay más o menos gente que en la primera inauguración? —se interesó Amadeo, cambiando de tema.

Aunque la plaza de Las Ventas se había inaugurado con una corrida benéfica, más de tres años atrás, y desde entonces se habían celebrado algunos festejos, la inauguración oficial, la puesta de largo como primera plaza de Madrid, iba a tener lugar aquella misma tarde. El domingo anterior se había lidiado la última corrida en la plaza vieja, la de la Fuente del Berro. Dentro de poco, comenzarían a derribarla.

—Hay menos gente —sentenció el Cojo, después de meditarlo unos instantes—. La plaza debe de estar llena igualmente, pero hay menos gente fuera, sin entrada, dando vueltas alrededor... También somos menos aquí —dijo, señalando a izquierda y derecha del tendido de los pobres, en el que se encontraban—. Hace tres años, esto estaba a reventar.

—Ya lo recuerdo —convino Amadeo, al que seguían sin gustarle mucho los toros, aunque procuraba que no se le notase—. Es lógico, aquella fue la primera oportunidad de ver la plaza abierta, funcionando. Lo de hoy suena casi a reestreno.

—Pues ya sabes, a partir de ahora, todos los domingos y fiestas de guardar tendremos corrida. Espero que algún día, antes de morirme, alguien me invite a ver una desde dentro.

—¡Vamos, Crescencio! No se me ponga dramático. Hay entradas que no son caras. Incluso usted y yo podríamos permitirnoslas.

—Sí, claro, las de andanada no son caras. Lo malo es que te tienes que llevar prismáticos si quieres distinguir entre el toro y los caballos.

Quienes sí tenían entrada y no necesitaban prismáticos eran Paloma y Aurelio, que ocupaban sus asientos en el tendido bajo del 7. El paseíllo daba comienzo en aquel preciso instante, con Juan Belmonte encabezándolo, flanqueado por Marcial Lalanda y Cagancho. Desde la discusión y amago de separación que habían tenido en San Sebastián, apenas si se habían visto un par de veces y su relación no había vuelto a ser como antes. No ayudaba a ello el hecho de que permaneciesen en Madrid, donde Aurelio tenía menos libertad de movimientos. Después del fiasco del casino, con su fuente de ingresos prematuramente cerrada, a Paloma no le había quedado más remedio que volver a la venta, junto a su tío. Strauss y Perel habían abandonado España poco después y los acontecimientos de las últimas semanas no habían ayudado a que se apresurasen a volver. El levantamiento armado contra el Gobierno, iniciado a principios de mes, había prendido con fuerza en Cataluña y, sobre todo, en Asturias. Ahora que ya estaba prácticamente sofocado, comenzaban a aparecer las primeras fotografías en la prensa y eran, ciertamente, sobrecogedoras. Las crónicas hablaban de centenares de muertos.

—¡Míralo, tiene el porte de un verdadero príncipe! —exclamó Aurelio, mientras aplaudía, puesto en pie, como el resto de plaza, a Belmonte.

Paloma, que aplaudía con desgana, no pudo por menos que estar de acuerdo. No era precisamente un niño, de hecho ya pasaba de los cuarenta. Ni siquiera era guapo, o a ella no se lo parecía, pero Juan Belmonte tenía algo especial que le hacía destacar sobre los demás. Llevaba retirado varios años cuando decidió reaparecer, para sorpresa de muchos y alegría de sus incondicionales. Había quien decía que ya no volvería a ser el que era, pero había cuajado unas cuantas buenas faenas desde su reaparición. La expectación era grande.

—Es una lástima que Clarito no haya podido venir, con lo que le gusta Belmonte. Desde que es ministro, no le queda tiempo para nada.

Paloma lo miró extrañada. Recordaba al cronista taurino de rostro bonachón que había urdido el engaño de las *misses*. Aurelio confesó que había sido él quien les había conseguido las entradas.

—¿Clarito ministro? —preguntó atónita.

—¡Pues claro! César Jalón, ministro de comunicaciones. ¿No lees los periódicos?

Paloma se encogió de hombros. Hacía tiempo que habían dejado de interesarle los continuos cambios de gobierno. El tío de Aurelio volvía a presidirlo, después de unos meses en los que Ricardo Samper, también radical, había ocupado el cargo. Tuvo que reconocer que ignoraba el nombre de los ministros. Se prometió a sí misma poner más atención a la crónica política.

—Esos aplausos deben de ser para Belmonte —aventuró Crescencio.

—A Marcial, también lo quiere mucho el público de Madrid —apuntó Amadeo.

—Esos aplausos no son de cariño, amigo mío, son de adoración. Yo lo vi torear una vez, antes de que se retirase. ¡Con Joselito, nada menos! En Madrid no se hablaba de otra cosa más que de sus mano a mano. Estaban ellos dos y, luego, todos los demás.

—¡Caramba, Crescencio! Ya ha llovido desde entonces.

—Pues mira —entornó los ojos, haciendo memoria—, va para quince años que a Joselito se lo llevó un toro por delante. O sea, que tuvo que ser antes.

—Clarito era de los que no se perdía ni un solo enfrentamiento entre Belmonte y Joselito —recordó Aurelio—. De eso hace mucho tiempo, yo no era más que un crío, te lo cuento como me lo ha contado él.

—¿Y por qué no ha podido venir, si tanto le gusta? —se interesó Paloma.

—Ya lo ves. Cosas de la política. Mi tío ha montado una reunión con sus incondicionales esta misma tarde. A él no le importan los toros.

—Por cierto, ¿qué tal está? Con todo lo que ha pasado... y a su edad.

Alejandro Lerroux, que se había iniciado en política con el cambio de siglo, había cumplido los setenta, unos meses atrás.

—No sé de dónde saca la energía. Es como si se creciese con las adversidades. Ahora está empeñado en sacar el Gobierno adelante, a costa de lo que sea. No les va a perdonar a los socialistas el que le hayan montado una revolución, ya lo verás. ¡Y, encima, nada más hacerse cargo del puesto!

—Dicen que llevaban meses preparándolo, haciendo acopio de armas. No sé por qué no se dedican a hacer cosas de provecho, en lugar de estar empeñados en liarla —se quejó Paloma.

—Mira, mira, cómo recibe al primer toro.

A Belmonte le correspondía iniciar la lidia y pronto comenzaron a escucharse las exclamaciones de aprobación del público, deseoso de contemplar un triunfo del de Triana.

—Parece que está gustando —comentó Amadeo, al escuchar los aplausos.

—No te dejes engatusar por los primeros «olés». Lo importante es cómo se acaba. Fíjate en lo de Asturias, con lo bien que empezó, han terminado dándonos *pal pelo*.

—Pero, Crescencio, que no están las cosas como para revoluciones. Así no se ayuda a la República y usted lo sabe.

—¡Yo qué voy a saber! Lo único que sé es lo que veo. Y veo a ministros monárquicos y fascistas. ¿Es así como se ayuda a la República? ¡Ja! En todo caso, a una república para burguesitos como tú.

Otro de los que se encontraba en el interior de la plaza era don Melquíades el Panadero, acompañado por su hijo mayor, Jaime, el que estudiaba para abogado. A los otros dos no les gustaban los toros.

—Seguro que va a ser una buena corrida —pronosticó don Melquíades—. Cagancho y Marcial repiten de la semana pasada, en el cierre de la plaza vieja. Los dos cortaron oreja. ¡Y luego está Belmonte! ¿Para qué queremos más...?

—No me vuelva a contar lo bien que toreaba Belmonte, padre, que ya lo tengo muy oído —bromeó Jaime.

—¿Tú qué sabrás de toros, si no eres más que un jovenzuelo?

La relación de don Melquíades con sus hijos había mejorado bastante, sobre todo con el mayor. Los tres militaban en Falange Española y presumían de haber sido felicitados por el mismísimo José Antonio, como símbolo de una familia unida y lo que eso significaba para el futuro de España.

—Belmonte es un vejestorio, incapaz de sostener la muleta. Ya lo verá. Habría hecho bien quedándose en el retiro.

—No te apostarás un duro a que hoy corta una oreja, por lo menos.

—Padre, que esa es mi asignación para una semana. Una oreja se la van a dar solo con ponerse delante del toro, por respeto a sus canas.

—Pues entonces, subo la apuesta a dos orejas, ¿hace?

—Hace —aceptó Jaime.

Don Melquíades sonrió complacido. Había pasado unos días de angustia, cuando estalló la revolución. El propio Jaime le había comunicado que se marchaba de casa con sus hermanos. «Tenemos que estar con los camaradas, para defendernos si es necesario —le había dicho—. Y es mejor que nadie sepa adónde vamos.» En Madrid, la revolución no había llegado a triunfar, como lo había hecho durante un tiempo en Asturias o Barcelona, donde solo

la intervención del ejército había conseguido doblegar a los sublevados. Sin embargo, los tiroteos habían sido cosa frecuente en la capital. Las fuerzas del orden se habían visto obligadas a instalar potentes reflectores en los tejados de los edificios públicos para intentar localizar a los «pacos» que, desde las azoteas disparaban sobre los guardias y, en ocasiones, sobre simples transeúntes.

—¡Qué lástima que no haya matado bien! —se lamentó Aurelio—. Ahí ha perdido la oreja.

—La gente la está pidiendo —observó Paloma.

—Pero no se la van a dar, ya lo verás.

—La verdad es que se la podían haber dado —comentó Jaime, sarcásticamente.

—Todavía le queda otro toro, aún no he perdido la apuesta —respondió su padre.

—Pues por la ovación, yo diría que ha cortado oreja —pronosticó Crescencio.

—Si ya se lo decía yo —remachó Amadeo—. Como hoy triunfe Belmonte, más de uno se va a tener que comer sus palabras. Esos que decían que estaba viejo.

—¿Y tú qué tal? ¿Cómo te las apañas con tu tío? —se interesó Aurelio, mientras sonaban los clarines del segundo.

Paloma suspiró, antes de responder.

—No hay nada que dejen de hacer, ni él ni Encarna, para que todo sea de mi gusto y esté contenta. No quieren que piense siquiera en marcharme, pero a mí... me falta el aire.

—¿Y qué hay de aquel matón que le estaba extorsionando?

—Machaco. Curro evita hablar de él. Si le pregunto, cambia de tema. Yo sé que le sigue sacando dinero y ese es otro de los motivos por los que no quiero quedarme. Si yo no estuviera, mi tío tendría más libertad para cantarle las cuarenta a ese malnacido.

—A lo mejor, yo podría hacer algo... Sigo teniendo amigos en Gobernación.

—Hace días que no aparece ni se tienen noticias de él. Ya ha ocurrido otras veces. Cuando ha hecho alguna faena y no quiere que lo pillen los guardias, que ya lo tienen más que fichado, es como si se lo tragase la tierra. O eso, o que lo han pillado de verdad y está a la sombra. Pero ten por seguro que vuelve. Siempre termina volviendo.

—Marcial es tan buen torero como Belmonte cuando era joven —aseveró Jaime.

—Yo no digo que sea mal torero, pero en la buena época de Belmonte, no le hubiera llegado ni a la altura de los talones, te lo digo yo —apostilló don Melquíades.

La corrida continuaba, con Marcial Lalanda manejando el capote.

—Ves como ahora los aplausos ya no son lo mismo —comentó Crescencio, señalando con su cigarrillo hacia la plaza—. Aunque lo hagan igual de bien que Belmonte, a los otros no los van a aplaudir igual.

—Además, parece que se escuchan algunos pitos —indicó Amadeo.

—Es posible que volvamos poner en marcha el *Straperlo* —dejó caer Aurelio, aprovechando un momento de relativa calma.

—¿Seguís con eso? —preguntó, escéptica, Paloma.

—Sería estúpido dejarlo correr, ahora que mi tío vuelve a ser presidente.

—¿Acaso va a legalizarlo?

—No inmediatamente, pero espero convencerlo. De momento, es cuestión de probar en un sitio menos llamativo que San Sebastián.

Marcial, sin pena ni gloria, había cedido su lugar en el ruedo a Cagancho. El tercero de la tarde correspondía al torero gitano.

—¿Y qué me dice de Cagancho, padre? Marcial no ha estado fino, pero si hay un torero que es capaz de triunfar esta tarde, ese es Cagancho —afirmó Jaime.

—De triunfar... o de que lo corran a almohadillazos —rio don Melquíades—, que de este se puede esperar cualquier cosa.

—Padre, que lo de Almagro es agua pasada... Una mala tarde la tiene cualquiera. Lo que ocurre es que con los toreros artistas se nota más.

—¡Artistas...! —repitió don Melquíades con sorna.

Los malos augurios no se cumplieron y el torero encadenó unos cuantos pases que encandilaron al público. Las palmas volvieron a sonar con fuerza.

—Pues ahora sí que aplauden con ganas —avisó Amadeo—. Y si no me fallan las cuentas, este debe de ser el tercero.

—El primero de Cagancho, sí. Yo no hubiera dado un duro por él esta tarde, pero, ya lo ves, hasta los entendidos podemos equivocarnos.

—¿Y en qué sitio estáis pensando, si puede saberse? —preguntó Paloma, tras comprobar que Aurelio no soltaría prenda si ella no se mostraba mínimamente interesada.

—No debería decírtelo. Es solo un proyecto y ni siquiera lo sabe Strauss.

Está todavía muy cabreado con lo del casino. Solo le hemos dejado caer que se nos ha presentado una nueva oportunidad y que no todo está perdido. Parece que se está ablandando. Lleva bastante dinero invertido y quiere recuperarlo.

—¿Crees que... habrá trabajo para mí?

—Todavía no te he dicho dónde vamos a instalarlo.

—¡No me juegues al ratón y al gato, Aurelio! Ya te he dicho que quiero salir de la venta. No puedo hacerlo y pedirle, encima, dinero a mi tío. Necesito trabajar. No me importa el sitio.

Aurelio rio y rodeó la cintura de Paloma, atrayéndola junto a él. Ella se dejó hacer y también sonrió. Por un momento, pareció como si los problemas entre ambos hubieran desaparecido.

—Mallorca —desveló Aurelio—. Un lugar precioso. Quizá no tenga tantas posibilidades como San Sebastián, pero llamaremos menos la atención.

En el ruedo, Cagancho saludaba al público que le ovacionaba. Sin embargo, también se quedó sin cortar oreja. Las mulillas arrastraron al toro muerto y los operarios de la plaza salieron para alisar la arena. Después del descanso, sería de nuevo el turno de Belmonte.

Madrid, Venta del Curro.
Domingo, 21 de octubre de 1934.

—¡Qué faena, madre mía! ¡Qué faena! La mejor que he visto en mi vida —afirmó categórico don Melquíades, ante la nutrida concurrencia que hacía corro alrededor de la mesa, casi como en los viejos tiempos—. ¡Las dos orejas y el rabo! Y porque no había más. Después de esto —prosiguió—, ya me puedo morir tranquilo.

—Pues ya se te está haciendo tarde, Panadero —intervino el Cojo—. No te prives de ese capricho.

La venta estaba aquella tarde llena a rebosar. En el patio hacía fresco y todos habían pasado al interior. El humo del tabaco era denso y el ambiente festivo, como hacía tiempo que no lo recordaba Curro, que se afanaba en tener a todo el mundo servido, ayudado por Miguel y por Encarna, desde la cocina, y, a ratos, también detrás de la barra. Amadeo rio la ocurrencia de Crescencio, al igual que Fulgencio, que seguía sin tener empleo fijo, Calixto, el tranviario gallego, Serapio, con sus uñas negras de carbón, y otros cuantos de los habituales y de los no tanto. Algunos de ellos también habían estado en la corrida.

—Diga *usté* que sí, don Melquíades —secundó Serapio—, que hacía mucho tiempo que no se veía una cosa igual en Madrid.

Curro llegó con una bandeja repleta de vasos y comenzó a repartir.

—Yo hubiera querido ir —intervino el ventero—, pero Encarna se levantó hoy algo pachucha y no me ha parecido bien dejarla sola. Y luego, a la hora de la corrida, ya estaba como una rosa.

—Con los años que tienes, Curro, y aún te dejas engañar por las mujeres —se burló Fulgencio—. Ese truco es de los más viejos. «¡Ay, que me duele aquí!» —dijo escenificando la situación y poniendo voz de falsete—. Y a tomar por culo los toros, el fútbol o lo que se te hubiera ocurrido hacer. Me juego una ronda a que ayer le dijiste que te apetecería ver la corrida.

—No te juegues tanto, que lo mismo lo pierdes.

—¿Lo veis? ¿Veis cómo se achanta? Eso es que llevo razón. No te dé vergüenza reconocerlo, Curro. Si tan seguro estoy es porque a mí me lo han hecho unas cuantas veces. ¡Y he tenido tres mujeres!

Curro prefirió no entrar el trapo y se retiró a atender a otros clientes, ante el jolgorio generalizado.

—Y yo que creía que esas cosas solo las hacía la mía... —reflexionó Amadeo—. Ahora va a resultar que es una epidemia.

—Pues mi mujer también lo intenta, de vez en cuando —afirmó don Melquíades—. Lo que pasa es que me las arreglo para que sean sus hijos los que la cuiden.

—¡Eso está bien! —reconoció Crescencio—. Es lo menos que pueden hacer para agradecerle que les planche las camisas... azules.

Calixto y Serapio rieron la gracia al Cojo. Amadeo, en cambio, le dirigió una mirada de reproche. Casi todos conocían las querencias de la prole del Panadero. Solo Fulgencio hizo un gesto como de no haber entendido la indirecta. Don Melquíades no iba a dejarla pasar, así como así.

—No tienen nada que agradecerle —dijo—. Mi mujer está muy orgullosa de plancharles las camisas... azules. Al menos eso significa que aman a España y no a Rusia, como algunos.

—Yo amo a España como el que más —respondió Crescencio, levantando la voz—. Y me he dejado una pierna luchando por ella. Lo que no quiero es que se convierta en un país fascista, como pretendéis tú y tus hijos.

—Tengamos la fiesta en paz, que estábamos hablando de toros —Amadeo intentó, infructuosamente, calmar los ánimos.

—Mis hijos y yo lo único que queremos es un país en el que se respete el orden. En el que puedas salir a la calle sin tener que ir esquivando los tiros y las bombas.

—Eso lo queremos todos, don Melquíades. Pero no se puede dejar que salgan con la suya los que se quieren cargar la República —intervino Fulgencio.

—¡Con lo que ha costado traerla! Si hace falta pegar cuatro tiros, pues se pegan —le apoyó Serapio.

—Los tiros nunca son buenos —rechazó Calixto, con su acento gallego—. Se ve que no habéis tenido que esquivarlos, como yo. Que el otro día, en la calle de Alcalá, me tuve que tirar al suelo del tranvía porque llovían de todas partes. Y los pasajeros también. Una bala entró por mi ventanilla; si

llego a estar de pie no lo cuento.

—Son cosas que pasan. ¿Cuándo ha habido una revolución sin unos cuantos muertos? ¡Gallinas! Eso es lo que sois, gallinas —apostilló Crescencio.

—¿Y por qué tiene que haber una revolución, maldita sea? —se lamentó don Melquíades—. ¿Acaso no hemos tenido unas elecciones? ¿Por qué no pueden gobernar los que han ganado?

—¡Porque son unos fascistas! —gritó el Cojo.

—¡Y quieren que vuelva el rey! Van contra la República.

—¡Eso no son más que sandeces! —les espetó Melquíades—. Disculpas que os buscáis socialistas y comunistas para imponer eso que llamáis la dictadura del proletariado.

—¿Y no sería eso mejor que lo que tenemos ahora?

—Una dictadura es siempre una dictadura, acordaos de la de Primo de Rivera —apuntó Amadeo.

—¡Sí, hombre! Va ser lo mismo cuando gobernaban los militares, con un rey pelele, a que sea el pueblo... ¡el pueblo!, quien decida. Permíteme que me ría —se burló Crescencio.

—Una dictadura nunca será una democracia —respondió Amadeo, algo picado—, y me da lo mismo que sea de los militares o del pueblo.

—Eso es lo que siempre decís lo burguesitos: que la democracia es lo mejor que hay. Pero claro, ya os va bien poner os del lado de los poderosos. Os arrojan las sobras y vosotros les laméis la mano... y el culo si hace falta. A ver si te crees que el ascenso que te acaban de dar ha sido por lo bueno o lo guapo que eres. No haces huelga y asciendes, ¡qué casualidad!

—¡Me maté a estudiar! —protestó Amadeo, airado—. Me presenté a unos exámenes y saqué la plaza de inspector. Lo de la huelga no tuvo nada que ver.

—¡Ja! ¡Ja! Y otra vez ¡Ja!

—Lo que os puede a todos vosotros es la envidia —intervino don Melquíades, con rabia—. Envidia de los que consiguen algo en la vida gracias a su esfuerzo y no se conforman con ser unos pobres desgraciados.

El resto de clientes de la venta había abandonado sus respectivas conversaciones y volvían la cabeza hacia la mesa en la que el tono de las voces había subido de intensidad. Curro también se acercó, a ver lo que pasaba.

—¡Tú sí que eres un pobre desgraciado! —exclamó Crescencio—.

¿Envidia de ti? Tú, que has hecho fortuna explotando a los trabajadores que se dejan la piel en tu horno. ¡Qué poco te acuerdas de cómo empezaste! Ya lo dice el refrán: ni pidas a quien pidió, ni sirvas a quien sirvió.

Don Melquíades, colorado como un tomate, se puso en pie, apoyándose en el bastón. Por un momento, pareció que iba a utilizarlo contra el Cojo.

—¿Explotador, yo? ¡Explotador! Si encuentras una sola panadería en Madrid que pague mejor a sus empleados, les igualo el sueldo. ¿Tú qué sabrás? Si no eres más que un muerto de hambre.

Crescencio se levantó también, más rápido incluso, a pesar de su única pierna. Curro apareció en ese momento, interponiéndose entre ambos.

—¿Es que os habéis vuelto locos o qué os pasa? —gritó—. ¿Acaso no sois amigos?

En la taberna se hizo el silencio. Curro se volvía hacia uno y otro lado mirando a los ojos a los enfrentados. Finalmente, ambos terminaron bajando la mirada.

—Venga, sentaos y tomad un vaso de vino, que invita la casa.

Crescencio aceptó, casi de inmediato, y Amadeo lo ayudó a regresar a la silla. Los parroquianos que ocupaban las demás mesas y los que estaban en la barra se olvidaron de la discusión y volvieron a sus asuntos. El bullicio continuó como si nada hubiera pasado. Melquíades, sin embargo, permaneció de pie y articuló una torpe disculpa:

—Perdona, Curro... por todo este alboroto. Te agradezco la invitación, pero me están esperando en casa.

Se despidió de los presentes con una inclinación de cabeza, evitando hacerlo con el Cojo. Se encaminó hacia la puerta y abandonó la venta. Curro tuvo la sospecha cierta de que nunca más volvería a tenerlo como cliente. Con gesto cansado, se dirigió a la barra para encargar la invitación prometida.

—Ponme siete vasos de vino —pidió a Miguel.

—Esos dos viejos algún día terminarán rompiéndose la cabeza el uno al otro, ya lo verás —dijo este, mientras escanciaba.

—Antes, no hace mucho, eran inseparables. Se pasaban el día discutiendo, pero... de distinta manera. Es la política, que lo está emponzoñando todo —reflexionó Curro, con tristeza.

—No es la política, Curro. Son los que quieren acabar con la República los que buscan el enfrentamiento. Son los fascistas los que verían con buenos ojos que volviésemos a lo de antes: reyes, militares y curas partiendo el bacalao. Y si los hijos del Panadero son fascistas pues hay que dejárselo claro

y ya está. La culpa es suya, por defenderlos.

Curro se lo quedó mirando, pero prefirió no decir nada. Eran muchos los que parecían pasar por alto que los tiros, esta vez, no habían comenzado dándolos los fascistas, sino las izquierdas y los nacionalistas. Cogió la bandeja y la llevó hasta la mesa. Mientras repartía los vasos, por su cabeza pasaban algunas de las fotografías que había visto publicadas en la prensa: las casas reventadas y las fachadas acribilladas a balazos de Oviedo; las ametralladoras y los cañones por las calles de Barcelona; y la que más le había impresionado de todas, quizá por la cercanía: la siempre populosa Puerta del Sol completamente vacía a causa de los disparos que se estaban produciendo. Observándola, casi se podían escuchar y la nariz se impregnaba con el olor de la pólvora. Ciudades destruidas y cientos de muertos para evitar que «los fascistas se hiciesen con el poder». Se preguntó si no sería él quien estaba equivocado. Si no sería verdad que había que defender la República, acabando con todos sus enemigos. Costase lo que costase y llevándose por delante a quien hiciese falta.

Madrid, Ministerio de la Guerra.
Lunes, 19 de noviembre de 1934.

Paloma se dio los últimos retoques, tratando de buscar, frente al cristal de la ventana, el mejor ángulo que le devolviese su imagen. Era lo mejor que había encontrado, a falta de un espejo como Dios manda. «¿Cómo harán los militares para comprobar si les queda bien el uniforme?», preguntó a su reflejo. Llevaba el pelo recogido en un moño con redecilla, de forma que su esbelto cuello quedaba al descubierto; los labios granate oscuro resaltaban enmarcados por su pálido rostro y solo las gafas, con montura de nácar, que lucía evitaban que se la confundiese con una diosa. Chaqueta y falda color crema y una camisa del mismo tono, aunque algo más clara, un lazo a juego con los labios y unos zapatos marrones de medio tacón. Cuando se aseguró de que su aspecto era el ideal para el papel que le habían encargado representar, aún le sobró tiempo para contemplar la fuente de la Cibeles, en el centro de la cercana plaza de Castelar. Recordó la primera vez que la había visto, al poco de su llegada a Madrid, un domingo que su tío la llevó en tranvía, a conocer el centro de la capital. «Esa es la diosa Cibeles, niña, en su carro tirado por leones —le había dicho—. Y a la plaza, todo el mundo la conoce con el nombre de la diosa, pero en realidad, se llama de Castelar.» «¿Y quién es ese señor?», se había interesado ella. «Las calles y las plazas se dedican a hombres que ya están muertos —rio su tío—. Castelar fue un político que llegó a ser presidente, cuando España era una república. Quizás algún día tú puedas verlo de nuevo. Yo no sé si viviré lo suficiente.» Después, le había explicado las diferencias entre monarquía y república. Las simpatías de su tío no estaban precisamente del lado del rey Alfonso, lo que a ella le disgustó bastante. Si algo se le había quedado grabado de su paso por el colegio de las monjas, era que los reyes eran casi tan sagrados como el mismísimo Redentor.

—¿Estás lista? —la sobresaltó Aurelio, acercándose a sus espaldas.

—Sí, estoy lista —respondió con firmeza, dirigiendo una última mirada al cristal de la ventana.

En el umbral de la puerta los esperaba un hombre alto y rubio que rondaría la cincuentena. Vestía traje gris, de corte impecable, pañuelo blanco en el bolsillo y corbata a rayas. Con una sonrisa encantadora se dirigió a Paloma.

—Estás guapísima, querida. Ya sé que es algo que uno no debe decir a una secretaria..., al menos en público.

Los tres rieron la broma. Después, Aurelio les apremió:

—Lleva unos cinco minutos en la sala de espera. Ha estado despachando con el subsecretario, luego se ha entrevistado con el anterior ministro y ahora tiene que recibirlo mi tío. Es el momento.

Un ordenanza, con galones de cabo, los condujo por largos pasillos hasta una puerta de doble hoja, que abrió sin llamar.

—¿Da vucencia su permiso? —preguntó, asomando la cabeza.

—Adelante.

El cabo abrió completamente la puerta y se introdujo en la estancia, cuadrándose, con la gorra respetuosamente en la mano.

—A la orden, mi general, aquí afuera hay un señor que desea saludarlo.

—Pues dígame que pase —respondió, complaciente, el militar que se encontraba en la sala, con una voz que a Paloma se le antojó demasiado aguda para lo que hubiera esperado de alguien acostumbrado a dar órdenes.

El ordenanza se hizo a un lado y el hombre apuesto, del que Paloma representaba el papel de secretaria, entró en la estancia seguido por ella. El general estaba sentado en un sofá, hojeando el periódico.

—Mi querido general. —Se adelantó efusivo hacia el militar, al que no le quedó más remedio que dejar sobre la mesa el periódico y ponerse en pie, para estrecharle la mano—. He venido a Madrid para realizar una gestiones, y cuando me enterado de que estaba usted aquí he pedido que me permitieran saludarlo.

—Yo también me alegro de verlo, señor Enseñat —respondió el interpelado, de forma cortés, pero distante.

Paloma conocía al general Franco por las fotos de los periódicos, pero no dejó de sorprenderle lo bajito que resultaba al lado de su «jefe».

—Le presento a Paloma, mi secretaria, no sabría dar un paso sin su ayuda.

—Mucho gusto —se acercó ella, tendiendo la mano con un gesto

coqueto, al que el militar no prestó excesiva atención.

—Precisamente, le estaba comentando hace unos instantes al señor Lerroux, las dificultades que estamos atravesando los hoteleros de Mallorca con todo este jaleo que se ha montado. Lo ha entendido perfectamente aunque, claro, llevando solo tres días en el cargo,¹² poco más me ha podido ayudar. La falta de seguridad nunca es buena para el turismo, como usted muy bien sabe. Y un movimiento revolucionario, aunque en las Baleares no se haya dejado sentir mucho, ahuyenta a los clientes.

—De eso nos encargamos nosotros, de garantizar la seguridad y...

—Por supuesto, por supuesto, mi general. Pero ya sabe..., las cosas se hacen más difíciles... Y el estado de guerra no ayuda demasiado...

—Siempre intentamos que afecte lo mínimo posible a la población civil.

—Es cierto, de eso no me cabe la menor duda y, en nombre de mis colegas hoteleros, a los que represento, le doy las gracias por ello, pero...

Enseñat se giró hacia la puerta, como para cerciorarse de que estaba cerrada y nadie más podía escucharlos.

—Lo cierto —continuó— es que la entrevista con el ministro de la guerra estaba programada desde hace un par de semanas. No me podía imaginar que mientras tanto iba a haber un cambio de titular. Lo que le he intentado hacer ver al señor Lerroux es que hay ciertas actividades que, aunque estén estrictamente relacionadas con el negocio turístico y no afecten en absoluto a la seguridad, en las actuales circunstancias, requieren la autorización de los mandos militares. Usted ya me comprende, con el estado de guerra en vigor...

—Si se trata de algo que, como usted afirma, no suponga una amenaza para el orden público, no veo razón alguna para que la autoridad militar deba inmiscuirse.

—En eso estamos de acuerdo, mi general. Y usted, como comandante militar de las islas,¹³ es el más indicado para poder decirlo, pero..., ya sabe... Con los acontecimientos de Asturias, para los que ha sido requerida su presencia en Madrid, no resulta nada fácil llegar hasta usted. Solo la casualidad ha hecho que hoy pudiéramos encontrarnos.

—He dejado el mando a cargo de mis ayudantes, en los que confío plenamente —respondió Franco, visiblemente molesto.

—Desde luego, faltaría más. Me consta que son unos excelentes profesionales, pero a veces... el exceso de celo...

—No sé a dónde quiere usted ir a parar...

—Pues a que... a veces... ante la duda... un subordinado tiende a negarse a conceder ciertos permisos. Si usted pudiera..., no sé..., hacer alguna llamada telefónica o, mejor aún, firmar una carta para que no tuviéramos mayores problemas, nos sería de gran ayuda.

—Le repito que, como gobernador militar de Baleares, no tengo ninguna intención en inmiscuirme en asuntos puramente civiles. Si lo que usted quiere es un permiso, bastará con el que le otorguen las autoridades civiles.

En aquel momento se abrió de nuevo la puerta y la cabeza del ordenanza asomó por ella.

—¿Da vucencia su permiso, mi general?

—¿Qué pasa ahora? —respondió Franco, sin intentar ocultar su irritación.

—A la orden, mi general, es una llamada urgente para el señor Enseñat. Tendrá que atenderla en el despacho del coronel Fuentes, que es el teléfono que pilla más cerca.

—Si me disculpa un momento... No sé qué podrá ser.

Franco hizo un gesto con la mano y Enseñat salió disparado tras el ordenanza. Paloma se quedó a solas con el general.

—Siempre está así, es un hombre muy ocupado —comentó, acercándose un par de pasos.

—No me cabe la menor duda —respondió el general, con indiferencia.

—Ahora está muy preocupado con lo de la revolución. Dice que los turistas se espantan con estas cosas y... ya se sabe. —Se acercó otros dos pasos, de manera insinuante y quedó a muy corta distancia del general—: Si no hay turistas, los hoteles tendrán que cerrar.

Franco intentaba evitar mirar directamente a Paloma, cuyo pecho subía y bajaba con la respiración dentro de la camisa, quizá demasiado ajustada. Con un movimiento brusco, se alejó interponiendo entre ellos la mesa donde había dejado el periódico.

—Sería una pena, sin duda —respondió, con una voz aún más aguda de lo normal.

—Un montón de gente se quedaría sin trabajo, señor general. —Rodeó la mesa por el otro extremo para cerrarle el paso.

—Pero yo no puedo hacer nada, señorita. Ya se lo he dicho al señor Enseñat... No son temas militares.

—Pero son ustedes, los militares, los que mandan en Mallorca. Sin su permiso no se puede hacer nada.

—No nos inmiscuimos. No es ese nuestro trabajo.

—¿Y cuál es su trabajo?

Paloma acorraló al general junto al sofá. Estaban muy cerca el uno del otro y la turbación del militar resultaba evidente.

De repente, se abrió de nuevo la puerta y un ordenanza, diferente al anterior, asomó la cabeza. Después del protocolo reglamentario, le anunció que el ministro se encontraba en disposición de recibirlo.

—Dígale que enseguida voy —respondió aliviado—. Si me disculpa, señorita, tengo que despachar con el señor Lerroux.

Se ajustó la guerrera, se colocó la gorra bajo el brazo y cogió un maletín que había dejado apoyado en la pared. Apenas si dirigió un leve movimiento de cabeza a Paloma, a modo de despedida y salió a paso vivo de la sala de espera. El ordenanza cerró de nuevo la puerta. Una vez a solas, Paloma resopló de puro fastidio. No había sido capaz de llevar a cabo la misión asignada. «A todos los militares les gustan las mujeres guapas —había afirmado Enseñat—, y este no va ser menos. En cuanto le haga un mohín, sacaré de él lo que quiera.» «¡Y un jamón!», se oyó exclamar a sí misma. Inmediatamente después, la puerta se abrió y entró Enseñat, seguido por Aurelio.

—Nos han dejado muy poco tiempo —dijo este último—. Debería haber entretenido a mi tío, con cualquier excusa.

—No sé yo —respondió Paloma—. Aunque nos hubieseis dejado a solas tres horas, me las habría pasado persiguiéndolo por la habitación. ¡Vaya acelga de general!

—¿Entonces, no le has sacado nada?

—Ni mu. Me ha dicho lo mismo que dijo antes: que los militares no tienen nada que ver.

—Bueno..., es una manera de decir que nos da permiso —recapacitó Enseñat.

—Más bien que no nos lo niega —puntualizó Aurelio—. En cualquier caso, ya no podemos echarnos atrás. Hoy he recibido un telefonema de Formentor. Las obras de acondicionamiento están prácticamente terminadas. Dos o tres días más a lo sumo.

—¡Caray, sí que han corrido! —comentó Enseñat, poniendo cara de asombro.

Aurelio sonrió complacido. No en vano, suya había sido la idea de encargar el trabajo a un decorador de cine, al que conocía de su paso por la productora Orpheus. Había hecho llevar desde Barcelona todos los materiales

y al personal especializado. No había resultado barato, pero las obras se estaban desarrollando con mayor rapidez que en San Sebastián. Cartón y madera, en lugar de yeso y cemento, pero ¿quién notaba la diferencia?

—A primeros de diciembre estaremos funcionando —apostilló con un guiño— y se habrán acabado los malos tiempos.

Mallorca. Hotel Formentor.
Miércoles, 5 de diciembre de 1934.

El viento soplaba frío y algunas nubes dispersas ocultaban, por momentos, el oblicuo sol invernal. Cuando sus rayos conseguían zafarse de la barrera de algodón, iluminaban lo que Paloma había definido, a su llegada a Formentor, como «una copia auténtica del paraíso». Aurelio y ella contemplaban el idílico paisaje desde el extremo de la cala opuesto al hotel. Era una construcción blanca, medio oculta por el bosque de pinos que bajaba hasta la playa, apenas una estrecha franja de arena nacarina que describía un semicírculo, casi perfecto, hasta donde ellos se encontraban. Un poco más allá del hotel, frente al saliente, como un amenazante monstruo marino, emergía el islote de Formentor. Era un paseo que Paloma había repetido todas las mañanas desde hacía una semana. Siempre sola, hasta que había tenido la oportunidad de compartirlo. Aurelio había llegado la noche anterior. Juntaron sus manos, sin atreverse a molestar el silencio atronador del ruido de las olas al romper. Las aguas, menos azules que otros días y bastante más revueltas, refulgían agradecidas convertidas en espuma. Se besaron. Con la misma pasión que creían haber olvidado. El sol se volvió a ocultar y la magia de deshizo, tiñendo de gris lo que un instante antes había sido una explosión de color. Empezaron el camino de regreso, jugando, descalzos, a huir de las olas que, en ocasiones, llegaban a lamer los pinos. Algunas casetas de baño salpicaban la playa, allí donde la franja de arena se ensanchaba un poco.

—No me has contado cómo están las cosas por Madrid —se interesó Paloma—. Llevo aquí siete días y es como si el resto del mundo hubiese desaparecido.

—Pues las cosas están más tranquilas... relativamente. Esa tranquilidad hace que se hable y se discuta de política y no de huelgas o revueltas. Ahora lo que preocupa es la economía y cómo equilibrar el presupuesto. Lo de Asturias y Cataluña sigue coleando, pero ya no son noticias de portada en los

periódicos. Con decirte que uno de los temas de conversación es un duende que dicen que oyen hablar en una casa de Zaragoza.

—Síiii —palmoteó Paloma, con alegría—. Eso ya lo había leído antes de salir de Madrid, pero no presté mucha atención a la noticia. Pues imagínate cómo será la cosa, que el sábado pasado, el mismo día que inauguramos nosotros, en un café de Palma anunciaron que iba a hablar el duende de Zaragoza para anticipar el programa de actuaciones de los próximos días.

—¡No me digas! —rio Aurelio—. ¿Hasta aquí ha llegado? ¡Y anda que no son listos para aprovecharse de la publicidad del jodido duende!

—¿No te parece gracioso?

—¡Para morirse de risa! —exclamó, irónicamente, Aurelio—. No puedo entender cómo todavía hay gente que se deja embaucar por esas historias. ¡Pero si hasta lo está investigando la policía! Como si no tuvieran cosas mejores que hacer.

—A mí me gusta creer en «esas historias» —afirmó Paloma, algo molesta—. No sé... No es que intente buscar una explicación sobrenatural. Tampoco echarlo por tierra, como haces tú. Simplemente, me lo creo porque me apetece. Es un poco como creer en los Reyes Magos. Es bonito.

—Tú sí que eres bonita —dijo Aurelio, rodeando con el brazo su cintura y atrayéndola hacia sí.

—¡Estate quieto! —protestó, sin convicción—. Ya estamos cerca y nos pueden ver.

—Que nos vean. ¡Qué más da!

Paloma se zafó del abrazo y corrió hacia el camino de tierra que se separaba de la playa y ascendía hasta el hotel. Aurelio corrió tras ella. Llegaron riendo y jadeando. Antes de emprender la subida se giraron para contemplar la playa por la que habían venido. Las nubes parecieron querer despedirse y dejaron, de nuevo, que el sol iluminase las olas al romper. Se besaron una última vez.

El camino continuaba por unas escaleras que terminaban a las puertas mismas del establecimiento. Era mediodía. Aún faltaban unas horas para que los jugadores del *Straperlo* comenzasen a llegar. Habían acordado que las mesas se abriesen a las cinco de la tarde, entre semana, y a las doce y media del mediodía, los sábados y domingos. El servicio de autocares que traía a los clientes desde Palma se ajustaba a esos horarios. Los renqueantes vehículos tardaban casi dos horas en cubrir el trayecto. Y otro tanto de vuelta.

—Cuando vuelvas a Palma, tienes que hacerlo de día —recomendó

Paloma—. Ayer no pudiste ver la carretera.

Aurelio había aprovechado el servicio de autocares para trasladarse al hotel la noche anterior.

—Casi prefería no verla. Todo eran curvas, cuesta arriba y cuesta abajo, y lo poco que iluminaban los faros del autocar daba miedo verlo. Ni me quiero imaginar lo que habría debajo.

—La construyeron hace tan solo cuatro años para poder llegar al hotel. Antes, la única forma de llegar hasta aquí era en barca. El paisaje es precioso. Si no te da por pensar en que vayas a despeñarte, claro.

—Strauss me ha dicho que la asistencia de público va bien. Subiendo cada día desde el sábado. Tenía miedo de que a la gente le diese pereza realizar un trayecto tan largo para venir a jugar.

—También vienen muchos coches. La zona de aparcamiento se va a quedar pequeña dentro de nada. Ya están pensando en cómo ampliarla.

—¿Qué tal salió el numerito de la pareja de jugadores el primer día? —se interesó Aurelio.

—Muy bien. Efecto inmediato, como en San Sebastián —aseguró Paloma—. Los demás días ya no ha hecho falta. Siempre ha habido alguien que repetía visita y los nuevos solo han tenido que fijarse. La gente que llega hasta aquí viene dispuesta a jugar. Eso me deja libre para actuar en las atracciones. De momento solo bailo, pero me van a hacer una prueba para cantar. Si todo marcha bien, puede que hasta me den un número como segunda vedete.

—¡Eso sería estupendo! Tú que estabas tan empeñada en triunfar en el cine y, al final, lo tuyo va a ser el teatro de variedades.

—¿Y por qué no también en el cine? —protestó enfurruñada.

Entraron riendo en el hotel. Paloma se excusó unos momentos para ir a su habitación y Aurelio aprovechó para darse un paseo por los salones. Quedó muy satisfecho del buen trabajo realizado por los decoradores que había enviado desde Barcelona. Aunque menos espectacular que el Gran Casino, lo cierto era que también resultaba más acogedor. Las mesas de *Straperlo* estaban aún cubiertas con sus fundas. En el comedor habían habilitado un escenario donde tenían lugar las actuaciones. Saludó a una pareja argentina que identificó como los protagonistas de un número de baile que había presenciado la noche anterior. En la galería, sentados alrededor de una mesa y bebiendo café, encontró a Strauss y Perel, acompañados por el dueño del hotel, Adan Diehl. Aurelio ya lo conocía de las negociaciones que

mantuvieron para alquilar los salones. Era también argentino, aunque de padres alemanes.

Cuando Diehl llegó por primera vez a Mallorca, se enamoró de sus costas y, muy en particular, de Formentor. Durante los años siguientes, empleó la fortuna familiar en la construcción del hotel y de la carretera que llevaba hasta él. Quería convertirlo en el lugar de encuentro de artistas y poetas de toda Europa, algo que, supuestamente, atraería también a una clientela aristocrática. Había fracasado en el intento y ahora estaba en las últimas. Se había aferrado a la propuesta de instalar la ruleta, como su última tabla de salvación. Su situación financiera era tan precaria que, apenas tres días antes de inaugurar el *Straperlo*, se había visto forzado a vender los camiones que transportaban los suministros al hotel. Sin embargo, los problemas no alteraban su exquisita educación. Se levantó para saludar a Aurelio en cuanto lo vio.

—Mi querido amigo, ¿cómo está?

Diehl era un hombre de gran elegancia y atractivo personal que debía de mediar los cuarenta. Aurelio estrechó su mano con calidez.

—Me han dicho que llegó usted anoche —prosiguió—. Lamentablemente, había tenido que marchar a Pollensa, por un compromiso, y no pude darle la bienvenida. ¿Desea tomar un café con nosotros? Aún está caliente.

Aurelio aceptó el ofrecimiento y el propio Diehl le sirvió la taza, preguntando oportunamente por las preferencias del recién llegado.

—Parece que las cosas marchan estupendamente, ¿no es así? —comentó Aurelio, dirigiéndose a su anfitrión.

—He de reconocer que mejor de lo que esperaba —respondió, adelantándose, Strauss—. La primera vez que lo vi, el sitio me pareció muy bonito, precioso, pero... tan apartado. No pensaba que la gente fuese a venir. ¡Y vaya si viene!

Hizo un expresivo gesto con las manos y soltó una carcajada. Aurelio no recordaba haberlo visto tan contento en todo el tiempo que lo conocía.

—No tanta persona como en Gran Casino, *mais* con gana de jugar. Mucha gana —intervino Jules Perel.

Aurelio ya les había oído decir algo parecido la noche anterior, pero seguía interesado en conocer la opinión de Diehl.

—¿Hay muchos huéspedes en el hotel? —preguntó.

—Ya lo ve usted...

Respondió con una sonrisa amarga e hizo un movimiento circular con la mano.

—Si hubiese muchos huéspedes, las mesas estarían llenas ahora mismo. —Solo dos mujeres de cierta edad ocupaban una de ellas—. No, mi querido Aurelio, las cosas distan mucho de ir bien. La ruleta y los espectáculos dejan un buen beneficio, pero...no sé si va a ser suficiente para mantener el hotel a flote.

—¡Vamos, *amico!* —exclamó Perel, como si las palabras de Diehl le hubiesen ofendido—. Ya *habiamo parlato* de ese asunto. Hemos pagado un... anticipo...

—Muy generoso —apuntó Strauss.

—Eso es: muy generoso.

Adan Diehl enrojeció levemente. Pese a sus esfuerzos por disimularlo, no le agradaban sus nuevos socios.

—Es solo el principio —medió Aurelio—. Poco a poco el hotel se irá llenando de clientes, ya lo verá. Es solo cuestión de tiempo y de tener un poco de paciencia.

—Espero que lleve usted razón —respondió Diehl—. No solo por mí, sino por todas las personas que dependen del hotel para ganarse la vida. Sería una tragedia tener que cerrarlo ahora.

—Eso no va a suceder —negó Strauss, categóricamente—. Si el público sigue viniendo como hasta ahora, nosotros ganaremos y usted ganará, amigo mío.

El rostro de Jules Perel, que era quien se encontraba de frente a la puerta, se iluminó al ver aparece por ella a Paloma.

—¡*Bellisima* Paloma! Siéntese aquí con *noso* —exclamó, poniéndose en pie y acercando una silla a la mesa.

Aceptó con una sonrisa, pero rechazó la invitación a un café. No sabía si hacía bien quedándose, no le gustaba molestar cuando se hablaba de negocios y, por los integrantes de la mesa, dedujo que eso era precisamente lo que allí se estaba tratando. Había cogido en la recepción uno de los periódicos locales que acababan de llegar y lo dejó, distraídamente, sobre la mesa, al tiempo que se sentaba.

—Lo cierto es que Paloma nos ha sorprendido a todos —comentó Strauss—. No solo es una actriz estupenda, sino que además canta y baila de maravilla. Pronto se convertirá en una de las artistas principales.

—¡Claro que sí! —convino Perel, entusiasmado—. Es mucho... *meilleur*

que las otras. Y *mucha* más guapa.

Rieron con el extraño parloteo de Jules que, sin embargo —pensó Aurelio—, había mejorado notablemente desde la primera vez que se encontraron. También había perdido su timidez, quizá como fruto de poder desenvolverse mejor en español. Lo que continuaba igual era su rostro caballuno.

—¿Y... quién sabe? Si continúas progresando como hasta ahora, podrías incluso pensar en actuar en Madrid. Tengo amigos que te echarían una mano —se ofreció Strauss.

Paloma no sabía cómo reaccionar ante tanto halago, y balbuceó unas palabras de agradecimiento. Aurelio miró con suspicacia a los dos socios del *Straperlo*. Tenía claro lo que pretendían, pero lo hacían de una manera tan burda, que le sorprendía que Paloma pareciese tomarse en serio sus palabras. «Las mujeres son seres irreflexivos..., si escuchan lo que desean oír —pensó—. Incluso las inteligentes, como Paloma.»

—Tiene talento, sin duda, pero debería tomar clases de canto y baile antes de acometer mayores empresas —recomendó Adan Diehl, de forma bienintencionada, aunque sus palabras cayesen como un jarro de agua fría.

—Eso puede hacerse en cualquier momento —respondió Strauss, restándole importancia—. No tiene por qué ser precisamente ahora. Paloma ya es muy buena. Y con la práctica irá mejorando. La práctica es la mejor escuela.

—*C'est vrai!* —se mostró de acuerdo Perel—. Mucho practicar, mucho bailar y cantar. *Andiamo!*

Aurelio no acompañó con su risa en esta ocasión. La estupidez de la situación le producía dolor de estómago. En lugar de eso, cogió el periódico que Paloma había dejado sobre la mesa, con la intención de refugiarse en su lectura y no seguir escuchando. No hizo más que abrirlo y se puso en pie como disparado por un resorte, provocando el silencio a su alrededor.

—Pero... ¿qué demonios es esto? —gritó, arrojando el periódico abierto sobre la mesa, derramando una taza de café mientras señalaba, golpeando con el dedo índice un recuadro de publicidad que ocupaba media página a gran tipografía.

Tras unos segundos de silencio, motivados por la sorpresa del exabrupto, Strauss respondió con serenidad, pero visiblemente molesto:

—Está bien claro: publicidad del hotel y del *Straperlo*. ¿Hay algo malo en ello?

—¡Sí, claro que hay algo malo! ¿Es que no lo ven?

Todos se inclinaron sobre el periódico, incluso Dahel, picado por la curiosidad. Tras leer el anuncio, se miraron unos a otros, sin comprender todavía qué era lo que tanto había molestado a Aurelio.

—Diariamente: Tés *danzants*, cenas a la americana y «STRAPERLO» —leyó Perel—. ¿Qué cosa mala?

Aurelio, irritado, volvió a utilizar el índice para señalar la primera parte del anuncio. En ella se ofrecía un servicio de autocares para los clientes y se indicaban los horarios de salida, desde Palma, y de regreso, desde Formentor.

—Todo poseedor de tarjeta de socio del casino —continuó leyendo Perel— podrá gratuitamente viajar...

—¡Eso es! —le interrumpió Aurelio—. Socio del casino. ¡Y encima dando tarjetas! Pero ¿es que se han vuelto locos?

—¡No nos hemos vuelto locos, faltaría más! —gritó esta vez Strauss—. Es usted, mi querido Aurelio, el que parece tener ese problema.

Aurelio cayó, de pronto, en la cuenta de que ninguno de los presentes era consciente de que el futuro del *Straperlo* aún no estaba asegurado en absoluto. Y si no eran conscientes, sobre todo Strauss y Perel, era porque tanto él mismo como sus contactos habían tenido que seguir engatusándolos con buenas palabras y la promesa de que la autorización gubernativa para su ruleta mecánica era cosa hecha. Una autorización que distaban mucho de tener y que era la zanahoria necesaria para que los dos extranjeros continuasen desembolsando dinero.

—Para la mayoría de la gente, *casino* es sinónimo de *juego* —continuó algo más calmado—. Y sí, ya sé que no es lo mismo..., que en el Casino de Madrid no se juega... Pero lo cierto es que si vamos poniendo en los periódicos que el Hotel Formentor se ha convertido en un casino, es como invitar a la gente a que venga a apostar.

—Y eso es precisamente lo que queremos, ¿no le parece? —argumentó Strauss, arrastrando las palabras—. ¿A qué viene tanto miedo a que relacionen el con el juego? ¿Acaso su señor tío no estaba a punto de firmar el decreto de autorización?

—Y así es. —Aurelio tragó saliva e intentó transmitir seguridad en sus palabras—. Por supuesto que sí. Pero mientras tanto, no nos conviene hacer mucho ruido. Estamos en la última punta de Mallorca, muy lejos de Madrid. Aunque hasta allí no lleguen los comentarios, lo que si llegan son los periódicos.

—¡Lo que llega hasta Madrid es su desfachatez! —gritó Strauss,

congestionado por la ira—. ¿Está insinuando que corremos el riesgo de que la Policía nos cierre, igual que ocurrió en San Sebastián?

—Yo no insinúo nada —protestó Aurelio—. Pero, desde luego, si siguen ustedes comportándose de forma irresponsable, será culpa suya si eso llegase a suceder.

—¿Cómo se atreve? —Strauss casi saltó de su silla—. Desde que se me ocurrió poner los pies en este maldito país no he parado de gastar dinero. ¿Y para qué? Para nada, por lo que se ve. ¿Qué han hecho usted y todos esos amigos suyos con mi dinero, maldita sea? Se supone que todas esas propinas y regalos deberían haber servido para que no ocurriese lo de San Sebastián y, desde luego, para que no vuelva a pasar aquí.

—Ya le he dicho que...

—¡He oído perfectamente lo que me ha dicho! Y sepa usted, señor Aurelio Lerroux, que si nos obligan a cerrar, no vamos a ser nosotros los únicos que salgamos perdiendo en este asunto. —Buscó con la mirada a su socio, que hizo un gesto de conformidad.

—¿Me está amenazando? —Aurelio se puso en pie y los dos quedaron enfrentados, separados por la mesa y los cafés.

—¡Por favor, señores, tranquilícense! —medió el propietario del hotel—. Están ustedes llamando la atención.

Las dos mujeres, que se sentaban unas mesas más allá, los observaban con cara de espanto. Tras unos tensos segundos en los que ambos se mantuvieron la mirada, Aurelio terminó por bajar la cabeza. Tenía un contrato firmado que le concedía una parte sustanciosa de los beneficios que pudiese generar el *Straperlo*. Lo que menos le convenía en aquellos momentos era enemistarse con Strauss y Perel.

—Es posible... que yo... sea un poco alarmista. No lo niego. Pero insisto en que todavía es pronto para ciertas cosas. La situación política no se ha estabilizado y, si bien es cierto que los socialistas están en horas bajas, no son los únicos que pueden hacernos daño.

—*Merde de politiciens!* —exclamó Perel—. ¿Es que nadie de fiar aquí? Políticos *sempre* ladrones. Todas partes. ¡Aquí más!

La indignación de Perel hizo sonreír a los demás, suavizando algo la situación. Aurelio aprovechó el momento para anunciar su marcha:

—Tenía previsto quedarme unos días, pero... Creo que es mejor que regrese a Madrid.

Paloma dio un respingo y se lo quedó mirando de hito en hito. No eran

esos los planes que habían hecho. Se levantó de la mesa, sin ocultar su enfado, y se marchó sin despedirse.

—Si se produce algún movimiento en nuestra contra —prosiguió Aurelio, sin darle importancia—, partirá de Madrid, no de Mallorca. Debo estar allí, atento a lo que pueda ocurrir.

—Y supongo que también podrá interesarse por la autorización que el Gobierno nos va a conceder, ¿no es así? —preguntó Strauss con brusquedad.

—No he dejado de interesarme en ningún momento, pero me hago cargo de que los entresijos de la política española quizá resulten algo difíciles de comprender para un extranjero.

—Un extranjero que se ha dejado muchas pesetas en este negocio. No lo olvide, Aurelio. Ni usted, ni todos sus amigos a los que he pagado.

—No lo olvido, no se preocupe —respondió Aurelio, secamente—. Y ahora, si me disculpan, debo ir a preparar la maleta.

Dirigió una rápida mirada a cada uno de los presentes y se alejó a buen paso hacia la recepción. No subió a su habitación, sino que se dirigió primero a la de Paloma, que se encontraba en la planta inferior. Llamó suavemente, con los nudillos. Tuvo que esperar cerca de un minuto a que se abriera la puerta.

—¿Qué quieres? —le espetó ella, con unos ojos que echaban chispas y delataban que había estado llorando.

—Pedirte disculpas —respondió Aurelio en tono conciliador.

—¿Disculpas? No me hagas reír. Son ya demasiadas veces las que tienes que disculparte. Siempre que has tenido que elegir entre quedarte a mi lado o volver a Madrid, junto a tu mujercita, no lo has dudado ni un momento.

—No saques las cosas de quicio. Mi mujer no tiene nada que ver en esto.

—Pero ella está en Madrid y yo aquí, es todo lo que sé.

—Ven conmigo a Madrid, si quieres.

Paloma dudó un momento, antes de responder:

—En Madrid no tengo trabajo.

—¡Ah, claro! Es eso. Si triunfas aquí, se te abrirán las puertas de los mejores teatros. Ya he oído las promesas que te hacían esos dos crápulas.

—Me han visto actuar y les gusta cómo lo hago. Parece como si te molestase. Todavía estoy por escuchar de ti una palabra de ánimo.

—¿En serio te has creído lo que han dicho?

—¿Y por qué no iba a creerlo?

—¡Ja! Entonces es que te lo has tragado. Es lo que me quedaba por ver.

¿Acaso es que no te das cuenta de lo que van buscando? ¡Por Dios, si hasta un niño se daría cuenta!

—Pues fíjate que yo debo de ser más tonta que un niño —sentenció Paloma, definitivamente enfadada—. ¿Acaso te crees que no tuve que lidiar con propuestas como la que estás insinuando cuando estaba en Barcelona? Pues las tenía casi a diario.

—¿Y qué hay de diferente entre aquellas propuestas y esta?

—Para empezar, que todavía no me la han hecho. Y por si no lo sabes, no sería yo la primera actriz a la que ayuda Daniel.

—¿Daniel? De modo que os tuteáis.

Paloma soltó una carcajada amarga.

—¿Es eso lo que te preocupa? ¿Que nos tuteemos?

—¡No! Me preocupa que te entregues a cualquiera a cambio de promesas. Y me da igual si las promesas se cumplen o no.

—¡Aaah! Ya lo entiendo. No quieres que haga con otro lo mismo que he hecho contigo: creerme tus promesas.

—Nunca te he hecho una promesa que no estuviera dispuesto a cumplir —protestó Aurelio.

—¿Como la de quedarte aquí unos días? ¿Sabes lo que te digo? Que podéis iros a la mierda, tú y tus promesas.

Paloma cerró, dando un portazo, que a punto estuvo de golpear a Aurelio en la cara. Se quedó allí plantado unos momentos, indeciso. Finalmente, optó por no insistir y se encaminó a su habitación. Le hubiera apetecido pegar a alguien para desahogarse. Nadie, excepto él, parecía ser consciente de la precariedad de la situación. Si, en Madrid, llegaba a saberse que el *Straperlo* giraba de nuevo, tendrían los días contados.

Madrid, Venta del Curro.
Sábado, 22 de diciembre de 1934.

La idea de trasladar el aparato de radio desde la salita del piso superior a la planta baja, en el bar, había sido de Paloma. «Aquí arriba la oímos de uvas a peras —le había dicho a su tío—. Mejor estará en el bar, que puede traernos clientes.» A Fulgencio, aquel que se ganaba la vida haciendo chapuzas, le habían encargado que montase una repisa para el aparato. Alta, en la pared, para que nadie alcanzase a toquetearla. Solo Curro disfrutaba de tal privilegio, aunque para ello tuviese que subirse a una silla.

No era un modelo de los más modernos. La había comprado las navidades de tres años atrás: una Philips que pagó a plazos. Lo cierto es que se oía muy bien y aquel día, por primera vez en sus vidas, muchos clientes de la venta tendrían la oportunidad de escuchar en directo la monótona cantinela de los niños del Colegio de San Ildefonso. También había sido idea de Paloma colocar una gran pizarra, anunciando, durante los días previos, que la mañana del sábado la radio retransmitiría el sorteo de la lotería de Navidad.

El resultado había superado con creces las mejores expectativas. Desde muy temprano, por la mañana, había empezado a llegar gente y, cerca de las diez, cuando dio comienzo el sorteo, ya no cabía ni un alma en la venta. Encarna y Miguel no daban abasto en preparar tanto café con leche como les pedían. Paloma también echaba una mano, mientras Curro se multiplicaba llevando bandejas a las mesas y dando palique al personal.

—¿Tú cuánto llevas este año? —preguntó a Serapio, el carbonero, que se chupó uno de sus negros dedos, pringado del café que escurría del suizo, antes de responder.

—Pues este año he dicho que no pasaba de los diez duros. Al final han sido once, pero ahí me he *plantao*. Menos el cuatro y el nueve, llevo todas las terminaciones, algo caerá.

—¿Y tú cuánto llevas, Curro? —preguntó Isidro, que en lugar de café con

leche, prefería quemarse los dedos con un carajillo.

—Yo solo juego a un número. Si sale, me saca de pobre, y si no, pues a otra cosa.

—Eso es que juegas mucho —aventuró Calixto, el tranviario.

—Un vigésimo.¹⁴ A mí no me va eso de las participaciones.

—¡Cien *leandras*! —exclamó Isidro, después de un significativo silbido—. Si te toca el gordo, las cambias por setecientas cincuenta mil. Con eso ya se puede vivir.

—Eso es lo que digo yo —reconoció Curro—: ¿De qué sirve que te toque el gordo si vas a seguir siendo pobre? Para una vez en la vida, como mucho, que te ha de a tocar el gordo, si luego resulta que llevas una participación de dos pesetas, te tiras de los pelos.

—¡Eh, que yo juego dos pesetas a algún número! —protestó Serapio—. Y si toca, te aseguré que no me voy a tirar de nada —concluyó, quitándose la boina y señalándose la calva.

Rápidamente, se entabló una acalorada discusión en la que participaban clientes de las mesas cercanas y otros que permanecían de pie por falta de sitio. La mayoría daba la razón a Serapio: era mejor llevar varios números, porque alguno tocaría. Los menos, defendían la postura de Curro.

—¡*Sus* queréis callar, que no se escucha la radio! —gritó alguien, junto a la barra, haciendo que otros se uniesen a la protesta.

—Luego continuamos con la discusión —susurró Curro—. ¡Ahora, calladitos!

La radio cobró de nuevo protagonismo. Lo cierto era que se hacía difícil entender los números que iban cantando los niños, pero a nadie le importaba demasiado. Mientras siguieran intercalando el soniquete: diez mil pesetas, que ese sí se entendía bien, los números eran lo de menos. No tardó mucho en romperse la monotonía.

—¡El de quinientas mil!

Se hizo el silencio y todos aguzaron el oído. ¡El 31 702! Por más que miraron y remiraron, no hubo nadie que encontrase aquel número entre sus jugados. Algunas quejas y gritos de ánimo: «¡El próximo, seguro que nos toca!». Todavía quedaban muchos premios por salir.

Paloma ayudaba sirviendo encargos y tratando de esquivar, con buen humor y escaso éxito, alguna que otra mano despistada que terminaba posándose en su trasero. Con la venta tan llena de gente y más preocupada por mantener el equilibrio de la bandeja, resultaba difícil defenderse.

—¡Eh, descarado! —Se las arregló para dar un sopapo a uno que había pasado del límite de una fracción de segundo, para dejar la mano como si se le hubiese quedado pegada.

—Perdona, guapa. Era por ayudarte. Es que creí que se te iba a caer la bandeja.

—La cara se te va a caer a ti, de dura que la tienes —respondió Paloma, levantando una ola de carcajadas.

Se abrió paso hasta donde estaban Crescencio y Amadeo, algo separados del resto de los habituales. Desde el día del encontronazo con don Melquíades, el Cojo se mostraba distante. Solo se arrimaba al grupo si era requerido para ello. El único que permanecía siempre a su lado era Amadeo, el cartero, que había hecho una parada en su ronda, para acercarse a la venta y escuchar la lotería. Estaba de pie, junto a Crescencio, al que habían cedido una silla, en deferencia a su situación.

—Aquí tienen, sus dos cafés con leche, bien calentitos.

—¡Gracias, guapa! —Crescencio le sonrió, cogiendo el vaso con dos dedos—. No pensaba venir a escuchar la lotería, porque no juego ni un duro, pero aquí, Amadeo, se ha empeñado en que lo acompañase.

—No me ha costado mucho convencerlo, no te creas —intervino el aludido—. Con invitarlo a un *cafelito*, ya se ha dejado traer.

—¿Y usted cuánto juega, Amadeo? —se interesó Paloma, que siempre trataba de usted a los clientes, aunque ellos la tutearan.

—Te digo la verdad o lo que le he dicho a mi mujer —bromeó el cartero.

—No me creo que hayas sido capaz de engañar a tu Adelita del alma —comentó irónicamente el Cojo—. Desde luego, lo que no consiga el juego, no lo consigue nadie.

—No la he engañado —protestó Amadeo—. Es solo que ella me había dado permiso para jugar veinticinco pesetas y he terminado jugándome más del doble, pero como no me ha preguntado y yo no se lo he dicho, pues eso, que no le he mentado.

—Pero la has desobedecido, que es lo mismo... o peor.

Paloma los dejó con su discusión y regresó a la barra, donde ya esperaban otras comandas. Trabajar en la venta, atendiendo clientes, no era una ocupación con la que hubiese soñado, pero al menos le servía para no pensar en otras cosas. Además, no hubiera estado bien volver a casa de su tío, de nuevo con las orejas gachas, sin trabajo y sin dinero, y no ayudar en lo que hiciera falta. Si por Encarna y Curro hubiera sido, podía haberse quedado

tranquilamente en su habitación, sin hacer nada, pero eso ni se le había pasado por la cabeza. En los diez días que llevaba en la venta, desde su precipitado regreso de Mallorca, se había propuesto no solo trabajar como una más, sino intentar que el negocio prosperase. De ahí partía su idea de instalar la radio en la taberna, que estaba dando excelentes resultados, motivo por el que se sentía muy orgullosa. También compensaba, en parte, su sentimiento de fracaso: ya era la tercera vez que se había visto forzada a buscar el cobijo de su tío. Recordó la noche en la que Curro la había sorprendido regresando a casa, ya de madrugada, y la discusión que habían mantenido. «Siempre tendrás un sitio al que poder regresar», le había dicho, aunque ella estaba demasiado furiosa como para saber apreciar el ofrecimiento. Apenas había transcurrido año y medio desde aquello, pero a Paloma le parecía una eternidad.

El *Straperlo* había dejado de girar en Formentor, de la misma manera que lo había hecho antes en San Sebastián: prohibición gubernativa. Aurelio tenía razón, después de todo. Afortunadamente para él, no estaba presente cuando se produjo el cierre. La ira de Strauss no lo había alcanzado, de momento. Aunque el empresario no tenía pinta de ser de los que perdonan una jugarreta. Paloma estaba segura de que, tarde o temprano, intentaría tomarse la revancha. Le había oído maldecir su suerte en español, francés y alguna otra lengua que no comprendía. Se sentía engañado por Aurelio y por otros que, como él, no habían parado de sacarle dinero, con falsas promesas, desde el mismo día de su llegada a España. Con todo, el sobrino del presidente era el objetivo principal de sus invectivas.

Strauss y Perel habían despedido a los trabajadores del casino, pagándoles una mínima parte de lo que les debían. Lo que le correspondió a Paloma apenas si le había llegado para costearse el billete de vuelta.

—¡Otro premio! —gritó alguien y, los «¡chissst!» consiguieron acallar el bullicio.

—¡Bah! Veinte mil duros nada más —exclamó un jovenzuelo barbilampiño, que trabajaba de aprendiz en un taller de carpintería.

—¡Ya le gustaría al gato lamer el plato! —le reconvino uno de sus compañeros, de mayor rango, arreando un pescozón al atrevido.

La emoción iba en aumento, a medida que las infantiles voces continuaban desgranando premios menores. La esperanza de pillar un buen pellizco podía leerse en todas las caras. Algunos permanecían en silencio, estrujando entre sus manos las papeletas de las participaciones. Otros

preferían hacer como si con ellos no fuese la cosa y no paraban de soltar chistes y chascarrillos.

Paloma también jugaba. A un par de números y solo cinco pesetas a cada uno. También tenía el vigésimo que le había regalado su tío, pero ese era como si no contase. No le parecía que fuese totalmente suyo. Mientras servía cafés, recordaba los números y rezaba por escuchar alguno de ellos. Si al menos consiguiese un poco de dinero, no dependería tanto de la bondad de Curro y Encarna.

Desde el mismo día de su llegada, había llamado a la puerta de un buen número de agentes teatrales y productores de cine. Sin un padrino que la avalase, todo lo que había conseguido era escuchar proposiciones de cama a cambio de un papelito en una obra de segunda o una supuesta película que comenzaría a rodarse en breve. No le sorprendió, ya había pasado antes por situaciones similares, pero al menos las propuestas eran para hacer un papel protagonista.

El reloj de pared, que colgaba a la izquierda de la radio, marcaba las once menos veinte, cuando una voz atronó:

—¡El gordoooo!

Todos la secundaron:

—¡El gordo, ha salido el gordo!

Al segundo siguiente, si una mosca hubiese aleteado, la habrían mandado callar. A través del chisporroteante altavoz de la radio pudieron oír el número: ¡el 2686! ¡Quince millones de pesetas!

—Qué bajo ha salido —comentó Amadeo desilusionado—. No me hace falta ni mirar mis números. Tan bajo no llevo.

—Pues otro año más que te toca trabajar, amigo mío —sentenció el Cojo—. Otro año... por lo menos.

Ninguno de los parroquianos había resultado favorecido por la fortuna. El que más, se jactaba de haber pillado el reintegro. Curro no dijo nada, pero, para sus adentros, se alegró de haber recuperado las trescientas pesetas de su inversión. El tercer vigésimo se lo había regalado a Encarna, con quien intercambia una mirada furtiva, con la que vinieron a decirse: «algo es algo».

Paloma no llevaba el seis en los dos números que jugaba por su cuenta. Las cien pesetas del número de su tío las emplearía en hacerle algún regalo. Aún tenía la esperanza de pescar un pellizco en la pedrea o en los premios que quedaban por salir. Cuando, al poco rato, el locutor radiofónico anunció que el gordo se había repartido entre Castellón y Santander, el que más y el

que menos se sintió aliviado. Peor habría sido si hubiese caído por los alrededores y ellos no lo llevarsen.

—¡Pues la hermana de mi mujer vive en Santander! —exclamó Calixto, con su fuerte acento—. Como le haya tocado el gordo al tonto *do carallo* de mi cuñado, soy capaz de tirarme delante del tranvía.

—Pero si tú eres el que lo conduce, *alelao* —le increpó Isidro.

—¡Mucho mejor! Así, si no me mato, doy marcha atrás y me vuelvo a pasar por encima.

Curro rio la gracia. Se le veía satisfecho: la venta a rebosar y la clientela de buen humor y consumiendo. Cada vez eran menos frecuentes los días como aquel. Lo mismo debió de pensar Miguel, que sonreía más de lo que en él era habitual. Curro siempre le pagaba el salario religiosamente y, cuando la caja se llenaba, no dejaba de añadir unos duros de propina a lo estipulado.

La cantinela de los niños continuó, desgranando la pedrea y, de vez en cuando, los premios mayores. Ninguno de ellos contentó a los presentes. El locutor anunció que el segundo, el tercero y el cuarto se los había llevado Barcelona.

—¡Hay que joderse con los catalanes! —exclamó el capataz del taller de carpintería—. Con la que han liado y, encima, se lo llevan todo.

—Y hacen bien en llevárselo —respondió Crescencio—. Los catalanes y los asturianos son los únicos que se la han jugado de verdad. Por lo menos, que les toque algo.

Hubo quien jaleó las palabras del Cojo y hubo quien le maldijo, por lo bajo. La mayoría prefirió ignorar el comentario.

—Pues sea por culpa o no de los catalanes, lo cierto es que voy a tener que seguir con la ronda —sentenció Amadeo, pensando en el retraso que llevaba—. Es lo que nos pasa a los pobres, que tenemos que trabajar para ganarnos las habichuelas.

—No te quejes, que por lo menos ya no tienes que cargar con el zurrón lleno de cartas como cuando eras un vulgar cartero —le reprochó Crescencio—. ¡Ahora eres inspector! Más que a trabajar, te dedicas a vigilar el trabajo de los demás.

Amadeo se lo quedó mirando, dolido, pero prefirió no decir nada. Por más que intentaba ser amable con el Cojo, este se lo agradecía, de tanto en cuanto, con comentarios malintencionados. Si bien era cierto que luego, a solas, le pedía disculpas por lo que había dicho, el recientemente ascendido cartero echaba de menos que también lo hiciera en público, delante de todos.

Se despidió de la concurrencia y salió de la venta, apresurándose para terminar la ronda con rapidez y llegar a tiempo para comer en casa, con Adela y el niño. Se subió el cuello del abrigo. Afuera hacía frío.

Muchos parroquianos también abandonaron la taberna. El sorteo aún no había terminado, pero lo que restaba ya no tenía interés. La sala se fue quedando vacía y Paloma pasaba por las mesas, recogiendo vasos y tazas, a medida que se iban desocupando. Después, los acercaba a la barra, donde Miguel separaba el cristal de la loza y las cucharillas. Finalmente, se los pasaba a Encarna, que era la encargada de lavarlos. Durante la mañana, por momentos, habían estado a punto de quedarse sin servicios. Ahora, por fin, cansados pero satisfechos, podían tomárselo con más calma. Miguel aprovechó para liarse un cigarrillo. Encarna pudo prepararse un café para ella misma, el primero desde que habían abierto. Curro se sentó, con un gemido, en una de las sillas junto a la estufa. Los clientes que quedaban ya no pedían y parecían sumarse a la tregua.

Solo Paloma continuaba con su febril actividad, buscando distraerse y no pensar en nada. No lo conseguía. Tenía veintiún años y su vida no era, precisamente, la que le hubiera gustado llevar. La mayoría de las chicas, a su edad, tenían novio y hacían planes de boda. Eso, si es que no se habían casado antes, como su amiga Juani. Recordó que le había prometido ir a visitarla. Se maldijo por no haberlo hecho. El niño ya habría nacido y ella no había estado junto a su amiga para ayudarla. Ni tan siquiera le había hecho un regalo. Pronto llegarán los Reyes Magos, pensó.

Aunque nunca le había atraído un futuro tan convencional como el de Juani, en los malos momentos se preguntaba si no hubiera sido mejor hacer como ella. Le hubiera resultado fácil encontrar pretendientes, si tan solo se lo hubiese propuesto. Podía haber elegido alguno con un trabajo bien remunerado y, posiblemente, de buena familia que le asegurase un futuro sin estrecheces económicas y con varios niños a los que criar. Sacudió la cabeza, como desechando la idea, y recogió los últimos vasos que quedaban sobre las mesas. Ahora, pediría a Miguel una bayeta húmeda y limpiaría los mármoles.

Paloma recordó la primera noche que pasó en la venta, cuando se presentó ante su tío, buscando cobijo. Hasta ese momento, su miedo había sido que la rechazara y verse obligada a entrar en el hospicio. Pero Curro no había dejado lugar a dudas desde el primer instante: «Tú te quedas aquí», había asegurado cuando ella le preguntó si debería volverse por donde había venido. Esa noche, en la cama, había llorado en silencio, antes de quedarse

dormida. No por tristeza y, desde luego, no por alegría. Simplemente, tenía ganas de llorar y se encontró mucho mejor después de hacerlo. Mientras sentía las lágrimas mojando la suave almohada que le había preparado su tío, se prometió a sí misma que, a partir de ese momento, haría todo lo posible por no tener que pasar nunca más por una situación semejante de incertidumbre y miedo. Se puso como objetivo el ser capaz de valerse por sí misma, de ser independiente, aunque, en aquellos momentos, no tuviese ni idea de por dónde comenzar. Sin embargo, a pesar de su juventud y de la vida para la que había sido preparada en el colegio de monjas —casarse, tener hijos y llevar una casa—, lo último que le apetecía era precisamente llevar ese tipo vida.

Ahora, nueve años más tarde, el balance de lo que había logrado le parecía desolador. Y, al igual que aquella primera noche, no tenía la menor idea de por dónde continuar.

Había intentado ponerse en contacto con Marce para volver a Barcelona, si es que podía conseguirle algún trabajo allí. Tras varios intentos infructuosos, por teléfono y telegrama, había recibido, de vuelta, uno que decía simplemente: «Marce marchó Rusia. Stop. Oferta dirigir película». Lo firmaba uno de sus amigos, con el que ella nunca se había llevado especialmente bien. No le sorprendió demasiado; Marce habría ido hasta el fin del mundo con tal de poder dirigir algo. Aquello la dejaba sin ningún contacto en la capital catalana del que se pudiese fiar. Sin embargo, estaba segura que, de volver, no le resultaría difícil conseguir algún papelito, lo suficiente para ir tirando. Todavía no había reunido el valor suficiente para intentarlo. De momento, prefería agotar las oportunidades que pudieran presentársele en Madrid. En los últimos tiempos, se habían abierto nuevos estudios y la capital ya era capaz de competir, e incluso aventajar a Barcelona en la producción de películas. Había preparado una lista de agentes, teatros y productoras de cine, de la que aún le quedaban por tachar muchos nombres.

—¡Deja ya de trabajar, chiquilla! —le recriminó Encarna—. Nos estás dejando a los demás en mal lugar.

Paloma le dirigió una sonrisa afectuosa. No en vano, la antigua *madame* se había convertido en su principal confidente y... amiga. Se sorprendió a sí misma reconociéndolo. Le contaba cosas que, incluso, no se hubiera atrevido a contarle a Juani.

—Creo que me vendrá bien un café —obedeció, arrojando la bayeta sucia a la pila llena de agua.

Aproximó una silla a la de Encarna y suspiró profundamente, sosteniendo el vaso de café caliente, casi hirviendo, entre las manos. Permanecieron un buen rato calladas, una al lado de otra, sorbiendo despacio el líquido oscuro.

—¿Has vuelto a tener noticias de Aurelio? —preguntó, al cabo, en un susurro para que no pudieran oírla Curro y Miguel. La radio seguía puesta, pero nadie le prestaba atención.

—Ayer me llegó una nota suya. Me la entregó un jovencuelo que estuvo por aquí dando vueltas toda la mañana, hasta que me vio aparecer. Aurelio le había dado mi descripción e instrucciones tajantes de que no se la entregase a nadie más. Pobrecillo. Le invité a un caldo, para que entrase en calor.

—¿Y qué te decía? ¡Bueno! Si es que quieres contármelo, claro.

—¿Y a quién se lo iba yo a contar, si no...? Eres la única persona a la que puedo llorarle en el hombro.

—Pues llórame, criatura, que ya estoy acostumbrada. ¡La de historias que habré tenido que escuchar...!

—Quiere verme —dudó, antes de continuar—. Dice que me echa de menos y me pide perdón. Quería que nos viésemos esta mañana. Charlar, dar un paseo... También encargó al chaval que no se marchase sin una respuesta.

—Ya... Y tú le respondiste que preferías quedarte aquí, ayudándonos a poner cafés a esta pandilla de destripaterrones. ¿Seguro que era eso lo que querías decirle?

—Había algo más en el mensaje... Mañana sale para San Rafael, a pasar las navidades con su familia.

—¿San Rafael?

—Un pueblecito de Segovia. Su tío tiene una casa allí.

—No te apures, niña —le consoló Encarna, apoyando una mano en su pierna—. Las reuniones familiares son eso..., para la familia. Cuando decidiste aceptar ese juego, ya sabías que tú siempre serías «la otra». En los buenos momentos, se llega a abrigar la esperanza de que algún día la tortilla dé la vuelta y que el hombre al que quieres renuncie a la mujer con la que se ha casado y se vaya contigo. Somos así de tontas.

—Yo perdí esa esperanza hace tiempo —aseguró Paloma.

—Pues si es verdad lo que dices, solo te quedan dos: olvidarlo y no volver a verlo o... aceptar tu condición de querida y ser feliz en los pequeños momentos que él tenga a bien concederte.

—Ya lo sé. No soy tan ingenua como para no haber llegado a esa conclusión. Lo que pasa es que aún no tengo la respuesta. Ayer, cuando

despedí al chico de la nota por donde había venido, me dije a mí misma: has hecho bien, lo mejor es olvidar a ese imbécil. Esta mañana, cuando me he levantado, la imbécil era yo; no paraba de repetírmelo frente al espejo.

Encarna asintió con la cabeza, como haciéndose cargo de la situación. Después, continuó con sus consejos:

—Si eliges olvidarlo, al principio será duro. Te dolerá, como cuando te sacan una muela. Luego, el dolor se pasa y te encuentras mucho mejor. En cambio, si te decides por la otra opción, cada dos por tres estarás exactamente igual que estás ahora. Ahora, eso sí, tendrás tus momentitos de felicidad.

—¿Se puede saber qué estáis cuchicheando vosotras dos? —preguntó Curro, levantando la voz, desde su silla junto a la estufa—. Hace un rato que os estoy mirando y no paráis.

—Cosas de mujeres —respondió Encarna, muy digna—. Nada que a ti te incumba.

Miguel rio, socarrón, tras la barra, y los pocos clientes que aún permanecían en la taberna se giraron hacia Curro, esperando una respuesta que no se produjo. Se limitó a hacer un gesto con la mano, como dándose por vencido, se levantó y se dirigió hacia la puerta que daba al jardín.

—No salgas sin abrigarte, que ahí fuera hace frío —le gritó Encarna.

Curro repitió el gesto con la mano y salió sin hacerle caso.

—¿Lo ves, niña? Todos los hombres son iguales. Nosotras no hacemos otra cosa más que preocuparnos por ellos y mira cómo nos lo pagan.

Madrid.
Sábado, 5 de enero de 1935.

Juani se encargó de servir el chocolate, mientras Paloma sostenía entre sus brazos al pequeño Vladímir, que la miraba con los ojos muy abiertos y sonreía agradecido a las cucamonas que esta le hacía. Desde la habitación de al lado, llegaba el sonido de herramientas golpeando y raspando madera.

—¡Jacobó! —gritó Juani, para que pudiera oírla—. Deja ya la cuna, que el chocolate está listo.

El larguirucho marido de Juani apareció sudoroso y sonriente, apoyándose en el quicio de la puerta. Es un buen chico —pensó Paloma— y se le ve que quiere a Juani. Aunque no demasiado guapo, todo hay que decirlo. Jacobo se ganaba la vida como cerrajero, pero también hacía sus pinitos con otros oficios. Ahora le estaba construyendo una cuna de madera al pequeño.

—Será que no ha tenido tiempo de hacer la cuna antes. Llevo meses diciéndole que el niño iba a necesitarla. Y se ha puesto con ella a última hora, de prisa y corriendo. Cuando por fin se ha dado cuenta de que ya no puede seguir durmiendo en nuestra cama; que cada día que pasa está más grande.

El piso de alquiler en el que vivía la pareja era bastante pequeño, pero era lo que podían permitirse. En un susurro, mientras los martillazos atronaban en la habitación, Juani le había confesado que sus padres no estaban muy contentos con su matrimonio, pero esperaba que se les pasase el enfado con su primer nieto. Ellos le habían pagado los estudios con gran esfuerzo y, en parte, gracias a una pequeña herencia que había dejado a su madre una tía solterona. Siendo despierta, como era Juani, y con una instrucción por encima de la que tenían la mayoría de las chicas de su edad, sus padres esperaban que apareciese un día con un apuesto galán de buena familia. Un buen partido, como solía decirse. El que apareció fue Jacobo, que no era precisamente el conde de Romanones.

—Deja ya de protestar, mujer —dijo con una sonrisa que mostraba sus dientes descolocados—. El niño tendrá la cuna en el momento que deba tenerla.

El pequeño, como si estuviese de acuerdo, se revolvió en los brazos de Paloma, tendiendo las manos hacia su padre.

—¡Ven aquí, granuja! Ya sé lo que quieres tú.

Cogió al niño por debajo de los brazos y lo zarandeó con fuerza, provocando su risa. Después lo lanzó al aire, hasta casi tocar el techo y era una delicia oír sus gritos y carcajadas, mientras volaba por el aire.

—¡Te he dicho que no hagas eso! —protestó Juani, intentando ponerse seria—. Un día se te va a caer al suelo y te juro que después sales tú por la ventana.

Jacobo paró unos momentos, pero el pequeño protestó, pidiendo más.

—¡Vale ya, Vladito! —le reprendió su madre.

Paloma no pudo disimular un gesto de sorpresa, ante el extraño diminutivo que empleaban para dirigirse al niño. Juani pareció percatarse de ello.

—Le pusimos Vladímir porque Jacobo se empeñó —explicó a modo de disculpa—. Cuando crezca, no sé yo, pero desde luego ahora..., no es un nombre de niño.

—Pues claro que no —reconoció Jacobo—. Es un nombre de hombre. El más grande que haya conocido la humanidad.

—Se refiere a Lenin —aclaró Juani, en un susurro—, un comunista ruso muy importante.

Paloma asintió. Había leído lo suficiente como para saber quién era Lenin. Y también Stalin, el que le había sucedido al frente de la Unión Soviética. A veces, los hombres se sorprendían de lo bien informada que estaba de la situación política, tanto local como internacional. No les gustaba ser puestos en evidencia por una mujer. Y menos si era guapa, como Paloma. A ella le traía sin cuidado. Tenía sus propios criterios y no iban a ser los que le dictase ningún hombre. Lenin, Stalin... No le agradaba ninguno de los dos. Y menos Hitler o Mussolini.

—El pueblo ruso se moría de hambre cuando los zares gobernaban. Igual que pasaba aquí, con el Borbón. La diferencia es que en Rusia hicieron la revolución y nosotros nos hemos quedado a medias. Pero pronto llegará, te lo aseguro —sentenció Jacobo, dejando a Vladito sobre una manta en el suelo.

—¿Te das cuenta de lo bien que habla mi Jacobo? Tiene un piquito de

oro —bromeó Juani.

Jacobo no le hizo caso. Se sirvió una generosa porción de roscón y comenzó a mojarlo en el chocolate.

—En el partido le respetan mucho —continuó Juani, no sin un cierto orgullo—. Le han hecho delegado del barrio.

Jacobo echo mano a la cartera que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón y extrajo un carnet del Partido Comunista, con su foto.

—Yo no soy de los que se esconden. Si digo que soy comunista, lo demuestro. Otros también lo dicen por lo bajo, pero luego no se atreven a dar el paso.

Como Paloma se limitó a sonreír y no pareció mostrarse lo suficientemente impresionada, prosiguió con su discurso.

—Algún día, y créeme que no tardará mucho, la revolución que empezó en Rusia se extenderá por todo el mundo. El pueblo, el proletariado, será el que controle los medios de producción y no la oligarquía dominante. Ni reyes ni aristócratas, los obreros seremos los únicos dueños de nuestro destino. Y cuando llegue ese momento, seremos nosotros los que nos atrevimos a dar el primer paso, los comunistas, los que nos pongamos al frente y...

—Termínate el chocolate, que se te va a enfriar —intervino Juani—. Además, estás aburriendo a Paloma. A ella no le interesa la política.

—Pues claro que me interesa —protestó la aludida—. Es solo que... Bueno, tenemos puntos de vista diferentes.

En ese momento, Vladito se puso a llorar, sacándola del apuro. Juani se apresuró a cogerlo en brazos. El pequeño calló de inmediato.

—Quiere estar en brazos y enterarse de todo —comentó Paloma—. Se ve que a él sí que le va a interesar la política de mayor.

—Eso es, se ve que ha salido a su padre —dijo Jacobo, con la boca llena.

—Qué política ni que leches, lo que este niño tiene es hambre, que ya es casi su hora. Ni comunismo ni fascismo, lo que quiere es una buena teta.

—¡Nos ha *jodío*, como todos! —rió Jacobo.

—Eres un descarado —le reprendió Juani, fingiendo enfado, mientras se sacaba un pecho que el niño aceptó de inmediato—. Ya me lo decía mi madre: «A este, lo primero que vas a tener que hacer es educarlo».

Jacobo prefirió ignorar el último comentario, aunque se le notó que no le hacía gracia que le mentaran a su suegra. Decidió cambiar de tema.

—Bueno, ¿ya ti qué tal te va? Juani me va contando cuando sales en tal o cual película, pero hace ya tiempo que no me dice nada.

—Es que ya llevo algún tiempo que no trabajo en el cine. Puede que vuelva, no lo sé... He estado unos meses trabajando en... varietés, ¿sabes lo que son?

—¿Algo así como un poco de todo? —aventuró Jacobo.

—Bueno... más o menos. Se canta, se baila, se actúa... Sí, es como un poco de todo.

—Jacobo está trabajando, a ratos, en un teatro, por eso sabe lo que son las varietés —terció Juani con retintín.

Paloma abrió mucho los ojos, sorprendida por la información.

—¿Cómo es eso de trabajar a ratos en el teatro? —preguntó intrigada.

Jacobo soltó una carcajada.

—No es que me haya dado por ser actor, para eso no valgo. Es solo que a un compañero y mí nos contrataron hace unos meses para llevar las reparaciones en el Teatro Martín. Lo mismo nos toca dar un par de martillazos en una tabla del decorado que arreglar un cuarto de baño. Lo bueno que tiene es que es una cosa fija, aunque no paguen mucho. Tenemos que pasarnos por allí todos los días un par de horas. Hay veces que todo está bien y nos vamos nada más llegar y otras que echamos allí la jornada.

—El Martín es un buen teatro —reconoció Paloma—. Lo tengo en mi lista.

—¿Qué es eso de «tu lista»? —se interesó Juani.

—Pues... estoy intentando encontrar trabajo. Cine, teatro..., me da lo mismo. He preparado una lista de puertas a las que llamar. El Martín siempre programaba zarzuelas y, últimamente, también revistas. No es un teatro muy grande pero es serio. ¿Qué están dando ahora?

—*Las de los ojos en blanco* —se adelantó Juani, antes de que Jacobo pudiese abrir la boca—. Casi todo es música, canciones y baile. Ya lo ves: ¡Varietés! La estrenaron a finales de octubre. A Jacobo y mí nos invitaron al ensayo con todo. Vladito tenía poco más de un mes, pero no podíamos dejar pasar una oportunidad así. ¡Para una vez que nos invitan al teatro! Así es que dejamos al niño con mis padres y allá que nos fuimos. Me gustó muchísimo, fue muy bonito. Algunos números los repetían, porque algo no había salido bien. Y yo nerviosa porque aquello duraba mucho y tenía que volver para darle el pecho al niño. ¡La carrera que nos dimos a la salida!

—Vladito llevaba berreando más de una hora cuando llegamos —apuntó Jacobo.

—Pero mereció la pena. Y seguro que a este ya se le ha olvidado.

¿Verdad que sí, chiquitín? Míralo, con qué gusto mama.

—Da gloria verlo —convino Paloma—. ¡Mira, mira! Se le cierran los ojos.

—Le pasa siempre, en cuanto se pone a comer. ¡Venga, despierta! Hay que cambiar de pecho antes de que te quedes dormido.

—Y dime, Jacobo, ¿qué tal va la obra? —se interesó Paloma, aprovechando la pausa.

—¿Te refieres a si va a verla mucha gente? Pues la verdad es que sí. Todos los días tienen puesto el cartel de «no hay billetes».

—Ya. Y... ¿no conocerás a alguien de la dirección, por casualidad?

—¡Nooo! —rio Jacobo—. Yo soy solo el que va a arreglar lo que se rompe. Normalmente me acerco al teatro por las mañanas y, a esas horas, no están los jefes, ni los actores, ni nadie. Si acaso, cuando hay alguna sustitución y los nuevos necesitan ensayar para ponerse al día. Las que más cambian son las chicas del coro, que hay bastantes.

Paloma hizo un gesto de resignación. Habría sido mucha casualidad que Jacobo le hubiera podido conseguir una entrevista.

—No importa —dijo—. Es que estoy a la que salta, con tal de conseguir trabajo.

—Vamos, Jacobo —animó Juani—. Seguro que puedes hacer algo para echarle una mano.

—El caso es que... —Meditó unos momentos, antes de continuar—. Conozco a uno que me debe un favor. Le hice una chapuza en su casa y no le cobré nada. No es precisamente uno de los jefes gordos, pero también manda. Es el regidor, ¿tú sabes lo que hace un regidor?

—Claro que sí —aseguró Paloma—. Es el que se encarga de coordinarlo todo durante la representación.

—El que yo digo también lleva la contratación de las coristas y las vici... ¡Nunca me acuerdo de la palabra! —Jacobó se dio en la frente con la palma de la mano—. Siempre me sale bicicleta. Son las que cantan un poquito.

—Vicetiples.

—¡Eso es, vicetiples! En realidad, el que tiene la última palabra es el administrador, pero siempre firma lo que le ponen delante de las narices. No se atreve a llevarle la contraria a Faustino. En esas cosas, él es el que manda. Le puedo hablar de ti.

—¡Pues claro que puedes, *alelao!* —le azuzó Juani—. Si tienes la más mínima posibilidad de ayudar a mi amiga, tienes que hacerlo.

—¡Vale, vale! No te pongas así. Este mismo lunes veré qué se puede hacer.

—Con solo que lo intentes, ya te estaré muy agradecida —le animó Paloma—. No es que tenga muchas ofertas ahora mismo, así es que me vale el primer clavo ardiendo que se me presente.

—Si no te dije nada antes es porque pensaba que aspirabas a un papel importante —se disculpó Jacobo, con un toque de malicia.

—Me valdría casi con cualquier cosa, créeme. No sé lo que te habrá contado Juani, pero la verdad es que estoy empezando.

—Pues no se hable más. Pasado mañana le hablaré a Faustino de ti. ¡Verás la sorpresa que se va a llevar!

—¿Y por qué la sorpresa? —se interesó Juani.

—Bueno..., seguro que no se espera que un tipo como yo conozca a una mujer... una artista quiero decir, como Paloma.

Jacobo lo dijo de tirón y con una cara de pícaro que hizo reír a la aludida. Inmediatamente después, se puso rojo como la grana y salió disparado de la habitación, perseguido por una cucharilla de café, que fue lo primero que Juani encontró a mano y que terminó por estrellarse contra la puerta.

—¡Eres un descarado! Llevaba razón mi madre. Ya verás cuando te coja...

—Déjalo, Juani —intercedió Paloma—. Lo ha dicho en broma, solo para hacerte rabiar.

—Pues se va a enterar de cómo rabio.

Paloma miró al niño, que seguía enganchado plácidamente a la teta de su madre; luego a Juani, quien, con gesto enfurruñado, no conseguía parecer realmente enfadada. Desde la habitación de al lado llegó, de nuevo, el ruido de las herramientas. Se sintió, un poco, como una intrusa.

—Se está haciendo tarde —dijo, mirando el reloj—. Me voy a tener que marchar.

—¿Tan pronto? —protestó la anfitriona, muy en su papel.

—Tengo que echar una mano a mi tío en la venta —mintió.

Todavía tuvo que pasar un buen rato hasta que Paloma consiguió zafarse de su amiga y salir de la casa. Bajó rápidamente las escaleras y alcanzó la calle. Un viento gélido acarició su rostro. Lo agradeció y respiró profundamente. Se subió las solapas del abrigo y se dirigió hacia la boca del metro.

Madrid, Teatro Martín.
Miércoles, 17 de abril de 1935.

La orquesta ejecutó los últimos compases de *Horchatera valenciana* con el escenario lleno a rebosar por todo el elenco de la obra, del primer actor a la última corista. No en vano era el número musical más importante de *Las de los ojos en blanco*, la revista del maestro Alonso que se representaba, con un aceptable éxito, en el Teatro Martín. El público, que medio llenaba la sala, prorrumpió en aplausos.

Aurelio también aplaudió con ganas, aunque Paloma no pudiera verlo desde el escenario. Ella sonreía ahora, como el resto de sus compañeras, agradeciendo la ovación que les dispensaban. Iban todas vestidas con unos graciosos vestidos blancos de volantes, estampados con flores, y un barrilete de horchata apoyado en la cadera. A Aurelio le pareció que destacaba sobre las demás. Se había enterado, por medio de Ramón e Isabel, que habían estado unos días antes presenciando la representación, de que Paloma actuaba en el Martín. No había vuelto a tener contacto con ella desde el fiasco de Formentor. Le había enviado varias notas desde entonces, pero todas habían quedado sin respuesta. Decidió presentarse, sin avisar, a ver la función de las seis y media de la tarde. Algo pronto para ir al teatro, pero prefirió hacerlo así. Si Paloma consentía en hablar con él, tendrían un buen rato, cuando acabase la obra, antes del comienzo de la función de la noche, a las diez y media.

Los ocupantes del escenario se retiraron rápidamente y en perfecto orden para dar paso al siguiente número. Paloma no actuaba en él y dejó a otras compañeras, que tenían más prisa, pasar por delante hacia los camerinos. Su vida, durante los últimos tiempos, había mejorado bastante, sin llegar a ser como a ella le hubiera gustado. El trabajo conseguido, gracias a Jacobo, le había permitido cierta independencia económica, pese a que el sueldo no fuese como para tirar cohetes. La relación con su tío era más llevadera y tenía

siempre, en Encarna, su aliado más fiel ante cualquier conato de discusión que se produjese. Mantener la mente ocupada también le había servido para ir, poco a poco, olvidándose de Aurelio. Había, incluso, accedido a salir en un par de ocasiones con un compañero del teatro que le caía simpático. Sin mayores pretensiones y nada de compromisos, se lo había dejado claro desde el principio. Continuaba recibiendo, eso sí, muchas proposiciones, todas del tipo que a ella no le interesaban.

Cuando, al término de la función, Paloma entro en los camerinos para cambiarse y salir a cenar con los compañeros, como hacía habitualmente, se encontró en su silla con un gran ramo de flores. Al principio pensó que se trataría de alguno de sus pretendientes, que había dado un paso al frente. Sin embargo, al abrir el pequeño sobre que las acompañaba y leer la nota, el corazón le dio un vuelco. La firmaba Aurelio. La felicitaba por la actuación y aseguraba que tenía muchas ganas de decírselo en persona, pero que si ella no quería verlo, se hacía cargo. De todas formas, estaría esperándola hasta las nueve en un café de la cercana calle de Fuencarral.

—¡Vaya ramo! Son preciosas —exclamó una de las bailarinas que pasó a su lado—. El que te las haya enviado no es de los que repara en gastos. Esos son los que convienen. ¡No lo dejes escapar!

Otras compañeras se habían arremolinado atraídas por las flores. Cada vez que se producía un hecho similar arreciaban los comentarios maliciosos contra la destinataria del regalo. Paloma no fue una excepción. No hizo caso. La mayoría de las chicas eran buenas personas, pero había un puñado de arpías de las que procuraba mantenerse alejada. De ellas y de su mezquino mundo de envidias.

No estaba segura de si debía acudir a la cita. Ahora que, por fin, parecía haberse librado de su dependencia emocional con Aurelio, este se presentaba de nuevo, sin avisar, como no queriendo que lo olvidase por completo.

Miró el reloj. Tenía tiempo más que suficiente para acudir a la cita, si es que finalmente decidía hacerlo. Pero debía salir de allí. No podía pensar con claridad en medio del revuelo provocado por el ramo de flores. Se cambió con rapidez y entregó el ramo a Dori, una de las chicas con las que se llevaba mejor, con el encargo de meterlas en agua.

—Pero... ¿no vas a llevártelas a casa?

—Aquí estarán mejor. Alegrarán el camerino.

No se quitó el maquillaje, así solo tendría que retocarlo para la función de la noche. Al salir del teatro, tomó la dirección contraria de la que llevaba al

café donde la había citado Aurelio. Al principio, caminó deprisa para alejarse y tener la seguridad de estar sola y no ser observada. Después, aminoró el paso y se dejó llevar por calles y callejuelas, sin alejarse demasiado de Fuencarral y consultando el reloj a cada momento.

No le costó mucho trabajo decidirse a aceptar la cita. Si no lo hacía, se dijo, sería como renunciar a saber cuáles eran los verdaderos sentimientos que aún albergaba hacia Aurelio. Quería asegurarse de que ya podía volar por sí misma, sin cercenar su vida a los esporádicos encuentros con él. Era una forma de ponerse a prueba. También decidió que no le concedería ni un minuto de más de lo necesario. Se presentaría en el café exactamente a las nueve en punto.

Y allí estaba, frente a la puerta del café, a la hora fijada.

Aurelio se sentaba a una de las mesitas, de cara a la entrada, apurando una copa de brandy. Miró su reloj y estaba a punto de marcharse cuando Paloma apareció en el umbral. Se la quedó mirando unos instantes, con la boca abierta y aún incrédulo, hasta que una gran sonrisa afloró a sus labios. Paloma se dirigió hacia él, también sonriendo, aunque de forma algo más fría. Aurelio se levantó para recibirla, cogió su mano y la besó.

—Estás preciosa. Más aún de cómo te recordaba. Y en la obra... —hizo un gesto con la mano, como si buscara las palabras adecuadas—, eclipsabas a todas las demás.

—Muchas gracias. —Ahora, su sonrisa se amplió—. Eso eres tú, que me miras con buenos ojos.

Se sentó frente Aurelio y lo observó unos instantes. Pese a que iba tan pulcramente vestido como siempre, a la chaqueta parecía hacerle falta un buen planchado y el nudo de la corbata estaba flojo. Las bolsas bajo sus ojos delataban cansancio. A Paloma no se le escaparon esos pequeños detalles, aunque no hizo comentarios. Pidió un café con leche al camarero y Aurelio encargó otra copa de brandy.

—Ya pensaba que no vendrías.

—He tenido que pensarlo dos veces, no te creas.

—Lo entiendo y no te culpo. No es que me haya portado muy bien contigo... en el pasado.

—El pasado, pasado está. Nuestra historia tuvo momentos buenos y otros no tanto. Prefiero quedarme con los buenos y olvidarme de todo lo demás. Ahora tengo que mirar al futuro. Mi futuro.

—Los dos debemos hacerlo. Cuando no respondiste a mis notas, me sentí

dolido, pero creo que hiciste bien. Si me he decidido a venir a verte ha sido solo porque me gustaría que, al menos, siguiésemos siendo amigos.

El camarero llegó con la orden y Paloma se tomó unos momentos para añadir los azucarillos al café y removerlos cuidadosamente antes de responder. Se sentía mejor delante de Aurelio de lo que había imaginado. Debía de ser cierto que lo estaba olvidando.

—A mí también me gustaría. Aunque solo sea por esos buenos momentos que pasamos juntos.

—Entonces, estamos de acuerdo. No sabes cuánto me alegro. Puede que no lo creas, pero me quitas un peso de encima.

—Sí. La verdad es que yo también me siento mejor ahora. Has hecho bien en insistir y venir a verme. Si no respondí antes a tus notas fue porque no me sentía preparada para encontrarme contigo. Hoy tampoco estaba segura, pero..., ya lo ves.

—Bueno, dejémoslo ya. Supongo que tendrás que volver al teatro para la función de noche y no vamos a pasar el resto del tiempo hablando del pasado. ¿Cómo te va? Me alegré mucho cuando Isabel y Ramón me dijeron que te habían visto, por eso sabía que actuabas en el Martín.

—Sí, estuvieron hace unos días y me reconocieron. Me dieron una alegría cuando pasaron a saludarme al camerino. Son encantadores. —Paloma miró el reloj—. Aún tengo un rato antes de la función. Pero, no te creas, que hemos tenido días de tres funciones. Es agotador.

—He visto en el programa que por la noche representáis una obra diferente.

—¡Esa es otra! Por la noche toca *Las de armas tomar*. Hay momentos en que no sabes la canción que hay que cantar o por dónde te tienes que mover. Si vieras cómo se las ingenian los tramoyistas para reutilizar piezas del escenario.

—Supongo que por la parte de atrás se verá el truco —bromeó Aurelio, y sonrió con aquella sonrisa de niño bueno que había cautivado a Paloma.

—No solo eso. Hay algunos vestidos que también usamos en las dos obras. Se quitan unas mangas, que van cogidas con imperdibles, o te pones un echarpe para disimular. Las chicas nos reímos con esas cosas, cuando a alguna se le olvida quitarse las mangas, o sale con el echarpe, en la obra que no toca.

—Y dime, ¿cómo conseguiste el trabajo?

—Pues... ya sabes eso que dicen: que donde menos se espera, salta la

liebre. ¿Te acuerdas de mi amiga Juani? —Aurelio asintió—. Pues se ha casado y resulta que su maridito trabaja en el Martín como *arreglалotodo*. Fue él quien me consiguió una audición y... salió bien. Lo que no sé es qué ocurrirá a partir de ahora.

—¿Qué quieres decir?

—Nos mudamos de teatro. A partir del próximo sábado pasamos al Ideal. Es un teatro más grande y esperan atraer más gente bajando los precios. Claro que también se rumorea que saldrán algunas chicas o que a las que se queden les bajaran el sueldo.

—¿Y todavía no sabes si tú seguirás?

—Hasta el último momento no dirán nada.

—Bueno..., esperemos que tengas suerte. ¿Sabes? Por un momento pensé que nuestro amigo Strauss había tenido algo que ver. Como se ofreció a ayudarte... Dijo que tenía amigos...

—¡Por Dios, Aurelio! ¿Por quién me tomas? No soy tan ingenua como parece creer. He tenido un buen número de aduladores, antes y después de conocer a Daniel Strauss. Los veo venir de lejos. Ni por un momento pensé que su oferta de ayudarme fuese en serio... O que la oferta no tuviese ciertas contrapartidas.

—Entonces..., ¿no has vuelto a saber nada de él?

—Nada en absoluto. ¿Por qué lo preguntas?

Aurelio apuró su copa e hizo una seña al camarero para que le sirviese otra. Encendió un cigarrillo.

—Yo sí he tenido noticias tuyas. En realidad, las ha tenido mi tío.

—¿Qué quieres decir?

—El muy cabrón le ha mandado una carta, contándole todo el asunto de la ruleta y pidiéndole una compensación económica por todo el dinero que invirtió en el negocio, según él, engañado por sus socios españoles. A mí me señala como el principal culpable.

—Pero... ¡Eso es terrible!

—Sí que lo es. Sobre todo porque mi tío se ha puesto hecho una furia conmigo. Dice que si me junto con estafadores, es lo que termina pasando. Puede que lleve razón, pero eso no me consuela.

—¿Y qué piensa hacer con la carta?

—Nada. Ignorarla. Está muy ocupado intentando que los gobiernos le duren más de tres días. El que ha formado a principios de este mes es el quinto en menos de dos años, como presidente. Si contamos los de Martínez

Barrio y Samper, también radicales, son siete en total. Esto no es una república, es una pantomima.

—No debes culparlo, es lógico que esté preocupado por la situación política y no quiera saber nada de Strauss. Mejor así, ¿no te parece?

Aurelio negó con la cabeza.

—Strauss no es de los que se rinde fácilmente. Mi tío no es consciente de la gravedad de la situación. Lo único que me ha dicho es que se lo quite de encima y que no quiere recibir más cartas de «ese individuo». En otras palabras: que me las apañe yo solo para arreglar el problema.

—Pero lo que quiere Strauss es dinero y nada más... ¿O es que hay algo más?

—Si mi tío aceptase pagar algún dinero o, simplemente, tomar en cuenta las veladas amenazas de Strauss sería como un reconocimiento de culpa. Ese tipo de actuaciones pueden pagarse muy caras en política, si es que llegan a conocerse. Y no me fio de Strauss, no solo quiere dinero, también desea vengarse de mí. Si para conseguirlo tiene que llevarse por delante a otras personas, no va a dudar. Temo por mi tío.

Paloma miró su taza de café vacía y jugueteó con la cucharilla. Se dijo que, en realidad, los problemas de Aurelio no deberían preocuparla en absoluto. Le hubiera gustado poder decirle unas pocas palabras de consuelo intrascendentes y olvidarse del asunto en cuanto regresase al teatro. Lo cierto es que no podía mostrarse indiferente. Aurelio volvió a parecerle ese niño grande que le inspiraba ternura. Un niño que había cometido una travesura y ahora no sabía cómo salir del atolladero.

—Quisiera poder ayudarte —dijo al fin—, pero ya te he dicho que no he vuelto a saber de Strauss desde lo de Mallorca. Podría intentar hablar con él, si me dices cómo encontrarlo, y comprobar si esa... simpatía que parecía inspirarle sirve para algo.

Aurelio se la quedó mirando agradecido, pero luego se encogió de hombros e hizo un gesto de negación.

—Te resultaría difícil hablar con él, está fuera de España. Una carta tuya no creo que sirviese de nada.

—Y en cuanto al dinero..., ¿puedes pagarle?

—Ni en sueños podría llegar a lo que reclama. Voy a hacer un intento de, al menos, parar este primer golpe. Pagarle una parte y pedirle más tiempo para el resto. Y, por supuesto, mi tío no debe enterarse de nada.

—¿De dónde piensas sacarlo?

—¿Recuerdas el Delage con el que nos fuimos a San Juan de Luz?

—Sí. ¿Cómo voy a olvidarlo? No creo que vuelva a tener la oportunidad de subir a un coche así.

—Lo había comprado con un anticipo de Strauss más un préstamo que tuve que pedir al banco. Junto con todos mis ahorros, claro está. Ahora lo he tenido que vender y, menos mal, que Gumer, el director de la Compañía Telefónica, se ha ofrecido a comprarlo por un precio razonable.

—Gumer... ¿Aquel que me presentaste en el Chicote como tu jefe?

—El mismo. Veo que tienes buena memoria. Con el dinero de la venta conseguiré devolver el préstamo y sobrará una pequeña parte para Strauss, que no sé si será suficiente para calmarlo durante un tiempo. Así están las cosas ahora mismo.

Paloma miró, una vez más, el reloj y, con una seña, indicó que tenía que marcharse. Aurelio pagó la cuenta y se ofreció a acompañarla hasta la entrada del teatro. Recorrieron el corto trayecto cogidos del brazo y sin intercambiar palabra. Cuando estaban próximos a la puerta de actores, Aurelio se detuvo bruscamente, como si tuviera algo muy importante que decirle y no se hubiera decidido hasta ese momento.

—Escucha... Necesito tener una forma de ponerme en contacto contigo. En ocasiones, he estado tentado a llamar por teléfono a la venta, pero no creo que a Curro le pareciese bien. Lo más seguro es que atendiese él la llamada.

—Mi tío no es tan ogro como te piensas. El teléfono lo coge el que lo oye o el que está más cerca. La verdad es que no recibimos muchas llamadas y, si estamos los tres abajo, lo más fácil es que suene y suene sin que nadie se entere. Para más seguridad, tendrías que llamar por las mañanas, por las tardes estoy en el teatro, pero aun así...

—Puedo hacerte llegar una nota con el mismo chico que las ha llevado otras veces. Si no estás y se la entrega a tu tío, ¿te la dará?

—Por supuesto que sí. Aunque no le guste demasiado, no se atrevería a ocultármela.

Aurelio echó mano de la cartera y sacó una tarjeta.

—Toma, aquí tienes el número de la oficina. Estoy allí casi todas las mañanas. Y siempre puedes dejar recado, a mí seguro que me lo darán. No sé..., he pensado que a lo mejor tú también puedes querer contarme algo o tomar otro café... Cualquier cosa que se te ocurra.

Paloma aceptó la tarjeta y la guardó en el bolso. Se despidieron con un púdico beso en la mejilla y un «hasta pronto». Aurelio la vio desaparecer por

la puerta de actores, encendió un cigarrillo y se alejó, cabizbajo, en dirección a la Gran Vía.

Frente al largo espejo, rodeado de bombillas, que compartía con otras cinco chicas, Paloma retocaba su maquillaje y se preparaba para la función. Como siempre, el bullicio era grande: vestidos que no aparecían, pinturas que se habían tomado prestadas sin permiso, y todo salpicado por los últimos chismes de unas y otras relatados a voz en grito. Por más que sus compañeras intentaban sonsacarle sobre el pretendiente que le había regalado las flores, Paloma esquivaba las preguntas y respondía con generalidades. Toda la información que pudieron obtener de ella se limitó que era alguien a quien conocía de bastante tiempo atrás y habían estado tomando un café, charlando sobre viejos conocidos. Y así había sido, no las estaba engañando. Una extraña sensación mezcla de satisfacción y orgullo era el regusto que le había dejado a Paloma aquel encuentro. Habían charlado como amigos y nada más. Y ese «nada más» era el pequeño detalle que hacía que Paloma se sintiese mejor consigo misma. No se había tenido que morder la lengua para no preguntarle por su mujer, como había hecho en ocasiones anteriores, a sabiendas de que, si preguntaba, no le iba a gustar la respuesta. Simplemente no sintió la necesidad de preguntar y no lo hizo. Había sido consciente del cambio al salir del café y un escalofrío de satisfacción le había recorrido el cuerpo. Ahora sabía que era capaz de olvidar a Aurelio; su relación con él. No obstante, podían seguir siendo amigos y a ella le parecía bien. Tendría que esperar a la mañana siguiente para poder contárselo a Encarna. Cuando llegaba, de madrugada, a la venta, ella ya estaba acostada. Curro, sin embargo, la esperaba levantado, con un vaso de leche caliente y unas galletas.

Madrid, parque del Retiro.
Jueves, 2 de mayo de 1935.

Unas cuantas barcas de remo surcaban cansinamente las turbias aguas del estanque. El sol del mediodía templaba ya lo suficiente como para que se agradeciesen las sombras de los árboles. Aquí y allá, los vendedores ambulantes ofrecían sus mercancías y los barquilleros hacían girar sus ruletas, intentando atraer clientes. Como siempre, en primavera, el Retiro estaba esplendoroso y repleto de fragancias.

Curro respiró profundamente, cerrando los ojos para concentrarse en absorber todos los aromas que traía el vientecillo que se había levantado. A su lado, don Melquíades contemplaba con nostalgia el colosal monumento a Alfonso XII que se erigía al otro lado del estanque.

—¿Sabes que estuve aquí el día que lo inauguraron?

Curro abrió los ojos e hizo un gesto dando a entender que no comprendía a qué se refería el Panadero.

—El monumento que levantaron al padre de nuestro rey —aclaró, señalándolo con el bastón—. Fue en 1922, si no me falla la memoria. Yo mismo contribuí a la colecta para levantarlo. ¡Cinco duros! Que en aquel entonces valían mucho más que ahora. Ya lo ves, han pasado solo trece años y pareciese que han sido siglos.

—El próximo día que traiga a Encarna a dar un paseo por aquí ya le diré yo que un trocito de aquella mole es tuyo —bromeó Curro.

—Tú riéte si quieres, pero cuando echo la vista atrás y lo comparo con lo que tenemos ahora... No sé en lo que hemos salido ganando.

—¡Hombre, Melquíades! Ahora tenemos una democracia y antes no. Con sus fallos, hay que reconocerlo, pero democracia al fin y al cabo.

—¿Y de qué nos sirve esa democracia, dímelo tú? Con la Monarquía había pobres, igual que ahora. Había parados, igual que ahora. En el campo se pasaba hambre, igual que ahora... ¡Pero por lo menos había respeto!

Curro seguía pensando que la cuestión del orden público, eso que don Melquíades llamaba «respeto» era una asignatura pendiente de la República que se iría solucionando con el tiempo, a medida que sus dirigentes fuesen adquiriendo experiencia.

—Ya te he dicho otras veces que eso se tiene que arreglar. Y lo hará poco a poco. Hay que darles tiempo.

—¿Tiempo? Cuatro años lleva ya esta república que nos iba a hacer atar los perros con longanizas. ¿Cuánto tiempo necesitan?

—Por ejemplo, fíjate en lo de ayer: primero de mayo, la fiesta de los trabajadores. Otros años no se ha podido ni salir de casa, que había jaleo por todas partes. En cambio ayer... Ha bastado con que el ministro haya dicho que hay que respetar la ley, por muy Primero de Mayo que sea, y que los socialistas se hayan subido a ese carro, para que no hubiera problemas en ningún sitio.

—En lo de ayer tengo que darte la razón, amigo mío, y créeme que deseo con todas mis fuerzas que sea algo más que un espejismo. Pero..., no sé yo.

Hacia ya seis meses que Melquíades el Panadero no asomaba por la venta. Desde la noche en que había mantenido la agria discusión con el cojo Crescencio, no se le había vuelto a ver por allí. Como a los dos les apetecía verse y charlar un rato, se las habían arreglado para encontrarse en el parque del Retiro, a salvo de miradas y oídos indiscretos.

—¿Qué tal están tu mujer y los chicos? —se interesó Curro.

—La mujer como siempre, hecha una máquina de pelear. No sé cuándo se le va a acabar le fuelle. Los chicos..., bien. Dentro de lo que cabe. Los tres siguen con sus estudios y sacando buenas notas.

—¿Y lo de la política?

—También siguen con ello. Eso de la Falange les ha calado hondo. Dicen que al principio eran cuatro gatos, pero que ahora cada día son más. Están muy orgullosos de ello. Por lo visto se les arrima gente de todas las condiciones; eso de que solo se hacen de Falange los niños de papá ha pasado a la historia. Y la verdad es que no me extraña, tal y como están las cosas.

Curro pensó que la influencia de los falangistas había sido magnificada por unos y por otros. Sobre todo por la izquierda. Necesitaban tener un enemigo al que enfrentarse y al que poder llamar «fascista» con todas las de la ley. Para Curro, el innegable auge de los falangistas había sido facilitado por sus propios enemigos. Prefirió no hacer partícipe a Melquíades de sus pensamientos.

—¿Y tú que tal lo llevas? —se interesó Curro—. Lo digo porque cada dos por tres hay reyertas y heridos. Hasta muertos. ¿No te preocupa que a tus hijos les pueda pasar algo?

—¿Y cómo no iba a preocuparme? Si además casi siempre son los falangistas los que se llevan la peor parte. Desde hace ya tiempo, cuando salen los tres hermanos juntos, Jaime, el mayor, lleva una pistola. «Por si acaso», dice él.

—¿Te parece bien que lleve pistola?

—¡Claro que no me parece bien! Pero hay muchas cosas que no me parecen bien y, desde luego, si me dan a elegir entre que lleven pistola para defenderse de otros que también la llevan o que se dejen cazar como conejos, pues qué quieres que te diga...

Curro se acordó del joven Miguel, el que se había hecho de la UGT. Ya había tenido encontronazos con falangistas y estaba convencido de que las armas de fuego no le resultaban extrañas. Cuando preguntaba por él a su padre, le daba argumentos muy parecidos a los de Melquíades.

—Tu mujer será la que lo sufra más.

—Ella no lo sabe o finge no saberlo, que no sé cuál de las dos cosas es la cierta. Se contenta con rezar para que no les pase nada.

—Si con rezar se solucionasen las cosas...

—Solucionarse no, pero algo ayuda. Yo, hasta ahora, no había sido muy creyente, ya lo sabes. Iba a misa cuando tocaba, más que nada para acompañar a mi señora, que es a la que siempre le han tirado los altares. Pero últimamente..., qué sé yo. Es como si me hubiese dado un ataque de fe cristiana.

—A mí ya sabes que esas cosas... No es que tenga nada en contra de los curas, pero ellos en su sitio y yo en el mío.

—Ya lo sé, Curro —sonrió don Melquíades—, que nos conocemos de antiguo. A ti no te meten en una iglesia ni a rastras. Tampoco es que yo me haya convertido en un *meapilas*, no te vayas a creer.

—Pues si te digo que Encarna está poniéndose muy pesada con que nos casemos como Dios manda. Le debe de haber pasado lo que a ti: que le ha dado un ataque de fe.

—¡No me jodas! Esta sí que es buena. A ver si va a resultar que lo que no ha conseguido nadie en toda tu vida lo consigue ella ahora. Llegado el caso, si necesitáis un padrino, aquí estoy yo para lo que haga falta.

—Tienes derecho a burlarte si quieres. Yo también lo haría si estuviera en

tu lugar.

—No me burlo, pero me hace gracia. Y, si quieres que te diga la verdad, me parece una idea estupenda. Por cierto, dale recuerdos de mi parte. Ella y tú son las dos únicas personas a las que echo de menos desde que no voy por la venta. Bueno, también a Paloma. ¿Qué tal está ella?

—Me trae de cabeza. Ya lo ves, una chica lista y con educación, que podría encontrar un buen trabajo con facilidad, resulta que lo que de verdad le gusta es el mundo de la farándula. Ya ves para lo que ha servido esa escuela de señoritas, tan fina y tan cara a la que la lleve. No sé qué hacer con ella.

—Entonces, ¿aquello de marcharse a Barcelona a trabajar en las películas no fue un mero capricho? Yo creí que, al volver a Madrid, se le habría olvidado todo eso de la fama y el glamur.

—¡Quia! Si se vino de Barcelona fue para probar suerte en Madrid. Ahora está trabajando en el teatro. Hasta hace poco en el Martín, todos los días. Ahora, la compañía se ha trasladado al Ideal y solo va para hacer algunas suplencias. Pero no te creas que se da por vencida, ella sigue buscando. Teatro o cine, eso le da igual.

—No te hagas mala sangre, Curro. Son manías que les entran a los jóvenes. Ya verás como se le pasa en cuanto encuentre un hombre que le convenga y del que se enamore.

Aprovecharon que un banco se acababa de quedar libre, a la sombra y casi al borde del agua, para sentarse a descansar un rato. Unos pajarillos revolotearon hasta sus pies. Se los quedaron observando un rato, sin moverse ni decir nada, como puestos de acuerdo para que cogieran confianza.

—Ahí está el problema —continuó Curro, cuando salieron volando—, que eso de que las mujeres se enamoren de un hombre que les convenga no siempre se cumple. Créeme que iría mucho más contento hasta el altar en una buena boda de Paloma que en la mía propia.

—Todo se andará. Paloma aún es joven y, con lo guapa que es, no han de faltarla pretendientes.

Curro no quería seguir por aquel camino, ni tener que confesarle a su amigo que la chica andaba liada con un hombre casado. Le constaba que seguían viéndose de vez en cuando, si bien Encarna le había dicho hacía pocos días que no se preocupase, que aquello ya había terminado, pero que no preguntase a Paloma por el asunto. No quería que sospechase que le había hecho partícipe de sus confidencias porque, entonces, ya no volvería a confiar

en ella. Para sorpresa de Curro, fue Melquíades el que insistió:

—¿Continúa viéndose con aquel politiquillo, el sobrino de Lerroux?

—¿Y tú cómo te has enterado de eso? —Se lo quedó mirando de hito en hito. Melquíades rio en silencio.

—Hay cosas que es difícil mantener en secreto. Si alguien se entera, aunque sea por casualidad, al final termina sabiéndolo todo el mundo. Además, ten en cuenta que Paloma es el centro de atención de todos los solteros de los alrededores. En cuanto la ven con alguien, las noticias corren como la pólvora. Y yo también tengo mis confidentes, ¿qué te habías creído?

Curro le repitió las palabras de Encarna, confiando en que fuesen ciertas.

—Mejor así. Me alegro por ella. Por cierto, se dice que su señor tío, don Alejandro, va a presentar esta tarde una nueva crisis de gobierno.

—¿Otra? Pero si no hace ni un mes de la última.

—¿Ves lo que te decía antes? Si la democracia es esto, va a haber que ir pensando en otra cosa.

—No empieces otra vez...

—Vaaaale. No hablaré más de política. Cuéntame entonces cómo están las cosas por la venta. ¿Siguen yendo los de siempre?

—Más o menos, con una única excepción que espero dé pronto su brazo a torcer.

—No va ser posible, al menos por ahora.

—No soy el único que te echa de menos por allí. El otro día, Amadeo, el cartero, me preguntó si había tenido noticias tuyas.

—Es un buen tipo, me había olvidado antes de él. Tampoco a ese chico me importaría encontrármelo y tomar unos vinos.

—Los demás, como siempre. Serapio, que hace una semana casó a su hija mayor, la que era más fea que la muerte, se pasó por la venta para que lo viésemos hecho un pincel. Creo que es la primera vez en la vida que lo he visto con la cara limpia.

—Ya me acuerdo de esa chica. Si ha conseguido casarla, bien vale un baño.

—Fulgencio está preocupado porque cada día le salen menos chapuzas. No sé si lo dice de verdad o para que lo invite.

—Seguramente para que lo invites. Después del Cojo, Fulgencio era el más gorrón de la parroquia.

—Pues tendrías que ver ahora al Cojo. Supongo que te habrás enterado de que pone un puesto en la plaza los días de corrida.

—Algo había oído.

—Pues no le debe de ir del todo mal porque, ahora, hasta se permite el lujo de invitar, de vez en cuando, a una ronda.

—¡Válgame Dios! Esa sí que es una noticia.

—¿Te interesa saber algo más de alguien en particular?

—Mmmm... No. Bueno —recapacitó—. No es que me interese en sí mismo, sino por los problemas que te pueda causar. ¿Has vuelto a saber de Machaco?

—¡Mal rayo le parta! —exclamó Curro, con rabia.

—Ya veo que lo sigues queriendo. ¿Te ha dado problemas últimamente?

Curro dudó en si debía contarle toda la verdad, algo que ocultaba incluso a Encarna. Suspiró y se decidió a hacerlo. No tenía muchos amigos más en los que poder confiar.

—La cosa viene de lejos. Me hace pagarle unos cuartos todos los meses para que «me tenga protegido». Eso es lo que dice él.

—¿Y tú se lo consientes? —exclamó Melquíades, indignado.

—¿Y qué quieres que haga? Si estuviera solo, ya me encargaría de cantarle las cuarenta, pero con Paloma y Encarna en la venta...

—Pues, de momento, denunciarlo a la policía. Se supone que están para algo, ¿no?

—Ya lo hice una vez. —Curro dudó un instante—. Bueno, en realidad, lo que hice fue valerme de algunas influencias para conseguir que lo enchironaran. Ya sabes que, aparte de ser un matón, también se las da de anarquista. No fue difícil hacer que registraran su casa y lo pillaran con algo que no debía tener.

—Por lo que dices, eso fue hace tiempo, cuando estuvo una temporada en la cárcel. Y si te salió bien, ¿por qué no lo repites?

—No es tan fácil. Ya no tengo los contactos que tenía entonces. Además, no me preguntes cómo, pero Machaco se enteró de que yo había tenido algo que ver en el asunto y, desde entonces, me la tiene jurada. Me da miedo lo que pueda hacer ese bestia si llega a sospechar que repito la jugada. Y ya te digo que no es por mí, sino por las mujeres.

—Pero, Curro, ¿no puedes estarle pagando eternamente!

—Ya lo sé. Eso mismo me digo yo cada vez que le suelto el dinero. He llegado a pensar en tomarme la justicia por mi mano, pero... ¿qué quieres? Ya no soy joven, ni tengo el valor que tenía antes.

Melquíades apoyo la barbilla en la empuñadura del bastón y se quedó

pensando.

—Quizá... —Se detuvo a medias de la frase.

—Quizá ¿qué? —le animó Curro.

—Podría comentárselo a mi hijo Jaime. A lo mejor no lo sabes, pero te tiene en mucho aprecio desde que era niño y lo aupabas en brazos hasta las ramas bajas de las moreras, para que cogiera las hojas.

—Ya lo recuerdo. *Jodíos* gusanos. Creo que todos los niños de los alrededores han mantenido a esos bichos gracias a mis moreras. ¿Y qué puede hacer tu hijo Jaime? Ni se te ocurra meterlo en más líos de los que ya tiene.

—No tendría por qué ser él directamente. Además, precisamente son ese tipo de abusos contra los que luchan él y sus camaradas de Falange.

A Curro le resonaron las últimas palabras de Melquíades dentro de la cabeza. Era ese tipo de jerga que utilizaban los de un bando y los de otro. Su amigo también lo hacía, con la mayor naturalidad del mundo.

—En cualquier caso, no me gusta la idea.

—Tú déjame que le pregunte, a ver qué opina.

—Te prohíbo terminantemente que le pidas que haga algo sin mi consentimiento. —Curro se puso muy serio.

—Está bien, no te preocupes. Ya te he dicho que solo voy a preguntarle. Te pondré al corriente de su respuesta. A lo mejor, como tú dices, considera que no sería bueno meterse en más líos.

—Si tuviera dos dedos de frente no querría saber nada del asunto. Aunque me temo que el buen juicio es un bien escaso en estos tiempos.

—No lo sabes tú bien, amigo mío.

A Curro, por principios, le repelía combatir las maldades de Machaco con sus mismas armas. Pero no pudo evitarlo: por un momento se imaginó a él mismo dándole un puñetazo y aplastándole las narices. Tampoco pudo evitar la sonrisa de satisfacción que le produjo solo el pensarlo.

Madrid, Venta del Curro.
Jueves, 20 de junio de 1935.

La celebración del vigésimo segundo cumpleaños de Paloma había congregado en la Venta del Curro a un puñado de amigos. En esta ocasión, no había baile ni organillo y, siendo laborable al día siguiente, tampoco se daban cita demasiados clientes. Curro había prohibido a Paloma que aquella tarde se dedicase a servir mesas, ya se ocuparían Encarna y él. Lo que tenía que hacer era «ponerse guapa y disfrutar de su cumpleaños». No le había quedado más remedio que hacer caso a su tío. Llevaba una blusa sin mangas, blanca, con lunares rojos; una falda, también blanca; un fino cinturón negro y unos zapatos de medio tacón. Pese a la sencillez del conjunto, Paloma se convirtió en el centro de todas las miradas cuando apareció por la puerta de la taberna.

Juani y Jacobo se habían decidido a llegarse hasta allí, acompañados por el pequeño Vladito, que todavía no andaba, pero gateando era una liebre. Paloma, que departía alegremente con los padres, intentaba mantener al niño sentado en su regazo, pero este prefería estar en el suelo y campar a sus anchas. Jacobo le había regalado una bonita figura de madera, un polichinela, que había tallado él mismo. Otro niño se acercó hasta ellos, para ver si podía hacer partícipe de sus juegos a Vladito. Pronto desistió del intento, al comprobar que ni siquiera era capaz de mantenerse en pie.

—Es un poco pequeño para ti —le dijo Paloma—. Tendrás que esperar a que crezca para que pueda jugar contigo.

—¿Cómo se llama? —preguntó con desparpajo.

—Vladito —respondió su madre—. Todavía no ha cumplido un año. ¿Tú cuántos tienes?

El pequeño mostró tres dedos de su mano.

—¡Tres años! ¡Qué mayor!

—Y medio —añadió orgulloso.

—¿Y cómo te llamas?

—Amadeo, como mi padre.

—¡Ah! Entonces, tú debes de ser Amadeíto —aventuró Paloma.

—¡No! ¡Me llamo Amadeo! —dio media vuelta y se alejó, enfurruñado.

—No le gusta nada que le llamen Amadeíto —explicó Paloma, riendo—. Es el hijo de la pareja de esa mesa. —Saludó con la mano y les hizo una seña para que se uniesen a ellos.

Adela y Amadeo se miraron un momento y se levantaron para acercarse. Jacobo unió otra mesa, que estaba libre, y arrimó dos sillas. Paloma se encargó de hacer las presentaciones.

—¡Muchas felicidades! —se abalanzó Adela, plantándole dos besos—. Esta tarde me ha chivado Amadeo que hoy cumplías años y, como ya lo tenía todo hecho en casa, le he dicho «vámonos a felicitarla y a tomar una sangría. Así también le da un poco el aire a Amadeíto».

—Pues habéis hecho muy bien —convino Paloma—. Os he pedido que os acercarais porque Juani y Jacobo también han venido con el niño y son primerizos como vosotros.

—Primerizos por poco tiempo —dejó caer Adela.

—¿Quiere eso decir que...?

—Hoy me lo ha confirmado el médico.

La joven pareja aceptó sonriente los parabienes. Paloma se ofreció a traer una jarra de sangría para celebrar la noticia y también su cumpleaños. Cuando iba a hacerlo, se encontró con la mirada de enojo fingido que le dirigía Curro.

—Mejor voy a dejar a mi tío que os la traiga. Yo enseguida vuelvo. Ahora tengo que ir a saludar a otros amigos.

Junto a la entrada, en una mesa algo apartada, se sentaban Dori, una de sus compañeras en el teatro, y un hombre al que Paloma no conocía. Al acercarse, ambos se pusieron en pie. Besó a Dori, que presentó a su acompañante como Néstor, «un amigo de la infancia al que también le gustan los escenarios». Era delgado y alto, con el pelo negro como el azabache peinado con raya y engominado, a lo Rodolfo Valentino. Se trataba, sin duda, de un efecto buscado, ya que ciertamente se daba un aire al difunto actor. En cualquier caso, a Paloma le pareció muy atractivo.

—Estás preciosa, querida —le piropeó Néstor, de una forma que le recordó a Marce, el menudo cineasta que había emigrado a Rusia—. Dori me ha hablado mucho de ti y eres aún mejor de lo que me había contado. Y por

cierto, ¡muchíiiiisimas felicidades!

—Muchas gracias —aceptó la felicitación y el cumplido, mirando de reojo a Dori, que sonreía encantada.

Se sentaron los tres y Paloma levantó la mano, dando a entender a Curro que, en aquella mesa, debía servir otra jarra de sangría.

—Entonces, ¿tú también trabajas en el teatro? —se interesó Paloma, dirigiéndose a Néstor.

—En el teatro, en el cine y en lo que haga falta. Hasta hace poco tenía un número de transformismo con un amigo, pero el mes pasado discutimos y ahora estoy sin pareja y sin trabajo. Tenías que habernos visto. En un momento yo era el hombre y mi amigo la mujer. Al segundo siguiente, habíamos cambiado los papeles. Al público le gustaba muchíiiiisimo y nos aplaudía a rabiar. Fue una lástima deshacer el número, ya nos habían propuesto actuar en cabarés importantes.

—Eso sí que es una lástima —reconoció Paloma—. Con lo que cuesta conseguir una oportunidad, perderla así...

—Y hablando de oportunidades —intervino Dori—, ¿tienes algo nuevo?

—Nada de nada. Esta semana he estado en un par de estudios de cine. No sé qué pasa, pero cada día hay más. He entregado una solicitud con mis datos, habilidades, experiencia y una foto. La ponen encima de un montón tremendo, que ni siquiera se preocupan de que no lo veas, y te dicen que si hay algo, ya te llamarán. Hay mucha competencia.

—Tú no tienes competencia, querida, créeme. Si tú quisieras, las demás no tendrían nada que hacer —le recriminó Néstor.

—A lo mejor es eso. Estoy deseosa de triunfar, pero no quiero hacerlo a cualquier precio.

—¡Ay, hija! No disponemos de muchos años para llegar a lo más alto. No te puedes andar con remilgos.

—¡Deja en paz a Paloma! —le regañó Dori—. Ella tiene sus motivos y hay que respetarlos. Es una chica decente, no como tú, que eres un putón.

—¡Y a mucha honra! Hay que estar abierto a todo, ¿no crees?

—Aquí, al amigo, le da lo mismo la carne que el *pescao*. No le hagas caso o terminarás como él. Y del teatro, ¿sabes algo?

—Actué el sábado y el domingo pasados —respondió Paloma—. Me pagaron los dos días y me dijeron que los llamase por teléfono a diario, por si les faltaba alguna chica. Ya lo ves, a salto de mata.

—Por lo menos, a ti te cogen de vez en cuando, que lo que es a mí...

—Yo le he propuesto montar un número erótico, en el que ella haría de hombre y yo de mujer, pero no hay manera.

—Como no me salga algo pronto, no me va a quedar más remedio que aceptar la idea de este perverso —admitió Dori, con un gesto de fastidio.

—¡Anda que no te lo ibas a pasar tú poco bien! —apostilló Néstor.

Paloma rio alegremente la chanza y se disculpó con ambos para ir a saludar a otros amigos, prometiendo regresar.

Nada más separarse de la mesa, hizo entrada en el jardín el cojo Crescencio. Paloma fue a su encuentro y recibió la felicitación del viejo cascarrabias. Lo acompañó hasta la mesa en la que estaban las dos parejas de padres, a la que también se había arrimado Encarna, a la que le encantaban los niños.

—¡Hombre, Crescencio! ¿Cómo está? Venga aquí a sentarse con nosotros. —Amadeo se apresuró a buscar una silla para el Cojo.

—Muchas gracias —dijo, una vez sentado—. Lo cierto es que vengo hecho fosfatina. Esto de trabajar es muy *cansao*. Ahora mismo he terminado de guardar el carro y de dejarlo todo recogido para el próximo día.

Aquella tarde se había celebrado en Las Ventas, y en otras muchas plazas de España, la tradicional corrida del Corpus.

—¿Y qué tal ha ido hoy? —se interesó Amadeo.

—¡Bah! Poquita gente. El cartel habría estado bien para Vista Alegre o Tetuán, pero ¡joder! ¿No habíamos quedado en que esta es la primera plaza de Madrid? ¿Así cómo quieren que los pobres trabajadores hagamos negocio?

—No se cabree, señor Crescencio, que seguro que lo han hecho adrede, para no dar una corrida de postín en una conmemoración religiosa —apuntó Paloma, poniendo en el tono de voz toda la inocencia de la que fue capaz, a sabiendas del anticlericalismo del Cojo.

—Pues si eso fuese verdad, hasta me alegraría; fíjate lo que te digo. Pero lo que se cuenta por ahí es que, en otras plazas de provincias, esa «conmemoración» que tú dices tiene más solera y los toreros buenos los tenían contratados desde hace un año. Para Madrid han dejado los desechos de tianta. De toros y toreros.

—Es que Crescencio pone un puesto en la plaza los días de corrida —aclaró Amadeo, dirigiéndose a Juani y Jacobo.

—Eso me había parecido entender —dijo Juani—. A lo mejor tendría usted que probar a poner su puesto en la plaza de Tetuán, que esa sí que se

llena cada día de corrida.

Crescencio dio un respingo ante el comentario. Claro que él no podía saber que Juani vivía en Tetuán y que no le había hecho gracia el comentario despectivo que había hecho sobre su plaza.

Paloma no había llegado a sentarse y, aprovechando lo que parecía el inicio de una acalorada discusión, se escabulló sin dar explicaciones. Había dejado para el final la mesa que ocupaba el joven Miguel. Su padre ya le había avisado de que se pasaría a felicitarla, lo que no esperaba es que lo hiciese acompañado. La mujer con la que compartía mesa se veía a la legua que era mayor que él, por mucho que se empeñase en disimularlo con profusión de afeites y un peinado a la última moda. Era, sin embargo, bastante guapa y se quedó mirando a Paloma con un cierto desdén, mientras esta se acercaba. Miguel se levantó a saludarla, pero su acompañante permaneció sentada. Se besaron en la mejilla y se quedaron contemplándose el uno al otro durante unos segundos.

—Muchas felicidades. Estás preciosa, como siempre —dijo al fin Miguel, sin ruborizarse como en él había sido costumbre tiempo atrás.

—Gracias por el cumplido. A ti te sienta muy bien el bigote. ¿Y ese pelo tan corto? ¿Sigues haciendo la mili?

—Aún me queda un poquito —admitió, algo azorado—. Pero no lo llevo mal. Conseguí que me destinaran a Madrid y ahora estoy en el ministerio, trabajando en lo mío: la imprenta.

Curro se acercó hasta ellos y depósito una jarra de sangría y tres vasos en la mesa, «para que brindaran a la salud de su sobrina». Miguel aprovechó para presentarles a su novia Carmela. «Nos conocimos en una verbena, hace dos meses», añadió.

—Y estamos muy enamorados, ¿verdad, cariño? —intervino ella, forzando la respuesta afirmativa de Miguel.

Curro se retiró y Paloma se sentó con ellos unos minutos, no demasiados porque era evidente que su presencia incomodaba a la «novia». Con un pretexto cualquiera, les dejó solos y se acercó hasta su tío, que en aquellos momentos se encontraba en la puerta de la taberna, observando, por si había alguna mesa a la que servir.

—¿Tú has visto? —soltó Paloma en cuanto estuvo a su lado—. Si podría ser su madre.

—No hay edades para el amor, tú deberías saberlo mejor que nadie.

Paloma prefirió pasar por alto la indirecta de su tío.

—¿Amor? No me hagas reír.

—Tengo entendido que es una viuda con posibles. A su padre no le desagrada el asunto. Y si todos están de acuerdo...

—No me digas que la cosa va en serio.

—Eso ya se verá. Lo que no te hacía yo es tan interesada en el chico de Miguel.

—¿Yo? En absoluto —se apresuró a rechazar la idea—. Es solo que me ha sorprendido...

—Ya me parecía a mí. Por cierto, el que no ha aparecido todavía es tu amigo Aurelio. Dijiste que vendría, ¿no?

—Eso me aseguró, pero su fuerte no es la puntualidad.

Si no llega a ser porque su tío se lo había recordado, Paloma se habría olvidado por completo de que Aurelio le había prometido hacerle una visita. Miró el reloj. Faltaba un cuarto de hora para las once. Se giró hacia la entrada del jardín y, en lugar de ver aparecer a Aurelio, el que hizo acto de presencia, acompañado por dos de sus matones, fue el mismísimo Machaco.

—¡La madre que los parió! —masculló Curro—. Precisamente hoy...

—¡Y qué más da! Lo mismo es hoy un buen día para pararle los pies a ese asqueroso —dijo Paloma muy resuelta, con ánimo de irse hacia los recién llegados. Curro la sujetó por el brazo.

—Sube a tu habitación.

—Pero, tío...

—¡He dicho que subas inmediatamente! No empeores las cosas.

Paloma obedeció a regañadientes. Entró en la taberna, pero en lugar de dirigirse hacia las escaleras, corrió a avisar a Miguel, padre, que rápidamente echó mano al «quitamanías» que guardaba bajo el mostrador.

En el jardín, Machaco y sus amigos habían ocupado una de las mesas, cercana a la que se sentaban Dori y Néstor. A grandes voces y palmadas se pusieron a llamar al camarero. Curro cogió una bandeja y fue a su encuentro.

—¡Caramba, Curro! —saludó Machaco, alegremente—. Nosotros habíamos llamado al camarero, pero es todo un honor que nos atienda el mismísimo dueño.

—Soy el dueño y también el camarero. Así son las cosas.

—Debes de estar haciéndote muy rico con el dinero que te ahorras en empleados. Eres un egoísta. —Sonrió cínicamente.

—¿Qué va a ser? No tengo toda la noche para escuchar monsergas.

—¿Dónde está tu buena educación, Curro? No se puede hablar así a un

cliente. Y más después de haber hecho desaparecer a tu preciosa sobrinita nada más verme. ¡Me has ofendido!

Curro contó hasta diez antes de responder.

—No ha sido mi intención. Le he dicho que fuese a ayudar con las comandas.

—Pues dile que prepare una comanda con una botella de vino, de las que tú ya sabes, y tres vasos. Y que nos la traiga ella a la mesa.

—Eso no va a poder ser, Machaco, Paloma no sirve hoy las mesas.

—¡Es verdad! Casi se me había olvidado. Hoy debe de ser su cumpleaños. Dile al menos que venga, para que podamos... felicitarla. Ya veréis, muchachos, lo que es una hembra.

Los dos acompañantes de Machaco contemplaban, divertidos, la situación. Uno de ellos era casi tan corpulento como él. Tenía en la cara una fea cicatriz que iba desde la oreja al mentón, pelo rubio y, al sonreír, mostraba sus dientes picados. El otro, moreno, delgado y fibroso, no paraba de reír de manera nerviosa, casi compulsiva.

—Ya te he dicho que mi sobrina tiene otras cosas que hacer —se plantó Curro en sus trece.

Machaco se puso serio, de repente, y, en un tono amenazador, respondió:

—Pues si tu sobrina está tan ocupada como dices, vas a tener que traernos tú la botella... junto con lo de todos los meses.

—Pero... si hace solo dos semanas que te pagué —protestó Curro.

—Ya sabes cómo es el dinero. Tal como llega, se va. Además, tendrás que añadir otros veinte duros a lo estipulado, a ver si así me da para más.

—¡Eso es imposible! No tengo ese dinero ahora mismo.

—Pues entonces, tendré yo que ir a buscar a tu Palomita. —Machaco se levantó con intención de ir hacia la casa.

Aquello fue más de lo que Curro estaba dispuesto a soportar. Le lanzó un golpe con la bandeja que el facineroso esquivó y apenas le rozó la sien. En respuesta, le soltó un golpe con el revés de la mano que alcanzó Curro en pleno rostro, haciendo que se tambalease y cayese hacia atrás. Lo que vino a continuación sucedió de manera muy rápida.

No había terminado Curro de dar con sus huesos en el suelo cuando una sombra se abalanzó sobre Machaco desde su derecha. Rodaron ambos hombres por la arena en un amasijo de brazos y piernas. El primero que consiguió incorporarse fue el súbito atacante. Nada más hacerlo, recibió un puñetazo en la cara lanzado por el acompañante moreno, que se había puesto

en pie como un resorte en cuanto comenzó la jarana. La sombra se desplomó junto a Curro. En ese mismo momento, apareció Miguel padre, blandiendo el «quitamanías», y asestó un golpe brutal en las costillas del moreno, que se retorció y cayó con un gemido apagado. El rubio, que también se había sumado a la pelea, lanzó una patada al estómago de Miguel, haciendo que se doblase en dos. No le duró mucho la alegría al rubio por su momentáneo triunfo. Sin saber de dónde le venía, recibió el golpe de algo duro en la cabeza y, para él, todo se volvió oscuridad. Jaime, el hijo mayor de don Melquíades, había aparecido corriendo, como una exhalación, blandiendo una porra de goma que descargó con todas sus fuerzas sobre la rubia cabellera. Machaco, que después de rodar por el suelo había quedado algo aturdido, reaccionó por fin, al ver que sus dos compañeros estaban fuera de combate. Metió la mano en el bolsillo del pantalón e intentó sacar una pistola, pero se le quedó enganchada en la tela. Tras un breve forcejeó, lo consiguió por fin. La sonrisa de satisfacción que lucía al ir a levantarla se le quedó congelada cuando se encontró frente a los cañones de otras dos pistolas que le apuntaban directamente a la cabeza. Una de ellas la empuñaba Jaime. La otra, Miguel hijo.

—Tira eso al suelo si no quieres salir de aquí con los pies por delante —amenazó Jaime, arrastrando las palabras.

Machaco obedeció sin oponer mayor resistencia. La sonrisa cínica había vuelto a su rostro, al reconocer a los que le estaban apuntando.

—Esto sí que tiene gracia —dijo, mirando a uno y otro—. Un niñato fascista y un cachorrillo de la UGT, juntos para amenazar a un pobre proletario como yo.

—Tú no eres un proletario, eres simplemente basura —le escupió Miguel.

—¿Y eso me lo dice un socialista que tiene a un fascista por aliado? No me hagas reír.

Jaime dio una patada a la pistola, alejándola del alcance de Machaco. Paloma, que había llegado en el momento en que la pelea finalizaba, ayudaba a incorporarse a Curro y a Aurelio. No era otro sino él, quien, nada más entrar en el jardín de la venta, había presenciado la agresión al ventero y se había lanzado contra Machaco. Ahora sangraba profusamente por la nariz, a causa del puñetazo recibido.

—Estoy bien —tranquilizó a Paloma, al tiempo que aceptaba un pañuelo que Curro le ofrecía.

Jaime se acercó aún más a Machaco y le puso el cañón de la pistola en la

frente, borrando su sonrisa burlona.

—Escúchame bien, hijo de puta, porque solo voy a decirlo una vez. Lo que Miguel y yo tengamos fuera de aquí es asunto nuestro y a ti no te incumbe. De esa puerta para adentro, la cosa cambia. Si tú o cualquiera de tus amigos volvéis a molestar a Curro o a su familia...

—O a mi padre —terció Miguel, que miraba de reojo a su progenitor, sin bajar el arma. Este, con un gesto, le indicó que no se preocupase por él.

—...o al padre de Miguel. Entonces, alguien irá a por ti y te meterá una bala entre ceja y ceja. ¿Te va a importar si la bala la ha disparado un fascista o un socialista? Estás a tiempo de elegir, ya veremos lo que se puede hacer.

—A mí no me importaría que fuese socialista, no tienes más que pedirlo —apuntó Miguel.

—¿Lo ves? No estamos hablando en broma. ¿Has entendido?

Machaco asintió con la cabeza. Jaime incrementó la presión de la pistola sobre su frente.

—Pues si lo has entendido, ¡dilo!

—No volveré a molestar a Curro.

—Ni al padre de Miguel ni a nadie de esta venta. Ni siquiera volverás a aparecer por aquí. ¡Vamos, repítelo y que se te oiga!

Machaco repitió sumiso lo que Jaime le pedía.

—¡Ahora, fuera de aquí! Y llévate a esos dos —dijo, señalando a sus amigos, que se incorporaban a duras penas, todavía doloridos.

El rubio era el que peor se encontraba. No era capaz de caminar sin ayuda. Machaco y el moreno se pusieron uno a cada lado y se pasaron sus brazos sobre los hombros. Trastabillando, se dirigieron hacia la salida, giraron a la derecha y se perdieron en la noche. En el jardín de la venta se pudo escuchar un suspiro de alivio. Los más asustados, por lo cerca que se encontraban, eran Dori y Néstor. En cuanto vieron asomar las pistolas, se lanzaron debajo de la mesa y de allí se levantaban ahora, sacudiéndose la ropa.

Jaime y Miguel guardaron las armas y se miraron fijamente durante unos momentos. Fue Miguel quien rompió el hielo:

—Gracias por defender a mi padre.

—No las merecen. Estoy seguro de que tú hubieses hecho lo mismo por el mío.

—En cuanto a lo que has dicho antes... Lo de que de esa puerta para adentro, tú y yo seremos una especie... de aliados. Por mi parte estoy de

acuerdo. —Le tendió la mano con una media sonrisa.

Jaime la aceptó de buen grado. Sin embargo, cuando se separaron, no le pasó desapercibida una fugaz mirada de Miguel a la pistola de Machaco, que había quedado en el suelo. Por experiencia propia, sabía que era mucha la demanda de armas en aquellos días. Se acercó a ella y la recogió. Vacío el cargador de balas y las fue lanzando, con todas sus fuerzas, una por una, al descampado, en distintas direcciones. Después, cogiendo la pistola por el cañón, la emprendió a golpes contra la cerca del jardín, hasta que las piezas del arma saltaron por los aires y quedó completamente inservible.

—Así es mejor. *Ni pa ti ni pa mí.*

Miguel asintió y se dirigió a ver qué tal se encontraba su padre, aún dolorido por la patada, aunque no parecía nada grave. Jaime, por su parte, fue a interesarse por Curro.

—¿Qué tal está? —le preguntó.

—Bien, nada por lo que haya que preocuparse. Estoy más dolorido en mi amor propio. Que un sopapo de revés lo mande a uno al suelo no es un buen síntoma. Se ve que me estoy haciendo viejo. Por cierto, muchas gracias por tu ayuda. Lo que no me explico es cómo has aparecido en el momento más oportuno.

—Mi padre me contó la conversación que mantuvieron y sus problemas con Machaco. Hace un rato me crucé a esos tres en la calle Cartagena. Ellos no me vieron, pero me pareció que cogían el camino de la venta, así es que se me ocurrió seguirlos, a ver qué pasaba. Me alegro de haberlo hecho.

—Y yo te lo agradezco. A tu padre también, díselo de mi parte.

—Cuenta con ello, Tío Curro.

El ventero se sonrió. Ya casi nadie lo conocía por aquel apelativo. Sobre todo desde la llegada de Paloma, su verdadera sobrina.

Media hora después, el jardín de la venta estaba casi vacío. Jacobo y Juani se habían retirado poco después de restablecerse la calma. Otro tanto habían hecho Dori y Néstor, que se ofrecieron a acompañarlos hasta el metro. Amadeo y Adela aguantaron un poco más, pero no tardaron en marcharse, ante las evidentes muestras de aburrimiento y sueño del pequeño Amadeíto. Solo dos mesas permanecían ocupadas por clientes. En una tercera conversaban Paloma y Aurelio, que se sujetaba un trapo, relleno de hielo

picado, contra la maltrecha nariz.

—Menos mal que no te la ha roto. Aunque, eso sí, la tienes bastante hinchada. No sabes cuánto lo siento.

—Bueno, no te preocupes, son cosas que pasan —se resignó Aurelio—. Supongo que alguna vez tenía que llevarme un buen puñetazo en la nariz, ya me lo iba mereciendo.

—No seas tonto. Si no hubieses venido hasta aquí para felicitar me y no hubieses salido en defensa de mi tío, no te habría pasado nada. Ahora tendrás que dar alguna explicación en tu casa. —Paloma se cuidó de no añadir «a tu mujer».

—Ya me inventaré algo menos dramático. Por cierto, acabo de recordar que te traía un regalo.

Se levantó y se acercó hasta la entrada, cerca de donde se había desarrollado la pelea. Encontró un paquetito medio enterrado en la arena y con marcas de haber sido pisoteado. Regresó con él a la mesa y se lo ofreció a Paloma.

—Espero que no se haya estropeado lo de dentro. Lo traía en la mano; se me debió de caer cuando me lancé sobre ese tipo, Machaco. ¡Vaya nombrecito!

—Has estado muy valiente. —Paloma rubricó la afirmación con un beso en la mejilla—. ¡Y además me has hecho un regalo!

Deshizo el paquetito a toda prisa y extrajo una pequeña cartera de piel.

—Me dijeron en la tienda que están causando furor, que ahora las llevan todas las mujeres. Espero que te guste.

—¡Es preciosa! Claro que me gusta. ¡Muchísimas gracias!

—¿Ves como ha merecido la pena venir? Solo con verte contenta me duele menos la nariz.

Paloma lo miró con cariño. No pudo evitar que Aurelio le produjese el mismo efecto que el día que fue a buscarla al teatro. Tenía la camisa manchada de polvo y sangre; los pantalones, otro tanto... Pero no era eso. Su aspecto, en general, no transmitía la fuerza y la seguridad a la que estaba acostumbrada.

—¿Has vuelto a tener noticias de Strauss? —preguntó Paloma.

Aurelio torció el gesto de forma ostensible al oír el nombre.

—Sí, desgraciadamente he tenido noticias tuyas. Aunque ha sido otra vez a través mi tío. Ha venido a Madrid un abogado francés, enviado directamente por Strauss, y está intentado entrevistarse con él, pero mi tío se

niega a recibirlo.

—¿Y ahora qué quiere?

—Aparentemente, solo dinero. He estado esta mañana con el abogado. Al principio, no quería verme, ya que tiene instrucciones de tratar el asunto «directamente con el señor presidente». Pero ante el riesgo de volverse a París con las manos vacías, ha aceptado ponerme al corriente del motivo de su visita, por si puedo interceder por él y que mi tío lo reciba. Se ve que no lo conoce.

—¿Tan cabezota es?

—Mucho. Y sigue sin darse cuenta del peligro que se esconde tras la maniobra de Strauss. Según me ha dicho el abogado, ha traído consigo un escrito con el relato detallado de todo el asunto de la ruleta. No me ha dejado leerlo, pero parece que va muy en serio. También incluye copias de documentos que, según él, son la prueba de que lo que se dice es cierto y del dinero repartido por Strauss en sobornos. Es lo más parecido a una denuncia.

—¿Y qué puede ocurrir si presenta la denuncia formalmente?

—Se montará un gran escándalo. Según dice, aparecen muchos nombres de personas del partido. Entre ellos el mío, claro está.

—Entonces, tu tío debería tomar cartas en el asunto. ¡Tienes que convencerlo!

—No me quiere escuchar. Dice que ha perdido la confianza en mí. De hecho, he recomendado a Gaston, así se llama el francés, que se ponga en contacto con un amigo íntimo de mi tío, también abogado, y que le entregue toda la información. Tengo la esperanza de que a él le haga más caso que a mí.

Paloma se daba cuenta de los malos momentos por los que atravesaba Aurelio y le hubiera gustado poder ayudarlo de alguna manera.

—Ese tal Gaston... ¿está dispuesto a presentar la denuncia si tu tío continúa sin hacerle caso?

—La cosa es más complicada aún. En realidad, Gaston no es más que un mensajero. Él solo ha venido con el encargo de intentar negociar. Ni siquiera es el abogado principal, es un pasante de otro mucho más importante y peligroso: Henri Torres. Cuando me lo ha dicho, me ha sonado el nombre. Después, he hecho algunas averiguaciones por mi cuenta. Resulta que Torres también se dedica a la política y es muy respetado entre los círculos de izquierdas. Ha tenido contactos con socialistas españoles.

—¿Strauss contratando a un abogado de izquierdas? —preguntó,

incrédula, Paloma—. Nunca me pareció que simpatizase mucho con sus ideas. No es que llegase a conocerlo en profundidad, pero hacía comentarios cuando leía la prensa y solían ser despectivos. Sobre todo con los socialistas franceses.

—A mí también me parece extraña esa conexión. Quisiera equivocarme, pero me huelo alguna intencionalidad política en todo este embrollo.

Paloma puso su mano sobre la de Aurelio y la apretó, intentando transmitirle ánimos.

—Estás metido en un buen lío. Quisiera ayudarte, pero no veo la forma. Es cierto que Strauss, y también Perel, parecían tenerme afecto..., pero no creo que eso fuese suficiente para hacerle cambiar de opinión. Si pudiese hablar con ellos, lo intentaría.

A Aurelio se le iluminó el rostro. Estaba dispuesto a agarrarse a cualquier clavo ardiendo que le pusiesen a su alcance. La ingenuidad de Paloma le había proporcionado ese clavo.

Bruselas.
Martes, 25 de junio de 1935.

Paloma contemplaba el paisaje que pasaba por delante de la ventanilla del tren. Una superficie llana y muy verde, teñida de gris cuando el viento hacía que el humo de la locomotora se cruzase en su vista. Hacía unos minutos que habían pasado la frontera belga. Todavía no se explicaba cómo había sido capaz de ceder a la petición de Aurelio. Nunca había viajado tan lejos y, a medida que se alejaba, más le parecía una locura. Ya era demasiado tarde para echarse atrás. No había sido capaz de negarse, a la vista de la inflamada nariz de Aurelio, y ahora no le quedaba otra que afrontar las consecuencias, cumplir con el encargo y regresar a España cuanto antes.

Todo había sucedido muy rápidamente. En cuanto se ofreció a hablar con Strauss para intentar que rebajase sus exigencias, Aurelio vio el cielo abierto. Con la excusa de entregarle en mano pagarés y otros documentos, Paloma viajaría hasta Bruselas para encontrarse con Strauss. Sabía, por medio de Gaston, que su antiguo socio pasaba largas temporadas en la capital belga, pese a vivir habitualmente en La Haya. Desde el mes de abril, se estaba celebrando en Bruselas la Exposición Universal y se presentaban muchas posibilidades de hacer negocio, que Strauss no era hombre de dejar pasar.

Paloma creyó, en principio, que realizarían aquel viaje juntos. Para su sorpresa, cuando el viernes, a media mañana, Aurelio se presentó de nuevo en la venta, le dijo que ya estaba todo arreglado. Acompañaría a Gaston en su viaje de regreso a París. A partir de ahí, tendría que continuar ella sola. «No debería resultarte difícil, sabiendo hablar francés. Además, en Europa, no llama la atención que las mujeres viajen solas.» Y no, él no podría acompañarla. En las actuales circunstancias, no resultaba conveniente que abandonase Madrid. Debían darse prisa en hacer los preparativos, Gaston salía hacia París el lunes siguiente. Con estos argumentos y la persuasión que ejercía su nariz, había convencido a Paloma. «¿El pasaporte y los visados?

No te preocupes, aún tengo amigos en los lugares necesarios. Si tenemos suerte, lo dejaremos todo arreglado hoy mismo.» En diez minutos, Paloma estaba lista. Partieron, a toda velocidad, en el coche de Aurelio.

El viaje hasta París había transcurrido apaciblemente. Gaston era un joven educado y agradable. Conversaron en francés, dando la oportunidad a Paloma de refrescarlo, ya que hacía tiempo que no lo utilizaba. No le costó demasiado trabajo ponerse al día. Gran parte del trayecto lo realizaron de noche, cómodamente instalados en el coche cama. Por la mañana, habían llegado a París. Gaston se ofreció a acompañarla hasta que saliese el próximo rápido hacia Bruselas. Fueron apenas dos horas, ya que, con motivo de la Exposición Universal, la frecuencia de trenes había aumentado. Se despidieron deseándose buena suerte e intercambiaron sus direcciones, para mantener el contacto por carta, y con la promesa de que, en una posible próxima visita a Madrid, Paloma lo acompañaría a visitar la ciudad.

Justo antes de subir al tren, vio un chiquillo que vendía periódicos en el andén. Una de las noticias del día era la muerte del cantante Carlos Gardel en un accidente de aviación. Recordó que tenía un par de fotos suyas en su álbum de recortes, que guardaba con cariño, aunque había dejado de añadir páginas desde que marchó a Barcelona. Sintió pena por él, a pesar de no contarse entre sus favoritos.

Subió al tren y buscó su compartimento. Estaba ocupado por una pareja de mediana edad. El hombre la ayudó a subir la maleta a la repisa sobre el asiento. No cruzaron palabra en todo el trayecto. Perdida en sus recuerdos, Paloma se quedó dormida. Despertó con los insistentes pitidos de la locomotora que anunciaban su entrada en la Gare du Midi. La pareja ya había salido del compartimento. Paloma respiró hondo y se dispuso a abandonar el tren. Se sentía igual de sola que aquel lejano día, en el que había llegado a Madrid en busca de un familiar al que nunca antes había visto y que no sabía cómo la recibiría.

Cuando el tren se detuvo, Paloma salió al pasillo del vagón, cargando con su pesada maleta y el bolso de viaje que llevaba colgado al hombro. Un apuesto joven se brindó a ayudarla a bajar la maleta al andén. Le sonrió y le dio las gracias en francés. Él respondió en un idioma desconocido para Paloma. Se unió a la pequeña multitud que buscaba la salida de la estación. Una vez alcanzó el exterior, dejó la maleta en el suelo para descansar unos momentos. De repente, se dio cuenta de que llevaba el bolso abierto. Examinó el interior para comprobar que no había perdido nada. El corazón le

dio un vuelco. La pequeña cartera, regalo de Aurelio, en la que llevaba el dinero, había desaparecido. Rebuscó por todo el bolso, pero no estaba allí. Recordaba haberla guardado con cuidado, después de comprar el billete para Bruselas. Si no estaba allí, alguien debía de haberla cogido ¡Cómo podía haber sido tan tonta para dejarse robar! Maldijo con rabia, como había oído maldecir a los tramoyas en el teatro, provocando que se girasen los que pasaban a su lado. Miró a su alrededor y localizó dos guardias que conversaban tranquilamente junto a una de las salidas. Cogió la maleta y se encaminó hacia ellos con resolución. Resolución que la fue abandonando a medida que se acercaba. Finalmente, se detuvo cuando estaba a unos pocos pasos. ¿Qué iba a decirles? Le había desaparecido la cartera ¿Se la habrían robado o la había perdido? ¿A quién culpar? ¿A la pareja que viajaba en su compartimento o al joven que la había ayudado a bajar la maleta? Se dio cuenta de que no adelantaría demasiado denunciando un robo. Afortunadamente, el pasaporte y los visados continuaban en su lugar. Optó por la solución que le parecía más razonable: huir hacia delante. Conservaba algunas monedas francesas en uno de los bolsillos. Confió en que, al menos, la alcanzasen para tomar un taxi que la llevase al Hotel Astoria, donde se alojaba Strauss y ella misma tenía reservada habitación. Después..., no sabía lo que haría después.

Afortunadamente, el Astoria no se encontraba demasiado lejos de la estación. Las monedas que le quedaban a Paloma bastaron para pagar la carrera hasta la rue Royale. Un botones acudió, a toda prisa, a hacerse cargo de su maleta en cuanto el taxi se detuvo frente a la entrada. La fachada del hotel le impresionó por su elegancia. Nunca antes había estado en un lugar parecido. Siguió al botones hasta el mostrador de recepción, donde le dieron la bienvenida y confirmaron su reserva. Siguió de nuevo al botones hasta la habitación que le habían asignado, en la tercera planta. Mientras el muchacho le mostraba los detalles de la misma, Paloma no dejaba de preguntarse cómo iba a pagar aquello. No había imaginado que el hotel fuese tan lujoso. Aurelio le había dado bastante dinero «para pagar el hotel y los billetes de tren». Incluso, había añadido una generosa cantidad «por si surgían imprevistos». El imprevisto era que el dinero había desaparecido. Lo único que podía hacer era llamar por teléfono a Aurelio a su oficina, aunque para ello tendría que

esperar a la mañana siguiente, y cruzar los dedos para que pudiese hacer algo. Se sintió ligeramente mareada. El botones debió de percatarse de su indisposición y le preguntó si se encontraba bien, «estaba muy pálida». Respondió como pudo que no era nada, solo cansancio, y despidió al botones, que hubiera esperado una propina, pero se tuvo que conformar con una sonrisa forzada.

Una vez sola, se dedicó a deshacer la maleta. Traía bastante ropa, demasiada, en realidad, para lo que se suponía que iba a durar el viaje. De su interior también extrajo una carpeta con los documentos que debía entregar a Strauss. Miró el reloj: las cinco y media de la tarde. Le vendría bien darse un baño y cambiarse de ropa antes de bajar a enfrentarse a él y cumplir con el encargo de Aurelio. Gaston ya había avisado a su cliente de que Paloma se desplazaría hasta Bruselas. Por su parte, Strauss confirmó que se encontraría en el hotel durante la tarde del martes. Abrió el grifo de la bañera y se desvistió frente al espejo, intentando darse ánimos. Los iba a necesitar.

Una hora después, Paloma salía del ascensor en la planta baja. Había optado por un discreto traje de chaqueta de color azul marino, camisa blanca y un gracioso lazo, también azul. Bajo el brazo, llevaba la carpeta de Aurelio. Pensó en dirigirse a recepción y preguntar por Daniel Strauss, pero cambió de idea y prefirió echar antes un vistazo por los salones del hotel. Había mucho movimiento de clientes a aquella hora. Muchos de ellos se dirigían al comedor. Recordó que Aurelio le había advertido de los horarios que seguían en el resto de Europa, muy diferentes a los de España, donde todo se hacía más tarde, sobre todo en lo que a las comidas se refiere. En cualquier caso, tenía un nudo en el estómago que le hubiera hecho imposible probar bocado.

Entró en el salón principal. Muchas de las mesas y amplios sofás estaban ocupados por hombres de negocios que charlaban animadamente. No distinguió a Strauss en ninguno de los grupos. La decoración era magnífica. El techo, muy alto, lo formaba una cristalera exquisitamente adornada por la que se colaba la luz del día. Algunas miradas se centraron en ella, haciendo que se sintiese incómoda. Había pocas mujeres, todas entradas en años y con aspecto de ser eficientes secretarias de los hombres de negocios. Recorrió el salón y, cuando ya regresaba a la zona de recepción, vio cómo entraban en el hotel Daniel Strauss y Jules Perel. Ambos la reconocieron de inmediato y se

acercaron a ella sonrientes.

—*Mademoiselle* Paloma —saludó Strauss, tomándole la mano y besándola con calidez—, tan encantadora como siempre.

—Y usted siempre tan galante.

—*Mais, non! Io sono de la misma opinión et no sono galante* —se adelantó Perel, besándole la mano a su vez, pero con esa forma de mirarla que a Paloma no le gustaba.

—¿Qué os parece si buscamos algún lugar más cómodo para hablar? —sugirió Strauss—. Paloma debe de estar cansada después de un viaje tan largo. Y yo mismo también lo estoy. Las jornadas en la exposición se hacen interminables.

Entraron en el gran salón y descubrieron un sofá y un sillón libres, junto a una mesita baja. Paloma y Strauss ocuparon el sofá; frente a ellos se sentó Perel. Un camarero se acercó, aun antes de que hubieran terminado de acomodarse. Paloma pidió un café, los hombres, sendos güisquis con hielo.

—¿Qué tal ha ido el viaje? —se interesó Strauss—. Cuando mi abogado me avisó de que venía a verme, en representación de Aurelio, me llevé una gran sorpresa.

Paloma sopesó si era el momento oportuno de confesarles que le habían robado a su llegada a Bruselas. Decidió dejarlo para más adelante. También cabía la posibilidad de que pudieran prestarle alguna ayuda.

—El viaje ha ido muy bien. Hasta París, vine en compañía de su abogado...

—El ayudante de mi abogado —puntualizó Strauss.

—Bien... El ayudante de su abogado. En cualquier caso, fue muy amable y me dio conversación para que el viaje no se hiciese tan largo.

—Me consta que el señor Gaston Cohen es un muchacho muy eficiente y tanto mi abogado como yo mismo depositamos en él toda nuestra confianza.

Paloma conocía el nombre que Strauss se cuidaba de pronunciar. Se le escapaba el motivo de esa ocultación. Se le ocurrió que podía ser la forma que utilizaba Strauss para evaluar el verdadero conocimiento que ella tenía sobre el asunto. Si su función era la de un simple correo o de algo más.

—Tengo entendido que ha elegido usted muy bien a su abogado. Uno de los más prestigiosos de Francia y con experiencia en litigios internacionales.

Strauss sonrió, pero sus ojos eran fríos.

—El señor Torres ha aceptado, muy amablemente, hacerse cargo de mi caso. Le estoy muy agradecido por ello. Por cierto, también le he consultado

si debía acceder a recibirla y no ha puesto ninguna objeción. «Haga lo que considere oportuno», me ha dicho. En atención al largo viaje que ha realizado, solo para venir a verme, estoy dispuesto a escuchar lo que tenga que decirme.

—Yo también se lo agradezco. Efectivamente, ha sido un largo viaje y... no del todo afortunado. Ya les dije antes que hasta París todo fue estupendamente bien. Ha sido al llegar a Bruselas cuando ha tenido lugar un... desagradable incidente.

Ante el gesto de sorpresa de los dos hombres, Paloma prosiguió:

—Sin embargo, preferiría relatárselo más tarde. Ahora creo que es mejor zanzar el asunto que me ha traído hasta aquí.

Strauss y Perel asintieron. En ningún momento el fiel compañero de rostro equino hizo intención de retirarse, si es que allí iban a tratarse asuntos que no eran de su incumbencia. Aunque Strauss llevase la voz cantante, con su actitud daban a entender que eran socios, con los mismos intereses. Paloma abrió la carpeta y extrajo un sobre cerrado, que entregó a Strauss.

—Contiene una carta personal del señor Lerroux. Yo misma no conozco su contenido.

Strauss rasgó el sobre y desplegó una larga carta de varios folios mecanografiados. Antes de comenzar a leerlos, fue directamente al último de ellos y examinó la firma.

—No se trata del señor Lerroux que me hubiera gustado —comentó con desagrado, antes de volver al principio y pasar las hojas con rapidez.

—Si se refiere al señor Alejandro Lerroux, no tiene nada que ver con los negocios de su sobrino. Así me ha pedido que se lo transmita el señor Aurelio Lerroux.

—¡Patrañas! —exclamó, arrojando la carta sobre la mesa—. Espero que tenga algo más para mí que esta sarta de disculpas y falsedades.

Paloma vació la carpeta y fue entregando los documentos a Strauss, que los examinó con escepticismo, para arrojarlos después sobre la carta. Mientras, Perel asistía a la escena con gesto serio, más pendiente de Paloma que de la reacción de su socio.

—Aurelio también ha perdido mucho dinero con la prohibición de instalar el *Straperlo* en España. Lo que desea que comprenda es que él no ha sido el responsable de esta prohibición. Sin embargo, está dispuesto a compensarle de alguna manera por los gastos ocasionados. Al menos, una parte de esos gastos. En la medida de sus posibilidades...

—¿Y cuáles son sus posibilidades? —preguntó impaciente Strauss—. Me ofrece ir pagando, de poco en poco, la décima parte de lo que debe. Y para garantizarlo, me manda unos pagarés con su firma y una copia de los títulos de propiedad de cosas que no son suyas. No, *mademoiselle* Paloma. Puede que usted continúe dejándose engañar por su amante, pero a mí ya me ha engañado bastante. Envié a Gaston a España para que se entrevistase con Alejandro Lerroux, la única persona que podría solucionar el problema. Ni siquiera se dignó a recibirlo. Pero lo dejé pasar, en prueba de buena voluntad, aceptando entrevistarme con usted. ¿Y con qué me encuentro? Con una colección de *papelajos* que no sirven para nada.

Strauss había ido subiendo la voz y, cuando terminó su discurso, estaba rojo de ira. Bebió de un trago su vaso de güisqui. Paloma comenzó a recoger los papeles en silencio y algo avergonzada. Nunca esperó tener éxito en la empresa, pero tampoco se imaginaba una reacción tan desagradable.

—*Et bien...* Ya todo hablado —intervino, por fin, Perel—. Mucha pena que *venido ici per niente, mais...* ¿Qué decía antes *senyorida* Paloma de... desagradable indecente?

—Incidente —rectificó Paloma—. Tuve la mala suerte de que me robaran en la estación, nada más llegar.

—¿La atracaron? —preguntó incrédulo Strauss.

—No. Fue alguien que se aprovechó de un descuido para abrir mi bolso y quitarme el dinero. En realidad, no estoy segura de si fue en la estación o en el mismo tren, poco antes de llegar a Bruselas.

—¿Lo ha denunciado a la policía?

—Fui a hacerlo, en la misma estación, pero cambié de idea en el último momento. Pensé que no iba a conseguir nada y solo me valdría para tener que prestar declaración, rellenar papeles... No quería retrasarme.

—Muy lógico por su parte. Y dígame, ¿se aloja usted en este hotel? —se interesó, socarrón.

A Paloma no le gustó en absoluto el tono empleado.

—Así es. Solo por esta noche.

—Eso sí que es mala suerte. Uno de los mejores hoteles de Bruselas, y sin duda de los más caros, y usted no tiene dinero para pagarlo. Pero déjeme que lo adivine... Usted va ahora a solicitar mi ayuda para que le preste ese dinero que le hace falta, ¿no es eso?

—En ningún momento se me había pasado por la cabeza —respondió Paloma, con rabia contenida—. Mañana, a primera hora, telefonearé a Madrid

para que me hagan llegar el dinero, por medio de algún banco.

—Ya veo. ¿Y será Aurelio quien se lo envíe? Tenga cuidado, no vaya a ser que solo reciba un pagaré. —Strauss celebró con una carcajada su propia gracia.

Paloma se levantó ofendida y se dispuso a retirarse.

—Una mujer de su belleza no debería tener problemas en conseguir el dinero para pagar el hotel. Supongo que ya se le habrá ocurrido.

—¡Es usted un cerdo! —exclamó, notando cómo se le saltaban las lágrimas.

Se alejó a toda prisa, camino del mostrador de recepción, haciendo verdaderos esfuerzos para no echarse a llorar. Los conserjes estaban ocupados, atendiendo a gran cantidad de clientes en aquellos momentos. Paloma se apoyó con una mano en la pared, mientras recuperaba la calma. Notó que la tocaban en el hombro. Al volverse, se encontró con Jules Perel que le tendía un pañuelo, sonriente.

—Daniel es, a veces, uno poco... brusco ¿*se diche?* Debe perdonar.

—No tiene importancia. Gracias por el pañuelo. —Hizo intención de devolvérselo, una vez secadas las lágrimas. Perel le indicó que se lo quedara.

—No debe confiar en Aurelio. Él no bueno para usted.

—Estoy haciéndole un favor. Es un buen amigo y nada más.

—No muy amigo si le manda aquí con esos... *papelazos*.

—*Papelajos*. Yo no sé si son o no *papelajos*. Solo he sido la encargada de traerlos.

—*Mais*, ha tenido riesgo no necesario. ¡Y la han robado!

Paloma asintió. Sin dinero, todo lo que tenía era el número de teléfono de la oficina de Aurelio. Estaría allí a la mañana siguiente, esperando noticias de su encuentro con Strauss. Así lo habían acordado. Además de transmitirle que no había conseguido nada, le tendría que pedir que enviase dinero urgentemente. No sabía cómo se hacían esas cosas, ni cuánto tiempo tardaban. La asaltaban todo tipo de dudas: ¿Y si Aurelio no tenía dinero? ¿Y si no podía enviárselo con rapidez? Si tenía que pasar más días en el hotel, la cuenta iría engordando... Se le ocurrió que podría recurrir a Curro. Él sí tendría el dinero y sería capaz de cualquier cosa con tal de hacérselo llegar. Rechazó la idea con un brusco movimiento de cabeza. Volvió a la realidad para encontrarse con el rostro caballuno de Perel que la miraba con curiosidad.

—¿*Habla sola? Solo locos hablan solos. O personas preocupadas. Usted*

no es loca.

El chapurreo de Perel le hizo sonreír.

—Cada vez estoy menos segura de eso.

—*No. Senyorita Paloma no loca* —insistió—. *Usted es una muiere inteligente et... molto bella.*

Paloma sabía lo que vendría a continuación.

—*Io gustaría ayudarla. Podría... prestar dinero que necesita.*

Las palabras que, tiempo atrás, habían pronunciado Curro primero, y Encarna después, volvieron a su cabeza como un mazazo: «Ellas no tenían a nadie a quién recurrir. Tú siempre tendrás un sitio al que poder regresar».

—Necesito el dinero para regresar —dijo al cabo de unos segundos.

—*No preocuparse más. Lo migliore que podemos hacer es... tomar una copa de champán.*

Perel le ofreció el brazo y Paloma lo aceptó. Juntos, se dirigieron al ascensor.

Madrid, Teatro Martín.
Viernes, 11 de octubre de 1935.

La habitual función de tarde del Martín no se celebraba aquel viernes. El motivo no era otro que realizar el definitivo ensayo general de la nueva obra que se estrenaría aquella misma noche: *Mujeres de fuego*, con música del maestro Alonso, que se había convertido en el autor de referencia del coqueto teatro.

Paloma continuaba trabajando allí. Después de un breve paso por el teatro Ideal, la compañía había vuelto al Martín. Desde luego, no podía decir que las cosas fuesen como había soñado, pero tampoco era cosa de quejarse demasiado. Lo cierto era que a lo máximo que había llegado era a sustituir a alguna de las vedetes cuando caía enferma o en alguna función con poco público. Además, la paga no era como para tirar cohetes, pero al menos le permitía ser independiente y hacer lo que de verdad le gustaba, que era actuar. Todavía confiaba en que, tarde o temprano, le llegaría su gran oportunidad. Por otro lado, trabajo no le faltaba, dos funciones diarias y los domingos hasta tres. Y para colmo, alternando dos obras distintas.

Como era costumbre, al ensayo general los empleados del teatro podían invitar a familiares y amigos. A la dirección le interesaba tener una reducida muestra de público para ver cómo reaccionaba a los números musicales y a los chistes. Allí estaban, por supuesto, Juani y Jacobo, que no dejaban pasar la oportunidad de ir gratis al teatro y, de paso, librarse durante unas horas del pequeño Vladímir, que acababa de cumplir un año y ya andaba y daba mucha guerra.

Además, en *Mujeres de fuego*, el propio Jacobo tenía una tarea que realizar, de la que sentía muy orgulloso. Eso le suponía unos cuantos duros más al cabo del mes, que nunca venían mal. No es que tuviese que actuar, que para eso no valía, como él mismo reconocía, pero a los guionistas de la revista se les había ocurrido una idea que, por novedosa, sería comentada y

ayudaría a atraer más público. Durante la función, una de las vedetes bajaba al patio de butacas y hacía una fotografía a los espectadores. Al final de la representación, la imagen se proyectaba sobre un telón blanco que hacía las veces de pantalla. La foto había que revelarla con premura para que estuviese lista a tiempo. Un fotógrafo profesional les había enseñado cómo hacerlo, pero él no podía estar allí, función tras función, para revelar la foto. Allí es donde había aparecido Jacobo, enterado por casualidad y que, sin pensárselo un momento, se había ofrecido para aprender y encargarse del trabajo. Habían dispuesto un pequeño cuarto oscuro, junto a los camerinos, al que Jacobo salía corriendo en cuanto la encargada de hacer la foto le entregaba la cámara. Lo de poder entrar y salir de los camerinos, cuando las chicas se estaban cambiando, era otra de las cosas buenas que tenía su nuevo cometido.

De esta forma, Jacobo también participaba en el ensayo, y Juani se pasó gran parte de la representación sola en su butaca. A su alrededor se sentaban varias decenas de invitados, con alguno de los cuales ya había coincidido en anteriores ocasiones. Cuando una de las chicas se acercó hasta ellos y les tomó una fotografía, todos, menos Juani, se quedaron un poco sorprendidos.

—Ahora, Jacobo se encargará de revelarla y al final del espectáculo nos podremos ver —comentó en voz alta—. Es mi marido —añadió con satisfacción.

Cada vez que Paloma salía a escena, Juani saludaba con la mano y ella le respondía con un guiño.

El ensayo duró más de lo esperado, ya que tuvieron que repetir varios números para terminar de pulirlos. A Jacobo le dio tiempo de sobra para revelar la foto y volver a su asiento. Al final, la dureza de las butacas hizo que Juani estuviese deseando que se acabase de una vez. Cuando por fin la foto se proyectó sobre el telón y el director dio por concluido el ensayo, tenían el tiempo justo para pasar a saludar a Paloma.

La encontraron en el camerino, comiéndose un bocadillo, acompañada de Dori. Quedaba poco más de media hora para el estreno.

—¿Qué os ha parecido? —preguntó Paloma, después de los besos de rigor—. Bueno, Jacobo ya la tiene muy vista, que no se ha perdido ni un ensayo. Espero que no te la haya despachurrado.

—Pues algo me había contado, la verdad, pero es igual. Ya sabes que a mí la música y los bailes me encantan. El pasodoble ha estado precioso, y tú, magnífica, como siempre.

—¡Eso es una amiga! —Rieron y se volvieron a abrazar.

—Saldrás de trabajar muy tarde —aventuró Juani.

—Pues casi a la una de la madrugada. Y así todos los días menos los lunes, que hay descanso. Menos mal que me da tiempo a coger el metro antes de que cierren.

—Pero tú sola, a esas horas...

—Mi tío va a buscarme todas las noches a la boca del metro. Yo le digo que no lo haga, pero no hay manera. La verdad es que el camino hasta la venta está muy oscuro. Él se queda más tranquilo y yo también.

Continuaron charlando durante unos minutos. Paloma se interesó por Vladito, aunque lo cierto era que Jacobo la mantenía informada a diario de las travesuras del pequeño. Llegó el momento de marcharse y se despidieron con la promesa de no dejar pasar tanto tiempo sin volver a verse. Cuando salieron del camerino, Paloma volvió a hincarle el diente al bocadillo y se dirigió a Dori, que ya había dado buena cuenta del suyo:

—A veces me pregunto si habré hecho bien en dedicarme a esto, en lugar de buscar un buen marido como Juani.

—Te habrías aburrido a los diez minutos, te lo digo yo —respondió con convicción.

—¿Tú has pensado alguna vez en casarte?

—En casarme no. Pero estuve viviendo cuatro meses y dos días con un hombre, que es lo más parecido que hay a estar casada.

—Lo dices como si hubiera sido una condena.

—Es que el matrimonio también se parece a una condena —concluyó con una carcajada.

El estreno fue un éxito y, a pesar de que en el programa se advertía de que no se repetiría ningún número, la insistencia del público hizo que tuvieran que repetir el pasodoble *Carmen, la cigarrera*, aquel que tanto le había gustado a Juani.

Al volver al camerino para cambiarse a toda prisa y salir disparada hacia el metro, se encontró con un ramo de flores y un pequeño sobre. Era algo normal los días de estreno y otras chicas también habían recibido flores, por lo que el alboroto era grande en los camerinos. No era la primera vez que recibía flores. Casi siempre se trataba de admiradores de mediana edad que le decían lo maravillosa que había estado durante la actuación y le pedían una

cita. Un par de veces, por curiosidad, había aceptado, sin llegar nunca a ceder a las insistentes proposiciones de ir más allá de tomar una copa con ellos. Abrió el sobre con desgana y se encontró con una tarjeta de Aurelio.

«He venido a ver el estreno. Solo quiero saludarte. Estaré en la salida de actores, esperándote lo que haga falta. Un beso.»

Releyó la tarjeta. Le pareció que casi le pedía disculpas por importunarla. No lo había vuelto a ver desde su regreso de Bruselas. Tras comunicarle su fracaso en la gestión con Strauss y, pese a no parecer demasiado sorprendido, se había dejado llevar por el pesimismo. Era un hombre derrotado, muy distinto del Aurelio de los buenos tiempos. Algo avergonzado, llegó a preguntarle si le había sobrado algo del dinero entregado para el viaje, a lo que ella respondió que «ni un céntimo», con un punto de crueldad del que ahora se arrepentía. No le había contado, por supuesto, que le habían robado y mucho menos cómo había obtenido el dinero para el hotel y el viaje de vuelta.

Miró el ramo de flores. No era de los mejores que llenaban los camerinos aquella noche de estreno. Tampoco como el que le había enviado la primera vez que fue a visitarla al teatro. Aun así, lo puso en agua con delicadeza y algo de nostalgia. El alboroto y las risas continuaban a su alrededor. Rechazó amablemente la invitación a ir a celebrar el estreno con las demás chicas, a las que se habían unido los pocos actores masculinos y el personal del teatro. Se quitó el maquillaje y se cambió con rapidez y, ya en ropa de calle, pidió permiso para utilizar el teléfono de la oficina. Llamó al tío Curro y le avisó de que llegaría más tarde, que no la fuese a esperar al metro.

En la puerta de actores se había congregado una pequeña multitud de amigos y admiradores deseosos de unirse a la fiesta. Al salir, Paloma buscó a Aurelio con la mirada. Lo descubrió en un discreto segundo plano, tratando de atraer su atención levantando la mano. Sonrió y fue a su encuentro.

—Perdona que no te haya avisado antes, lo mismo tenías otros compromisos —se disculpó Aurelio, después de besarla en las mejillas.

—No te preocupes. En realidad iba a poner cualquier disculpa tonta y volver a casa. Las celebraciones de los estrenos siempre acaban con todo el mundo borracho y muy besucón.

—Por cierto, ¡has estado estupenda!

Paloma agradeció el cumplido y se cogió de su brazo. Caminaron hacia la Gran Vía, donde un buen número de cafés permanecían abiertos y recibían a la clientela que salía de los teatros. Entraron en el primero que encontraron y tenía algunas mesas libres. Aurelio pidió una cerveza y ella una coca-cola. También encargaron unas patatas fritas porque Paloma volvía a tener hambre.

—¿En serio te gusta ese jarabe? Yo solo la he probado una vez y no me quedan ganas de repetir —comentó Aurelio, señalando la botella del refresco que les trajo el camarero.

—Al principio sí, la verdad, te sabe a medicina. Después de unas cuantas veces le coges el gusto. Yo me aficioné en Barcelona. En los rodajes siempre había una nevera con botellas.

—Demasiado americano para el gusto de los españoles. No creo que dure mucho aquí.

—Ya lo veremos. Yo cada vez conozco más gente que la toma.

—Si tú lo dices —concedió Aurelio, escéptico, para a continuación cambiar de tema —. Veo que te va bien en el teatro.

—Bueno... no me puedo quejar. Ya sabes eso que dicen de ver la botella medio llena o medio vacía. Intento verla medio llena. La verdad es que estoy aprendiendo mucho.

—Pues claro que sí, mujer. Estoy seguro de que más pronto que tarde serás cabeza de cartel.

—¡Brindo por eso! —Paloma levantó su vaso y lo chocó con el de Aurelio—. ¿A ti que tal te va? —preguntó a continuación.

La sonrisa se borró del rostro de Aurelio.

—No demasiado bien, la verdad.

—¿Strauss? —aventuró Paloma.

—Sí. El maldito Strauss. Maldigo la hora en que lo conocí.

Por un momento, Paloma temió que volviera a pedirle algún favor. Aurelio debió de leerlo en su cara porque rápidamente añadió:

—No te preocupes. Ya no se puede hacer nada más que esperar a que todo salte en mil pedazos. El asunto ha llegado demasiado lejos.

—¿Qué ha ocurrido? —se interesó sinceramente Paloma,

—Strauss ha cumplido su amenaza y ha enviado la denuncia. Al parecer, da muchos datos y nombres. Yo no salgo muy bien parado, como te podrás imaginar.

—¿De qué te acusa?

Aurelio hizo un gesto de impotencia.

—No he tenido oportunidad de leerla. Lo poco que sé es a través de terceras personas, que no pueden contarme mucho más.

—¿Te llevarán a juicio?

Aurelio dio un respingo.

—Será peor que eso. La denuncia no la ha presentado ante un juez, la ha enviado directamente al presidente de la República.

—¡Alcalá Zamora! —Paloma se llevó una mano a la boca, dándose cuenta de que la preocupación de Aurelio no era infundada—. Pero... ¿cómo es posible?

—Ese abogado, Henri Torres, debe de ser el que lo ha organizado todo. Tiene contactos con socialistas y republicanos en España y puede que le hayan asesorado. Solo así se explica que haya enviado los papeles a donde más daño podían hacer. El odio que se profesan mutuamente mi tío y Alcalá Zamora es bien conocido en los círculos políticos, aunque hasta ahora siempre han mantenido las apariencias. Parece ser que la denuncia llegó poco antes de la última crisis de gobierno, cuando mi tío Alejandro todavía era el presidente. No tuvo nada que ver una cosa con la otra, la crisis se planteó como mera formalidad al presentar dos ministros su renuncia. Sin embargo, cuando todo el mundo esperaba que Alcalá Zamora volviese a encargar a mi tío la formación de un nuevo Gobierno, la realidad es que hizo todo lo posible para evitarlo. Fue en ese momento, hará unas tres semanas, cuando en uno de los despachos que mantuvieron de cara a solucionar la crisis, el presidente le confirmó a mi tío que había recibido una denuncia que le afectaba a él y a otros miembros de su familia y el partido. No entró en detalles, pero a mi tío le resultó fácil deducir por dónde venían los tiros. El enfado fue mayúsculo y, a su vuelta a casa, me abroncó como no te puedes ni imaginar. Desde entonces no me habla.

Paloma cogió la mano de Aurelio, sobre la mesa, y la apretó entre las suyas. Fue un gesto espontáneo, sin pensar, que hizo que a Aurelio se le humedecieran los ojos.

—¿Qué crees que puede pasar a partir de ahora?

—Es difícil de saber. Mi amigo abogado me dice que, al no ser el conducto adecuado para una denuncia, el servicio jurídico de la presidencia de la República podría simplemente ignorarla. Otra opción sería que la enviara a la justicia ordinaria y sería un juez quien se encargase de estudiarla y decidir si le da curso. Lo cierto es que conociendo al Botas¹⁵ y lo retorcido que es, no creo que se conforme con una solución tan sencilla. Intentará

destruir políticamente a Alejandro Lerroux.

—Pero tu tío tiene mucha experiencia y prestigio. Seguro que sabrá cómo hacerle frente.

—Cuando los políticos huelen sangre son los animales más crueles que existen. La experiencia y el prestigio pueden no servir de nada.

Paloma se quedó sin argumentos y permaneció en silencio. Un silencio que se prolongó hasta hacerse incómodo y que finalmente Aurelio se decidió a romper.

—Y aparte del trabajo, ¿cómo te va la vida?

—Bueno... La relación con mi tío Curro ha mejorado bastante. Gracias, sobre todo, a Encarna. Sabe muy bien cómo manejarlo. Además, siempre se pone de mi parte. Le tengo mucho cariño.

—Me alegro de que las cosas te vayan mejor con la familia. No tener problemas en casa te proporciona mucha tranquilidad para todo lo demás. Te lo digo por experiencia.

Paloma se mordió la lengua para evitar hacer preguntas sobre la mujer de Aurelio. Él tampoco pareció muy interesado en sacar el tema.

—Y en cuestión de amores, ¿cómo andas? Supongo que tendrás novio.

—Pues supones mal. Apenas me queda tiempo para mantener una relación formal.

Paloma decidió que no podía calificarse como relación formal el par de veces que había salido con Jaime, el hijo mayor de don Melquíades. Después de la noche en la que entre él y Miguel habían puesto en fuga a Machaco, el joven se había dejado caer por la venta en varias ocasiones, buscando siempre la presencia de Paloma. No fue tarea fácil, debido a su trabajo en el teatro, pero al fin consiguió su objetivo. El lunes anterior, aprovechando el día libre de Paloma, la había invitado al cine. Fueron a ver *El conde de Montecristo*, que daban en el Capitol. Era la segunda vez que salían juntos, y a Paloma le gustaba la madurez y buena educación que mostraba el muchacho. No le terminaba de convencer su militancia política, no tanto por lo que representaba, sino por el hecho en sí de posicionarse de manera tan significativa. Paloma opinaba que la sociedad, en general, se estaba dejando llevar demasiado por los extremismos, y no le gustaba. Para ella, todo el mundo podía tener sus ideas, fueran las que fueran, pero no entendía por qué había que defenderlas haciendo uso de la violencia.

—No me puedo creer que no te salgan pretendientes —bromeó Aurelio.

—No he dicho que no los tenga —respondió Paloma, de manera un tanto

brusca.

—Sí..., claro. Disculpa. Ya sé que no tengo derecho a meterme en tu vida. Lo dije por decir...

—No, perdóname tú a mí —le interrumpió Paloma—. Estoy algo cansada. Ha sido un día duro, con tanto ensayo.

—Llevas razón —sonrió tímidamente Aurelio—. No había caído en la cuenta. Si quieres, puedo acercarte a casa.

Paloma hizo un torpe amago de responder que no era necesario que se molestase, pero lo cierto es que había contado con ello desde el principio. Si Aurelio no se hubiese ofrecido a llevarla, no le habría quedado más remedio que coger un taxi.

Pidieron la cuenta y abandonaron el café. Caminaron en silencio, cogidos del brazo hasta una callejuela donde había aparcado el coche. Era un coche normal y no demasiado bien cuidado. Ni punto de comparación con los anteriores que Paloma había conocido. Subieron y, una vez en marcha, Paloma preguntó:

—¿Sigues trabajando en la Compañía Telefónica?

—De momento, sí —respondió Aurelio y encendió un cigarrillo—. No sé cuánto durará. En el momento que el escándalo salga a la luz, supongo que lo perderé. Alguien tiene que pagar los platos rotos y yo seré el elegido. Al menos, uno de los elegidos.

—¿Qué harás luego?

Aurelio se encogió de hombros.

—Lo más probable es que continúe con lo del cine. Sigo metido en ello, aunque en los últimos tiempos lo he tenido bastante descuidado. Me asusta pensar en el futuro. Y no solo en el mío, sino en el futuro en general. Tal y como está el mundo...

Apenas una semana antes, las tropas de Mussolini habían invadido Etiopía. La desigual guerra ponía en peligro la estabilidad de toda Europa.

—¿Piensas que habrá guerra? Los periódicos no hablan de otra cosa.

—Es difícil de decir. Si Hitler no estuviera ahí, agazapado, los franceses y los ingleses pararían los pies a Mussolini. Si quieres que te diga la verdad, pienso que terminarán achantándose y no ocurrirá nada. Al menos por ahora.

—¿Qué te parece lo de la Falange en España? ¿Crees que son como los fascistas de Mussolini? —se interesó Paloma, pensando en Jaime.

—Desde luego, se les parecen bastante. Salen ganando con su líder. Mussolini no es más que un bocazas con poder. Primo de Rivera es diferente.

Coincidió con él hace unos meses. Un amigo en común me lo presentó. No es ningún tonto, desde luego.

Jaime sentía verdadera veneración por José Antonio. Así se lo había confesado él mismo, al ver una foto de su líder en la portada de una revista, la primera vez que salieron juntos. Paloma le respondió que su interés por la política no iba tan lejos como para idolatrar a nadie. A partir de ese momento, no habían vuelto a tocar el tema.

El tráfico era escaso a aquellas horas, bajaban por la calle de Alcalá y ya estaban llegando a la altura de la plaza de toros. Paloma se quedó mirando la imponente mole de ladrillo.

—No he vuelto a entrar en la plaza desde el día de la corrida de las *misses*. ¿Te acuerdas?

—¿Cómo no me voy a acordar? —respondió Aurelio, soltando una carcajada—. Fue lo más increíble que he visto en mi vida. Sustituir a *miss* Francia sin que nadie se diese cuenta. ¡Estuviste maravillosa!

Aurelio se giró para mirarla y, por un momento, a Paloma le pareció ver al Aurelio del que se había enamorado. Fue solo un momento. Lo que tardó él en volver la vista al frente.

Dejaron atrás la plaza y callejearon hasta llegar a la puerta de la venta. Aurelio paró el motor.

—Fueron unos buenos tiempos —recordó Aurelio con nostalgia, resumiendo el pensamiento de ambos.

—Es cierto, yo también recuerdo aquella época con cariño: Buenos tiempos que no volverán.

—Pero podemos seguir siendo amigos.

—Eso no hay que ponerlo en duda. —Paloma le dirigió una sonrisa y le dio un suave beso en la mejilla—. Gracias por ir a verme al teatro y por traerme a casa. La próxima vez, avísame antes y no tendrás que pagar la entrada.

—Así lo haré —prometió Aurelio.

Paloma se apeó y se despidió agitando la mano. Aurelio esperó hasta que hubo traspasado la verja de la venta. Arrancó el coche y desapareció.

Una semana después, el presidente del Gobierno, Joaquín Chapaprieta, emitía una nota que aparecería publicada en la prensa del sábado, 19 de

octubre:

Ha llegado oficialmente a poder del Gobierno una denuncia, suscrita por un extranjero, cuya personalidad no consta de un modo auténtico en España, en la que se formulan acusaciones contra determinadas personas por supuestas irregularidades cometidas con ocasión del ejercicio de funciones públicas.

El Gobierno ha trasladado de oficio esta denuncia al fiscal, con el propósito de que se practique la más amplia y escrupulosa investigación.

...tenéis que pensar en esto: que ya ningún partido español podrá ir en alianza electoral ni política con el Partido Radical, porque el Partido Radical está descalificado ante la opinión pública.

Extracto de la intervención de José Antonio Primo de Rivera ante el pleno de las Cortes en el que se trataba la denuncia del *Straperlo*.
Madrid, lunes, 28 de octubre de 1935.

Paloma y Jaime paseaban cogidos del brazo por la calle de Alcalá, llegando a la altura del cruce con el paseo de la Castellana. Venían andando desde la Puerta del Sol, donde el joven le había propuesto que se encontraran cuando la llamó por teléfono aquella misma mañana. Siendo su día libre y habiendo quedado en pleno centro de Madrid, Paloma pensaba que la llevaría al cine o que tendría algún otro plan interesante. Nada más lejos de la realidad.

La había invitado a merendar: un chocolate con churros y una gaseosa en San Ginés. La razón por la que Jaime había propuesto la Puerta del Sol para encontrarse no era otra que el haberse pasado todo el día metido en el cercano Congreso de los Diputados, asistiendo desde la tribuna de invitados al debate sobre la denuncia presentada por Daniel Strauss, lo que ya todos denominaban «el escándalo del *Straperlo*».

Cuando se encontraron y Jaime le contó dónde había estado, Paloma se sobresaltó. Cualquiera persona en Madrid medianamente informada, y ella se encontraba por encima de la media, era conocedora del tema que se iba a tratar en la sesión de las Cortes de ese día. No había comentado con Jaime su relación con Aurelio y, por supuesto, tampoco su intervención en el *Straperlo*. Optó por fingir ignorancia.

—¿En el Congreso? ¿Y qué se te ha perdido a ti por allí? —le preguntó, camino de San Ginés.

—¡Hombre! Perderse nada. Era una oportunidad de verlo por dentro. Yo

nunca había estado. Me ofrecieron una invitación y no me lo pensé dos veces. Además... —Se detuvo unos instantes, sopesando si era conveniente confesar a Paloma sus verdaderas razones. Finalmente, se decidió a hacerlo—. Me habían asegurado que José Antonio intervendría.

—¡Ah! Entiendo.

En cualquier otra circunstancia es muy probable que Paloma no hubiese querido saber nada más del asunto e, incluso, que le hubiera reprochado su desmesurada admiración por el líder de Falange Española. Sin embargo, pudo más su curiosidad por conocer lo que se había tratado sobre el *Straperlo*.

—¿Y qué es eso tan importante de lo que tenía que hablar Primo de Rivera? —preguntó como con desgana y evitando llamar al aludido por su nombre, como hacían sus seguidores.

—Hoy se discutía sobre una denuncia que ha presentado un judío extranjero, un tal Strauss. ¿No has oído hablar del tema?

—Sí, claro. Algo sobre el juego y una ruleta. Lo he leído en los periódicos.

—Pues eso. Que la denuncia contiene acusaciones graves y, al parecer, están implicados varios políticos importantes, todos del Partido Radical. Por cierto, creo que conoces a uno de ellos: Aurelio Lerroux, el sobrino del que era jefe de Gobierno hasta hace poco.

Jaime pronunció la última frase arrastrando las palabras de manera muy sutil.

—Es cierto, somos amigos —reconoció Paloma con desparpajo—. ¿Anda metido en ese jaleo?

—Más que metido. Según la denuncia es una de las figuras principales. ¿Hace mucho que no lo ves?

—Pues... desde mi último cumpleaños. ¡Es verdad! Si tú también lo conoces. Fue el que se llevó el puñetazo en la nariz el día que entre tú y Miguel le disteis *p' al pelo* a Machaco.

—¿Era ese? —también Jaime sabía fingir sorpresa—. Fíjate que yo pensé que era tu novio.

—¿Mi novio? No seas tonto. Además, está casado. También conozco a su mujer; me la presentó hace tiempo y luego nos hemos visto en un par de ocasiones. Es agradable, pero a mí no me pega para Aurelio. Mi amiga Juani sí que estaba loquita por él. Habrían hecho una buena pareja.

Jaime pareció quedarse más tranquilo con las mentiras de Paloma. Ella, todo lo contrario. ¿De dónde habría sacado lo del noviazgo? Solo se le

ocurría que Curro hubiera largado algo a don Melquíades y este se lo hubiera trasladado a su hijo, quien había sacado sus propias conclusiones. Lo encajó, sin embargo, con una encantadora sonrisa que no dejaba adivinar sus verdaderos pensamientos. Con Jaime jugaba con ventaja. A pesar de que pronto se convertiría en todo un abogado, Paloma lo encontraba encantadoramente inocente para ciertas cosas. Para él, resultaba inconcebible que hubiera sido la amante de un hombre casado. La moral católica estaba fuertemente instalada en su cabeza y era un fervoroso practicante, aunque no llegaba a lo de rezar el rosario todos los días, cosa que al parecer sí hacía José Antonio, según contaban. A Paloma le produjo una cierta nostalgia recordar que ella misma había sido bastante mojigata pocos años atrás, aunque ahora le pareciera que habían transcurrido décadas desde entonces.

Cuando les sirvieron los chocolates y comenzaron a dar buena cuenta de los churros, Paloma no sabía cómo retomar el curso de la conversación y que le contase algo más de lo acontecido en el Congreso. Por fortuna, fue Jaime el que volvió al asunto. A su manera, eso sí.

—Tenías que haberle oído hablar. —Y al recordar, se le iluminó la cara—. Estoy seguro de que tu opinión sobre José Antonio mejoraría bastante. Antes que él, intervinieron otros políticos. Unos mejor..., otros peor. Pero en cuanto abrió la boca, los eclipsó a todos. Yo ya le había escuchado en algunos discursos, pero en las Cortes, frente al resto de diputados de otros partidos, es... como si su figura creciese. Y eso que está solo. Es el único diputado de Falange.

—¿Y qué fue lo que dijo? —le dio cuerda Paloma.

—Verdades como puños. De las que escuecen. Al Partido Radical lo ha dejado para el arrastre. Al partido en general, aunque con quien más se metió fue con Salazar Alonso,¹⁶ que había intervenido poco antes, exculpándose a sí mismo de todo el asunto. José Antonio ha llegado a decir que ese partido tiene que desaparecer. Así, como lo oyes. Ni te imaginas la cara que se les ha puesto.

—¿Y en qué ha quedado todo el tema de la ruleta? El *Stradivarius* ese.

—*Straperlo* —corrigió Jaime—. Pues la comisión investigadora emitió su dictamen el sábado. La denuncia de Daniel Strauss también salió publicada el mismo día en los periódicos. No sé si habrás leído algo.

—Pues no —mintió Paloma, que había leído la denuncia de cabo a rabo.

Jaime le hizo un rápido resumen de la denuncia y del dictamen de la comisión. En la denuncia aparecía, cómo no, Aurelio, entre otros nombres de

gran relevancia como Salazar Alonso, Joan Pich i Pon, Sigfrido Blasco Ibáñez... Le había sorprendido encontrar también al boxeador Paulino Uzcudun, del que dijo que simpatizaba con Falange y José Antonio.

—Ayer domingo —continuó Jaime—, el Gobierno cesó en sus cargos a todos los implicados, incluyendo a tu amigo Aurelio, que era delegado del Gobierno en la Compañía Telefónica. Al final de la sesión de hoy, después de escuchar a todas las partes, ha habido unas votaciones para ver a quiénes censuraban los diputados. Una cosa un tanto extraña, con urnas en las que debían introducir bolas blancas o negras según la opinión que les mereciera cada uno de los inculpados. Total, que Salazar Alonso se ha librado por los pelos: tres bolas de diferencia a favor de su inocencia, y todos los demás han salido condenados.

—¿Condenados? —se alarmó Paloma.

—Bueno, no exactamente eso. El Congreso no puede condenar a nadie. Es más bien un voto de censura. Ahora parece ser que será designado un juez especial que se hará cargo de instruir el sumario. Luego habrá un juicio, si el juez determina que hay suficientes indicios de delito. No será cosa de dos días.

Paloma sintió un escalofrío. Aunque ya no hubiese nada entre ella y Aurelio, la posibilidad de que pudiera terminar yendo a la cárcel le producía desasosiego.

—Entonces..., ¿crees que Aurelio podría...?

—¿Ir a la cárcel? Es difícil de decir, pero sí, cabe esa posibilidad. Lo siento por tu amigo.

Terminaron de merendar y salieron a la calle. Ya era noche cerrada y había refrescado. Jaime propuso ir dando un paseo, en dirección a Las Ventas. Cuando se cansasen, podrían tomar un taxi. Paloma aceptó de buen grado, también le apetecía caminar.

Era pronto y las calles estaban bastante animadas, aun siendo lunes. Se cogieron del brazo y echaron a andar. Atravesaron la Puerta del Sol y continuaron por Alcalá, parándose en los escaparates o simplemente cuando algo llamaba su atención. A pesar de su aparente seriedad, Jaime podía ser divertido cuando se lo proponía y se encontraba a gusto. Y con Paloma se sentía muy a gusto. Cuando la hacía reír, se le veía feliz, y ella, dándose cuenta, exageraba en lo posible la carcajada. Le contaba muchas anécdotas de sus hermanos. Jaime era el mayor, pero a Pablo, el pequeño, le sacaba poco más de dos años. Tan corta diferencia de edad había permitido que los tres

compartieran juegos y pandilla en el barrio. Segundo, el mediano, era el más empollón y siempre sacaba buenas notas, lo que lo convertía en víctima de las bromas que Jaime y Pablo, aliados circunstanciales, le dedicaban.

—Mi madre —le iba contando cuando ya llegaban a la Castellana— nos preparaba un bocadillo a cada uno para ir al colegio. El día anterior, a Segundo le habían puesto un diez en la clase de ciencias. Todo por haber hecho un trabajo sobre el reino animal, lleno de dibujitos coloreados. Tuvimos que aguantar cómo presumía delante de nuestros padres, que nos miraban a Pablo y a mí como diciendo: «¿y vosotros qué?». Así es que esa mañana, antes de salir de casa, Pablo le metió un rabo de lagartija en el bocadillo que mi madre le había puesto en la cartera, mientras yo vigilaba para que no lo pillaran. A la hora del recreo, nos juntamos y le empezamos a pedir que no hablara de los animales, sobre todo de los reptiles. A Segundo siempre le ha encantado que le digan lo listo que es, así es que comenzó a darnos una clase magistral, mientras se zampaba el bocadillo de chicharrones que nos había tocado aquel día, rabo de lagartija incluido. Tan rico que le supo.

—¡No puedo creer que fueseis tan malvados! —exclamó Paloma, dándole un golpe en el hombro—. Pobre Segundo.

—De pobre nada. Que al final Pablo se lo terminó contando y a él le faltó tiempo para ir a chivarse a mi madre. Nos tuvo a los dos una semana con bocadillos de manteca, mientras el de Segundo era de jamón del bueno. Y para comer y cenar, patatas con cebolla y nabo. ¡Una semana entera! Todavía me entran nauseas solo de recordarlo.

—Os estuvo bien empleado —sentenció Paloma, riendo y deseando haber tenido ella misma una infancia feliz y hermanos con los que poder compartir aventuras que luego, al cabo de los años, hubiese podido contar.

—Pero no te creas que la sangre llegaba al río. En el fondo nos llevábamos muy bien. Estábamos muy unidos. La verdad es que lo seguimos estando. Compartimos ideas y valores, por eso los tres estamos en Falange.

Otra vez la política, pensó Paloma. Se preguntó si Jaime no estaría intentando llevarla, poco a poco, comentario a comentario, a su terreno. El joven le gustaba, eso no podía negarlo, Pero aún era pronto para saber si sus sentimientos iban más allá. Tenía cicatrices recientes y ya no sería la primera vez que se enamorase. El primer amor es inmediato e irracional. Los siguientes son más pausados y meditados. Al menos así lo creía Paloma en aquellos momentos.

Por el paseo de la Castellana los automóviles hacían sonar sus bocinas, intentando abrirse paso entre el nutrido tráfico. Jaime propuso que cruzasen al otro lado de la plaza de Cibeles y que intentasen parar un taxi mientras subían hacia la Puerta de Alcalá. Paloma estuvo de acuerdo. No tardaron en encontrar uno libre y ambos agradecieron el cobijo que les proporcionó el vehículo, ya que la noche comenzaba a ser fría.

El taxi continuó por la calle de Alcalá, hacia Manuel Becerra. Poco antes de llegar al cruce con Goya, Paloma miró hacia la derecha, al lugar que había ocupado la antigua plaza de toros de la Fuente del Berro, ahora derruida. Solo habían dejado en pie la puerta de entrada, como si de un monumento a la memoria de la plaza se tratase. Allí había presenciado cómo Uzcudun ganaba el título europeo y había sido, también, el comienzo de lo que podría llamarse su nueva vida. Habían pasado dos años y medio, toda una eternidad.

—¿En qué piensas? —preguntó Jaime.

—En lo rápido que pasa el tiempo y, sin embargo, lo lejanas que parecen algunas cosas.

—¿Alguna cosa en particular?

Paloma sonrió, mirando a Jaime a los ojos.

—La primera noche que salí con unos amigos. Tío Curro me había dado permiso para llegar tarde, y vaya si llegue tarde. Estuvimos en un combate de boxeo, en la plaza vieja. Lo he recordado al pasar por delante y ver que ya no está. La plaza, quiero decir.

—Es verdad. La han echado abajo. A mi padre le da mucha pena. Es de los que todavía piensan que era mucho mejor que Las Ventas.

—No sé si mejor o peor. Lo cierto es que el tiempo no puede dar marcha atrás y la plaza vieja no puede levantarse de los escombros. Y ya lo ves: me he puesto un poco melancólica, las mujeres somos así de tontas.

Jaime guardó silencio. Sospechaba que había algo más detrás de esa melancolía, pero se daba cuenta de que no debía insistir. Se limitó a preguntar:

—¿Cuándo volveremos a vernos?

—Cuando quieras. Ya sé que los lunes son un mal día, pero es cuando puedo salir por la tarde. Por las mañanas tú tienes clase, así que no quedan muchas más opciones. También podrías venir un día a ver la función y después iríamos a tomar algo. Hay mucha animación a la salida del teatro, sobre todo los sábados.

Jaime nunca se había interesado demasiado por el trabajo de Paloma y ni

siquiera había hecho intención de ir a verla actuar. La penumbra del taxi no permitió ver cómo el rostro del muchacho enrojecía.

—En realidad..., no sé si me gustaría verte en el escenario. He oído que, en algunos momentos, las chicas... salís con poca ropa.

—¡Vaya! Así que es eso. —Paloma fingió sentirse ofendida—. ¿No te gustan las chicas con poca ropa o no te gusto yo?

—¡Claro que me gustas tú! Lo que no me gusta es que los demás te miren.

—Pues te vas a tener que ir acostumbrando a la idea.

—No lo dirás en serio ¿Es que piensas seguir mucho tiempo así? Algún día te casarás y no podrás continuar con lo del teatro. O es que un marido como Dios manda puede permitir que otros hombres miren a su mujer en..., en ropa interior.

Paloma no se sorprendió. Y menos viniendo de Jaime. Había escuchado cantinelas parecidas en otras ocasiones. Curro e, incluso, Encarna lo habían insinuado con algo más de suavidad. En el teatro, las chicas que encontraban pretendiente «serio», presentaban la renuncia al día siguiente de anunciar el compromiso de bodas. La mayoría contentas de dejarlo, todo hay que decirlo. Pero otras quejándose amargamente de que su futuro marido «no las dejaba seguir actuando». Paloma no estaba dispuesta a sacrificar tanto por un hombre. Le gustaba el teatro y necesitaba para vivir tener la ilusión de que algún día triunfaría.

—Entonces —dijo muy serena y sin dramatizar—, la solución va a ser no casarme nunca.

Jaime se la quedó mirando extrañado, balbuceando sin acertar a añadir nada más. Habían llegado a la puerta de la venta. Paloma aprovechó su desconcierto para besarle en la mejilla y apearse del taxi. El vehículo reanudó la marcha. Paloma lo vio alejarse, preguntándose si alguna vez encontraría a un hombre que no la dejase en aquella puerta y que quisiese llevarla con él, con todas sus consecuencias.

Madrid, Café Comercial.
Domingo, 15 de diciembre de 1935.

Curro empujó la puerta giratoria que daba acceso al Comercial. Agradeció el acogedor calor del local. En la calle hacía un frío de mil demonios y, aunque la boca de metro de la Glorieta de Bilbao estaba a unos pocos metros del café, aún estaba destemplado por el paseo desde su casa hasta la estación de Las Ventas. Había quedado con don Melquíades a las diez de la mañana y, a esas horas, algunas zonas del camino de tierra que había seguido continuaban congeladas tras la helada que había caído por la noche. Tuvo que andar con cuidado para no resbalar.

Se quitó el sombrero y las gafas empañadas antes de desabrocharse el abrigo. Miró a su alrededor y pudo ver lo suficiente como para percatarse de que aquello estaba de bote en bote. Todas las mesas del amplio salón se encontraban ocupadas. Afortunadamente, alguien le hizo señas, levantando la mano desde una de las mesas del fondo, e intuyó, más que vio, que se trataba de su amigo Melquíades. Se abrió paso hasta él y se dieron un afectuoso abrazo.

—Y tú querías que nos viésemos en el Retiro, como de costumbre — comentó Curro mientras se despojaba del abrigo y la bufanda, colgándolos de un perchero cercano—. Nos hubieran encontrado los jardineros en primavera, con el deshielo.

—No seas exagerado, Curro. Es aire que viene de la montaña y revitaliza el cuerpo. Bueno para los pulmones.

—A mis pulmones les sienta mejor el humo y el calor de aquí dentro. — A su alrededor, casi todo el mundo fumaba.

Don Melquíades dio unas palmadas para llamar la atención de los camareros.

—Yo ya me he tomado un café con leche y un par de rosquillas, mientras te esperaba. He llegado muy pronto, no es que tú te hayas retrasado. Así me

ha dado tiempo de leer la prensa —dijo, señalando el *ABC* sobre la mesa.

El camarero llegó y pidieron otros dos cafés.

—El médico no me deja tomarlo y mi mujer se encarga de seguir sus instrucciones a rajatabla. Me tiene castigado a achicoria. Ya lo ves, toda la vida trabajando y ganando dinero para terminar tomando el café de los pobres. Así es que hoy me voy a desquitar. —Cuando el camarero ya se retiraba a cumplir el encargo, lo volvió a llamar—. Y tráigame también una copita de anís, que hace frío. ¿Tú quieres otra?

Curro aceptó de buen grado y señaló a su vez el *ABC*.

—¿Y qué? ¿Cómo viene hoy el periódico?

—Pues ya tenemos nuevo Gobierno y nuevo presidente.

—De eso me enteré anoche. Portela,¹⁷ ¿no es así?

—Ese mismo. ¿Sabes qué número hace de presidentes del Gobierno desde que llegó la república, va para cinco años?

Curro se encogió de hombros.

—¡Siete! Este es el séptimo presidente del Gobierno que tenemos. Y gobiernos, más del doble, que ya he perdido la cuenta. ¿Tú crees en serio que así se puede gobernar este país?

Curro rio entre dientes, observando a don Melquíades. No era la primera vez que se mostraba indignado ante tantos cambios. Era un monárquico de los de antes, de los que ya casi no quedaban. Cada vez que hablaban de política, Curro intentaba contemporalizar, afirmando que las cosas irían mejor a medida que la república y la democracia se asentasen. El paso del tiempo le iba dejando sin argumentos.

—Dicen que es un gobierno de transición, con el único propósito de convocar elecciones —dijo por salir del paso.

—Tiene el decreto de disolución de las Cortes en las manos. Esa ha sido una de las condiciones para aceptar formar gobierno.

—O sea, que de aquí a poco, otra vez elecciones.

—Y otro presidente del Gobierno, el octavo.

El camarero les sirvió las copas de anís.

—Brindo por el octavo. —Curro levantó su copa—. Porque sea mejor que los anteriores.

—¡Dios te oiga, Currillo, Dios te oiga! —aceptó el brindis don Melquíades.

—Y aparte del nuevo presidente, ¿algo más de interés?

—No mucho. Si acaso, la somanta de palos que le ha metido a Uzcudun

el negro ese, un tal José Luis. En americano, *José* se dice «Joe», por si no lo sabías.

—Es la primera vez que tumban a Paulino. Lo mismo de esta se retira, que ya no es ningún jovencito.

Continuaron, durante un rato, hablando de boxeo para luego pasar a los toros. Era como si don Melquiádes echase de menos las tertulias de la venta y quisiera resarcirse durante el rato que pasasen juntos. A espaldas del Panadero, el gran espejo que ocupaba toda la pared permitía a Curro desviar su atención de vez en cuando, haciendo como que miraba a su amigo, pero mirando en realidad todo lo que ocurría en el gran salón del café. Todas las mesas seguían ocupadas y en la barra, los recién llegados trataban de localizar a algún cliente preparándose para marchar y lanzarse sobre la mesa que dejaba libre. La risa de una mujer se impuso durante unos momentos al murmullo general de las múltiples conversaciones. A su izquierda, cercano a los ventanales que daban a la calle, un grupo de unas diez personas debatían animadamente. Habían juntado tres mesas y, aun así, estaban bastante apretados. Le pareció que hablaban de política por unas pocas palabras sueltas que le llegaron y porque, poco a poco, iban subiendo el tono.

—¿Y qué, cómo vas de lotería este año? —preguntó don Melquiádes, haciendo que Curro abandonase el espejo.

—Pues ya sabes que a mí no me gustan las participaciones. Este año juego a un par de números. Llevo un vigésimo de cada uno.

—Dichoso tú que puedes controlarte. Yo soy un desastre. En cuanto me ofrecen lotería, no sé decir que no. Cuando he llegado, se me ha acercado el limpiabotas. Le he dicho que no necesitaba limpiar, pero entonces, me ha ofrecido participaciones que llevaba. Así es que me ha sacado veinte pesetas más dos de propina. Y así en todas partes. Una ruina. Como este año tampoco toque...

—Pues claro que no te tocará —pronosticó Curro—. Si vas con esa idea, te llevarás otra decepción. Yo ya doy por perdido lo que juego. Si luego toca algo, aunque sea poco, esa alegría que me llevo.

—Yo ya he perdido la cuenta de lo que juego. Hasta los hijos me han sacado los cuartos. Llevan lotería de Falange y, claro, no le voy a comprar a uno sí y a los otros no.

—¿Cómo les va? Parece que las cosas están un poco más tranquilas últimamente.

—No sé qué decirte. —Don Melquiádes negó con la cabeza y puso gesto

pesimista—. Es como la calma que precede a la tempestad. Lo de que haya pronto nuevas elecciones no deja de darme miedo. Las izquierdas van a echar el resto. Ya hablan de formar un gran bloque que agrupe a todos: socialistas, republicanos, incluso los comunistas.

—Las derechas harán lo mismo.

—Es posible —reconoció don Melquíades—. Aunque no veo yo a Primo de Rivera juntarse con Gil Robles.¹⁸

—Lo que parece evidente es que las posiciones estarán más enfrentadas que hace dos años. No creo que los radicales de Lerroux sean capaces de levantar cabeza, después de todo lo que ha pasado.¹⁹

—Ellos se lo han buscado. No me da ninguna pena el viejo carcamal. Ni él ni su ahijado, ese que andaba detrás de Paloma.

Curro hizo como si no hubiese escuchado la alusión de Melquíades a su sobrina.

—¿Y tu hijo Jaime? Lo mismo le da por presentarse a las elecciones, si tan metido está en lo de Falange.

—¡Quita, quita! Ni lo mientes. Por cierto —hizo una pausa para apurarse la copa de anís—, supongo que sabrás que a mi chico no le es indiferente tu sobrina. Vamos, que ya han salido juntos unas cuantas veces. Tendría gracia que terminásemos emparentando. —Don Melquíades rompió a reír.

Curro también rio y terminó su copa. Llamó al camarero para encargarle otra ronda. Sabía lo de Jaime y Paloma porque había visto al joven rondado por la venta cuando Paloma estaba allí, pero más que nada por lo que le contaba Encarna de las confidencias que le hacía su sobrina. Por eso, sabía también que lo de terminar emparentando con don Melquíades no estaba nada claro.

—Esta ronda me la dejas a mí —se adelantó, dejando un duro en la bandeja del camarero que retiraba el servicio anterior—. Pues sí, algo había oído del asunto. Aunque, de momento, creo que son solo buenos amigos. No sé si tú tendrás noticias más frescas.

—Te he contado lo que sé. A ver si te crees que Jaime me utiliza de confidente. Se lo saqué el otro día de casualidad porque me pidió dinero para invitarla al cine.

—Dile que siga invitándola, que será la mejor forma de ganársela. El cine le gusta desde que la llevé a ver una película de *Pamplinas*,²⁰ al poco tiempo de llegar a la venta.

—Entonces, ¿verías bien que fuésemos consuegros?

—¿Y cómo no lo voy a ver bien? Conozco a Jaime casi desde que nació y a ti llevo aguantándote desde antes. Aunque si lo que vas buscando es una buena dote...

—Guárdate la dote para cuando te cases con Encarna. Que me ha dicho un pajarito que ya anda buscando vestido de novia.

—¡Joder! —Curro dio un respingo—. A ver si va a resultar que vas a saber el día de la boda antes que yo. ¿De dónde has sacado eso?

Melquíades rio de buena gana, pero sin aclarar cuál había sido su fuente de información. Curro se dejaba llevar en el asunto de la boda como una vaca a la que conducen al matadero. Encarna era la que se estaba encargando de prepararlo todo y apenas si contaba con él. Esa fue la condición que puso para dar su brazo a torcer y pasar por la vicaría: «Tú te haces cargo de todo —le dijo a Encarna—. A mí me comunicas el día, la hora y el lugar donde tengo que ir a dar el sí y con eso ya cumplo».

El acontecimiento todavía no tenía fecha fija pero sería, con seguridad, a finales de primavera o principios de verano. Cada vez que lo recordaba, un sudor frío le recorría la espalda. La que se había mostrado encantada con la noticia había sido Paloma. Solo por verlas tan contentas a las dos, se dijo que merecía la pena pasar por aquel trance.

—Yo también me voy a tener que arreglar un traje —comentó don Melquíades—. Los que tengo mejores se me han quedado estrechos. Porque supongo que me invitarás a la boda.

—Me parece que no me va a quedar más remedio.

—Vamos hombre, deja de hacerte el mártir. Deberías estar contento de que una mujer como Encarna esté dispuesta a aguantarte y cuidarte ahora que te estás haciendo viejo. Eres un hombre afortunado.

Curro tuvo que reconocerlo y darle la razón a su amigo. No soy más que un tonto —pensó—. Cualquiera otro en mi lugar estaría dando saltos de alegría.

—Estaba pensando... —Se detuvo y trasegó lo que quedaba de anís.

—¿Qué? —se impacientó don Melquíades.

—Que conste que fuiste tú el que se ofreció. Lo dijiste medio en broma hace unos meses, frente al estanque del Retiro. Pues he decidido tomarte la palabra.

—¿A qué te refieres?

—A que seas el padrino en la boda.

—No lo dirás en serio.

—Pues claro que lo digo en serio.

Aquel día don Melquíades se llevó una buena reprimenda de su mujer por llegar tarde a comer y apestando a anís. No le pareció el mejor momento para comunicarle que había aceptado el ofrecimiento de Curro.

Madrid, Casa Labra.
Martes, 7 de enero de 1936.

Paloma se estaba arrepintiéndose de haberse dejado convencer tan fácilmente. Cuando, el pasado día de Navidad, el hijo de Miguel se había presentado en la venta para felicitar las Pascuas a Curro y al resto de la parroquia, se había alegrado mucho de verlo. Así se lo demostró dándole dos besos y cogiéndole del brazo para que se arrimase a la estufa, porque había llegado calado hasta los huesos. Llevaba varios días lloviendo a cántaros y Miguel hijo era de los que pensaba que los paraguas eran cosa de señoritos. Todo lo más, una gorra y un impermeable.

El padre de Miguel había salido de la barra para saludarlo y llevarle un vaso de vino caliente con azúcar y canela, una receta que había aprendido hacía muchos años de una novia medio francesa que se había echado, antes de conocer a la madre de su hijo. En la venta causaba furor en los fríos días de invierno. Curro y Encarna también se acercaron y, a los pocos minutos, todos charlaban alegremente en torno a la estufa mientras, por la radio, se escuchaban villancicos. Cuando volvieron a sus quehaceres, dejando solos a Paloma y Miguel, el joven se había mostrado interesado por el trabajo de ella en el teatro. «¿Por qué no vienes un día a verme?», propuso Paloma. «Nunca he estado en el teatro —fue su respuesta—, pero me apetece verte actuar.»

Y dicho y hecho. Esa mañana, pasada la fiesta de Reyes, cuando Paloma se levantó, después de haberse acostado tarde, como todos los días, y bajó a la venta a tomar un café, hacía ya varias horas que Miguel padre estaba trajinando y sirviendo clientes. Le hizo una seña para que se acercase y le entregó una nota, poniendo cuidado en que nadie lo viera. Era de su hijo. Decía escuetamente: «Esta tarde iré a la función. Un beso».

El arrepentimiento de Paloma no venía causado por haberlo invitado. De hecho, se le iluminó la cara cuando dio las gracias a su padre por entregarle la nota. Tampoco por haber aceptado, más tarde, ir a tomar algo con él entre

función y función. De lo que se arrepentía era de haber dicho que sí a subir en la moto de Miguel y dejarse llevar a «una taberna que está cerca de aquí». No recordaba haber pasado más miedo y más frío en toda su vida.

El trayecto no había sido largo, afortunadamente, pero cuando se bajó de la moto totalmente entumecida y con la piel de la cara rígida por el frío, se dijo a sí misma que la vuelta al teatro no la haría subida en aquel invento diabólico.

Miguel empujó la puerta de la pequeña taberna que a esa hora, las ocho de la tarde, estaba bastante concurrida, para dejar pasar a Paloma, que se lo agradeció con una sonrisa. Todos los presentes, no había ninguna mujer, se volvieron a mirarla. Algunos reconocieron a Miguel y lo saludaron levantando el puño y haciendo comentarios por lo bajo.

—Veo que eres bastante conocido por aquí —comentó Paloma, deshaciéndose del pañuelo que se había puesto en la cabeza y agradeciendo el calor del local.

—Pues la verdad es que sí, vengo a menudo con compañeros del partido o del sindicato. Casi siempre hay alguno. Ponen el mejor bacalao frito de Madrid. Aunque yo prefiero las croquetas de lo mismo. ¿Hace?

—Hace. Y vino para beber, que veo que es lo que están tomando todos.

La barra estaba ocupada, así es que se instalaron junto al pared, que tenía una repisa de mármol. Miguel fue hacia el camarero para hacer el encargo. Algo le dijo porque se sintió señalada con la mirada. No pudo escuchar la respuesta de Miguel, pero los que estaban alrededor rieron. Al regresar junto a ella se hizo con un taburete que quedaba libre y se lo ofreció.

—Gracias, estoy cansada. Y aún queda la función de noche. Es un trabajo agotador. Y ahora que lo pienso, aún no me has dicho qué te ha parecido.

—Pues me ha gustado mucho, de verdad. Y tú estabas guapísima —le dijo, mirándola a los ojos, con un guiño de picardía.

Lo cierto era que las chicas actuaban con poca ropa. Paloma casi se olvidaba de ello cuando estaba sobre el escenario y no le daba mayor importancia. Se ruborizó ligeramente al darse cuenta de que Miguel nunca la había visto así. Esa era también la razón por la que Jaime no quería ir al teatro. Casi sin quererlo, los comparó mentalmente. Los dos le resultaban atractivos. Miguel seguía llevando bigote y tenía un aspecto más varonil que Jaime. Conocía a los dos prácticamente desde que había llegado a la venta. Los había visto crecer y pasar de niño a hombre, aunque el cambio experimentado por el que ahora tenía delante, mirándola sin ocultar su deseo,

había sido más abrupto que el de su competidor. Ya quedaba poco de aquel adolescente tímido que estaba secretamente enamorado de ella.

—Supongo que en el resto de las chicas ni te habrás fijado.

—¿Había otras chicas?

Paloma soltó una carcajada.

—Hay que ver. Con lo bueno que me parecías cuando echabas una mano en la venta y ahora te has convertido en todo un caradura.

—Caradura, sí, pero con encanto.

—Muy creído te lo tienes —dijo Paloma con fingido desdén.

—Me lo tendría creído si alguna vez te hubieses fijado en mí —respondió Miguel poniéndose serio—. Pero tú solo tenías ojos para ese lechuguino, el que se llevó el puñetazo en la nariz. Era tu novio, ¿no? Lo mismo lo sigue siendo.

—Eso no te importa. ¿Te he preguntado yo por la novia esa que llevaste a la venta? O a lo mejor era la madre de tu novia.

—¡Ja, ja! Muy graciosa.

El camarero le hizo señas para que recogiera la ración de croquetas y una jarra de vino con dos vasos. Miguel lo depositó sobre la repisa y sirvió un vaso bien cumplido a Paloma.

—¡Por nosotros! —propuso Miguel, levantando su vaso—. Y a los novios o novias que hayamos tenido..., que les den.

Paloma chocó su vaso con el de Miguel, pero no dijo nada. No quería darle alas.

—Aquí donde la ves —continuó Miguel, cambiando de tema y con media croqueta en la boca—, esta taberna tiene su historia. Aquí se fundó el Partido Socialista, hace más de cincuenta años. Pablo Iglesias, el fundador, era tipógrafo, como yo.

—Se ve que lo de ser socialista lo da la profesión.

—No hace falta. Tú también podrías serlo. Hay una sección de espectáculos en la UGT.

Estaba visto que en lo que sí coincidían sus dos pretendientes era en atraerla hacia sus ideales. No le gustaba la política ni los políticos. Le parecía que todos ellos, fuesen del partido que fuesen, se dedicaban a tener a su alrededor cuanta más gente convencida, mejor, para luego utilizarlos en su propio beneficio. Que no le gustase no quería decir que no le interesase aquel mundo y que no tuviese sus preferencias. Si le diesen a elegir, prefería el socialismo al fascismo, aunque sin demasiada convicción. En lo que ella de

verdad creía era en la democracia. Y ni los unos ni los otros eran sus mejores adalides. Primo de Rivera proclamaba que la democracia era un sistema decadente y abogaba por la desaparición de los partidos políticos. La mayoría de los socialistas, en cuanto se les calentaba la boca, aseguraban que su objetivo final era la dictadura del proletariado. Paloma estaba cada vez más convencida de que los únicos que defendían, sin medias tintas, la democracia y la justicia social eran los republicanos de izquierdas.

—No soy yo de meterme en política ni de afiliarme a nada —respondió a la propuesta de Miguel—. Cuando perteneces a algún grupo, te tiene que parecer bien todo lo que hacen o dicen los de tu grupo. A mí me gusta pensar por mí misma, sin que nadie me imponga una opinión.

Miguel lanzó un silbido, entre divertido y admirado.

—Y por cierto —continuó Paloma—, ya que estamos, ¿tú eres prietista o caballerista?

La pregunta dejó a Miguel aún más asombrado. Indalecio Prieto y Largo Caballero eran los dos líderes más significados del PSOE, además de encabezar las dos facciones más importantes del mismo. La de Prieto, más moderada, y la de Caballero, más próxima a los comunistas. El solo hecho de que Paloma conociera esa rivalidad, no siempre amistosa, entre los grupos socialistas indicaba que sabía de lo que hablaba.

—Pues..., ya que estamos —respondió Miguel—, te diré que me hice antes del sindicato que del partido. Y Largo Caballero es el jefe del sindicato. De todas formas, yo procuro llevarme bien con todos. No es bueno andar peleados entre los del mismo bando.

Paloma asintió, dándose por enterada.

—Oye, llevabas razón, las croquetas están buenísimas.

—¿A que sí? Tómate la última que durante la función no podrás comer nada.

En ese momento hicieron entrada tres hombres en la taberna. Venían muy animados, hablando casi a gritos. Debían de ser también clientes habituales porque fueron saludados amistosamente por la concurrencia. Uno de ellos se acercó a la barra y dio dos golpes con la palma de la mano para atraer la atención y que se hiciese el silencio.

—¡Está hecho! —exclamó—. Las Cortes están disueltas. Las elecciones para el dieciséis del mes que viene.

El anuncio fue acogido con grandes muestras de alegría por los presentes, y el camarero invitó a una ronda de parte de la casa. Miguel se volvió hacia

Paloma, también muy contento, aunque inmediatamente se puso más serio.

—Es una buena noticia —reconoció—. Ya va siendo hora de que echemos a la derecha del Gobierno. Lo malo es... que voy a estar muy ocupado a partir de ahora. Lo mismo tardamos en volver a vernos.

—No te preocupes —dijo Paloma con sorna—. Creo que podré soportarlo. Ya se sabe que la política es lo primero.

—¿Y qué quieres? —le espetó Miguel algo molesto—. En los tiempos que corren hay que tomar partido. Yo no soy de los que se quedan cruzados de brazos. No podría.

—¡Ah! ¿Y qué insinúas? Que los que no somos socialistas no hacemos nada.

—No es eso. Estas elecciones son muy importantes. De quien gane dependerá que muchos compañeros que están en la cárcel puedan regresar con sus familias. Lo primero que hay que hacer es luchar por la amnistía.

Paloma guardó un precavido silencio. No estaba muy de acuerdo con aquella amnistía, pero no era cuestión de proclamarlo abiertamente, dadas las circunstancias. Las izquierdas tildaban de criminal la represión que había ejercido el Gobierno sobre los revolucionarios de octubre del 34 en Asturias y otros lugares. Muchos de los insurgentes, la mayoría socialistas y nacionalistas catalanes, continuaban en la cárcel. Otros habían tenido que exiliarse. Tal era el caso de Indalecio Prieto que, aunque oficialmente todavía continuaba fuera de España, corría el rumor de que llevaba algún tiempo escondido en Madrid.

Miró el reloj. Ya era tarde para volver andando al teatro. Tendría que dejarse llevar otra vez a lomos del ruidoso trasto de Miguel. Como si le hubiese leído el pensamiento, este dijo:

—No te preocupes, con la moto llegaremos en un santiamén. A no ser que le hayas cogido miedo y te apetezca volver andando.

Por toda respuesta, Paloma se sirvió otro vaso de vino y se lo echó al colete de un trago. Era áspero y fuerte. Confiaba en que le infundiese el valor que necesitaba.

Apenas diez minutos más tarde, Miguel la depositaba en la puerta del teatro. Algo menos asustada que en el viaje de ida, pero con más frío. Miguel rio al verla tiritando y se levantó las gafas con cinta elástica que usaba para

conducir.

—La tengo desde hace un par de meses —dijo señalando a su montura—. La verdad es que en el partido me ayudaron a comprarla, aunque todavía no la he pagado del todo. La condición fue que les prestase servicios con ella, cuando lo necesitasen. Con las elecciones, me parece que me van a necesitar bastante. Entre eso y el trabajo en la imprenta...

—No te preocupes, lo entiendo perfectamente.

—Si me puedo escapar algún rato, te mandaré una nota con mi padre.

Paloma asintió con la cabeza, demasiado atarida como para poder hablar. Inmediatamente, Miguel le echó un brazo por encima del hombro y la besó en los labios. Después le guiñó un ojo, arrancó la moto y salió disparado hacia Dios sabe dónde. Paloma se quedó mirándolo perpleja, mientras se alejaba. En todas las veces que había salido con Jaime, y ya eran unas cuantas, no se había atrevido a tanto. El propio Aurelio, que no era precisamente tímido, había esperado a tener varios encuentros con ella antes de besarla. En cambio, Miguel, a las primeras de cambio... No se lo esperaba, pero tuvo que reconocerse a sí misma que no le había desagradado. Cuando el ruido de la moto se dejó de oír, cayó en la cuenta de que estaba congelada y seguía allí plantada como una idiota. Se giró hacia la entrada del teatro y se precipitó en su interior, buscando el calor del camerino.

Madrid, Venta del Curro.
Sábado, 8 de febrero de 1936.

Paloma y Encarna se sentaron a descansar en la cocinilla de la planta superior de la venta, la destinada a vivienda. Habían pasado gran parte de la mañana limpiando y cambiando sábanas. De tanto en cuanto, a Encarna le parecía que todo estaba muy sucio y decidía hacer limpieza general. Entonces requería la ayuda de Paloma y dedicaban varias horas a dejar la casa como los chorros del oro. Eran días de zafarrancho, en los que Curro se escabullía y no osaba asomar la nariz hasta que habían terminado. Paloma tampoco disfrutaba precisamente con aquellos quehaceres, pero participaba intentando poner buena cara. Cuando dieron su labor por concluida, faltaba todavía un rato para la hora de comer, cosa que normalmente hacían juntos, en la planta baja, acompañados por Miguel y Blasa.

Encarna se había preparado un té, pero Paloma rechazó el ofrecimiento. Juntaron las sillas a la mesa camilla, bajo cuyas faldas ardía el brasero. Mientras estaban trajinando no habían sentido el frío que, según afirmaba Encarna, inundaba aquella casa tan grande durante el invierno y no desaparecía hasta bien entrada la primavera. A Paloma se la veía ausente, con la cabeza en otra parte, lo que no pasó desapercibido para la antigua *madame*, que ahora hacía las veces de madre, amiga y confidente.

—¿Qué tienes, niña? Te has pasado toda la mañana sin abrir la boca. Ni siquiera has cantado, como haces otras veces que toca limpieza. Ya sabes lo que me gusta oírte.

Paloma sonrió, le cogió una mano y se la besó.

—Nada grave. Pero llevas razón, estoy un poco triste. No es que estuviese yo estos días como unas castañuelas, con este tiempo tan malo. Pero ha sido una noticia que he visto en el periódico, que me ha hecho recordar y...

A Paloma se le deslizó una lágrima y Encarna se levantó como un resorte

para ponerse junto a ella y abrazarla.

—No pasa nada, de verdad —intentó tranquilizarla Paloma, forzando la mejor de sus sonrisas—. Son esos días que tenemos las mujeres, que no estamos para nadie.

—¿Qué era lo del periódico?

—¿Te acuerdas de cuando estuve en Barcelona, trabajando en el cine?

—¿Y cómo no voy a acordarme? Si fui a ver todas tus películas.

—Pues los estudios en los que se rodaban esas películas, Orphea se llamaban, resulta que han ardidido ayer. Hasta los cimientos, no ha quedado nada. Iban a empezar una nueva película hoy mismo y los actores no han podido entrar. Han perdido el trabajo. A los protagonistas no les afectará mucho, se van a otro sitio y andando, pero a los secundarios, los de reparto como era yo; para esos es una pequeña tragedia.

Encarna guardó silencio, mientras le acariciaba el pelo y dejaba que se desahogase.

—Fue mi primer trabajo, la primera película —continuó, sorbiendo por la nariz—. No te puedes ni imaginar lo contenta que estaba. Ahora solo quedan cenizas.

—Esas cosas pasan, cariño. Míralo por el lado bueno, al menos no te ha pillado allí.

—Fue una época en la que Aurelio y yo estábamos enamorados. Bueno..., yo estaba enamorada. También de eso quedan solo las cenizas.

—Acabáramos. Otra vez acordándote de Aurelio. ¿No habíamos quedado en que ya no sentías nada por él? Seguro que lo has vuelto a ver.

Paloma sonrió con amargura.

—Siento cariño por él, eso no puedo evitarlo. Y sí, lo vi hace unos tres meses y después he hablado con él por teléfono en un par de ocasiones. Lo está pasando muy mal con lo del *Straperlo*. Perdió el trabajo y cada dos por tres tiene que declarar ante el juez. Continuamos siendo amigos e intento darle ánimos. Lo que no estoy es enamorada de él. Y eso es lo que echo de menos. Es como si ya no pudiese enamorarme otra vez.

—¡Anda, ya! Deja de decir tonterías. Tienes toda la vida por delante para enamorarte todas las veces que te dé la gana.

—Eso me digo a mí misma, pero no sé... Es como si tuviese miedo. Miedo de que ya no fuese tan maravilloso como la primera vez. Y miedo a que me vuelva a salir mal.

—Lo mismo nos pasa a todas cuando nos llevamos un desengaño. No es

nada especial, créeme. Lo que me preocupa es que te está durando demasiado. Me parece que te haría bien salir con otros hombres. ¿Qué tal con Jaime? Hace tiempo que no me cuentas nada.

—No hay mucho que contar. Quedamos de vez en cuando. Lo paso bien con él, es divertido. Pero no sé... Es como si le faltase algo. Y lo cierto es que es todo un partidazo. Familia acomodada, a punto de hacerse abogado. Cualquiera chica en sus cabales estaría encantada.

—Falta chispa, ¿no es eso?

—Es una manera de decirlo —rio Paloma—. Pero supongo que llevas razón. También pienso que soy yo, que ya se me pasará y veré las cosas de otra manera. No quiero rechazarlo, pero tampoco que la relación vaya más allá de momento. Porque él lo que quiere es casarse. Y si todavía no se me ha declarado en toda regla es porque está esperando a terminar los estudios y tener un trabajo. Al día siguiente de que le den el título de abogado, seguro que se planta aquí a pedirle mi mano al tío Curro.

—Hija, un poco chapado a la antigua sí que se le ve.

—Ni te imaginas. No ha ido nunca a verme al teatro porque no podría soportar que los hombres del público me mirasen. Y no te digo nada si a alguno le diese por soltar una burrada, que también los hay de esos. Si por él fuese, dejaría el teatro hoy mismo. Así es que ya te puedes imaginar. Si le diera el sí, tendría que renunciar a hacer lo que me gusta.

Encarna se la quedó mirando comprensiva. Era mucha su experiencia y pocas las cosas que se le podían escapar. Preguntó como si tal cosa:

—¿Y el otro?

—¿Qué quieres decir?

—Que, o mucho me equivoco..., o Jaime no es el único galán que te corteja.

Paloma intentó poner cara de asombro pero le pudo la risa.

—Está visto que contigo no puedo tener secretos. O soy yo la que los confiesa o tú la que termina descubriéndolos. ¿Seguro que no tienes una bolita de cristal?

—Ya me gustaría, ya. Es cosa de los años; aprendes a observar y a sacar conclusiones. ¿Lo conozco?

—Claro que lo conoces. Es Miguel, el hijo de Miguel —dijo señalando el suelo, hacia el lugar donde más o menos se debía de encontrar la barra del bar.

—¡Válgame Dios! —exclamó Encarna, dando un respingo—. Menuda

diferencia. Es un buen chico, no digo yo lo contrario, pero...

—Pero no te parece que sea suficiente para mí —la ayudó Paloma a terminar la frase.

—No seas boba, no quería decir eso. Ni que tú fueses descendiente de la pata del Cid. ¿Lo sabe tu tío?

—Por supuesto que no. Y tú te cuidarás muy mucho de decirle nada.

—Seré una tumba.

Permanecieron unos segundos en silencio, rumiando la noticia.

—Aunque no me negarás —prosiguió Encarna— que entre lo que pueda ofrecerte el uno y el otro no hay color.

—No pienses que estoy indecisa, que me lo planteo como una elección. De ninguna manera. Ya te he dicho que no estoy enamorada. A Miguel también le falta algo. Otra clase de chispa. No sé, me siento como si mezclándolos a los dos tuviese a mi hombre ideal. Y lo que menos me importa es lo que puedan ofrecerme el uno o el otro. —Le dirigió una mirada de reproche.

—¡Ay, hija! Eso lo dices ahora porque eres joven. Lo mismo es llevar una vida desahogada, sin estrecheces, que pasarlas canutas para sacar una casa adelante. Mira a tu amiga Juani. Estará muy enamorada de su marido, pero tiene que vivir en un pisito alquilado y sin poder permitirse un lujo.

Hacia unos días que Paloma había visitado a Juani, para llevar a Vladito su regalo de Reyes. El niño ya andaba y chapurreaba unas cuantas palabras. Se lo había pasado en grande jugando con él.

—Pero son felices —afirmó con resignación—. Al fin y al cabo, es de eso de lo que se trata, ¿o no?

—Por supuesto que sí. Lo que ocurre es que cuando se acaba el amor. Y termina por acabarse, fíjate lo que te digo, es más fácil ser feliz si no tienes que pedir que te fie el panadero, el de los ultramarinos... ¿Qué te voy a contar yo?

—¿Y qué queda después del amor?

—El cariño. Un cariño distinto al que tú dices sentir por Aurelio. Más profundo, más sosegado. Bueno... hay quien también lo llama amor. Para mí el amor es pasión. En realidad, lo que se termina es la pasión.

—Supongo que llevas razón.

—¡Claro que la llevo! Pero hazme caso, la pasión y el amor te llegarán el día que menos te lo esperes. De momento, dedícate a pasarlo lo mejor que puedas. Y si a ti no te importa salir con dos hombres a la vez, no me ha de

importar a mí. Eso sí —Encarna se puso seria—, si hay algo que no me gusta de Miguel es que anda siempre metido en trifulcas políticas. Todos los días su padre nos cuenta alguna.

—Pues anda que Jaime. Si son tal para cual. En frentes distintos eso sí. Lo mismo llega el día en que tengo que verlos pegándose tiros el uno al otro. ¡Y encima no sería por mí! —bromeó Paloma.

—Ahí sí te tengo que dar la razón. De la política no puede sacarse nada bueno. Si acaso que te rompan la cabeza... o algo peor. Y más ahora, que andan todos alborotados con las elecciones.

—Miguel está convencido de que es la gran oportunidad de que en España cambien las cosas de una vez. Está más interesado en ir de acá para allá a todos los mítines y actos del Frente Popular que en verme a mí.

—¿Y Jaime?

—Más o menos lo mismo, aunque no le da tanta importancia al resultado de las elecciones. Dice que son un enfrentamiento entre izquierdas y derechas, y como la Falange no es ni una cosa ni la otra, pues que le da igual quien gane. Lo suyo es ir convenciendo a la gente, poco a poco, de que lo que ellos preconizan es la mejor solución para nuestros problemas. Lo que me asusta es que a ninguno de los dos, ni a Jaime ni a Miguel, les duelen prendas en reconocer que si no pueden convencer por las buenas a la gente de que su opción es la mejor, la convencerán por las malas y santas pascuas.

—Son tiempos locos estos que nos ha tocado vivir, hija mía. Ayer mismo, vinieron diciendo que unos fascistas, o sea los de Jaime, habían molido a palos a un grupo de chicos que estaban pegando carteles del Frente Popular. Uno de ellos lo mismo no lo cuenta.

Paloma se encogió de hombros.

—En el periódico también he leído que han asaltado una sede de Falange en Vigo. Un muerto y varios heridos. Así que ya lo ves, el día menos pensado me evitan tener que elegir.

—¡Ay, Paloma! Eso no lo digas ni en broma, que trae mala suerte.

—Llevas razón. Soy una tonta y hoy lo veo todo negro. Pero ya está bien de hablar de mí, que te voy a levantar dolor de cabeza con mis penas. ¿Cómo lleváis lo de la boda? Que tú también hace tiempo que no me cuentas nada.

—Querrás decir que cómo llevo lo de la boda. Porque tu tío se deja hacer y con eso ya es bastante.

—No se lo tengas en cuenta, Encarna. Lo hace por orgullo, al haber dado su brazo a torcer en lo de que nunca pasaría por el altar. En el fondo, estoy

segura de que le hace tanta ilusión como a ti.

—¿Tú crees? Porque si es así, lo disimula la mar de bien. La verdad es que hay una cosa de la que sí se ha encargado. —Soltó una risita misteriosa—. Nos ha buscado padrino.

Paloma recibió la noticia con alegría y asombro. Cuando le comunicaron que iban a casarse, ambos le pidieron que fuera la madrina, pero no se pusieron de acuerdo en quién podría ser el padrino.

—¿Y quién es? —preguntó impaciente.

—Pues... —Otra vez la risita—. Uno de tus posibles futuros suegros. A ver si lo adivinas.

Paloma se llevó las manos a la cara, fingiendo llorar.

—¡No puede ser verdad! Me estás tomando el pelo.

Encarna negó con la cabeza y Paloma tuvo que aceptar el hecho consumado.

—Entonces... Déjame pensar. Miguel no me pega. Le sale urticaria solo de pasar por delante de una iglesia. Tiene que ser don Melquíades.

—¡Premio! Será don Melquíades. Bueno..., si logra convencer a su mujer, que es una beata y dice que llevamos años viviendo en pecado. Doña Casta se llama. El nombre le va que ni pintado.

—Y a ella qué más le darán los pecados de los demás ¡Anda que vaya familia! No me extraña que Jaime haya salido tan santurrón. ¿Y dónde será la boda? ¿Lo tienes mirado ya?

—Pues sí. No muy lejos, en Manuel Becerra: la iglesia de Covadonga. Es amplia y bonita. He estado hablando con el párroco y no habrá problema.

Paloma vio tan ilusionada a Encarna que tuvo la tentación de recordarle sus palabras de pocos minutos antes sobre el amor, pero se contuvo a tiempo.

—¿Para cuándo?

—Pues ahí está la cosa. Dicen que la gente cada día se casa menos, pero todas las fechas de mayo y junio están ya cogidas. Porque tiene que ser en sábado o domingo, claro. Así es que al final lo hemos dejado para julio. Lo más seguro que el dieciocho al mediodía, aunque todavía no está confirmado. Después vendremos a celebrarlo a la venta. Blasa tiene un par de primas que pueden ayudarla en la cocina. Habrá que preparar comida para los invitados. Y después baile, hasta que el cuerpo aguante. Nada de organillo, con una orquesta de verdad. Eso todavía no se lo he dicho a tu tío, con lo que le duele rascarse el bolsillo, seguro que pone alguna pega.

Madrid, Venta del Curro.
Lunes, 17 de febrero de 1936.

A las nueve de la noche de un lunes de febrero no era habitual que la venta estuviese tan concurrida. Pero es que aquel lunes todo el mundo quería intercambiar noticias con vecinos y conocidos. Enterarse de lo que estaba ocurriendo y contar a los demás cómo y dónde habían vivido el histórico triunfo del Frente Popular en las elecciones del domingo. Porque aunque el recuento de los votos tardaría algunos días en ser definitivo, lo que sí parecía claro es que, en Madrid, las izquierdas habían ganado por amplio margen. Y lo mismo podía decirse de Barcelona. En otros lugares, las cosas todavía no estaban tan claras como para poder asegurar quién tendría la mayoría en el nuevo parlamento. Sin embargo, la euforia de los que habían apoyado y votado al Frente Popular les llevaba a asegurar que las izquierdas habían triunfado en toda España y que pronto formarían gobierno. Un gobierno decididamente republicano, que acabase con la desigualdad y trajese un soplo de aire fresco tras dos años de gobierno de los radicales y la CEDA, en los que la situación había ido de mal en peor. En el bando contrario, las derechas, aún se tenían esperanzas de que el recuento definitivo les otorgase unos buenos resultados que, unidos a las fuerzas de centro, les permitiesen alcanzar la tan ansiada mayoría. Lo que para unos era motivo de alegría desatada, para los otros significaba una pequeña gran tragedia.

Así las cosas, desde primeras horas de la mañana, a pesar de las escasas noticias de las que se disponía en esos momentos, las fuerzas de izquierdas se habían apresurado a dar el triunfo por seguro y sus militantes así lo proclamaban a los cuatro vientos, recorriendo obras y centros de trabajo y animando a los obreros a dejar la labor y unirse a las manifestaciones que se estaban organizado por todo Madrid. A medida que avanzaba el día, la confianza en el triunfo había ido en aumento y una de las manifestaciones había intentado llegar hasta la Cárcel Modelo²¹ para exigir la liberación de

los presos al grito de «¡Amnistía!». La intervención de la Guardia de Asalto había impedido su propósito. Sin embargo, en el cruce de las calles Blasco Ibáñez²² con Marqués de Urquijo se había producido un tiroteo con el resultado de un muerto y varios heridos. Este y otros desórdenes producidos en varios puntos de España habían aconsejado al gobierno decretar el estado de alarma en todo el país, lo que llevaba aparejada la censura previa de prensa.²³ Incluso en Alicante, donde una manifestación había abierto el hospital de leproso y los enfermos habían salido a la calle, se había decretado el estado de guerra.

Con estas noticias corriendo de boca en boca durante el día, aumentadas o exageradas, distorsionadas o manipuladas según el interés de cada cual, no es de extrañar que en la venta se diesen cita aquella noche tanto los habituales como los esporádicos. Incluso Amadeo, el cartero, se había dejado caer por allí. Últimamente se le veía poco por la venta. Cuando salía del trabajo, iba corriendo a casa a cuidar de su mujer, Adela, que no había tenido un buen parto y se había pasado casi un mes sin poder levantarse de la cama. La niña estaba bien. Le habían puesto Lorenza, como su suegra. Una suegra que ahora tenía en casa, viviendo con ellos, hasta que Adela pudiese volver a valerse por sí misma. Con la disculpa de ir a enterarse de las últimas noticias, había conseguido que las mujeres le permitiesen salir de casa por primera vez desde el día del parto. Si Crescencio el Cojo se llegase a enterar de que no iba por la venta porque no le dejaban, tendría que soportar sus burlas por mucho tiempo.

Curro y Miguel padre se afanaban en servir a la clientela mientras Encarna hacía lo que podía en la cocina, ya que Blasa no trabajaba por las tardes. Curro escuchaba, sin intervenir, los comentarios y chanzas de los parroquianos. De vez en cuando, alguno daba un viva a la República que era coreado a voz en grito por los demás. Curro sabía de qué pie cojeaba cada uno de sus clientes y podía asegurar casi todos los presentes habían votado al Frente Popular. Los que no lo habían hecho no estaban allí esa noche. Curro no había acudido a votar. Hasta el último momento estuvo pensando a quién hacerlo. Le fastidiaba dejar pasar la oportunidad de ejercer su derecho como ciudadano, pero aún más le fastidiaba no encontrar ninguna opción que le pareciese capaz de sacar a España adelante. La derecha ya se había visto lo que daba de sí. El centro había desaparecido tras los escándalos de corrupción que habían afectado al Partido Radical: el *Straperlo* y el asunto Nombela. Prueba de ello era que las primeras informaciones afirmaban que ni siquiera

Alejandro Lerroux había obtenido acta de diputado. Y la izquierda... El Frente Popular agrupaba desde los republicanos de izquierda hasta los comunistas. Proyectos demasiado dispares, para el gusto de Curro, que se habían puesto de acuerdo por motivos puramente electorales. No se fiaba de ellos. Su amigo Melquíades decía que «los lobos se habían disfrazado de corderos», haciendo referencia al manifiesto electoral del Frente Popular, que era un modelo de moderación. Y Curro pensaba que algo de razón no le faltaba. Si los republicanos de izquierdas se hubiesen presentado en solitario es muy probable que los hubiese votado. Integrados en el Frente Popular, pensaba que los republicanos corrían el riesgo de convertirse en rehenes de los extremistas. En resumidas cuentas, se había quedado en casa y no había participado, por primera vez en su vida, en unas elecciones en las que tuviese derecho a votar.

En cambio, Encarna sí lo había hecho. Y aunque no le había querido decir a quién, más que nada por hacerle rabiar, sabía que Calvo Sotelo, candidato por la coalición antirrevolucionaria de derechas, era su político favorito. Paloma cumpliría los veintitrés años en junio, así es que tendría que esperar a las siguientes elecciones para poder votar. Esa tarde había salido porque era su día libre. Curro no le había preguntado a dónde iba ni con quién porque sabía que le molestaba dar explicaciones, pero a punto estuvo de hacerlo. Como a Encarna le contaba todas sus andanzas, nada más salir por la puerta, fue a ella a quien preguntó. Al parecer, Paloma había quedado con Dori, una compañera del teatro, para ayudarla con el traslado a un piso que acababa de alquilar. Si se le hacía tarde, se quedaría con ella a dormir. El que no anduviese por la calle aquel día le dejó un poco más tranquilo.

La puerta de la venta no paraba de abrirse para dar entrada a nuevos clientes. El último en llegar había sido Calixto, el tranviario gallego. Por su trabajo, recorría varias veces al día el centro de la capital y era el que mejor informado podía estar de lo que estaba pasando en las calles. Varios de los presentes lo sabían y lo rodearon en cuanto entró, demandándole noticias. Curro estuvo más listo y ya le había hecho una seña para que se acercase a la barra cuando los otros comenzaron a acosarlo a preguntas.

—¿Qué te cuentas, Calixto? —le preguntó, sirviéndole un chato de vino bien cumplido antes de que pidiese nada—. Este es de parte de la casa..., a condición de que me informes a mí el primero de cómo ha estado el día por ahí fuera.

—Movidito, el día ha estado movidito. Y ya te lo pensaba contar yo

aunque no me hubieses invitado, que conste. Pero si hay invitación por medio..., pues mejor.

Entre los que se habían acercado para oír la conversación estaba Crescencio el Cojo. Durante muchos años, estuvo llevando, prendida al pecho, la medalla que le concedieron al valor por haber luchado en la guerra de Cuba, donde perdió la pierna. Decidió desprenderse de ella un buen día, después de escuchar, en un acto organizado por el Partido Comunista, algunos detalles de la represión llevada a cabo en Asturias por el ejército. Ahora la había sustituido por una insignia con una estrella roja de cinco puntas, en cuyo interior figuraba la hoz y el martillo.

—Por poco te vendes, camarada —dijo con voz pastosa, tras muchas horas de celebración por la victoria electoral—. Pero ya que estamos, yo no voy a ser menos, que también tengo cosas que contar. —Le tendió a Curro su vaso vacío para que lo rellenara.

Curro se lo quedó mirando unos instantes, sopesando la situación. Era generoso con las invitaciones, pero le molestaba que se lo exigiesen. Miró al resto de los que rodeaban al tranviario. Estaban Fulgencio, el que se dedicaba a las chapuzas de todo tipo; Isidro, bastante achispado, como siempre; Serapio, el carbonero, más negro que nunca; y Amadeo, el cartero, que acababa de unirse al grupo.

—Está bien Crescencio. A esta ronda invito yo, pero con la condición de que tú te hagas cargo de la siguiente. Que habrán ganado los tuyos, pero sigues igual de tacaño que si hubieran ganado los monárquicos. Y eso que el negocio del puesto te va de maravilla. —Curro sabía que, aunque la temporada taurina no comenzaba hasta dentro de un mes, Crescencio se ponía todos los días en la entrada del metro a las horas de más afluencia.

Los demás asintieron entusiasmados ante la oportunidad de tener dos rondas de balde. A Crescencio no le quedó más remedio que aceptar a regañadientes. Curro escanció en los vasos que le tendían y sirvió uno limpio a Amadeo. Calixto entendió que le había llegado su turno.

—Pues ya sabéis que ahora estoy haciendo la línea 51, de Sol a Torrijos.²⁴ Por el centro es por donde se ha visto más animación. La Puerta del Sol ha estado llena de gente desde por la mañana. Cada vez que entraba, tenía que llevar el tranvía despacito, despacito, para no atropellar a ningún paisano.

—¿Y qué hacía tanta gente por allí? —se interesó Serapio, el carbonero.

—Pues qué sé yo, *carallo*. Manifestarse, gritar, dar vivas a la

República...

—Pues yo he tenido faena toda la mañana, que con los días de frío no falta. Como para haberme ido a dar vivas a quien fuera.

—No seas aguafiestas, ¡coño! —le increpó Crescencio—. Hoy ha sido un día para celebrar. Y si se está celebrando no se trabaja. Cuando esta mañana ha venido el chaval que me ayuda a empujar el carro hasta el metro, le he dicho que hoy hacíamos fiesta. Le he dado la perra gorda de todos los días y se ha puesto tan contento.

—Por el recorrido del tranvía me he encontrado con bastantes obreros que también han hecho fiesta. Por lo visto, llegaba al tajo un grupo de gente del sindicato y pedía hablar con el encargado. Todo por las buenas, eso sí.

—¡Como para decir que no! —intervino Curro.

—El jefe ya nos lo había advertido esta mañana, al salir de las cocheras. Hemos puesto un par de banderitas de la República en la parte de *alante*. Nos ha dicho que si nos querían mandar *pa* casa les teníamos que hacer ver que los manifestantes también tienen que poder coger el tranvía. A nosotros nos han dejado trabajar.

—En la estafeta también se ha trabajado, aunque había bastante revuelo —comentó Amadeo—. Un compañero ha venido contando lo de la Puerta del Sol y el cartel de Gil Robles.

Todas las cabezas se giraron hacia él, pero fue Calixto el que prosiguió, algo molesto por la injerencia del cartero en su relato de los acontecimientos:

—A eso iba, que todavía no he terminado. ¿Os acordáis del cartelón de propaganda que pusieron con el retrato de Gil Robles? Ese que ocupaba toda una fachada. —Todos asintieron—. Pues la gente se ha puesto a tirarle piedras, así que para evitar males mayores, la autoridad ha dispuesto que lo retiraran los bomberos. ¡Cómo aplaudían cuando ha caído!

Miguel padre, que estaba escuchado a trozos lo que decían, mientras servía a los clientes, se paró un momento a su lado y les dijo:

—Lo de no trabajar hoy ha sido un invento de no se sabe quién. Mi hijo me ha dicho que desde la UGT se ha estado todo el día pidiendo tranquilidad y que nadie abandonase el trabajo. Y que las manifestaciones fuesen pacíficas para que no interviniesen las fuerzas del orden. Se quiere evitar como sea que el alboroto lo aprovechen provocadores fascistas.

Una vez dicho lo dicho, Miguel se retiró para continuar con la faena. Los demás se quedaron unos momentos en silencio, digiriendo la información. Curro comentó con sorna:

—Pues entonces, lo más seguro es que hayan sido los de la CNT los que iban por ahí parando las obras. Pues, que yo sepa, los comunistas y los anarquistas no se llevan muy bien. Crescencio, tus camaradas jefes te van a regañar por haber hecho fiesta.

La chanza fue acogida con risas por todos menos por Crescencio, que los miró enfurruñado. Isidro, el borrachín, también se unió a las risas, aunque no se había enterado muy bien del motivo. Todavía estaba dándole vueltas a las palabras de Miguel.

—Pues si hay *profocadores* fascistas, que vengan a mí a *profocarme*. ¡Ya verán qué sarta de palos les arreo!

—No hará falta tanto —apuntó Serapio—. Con que les echés el aliento, se irán corriendo a provocar a otra parte.

—No debe de ser cosa de broma, no os creáis —dijo Fulgencio, que hasta ese momento había permanecido callado—. Yo he estado esta mañana pintando una casa, cerquita de la plaza de España. Al salir, estaba todo lleno de guardias. El portero me ha dicho que más arriba, camino de la cárcel, había habido tiros. No se sabía muy bien quién había empezado ni por qué, pero los guardias habían respondido. Ha llegado un vecino comentando que los que habían disparado eran unos fascistas, desde un coche. Otro diciendo que no, que eran unos que iban manifestándose para pedir la libertad de los presos y que a uno se le ha disparado la pistola. He estado allí cinco minutos y cada vecino que se acercaba contaba una cosa diferente. Así es que me he venido para casa, que se me hacía tarde para comer.

—Eso lo he oído yo también —confirmó Calixto—. Me lo ha comentado un compañero de otra línea al terminar el turno. Por lo visto, ha habido algunos muertos.

—¿A quién le interesa ahora que haya tiros y muertos? —se preguntó Crescencio—. Pues a los fascistas, está claro. Hasta que no acabemos con ellos y con los curas no podremos vivir en paz. Curro, pon la ronda que me toca, que el vaso que me has dado tiene un agujero.

Después de servir la ronda, Curro musitó una disculpa y se apartó del grupo para echar una mano a Miguel, que estaba retirando vasos y platos de las mesas. Los demás continuaron todavía un buen rato discutiendo y haciendo bromas sobre las elecciones. Encarna salió un momento de la cocina y, al ver a Amadeo, se acercó a preguntarle por la niña y por Adela. Le encantaban los niños y muchas mañanas se pasaba por la casa del cartero para saludar y ver a la pequeña. Curro permaneció prudentemente alejado. No le

apetecía escuchar cómo se cambiaban los pañales o si la niña tomaba bien el pecho. A él los niños, sobre todo los recién nacidos, no le gustaban demasiado.

Poco a poco, la venta se fue vaciando. Miguel se puso a barrer y a ordenar las mesas, mientras Encarna fregaba la cocina. Curro, por su parte, atendía las últimas comandas de los rezagados y colocaba en las estanterías los vasos limpios. Amadeo se acodó en la barra frente a él. Había salido un momento, a acompañar a Crescencio hasta su casa, pero había regresado. Eran muchos los días que había pasado enclaustrado junto a su mujer y su suegra y no encontraba el momento de volver.

—Ponme un chato y sírvete tú otro.

Curro se secó las manos con el mandil y sirvió dos vasos.

—¿Tú cómo ves las cosas? —preguntó el cartero—. Quiero decir, si se confirma que ha ganado el Frente Popular.

Amadeo apreciaba al ventero y tenía en buena estima sus criterios. Lo conocía y sabía que no los hacía públicos cuando la audiencia era numerosa. La cosa cambiaba cuando la conversación era de tú a tú. No era la primera vez que buscaba charlar con Curro de aquella manera. Aunque se llevase bien con Crescencio y pareciese plegarse a sus excentricidades, hacía tiempo que no le tomaba en serio. Prefería la experiencia y buen juicio de Curro.

—¿A quién has votado?

—¡Coño, Curro! Que lo de responder a una pregunta con otra es cosa de Calixto, que es gallego.

—Es que dependiendo de a quién hayas votado, lo habrás hecho con una expectativas o con otras. Así tendré que responderte.

—Al Frente Popular —reconoció Amadeo—. Sin demasiado entusiasmo, pero los he votado. He confiado en Azaña. Hace dos años voté a los radicales y parece que me equivoqué. A ver si ahora hay más suerte.

—Yo diría que si se ajustan al manifiesto electoral que prepararon entre todos, la cosa no debería ir del todo mal. Supongo que si los has votado ha sido porque te ha parecido bien ese manifiesto.

—Sí, la verdad. Lo encontré bastante sensato, sin grandes estridencias. ¿Tú a quién has votado?

—Yo me he quedado en casa.

Amadeo sonrió como si hubiera esperado esa respuesta.

—O sea, que si piensas que cumpliendo con el manifiesto nos podría ir bien pero, en cambio, no los has votado... Eso quiere decir que no confías en

que lo respeten.

—Tú lo has dicho —reconoció Curro, levantando el vaso.

—Y qué pasará si llevas razón.

—Eso, amigo mío, no me atrevo ni a pensarlo. Creo que nunca he deseado más estar equivocado.

Los últimos clientes se despidieron y abandonaron la venta. Amadeo suspiró y se dispuso a hacer lo mismo. Había pasado un par de horas en libertad.

—Yo también me marchó. Todo lo bueno se acaba. Me gustaría poder decir hasta mañana, pero tendrá que ser hasta que me vuelvan a dar permiso.

—Cuando tú quieras y... te dejen. Aquí estaremos.

Miguel también estaba listo para marcharse y salieron juntos a la calle. Encarna terminó con lo que le tocaba y dijo que lo esperaba arriba, calentando la cama.

—Enseguida voy. Tengo que hacer un par de cosas todavía.

A Curro le gustaba quedarse solo durante unos minutos, cuando todos se habían ido. Aprovechaba para servirse un último trago y revisar que todo quedase en orden. La breve conversación con Amadeo le había hecho volver a darle vueltas en la cabeza a los últimos acontecimientos. No se sentía tranquilo. Pensaba, sobre todo, en el futuro de Paloma. A él ya le daba lo mismo, pero su sobrina tenía toda la vida por delante y le hubiera gustado que el horizonte apareciese más despejado.

En Europa, los tambores de guerra llevaban tiempo sonando. Italia continuaba con su invasión colonialista en Abisinia. Hitler estaba formando un gran ejército que empujaba a ingleses y franceses a hacer lo mismo. Incluso los americanos estaban gastando más que nunca en armamento. ¡Qué pronto se había olvidado el mundo de los horrores de la Gran Guerra! Si estallaba un nuevo conflicto dejaría al anterior en un simple juego de niños. ¿Podría España mantenerse por segunda vez al margen? Curro lo dudaba. Y ahora, con el triunfo del Frente Popular, en caso de confirmarse, lo dudaba más todavía. Stalin era el tercer gallo del gallinero, pero, a diferencia de Hitler o Mussolini, su manera de actuar era menos directa. Prefería mover peones en lugar de torres o caballos, extendiendo poco a poco su influencia en países como España, donde los comunistas y una buena parte de los socialistas veían a los soviéticos como el modelo a seguir. Esa querencia era, precisamente, la que le hacía desconfiar del Frente Popular. Azaña y los suyos parecían convencidos, de una forma un tanto infantil, de poder manejar

la situación y domesticar a los extremistas. El problema radicaba en que los extremistas cada vez eran más numerosos y existía el riesgo cierto para los republicanos de izquierdas de pasar de dominadores a dominados.

En el lado contrario, las cosas tampoco eran como para estar tranquilo. La Falange, un partido que al principio le había parecido exótico y que pensaba que no duraría mucho, cada día tenía más seguidores. Era en los tiempos en los que el propio Curro afirmaba que el fascismo no existía en España. Y seguía pensando que, en el momento en que lo dijo, llevaba razón. Habían crecido al calor de los errores de políticos supuestamente serios. Y ya no era solamente la Falange la que podía tildarse de fascista. Al ver la gran aceptación que tenían las tesis de Primo de Rivera entre los más jóvenes, la derecha española había optado por radicalizar a sus movimientos juveniles. Curro había visto en los periódicos una fotografía del último congreso de las JAP, las Juventudes de Acción Popular, en la que aparecía, tras el estrado una gran pancarta con la efigie de Gil Robles rodeada por la palabra *jefe* repetida hasta la saciedad. *Jefe, jefe, jefe...* En Italia gritaban «¡Duce, Duce, Duce...!»). Los desfiles de jóvenes uniformados no eran siquiera patrimonio de falangistas y *japistas*. Socialistas y comunistas hacían lo propio en cuanto tenían ocasión. Y por último, la derecha monárquica y santurrona, que continuaba aferrándose al pasado sin el menor deseo de progreso.

¿Y los demás? Los demás habían desaparecido. Entre los dos extremos no quedaba prácticamente nada.

Curro estaba absorto en sus pensamientos, dando un último repaso a la cocina, cuando oyó abrirse la puerta de entrada. Se maldijo a sí mismo por no haber echado la llave, como hacía a diario cuando salían los últimos clientes.

—¡Ya está cerrado! —gritó sin contemplaciones.

Cuando se asomó a ver quién era, un escalofrío le recorrió la espalda. Allí, plantado en el umbral y sonriendo cínicamente se encontró a Machaco. En sus elucubraciones se había olvidado de los anarquistas. Para terminarlo de arreglar, en España, con mucha más fuerza que en otros países, estaban los anarquistas. Un cajón de sastre donde cabían desde idealistas utópicos cargados de buenas intenciones hasta redomados hijos de perra como Machaco.

—¡Salud, Curro! Espero que lo de que está cerrado no sea para los amigos. —Entró y cerró la puerta—. Pensé que todavía podría tomarme un vaso de vino, de ese que sabes que me gusta.

—Pues no va poder ser —se reafirmó Curro, armándose de valor y

dispuesto a echar mano del «quitamanías» de Miguel—. Ya ves que no queda nadie y ahora mismo iba a apagar las luces.

—Vamos, Curro, no me hagas enfadar que he venido en son de paz. Ponme ese vino que tú y yo tenemos que charlar un momento. No te quitaré demasiado tiempo.

Curro se lo pensó. Todavía recordaba la facilidad con la que Machaco lo había derribado en su anterior visita. Si se enfrentaba a él, tendría todas las de perder.

—Tendrá que ser vino del normal. Ya no queda del otro. Los que vienen por aquí no tienen dinero para pagarlo y no lo voy a traer para que se avinagre. —Sacó la frasca de vino corriente y un vaso.

—Habrá que conformarse. Me fío de lo que me dices, para que veas que es cierto que vengo de buenas.

—¿Y qué se te ofrece?

—Hablar de los viejos tiempos, Curro. ¿Te acuerdas?

Ante el silencio expectante del ventero, Machaco prosiguió:

—Tú y yo teníamos un acuerdo. Un buen cuerdo para los dos. Tú tenías el negocio protegido y yo sacaba un beneficio que no me venía mal. Aquel acuerdo se rompió por motivos que ahora no vale la pena recordar. Lo pasado, pasado está. El caso es que he venido a ofrecerte que volvamos a sellar ese acuerdo.

—Un acuerdo que implica que mi mujer y yo nos matemos a trabajar para que tú te lleves el beneficio —respondió Curro, rojo de ira.

—No te alteres, Curro. Si lo piensas, no somos tan diferentes el uno del otro. En eso de vivir del trabajo de los demás, me refiero. —Se bebió el vino de un trago y señaló el vaso para que lo volviese a llenar—. Fue una pena que te deshicieses del negocio de las chicas. ¡Con lo bien que se estaba allí!

Curro le sirvió más vino y no respondió a la provocación. Siguiendo la lógica de Machaco, no podía rebatir sus argumentos. De nada le serviría defenderse aduciendo que él nunca había explotado a las chicas, y mucho menos que hubiese obligado a alguna a trabajar para él.

—Como tú has dicho, lo pasado, pasado está.

—¿Y qué tal le va a tu sobrina? ¿Sigue trabajando en el teatro? Estuve un día viéndola actuar. Pero no, no te asustes —añadió complacido, ante el espanto que reflejó el rostro de Curro—. Ella no me vio a mí. Estaba guapísima. No me podía ni imaginar lo que gana esa chica con menos ropa. Si la pusieses a servir las mesas así vestida tendrías esto lleno de clientes a

diario.

—Te lo dije una vez y no me gusta tener que repetir las cosas: deja en paz a Paloma —dijo Curro en tono amenazante, sin poderse contener.

Machaco se fue hacia él, le cogió por las solapas y lo zarandó con fuerza.

—¿Te parece que estás en condiciones de amenazarme, viejo? No están aquí tus amiguitos para defenderte: ni el fascista ni el socialista de pacotilla.

Curro sintió el aliento de Machaco en la cara. Comprobó, con un cierto orgullo, que no estaba asustado. Su mayor preocupación era que no bajase Encarna, alarmada por el ruido. Conservó la lucidez suficiente como para comprender que lo único que podía hacer era ceder para ganar tiempo y, al menos, intentar establecer algunas condiciones. Machaco le soltó, empujándolo con fuerza hacia atrás. Curro trastabilló, pero en el último momento consiguió agarrarse a la barra, evitando irse al suelo.

—¡Ya está bien de mariposear! —exclamó con furia—. O te avienes a lo que te propongo o lo vas a lamentar. Tú decides. Serán cien duros al mes.

Curro se incorporó lentamente y miró a los ojos al matón.

—Está bien —musitó—. Tú ganas.

Una desagradable sonrisa se dibujó en el rostro de Machaco.

—Así me gusta, Curro, que te muestres razonable. Y para sellar nuestro trato podemos empezar a partir de hoy mismo. Hoy tienes que haber hecho una buena caja, he visto salir a mucha gente.

Tal y como suponía, Machaco había esperado fuera, en las sombras, a que se vaciase la venta. Viniendo solo, no quería tener ningún encuentro desagradable. Curro no había contado el dinero de la caja, pero era cierto que el día había ido bien.

—Por muy bien que haya ido, no hay quinientas pesetas ni de lejos.

—Me conformaré con lo que tengas ahora. Siempre puedo pasarme otro día a por lo que falta.

—¿Cuándo?

—¿Te crees que soy tonto? Que te voy a decir el día y la hora para me estén esperando. No me pongas demasiados problemas, Curro, porque estoy seguro que en algún agujero de esta casa guardas más dinero. ¿Quieres que la ponga patas arriba? O mejor aún, que llame a Encarna para que me diga dónde está escondido.

—Si hay algo que no harían ni los tontos en los tiempos que corren es tener el dinero en casa. Para eso están los bancos. Vete a pedirselo a ellos.

—Humor no te falta, desde luego. ¡Anda, saca la caja de una puta vez!

Curro decía la verdad solo a medias. Si bien iba al banco con frecuencia a ingresar los beneficios, el agujero del que hablaba Machaco también existía. Encarna no conocía su ubicación, pero si la amenazaba, él se vería forzado a descubrirlo. Cogió la caja metálica con compartimentos en la que iba metiendo los ingresos del día y la puso sobre la barra, a la vista del matón. Contó los billetes.

—Las monedas de duro también —exigió Machaco—. Te puedes quedar con el cambio para mañana.

—Doscientas treinta y cinco pesetas —anunció al terminar, y lo puso sobre la barra.

—A partir de mañana —dijo Machaco, recogiendo el dinero y metiéndoselo en los bolsillos—, tendrás preparado el resto, por si me da por venir. Si hace falta, lo sacas del banco. ¿Entendido?

Curro asintió. Cuando iba a coger las últimas monedas que quedaban, le agarró la mano con fuerza, haciendo que lo mirase.

—En el trato también está incluida mi sobrina. Si llegas a hacerle algo, solo con que la roces, ya no habrá trato que valga. Y las quinientas pesetas ya encontraré otro que se las gane. No me faltarán interesados, te lo juro.

Machaco bajó la vista hacia la mano que lo sujetaba. Curro la liberó.

—Un trato es un trato, Curro. Pero no te apures, si encuentras a algún interesado en ganarse las quinientas, dile que traiga una más grande que esta. —Sacó una pistola y la puso sobre la barra, con un golpe seco—. Y ahora me toca a mí advertirte: si vuelve a pasarme algo desagradable, como aquella vez que la policía vino a detenerme a casa, o si te da por pedir ayuda a tus amiguitos o me entero de que intentas joderme de cualquier manera... Entonces seré yo el que dé el trato por finiquitado. Y si eso llegase a ocurrir, te recomiendo que os escondáis bien. Tú y tus dos mujeres. ¿Queda claro?

Machaco le lanzó una última mirada amenazante, dio media vuelta y se marchó, dando un portazo. Curro suspiró aliviado al quedarse solo. Sabía que tarde o temprano tenía que ocurrir. Y también sabía que cuando Machaco regresase no podría pedir ayuda a Jaime o a Miguel. Cualquier cosa que hicieran contra el facineroso será interpretada como un enfrentamiento político y les traería más problemas de los que ya tenían. Tenía que aprender a vivir bajo la amenaza permanente de aquel malnacido o marcharse bien lejos con Paloma y Encarna.

Si fuese más joven, él mismo encontraría una pistola más grande que la

de Machaco.

Madrid, Teatro Martín.
Domingo, 8 de marzo de 1936.

¡Palomaaa! ¡Al teléfono!

Las voces del administrador sobresaltaron a Paloma que, en esos momentos, se encontraba descansando en el camerino, antes de que comenzara la última función del día. Como casi todos los domingos, eran nada menos que tres las funciones y dos las obras representadas. No era habitual que las chicas recibieran llamadas en el teatro, ya que estaba prohibido y solo se permitían si se trataba de una urgencia. Miró a Dori asustada, pensando que habría ocurrido algo malo, y salió corriendo hacia la oficina, perseguida por su amiga. El administrador la esperaba en la puerta, con cara de pocos amigos.

—¿Quién es?

—¡Y yo qué sé! Ha dicho que era un familiar y que era urgente que hablara contigo. Espero que sea verdad, porque ya sabes cuáles son las normas.

Paloma entró en la oficina y cogió el auricular que descansaba sobre la mesa, ante la atenta mirada del administrador y Dori, que había llegado tras ella.

—¡Diga!

—Hola, Paloma. Lo mismo he hecho mal en llamarte, pero quería hablar contigo antes de... marcharme. Llamo para despedirme.

La voz de Aurelio casi le hizo dar un suspiro de alivio, pero se contuvo a tiempo. Pensaba que se trataría de su tío o Encarna, anunciándole alguna desgracia. En cambio, se encontró con Aurelio. Lo hubiera abofeteado de haberlo tenido delante, pero tuvo que disimular para no despertar las sospechas del administrador y llevarse un buen rapapolvos.

—¿Qué ocurre? —preguntó con voz temblorosa, haciendo que el propio Aurelio se sorprendiese de que la noticia le produjera tanta impresión. No

podía imaginar que las dotes de actriz de Paloma hubiesen mejorado tanto.

—Es por lo del juicio. Mañana o pasado el juez especial dictará un auto de procesamiento contra varias personas, entre las que me encuentro yo.

—Entiendo... ¡Qué horror!

Aurelio no podía ver la expresión de profunda tristeza que reflejó el rostro de Paloma, ni tampoco cómo, tapando el auricular con la mano y a punto de llorar, les rogaba al administrador y Dori que la dejaran sola un momento, cosa que hicieron sin rechistar, cerrando la puerta tras ellos. Inmediatamente, desapareció la expresión de tristeza para dar paso a la de simple preocupación.

—Perdona es que había gente escuchando. Ahora ya puedo hablar. ¿Qué me estabas diciendo?

—Decía que me van a procesar por lo el *Straperlo*. Y yo no quiero estar aquí para verlo. Me marcho al extranjero.

—Pero si aún no te han juzgado.

—Ya lo sé, pero tengo miedo de lo que pueda pasar. Según mi abogado, aunque me declarasen culpable, la condena no debería ser demasiado grande. En circunstancias normales, lo más seguro es que no pasase por la cárcel. Pagaría una multa, como mucho.

—¿Entonces?

—El problema es con los que gobiernan ahora. Con lo poco que llevan, ya han dado pruebas sobradas de que no son de fiar. Aunque yo no les importe, al que odian de verdad es a mi tío. Harían lo que fuera para atacarlo y a mí me pillaría en medio. No me queda más remedio que marcharme.

—¿A dónde irás?

—Mis planes son pasar en coche la frontera de Portugal. Iré con unos amigos, como si fuera a hacer turismo. Luego ya veremos. ¿Tú qué tal estás?

—Bien..., cómo siempre. Ahora estoy compartiendo piso con una compañera del teatro, pero voy casi todos los días a la venta. Por las mañanas. Escíbeme allí mejor..., si quieres.

—Por supuesto que te escribiré. Ya te iré contando cómo me va. Quería despedirme de ti... —Aurelio dudó antes de proseguir—. Lo mismo te parezco un tonto por decirlo en esta situación, pero quería oír tu voz de nuevo. Echo mucho de menos los momentos que pasamos juntos... y te echo de menos a ti. Sé que ya es tarde y que no hay vuelta atrás, pero quería que lo supieras.

Paloma sintió un nudo en la garganta. Unos meses atrás hubiera dado lo

que fuese por escuchar unas palabras parecidas.

—Yo también te echaré de menos —concluyó—. Ahora tengo que dejarte. No nos permiten utilizar el teléfono mucho tiempo. Promete que me escribirás.

—¡Claro! Ya te lo he dicho.

—Un beso, y que tengas mucha suerte.

—Igual te digo. Tú te la mereces más que yo. Hasta pronto.

Paloma colgó, se recompuso como pudo y abrió la puerta de la oficina. Afuera la esperaban Dori y el administrador, con gesto expectante. La tristeza volvió a su rostro como por ensalmo.

—Era mi primo Roberto, el de Badajoz. A mi tía, su madre, le ha dado un síncope y se la han encontrado muerta en la cocina. —Acompañó sus palabras con un sentido lamento y sorbiendo por la nariz—. Era la hermana de mi tío Curro y estaban muy unidos. Como no ha podido ponerse en contacto con él se le ha ocurrido llamarme al teatro. Siento las molestias.

—Nada, nada, mujer, para eso estamos. Te acompaño en el sentimiento —la consoló el administrador.

Paloma emprendió el regreso al camerino acompañada por Dori.

—No sabía que tuvieses una tía, creía que Curro era tu única familia —comentó Dori en voz más alta de lo deseable.

—¡Calla, idiota! —la reprendió por lo bajo.

Ya en el camerino y a salvo de los oídos indiscretos del administrador, Paloma le confesó el verdadero motivo de la llamada telefónica.

—Chica, me lo he tragado como una idiota —reconoció entre risas—. ¡Y anda que el administrador! Un poco más y te da la noche libre. Hay que ver qué bien actúas. Deberían darte mejores papeles.

Dori siempre había sido su mejor amiga en el teatro, pero últimamente estaban más unidas que nunca. Durante años había tenido alquilada una habitación por la ronda de Toledo. El poder trabajar de manera más continua y una oportunidad que le ofrecieron de alquilar, en buenas condiciones, un pequeño piso más próximo al teatro, en la calle de Hortaleza, la habían decidido a la mudanza. Paloma la había ayudado con el traslado y había quedado encantada con el piso.

—¿Por qué no te vienes conmigo? Hay dos habitaciones. Para mí sola sigue siendo un poco caro, pero si lo pagamos entre las dos...

Aceptó de inmediato, aunque no estaba segura de cómo lo encajarían Curro y Encarna. Después de sus anteriores intentonas de dejar el nido, todas

fallidas, estaba convencida de que le pondrían todo tipo de objeciones para abandonar la venta. Para su sorpresa, los dos se mostraron de acuerdo en que era mucho mejor para ella vivir cerca del trabajo y no tener que andar por ahí, a las tantas de la noche, y volver sola a casa todos los días. Lo que no le mentaron fue la reaparición de Machaco, de la que Encarna ya había sido informada. Pusieron una única condición: que dedicase las mañanas a ir a verlos. Así lo había hecho en las dos semanas que llevaba viviendo con Dori. Por las mañanas se acercaba a la venta y aprovechaba para irse llevando cosas a su nuevo hogar.

Paloma miró el reloj de pared del camerino. Quedaba poco para la función y se sentó, frente al espejo, para retocarse el maquillaje. Sentía pena por Aurelio. Tampoco le debía de resultar fácil a él abandonar el nido.

Lo que ni Aurelio ni ella podían saber es que dos días después, la policía de la frontera, precisamente en Badajoz, le denegaría el paso a Portugal, obligándolo a regresar en tren a Madrid, al haber sido decretado su procesamiento.

Madrid.
Lunes, 16 de marzo de 1936.

Casta, la mujer de don Melquíades, iba abrazando a sus hijos uno por uno sin parar de llorar y de invocar a la Virgen santísima para que los protegiese. Primero a Jaime, el mayor, luego a Pablo, con el que sus sollozos aumentaban de intensidad, y por último a Segundo. Y vuelta a empezar. Los tres comenzaban a impacientarse con la interminable despedida.

—Vamos, mamá, será solo hasta que las cosas se tranquilicen un poco —intervino Jaime, abrazándola cariñosamente—. No nos va a pasar nada. Además, tenemos que estar abajo cuando el coche pase a recogernos. No conviene que lo vean parado mucho tiempo delante del portal.

Lejos de consolarla, la inminencia de la partida hizo que el llanto aumentase de nivel. La dejaron tendida en un diván, al cuidado de Petronila, la criada, que intentaba que se tomase una tila. Don Melquíades los acompañó hasta la calle. Mientras bajaban las escaleras, sujetó por el brazo a Jaime, haciendo que se retrasase un poco para que sus hermanos no pudieran oírlo.

—Tú me dirás lo que quieras, pero si es verdad que no habéis hecho nada, no comprendo por qué tenéis que salir corriendo a esconderos.

—Papá, ya te lo he repetido cien veces. No hemos hecho nada por lo que pudiesen detenernos si de verdad hubiese justicia en España, pero con este gobierno que tenemos... Somos falangistas y no pensamos dejar de serlo. Solo por eso, están deteniendo a muchos compañeros. No nos dejan elección. Para nosotros, España es lo primero.

Don Melquíades le soltó el brazo. Había sido un último intento de retenerlos, pero no había nada que hacer. Tampoco tenía fuerza ni autoridad moral para hacerlo. Si los forzaba a quedarse y, como se temían, eran detenidos, él quedaría como único culpable. Pero tenía miedo. Miedo si se quedaban y más miedo aún si se marchaban. Jaime afirmaba que no habían

hecho nada... todavía. Pero Don Melquíades estaba seguro de que tal afirmación, aunque cierta porque su hijo no le mentiría en eso, podía dejar de serlo en cualquier momento. No haber hecho nada significaba que, por ahora, no habían herido o matado a nadie. Lo que se temía es que era una pura cuestión de oportunidad y, en las actuales circunstancias, la oportunidad de matar podía encontrarse a la vuelta de la esquina. También la de ser matado.

En los últimos diez días, habían sido asesinados tres falangistas en Madrid. Uno de ellos era compañero de Jaime en la universidad y pertenecía a la misma centuria que él. Don Melquíades le había oído jurar venganza y sus hermanos no se habían quedado atrás. Cuando al día siguiente de escuchar el juramento, se enteró de que unos fascistas habían tiroteado a un grupo de comunistas y matado a uno de ellos, se temió que hubieran cumplido su venganza. Sin embargo, Jaime le juró que no habían tenido nada que ver..., aunque les hubiera gustado, añadió orgulloso. Peor había sido el jueves, cuando por todo Madrid corrió la noticia de un atentado contra el socialista Jiménez de Asúa, que además era vicepresidente de las Cortes. Primero se dijo que había muerto, pero luego resultó que había salido milagrosamente ileso y que el muerto era uno de sus escoltas. Y lo último, el día anterior, cuando unos desconocidos habían tiroteado el domicilio particular de Largo Caballero. Por lo menos, tenía la seguridad de que no habían sido sus hijos porque, a la hora que ocurrió, estaban en casa.

Por toda España se habían registrado y clausurado las sedes de Falange y sus miembros habían ido a dar con sus huesos en la cárcel. El propio José Antonio había sido detenido el sábado. Lo mismo había ocurrido con casi todos los dirigentes importantes. Jaime protestaba indignado aduciendo que «cuando nos matan a nosotros no detienen a nadie y ni siquiera sale la noticia en los periódicos». En eso llevaba razón, la censura no permitía que noticias de ese tipo saliesen publicadas.

Al llegar a la planta baja, Jaime les indicó que permanecieran en el portal mientras él salía a esperar al coche que vendría a recogerlos. Conocía al conductor desde hacía poco tiempo. Solo sabía de él que se llamaba Eduardo y que era un falangista recién incorporado, mecánico de profesión y joven como ellos. En los inicios de Falange, sus integrantes habían sido en su mayoría universitarios o bien pertenecían a familias acomodadas. Ahora las cosas habían cambiado. Cada vez eran más los profesionales o simples obreros que llegaban a ellos desengañados con los partidos y los sindicatos de izquierdas. Jaime estaba encantado de que fuera así. De que Falange

comenzase a ser un partido para todos. No tardó mucho en verlo doblar la esquina, al volante de un Balilla²⁵ de color verde oscuro. Le hizo una seña para que esperase y entró de nuevo al portal.

—Ya está aquí. Nos tenemos que ir.

Uno tras otro, se fueron despidiendo de su padre, que apenas podía contener las lágrimas. Cada uno llevaba una pequeña bolsa de mano con una muda limpia, artículos de aseo y un par de libros. Solo lo estrictamente necesario, les habían advertido. «Que no parezca que os vais por mucho tiempo. Nunca se sabe quién puede estar observando.» Falange se había convertido en un partido perseguido y sus miembros se estaban acostumbrando a actuar en la clandestinidad y, como tal, tomar las debidas precauciones. Esa era una de las razones por las que no sabía demasiado de Eduardo, su chófer ocasional, como tampoco del destino al que los conducía.

—Mandadnos recado de que estáis bien —les dijo finalmente don Melquíades—. O llamad por teléfono, si podéis. Vuestra madre no va a estar tranquila hasta que no sepa que os habéis instalado sin problemas. Si necesitáis algo, lo que sea...

—Ya los sabemos, papá, te lo pedimos y tú nos lo concedes, como el genio de la lámpara —bromeó Pablo, haciendo sonreír a sus hermanos.

Finalmente, se enfrentó Jaime y lo cogió por los hombros.

—Tú eres el mayor. A ti te hago responsable de ellos. Cuídalos tanto como a ti mismo.

—Eso ni dudarlo, papá.

Un último abrazo y salieron a la calle. Don Melquíades les había dado doscientas pesetas a cada uno. Quería haberles dado más, pero ellos rehusaron. Al fin y al cabo, lo que sí sabían era que permanecerían en Madrid. Si necesitaban más dinero, se pondrían en contacto de alguna forma.

Eduardo se estaba impacientando. No había apagado el motor y les metió prisa al verlos salir. El pequeño coche solo tenía dos puertas y todos subieron por la del lado derecho. Jaime ocupó el lugar al lado del conductor. Nada más sentarse, Eduardo arrancó y los tres se giraron para echar un último vistazo a la casa en la que habían vivido desde siempre.

—Tranquilos, chicos. Seguro que volveréis pronto —les animó Eduardo—. Cada día somos más y llegará un momento que no nos podrán parar esos cabrones rojos. Los pasaremos por encima.

Desde el primer momento, Eduardo les cayó bien. Debía de tener unos veintitrés o veinticuatro años. Tenía los incisivos superiores separados, lo que

le daba un aspecto travieso cuando sonreía, y movía de un lado a otro el palillo que siempre llevaba en la boca. Jaime hizo las presentaciones y le dio las gracias en nombre de los tres por el favor de ir a recogerlos.

—No se merecen, compañero. Si no nos ayudamos entre nosotros, ¿quién nos va a ayudar? Yo, en el taller, donde todos son comunistas o anarquistas, me tengo que morder la lengua muchas veces. Con vosotros delante, me puedo cagar en su puta madre con toda la libertad.

—¿Yo también puedo hacerlo? —preguntó Pablo—. ¡Me cago en la puta madre de todos los rojos!

Jaime intentó reprenderlo, pero le pudo más la risa. Hasta Segundo, siempre taciturno, lanzó el mismo grito. Las miradas se volvieron hacia su hermano mayor, al que no le quedó más remedio que repetir la frase.

—Es bonito el coche. ¿Es tuyo? —se interesó Jaime una vez se hubieron desahogado.

—Pues sí, es mío —respondió Eduardo, orgulloso—. Te sorprende, ¿verdad?

Jaime tuvo que reconocer que sí. El mecánico tenía prácticamente su misma edad y le pareció que no podía ganar tanto con su trabajo como para permitirse aquel lujo. No era un coche ostentoso, ni mucho menos, pero estaba prácticamente nuevo, limpio y muy bien cuidado. Le miró las manos distraídamente. Eran, sin duda, de mecánico: renegridas por mucho que las hubiese frotado al lavarlas.

—Si lo llegas a ver hace diez meses... El dueño anterior tuvo un accidente y lo dejó hecho un higo. No tenía dinero para el arreglo, así es que me lo vendió a precio de chatarra. Le pedí permiso al patrón para usar el taller y las herramientas en mis ratos libres y los domingos. No veáis el trabajo que me ha costado dejarlo así, pero ha merecido la pena, ¿no os parece?

Los hermanos estuvieron de acuerdo en que el coche había quedado estupendo. Pablo afirmó que, en cuanto pudiera, pensaba aprender a conducir.

Habían enfilado la calle de Francisco Silvela y estaban llegando a la plaza de López de Hoyos. Jaime creyó llegado el momento de preguntar por fin a dónde iban.

—No sé si os lo habían dicho —respondió Eduardo—, pero no vais a poder estar los tres juntos en la misma casa.

Jaime se sobresaltó. Era la primera noticia que tenía. Cuando había

hablado con sus jefes de la necesidad de que les buscaran algún piso franco, al que poder mudarse durante una temporada, en ningún momento se había mencionado que se fueran a separar. Los pisos francos, por lo general, los estaban aportando las nuevas incorporaciones a Falange. Personas que no estaban fichadas y que no eran señaladas en el vecindario por su ideología política.

—¿Y eso por qué? —preguntó irritado.

—Oye, que yo no tengo la culpa. Es lo que me han ordenado. Supongo que será en parte por espacio y también por seguridad. Yo me haré cargo de uno de vosotros. Vivo en Vallecas, con mi abuela por parte de madre. No hay de qué preocuparse, porque no se entera de nada la mujer. Le he dicho que es un compañero nuevo de trabajo que no tiene dónde quedarse. La habitación es pequeña, pero tiene ventana. A los otros, os tengo que dejar en Cuatro Caminos, con un matrimonio. Los dos son camaradas y no tienen hijos.

—Será mejor que yo me vaya con él —intervino Segundo—, para que Pablo y tú os quedéis juntos.

Jaime comprendió que no estaba en situación de protestar, así es que no le quedó más remedio que aceptarlo como un hecho consumado y estuvo de acuerdo con Segundo en que esa era la mejor solución. Pablo no dijo nada, pero se sintió aliviado de que su compañero fuese su hermano mayor.

—Deberemos tener alguna forma de mantenernos en contacto.

—¿Qué os parece si quedamos mañana al mediodía? —propuso Segundo—. Algún sitio donde haya mucha gente y pasemos desapercibidos.

—En la Puerta del Sol —apuntó Pablo.

—De acuerdo, entonces —aceptó Jaime—. Mañana al mediodía en la Puerta del Sol. Frente al Ministerio de Gobernación. Si hay algún lugar donde no nos buscarán, será ahí.

Faltaba poco para llegar a la glorieta de Cuatro Caminos.

—¿Se sabe algo de José Antonio? —preguntó Segundo, dirigiéndose a su nuevo compañero.

—Que sigue preso y que no parece que vaya a dejar de estarlo por algún tiempo. No lo quieren soltar y están buscando cualquier cosa de la que acusarlo para poderlo condenar. Si se tiene que hacer juicio, pues se hace. Pero eso es casi lo de menos.

Eduardo giró por Bravo Murillo y aparcó. Les señaló una bocacalle.

—Es ahí. En el número dieciséis, la tercera planta. Solo hay una puerta.

Ya en un susurro, les comunicó el santo y seña que debían utilizar para

que les franquearan el paso. Después se despidieron con rapidez y Jaime y Pablo se quedaron en la acera, observando cómo el Balilla se alejaba.

—¿Tú crees que yo tendré coche algún día? —preguntó Pablo.

—Pues claro que sí. Pero uno más grande y americano, que son los buenos.

No tardaron en encontrar el número que buscaban. Era un edificio como tantos otros, antiguo, con un portal oscuro y unas escaleras que olían a aceite rancio y verdura cocida. Si esperaban que su nueva casa fuera una mansión, sus esperanzas se desvanecieron en unos segundos. Subieron a la tercera planta y Jaime llamó con los nudillos en la única puerta que había. Al poco, se oyeron unos pasos rápidos acercándose y la mirilla de metal enrejado se abrió por dentro. Jaime se acercó para que le pudieran ver mejor. Unos ojos de mujer lo observaron.

—Venimos a tomar café²⁶ —dijo en voz baja—. Si no tiene, nosotros traemos.

Los ojos desaparecieron de la mirilla y escucharon el sonido del cerrojo. La puerta se abrió y una mujer de facciones agradables y que debía de rondar los cuarenta años les apremió a que entraran. Tras dejarlos pasar, se asomó un momento a la escalera para comprobar si algún vecino los había visto. Después cerró y se quedó frente a ellos, mirándolos e intentando sonreír, aunque su cara delataba que estaba asustada.

—Me llamo Jimena. Mi marido está trabajando, pero me avisó de que vendríaís.

Jaime pensó que era mucho lo que aquella mujer que no conocían se estaba jugando por darles cobijo. No le extrañaba su miedo. Quedaron los tres, mirándose en silencio durante unos segundos, hasta que Pablo dejó la bolsa en el suelo, abrió los brazos y se aproximó a ella.

—Muchas gracias, camarada. Yo soy Pablo y este alelado es mi hermano Jaime.

Los tres se fundieron en un abrazo.

Madrid, paseo de la Castellana.
Martes, 14 de abril de 1936.

El día del quinto aniversario de la República había amanecido gris. La lluvia, sin ser fuerte, amenazaba con deslucir el gran desfile militar que se iba a celebrar en la capital de España. El público había comenzado a ocupar los márgenes del paseo de la Castellana desde muy temprano y, al acercarse la hora de inicio, se había congregado una multitud a lo largo del recorrido.

Una gran tribuna para las autoridades había sido instalada en la desembocadura de la calle de Fernando el Santo. Fuerzas de la Guardia Civil y de Asalto protegían la zona. El presidente de la República, Martínez Barrio, que ocupaba el puesto de forma interina tras la destitución de Alcalá Zamora, y el jefe del gobierno, Azaña, ocupaban el centro de la tribuna. A los lados y detrás de ellos, los ministros, altos mandos militares y otras personalidades.

Miguel, desde el otro lado de la Castellana, con la calle de Ayala a sus espaldas, observaba, con una sonrisa irónica, cómo terminaban de acomodarse, bastante apretados, los prohombres de la patria sobre la plataforma de madera. Llevaba, como toda protección contra la lluvia, una gorra plana que ya estaba completamente empapada, pues se había pasado varias horas de acá para allá, cuidando de que todo estuviese en orden. Le habían encomendado la misión de organizar a las juventudes del partido, a los mocosos, como los llamaba él, y de distribuirlos a lo largo del camino que debía seguir el desfile. A él le habían asignado el sector comprendido entre la plaza de Colón y la calle de Ayala. Los chicos y chicas de las recientemente formadas Juventudes Socialistas Unificadas²⁷ acataban sus órdenes con alegría y entusiasmo, aunque algunos tenían prácticamente su misma edad. Iban todos, tanto ellas como ellos, uniformados con camisa azul y corbata roja. A los mocosos se les veía felices, aunque finalmente no iban a poder desfilar tal y como se había intentado desde el partido. Al parecer, había sido el propio Azaña el que había denegado la autorización. A cambio, se les

permitió formar un cordón humano a ambos lados de la Castellana. Uniendo sus manos, como si estuvieran jugando al corro, delimitaban el paseo en toda su longitud.

Justo delante de él tenía a una mocosa muy guapa que, de tanto en cuanto, se giraba y le sonreía. No debía de tener más de dieciséis o diecisiete años, pero a Miguel le recordaba a Paloma. Hacía más de una semana que la había visto por última vez y eso era mucho tiempo. Habían dado un paseo por la plaza Mayor, charlando y, de vez en cuando, cogidos de la mano. Lo habían pasado bien, aunque ella rehuía con soltura cualquier intento que fuese más allá de cogerle la mano. Ya de vuelta, al dejarla en el portal del piso que ahora compartía con una compañera del teatro, la había besado, y ella se había dejado hacer. Pero cuando intentó poner un pie dentro del portal, le dio con la puerta en las narices, con tanta naturalidad y elegancia que Miguel tuvo la certeza de que no era la primera vez que había despachado de esa forma a algún otro pretendiente. Se estaba impacientando con ella. Hasta ahora, nunca le había costado tanto doblegar a una mujer. Si no fuese porque Paloma le gustaba de verdad, hacía ya tiempo que se habría ido a escalar otras murallas. Sabía que no debía forzar la situación con ella. Su padre le había advertido que mucho ojito con lo que hacía, que si le buscaba algún problema con Curro por su mala cabeza, le iba a partir el lomo a estacazos. Después de dejarla en el portal, se había dejado caer por El Burladero, un oscuro local donde hombres y mujeres iban a buscar lo que necesitaban. Lo había hecho, en parte, para aliviar la calentura, y también para comprobar si no estaría perdiendo sus facultades con las mujeres. Había quedado satisfecho y rehabilitado. Una mujercita linda y aparentemente tímida, tras una hora de acoso y galanterías bien dichas al oído, había accedido a permitirle dormir en caliente. De eso hacía más de una semana. Mucho tiempo. La mocosa volvió a sonreírle y él le guiño un ojo.

El jefe del Estado, después de pasar revista a las tropas, dio su autorización para que comenzase el desfile y así se lo transmitieron al jefe de Línea, el general Miaja, que abrió la marcha. Miguel miró su reloj. Eran las once y media. Aún le quedaba un buen rato de chaparrón.

Acababa de pasar el general por delante de las autoridades y comenzaban a hacerlo las tropas en formación, cuando se escuchó un disparo justo detrás de la tribuna. Siguieron más disparos, alternados con explosiones más fuertes. Se produjo un gran alboroto. La gente corría en todas direcciones presa del pánico, los guardias de asalto corrían hacia el lugar de las explosiones, los

caballos de la escolta presidencial, que estaban en uno de los laterales de la tribuna, se encabritaron e hicieron rodar por el suelo a los jinetes. Algunos soldados que desfilaban se detuvieron desconcertados, otros continuaron la marcha. Miguel, que lo observaba todo desde la acera de enfrente, aprovechó el revuelo para cruzar la Castellana a la carrera. Sus jefes del partido le habían avisado de que se esperaban provocaciones fascistas durante el desfile y que estuviese preparado. Llevaba la pistola empuñada en el interior del bolsillo, por si tenía que sacarla con rapidez.

Cuando se abrió paso hasta el lugar de los hechos solo pudo ver a unos guardias que se llevaban fuertemente sujeto por los brazos a un hombrecillo que sangraba por la nariz. Se acercó a un compañero que llevaba, al igual que él, un lazo rojo en la solapa.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó.

—Un fascista, que ha tirado una traca. Antes de que lo agarrasen los guardias, le hemos dado un par de buenas bofetadas. Ahora que se lo llevan va haciéndose el borracho. ¡Será cabrón!

Provenientes de la tribuna se escuchaban voces de las autoridades llamando a la calma a los asistentes. Un «viva a la República» fue coreado con fuerza. Volvió la tranquilidad y el desfile continuó.

A unos doscientos metros de la tribuna, en la misma acera en dirección a la plaza de Colón, Miguel y su hermano Pablo estiraban el cuello todo lo que podían para intentar ver lo que estaba ocurriendo. Estaban situados a la altura de la sede de la presidencia del Consejo. Habían escuchado lo que parecían ser disparos y los gritos de la gente que corría. La cabecera del desfile no había llegado hasta donde ellos se encontraban. El día anterior, por medio de Eduardo, habían recibido una nota en la que se les ordenaba que acudieran al desfile por parejas, nunca en grupos más numerosos para no llamar la atención, y que permanecieran vigilantes por lo que pudiera pasar. Debían intentar contrarrestar los más que probables abucheos a algunas de las fuerzas que iban a desfilas y, si era posible, abuchear ellos mismos al Gobierno. El final de la nota les exhortaba a que llevarsen los paraguas. Así lo habían hecho, y ahora se guarecían de la lluvia bajo uno negro y grande. Jaime también llevaba la pistola en un bolsillo interior del abrigo porque, a diferencia de Pablo, él si conocía el significado de «llevar paraguas», que no

era otro que el de acudir armado. Cada uno portaba, además, una porra hecha de grueso cable metálico forrado de goma, y Pablo, una navaja. Si los registraban, tendrían problemas y era por eso por lo que Jaime no había querido acercarse más hacia la zona de la tribuna, donde la vigilancia sería mayor, pese a la insistencia de su hermano.

—Vamos a ver lo que pasa. Aquí no nos enteramos de nada —propuso Pablo una vez más.

—Ye te he dicho que no. Es demasiado riesgo para nada.

—Lo que pasa es que eres un cobardica —dijo, intentando picarlo.

—Vale, pues yo seré un cobardica, pero tú tienes menos seso que un mosquito.

—¿Y si Segundo está en problemas?

Jaime no respondió. Segundo y Eduardo formaban pareja. Los habían saludado media hora antes de empezar el desfile, pero se separaron inmediatamente. Cada pareja había ido por su lado. Confió en que no les hubiese pasado nada.

Estaban en primera fila, justo detrás de la cadena que formaban los de las Juventudes Socialistas, a los que Pablo llamaba despectivamente «los rojitos». Observó cómo se iban transmitiendo las noticias de unos a otros. Las recibían del compañero que tenían a su izquierda y las repetían al de su derecha, sin soltarse las manos en ningún momento. Al llegar a los que estaban a su altura, pudieron escucharles decir que no habían sido disparos, sino unos petardos.

—Lo ves, no ha sido nada —le dijo Jaime al oído, con un cierto alivio—. Seguro que Eduardo y Segundo están bien.

El desfile se reanudó y pronto las primeras tropas pasaron por donde se encontraban. Eran soldados de infantería. Jaime intentó distraer a su hermano informándole de lo que significaban las diferentes insignias que llevaban en las solapas y los galones y estrellas que lucían los jefes que iban al frente de las agrupaciones. Pronto desistió ante la indiferencia mostrada por Pablo, que parecía un tanto decepcionado al enterarse de que no habían sido disparos y por las excesivas precauciones que tomaba su hermano.

La monotonía del desfile y la falta de conversación devolvían los pensamientos de Jaime al día anterior. No podía quitárselo de la cabeza. Se las había arreglado para hacer llegar una nota a Paloma. No la veía desde antes de marcharse de casa de sus padres y la echaba de menos. La había citado en la plaza de Santa Bárbara, no muy lejos del piso que compartía con

Dori. No estaba seguro de que hubiera recibido la nota, y tampoco de que quisiese verlo. Le dio mucha alegría cuando la vio aparecer con una gran sonrisa en los labios dedicada a él, que llevaba veinte minutos esperándola sumido en un mar de dudas. Habían paseado sin prisas ni dirección establecida, disfrutando de la mutua compañía. Lo mejor llegó a la hora de la despedida, en el portal de su casa. Él se había pasado la tarde reuniendo el valor suficiente para intentar besarla cuando se despidieran. Llegado el momento, se había quedado como petrificado, mirándola con cara de bobo, sin poder articular palabra. Comprendiendo lo que ocurría, Paloma se echó a reír y tomó la iniciativa: le cogió la cara entre sus manos y lo besó en la boca. Ni demasiado fuerte, ni demasiado suave. Justo lo suficiente para que a Jaime se le calentaran las orejas. Se había pasado toda la noche y buena parte del desfile soñando con sus labios.

Las formaciones de tropas continuaban pasando frente a ellos. Desde su izquierda comenzaron a escucharse gritos. En un primer momento, no pudieron distinguir lo que decían, pero percibían como se iban acercando rápidamente hacia su posición.

—¿Qué ocurre? —preguntó Pablo.

Jaime se puso de puntillas y pudo ver uniformes verdes y tricornios.

—Creo que es la Guardia Civil. No les caen demasiado bien a los rojos.

Para las fuerzas de izquierda, la Guardia Civil representaba el brazo represor de los poderosos y asociada desde siempre con la monarquía. Sucesos como los de Arnedo, Casas Viejas y los más recientes de Asturias hacían que algunos integrantes del Frente Popular pidiesen abiertamente su disolución. Los gritos arreciaban y ya podía entenderse lo que decían: «¡U. H. P.!²⁸ ¡Muera la Guardia Civil!». Incluso algún que otro «¡Viva Rusia!», entremezclados con aplausos y vivas a España, la República y la Guardia Civil.

Al pasar por delante de donde se encontraban, Jaime y Pablo comenzaron a aplaudir con fuerza, uniendo sus voces a las que defendían a la Benemérita. El público se agolpaba para ver lo que ocurría. Unos pocos metros a su derecha los gritos contrarios se hicieron más fuertes. Los que los proferían fueron reprendidos, también a gritos, por otros espectadores. No podían ver lo que ocurría porque estaban tapados por la gente. De pronto comenzaron a sonar, esta vez sí, disparos. Tan cerca que, sin pensarlo, se agacharon para evitarlos. La gente huía presa del pánico y, arrollados por la multitud, acabaron en el suelo. La confusión era grande y el olor a pólvora evidente.

Jaime se lanzó sobre su hermano para cubrirlo con su cuerpo.

Permanecieron así unos interminables minutos hasta que pareció que se restablecía la calma. Se incorporaron, preguntándose el uno al otro si estaban bien. Salvo algunas contusiones producidas por la avalancha, no tenían nada grave. Miraron hacia el lugar donde se habían producido los disparos. Varias personas habían quedado heridas, tendidas en el suelo. Al lado de dos de ellas se estaba formando un charco de sangre. Uno tenía una pistola en la mano. Los guardias de asalto llegaban de todas partes, y personas del público les indicaban por dónde habían huido los agresores. Ya se escuchaba el ulular de una ambulancia.

—Vámonos —dijo Jaime—. Aquí no pintamos nada. Como los guardias se pongan a registrar a la gente lo vamos a pasar mal.

Pablo no opuso resistencia. Estaba pálido. Había tenido los disparos que deseaba, aunque demasiado cerca para su gusto.

—¿Crees que alguno estará muerto? —preguntó.

—¿Y cómo quieres que lo sepa? —respondió Jaime malhumorado, más preocupado por encontrar un camino para alejarse de allí que no estuviese vigilado.

—Lo mismo son de los nuestros —insistió Pablo.

—Aunque lo sean, no podemos hacer nada.

De lo único que estaba seguro era de que ninguno de ellos era Segundo. Pidió a Dios que no hubiese sufrido daño.

Madrid, cuartel de la Guardia Civil de Bellas Artes.
Jueves, 16 de abril de 1936.

Uno de los heridos que quedaron en el suelo tras el tiroteo murió poco después. Se trataba de un alférez de la Guardia Civil llamado Anastasio de los Reyes, que había acudido a presenciar el desfile vestido de paisano. De los detalles se enteraron Jaime y Pablo por la tarde, ya en el piso franco. Se los llevó Ricardo, su anfitrión y marido de Jimena, que trabajaba en el Ministerio de Hacienda, como secretario. Las noticias corrían rápidamente de boca en boca en una ciudad cada vez más acostumbrada a los sobresaltos. A los ministerios y centros oficiales, llegaban por lo general de primera mano y eran más fiables que las que se podían escuchar en bares y tabernas.

—Le dispararon por la espalda y a quemarropa. En los cuarteles están que trinan —les informó.

El miércoles había transcurrido lleno de tensiones. El Gobierno no quería que se aprovechara el asesinato para organizar manifestaciones en su contra e intentó que el entierro se realizase casi en secreto, a lo que jefes y compañeros del fallecido se negaron en redondo, desobedeciendo las órdenes del director general de la Guardia Civil, general Pozas. El cadáver fue trasladado al cuartel de Bellas Artes, en la loma situada frente a lo que había sido el hipódromo de la Castellana, lugar desde donde tenía previsto salir el entierro ese jueves.

La hora del sepelio, así como la condición de alférez del muerto habían tratado de ser silenciadas para reducir, en la medida de lo posible, el número de asistentes. En la esquila que publicó el periódico *ABC*, la censura había borrado la hora. Sin embargo, el boca a boca volvió a funcionar y mucho antes de las tres de la tarde, cuando tenía previsto salir la comitiva fúnebre, los alrededores del cuartel estaban muy concurridos.

Jaime se había citado allí con Segundo y Eduardo. Había logrado evitar que Pablo lo acompañara. Lo dejó en el piso, al cuidado de Jimena, con un

paquete de libros que les había hecho llegar su padre, con el encargo de que no descuidasen los estudios. Había tenido que mentir, diciéndole que iba a ver a Paloma. El aislamiento de los dos hermanos hacía que pasasen muchas horas juntos y Jaime se había sincerado con él, hablándole de sus sentimientos por la sobrina de Curro. Pablo le acosaba a preguntas, no sin mostrar un cierto orgullo porque su hermano tuviese una novia tan guapa. «Cuidado con lo que haces, que me chivo a mamá», le había advertido maliciosamente cuando salía, camino del entierro.

Entre el gentío congregado había muchos militares de uniforme. También civiles, a algunos de los cuales Jaime reconoció como camaradas de Falange, y otros que le sonaban no sabía de qué. Probablemente de haberlos visto en alguno de los actos que organizaban antes de ser ilegalizados. Tras dar varias vueltas, consiguió localizar a Segundo. Se dieron un abrazo y se besaron.

—¿Y Eduardo? —se interesó Jaime.

—Ha ido a ver si se enteraba de algo. Vendrá en seguida.

Al poco, lo vieron dirigirse hacia ellos sorteando los corrillos de personal uniformado. Al llegar, saludó a Jaime levantando el brazo. Llevaba en la boca su inseparable palillo.

—¿Qué te cuentas, camarada? ¿Has visto lo bien que estoy cuidando a tu hermanito? Si hasta ha engordado con los platos de garbanzos que le pone mi abuela. Y eso que lleva solo un mes, verás cuando lleve dos.

Segundo se apresuró a decir que no era verdad, provocando la risa Jaime.

—¿Qué noticias traes? —preguntó al mecánico.

—Pues que los militares, sobre todo los compañeros del alférez, están más cabreados que una mona. Eso de que los cabrones que gobiernan hayan puesto todas las pegadas del mundo para darle un homenaje al difunto es para mear y no echar gota.

—¿Y piensan hacer algo? —se interesó Segundo, con la esperanza de que, de una vez por todas, el Ejército pusiese firmes a los políticos.

—De momento, nos vamos a pasar por el forro el recorrido que habían ordenado para el entierro. Querían que bajásemos por Serrano hasta la Puerta de Alcalá. Pero de eso nada, vamos a ir por Castellana, con dos cojones. Por lo menos hasta Cibeles, que luego los más cabreados están proponiendo acercarse al Congreso con el féretro. Aunque eso lo veo más difícil, porque parece ser que la familia del difunto no quiere follón.

Jaime miró a su alrededor. Todos los militares portaban su arma reglamentaria y estaba seguro de que muchos de los civiles también llevaban

una, aunque escondida, como él mismo.

—¿Vas armado? —le preguntó por lo bajo a Eduardo, para que su hermano no pudiera oírle.

—Eso ni se pregunta —respondió abriendo un momento la cazadora y mostrando un revólver—. A tu hermano le he conseguido una pistola. Es un poco antigua y solo tiene tres balas.

Jaime se sobresaltó. Continuaba intentando que sus hermanos no participasen en acciones violentas. Con un arma en las manos, le iba a resultar más difícil. Miró a Segundo, que se encogió de hombros.

—Tú también llevas, ¿no? Lo mismo quieres que no me pueda defender.

No le quedó más remedio que aceptar la situación. Al fin y al cabo, había sido él quien los había metido en Falange, aunque no esperaba que llegase a ser tan peligroso. Si a alguno de los dos llegara a pasarle algo...

El féretro ya salía del cuartel, a hombros de compañeros del alférez. Los asistentes prorrumpieron en vivas a España y a la Guardia Civil. Y mueras a la República. Pronto, sus tres voces se unieron a las del resto.

Miguel había llegado el último a la reunión. Miró a los presentes y musitó una disculpa. Conocía a todos los que se encontraban allí. A unos más y a otros menos. Con él, eran siete. Esa mañana, un compañero de la imprenta, que también era de la UGT, un veterano, le había propuesto realizar un servicio para la causa. «Puede ser peligroso», le había advertido. «Lo que sea», había respondido él. Le dio la dirección donde tenía que presentarse aquella tarde, a las dos, con la recomendación de que fuese puntual.

Y allí estaba ahora, con un nudo en el estómago. Sabía que la propuesta de su compañero no había sido por casualidad. Hasta ese momento había cumplido bien con todas las tareas que le habían encomendado. También había participado en varias reyertas, sobre todo con falangistas, y en alguna con los de la CNT. Sin embargo, tenía la impresión que lo de ese día era una prueba. Una especie de bautismo de fuego. «Si te portas bien —le había dicho el compañero—, te conseguiré una licencia para esa pistola que guardas en la taquilla.» El motivo de su retraso había sido precisamente ese, carecer de licencia y tener que ir sorteando controles de los «asaltos» hasta llegar al lugar de la cita. Había muchos guardias por las calles con lo del entierro. Si lo registraban y descubrían la pistola, pasaría unas horas en el

cuartelillo, hasta que fuesen a sacarlo. Ya le había pasado un par de veces.

La cita era en la caseta de una obra de un edificio en construcción, en la calle Miguel Ángel. Al mando de la cuadrilla estaba uno al que llamaban Vito. Un tipo no muy alto aunque fornido. Sería unos cinco o seis años mayor que él y tenía fama de no andarse con contemplaciones a la hora de enfrentarse a los fascistas. Sabía que pertenecía a la Motorizada, un grupo de hombres duros que acompañaban a Indalecio Prieto y le daban protección. Los demás se presentaron por sus nombres. El único nuevo era él. También era el más joven.

Viendo que ya estaban todos, Vito sacó una hoja de papel y la puso sobre una caja de madera que hacía las veces de mesa. En él estaban, toscamente trazadas, calles, plazas e intersecciones. Tan mal estaban que a Miguel le costó trabajo reconocer la zona a la que hacían referencia.

—Esto es el paseo de la Castellana —dijo Vito, señalando la vía que recorría todo el plano a lo largo—. Nosotros estamos por aquí. La procesión de los fascistas saldrá de un poco más arriba, donde estaba el hipódromo, más o menos.

—¿Por dónde irán? —preguntó uno llamado Anselmo.

—Ahí está la cosa. En principio, tenían orden del gobierno de ir por la calle Serrano, que es paralela a Castellana. —Señaló una línea en el plano—. Pero nos ha dicho un pajarito que se van a saltar a la torera esa orden y van a bajar por Castellana. Por lo menos, hasta Cibeles, luego ya se verá.

—Entonces, van a seguir el mismo camino que el desfile del martes —intervino Miguel—. Lo mismo lo hacen por eso.

—Es posible —reconoció Vito—. A los fascistas les gusta buscar la simbología de cada cosa. Son así de idiotas.

Los demás miraron a Miguel, que se había ganado una pizca de respeto con su comentario.

—Lo que vamos a hacer nosotros es hostigarles —prosiguió Vito—. Guerra de guerrillas, muchachos. Iremos siempre por delante de la comitiva. Tengo localizadas tres o cuatro obras a lo largo del camino. Donde hay obras, hay obreros. Y si hay obreros, unos cuantos son de la UGT. Ya hemos hablado con algunos compañeros y no nos pondrán problemas. Si hay jaleo, se tirarán al suelo y luego dirán que no han visto nada. En el entierro irá mucha gente armada. No es cuestión de enfrentarnos a ellos porque llevaríamos las de perder. Así es que pegamos unos tiros y salimos corriendo. Mientras se reponen del susto, nosotros nos plantamos en la siguiente obra.

—Señaló otros puntos a lo largo del recorrido—. ¿Está claro?

Todos asintieron.

—Habrá que llevar cuidado —les previno Miguel—. Hay muchos guardias por la calle. Estaban parando a la gente, sobre todo a los que iban en grupo. He tenido que dar un rodeo para llegar hasta aquí.

—Tú pégate a mí y no te preocupes por los «asaltos». Yo me encargaré de ellos si hace falta.

Miguel se dio por enterado. Los demás permanecieron en silencio. Tensos pero sin aparentar nerviosismo. Vito miró la hora.

—Aún falta un rato. Tú súbete a la azotea y, cuando veas que vienen, nos avisas con un silbido —dijo, señalando a Anselmo.

Iba ya a salir de la caseta el aludido, cuando Vito le dijo que esperase. Se dirigió hacia una bolsa que había dejado en un rincón y sacó una botella de coñac.

—Nos vendrá bien echar un trago antes de la fiesta. Sin pasarse, ¡eh!

Le tendió la botella a Anselmo, que la descorchó, dio un buen trago a gollete y a continuación se limpió con la manga. Salió sin despedirse.

La comitiva quedó formada con el féretro llevado a hombros. Los compañeros del alférez se irían turnando a lo largo del recorrido. Le precedían los miembros del clero, con una cruz al frente. Inmediatamente detrás, se situó el duelo presidido por militares de alta graduación, que arrojaban a los familiares del finado; también los directores generales de la Guardia Civil y de Seguridad, otras personalidades en representación de diferentes organismos oficiales e, incluso, diputados de las derechas como Gil Robles, que no habían querido perder la oportunidad de manifestarse en contra del Gobierno del Frente Popular. A continuación, una pequeña multitud de militares, falangistas y simpatizantes.

Desde donde se encontraban, no muy lejos de la cabecera, Jaime podía distinguir la calva coronilla de Gil Robles. Se lo señaló a su hermano.

—Por lo menos ha tenido la decencia de venir —dijo Segundo—. Los hay que todavía creen que va a ser él quien salve a España. Pero no me parece a mí que este tenga los redaños necesarios para hacerlo. Como no sea José Antonio...

—He visto a Fernando, su hermano pequeño, que también está por aquí

—comentó Eduardo.

—No me esperaba yo que fuésemos tantos, tal y como están las cosas — dijo Jaime, tras mirar a sus espaldas.

La conversación quedó interrumpida por un griterío que se produjo a su derecha. No pudieron ver de qué se trataba. Solo algunas carreras, bofetadas y unos guardias de asalto que se llevaban a un individuo detenido. Alguien aseguró que había sacado una pistola. La tensión era tan grande que casi podía masticarse. La situación se reprodujo unos metros más allá. Nuevas carreras, tumulto y bofetadas. Los guardias interviniendo.

—Nos van a estar provocando durante todo el camino, ya lo veréis — aseguró Jaime.

—Son unos hijos de puta —sentenció Eduardo—. Ni enterrar a los muertos en paz nos van a dejar.

La comitiva continuó su marcha. Acababan de pasar la intersección con la calle Miguel Ángel, que salía oblicua a Castellana.

A la botella de coñac le quedaban apenas dos dedos cuando escucharon el silbido de Anselmo. Vito los apuró de un solo trago.

—¡Aligerando! —ordenó.

Salieron de la caseta y se dirigieron a la carrera hacia el edificio en construcción, cuya fachada trasera daba al paseo de la Castellana. Unos obreros que estaban trabajando los miraron y siguieron a sus cosas. Subieron hasta la cuarta planta por las rampas, todavía sin peldaños, de las futuras escaleras. Allí se reunieron con Anselmo, que bajaba de la azotea. En esa planta ya se habían levantado los tabiques. Fueron hacia una de las habitaciones donde había dos ventanas desde las que se dominaba el paso del entierro. Debajo de ellos tenían el tejado de una casa, cuyo jardín estaba separado de la Castellana por una verja de hierro. Vito abrió la bolsa y sacó una pistola ametralladora. Miguel no pudo reprimir un silbido de admiración. Aquella no era un arma que estuviera al alcance de cualquiera.

—¿Te gusta, eh? Si demuestras que vales, algún día tendrás una.

Vito ocupó una de las ventanas junto a Anselmo. Distribuyó a los demás entre la otra ventana y la habitación contigua.

—¡A mi orden! —gritó para que todos pudieran oírle.

Jaime caminaba a unos diez metros por detrás del féretro. Iba mirando a un lado y a otro. Tenía el presentimiento de que algo iba a ocurrir y estaba intranquilo, vigilante. Alzó la vista hacia un edificio en construcción que se elevaba detrás de una casa de dos plantas con un pequeño jardín que daba al lateral de la Castellana. Solo tuvo tiempo de coger a su hermano del brazo y tirar de él hacia el suelo.

Una ráfaga de ametralladora fue el inicio de la descarga de disparos que llovieron sobre los asistentes al entierro. Los que portaban el féretro estuvieron a punto de dejarlo caer. Aguantaron como pudieron, en cuclillas, con él a sus espaldas. A su alrededor, muchos también se habían tirado al suelo. Otros corrían agachados, tratando de esquivar las balas y buscando cobijo tras los árboles y los coches que estaban aparcados. Aquello duró apenas unos segundos, pero a Jaime se le hicieron eternos. Notaba, bajo él, la respiración de su hermano, y aquello le tranquilizó un poco. El tiroteo terminó de repente, tal y como había empezado. Los guardias de asalto que vigilaban el entierro ya corrían hacia el origen de los disparos, acompañados de un buen número de militares y gente de paisano con las armas en la mano. Al poco, se dieron cuenta de que la entrada al edificio en construcción no estaba en el paseo de la Castellana, sino en la calle posterior. En las ventanas ya no había nadie. Algunos comenzaron a disparar estúpidamente contra el edificio y Jaime tuvo que detener a su hermano cuando se disponía a hacer lo mismo con su vetusta y recién estrenada pistola.

—¿Estás bien? —le preguntó, al tiempo que le sujetaba el brazo.

Ante su gesto afirmativo, se giró hacia Eduardo para interesarse por él. Estaba pálido y con pocas ganas de soltar una de sus bravuconadas, pero tampoco había sufrido daño. Por todas partes se escuchaban los gemidos de los heridos. Era la segunda vez, en apenas tres días, que Jaime se veía en una situación similar. Las ambulancias de la Cruz Roja llegaron a los pocos minutos y salieron rápidamente, llevándose a los heridos más graves. Más tarde se enterarían de que al menos uno de ellos había muerto. Una bala le había reventado la cabeza. Se llamaba Andrés Sáenz de Heredia y era primo de José Antonio.

Los que habían salido corriendo a intentar localizar a los culpables ya regresaban sin haber encontrado a nadie. La comitiva se estaba rehaciendo. Gil Robles comentaba en un corrillo de allegados que él había corrido a

guarecerse tras un coche, pero que no le había dado la gana tirarse al suelo.

Los militares y guardias civiles de graduación dieron órdenes para que el cortejo fuera precedido de gente armada por los laterales de la Castellana. Era la mejor manera de no volver a tener sorpresas desagradables. Varios guardias civiles que estaban de servicio portaban fusiles y se distribuyeron a izquierda y derecha.

El entierro continuó su marcha.

Miguel y sus compañeros se doblaban, con las manos en las rodillas, intentando recuperar el aliento. Nada más vaciar el cargador, Vito había dado la orden de retirada. Salieron a la calle Miguel Ángel, por la que el edificio en construcción tenía su entrada, y echaron a correr hacia la izquierda. Los asistentes al entierro que habían salido a su encuentro aún tardarían un par de minutos en llegar. Para entonces, ya estarían lejos.

Sin parar de correr, habían ido callejeando, siempre dejando la Castellana a su izquierda. Cuando estimaron que ya estaban lo suficientemente lejos, salieron al paseo y cruzaron a la otra acera. Llegaron al cruce con la calle de Lista y allí estaba el segundo edificio que Vito había seleccionado. Como en el anterior, los obreros miraron para otro lado cuando los vieron aparecer. Se sentaron a descansar unos momentos, con la espalda apoyada en la tapia que rodeaba la finca.

—¿Habéis visto cómo corrían los putos fascistas? —comentó jocosamente Anselmo.

—Yo creo que me he cargado por lo menos a dos —dijo con satisfacción el que estaba su lado y que bizqueaba del ojo derecho.

Todos, excepto Miguel y Vito, que los escuchaba sonriente, se pusieron a relatar cómo habían disparado y el número de fascistas a los que creían haber alcanzado.

—¡Me cago en la puta! —exclamó este, riendo—. Si fuese verdad lo que contáis, en dos días terminábamos con ellos. ¿Y tú, Miguel, a cuántos fascistas has despachado? —se interesó, al darse cuenta de su silencio.

—Pues... no sé. Estábamos lejos. Yo he disparado al bulto. Supongo que a alguno habré dado.

Lo cierto era que más que al bulto había disparado con los ojos cerrados.

—Por lo menos hay uno que es honesto —reconoció Vito—. Estábamos

demasiado lejos como para hacer puntería. Pero como iban muy juntos, lo mejor era disparar al bulto, como ha hecho Miguel. Yo creo que a alguno sí que nos hemos llevado por delante.

Su afirmación fue coreada con entusiasmo por los demás.

—¡Y ahora, a por otros cuantos! —exclamó el bizco, eufórico.

—Para el carro, chaval. Serán fascistas, pero no son tontos y van armados. Ahora están prevenidos y habrán tomado precauciones. Lo primero, recargad las armas. ¿Tenéis munición?

Todos respondieron afirmativamente y se pusieron a hacer lo que les había ordenado Vito.

—Lo que vamos a hacer ahora —continuó dándoles instrucciones— es disparar desde más lejos, antes de que lleguen a nuestra altura. Tampoco subiremos tan arriba. Nos quedaremos en la primera o la segunda planta, ya veremos. Hay que salir por patas más rápido que antes si no queremos que nos cierren el paso. Ya sé lo que estáis pensando, que así será más difícil que cacemos a alguno. Es verdad, pero a cambio también será más fácil que no salgamos de aquí con los pies por delante. Y esta tarde, a contarlo a los amigos y pillarnos una buena. ¿Estamos de acuerdo?

No hubo protestas. Ya algo más calmados, lo que todos querían era salir de allí sanos y salvos y, ¿por qué no?, presumir de su hazaña delante de una jarra de vino.

—Tú, Miguel —prosiguió Vito—, esta vez te quedarás abajo, cuidando de que nadie nos venga por detrás. Si ves algo raro silbas, gritas... o lo que te dé la gana, pero que se te oiga. Y los demás: aquí nadie suelta un tiro hasta que yo no diga que se suelte. Si alguno desobedece, el tiro se lo daré yo. Estoy hablando en serio. ¿Entendido?

La comitiva ya estaba desembocando en la plaza de Cibeles. Habían tenido otro par de sobresaltos antes de llegar hasta allí. Disparos hechos desde edificios en construcción que, por fortuna, no habían alcanzado a nadie. El sentimiento general era de indignación con lo que estaba sucediendo. Que un entierro fuese tiroteado en varias ocasiones en pleno centro de Madrid era algo nunca visto. Los más exaltados querían continuar hacia la carrera de San Jerónimo y rezar un responso con el féretro a las puertas del Congreso, donde sabían que, a esas horas, estaban reunidos los

diputados. Afortunadamente, los familiares del alférez De los Reyes se opusieron a ello. Por si acaso, las fuerzas de asalto habían tomado posiciones para evitarlo a toda costa.

—Si fuésemos ahora al Congreso los pillaríamos a todos dentro y les haríamos pagar por sus fechorías —dijo Segundo, poniendo en palabras lo que pensaban muchos de los presentes—. Ni responso ni leches. Al muerto que se lo lleven al cementerio sus familiares. Lo que los demás deberíamos hacer es ir cargarnos a esos rojos de mierda.

La vehemencia de Segundo sorprendió a su hermano. Una vez pasado el susto, se estaba dejando llevar por la furia. Eduardo le dio un suave codazo en el costado.

—¡Vaya con tu hermanito! Está hecho una fiera. Pues si vamos al Congreso, yo me pido a la Pasionaria. Yo creo que lo que le hace falta a esa zorra es un poco de buena jodienda.

—¿Os habéis vuelto locos los dos o qué? Esos guardias que están cerrando el paso no tendrían problemas en liarse a tiros con nosotros en cuanto intentásemos ir más allá de su línea.

Jaime se había percatado de que algunos portaban armas largas. También sabía que, si bien la Guardia Civil estaba mayoritariamente de su lado, los de Asalto sentían preferencia por el bando contrario. Eran bastantes los socialistas y republicanos integrados en sus filas.

La tensa situación se saldó con unos cuantos gritos e insultos dirigidos a ellos en la distancia. El entierro giró hacia la izquierda, por la calle de Alcalá. En la plaza de la Independencia estaba previsto que el féretro se cargase en un furgón fúnebre que lo llevase hasta el cementerio del Este. Por una vez, se respetaron las órdenes recibidas, aunque eran bastantes los que pedían continuar hasta Manuel Becerra, que era el lugar habitual en el que se despedían los entierros.

Los vivos a España y mueras a la República arreciaron al subir el féretro al furgón y no cesaron hasta que se puso en marcha y desapareció en la distancia, seguido de varios coches cargados de coronas y otros que llevaban a la familia, amigos y autoridades.

Jaime miró el reloj. Habían pasado dos horas largas desde el inicio. Sin duda, habían sido las dos horas más largas de su vida. Pensó que había llegado el momento de marcharse y así se lo hizo saber a los otros dos.

—¿Marcharnos ahora? —preguntó Segundo, incrédulo.

Eduardo le apoyó de inmediato:

—Yo nunca, hasta ahora, había visto esta cantidad de camaradas juntos. Ni siquiera creía que fuésemos tantos. Esto hay que explotarlo, que la gente nos vea y se dé cuenta de nuestra fuerza.

Las voces que se escuchaban por todas partes pedían lo mismo. No podían dejarlo ahora que estaban juntos y se sentían fuertes. La gente estaba más que enfadada por lo que había ocurrido al paso del cortejo. Tras la partida del féretro y los familiares, ahora se sentían liberados y con ánimos de venganza. No hizo falta que se pusieran de acuerdo. Unos cuantos emprendieron la marcha y arrastraron a los demás. Siguieron el mismo camino que el furgón fúnebre: por la calle de Alcalá hacia la plaza de Manuel Becerra.

A Jaime no le quedó más remedio que dar su brazo a torcer. Miró a su alrededor. Calculó que serían unas dos mil personas. Todas ellas enfervorizadas y gritando consignas por las que, sin la fuerza que les daba su número, podrían haber sido detenidas de inmediato.

Jaime terminó por dejarse llevar y se unió al griterío.

Algunas unidades de asalto les salieron al paso a lo largo del recorrido, intentando que la manifestación se disolviera. Se produjeron varias escaramuzas, pero no eran suficientes guardias como para hacerles frente y optaban por retirarse.

La situación cambió al llegar a la plaza de Manuel Becerra. Allí, los de asalto habían concentrado sus fuerzas y llegaron los enfrentamientos. Los manifestantes corrían, perseguidos por los guardias, pero se volvían a reagrupar con rapidez y reanudaban sus gritos y provocaciones.

Jaime, ahora sí, estaba tan enfervorizado como todos. Tenía ganas de pelea y participaba como el que más en las labores de acoso a los guardias. En un determinado momento, vio como un joven teniente de asalto, que parecía estar al mando, salía corriendo detrás de unos manifestantes y quedaba aislado del grueso de sus guardias. Rápidamente los manifestantes lo rodearon y comenzaron a empujarlo y zarandearlo. Jaime estaba muy cerca y fue hacia él. El teniente era delgado y más bien bajito, con gafas de montura redonda y fino bigote. Consiguió zafarse un momento de sus agresores y sacó la pistola.

Sonaron dos disparos. Un joven que Jaime tenía justo delante cayó fulminado, con una bala en el pecho. Los compañeros del teniente llegaron ese momento y lograron evitar que fuera linchado. Jaime se giró buscando a su hermano. El corazón le dio un vuelco al descubrirlo herido en el suelo,

ayudado por Eduardo. Fue hacia ellos corriendo.

—Creo que no es grave —dijo Eduardo, sujetándole el brazo, que sangraba abundantemente.

—Tenéis que hacerme un torniquete. Utilizad un cinturón —pidió Segundo, que pese a todo parecía muy calmado.

Jaime se quitó el suyo y lo apretó en el brazo, por encima de la herida. Comprobó que solo se trataba de un rasguño. Bastante profundo, pero no grave, como había anticipado Eduardo.

—Tenemos que llevarte a un hospital a que te curen —dijo Jaime, tirando de su hermano para ponerlo de pie.

—No podéis llevarme a un hospital. Además de curarme, avisarán a los guardias y lo más seguro es que termine en el cuartelillo.

—En eso lleva razón —convino Eduardo.

—Si os hubiera dado a alguno de vosotros, yo lo habría curado. — Segundo, que llevaba más de dos años estudiando medicina se permitió el lujo de bromear para quitarle hierro al asunto.

—Pero no puedes curarte a ti mismo, idiota —le soltó Jaime, irritado.

—Escuchadme un momento. No ponerse nerviosos. Conozco un practicante que es amigo de Falange, aunque no milita. Ya nos ha hecho servicios en otras ocasiones. Yo sé dónde vive. Tenemos como veinte minutos andando. ¿Crees que podrás llegar?

Segundo respondió afirmativamente. Jaime estuvo de acuerdo en que la idea era buena. Los enfrentamientos continuaban, pero los de asalto parecían controlar la situación. Una ambulancia se abrió paso para llegar hasta el otro herido, que continuaba en el suelo y parecía grave.

—¡Vámonos! —ordenó Jaime.

Se giró una última vez para ver si localizaba al teniente que había herido a su hermano. Lo vio a unos veinte metros, rodeado de guardias y con la pistola todavía en la mano. Por un momento, tuvo la tentación de llegarse hasta él y pegarle un tiro. Metió la mano en el bolsillo y empuñó la pistola. Eduardo, adivinando sus intenciones, se plantó en su camino y negó con la cabeza.

—Lo primero es llevar a tu hermano a que lo curen.

Al día siguiente, con la tranquilidad de saber a Segundo fuera de peligro,

Jaime recibió el aviso de acudir a una reunión clandestina, en la que se trataría de lo acontecido durante el entierro y posterior manifestación. Entre los muertos había dos camaradas de Falange. Los heridos llegaban a la veintena. Se imponía tomar represalias.

Se dieron cita en un sótano próximo a la glorieta de Bilbao y tomaron todo tipo de precauciones para no verse descubiertos. Había dejado a Pablo al cuidado de Segundo. Por supuesto, a sus padres no les había dicho ni media palabra.

No serían más de treinta los asistentes, todos de confianza, entre los que se encontraban también Eduardo y Ricardo. El mecánico les había ido a recoger con el Balilla.

Cuando Jaime relató lo acontecido en la plaza de Manuel Becerra y dio la descripción del joven teniente de asalto, preguntando si alguien lo conocía, varias voces exclamaron al unísono: «¡El hijo de puta de Castillo!».

Madrid, miércoles, 6 de mayo de 1936.

Paloma y Dori se disponían a desayunar en la pequeña cocina del piso que compartían. Llevaban más de dos meses en su nueva casa y no se arrepentían en absoluto de haber dado aquel paso. Se sentían felices añadiendo detalles —un cuadro, una silla, un jarrón...— que, poco a poco, iban convirtiendo la modesta vivienda en lo más parecido a un hogar. Tenían lo justo: dos habitaciones, una salita, la cocina y, lo más importante para Dori, un cuarto de baño propio. No había sido habitual, en la larga lista de alojamientos por los que había pasado, gozar de semejante lujo.

Solían levantarse tarde. Antes de salir del teatro por las noches, tenían que quitarse el maquillaje, cambiarse y dejar la ropa preparada para el día siguiente. Cuando llegaban a casa, todavía se quedaban un rato charlando y comentando los acontecimientos del día. Rara vez se acostaban antes de las dos de la mañana.

Aquel día, sin embargo, se habían levantado temprano. Paloma esperaba visita. Jacobo le había dado el recado después de la primera función del martes. Le preguntó si iba a estar en casa porque Juani quería pasarse a verla al día siguiente, con el niño. Lo encontró algo taciturno y le preguntó si es que había pasado algo. Respondió que no, pero sin mucha convicción. Paloma se quedó preocupada. Jacobo era de esos hombres a los que no se les da bien mentir.

—Habrán tenido una pelea —aventuró Dori, con la boca llena de magdalena empapada en café—. A ver si va a ser el único matrimonio del mundo en el que todo vaya como la seda.

—No, supongo que no. Pronto saldremos de dudas, que ya está al caer.

—Pues luego me lo cuentas, que yo os dejo solas. Así estaréis más tranquilas. Voy a ver si compro un par de cosas que me hacen falta.

Paloma no insistió en que se quedara. Era una de las cosas buenas que tenía Dori: no hacía falta pedirle las cosas. Siempre se anticipaba a las

situaciones e intuía los deseos de los demás. Ella, en contrapartida, intentaba hacer lo mismo, pero estaba segura de que no le salía tan bien.

El timbre de la puerta sonó cinco minutos después de haberse marchado Dori. Paloma corrió a abrir. Se encontró con Juani y el pequeño Vladito cogido de su mano. La echó un rápido y disimulado vistazo antes de abrazarla. Su sonrisa era franca y abierta, como siempre, pero tenía los ojos rojos, como de haber estado llorando durante bastante tiempo.

Al ver que el abrazo se prolongaba más de lo que a él le hubiese gustado, Vladito se pegó a las piernas de su madre, reclamando su atención.

—¡Vale ya, pesado! Que siempre hay que estar haciéndote caso. Vengo molida, chica. Todavía tengo que llevarlo en brazos porque se cansa y va muy despacio. No quieras saber lo que pesa el borrico. Y luego las escaleras...

—Pasad, no os vais a quedar ahí toda la mañana.

Paloma cogió al niño en brazos y este se agarró a su cuello, encantado.

—¿Te acuerdas de mí, eh? Pues yo también me he acordado de ti. Ya verás la sorpresa que te tengo preparada.

Fueron a la salita y Juani se dejó caer sobre una silla. Aceptó el café que le ofreció su amiga. Antes de ir a la cocina, Paloma tuvo que darle a Vladito su sorpresa, ya que no paraba de reclamarla. Era un coche de madera que había tenido tiempo de ir a comprar entre función y función. Pusieron al niño sobre una manta y se dedicó a jugar con su regalo, dejándolas tranquilas.

—No tenías que haberte molestado. Ahora, cada vez que te vea, te preguntará qué le has comprado.

—Bueno, así querrá venir a verme, ¿verdad que sí?

El pequeño le dedicó la mejor de sus sonrisas y continuó jugando. Paloma sirvió el café y colocó un platillo con pastas sobre la mesa. Se sentó frente a Juani, que se había puesto muy seria, y le preguntó sin más preámbulos:

—¿Qué te pasa? ¿Ha ocurrido algo con Jacobo?

Por toda respuesta, Juani se echó a llorar. Volvió la cabeza, intentando que el niño no se enterara. Paloma esperó a que se tranquilizase. Al cabo de unos instantes, sacó un pañuelo del bolsillo y se sonó con discreción.

—Jacobó no ha tenido nada que ver. Bueno..., sí. Al final hemos terminado discutiendo. ¡El muy animal!

Se sonó otra vez y dio un sorbo al café caliente.

—No sé por qué lo llamo animal —prosiguió—, cuando la bestia de verdad soy yo.

—Pero ¿qué ha pasado? —se impacientó Paloma.

—Fue el lunes por la mañana. Yo había salido a hacer la compra, dejando al niño con la vecina de abajo. Estaba en una tienda cuando se oyó un griterío tremendo en la calle. Salimos el tendero y yo a ver qué pasaba y nos encontramos con un grupo de gente muy enfadada gritando contra los curas y las monjas. Le pregunto a una de mi calle que iba con ellos y que tiene un niño un poco mayor que Vladito, y me suelta, hecha una furia, que se han enterado de que en los colegios de curas y en las iglesias del barrio están repartiendo caramelos envenenados entre los niños.

—¡Pero si eso es mentira! —exclamó Paloma horrorizada—. Ahora que lo dices, me he acordado de que ayer lo leí en el periódico. Me llamó la atención porque hablaban de tu barrio, pero no le di mayor importancia. Era una nota del ministro de Gobernación, que salió a decir que era un rumor falso. No ponía lo que había pasado, solo que el ministro y los partidos de izquierdas decían que era mentira lo de los caramelos.

—Ahora ya sé que es mentira, pero el lunes... Uno decía que en la casa de socorro había varios niños muy graves; otra que ella conocía uno de los niños que había muerto. Una señora, que también conozco de vista, va y grita que hay que ir a las iglesias y quemarlas y dar una paliza a los curas y las monjas...

—¡Y tú te lo creíste!

—¿Y cómo no iba a creerlo? Eran todos gente del barrio. Estoy harta de verlos. Por un momento, me imaginé a Vladito comiéndose uno de esos caramelos y me indigné tanto como ellos.

Paloma asintió en silencio. Sabía cómo funcionaban aquellas cosas. Recordó haber leído en un libro que las matanzas de judíos en España y otros países habían comenzado de forma parecida. Bastaba con que unos pocos propagasen el bulo de que los judíos sacrificaban a los niños para beberse su sangre. Al poco tiempo, las sinagogas comenzaban a arder y la turba enloquecida se dedicaba a asesinar a cualquiera que tuviese la nariz un poco grande. Pero eso había ocurrido hacía mucho tiempo y era, sin duda, producto de la ignorancia de las masas. ¿Cómo podía ocurrir algo parecido en pleno siglo XX? ¿Y cómo podía pasarle a su amiga?

—Me fui con ellos —prosiguió Juani—. Gritando como una posesa, lo reconozco. Ahora me avergüenzo de ello, pero en ese momento gritaba lo mismo que gritaban todos. Llegamos a una iglesia que hay en la calle Bravo Murillo. Había muchísima gente con palos y querían derribar las puertas.

Sacaron a unas mojas y se pusieron a pegarles y a darles patadas y yo... yo... También le di una patada a una que estaba en el suelo.

Rompió de nuevo a llorar, esta vez con más fuerza, llamando la atención de Vladito, que dejó su juego para ir a consolarla. Otro tanto hizo Paloma, cogiéndole una mano y apretando con fuerza. Dejó que se desahogara.

—He oído que dos de las monjas están muy graves. Como alguna se muera..., no sé qué voy a hacer.

—Tú no tienes la culpa, Juani —intentó animarla—. Son estos tiempos. Es como si todos nos estuviésemos volviendo locos de repente.

—Y luego, cuando se lo cuento al bruto de mi marido, sabiendo ya que todo había sido una mentira, va y me dice: «Pues si esta vez no habían hecho nada, por cuando lo hubieran hecho». Le puse de vuelta y media. Pero la que dio la patada a la monja fui yo.

—No se muere nadie de una patada, cariño. Si la pobre monja está en el hospital, será por lo que le hicieron otros.

Juani la miró agradecida, con los ojos todavía húmedos. Continuaron así, en silencio, durante unos minutos, cogidas de las manos. Viendo que ya estaba más tranquila, Vladito volvió a la alfombra, a jugar con su coche. Paloma fue a la cocina a por más café. Cuando regresó, vio que Juani había sacado un paquete de cigarrillos. Le pidió permiso para encender uno.

—¡Pero si tú no fumabas! —se sorprendió Paloma.

—Ya ves, chica. Algún vicio había que tener.

—Dori fuma de vez en cuando, así es que no te preocupes, a mí no me importa. Espera que te traigo un cenicero.

—Bueno, y ahora que ya te he dado la lata con mis penas, cuéntame tú cómo te va. Tenéis una casa muy bonita.

—¿Verdad que sí? Y muy luminosa. Estoy muy contenta de haberme venido aquí. Echo de menos a mi tío y a Encarna, pero voy a verlos un par de veces a la semana, por lo menos. Hemos pedido que nos pongan teléfono, aunque, de momento, habrá que esperar. También estamos ahorrando para comprar una radio.

—¿Qué tal con Dori?

—De maravilla. Yo creo que, si fuera hombre, me casaría con ella.

—Pues no sabes lo que me alegro, porque lo de la convivencia... Yo hay días que me volvería con mis padres la mar de a gusto.

—Chica, no será para tanto.

—No me tires de lengua. Oye, y ya que lo has sacado, ¿de amores qué tal

andas? Y no me vengas diciendo que tienes todavía por ahí al tontaina de Aurelio revoloteando.

Paloma rio de buena gana. Decidió contarle a su amiga sus devaneos con Jaime y Miguel. Sabía que a Juani le encantaban esos chismes y que sería la mejor terapia para que se olvidase, durante un rato, del asunto de los caramelos. Le relató cómo había surgido lo que ella denominaba, con cierta guasa, «relaciones paralelas» y reconoció que, aunque en principio no las había buscado, tampoco había hecho nada por abandonar ninguna de ellas.

—Y aquí me tienes ahora. Con dos hombres turnándose por obtener mis favores. El domingo estuve con Jaime por la mañana, dando un paseo por el Retiro, y el lunes por la tarde salí con Miguel. Pero no vayas a pensar mal. O mejor dicho, no pienses demasiado mal. Todo lo más que les permito es besarme de vez en cuando.

—¿Y en serio que no te da apuro tenerlos a los dos engañados? —preguntó Juani, entre divertida y espantada.

—¡Ay, chica! Lo dices como si yo fuese una arpía, feliz con hacerlos sufrir. No los estoy engañando porque tampoco me he comprometido con ninguno. E igual que no me comprometo, tampoco quiero escoger y tener que rechazar a alguno. Estoy a gusto con los dos, lo paso bien con los dos y los quiero a los dos..., pero no estoy enamorada. Es así de fácil.

—Viéndolo así... —dudó Juani.

—Además, no te creas que los veo todos los días. Lo de que la semana pasada saliese un día con uno y al siguiente con el otro fue pura casualidad. Andan los dos metidos en política. Demasiado metidos, a decir verdad, y les queda poco tiempo para dedicarme. Cuando empiezan a hablarme de lo bueno que sería el mundo si su opción triunfase, me dan ganas de mandarlos a la mierda a los dos. Porque, encima, no te lo pierdas, uno es de derechas y el otro de izquierdas. Falangista y socialista, ¿qué te parece?

—¡Válgame Dios! —exclamó Juani, casi asustada—. ¿Estás saliendo con un fascista?

—Sí —reconoció Paloma, molesta—. Y respira, come y caga igual que el otro, que es socialista. Bueno, «un rojo de mierda», que es como llama Jaime a los socialistas.

Juani se la quedó mirando sin saber qué decir. Paloma continuó:

—¿Te das cuenta? Es lo que te decía antes. Parece como si todos nos estuviésemos volviendo locos. Jaime y Miguel han jugado juntos cuando eran niños. Ahora se pueden matar el uno al otro el día menos pensado. ¿Y tú

quieres que deje a alguno de los dos y le diga que lo hago por un fascista o por un rojo?

Los ojos de Paloma se humedecieron. Quería decir muchas cosas y no sabía por cuál empezar. Al igual que Juani, no había sido la culpable de la paliza a la monja, ella tampoco lo era de que los odios políticos llevasen al enfrentamiento violento. Pero ella, al menos, intentaba resistirse a esa vorágine. No quería odiar a nadie simplemente porque llegase otro y dijese que había que odiarlo. ¿Es que había, acaso, odios buenos y odios malos? ¿Justos e injustos?

Jaime afirmaba que en Italia y Alemania los obreros y campesinos no pasaban hambre. Lo mismo decía Miguel que ocurría en Rusia. En lo que sí estaban de acuerdo era en que en España se vivía peor: había miseria, paro y hambre. Los dos estaban dispuestos a solucionarlo. ¿A qué precio? ¿Una guerra, quizás?

Paloma volvió a hablar. Esta vez de forma suave, casi monocorde. Muy despacio:

—Al hermano pequeño de Jaime lo hirieron de un balazo hace unos días. A un amigo de Miguel, compañero del sindicato, lo mataron el mes pasado. Jaime suele llevar la pistola en un bolsillo de la chaqueta. Miguel en la espalda, cogida con el cinturón. ¿Y sabes lo que me dijeron los dos, uno el domingo y el otro el lunes, cuando les pedí que se apartaran de la política y dejaran la violencia? Pues me contestaron con la misma frase. Exactamente con la misma frase: «No puedo dejarlo, mientras ellos están matando a los nuestros como a conejos».

Dos gruesas lágrimas resbalaban por las mejillas de Paloma. Concluyó casi en un susurro:

—Los dos se consideran a sí mismos como víctimas del contrario. Ni por un momento se les ha ocurrido pensar que también son sus verdugos.

Se quedó mirando a su amiga, intentando vislumbrar una señal que le indicase que había entendido lo que quería decirle. Juani permanecía muda y muy seria. Estaba pensando en su Jacobo, otro «rojo de mierda», igual que Miguel. Sintió miedo de que un cabrón fascista como Jaime le pudiese hacer daño.

Madrid, calle Augusto Figueroa.
Domingo, 12 de julio de 1936.
Nueve y media de la noche.

Jaime miró al cielo, que aún mostraba una mortecina claridad por el oeste. A ras de suelo, en la estrecha calle Augusto Figueroa, la penumbra hacía difícil distinguir a las personas. Hacia la calle de Fuencarral, adonde se dirigía caminando lentamente, el alumbrado público era más intenso y conseguía mejorar un tanto la visibilidad. Se cruzó por enésima vez con Eduardo, que iba en dirección contraria, hacia la calle Hortaleza. Se hicieron una imperceptible señal y continuaron su camino.

Habían estado toda la semana preparándose. El sábado por la tarde lo dedicaron a recorrer varias veces el camino que seguiría su objetivo. Otros compañeros de Falange, encargados de la vigilancia previa, les habían confirmado el trayecto que se repetía a diario. La acción se llevaría a cabo ese domingo. Su espía en el cuartel de la Guardia de Asalto de la plaza de Pontejos les había confirmado que el teniente José Castillo entraría de servicio a las diez de la noche. Llevaban desde las nueve vigilando su portal.

Sin embargo, no serían ellos los encargados de «ajusticiarlo», tal y como especificaba la orden recibida de su jefe de centuria. El joven que recibió el disparo en el pecho, en la plaza de Manuel Becerra, el día que Segundo también resultó herido, pertenecía a la Comunión Tradicionalista: un requeté. Castillo había efectuado los disparos. Los falangistas tenían motivos anteriores para querer vengarse del teniente, pero los carlistas reclamaron aquel derecho, que les fue concedido. Los falangistas se encargarían de darles apoyo. La relación entre ambas organizaciones era muy buena.

Dos meses antes, en una acción en la que Jaime no participó, un comando falangista había asesinado al capitán de ingenieros Carlos Faraudo. Era un buen amigo del teniente Castillo, ambos socialistas e instructores de las milicias juveniles del partido. Jaime creía que la muerte de Faraudo, a manos

de Falange, había contribuido a que los jefes cedieran a los carlistas, en gesto de buena voluntad, la ejecución de Castillo. Antes de que tomaran esa decisión, el propio Jaime se había presentado voluntario para realizarla. No podía perdonarle cómo había disparado contra su hermano.

Tras cruzarse con Eduardo, Jaime continuó hasta la esquina con la calle Fuencarral. Allí, a la derecha, había una pequeña capilla, un antiguo humilladero. Se hubiera detenido, de buena gana, a rezar unos instantes. Para pedirle perdón a Dios por lo que iba a hacer.

La tarea encomendada a los dos falangistas era controlar la salida de Castillo de su casa, camino del cuartel de Pontejos. Debían asegurarse de que no había nadie protegiéndolo ya que, a veces, miembros de las Juventudes Socialistas montaban guardia en las proximidades de su domicilio. Castillo, bien conocido por los falangistas debido al empeño que ponía en reprimir sus manifestaciones, había recibido varias amenazas de muerte. Los jóvenes a los que instruía le devolvían el favor dándole protección. No era el caso aquella noche. Jaime no había visto a nadie sospechoso por los alrededores.

Tras detenerse unos momentos en la esquina y mirando el reloj, como si fuese un simple joven esperando a su novia, a Paloma —pensó—, se dispuso a regresar por donde había venido, para volver a cruzarse con Eduardo. Comprobó antes que los cuatro componentes del comando de requetés estaban en sus posiciones, cubriendo todas las posibles escapatorias. El portal de Castillo quedaba ahora a su izquierda. Si saliese en ese preciso momento, iría en dirección a Fuencarral y sus caminos se cruzarían. Debería dejarlo pasar y, cuando lo sobrepasase, levantar el periódico que llevaba bajo el brazo. Uno de los carlistas, que desde la esquina de Fuencarral no quitaba ojo a la calle Augusto Figueroa, avisaría a sus compañeros de que el objetivo se acercaba.

Pasó por delante del portal y nada ocurrió. Unos metros más allá se cruzó con Eduardo. Calculó el momento en que su camarada dejaría atrás el portal y se giró, permaneciendo oculto en las sombras y mirando, de nuevo, a la esquina con Fuencarral. Si salía mientras Eduardo estaba de espaldas, él sería el encargado de hacer la señal.

Después de repetir el proceso otras dos veces, Jaime volvía a bajar por Augusto Figueroa. La puerta del número once se abrió y el corazón se puso a galopar dentro de su pecho. No le costó trabajo reconocerlo, pese a la poca luz. Llevaba el uniforme puesto y se colocó la gorra nada más salir. Gafas de montura redonda y un fino bigote sobre el labio. El guardia no prestó

atención al joven que venía en sentido contrario y pasó a su lado, ni siquiera lo miró. Si se hubiese vuelto, le habría visto levantar la mano derecha sujetando un periódico y se habría puesto en guardia. Para su desgracia, no lo hizo. Llevaba prisa porque se había retrasado con la cena, antes de salir hacia el servicio.

Jaime llegó hasta donde se encontraba Eduardo. Se miraron, sin dirigirse la palabra. Desde la sombra, observaron cómo llegaba el teniente a la esquina. Escucharon una ráfaga de disparos y su víctima dio un traspie, intentando escapar. Luego tres o cuatro disparos sueltos. El teniente se abalanzó sobre un transeúnte que había tenido la mala suerte de encontrarse en medio del fregado. Cayeron los dos al suelo. La gente se puso a gritar.

Eduardo y Jaime se dieron la vuelta y comenzaron a caminar, a buen paso, pero sin correr, en dirección a Hortaleza. Al llegar al cruce, Jaime siguió de frente y Eduardo tiró por la izquierda. No se despidieron. Al día siguiente se enterarían de que la misión se había completado con éxito.

Madrid, cuartel de la Guardia de Asalto de la Plaza de Pontejos.

Lunes, 13 de julio de 1936.

Una de la madrugada.

Miguel aparcó su potente motocicleta BSA de cualquier manera, justo en la entrada del cuartel de Pontejos. Iba ya a salir corriendo, cuando un guardia le ordenó, de malos modos, que la quitase de allí si no quería que la quitase él a patadas. No le quedó más remedio que obedecer a regañadientes y llevarla un poco más arriba, hasta la acera de la calle del Correo, a salvo de los furgones de asalto, que no paraban de entrar y salir del cuartel. No era normal tanta actividad.

Había atravesado a toda velocidad las calles de Madrid, poco transitadas a aquella hora de la noche del domingo, ya lunes. Cuando lo avisaron, estaba echando una partida de cartas en una taberna, de bastante peor reputación que la de Curro, en la Guindalera. El día había sido caluroso y no estaba de más tomarse unos vinos con los amigos, haciendo tiempo para que la casa se refrescase un poco, antes de irse a acostar. Llegó Gabriel, un compañero del sindicato que había estado con su novia, escuchando a la banda municipal, que daba un concierto en el paseo de Rosales. Después, se habían entretenido un poco retozando en el parque del Oeste. Cuando, al fin, la había dejado en su casa, próxima a la glorieta de Bilbao, la madre los estaba esperando, intranquila, en el portal. Al parecer, no muy lejos de allí, en la calle Fuencarral se había producido un tiroteo y se habían llevado a un guardia de asalto medio muerto. También había quedado herido un joven que pasaba por allí y que iba al concierto, de ahí el susto de la buena mujer.

Miguel se había interesado de inmediato por el relato de Gabriel, provocando la impaciencia de los otros jugadores. La madre no había sido testigo de los acontecimientos, pero unos vecinos decían que el guardia herido solía ir al bar de al lado, con su mujer, y era conocido en el barrio. «¿No será uno delgado, con bigotito y gafas redondas?», había aventurado la

novia de Gabriel. «Ese mismo», respondió la madre.

Al oír aquello, Miguel soltó las cartas y se levantó, haciendo caer la silla. «Yo he pensado lo mismo que tú —dedujo Gabriel al ver su reacción—. Esa es la descripción de Castillo, aquel que nos enseñaba a desfilas y desmontar pistolas. Tú lo conoces mejor que yo.»

Miguel no había esperado a oír más. Había arrancado la moto y no había parado hasta la puerta del cuartel de Pontejos, donde sabía que estaba destinado su amigo Castillo y le podrían confirmar si le había pasado algo.

Ya con la moto bien aparcada, regresó a la puerta del cuartel. Evitó al guardia que le había echado con cajas destempladas y se dirigió a otro que fumaba en solitario, apoyado en la pared.

—Por favor, ¿sabe si el teniente José Castillo está de servicio esta noche?

El guardia lo miró de arriba abajo y arrojó la colilla al suelo.

—¿Por qué lo preguntas?

—Necesito verlo urgentemente.

El guardia iba responder, cuando una voz lo llamó a su espalda:

—¡Miguel!

Se giró y se encontró con Fernando. Se alegró de verlo allí. Se conocían desde hacía poco tiempo. El mismo que llevaba como miembro de la Motorizada, un grupo de hombres resueltos a las órdenes directas de Indalecio Prieto, al que daban protección. El puesto se lo había ofrecido Vito poco después de participar en la «batalla del entierro», como era conocida entre los avisados. A Miguel le hubiera gustado más que Largo Caballero estuviese al frente, pero tampoco eran momentos para andarse con remilgos y aceptó de inmediato. Fernando era capitán de la Guardia Civil y ejercía de jefe e instructor de la Motorizada. El hecho de que también estuviese allí, vestido de paisano, no hacía sino confirmar los peores presagios. Él y Castillo eran muy amigos. A Fernando lo acompañaban otros dos hombres, a los que no conocía, también de paisano.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó, con un hilo de voz, viendo su rostro demacrado.

—Han matado a Pepe —respondió escuetamente.

Miguel blasfemó en voz alta, atrayendo la atención de los que los rodeaban, muchos guardias de uniforme y también algunos civiles. La puerta del cuartel estaba muy concurrida. Nadie se sorprendió de su reacción.

—¿Quién ha sido?

—¿Y quién iba a ser? —respondió, muy excitado, uno de los que

acompañaban a Fernando—. ¡Fascistas! Canallas fascistas. Se la tenían jurada desde hace tiempo. Primero Faraudo y ahora él. Como no hagamos algo, terminarán por matarnos a todos.

Miguel supuso que el que había hablado también era guardia, aunque no llevase uniforme. Castillo le había comentado en alguna ocasión que el de Pontejos era el mejor cuartel de Madrid: «Hay muchos compañeros que son de los nuestros».

—Lo que tendríamos que hacer es llevarnos por delante a unos cuantos —terció el que no había intervenido hasta ese momento—. Esta misma noche, sin darles tiempo a alegrarse por lo que han hecho.

—Tranquilos —recomendó Fernando fríamente—. Os aseguro que esto no va a quedar así. He estado hablando con algunos compañeros de su unidad y con los jefes. Estamos esperando que nos pasen una lista de fascistas desde el ministerio.

—¿El ministerio? ¡Valiente panda de cabrones! A los del Gobierno no les están matando, como a nosotros. Si hubieran hecho hace tiempo lo que tenían que hacer, ahora no estaríamos así.

El Gobierno del Frente Popular estaba integrado exclusivamente por republicanos de izquierdas. Socialistas y comunistas no habían querido, por el momento, formar parte del mismo. Sin embargo, los acusaban de tibieza a la hora de aplicar las políticas de izquierdas y, sobre todo, de no emplearse, con la debida contundencia, en la represión de los fascistas.

—En el ministerio tienen las fichas de todos los falangistas de Madrid, con sus direcciones —argumentó Fernando—. No pensarás que vamos a ir por ahí y encontrárnoslos por la calle.

En ese momento llegó Vito. Sin duda ya se había enterado de lo ocurrido porque, sin mediar palabra, se fundió en un fuerte abrazo con Fernando. Cariacotenido, saludó a Miguel y a los otros dos.

—Te estaba esperando —le dijo Fernando—. Tenemos que pasar a ver a Alfredo. Debe de tener ya algo para nosotros. Esperadnos aquí —ordenó a los dos que lo acompañaban y a Miguel, que también se dio por aludido.

Fernando y Vito entraron en el cuartel. Los otros se quedaron allí plantados, sin saber muy bien qué hacer. No los habían presentado y Miguel dudaba si entablar conversación con ellos. Lo cierto era que no le apetecía hablar con nadie. Apreciaba mucho al teniente muerto, que lo había tomado bajo su protección. Solía decirle que le recordaba a él mismo, cuando era más joven.

Los otros dos tampoco parecían demasiado interesados en Miguel. La furia rabiosa de los primeros momentos había dado paso a una ira contenida que podía desatarse en cualquier momento si encontraban a alguien contra quien dirigirla. Uno de ellos sacó tabaco, ofreció a su compañero y también a Miguel, que rehusó. Se pusieron a fumar absorbiendo el humo como si fuesen los últimos cigarrillos de su vida. El que parecía más nervioso soltaba una palabrota tras otra, en voz baja, y miraba el reloj cada dos por tres.

—¿Nos van a tener aquí toda la noche, sin hacer nada? —preguntó, sin dirigirse a nadie en particular. El otro se encogió de hombros.

Escucharon el claxon de un furgón de asalto que intentaba que despejaran la salida del cuartel. Eran vehículos muy grandes, con seis filas de asientos y cuatro puertas a cada lado que permitían subir y bajar con gran rapidez. En verano iban descubiertos y podía verse a sus ocupantes. Los que estaban obstruyendo el paso, Miguel entre ellos, se echaron a los lados. Pudo ver que el furgón llevaba el número diecisiete pintado en los laterales. Estaba ocupado por numerosos guardias y aún quedaban unos cuantos asientos libres. Vito y Fernando iban con ellos. El furgón se detuvo un instante y vio cómo hacían una seña a los dos compañeros que habían quedado del otro lado y estos se apresuraron a subir. Miguel se acercó a Fernando, que estaba en una de las filas de atrás y le preguntó:

—¿Puedo ir yo también?

—Tú no, chaval. Todavía estás un poco verde.

—¿Adónde vais?

—A cazar fascistas —respondió en voz baja antes de que el furgón arrancara.

Sin pensárselo dos veces, Miguel salió corriendo hacia su moto. Miró atrás y vio cómo el furgón llegaba a la Puerta del Sol y giraba a la derecha. Se ajustó las gafas y dio una fuerte patada a la palanca de arranque. El motor rugió con fuerza y salió en su persecución. Él también quería «cazar fascistas». Pasó como una exhalación frente a la puerta del cuartel y continuó por el mismo camino que habían seguido. Al doblar la esquina, alcanzó a divisar cómo el furgón enfilaba la carrera de San Jerónimo y giraba a la izquierda, por Sevilla. Aceleró al máximo, pero ellos también iban rápido. Los alcanzó cuando llegaban a Cibeles y se mantuvo detrás, a una distancia prudencial, para evitar que le ordenaran marcharse.

Subieron por Alcalá y viraron de nuevo a la izquierda, por el bulevar de la calle Velázquez. Continuaron un buen trecho y después dieron la vuelta,

para bajar por el lado contrario de la calle. El furgón se detuvo frente al portal de un edificio que hacía esquina. Miguel hizo lo propio unos cincuenta metros más atrás. Vio cómo bajaban varios guardias. Con Fernando al frente, seguido de cerca por Vito, entraron en el edificio. Junto a la puerta quedaron algunos guardias y también le pareció distinguir a los dos amigos de Fernando. No se atrevió a acercarse más.

Pasó un buen rato hasta que volvieron a salir. Con ellos llevaban a un hombre bien vestido y de mediana edad. Por un momento, se giró hacia donde Miguel se encontraba y pudo verle la cara. Lo reconoció de inmediato. Era uno de los políticos más odiados por la izquierda: el diputado de Renovación Española José Calvo Sotelo. Se alegró de que por fin se hubiese decidido ir directamente a por los peces gordos. Si se hubiese hecho antes, posiblemente su amigo Castillo continuaría con vida.

Subieron al detenido en el furgón y se pusieron en marcha. Miguel salió de nuevo tras ellos. Esta vez se acercó un poco más. Podía ver claramente la espalda del diputado de derechas. Su traje gris contrastaba con el de los guardias que llevaba a ambos lados. En la fila de atrás también reconoció a Vito. Apenas habían recorrido unos metros, todavía en la calle Velázquez, cuando vio cómo Vito empuñaba una pistola y la dirigía a la cabeza de Calvo Sotelo. Pese al ruido de la moto, pudo escuchar el disparo con claridad. El diputado cayó hacia un lado.

Miguel se quedó helado. Frenó en seco y la moto se caló. El furgón continuó su marcha como si nada hubiese pasado. Le pareció aún oír otro disparo.

Tardó unos cuantos minutos en reaccionar. Había supuesto que lo llevaban detenido, de vuelta al cuartel, donde lo interrogarían. Si habían ido a por él debía de ser porque pensaban que tendría información sobre los autores del asesinato de Castillo. De ninguna manera se esperaba lo que había terminado ocurriendo.

Pese al calor de la noche de julio, un escalofrío le recorrió el cuerpo. No se le escapaban las consecuencias que podría traer aquella muerte. Si, como afirmaba Indalecio Prieto, los militares llevaban meses preparando una sublevación, este sería el empujón que necesitaban.

Quizá fuese mejor así, pensó Miguel. Cuando las cucarachas salen de sus agujeros resulta más fácil acabar con ellas.

Madrid, iglesia de Nuestra Señora de Covadonga.
Sábado, 18 de julio de 1936.

Encarna estaba radiante cuando salió de la iglesia cogida del brazo de Curro. Toda su vida había deseado casarse de blanco y frente a un altar, «como Dios manda», según decía ella. Y allí estaba ahora, lejos de ser una jovencita, pero cargada de una ilusión que ya quisieran para sí otras con muchos menos años. La sonrisa feliz y alguna lagrimita, que no pudo reprimir y amenazaba con arruinar su maquillaje, eran la clara muestra de lo que sentía en aquellos momentos. El vestido de novia le sentaba muy bien. Le había costado trabajo decidirse y había solicitado el consejo de Paloma en numerosas ocasiones. Al final, se había decantado por un modelo sencillo, de gasa, con un corpiño fruncido y adornos de encaje. Se había negado a llevar velo, que no le gustaba.

Curro también sonreía y la miraba, con mal disimulado orgullo, pese a haberle hecho pasar por el trance de la boda. Con un traje bien cortado y clavel en la solapa, «parecía un marqués», le había dicho Encarna. Así posaron los dos para el fotógrafo, a la puerta de la iglesia. Paloma fue la primera que felicitó a los recién casados y, a continuación, lo hicieron don Melquíades, que se fundió en un fuerte abrazo con Curro, y su mujer, doña Casta, aunque esta lo hizo sin abandonar su habitual gesto avinagrado y por puro compromiso. Para ella, como se encargaba de recordar a su marido cada dos por tres, pesaban más los años que la pareja había vivido en pecado, que su decisión tardía y, sin duda, interesada, de unirse por el santo sacramento del matrimonio.

Allí estaban también Amadeo y Adela, acompañados por Amadeíto, muy enfurruñado porque no le hubieran dejado quedarse con su abuela, ayudándola a cuidar de la pequeña Lorenza, y obligarlo a tragarse toda la ceremonia. Había sido su madre la que se había negado en redondo: «La abuela ya tiene bastante con tu hermana, que se pasa berreando todo el día la

pobrecita, por estar echando los dientes». Amadeo iba muy elegante, casi tanto como el novio, con un traje que se acababa de hacer no para la boda, sino para asistir a las reuniones de inspectores de Correos que, una vez por trimestre, se celebraban en el ministerio. Adela, en cambio, se había arreglado un vestido de cuando aún no había tenido a Amadeito y que, con arreglo y todo, a duras penas conseguía embutir sus redondeces.

Dori había aceptado acompañar a Paloma. No conocía a los novios más que de haberlos visto un par de veces, pero su amiga se lo había pedido como un favor. «Es un poco para hacer bulto —le había dicho—. Ya sabes que por la parte de mi tío no hay familia a la que invitar, y por la de Encarna, aunque la tenga, como si no la tuviera.» Sin embargo, había tardado poco en meterse en ambiente. Todo su discurso contra el matrimonio y la vida en pareja se había venido abajo al contemplar la felicidad de la novia. Tanto fue así, que terminó confesándole a Paloma que le gustaría estar algún día en el lugar de Encarna: «Pero tendría que ser con el hombre de mi vida, que no me parece a mí que exista siquiera».

Tres mujeres, a las que Paloma no conocía, pero de cuya presencia ya le había prevenido Encarna, eran las que con más fuerza gritaban «¡vivan los novios!» y arrojaban puñados de arroz sobre los recién casados. Eran algo más jóvenes que Encarna, no mucho, y sus vestidos de flores y brillantes colores contrastaban con el sobrio gris de Blasa, la cocinera de la venta, que lloraba a moco tendido mientras felicitaba a los novios.

Otra media docena de vecinos y conocidos completaba el exiguo séquito de la boda. El resto de invitados no había acudido a la ceremonia religiosa, pero se encontrarían con ellos después, en la comida y la fiesta que se celebraría en la venta.

Aprovechando el alboroto y las felicitaciones de unos y otros, don Melquíades cogió del brazo a Paloma y se la llevó a un aparte. Con disimulo, le entregó un sobre que ella guardó en el bolso.

—Es una carta de Jaime —le dijo—. Le hubiera gustado venir, pero... ya sabes cómo están las cosas.

Paloma sabía que Jaime y sus hermanos no vivían con sus padres desde hacía unos meses y andaban escondidos por temor a que los detuvieran.

—Han ido los guardias a buscarlo un par de veces —continuó don Melquíades—. Lo han revuelto todo hasta convencerse de que no estaba allí, pero me temo que vigilan la casa. Yo me encuentro con él los martes de cada semana, en sitios diferentes. Me pidió que te entregara esta carta. No la he

abierto, aunque no me han faltado ganas. Lo mismo te cuenta más cosas que a mí.

Paloma lo vio muy preocupado. Hasta ese instante, había mantenido la compostura y el buen humor, como correspondía a su papel de padrino.

—¿Está bien? ¿Le ha ocurrido algo?

—Lo único que me dijo, aparte de entregarme la carta, es que este próximo martes no nos veríamos, que ya se pondría en contacto conmigo cuando fuera posible. Pero con lo de esta mañana...

—¿Qué ha pasado esta mañana? —preguntó Paloma, alarmada.

—Veo que no os habéis enterado. Todavía no ha salido en los periódicos. Me he levantado temprano, como todos los días y, mientras me estaba afeitando, con la radio puesta, han transmitido una nota del Gobierno diciendo que los militares se han sublevado en Marruecos. Aseguran que todo está tranquilo en el resto de España y que solo se trata de algunas guarniciones. Que el movimiento pronto será sofocado...

—¿Cree que Jaime está metido en ese jaleo?

—Es la única explicación que se me ocurre para su súbita desaparición. Si hay algo que tengo claro es que a los militares no se les ocurriría sublevarse únicamente en el protectorado. Tan tontos no son. Para mí que eso solo ha sido el comienzo de algo más gordo. A mi mujer todavía no le he dicho nada. No sé cómo se lo va a tomar.

Paloma apretó la mano de don Melquíades, que agradeció el gesto con una sonrisa.

—A Curro —continuó—, le he informado antes de entrar en la iglesia. Me ha pedido que no dijera nada para no amargarle la boda a Encarna. Aunque es de suponer que la noticia habrá corrido como la pólvora y cuando lleguéis a la venta ya estará todo el mundo al cabo de la calle.

—¿Qué quiere decir, don Melquíades? ¿Acaso no vienen con nosotros?

—No sería una buena idea que fuésemos a la celebración y bien que lo lamento. Si hay algo que no deseo es darles un disgusto a tu tío y a Encarna. Pero ya sabes lo que dicen: quien evita la situación, evita el peligro. Solo faltaba que se organizase alguna trifulca por mi culpa.

Paloma conocía la enemistad entre don Melquíades y alguno de los invitados, sobre todo Crescencio. Lo había hablado con su tío y los dos estuvieron de acuerdo en que la boda sería un buen momento para intentar animarlos a la reconciliación. Por si acaso, Curro había advertido a todos los asistentes que quedaba terminantemente prohibido hablar de política durante

la fiesta. Con la noticia que acababa de conocer, no estaba segura de que la norma se respetase.

—Pásense aunque sea solo un ratito. Un brindis y luego se van para casa —insistió, sin demasiadas esperanzas.

—Créeme, Paloma, que es mejor así. Además, ya me ha costado bastante trabajo convencer a mi mujer para venir a la iglesia.

Curro y Encarna los requirieron en ese momento para hacerse la foto todos juntos. Don Melquíades se forzó a recobrar su sonrisa de padrino justo el tiempo que duró el trabajo del fotógrafo. Después, él y su mujer se despidieron de los novios y se retiraron discretamente.

Los demás, emprendieron el camino hacia la venta.

Miguel padre se había encargado de regar el suelo del jardín para que no se levantase polvo, y de colocar las mesas formando un círculo. También había instalado, en uno de los laterales, la tarima para los músicos. Su hijo le había ayudado en la tarea. Dos mujeres, primas de Blasa, se ocupaban de preparar la parrilla y habían extendido, sobre una mesa de mármol, gran cantidad de chuletas, chorizos y morcillas. También había una gran sartén para las gallinejas y los entresijos. De tanto en cuanto, padre e hijo se pasaban por el interior de la taberna, donde la radio estaba encendida. La música se interrumpía cada cierto tiempo para dar lectura a la nota facilitada por el Gobierno a primera hora de la mañana. Se esperaba, en breve, una nueva nota que viniese a ampliar la información.

—¿Es que no lo veían venir? La panda de inútiles que hemos puesto en el Gobierno no se ha enterado de nada, hasta que no les ha explotado en las narices. ¡Como para fiarse de esta gente!

Miguel hijo estaba indignado. Había prometido a su padre que lo ayudaría y que se quedaría a la fiesta. Sin embargo, todo lo que quería hacer en ese instante era salir corriendo, coger su moto y plantarse en la sede del partido, donde, a buen seguro, tendrían noticias más fiables y recientes que las que transmitía la radio.

—Estate tranquilo —le intentó calmar su padre—. Aunque se hayan sublevado unos cuantos oficiales, la que pega los tiros es la tropa. Y la tropa está con el pueblo. Ya verás lo que tardan en darles *pal* pelo. No son más que una panda de señoritos. Además, desde aquí no podemos hacer nada, así es

que diviértete y baila con Paloma. Los que tienen de qué preocuparse son los fascistas.

Salieron de nuevo al jardín, a dar los últimos retoques antes de que comenzasen a llegar los invitados.

No tuvieron que esperar mucho. Curro había invitado a la mayoría de los asiduos de la taberna, y los más madrugadores no tardaron en hacer acto de presencia. El que más y el que menos no le hacía ascos a una buena comida de balde, en la que no habría de faltar el vino en abundancia.

Cuando los novios hicieron su entrada en el jardín, los asistentes, que ya eran muchos, prorrumpieron en vítores y aplausos. Llegaban sudorosos, ya que el calor era sofocante. Curro, sin corbata y con la chaqueta al hombro, llevaba a Encarna cogida de la mano y saludó a la concurrencia como los toreros. Los músicos, que habían llegado poco antes, la emprendieron con la marcha nupcial con más voluntad que acierto. El acordeón enmascaraba un tanto que el saxo y el clarinete sonasen desafinados, mientras el percusionista hacía lo que podía para mantener el ritmo. A Encarna no le hubiera parecido mejor la filarmónica de Viena.

Curro miró a los presentes y respiró aliviado. Había temido que las inquietantes noticias del día hubiesen hecho que algunos invitados se quedasen en sus casas. Pero no, allí estaban todos. Se alegró por Encarna. Si a la fiesta hubiese ido poca gente, se hubiera llevado un buen berrinche. Tanto como había cuidado todos los detalles, y tenía que ir a fallar precisamente lo que ella no era capaz controlar. Anda que no podían haberse esperado un par de días los militares para sublevarse.

El único que faltaba, gracias a Dios, era Machaco. Curro se había encargado de pagarle un extra por su «protección» durante la boda.

Paloma saludó a Juani y Jacobo, que llegaban en esos momentos con Vladito de la mano. Les presentó a Dori y dejó a los cuatro instalados en la larga mesa presidencial, mientras ella se iba a ver si podía echar una mano a los dos Migueles y a Blasa que, nada más entrar, se había puesto al mando de la parrilla y de sus primas. Pronto, el olor y el humo de las chuletas impregnaron el aire del jardín, bajo la tupida cubierta de las ramas de las moreras. Las jarras de vino, limonada y sangría corrían por todas partes. Miguel hijo se acercó hasta Paloma con una bandeja de vasos limpios que

estaba repartiendo.

—Eres la segunda mujer más guapa de la boda —le dijo al oído.

—¿En serio? ¿A cuántas les has dicho lo mismo?

—¡A ninguna! —fingió sentirse ofendido e hizo un gesto señalando a su alrededor—. ¿Por quién me tomas?

Paloma no pudo reprimir la risa. Lo cierto era que, quitando a Juani, Dori y ella misma, el resto de mujeres de la fiesta bien podrían pasar por ser las madres de Miguel. Entró en la taberna y salió con un par de jarras de vino. Llevó una a la mesa de Crescencio que, por una vez, iba acompañado por Dorotea, su mujer, que parecía encantada de que su marido la sacase de casa. Calixto, el tranviario gallego, se sentaba junto a ellos.

Continuó trajinando durante un rato hasta que todo estuvo organizado y después se sentó entre Encarna y Juani, en la mesa presidencial.

—Supongo que ya te habrás enterado —le dijo esta, por lo bajo.

—¿Te refieres a lo de los militares?

—¿Qué otra cosa iba a ser? Malditos sean mil veces. A Jacobo lo he tenido que traer casi a rastras. Me ha hecho prometer que nos marcharemos pronto, para que le dé tiempo a pasarse por la casa que tienen los comunistas cerca de Cuatro Caminos.

Paloma recordó la carta que le había dado don Melquíades. Conociendo a Jaime, estaba segura de que andaría metido hasta las trancas en la sublevación. Recordaba haberle oído decir que los únicos que podían arreglar la situación eran los militares. No quiso pensar más en ello. Ya tendría tiempo de preocuparse más tarde.

La comida se prolongó durante sus buenas dos horas. Solo cuando ya no les cabía nada más a los invitados, Curro pidió que sirvieran la tarta. Encarna y él la cortaron a dos manos, como manda la tradición. Después café, licores y puros que Curro se encargó de ir repartiendo por todas las mesas. Crescencio cogió dos «porque Dorotea no fuma», se justificó.

Llegó el momento del baile y los músicos se atrevieron con un vals. Los novios se encargaron de abrirlo. Paloma no recordaba haber visto bailar a su tío con anterioridad, pero se sorprendió al comprobar que no lo hacía del todo mal. Hizo una seña a Dori y salieron a bailar junto a la pareja. Una de las obras que habían representado incluía un número de vals, así es que lo tenían bastante ensayado y provocaron la admiración de los asistentes. A continuación, vino un pasodoble y un chotis. Con estos sí que se atrevieron las parejas a salir a bailar.

Todo marchaba sobre ruedas. Incluso demasiado bien, pensó Paloma. La gente estaba contenta, no se habían producido discusiones y nadie estaba seriamente borracho. Miguel hijo había hecho buenas migas con Jacobo, como era de esperar. No habían participado en el baile, sino que habían cogido dos sillas y se habían alejado del follón, en un rincón del jardín. Allí estaban ahora, hablando de sus cosas y haciendo grandes aspavientos con las manos. Paloma los vio levantarse y rodear la zona de baile para entrar en la taberna. Al poco, Miguel salió de nuevo y gritó, para que todos pudieran oírle:

—Van a leer un nuevo comunicado del Gobierno por la radio.

Fue la señal para la estampida. La tregua impuesta hasta ese momento dejó de tener validez. Los que estaban bailando, dejaron de hacerlo. Los músicos cortaron con un redoble en mitad de la pieza e, incluso, el cojo Crescencio se apresuró a coger su muleta y salir corriendo, o casi, a escuchar las noticias. En un instante, el interior de la venta se puso a rebosar. Los últimos en llegar fueron los novios y Paloma. Miguel padre se encaramó a una silla para subir el volumen. La voz del locutor comenzó la lectura de la nota:

Continúan los elementos enemigos del Estado propagando rumores y noticias falsas. La adhesión de todas las fuerzas al Gobierno es general en toda España. Solamente en Marruecos continúan determinados elementos del Ejército en su actitud hostil a la República. La emisora de radio de Ceuta trata de producir alarma, anunciando que barcos ocupados por rebeldes se dirigen a la península. Estas noticias son absolutamente falsas. Por el contrario, la escuadra marcha hacia los puertos africanos, sin encontrar oposición en el cumplimiento de las órdenes de restablecimiento de la paz, que pronto será conseguida.

Cuando terminó la lectura de la nota y la radio volvió a emitir música, se miraron unos a otros, esperando que alguien comenzase a hablar. Fue Crescencio el que lo hizo, levantando su muleta por encima de la cabeza:

—¡Si tuviera las dos piernas, sería el primero en ir a darles a los militares lo que se merecen!

—No hará falta tanto, Crescencio —le tranquilizó Calixto, con algo de guasa—. Ya has oído lo que han dicho. Son cuatro gatos, y además están donde el moro. Seguro que el Gobierno es capaz de acogerlos sin tu ayuda.

Unos cuantos jalearon las palabras de Crescencio, otros rieron con las de Calixto. Después, se pusieron a hablar todos a la vez. Cada uno, intercambiando opiniones con los que tenía más cerca. Poco a poco, fueron regresando al jardín y formando corros en los que discutía acaloradamente.

Los músicos volvieron a tocar, pero ya a nadie le apetecía bailar. Ajenos a todo, Vladito y Amadeíto habían terminado por hacer buenas migas, pese a la diferencia de edad, y se dedicaban a hacer montones de arena y carreteras, por las que hacían rodar, por turnos, el coche de madera que Paloma le había regalado al primero.

Jacobo y Miguel se quedaron rezagados, en el interior de la taberna:

—¿A ti qué te parece? —preguntó Jacobo—. Estos del Gobierno nunca se sabe si van o vienen. ¿Qué significa eso de «actitud hostil a la República»? ¿Tiros, bombas, insultos...?

—Son unos inútiles. Si esta sublevación sirve, por lo menos, para que los socialistas asumamos de una vez por todas el poder, lo mismo hasta habría que darles las gracias a los militares.

—Ya nos dejaréis meter baza a los comunistas, aunque sea un poquito, ¿no?

—Pues claro, ¡joder! A los que hay que echar es a los burguesitos que juegan a ser de izquierdas. A veces, hasta llego a pensar que están confabulados con los enemigos de la república. Si no, no se entiende que hayan dejado hacer lo que han querido a los militares y a los fascistas, sin cortarles las alas a tiempo.

—Espero que no sea tarde para lamentarse. Desde luego, no hay tiempo que perder. Los jefes de mi partido nos habían hablado de lo que habría que hacer si se producía una situación como esta.

—Los socialistas también. Los que no se habían enterado de nada son los del Gobierno. Lo que hay que hacer inmediatamente es exigir que se arme al pueblo. Necesitamos fusiles para defendernos.

—¡Pues claro que sí! Eso mismo nos dijeron a nosotros.

—Yo voy a despedirme de Curro y Encarna y salgo pitando para la casa del pueblo. Seguro que allí saben bastante más que lo que dice la radio.

—Yo primero tengo que dejar en casa a la mujer y al niño, pero luego me pasaré por la agrupación a ver qué me cuentan.

Encarna y Curro se habían quedado solos en la larga mesa presidencial. Se miraron y sonrieron con complicidad. Habían dejado de ser los protagonistas de la fiesta, de eso no quedaba la menor duda. Por los corrillos que se habían formado, las opiniones eran para todos los gustos. Había quien confiaba en lo que decía la nota del Gobierno y pensaba que la sublevación se limitaba a algunas plazas africanas, que pronto serían controladas, y otros que, al igual que Miguel y Jacobo, pensaban que el Gobierno no decía la

verdad sobre la verdadera gravedad de la situación o, peor aún, que desconocía cuál era esa situación.

Los músicos, en vista de que nadie les prestaba la menor atención, pero tenían que seguir tocando porque ya habían cobrado, aprovecharon para ensayar algunas piezas nuevas del repertorio, que empezaban varias veces hasta que les salía bien.

Amadeo, que había dejado a Adela discutiendo con unas vecinas se acercó hasta donde estaban Encarna y Curro, que lo invitaron a sentarse. Llevaba una copa de coñac en la mano y le brillaban los ojos más que otras veces, aunque no transmitían alegría precisamente.

—Vaya faena que se haya montado el follón precisamente hoy, señora Encarna. Lo siento mucho, de verdad.

—No se apure, Amadeo. Un poco de fiesta es mejor que ninguna fiesta. Pero gracias de todos modos.

Curro sabía por qué había ido Amadeo a sentarse con ellos, pero, como veía que no se decidía a hablar delante de Encarna, decidió comenzar él:

—No creo que los militares se hayan sublevado únicamente en Marruecos, si es que venías a hablar de eso.

Amadeo dio un respingo y bebió de su copa.

—Yo tampoco lo creo. Eso no se le ocurriría nadie. La cuestión ahora es saber si triunfarán o serán derrotados por el Gobierno. Hay mucha gente que estará viendo con buenos ojos el levantamiento. Conozco a muchos, incluso compañeros de la estafeta, que en voz baja decían que esto no podía continuar así.

—Yo también conozco a unos cuantos que dicen lo mismo. Y bien sabe Dios que no todos son fascistas precisamente.

—Al final, llevabas razón en lo que me dijiste después de las elecciones. Los extremistas se han hecho dueños de la situación. El Gobierno no ha podido, o no le han dejado, mantener el orden público. La situación ideal para que los militares dijese «hasta aquí hemos llegado».

—Se veía venir. Y el que diga lo contrario no hace más que engañarse a sí mismo. Los del Gobierno han sido tan tontos que han pensado que, como no podían mantener el orden, lo mejor que podían hacer era no dejar a los periódicos que hablasen de disturbios y enfrentamientos. Ojos que no ven...

—Al final ha sido peor el remedio que la enfermedad —convino Amadeo—. En la estafeta, casi a diario llegaba algún compañero contando cosas. Luego venía otro y cambiaba la versión. De lo que pasó en mayo, lo de los

caramelos envenenados, he oído de todo. Desde que apalearon a unas monjas, hasta que mataron a seis o siete. Desde un petardo en una iglesia a que quemaron tres o cuatro. Nada salió en los periódicos.

—Ya, pero acuérdate de que al día siguiente salió el ministro declarando que lo de los caramelos había sido un bulo, pero que no había pasado nada grave. Hasta tiene su gracia: un ministro saliendo a hablar de una noticia que no se ha producido.

—Y a partir de ahora ¿qué?

Curro se lo pensó unos momentos. Sin embargo, no se atrevió a responder.

—Tienes la copa vacía... y yo también. Vamos a rellenarlas. Mañana, Dios dirá.

Madrid, Venta del Curro.
Domingo, 19 de julio de 1936.

Paloma había sacado de debajo de la cama su vieja maletita de cartón. La misma con la que había llegado a la venta, muerta de miedo, buscando a un pariente que no conocía. De eso hacía ya más de diez años. En su interior, había ido acumulando los pequeños tesoros que ahora constituían sus mejores y más preciados recuerdos.

Una foto, la única que tenía, de su madre. Era muy guapa, pensó acariciándola. La besó y la volvió depositar en la maleta.

Unos zapatos de charol, ya cuarteados, que habían llegado con ella, dentro de la maleta. Intentó ponérselos el primer domingo que pasó en la venta, pero se dio cuenta de que se le habían quedado pequeños. Al ver su desconsuelo, Curro le había comprado unos nuevos, preciosos.

Allí estaba también la primera revista que había tenido en su vida. Le había parecido maravillosa, casi mágica. Era una revista de cine. Alguien se la había dejado olvidada en una mesa del jardín de la venta. Le pidió permiso a Curro para quedársela. «Quédatela, pero si vienen preguntando por ella, tendrás que devolverla». Durante varios días, había vivido con el temor de que fueran a reclamarla. Por las noches, aliviada porque la revista seguía siendo suya, se quedaba dormida sobre sus páginas. Entonces, entraba su tío en la habitación y se la quitaba con mucho cuidado para no despertarla. La arropaba y le daba un beso de buenas noches.

En la portada de la revista, aparecía la foto coloreada de una mujer, una artista sonriente, con un sofisticado turbante rojo. Sin lugar a dudas, era la mujer más bella del mundo. «Tina de Jarque, Estrella Española», rezaba el pie de la foto. Algún día, se dijo, seré como ella y también saldré en las revistas. Había pasado sus hojas, ahora amarillas, miles de veces. Comprobó que todavía se las sabía de memoria. Repasó las fotos de Greta Garbo, William Collier, Ramón Novarro... Sonrió al recordar lo orgullosa que se

había sentido, más de un año después, al descubrir que el apellido del actor estaba equivocado en la revista, donde aparecía como Navarro. Se estaba convirtiendo en toda una experta en cine. Viendo la afición de la niña, su tío la había llevado muchos sábados a la primera sesión de la tarde. Cuando ya pudo ir sola, se gastaba en el cine las pesetas que le daban para caramelos.

Dejó la revista y sacó su álbum de fotos de actores: un cuaderno en blanco sobre cuyas hojas había ido pegando, con engrudo de harina, las fotos que recortaba de periódicos y revistas. Bajo cada una de ellas, había anotado con cuidada y menuda caligrafía la película y el año al que pertenecían. Fue directamente a las páginas de sus favoritos: John Barrymore y Clark Gable. Cuántas veces había soñado con llegar a protagonizar una película junto a cualquiera de ellos. Ahora sabía que nunca lo conseguiría. Ni siquiera era un sueño porque ya había dejado de soñar.

Había otro álbum en el que ella era la protagonista: fotos de las películas en las que había intervenido, anuncios, críticas,... Lo apartó sin abrirlo.

Lo siguiente que sacó fue una entrada para la nueva plaza de toros de Madrid. De la corrida inaugural, el diecisiete de junio de 1931. Se acordaba muy bien de aquel día. De cómo el tío Curro la había llevado hasta la plaza no de la mano, como cuando era pequeña, sino cogida del brazo. Del cuidado que había puesto en el vestido, los zapatos, el peinado... ¡Incluso se había maquillado! Había dejado de ser niña y ya se sentía mujer. Toda una señorita hecha y derecha.

Miró la entrada con nostalgia. ¿Qué era lo que quedaba ahora de aquella señorita? Dibujada en la entrada, sobre la bandera republicana que iba de lado a lado, había una joven tocada con un gorro frigio, sosteniendo en su mano izquierda la balanza de la justicia. Tampoco quedaba mucho de ella, de esa otra señorita. Entre todos, se habían encargado de pisotearla y dejarla convertida en una triste caricatura. Cinco años habían pasado en la historia de ambas. Muchas cosas habían ocurrido durante ese tiempo, pero sus historias habían sido breves.

Aurelio la había vuelto a llamar por teléfono al teatro dos días antes. De nuevo para despedirse. Se marchaba de España. La vez anterior solo había conseguido llegar hasta la frontera de Portugal, antes de que lo obligaran a regresar a Madrid. En esta ocasión, lo intentaría por Francia. Lo había preparado mejor y no se dejaría sorprender tan fácilmente. Más tarde, se reuniría en Portugal con su tío Alejandro, que acababa de partir en coche hacia el país vecino. Paloma se asustó por la urgencia y la angustia que

transmitía Aurelio en su voz. Al preguntarle si era debido al juicio que tenía pendiente, le respondió que era peor que eso. Su propia vida y la de su tío corrían peligro en los tiempos que se avecinaban. «Después de lo de Calvo Sotelo, nadie puede sentirse a salvo», le había dicho en tono misterioso.

El misterio se había desvelado el sábado con toda su crudeza. Los militares se habían sublevado y Aurelio, de alguna manera, sabía lo que iba a ocurrir. Las notas radiadas por el Gobierno ya hablaban de algunas provincias en las que los facciosos habían declarado el estado de guerra. También decían que las noticias difundidas desde Radio Ceuta, haciéndose pasar por Radio Sevilla, eran falsas. Amadeo le había dicho a Curro que él había conseguido sintonizarla y que el que arengaba a los suyos era un general, Queipo de Llano, pero que parecía ser verdad que lo hacía desde Sevilla.

No hacía ni una hora que Miguel hijo había pasado por la venta para ver a su padre y decirle lo que pensaba hacer, junto a otros compañeros del partido. La mayoría de las guarniciones de Madrid permanecían fieles al Gobierno, pero la más importante, el cuartel de la Montaña, se había puesto del lado de los sublevados y se negaba a entregar armas a las milicias. «El pueblo tiene que ir a por ellas. No podemos quedarnos cruzados de brazos y dejar que los fascistas se salgan con la suya», había dicho exaltado, ante los intentos de su padre por retenerlo. Paloma también le había pedido que se quedase y dejase a otros enfrentarse con los militares. No quiso ni escucharla. «¿No lo comprendes? Es mi deber.»

Paloma lo había acompañado hasta la verja de la venta, donde lo esperaban otros tres jóvenes en un coche destartado. Llevaban sus pistolas bien a la vista, haciendo ostentación de ellas. La habían mirado lascivamente, sin preocuparse de disimular lo más mínimo. Miguel se interpuso, dándoles la espalda y quedando frente a frente con Paloma. Algo azorado, reconoció que había querido pasar no solo para ver a su padre, sino también a ella. «Y a despedirme, por lo que pudiera ocurrir», añadió. Le dio un rápido beso en la boca, provocando los silbidos y las chanzas de sus compañeros. Después se marchó. Era el tercer hombre que se despedía de ella en poco tiempo.

El segundo había sido Jaime. La carta que le había entregado don Melquíades, después de la boda, era una despedida. Al comenzar a leerla pensó que habría salido huyendo, como Aurelio, por temor a las represalias. Pero Jaime no era de los que huían. Más adelante, le explicaba que había recibido instrucciones de sus jefes de Falange para ponerse a las órdenes de la autoridad militar. No decía en la carta adónde se dirigía, pero Paloma estaba

segura de que no andaría muy lejos del cuartel que Miguel y los suyos se disponían a atacar.

Devolvió la entrada y el resto de las cosas que había ido sacando a la maleta de cartón. Sobre la silla, arrugado y con algunas manchas, contempló el vestido nuevo que había encargado para la boda. Era precioso, de color azul turquesa y solapas blancas, con bordes en azul marino. Había copiado el modelo de una foto de Ginger Rogers. La sastra del teatro le había indicado la tela que debía comprar y luego se lo había cosido por un precio muy bueno. Aquella boda le hacía casi tanta ilusión como a la propia Encarna.

Paloma miró el reloj. Las horas pasaban con la lentitud de la incertidumbre. Salió al pasillo y se dirigió a la habitación de sus padres, porque era así como consideraba a Curro y Encarna. Había estado oyéndolos hablar sobre lo que debían hacer si las cosas se ponían peor. De momento, el proyectado viaje de novios a Sevilla lo habían cancelado. Tenían los billetes del tren para esa misma noche. Se asomó a la puerta. Curro estaba intentando animarla, los dos sentados en el borde de la cama. «No te pongas triste, mujer. Será solo un aplazamiento, no creo que este jaleo dure mucho. Dentro de unos días, cuando todo se haya arreglado, sacamos otros billetes y como si no hubiera pasado nada. Ya lo verás.»

A sus espaldas, la puerta del balcón estaba abierta para que entrase el aire. Era el balcón donde Curro esperaba, de madrugada, el regreso de Paloma en sus primeras salidas nocturnas. El balcón desde el que la había visto besarse por primera vez.

Si se hubieran asomado ahora, les hubiese extrañado ver una columna de humo que se alzaba al cielo de Madrid, no demasiado lejos de la venta.

En la plaza de Manuel Becerra, la iglesia de Nuestra Señora de Covadonga, ardía por los cuatro costados.

FIN

Personajes reales

En *Breve historia de una señorita española* aparecen un buen número de personajes que existieron en la realidad histórica de aquellos días. A algunos, simplemente se los menciona, pero otros intervienen en mayor o menor medida en la novela. Aquí se muestra una relación de estos últimos, incluyendo una breve biografía, más extensa en el caso de aquellos menos conocidos, y limitada a su participación en los hechos narrados en la novela, para los más famosos.

Alcalá Zamora, Niceto. Nacido en Priego, Córdoba, en 1877. Licenciado en Derecho, a los veintidós años ocupó un puesto como oficial letrado del Consejo de Estado. Entró en política de la mano del Partido Liberal, de Sagasta y obtuvo por primera vez acta de diputado a Cortes en 1905.

Durante la monarquía de Alfonso XIII ocupó los cargos de ministro de Fomento y ministro de Guerra. Más tarde, al llegar la dictadura de Primo de Rivera, se fue alejando de posiciones monárquicas, llegando a ser uno de los principales impulsores de la República.

Fue presidente del primer Gobierno provisional de la Segunda República y en diciembre de 1931 fue nombrado presidente de la República, cargo que ocupó hasta abril de 1936, cuando fue desposeído del mismo.

En septiembre de 1935, Alcalá Zamora recibió la documentación y denuncia sobre el caso del *Straperlo* enviada por Daniel Strauss. Pese a lo inusual del conducto utilizado para la denuncia: la persona del presidente de la República, Alcalá Zamora no la transfirió a la justicia ordinaria, sino que estuvo algunos días sopesando la situación. En esas fechas además, se produjo una crisis ministerial que llevó a la disolución del Gobierno y la salida de Alejandro Lerroux de la presidencia del mismo. Cuando todos esperaban que Lerroux recibiese el encargo de formar nuevo gobierno, Alcalá Zamora se negó a ello, pero sin relacionarlo directamente con el *Straperlo*. Finalmente, tras varios intentos y candidatos fallidos, Joaquín Chapaprieta se hizo cargo de la presidencia del Gobierno, con Lerroux como ministro de Estado. Poco después de asumir el puesto, fue el propio Chapaprieta el

encargado de transmitir a la opinión pública la existencia de la denuncia. Según algunas fuentes, la decisión que tomó Alcalá Zamora de poner en manos de Chapaprieta la documentación y la denuncia de Strauss vino motivada por unas palabras pronunciadas por Lerroux durante un brindis de agradecimiento a sus correligionarios, que le habían organizado un homenaje como desagravio por su salida de la presidencia del Gobierno. Las palabras no gustaron a Alcalá Zamora, que terminó por hacer estallar el escándalo.

Durante los más de cuatro años que Alcalá Zamora fue presidente de la República no se ganó la simpatía ni de unos ni de otros. Las decisiones que tomó estuvieron a menudo marcadas por sus ambiciones personales, sin mostrar la ecuanimidad que debía suponerse al cargo que ostentaba. En abril de 1936, una iniciativa parlamentaria presentada por Indalecio Prieto, que hacía una interpretación un tanto torticera de un artículo de la Constitución referente a la prerrogativa presidencial de disolver las Cortes, acabó con la destitución de Alcalá Zamora. Si bien fue el Frente Popular quien impulsó su caída, las derechas no movieron un solo dedo para mantenerlo en el puesto.

Alcalá Zamora murió en 1949, en Argentina.

Azaña, Manuel. Nacido en Alcalá de Henares, Madrid, en 1880. Se licenció en Derecho con tan solo dieciocho años y, a los veinte, obtuvo el doctorado con la calificación de sobresaliente.

A finales de 1900 ingresó en el Ateneo de Madrid, donde se consolidó su interés por la política y coincidió con otras figuras destacadas de la época como Ortega y Gasset. Se afilió al Partido Reformista de Melquíades Álvarez, en el que permaneció hasta la llegada de la dictadura de Primo de Rivera. A partir de ese momento, sus posiciones se tornaron claramente republicanas, y en 1925 participó en la fundación del Grupo de Acción Republicana, del que pronto se convirtió en su líder más destacado.

Formó parte como ministro de la Guerra del primer Gobierno provisional de la II República. A partir de octubre de 1931 ocupó el cargo de presidente del Gobierno, hasta septiembre de 1933. Volvería a la presidencia en febrero de 1936, tras las elecciones ganadas por el Frente Popular. En mayo de 1936 fue nombrado presidente de la República.

En la novela, Manuel Azaña aparece junto a Indalecio Prieto, asistiendo a un entierro en San Sebastián en la mañana del 12 de septiembre de 1934. Ese mismo día, por la tarde, comenzó a funcionar el *Straperlo* en el Gran Casino. La coincidencia de ambos políticos en la capital donostiarra es un hecho

cierto, si bien la conversación mantenida entre ambos, así como la llamada telefónica efectuada por Manuel Azaña corresponden a la ficción literaria. Hay que apuntar, sin embargo, que la noticia de que el juego se había autorizado en San Sebastián llegó a Madrid a través de la portada del diario de la noche *La Voz*, de tendencia «azañista». A causa de esta noticia se organizó un gran revuelo y el Gran Casino fue clausurado por orden gubernamental, pocas horas después de su apertura.

Menos de un año después de su encuentro en San Sebastián, los caminos de Prieto y Azaña volverían a cruzarse con el *Straperlo*.

En julio de 1935, un amigo y colaborador de Azaña, Martín Luis Guzmán, recibió una carta de Daniel Strauss. El promotor del *Straperlo* quería ponerse en contacto con el político español para explicarle los pormenores de la «concesión que me diese [el Gobierno] para el juego en San Sebastián y Mallorca. El asunto es de suma importancia, sobre todo para Azaña...». Es muy probable que la idea de semejante iniciativa partiese del socialista Indalecio Prieto, a la sazón exiliado en Ostende, con motivo de su participación en el golpe de Estado revolucionario de octubre de 1934. El mismo Azaña había sido acusado y encarcelado por idéntica razón. Aunque este último hubiese sido absuelto y estuviese ya en libertad desde principios de 1935, a ambos los unía un deseo de venganza contra el Gobierno del Partido Radical y de la CEDA: el Gobierno de Alejandro Lerroux.

Sea como fuere, Azaña se desplazó hasta Bruselas unas semanas más tarde, con el pretexto de visitar la Exposición Universal. Todos los indicios hacen presumir que tanto Azaña como Prieto participaron en la elaboración de la estrategia que siguió Strauss a partir de ese momento. Conocedores, ambos, de la profunda y recíproca animadversión que se profesaban el presidente de la República, Niceto Alcalá Zamora, y el presidente del Gobierno, Alejandro Lerroux, aconsejaron a Strauss que dirigiese la denuncia a la atención del primero. El paquete con el relato de los hechos y las pruebas documentales salió hacia Madrid el 5 de septiembre de 1935. Se recibiría cinco días más tarde y llegaría a manos del presidente de la República el día 16 de septiembre. El escándalo político generado a continuación terminaría desembocando en las elecciones de febrero de 1936, tras las cuales Azaña regresó a la presidencia del Gobierno.

Murió en Francia en noviembre de 1940.

Blasco-Ibáñez, Sigfrido. Valenciano, nacido en 1902. Hijo menor del

escritor Vicente Blasco Ibáñez. Sigfrido fue periodista y político. Dirigió el diario *El Pueblo* y fue elegido diputado en 1931 y 1933, por Valencia, como republicano autonomista. Algo más tarde se alió con el Partido Radical de Lerroux. No consiguió acta en las elecciones de 1936.

Su participación en el escándalo del *Straperlo* fue debida a las buenas relaciones que mantenía con destacados radicales, entre ellos Ricardo Samper, también valenciano, presidente del Gobierno en las fechas en las que se solicitó la autorización gubernativa para la ruleta.

En agosto de 1936 tuvo que huir de Valencia y salir de España, al tener problemas por no haber apoyado el pacto de formación del Frente Popular. No regresó a España hasta 1977.

Murió en Valencia, en enero de 1983.

Calvo Sotelo, José. Nacido en Tuy, Pontevedra, en 1893. Abogado y político, fue elegido diputado por primera vez en 1919. Bajo la dictadura de Primo de Rivera llegó a ocupar el cargo de ministro de Hacienda. Con el advenimiento de la República, se exilió a Portugal y, más tarde, a Francia. Pese a obtener acta de diputado tanto en las elecciones de 1931 como en las de 1933, no pudo regresar a España hasta el de mayo de 1934, gracias a la amnistía decretada poco antes.

De ideas próximas al fascismo italiano, también era monárquico convencido, lo que terminaría por alejarlo de la Falange de José Antonio. Formó el partido Renovación Española, que en las elecciones de 1936 se presentó integrado en el Bloque Nacional, junto a sectores tradicionalistas. Volvió a obtener acta de diputado en febrero del 36 por Orense y se convirtió en el principal azote parlamentario del Gobierno del Frente Popular. Sus intervenciones en las Cortes terminaban, invariablemente, con acalorados enfrentamientos verbales, cuando no con intentos de agresión por parte de diputados de izquierdas. Calvo Sotelo llegó a ser amenazado de muerte en sede parlamentaria.

En la madrugada del 13 de julio de 1936, varios guardias de asalto, acompañados por civiles miembros del Partido Socialista y mandados por el capitán de la Guardia Civil Fernando Condés, lo sacaron de su casa y lo asesinaron con dos disparos en la cabeza. Después llevaron su cadáver al depósito del cementerio de la Almudena.

Condés, capitán Fernando. Nacido en Vigo, en 1906. Militar de carrera,

su primer destino fue en Marruecos, donde conoció a José del Castillo, del que se hizo gran amigo. Años después, entraría en la Guardia Civil.

Miembro del Partido Socialista, participó en el golpe de estado revolucionario de octubre del 34, durante el cual intentó tomar, sin éxito, el parque móvil de la Guardia Civil, en Madrid, motivo por el que fue encarcelado. Puesto en libertad tras la amnistía decretada por el Gobierno del Frente Popular, ascendió a capitán, si bien permaneció en la reserva. Ejerció como instructor militar de la Motorizada, un grupo de militantes que daba protección a líderes socialistas, especialmente a Indalecio Prieto.

Al tener conocimiento de la muerte de su amigo, el teniente del Castillo, acudió al cuartel de la Guardia de Asalto de Ponteijos, durante la madrugada del 13 de julio. Al ser bastante conocido por guardias y oficiales de asalto, consiguió que le asignaran una furgoneta (la número 17), de la que iba al mando, a pesar de pertenecer a otro cuerpo y no estar de servicio. También lo acompañaba Luis Cuenca (*Vito* en la novela), otro miembro de la Motorizada. Se dirigieron al domicilio del diputado José Calvo Sotelo, que accedió a ser sacado de su casa, pese a que sus captores no llevaban orden de arresto y gozar de inmunidad parlamentaria, al mostrarle Fernando Condés su documentación de capitán de la Guardia Civil. Una vez en la furgoneta de asalto, Luis Cuenca asesinó a Calvo Sotelo.

Al día siguiente, bastante afectado por los remordimientos, Fernando Condés se puso en contacto con destacados líderes socialistas, como Julián Zugazagoitia y Juan-Simeón Vidarte, los que a su vez informaron a Indalecio Prieto de lo sucedido.

En la novela, aparece con el nombre de Fernando, sin precisar el apellido. Murió en el frente, en Somosierra, el 23 de julio de 1936.

Cuenca, Luis (Vito). Nacido en La Coruña en 1910. A los dieciocho años emigró con su familia a Cuba, donde ejerció como guardaespaldas y pistolero al servicio de políticos locales. A su regreso a España, en 1932, se le comenzó a conocer como el Cubano. Ese mismo año ingresó en las Juventudes Socialistas y, poco después, en la Motorizada, un grupo de militantes que daba protección a líderes socialistas, especialmente a Indalecio Prieto, quien llegó a reconocer que Luis Cuenca le había salvado la vida en los enfrentamientos, con otros socialistas del sector «caballerista», ocurridos durante un mitin en Écija.

Son varios los testimonios que hablan de Luis Cuenca como un hombre

propenso a la violencia y que no dudaba en utilizar las armas. En algunas fuentes, entre otras la *Causa general*, se le da el nombre de Victoriano Cuenca. Parece ser que, siendo Luis su nombre verdadero, utilizaba el de Victoriano como nombre de guerra. En la novela se le da el apodo de Vito, siendo esta una licencia del autor.

Era amigo del teniente de la Guardia de Asalto José del Castillo. En la madrugada del 13 de julio de 1936 participó en el secuestro y asesinato del diputado derechista José Calvo Sotelo. Luis Cuenca fue el autor material de los disparos que acabaron con su vida.

Murió en el frente de la sierra de Madrid en los primeros días de la guerra civil.

Del Castillo, teniente José. Nacido en Alcalá la Real, Jaén, en 1901. Su madre era pariente lejana de José Antonio Primo de Rivera.

Militar de carrera, participó en la guerra de África y fue ascendido por méritos al grado de teniente. Más tarde, prestó servicio en el regimiento de Infantería de Alcalá de Henares. De ideas izquierdistas, fue detenido y encarcelado por negarse a disparar contra obreros asturianos durante el golpe de Estado revolucionario de octubre del 34.

Fue puesto en libertad a finales de 1935 y, con la llegada al poder del Frente Popular y la amnistía decretada, solicitó su ingreso en la Guardia de Asalto, en la que fue admitido en marzo de 1936. Compaginaba su trabajo con el de instructor de las milicias de las Juventudes Socialistas. Fue destinado al cuartel de Pontejos, encuadrado en la 2.^a Compañía de Especialidades, lo que podría asimilarse a lo que hoy conocemos como «antidisturbios». Desde el primer momento se caracterizó por emplearse con especial contundencia en la represión de las manifestaciones derechistas, motivando el odio de falangistas y tradicionalistas, que llegaron a acusarlo de ser el causante de varias muertes entre sus filas. Tras recibir continuas amenazas y sufrir dos intentos de asesinato, murió en la noche del 12 de julio de 1936 como consecuencia de un atentado.

Como respuesta a su asesinato, compañeros y amigos asesinarían pocas horas después al diputado derechista José Calvo Sotelo.

Franco, Francisco. Ferrolano, nacido en 1892.

En febrero de 1933 fue destinado por Manuel Azaña, a la sazón ministro de la Guerra, a Baleares, para ocupar el cargo de comandante militar de las

islas. Al producirse el golpe de Estado revolucionario de octubre de 1934, Franco fue el encargado de dirigir, desde Madrid, a las tropas que acudieron a sofocar la insurrección de Asturias. Por este motivo, Franco pasaba bastante tiempo en la capital, manteniendo su responsabilidad sobre las islas.

A finales de 1934, al estar las Baleares bajo el estado de Guerra, era importante para los impulsores del *Straperlo* contar con el visto bueno de las autoridades militares para llevar a cabo sus planes de instalar la ruleta en el Hotel Formentor. Se produjo, entonces una entrevista entre Jaime Eusenat, empresario y presidente de una asociación de propietarios de hoteles de Mallorca, con el General Franco.

Uno de los capítulos de la novela está dedicado a la citada entrevista.

Al aparecer mencionado el nombre de Franco en la documentación que remitió Strauss al presidente de la república, Alcalá Zamora, el general se vio en la necesidad de enviar a los periódicos una carta aclaratoria de los hechos. Esta carta se publicó en la prensa entre los días 28 y 29 de octubre de 1935. Este es el texto de la carta, dirigida a los directores de los periódicos:

Mi distinguido amigo: Habiendo leído en el relato que hace el judío Strauss de sus andanzas por España una referencia, que se dice dada por el señor Eusenat, de que había conseguido esta la promesa del señor Hidalgo y del general Franco que las autoridades militares de Palma autorizarían organizar el juego en Formentor, y aunque luego queda desvirtuada al confesar que aquellas, llevadas de su celo, lo impidieron, a pesar de contar con la autorización de las civiles, le ruego dé acogida a estas líneas para desmentir tales infundios.

El citado señor Eusenat, miembro destacado de la industria hotelera de Mallorca, gerente de los hoteles Victoria y Formentor, y animador en distintas ocasiones de los intereses turísticos de Palma, visitó con estos títulos al ministro de la Guerra con ocasión en que yo, comandante militar de Baleares, me encontraba en Madrid desempeñando una comisión a las órdenes del ministro. Y hallándome en su despacho de ayudantes, me saludó y habló, en conversación general, de la grave situación que atravesaba el Hotel Formentor, lamentándose del que calificaba exceso de celo de las autoridades militares, pues no obstante poseer una autorización formal de Gobernación y de la Dirección General de Seguridad para un juego, que él decía lícito, no podía establecerlo. Hube de manifestarle, sin entrar en el asunto, que esta era cuestión de las autoridades civiles, ya que las normas del estado de guerra fueron que las autoridades militares solo se ocupasen de las que estrictamente afectaran al orden público, siguiendo con las demás la autoridad civil.

Así que el señor Eusenat no recibió de mi persona ninguna especie de autorización, que no me correspondía ni tenía por qué darle; ni en los breves instantes que estuvo saludando al ministro obtuvo ninguna clase de promesas encontrando solo la obligada cortesía de quienes, desconociendo el turbio interés que ocultaba, no tenían, entonces, motivo para cerrarle sus puertas.

Muy agradecido, quedo suyo afectísimo Francisco Franco.

Gasa, Joaquín. Nacido en Barcelona en 1901. Dedicado a los negocios desde muy joven, comenzó con una agencia de publicidad que llevaba su nombre. Poco más tarde, dio el salto al mundo del espectáculo y en 1930 se convirtió en propietario del Teatro Circo Olympia, donde organizó todo tipo de espectáculos, desde circo a ópera, pasando por cine, revista y zarzuela. También se celebraron veladas de boxeo y de lucha libre. Gasa regentó el Olympia hasta su desaparición en 1947. Como curiosidad, en 1940, a instancias del gobernador civil, el Olympia cambió la «y» por la «i» en su nombre, pasando a llamarse Olimpia.

Gasa también dirigió otros locales de Barcelona: el Teatro Cómico, el Teatro Nuevo y el Teatro Victoria. Como productor, se especializó en revista y sus espectáculos pudieron verse por toda España, siendo, durante varias décadas, uno de los grandes referentes, junto a Matías Colsada, del negocio de los espectáculos de variedades en nuestro país.

Gasa también fue un buen aficionado a los toros, llegando a publicar en 1932 un libro titulado *Toros. Visión gráfica de la fiesta nacional española*.

La aparición de Gasa en el escándalo del Straperlo tuvo origen en su faceta como promotor de veladas de boxeo, actividad en la que también destacaba Daniel Strauss. La buena relación de Gasa con Uzcudun, y de Strauss con el alemán Schmeling, los convirtió en socios para montar el combate entre ambos y, por extensión, para embarcarse en la introducción del *Straperlo*.

Debido a su participación en el escándalo, fue procesado el 10 de marzo de 1936 y quedó en libertad provisional bajo fianza de 10 000 pesetas. El juicio no llegó a celebrarse.

Murió en junio de 1982.

Jalón, César (Clarito) Riojano, nacido en 1889. A los veintiún años entró en el diario madrileño El Liberal y, poco después, para cubrir una baja, escribió su primera crónica taurina sin ser aficionado ni poseer grandes conocimientos de tauromaquia. Con el tiempo, llegó a ser uno de los grandes cronistas taurinos de todos los tiempos. Durante muchos años, fue el encargado de organizar la Corrida de la Prensa de Madrid.

Compaginó toros y política en su actividad periodística y, al conocer a Alejandro Lerroux, por el que ya sentía una gran admiración, se hizo un incondicional suyo y entró a militar en el Partido Republicano Radical para formar parte de su círculo más íntimo. Durante unos meses, entre 1934 y

1935, ocupó la cartera de ministro de Comunicaciones, en uno de los gobiernos presididos por Lerroux.

La sublevación del 18 de julio le sorprendió en Fuenterrabía, donde se encontraba de vacaciones. Debido a su corta actividad como ministro, estaba en el punto de mira de algunas de las formaciones integrantes del Frente Popular. Esto hizo que, pocos días después, milicianos armados se presentasen en su casa de Fuenterrabía con orden de fusilarlo. Escapó por los pelos y consiguió refugiarse en el domicilio del embajador de México, que también pasaba allí sus vacaciones.

Tuvo, al fin, que entregarse, ante el riesgo de represalias sobre su mujer y sus hijos. Pasó casi un año de cárcel en cárcel, incluyendo un barco prisión, y estuvo a punto de morir en varias ocasiones.

Ante el avance de los nacionales, próximos a la prisión en la que se encontraba en aquellos momentos, la falta de vigilancia y la ayuda de nacionalistas vascos, permitió que Jalón y otros cientos de presos escaparan el 19 de junio de 1937 y pasasen a la zona nacional.

En la posguerra continuó su labor como cronista taurino y escribió en el diario *Informaciones*. También escribió algunos libros, entre los que destacan: *Memorias de Clarito* y *Memorias políticas*.

Murió en diciembre de 1985.

Lerroux, Aurelio Nacido en 1904. Sobrino e hijo adoptivo del político Alejandro Lerroux, fundador y líder del Partido Republicano Radical. Fue elegido diputado a las Cortes Constituyentes, en 1931, por Ciudad Real.

Debido a su participación en el escándalo del *Straperlo*, fue procesado el 10 de marzo de 1936 y quedó en libertad provisional bajo fianza de 10 000 pesetas. Ese mismo día fue detenido en Badajoz, cuando intentaba cruzar la frontera con Portugal, y fue instado a regresar a Madrid. El juicio no llegó a celebrarse.

Al estallar la guerra civil, se trasladó a Francia y, más tarde, a Portugal donde ya se encontraba su tío Alejandro, que había sido avisado por algunas amistades de la conveniencia de ausentarse de España, unos días antes del levantamiento militar.

En 1947, el régimen del general Franco autorizó el regreso a España de Alejandro Lerroux, que murió dos años más tarde.

Aurelio retomó durante la posguerra una actividad en la que ya había dado sus primeros pasos con anterioridad a la contienda: inventor. Entre 1952

y 1977 registró varias decenas de patentes para los más diversos artilugios: clips para sujetar papeles y un sistema para mejorar el cambio de velocidades en los automóviles, entre otros. Sin embargo, sus inventos más notables los desarrolló en el campo de la cinematografía. En 1957 alcanzó cierta notoriedad al recibir una medalla de oro en el Salón Internacional de Inventores de Bruselas por un sistema de filmación y proyección de películas, bautizado con el nombre de «hispanoscope» (competencia del «cinemascope» lanzado unos años antes). Con este sistema llegaron a rodarse dos cortos y cinco largometrajes.

En abril de 1974 se dictó un auto de procesamiento contra Aurelio por los delitos de falsificación y estafa, relacionados con la construcción de un hotel en Tenerife.

Aurelio Lerroux murió el 18 de agosto de 1983.

Perel, Jules. Holandés, nacido en 1892. Su verdadero nombre era Judá Perels. Utilizaba otros nombres, a conveniencia, como Jules Perel o Joachim Perlowitz.

Fue el fundador del primer casino de Holanda, en el Hotel Kurhaus de Scheveningen, llamado *Straperlo*. Es de suponer que con Daniel Strauss como socio.

También se dedicó al negocio editorial y a la publicidad. En 1937 lanzó la revista de moda *Elegance*, que fue la primera de Holanda en ser impresa en papel brillo (*glossy*). Esta revista se sigue publicando en la actualidad.

Según testimonio de Joaquín Gasa, en entrevistas de prensa concedidas al estallar el escándalo del *Straperlo*, Perel y Strauss eran socios y juntos aportaron el capital necesario para el combate de boxeo Uzcudun-Schmeling, si bien Perel siempre permaneció en un segundo plano, posiblemente por su desconocimiento del idioma español.

De origen judío, al igual que Strauss, durante la segunda guerra mundial participó en la resistencia, recaudando fondos, y una de sus hijas murió en el campo de concentración de Auschwitz.

Jules Perel murió en Ámsterdam en 1962.

(Datos facilitados por José Carlos García Rodríguez, autor de *El caso Strauss: El escándalo que precipitó el final de la II República*).

Pich i Pon, Joan. Nacido en Barcelona en 1878. Hombre de extracción humilde y escasa formación. Estaba, sin embargo, excelentemente dotado

para los negocios y para las relaciones personales.

Comenzó como simple electricista y montó su propia empresa de electricidad, lo que le permitió lograr una buena posición económica. Se subió al carro de un proyecto que, inicialmente, solo trataba de organizar una exposición de industrias eléctricas en Barcelona y que terminó desembocando en la Exposición Universal de 1929, de la que fue nombrado comisario regio, junto a Francesc Cambó.

En 1913 fundó un periódico: *El Día Gráfico*, que tenía la particularidad de incluir abundantes fotografías, en una época en la que estas eran muy escasas o inexistentes en el resto de la prensa.

Formó parte, junto con Aurelio Lerroux, del consejo de administración de la distribuidora cinematográfica Orphea.

Entró en política en 1905, como concejal del Ayuntamiento de Barcelona y, poco después, ingresó en el Partido Radical de Lerroux. Fue diputado a Cortes, senador, presidente de la Cámara de la Propiedad Urbana de Barcelona, subsecretario de Marina... A raíz del golpe de Estado de octubre de 1934, quedó suspendida la autonomía catalana y ocupó, por designación del Gobierno, el cargo de alcalde de Barcelona, que compaginó, algo más tarde, con el de gobernador general de Cataluña (asimilable a presidente de la Generalidad). Tuvo que abandonar estos cargos a causa de su participación en el escándalo del *Straperlo*.

Con todo y con eso, Pich i Pon se hizo famoso, sobre todo, por su verborrea y sus grandes meteduras de pata, conocidas popularmente como «piquiponadas». Sus disparates verbales son recordados, todavía hoy, y pueden encontrarse fácilmente en Internet. Algunos ejemplos: «Para mí, el tirano más famoso fue el Tirano de Bergerac», o «Llegará un día en que los entierros se harán sin curas y sin difunto...».

Al comienzo de la guerra civil se exilió a Francia y murió en París en 1937.

Prieto, Indalecio. Nacido en Oviedo en 1883. Muy joven, se fue a vivir a Bilbao, donde estudió y tuvo sus primeros trabajos como taquígrafo y más tarde como periodista. Ingresó en el Partido Socialista en 1899.

En tiempos de la dictadura de Primo de Rivera, Prieto ya ocupaba puestos de responsabilidad dentro del partido y comenzaron los enfrentamientos con otro de sus líderes: Largo Caballero. Al llegar la República, las disputas entre ambos se hicieron más virulentas, arrastrando en ellas a los partidarios de uno

y otro y llegando en ocasiones al enfrentamiento armado.

Largo representaba la corriente más radical del Partido Socialista, próxima a las posiciones comunistas, y contaba con la fuerza del sindicato UGT. Los socialistas moderados se aglutinaban en torno a Julián Besteiro, si bien eran claramente minoritarios. Entre ambas opciones, se situaba Indalecio Prieto.

Por su participación en la preparación del golpe de Estado revolucionario de octubre de 1934, tuvo que huir a Francia para evitar ser encarcelado. Años después, ya en el exilio, Prieto se arrepentiría públicamente de estos hechos.

En la novela, Indalecio Prieto aparece junto a Manuel Azaña, asistiendo a un entierro en San Sebastián en la mañana del 12 de septiembre de 1934. Ese mismo día, por la tarde, comenzó a funcionar el *Straperlo* en el Gran Casino. La coincidencia de ambos políticos en la capital donostiarra es un hecho cierto, si bien la conversación mantenida entre ambos, así como la llamada telefónica efectuada por Manuel Azaña corresponden a la ficción literaria. Hay que apuntar, sin embargo, que la noticia de que el juego se había autorizado en San Sebastián llegó a Madrid a través de la portada del diario de la noche *La Voz*, de tendencia «azañista». A causa de esta noticia se organizó un gran revuelo y el Gran Casino fue clausurado por orden gubernamental pocas horas después de su apertura.

Menos de un año después de su encuentro en San Sebastián, los caminos de Prieto y Azaña volverían a cruzarse con el *Straperlo*. La descripción de este episodio aparece en el apartado de Manuel Azaña.

El día 13 de julio de 1936, muy temprano por la mañana, los líderes socialistas Julián Zugazagoitia y Juan-Simeón Vidarte recibieron la visita del capitán Fernando Condés, quien les informó del asesinato de Calvo Sotelo y de su participación en el mismo, junto con otros miembros del Partido Socialista. Indalecio Prieto se encontraba en Bilbao en aquellos momentos y, telefónicamente, fue puesto al tanto de los hechos. No existe constancia de que ni él, ni los anteriormente citados denunciasen a los asesinos en ningún momento.

Al final de la guerra civil, Prieto se exilió a México, donde murió en 1962.

Rico, Gumersindo. Nacido en Luarca (Asturias) en 1891. Abogado. Fue elegido diputado en las elecciones de noviembre de 1933, como independiente, por la circunscripción de Lugo. Sus simpatías políticas

estaban próximas al Partido Republicano Radical de Lerroux y al Partido Republicano Liberal Demócrata de Melquíades Álvarez. Es decir, lo que podría llamarse centro-derecha.

En 1921, ya instalado en Madrid, fue nombrado director gerente de la Compañía de Telecomunicaciones y Electricidad, S. A. Siendo hombre de una inteligencia sobresaliente, Rico tardó poco tiempo en hacerse una idea precisa del estado de la telefonía en España: caótico y bastante retrasado con respecto a otros países. Las redes telefónicas eran concesiones geográficamente limitadas y tecnológicamente muy dispares entre sí. Concibió la idea de unificar todas las redes existentes y crear una gran compañía de telefonía para toda España.

En un principio, intentó conseguir apoyo financiero de algunos grandes bancos nacionales pero, al obtener una respuesta que podría calificarse como tibia, centró sus esfuerzos en lograr el respaldo de una compañía americana: la International Telegraph & Telephone Co. (IT&T).

En 1924 se fundó la Compañía Telefónica Nacional de España. Uno de los cinco miembros que firmaron el acta de constitución fue Gumersindo Rico. Puede decirse, por tanto, que fue el impulsor de la modernización de la telefonía en España y muñidor de la empresa que ha llegado hasta nuestros días como Movistar.

En 1932 ocupaba el cargo de director general, y Aurelio Lerroux el de delegado del Gobierno en la Compañía Telefónica. Todo parece indicar que entre ellos se fraguó una buena amistad. Siendo así, Rico no fue ajeno a las negociaciones del *Straperlo* y es mencionado en la documentación que envió Daniel Strauss al presidente de la república, Alcalá Zamora. Según esta, fue él quien se encargó de redactar, en su condición de abogado, algunos de los contratos en los que se establecía el reparto de las ganancias que pensaban obtenerse con el *Straperlo*.

Al estallar la guerra, Rico tuvo que abandonar su cargo y exiliarse para salvar la vida. A la finalización, intentó reingresar en la Telefónica sin llegar a conseguirlo.

Murió en septiembre de 1957.

En la novela, el personaje de Gumersindo Rico aparece en un par de ocasiones. En la segunda, se le señala como comprador del coche que Aurelio había conducido desde San Sebastián a San Juan de Luz: un Delage D8S carrozado por DeVillars. Hay que resaltar que no se trataba simplemente de un automóvil de lujo, sino que era un modelo único. Se construyó

específicamente para el Salón del Automóvil de París de 1933. Su precio fue de 100 000 francos franceses (unos cinco millones de pesetas de la época) ¡Todo un dineral!

La importancia de este coche, en relación con el escándalo del *Straperlo*, radica precisamente en su precio. El salto cuantitativo es muy importante si se compara con las cifras que se manejaron en la denuncia del escándalo. No existen datos «oficiales» que confirmen la adquisición de este automóvil por parte de Aurelio Lerroux. Sin embargo, en el año 2007, el coche reaparece de forma espectacular: en Monterey (Estados Unidos), en una de las subastas de coches clásicos más importantes del mundo, alcanzando un precio de 3,75 millones de dólares.

En el folleto de la subasta se hacía referencia a Aurelio Lerroux como primer propietario del Delage y se afirmaba que en abril de 1935 lo vendió a «su amigo el señor Rico, hermano del alcalde de Madrid». Efectivamente, Pedro Rico López había sido alcalde de Madrid (aunque ya no lo era en esa fecha), pero no tenía relación familiar alguna con Gumersindo Rico González. Existen datos que apuntan a que ese señor Rico del que se hablaba en el folleto fue, en realidad, el director de la Telefónica.

Strauss, Daniel. Holandés, de origen alemán, nacido en 1890. Durante algún tiempo vivió en Estados Unidos y en México, país del que obtuvo la nacionalidad y de donde tuvo que salir huyendo en 1927, a raíz de ciertos negocios poco claros y el robo de una valiosa joya.

Se dedicaba a la organización de espectáculos, combates de boxeo y producciones cinematográficas, sin desdeñar otras actividades, más o menos lícitas, que pudieran proporcionarle algún beneficio.

En 1931 se encontraba establecido en Dinamarca, donde tuvo problemas con la justicia y hubo de trasladarse a Holanda para continuar con sus negocios. Fijó su residencia en La Haya. Junto a su amigo y socio Jules Perel comenzó a explotar la ruleta mecánica, conocida como *Straperlo*, primero en el Casino Kursaal de Ostende y más tarde en Ámsterdam, donde llegó a estar funcionando durante seis meses, antes de ser prohibida por las autoridades. En ese momento decidió probar suerte en España.

Strauss llegó a Barcelona a principios de 1934 y contactó con un antiguo amigo que se hacía llamar Jack Bilbo y, a la sazón, era propietario de un cóctel bar en Sitges. Bilbo alardeaba de haber sido guardaespaldas de Al Capone y, años más tarde, alcanzaría una cierta fama como pintor y escultor.

Fue él quien recomendó a Strauss la forma de introducirse en los círculos de poder locales. También ejerció de *sparring* en la preparación de Max Schmeling para el combate contra Uzcudun que se menciona en la novela.

En septiembre de 1934, Daniel Strauss solicitó la patente del *Straperlo* en el Registro de la Propiedad Industrial española, si bien ya había sido patentado años antes en Alemania como «juego de salón». La patente terminaría concediéndose el 16 de enero de 1936, cuando el escándalo ya había estallado.

No hay datos posteriores sobre Daniel Strauss, si bien su origen judío no le pondría las cosas fáciles durante la segunda guerra mundial.

En algún momento, regresó a La Haya y allí murió y fue enterrado en julio de 1979 (datos facilitados por José Carlos García Rodríguez, autor de *El caso Strauss: El escándalo que precipitó el final de la II República*).

Uzcudun, Paulino. Guipuzcoano, nacido en 1899. Fue el pequeño de una familia de diez hermanos. Vivían en un caserío, en una pequeña aldea. Su primer oficio fue el de labrador, al igual que su padre y sus hermanos.

A los diecisiete años ya era conocido en los alrededores por ser un excelente cortador de troncos (*aitzkolari*) y ganó numerosas competiciones como tal. Uno de los apodos con los que se le conocería más tarde fue el de «el leñador vasco».

Su primer contacto con el boxeo llegó en 1923, cuando comenzó a entrenar en un gimnasio de San Sebastián. Conoció entonces al que sería su mentor y gran amigo: Justo Oyarzábal. Por mediación de este, marchó a París, a perfeccionar su técnica pugilística. Poco después, vendrían los primeros combates que solventó en muchas ocasiones por KO técnico, lo que le hizo ganar fama de forma inmediata.

A lo largo de su carrera se proclamó tres veces campeón de Europa de los pesos pesados. La última fue en el combate celebrado en Madrid, en la plaza de toros de la Fuente del Berro, contra Pierre Charles, en 1933, con Joaquín Gasa como promotor. Este combate aparece en uno de los capítulos de la novela.

La relación entre Paulino y Gasa venía de tiempo atrás, cuando el púgil vasco se enfrentó a Primo Carnera en el estadio de Montjuic, en noviembre de 1930. El Teatro Circo Olympia fue el lugar donde se entrenó Uzcudun para el combate.

Más tarde, en octubre de 1933, Carnera y Uzcudun pelearían de nuevo,

esta vez con el campeonato del mundo en juego. En ambas ocasiones venció el italiano.

El último combate como profesional de Paulino fue contra Joe Louis, en el Madison de Nueva York, en diciembre de 1935, y perdió por KO. Fue la única vez en su carrera que el vasco fue derribado. Tras la derrota, anunció su retirada como profesional.

De alguna forma, la conexión Gasa-Uzcudun sirvió para que el boxeador entrase en el negocio y tuviera su participación en el *Straperlo*. Según contrato, obtendría el cinco por ciento de las ganancias. Arrastró con él a su amigo y mánager, Justo Oyarzábal, quien era propietario de un restaurante y concejal del Ayuntamiento de San Sebastián. En la documentación de Daniel Strauss se menciona que Oyarzábal contribuyó con 36 000 pesetas a las obras de acondicionamiento del casino.

Debido a su participación en el escándalo, Uzcudun fue procesado el 10 de marzo de 1936, y quedó en libertad provisional bajo fianza de 10 000 pesetas. El juicio no llegó a celebrarse.

Al inicio de la guerra civil, Paulino era miembro de Falange Española y consiguió pasar a la zona nacional, donde participó en algunos combates de boxeo con fines benéficos. También luchó en el campo de batalla como requeté y hay, incluso, quien afirma que formó parte del comando falangista que se estaba preparando para liberar a José Antonio Primo de Rivera, preso en la cárcel de Alicante.

Tras la guerra, se dedicó a apoyar a jóvenes boxeadores, sobre todo vascos, recibió numerosos homenajes y se casó en 1950. Vivió desde entonces en Torrelaguna (Madrid), donde murió en julio de 1985.

Notas

¹Niceto Alcalá Zamora, presidente de la República.

²Indalecio Prieto, ministro de Obras Públicas.

³Santiago Casares Quiroga, ministro de Gobernación.

⁴Fernando de los Ríos, ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes.

⁵Lluís Companys, presidente de la Generalitat de Catalunya y miembro de Esquerra Republicana de Catalunya.

⁶Alejandro Lerroux había renunciado a la presidencia del Gobierno unas semanas atrás, siendo sustituido por Ricardo Samper, miembro también del Partido Radical.

⁷Confederación Española de Derechas Autónomas.

⁸Marcelino Domingo. Líder del Partido Radical Socialista, integrado desde abril de 1934 en Izquierda Republicana.

⁹La madrugada del 11 de septiembre se produjo un importante desembarco de armas en una playa de Asturias, descubierto y apresado por las fuerzas del orden. Fueron detenidos alcaldes y dirigentes socialistas de la zona. Varios testigos afirmaron haber visto a Indalecio Prieto por los alrededores.

¹⁰Confederación Española de Derechas Autónomas.

¹¹Rafael Salazar Alonso. Ministro de Gobernación. Partido Radical.

¹²En el Gobierno formado el 4 de octubre de 1934, Alejandro Lerroux ocupaba el cargo de presidente del Gobierno. A partir del 16 de noviembre de 1934, lo compaginó con el de ministro de la Guerra, sustituyendo a Diego Hidalgo.

¹³Desde Febrero de 1933, Franco ocupaba el cargo de comandante militar de las islas Baleares.

¹⁴Durante bastantes años, a principios del siglo XX, los billetes de la lotería de Navidad se dividieron en veinte vigésimos.

¹⁵Niceto Alcalá Zamora, presidente de la República.

¹⁶Rafael Salazar Alonso. Partido Radical. Fue Ministro de Gobernación

en la época en que se solicitaron los permisos para el *Straperlo*.

¹⁷Manuel Portela Valladares. Político de corte liberal y centrista. En el momento de asumir la jefatura del Gobierno era independiente y no tenía acta de diputado. Hombre próximo al presidente de la República, Alcalá Zamora. Anteriormente había ocupado, entre otros, los cargos de gobernador general de Cataluña y ministro de Gobernación.

¹⁸José María Gil Robles. Líder de la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas).

¹⁹Aunque tildados de derechistas por haber formado gobierno con el apoyo de la CEDA, los radicales eran el partido más centrado de la política española. El escándalo del *Straperlo* y, poco más tarde, el asunto Nombela, unas indemnizaciones fraudulentas a la Compañía de África Occidental, hacían peligrar la continuidad del Partido Radical y de Alejandro Lerroux en la política española.

²⁰Buster Keaton.

²¹La Cárcel Modelo de Madrid estaba situada en el lugar que actualmente ocupa el Cuartel General del Ejército del Aire, en Moncloa.

²²En la actualidad, calle de la Princesa.

²³La censura previa de prensa ya no desaparecería hasta el año 1966. La desaparición total de la censura llegó en 1977.

²⁴En la actualidad, calle del Conde de Peñalver.

²⁵Fiat 508. Conocido popularmente como «Balilla».

²⁶*Café* era la palabra en clave utilizada por los falangistas para reconocerse entre ellos. Acrónimo de «Camaradas, Arriba Falange Española».

²⁷Las JSU se habían formado hacía apenas dos semanas, fruto de la unión entre las juventudes de los partidos Socialista y Comunista.

²⁸«Uníos Hermanos Proletarios». Fue la consigna principal utilizada por los mineros durante la revolución de Asturias, en octubre de 1934.



Ángel Buquerín es químico de formación y escritor por vocación. Durante muchos años trabajó en grandes multinacionales del sector fotográfico —Polaroid y Kodak—, donde ocupó diversos puestos en los departamentos de marketing y comunicación.

Contador y escritor de historias desde muy joven, su primera novela, Pañuelos de papel, quedó clasificada entre los quince finalistas al Premio Planeta del año 2000.

Aficionado a la Historia, le apasiona la labor de documentación previa a la ficción literaria.

Otras obras del autor: La extraordinaria historia de un hombre cualquiera (2015), Pañuelos de papel (2016), Banjo, la leyenda de los Mustang (Novela juvenil, junto con Laura Buquerín, 2017). El abuelo Anastasio (Relato, 2016, 2.º premio XI Certamen «Las fuentes de la Edad»).